

ÁNGEL PABLO TELLO

Escenarios mundiales

Situaciones y conflictos



debates

ESCENARIOS MUNDIALES
SITUACIONES Y CONFLICTOS

ESCENARIOS MUNDIALES

SITUACIONES Y CONFLICTOS

Ángel Pablo Tello

Tello, Angel Pablo

Escenarios mundiales : situaciones y conflictos . - 1a ed. - La Plata :
EDULP, 2013.

582 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1985-07-4

1. Conflictos. 2. Relaciones Internacionales.
CDD 327.1

ESCENARIOS MUNDIALES SITUACIONES Y CONFLICTOS

Diseño y diagramación: Eríca Anabela Medina



Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (Edulp)

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

editorial@editorial.unlp.edu.ar

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias (REUN)

Primera edición, 2013

ISBN N.º 978-987-1985-07-4

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2013 - Edulp

Impreso en Argentina

Índice

Prefacio	9
Prólogo	11
Introducción	17
Método y condición humana	31
Una reflexión sobre el poder	111
ESCENARIOS	
La globalización económica	171
La mundialización política	229
Valores e intereses. El caso de los Estados Unidos de América	307
Acerca de la guerra	401
El modelo de análisis polemológico de las relaciones internacionales	485
Aplicación del modelo de análisis polemológico al caso de Afganistán. Conflictos de Cuarta Generación	517
El debate teórico final	559

Prefacio

La obra que aquí presento se construyó sobre la base de mi tesis doctoral en relaciones internacionales: «La teoría de las relaciones internacionales desde un punto de vista político-polemológico. Sistema mundo y uso de la fuerza: nuevos escenarios y actores. El rol del instrumento militar y los caminos hacia la paz», defendida el 24 de noviembre de 2010 en la Universidad Nacional de La Plata. Este trabajo de tesis ha sido la consecuencia de muchos años dedicados a la investigación y la docencia en el área de las Relaciones Internacionales y la Defensa Nacional, combinado durante algunos períodos con el ejercicio de la función pública en el Estado Argentino.

El mismo se concluyó durante el año 2010, culminando en esta fecha las referencias empíricas particularmente en lo que a la consideración de conflictos armados se refiere, lo que no invalida el abordaje teórico empleado, cuya función central es la de realizar un aporte original a la teoría de las Relaciones Internacionales desde una perspectiva polemológica.

Deseo agradecer muy especialmente a mi director de tesis, el Dr. Eduardo Thenon, que con sus observaciones y oportunos consejos, ha

tenido la paciencia y la generosidad de aportarme de manera desinteresada su vastísima formación y conocimientos a la confección de la tesis. Agradezco también a colegas, docentes e investigadores que me han ayudado aportando puntos de vista críticos en muchos casos pero constructivos siempre, particularmente a los colegas del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata y a su Director, el Dr. Norberto Consani. Un reconocimiento especial va para la magíster Isabel Stanganelli que ayudó en la confección de la cartografía que acompaña la tesis e incluida en este libro. Debo reconocer también el apoyo de la Editorial de la Universidad Nacional de La Plata para que esta obra pueda ser publicada y a la Facultad de Periodismo y Comunicación Social todo mi agradecimiento.

Finalmente un agradecimiento muy especial a mi familia, que ha mostrado una enorme capacidad de paciencia y tolerancia frente a ausencias, episodios de malhumor e invasión del hogar con libros y papeles.

Ángel Pablo Tello
Doctor en Relaciones Internacionales
de la Universidad Nacional de La Plata

Prólogo

La obra del Dr. Ángel Tello, *Escenarios mundiales: situaciones y conflictos*, actualiza el propósito de hacer inteligible el estado y la transformación continua del mundo. El objetivo integrador surge de la necesidad de contar con nuevos modelos racionales, capaces de poner en evidencia las principales interacciones reconocibles en escala global o regional. El esquema o modelo general adoptado debe contener y producir las imágenes técnicas integradas, parciales o particulares, necesarias para guiar las observaciones y elaborar interpretaciones referidas a espacios de acción, tanto en los casos de naciones o ensambles como en aquellos referidos al espacio global. El propósito de reunir en un haz de ejes o dimensiones los aspectos que intervienen en el devenir del mundo no se agota en una suerte de inventario de cuestiones relevantes; lejos de ello, se trata de (re)construir un modelo relacional, es decir un constructo elaborado sobre la base de un sistema de roles y relaciones, especialmente apto para traslucir el complejo juego de interacciones. Los espacios involucrados comprenden una gama extendida desde la categoría de los grandes espacios y las áreas o dominios abiertos hasta los espacios fronterizos y *los* enclaves, así como la fron-

teras construidas –entre ellas los ominosos *muros*– o los dispositivos orientados a sostener flujos asimétricos –*membranas*–. Los espacios componentes del escenario global comprenden asimismo las áreas limitadas y los reductos, las líneas de tensión, los peldaños estratégicos y los territorios periféricos, sin excluir aquellos que hoy se denominan dominios *ultraperiféricos* (tal el caso de las Islas Malvinas, según la caracterización que de ellas hace la Unión Europea). El mundo contemporáneo ofrece ejemplos de situaciones conflictivas extremas, incluyendo variantes que desbordan los marcos conceptuales, tales como las *áreas de caos confinado*, según la incisiva categoría propuesta por Milton Santos.

La naturaleza del objeto definido para su estudio sistemático –el conjunto de interacciones condicionantes de las situaciones y de la acción en escala regional o global– reviste un grado de complejidad de tal magnitud que toda representación, por amplia que fuere, deberá resignar variables y dimensiones en aras de la operabilidad del sistema resultante; por consiguiente, todo modelo resultará insuficiente en cierta medida. Las bases racionales no pueden ser adoptadas sin sacrificar algunos de los aspectos o de las variables intervinientes. Por ello, en la escala de los asuntos mundiales no sería razonable aspirar a la obtención de un modelo definitivo. Las decisiones metodológicas son necesariamente discrecionales, pero ello no significa que la falta de criterios de carácter ajeno a la propia investigación, fijos o previamente establecidos mediante consideraciones espurias, abra el camino para imponer arbitrariedades en el trazado de las líneas maestras de un modelo de las situaciones mundiales. Una investigación panorámica de esta envergadura no quedará libre de las limitaciones derivadas de las decisiones iniciales y de las restricciones conceptuales autoimpuestas; la tarea sólo será abordable mediante la consideración conjunta de los factores condicionantes. Entonces, la propuesta metodológica contempla una selección representativa, justificada por un marco de referencia adecuado, seguida de un extenso proceso de ablación y análisis; el desafío final consiste en la elaboración de síntesis productoras de sentido y en la obtención de (re)interpretaciones útiles para renovar el conocimiento en el campo abordado y para ofrecer una asistencia



teórico-metodológica a los procesos de decisión frente a los cambiantes escenarios internacionales.

La selección de las dimensiones y variables destinadas a ser retenidas e integradas en un modelo polemológico brinda ocasión para probar la experiencia, originalidad y creatividad del maestro del pensamiento estratégico mundial que dedica su esfuerzo a elucidar la complejísima red conformada en la arena internacional. El abordaje de tan inusual tarea supone al menos dos condiciones excepcionales: en primer lugar la de haber desarrollado una larga trayectoria intelectual y profesional vinculada con el objeto de estudio; en segundo lugar es necesario contar con una acentuada voluntad de comprensión del devenir internacional, quizás plasmada en un *phatos* cognitivo, en una irrenunciable pasión por el conocimiento de un objeto prácticamente ininteligible. En este ambicioso campo es preciso acreditar una amplia competencia en diversas áreas y disciplinas afines, pero aun así no existe ninguna formación previa o *entrenamiento* capaz de garantizar resultados ponderables; no parece excesivo decir que el talento y cierta percepción calificada de los asuntos globales intervienen necesariamente en la formulación de una imagen plausible de lo real en escala del mundo. Ante ese desafío, en verdad una prueba autoimpuesta, el Dr. Tello ha desplegado un esfuerzo sostenido, intenso e inspirado.

La magnitud del trabajo y el carácter necesariamente complejo del resultado no admiten una asimilación pasiva por parte del que lee; en lugar de ello, el camino propuesto por el autor requiere del lector un compromiso de participación en el sentido de acompañar paso a paso, de manera racional, crítica y activa, la gran profusión de criterios y propuestas sometidas al escrutinio de la razón en cada sección de análisis y en las instancias de síntesis de este gran esquema multidimensional.

La necesidad de situar la obra de Tello en el marco de una secuencia de contribuciones destacadas nos lleva a considerar, de la manera más breve posible, algunos hitos en la producción académica relevante. Entre los antecedentes producidos en el campo específico de los estudios internacionales, una vez consideradas las perspectivas filosóficas e históricas de carácter general y los antecedentes más o

menos vagos reconocibles en fuentes antiguas, medievales o modernas, encontramos que los estudios precedentes comprenden una secuencia de modelos originada en la labor de autores, a menudo ajenos al mundo académico o que solo incursionaron en ámbitos universitarios en etapas tardías de sus respectivas andaduras (por no decir *andanzas*, que no sería excesivo en algunos casos). Entre estos últimos es común encontrar teóricos orgánicos, pertenecientes a los estamentos poderosos y reconocibles o bien, al menos, interesados en congraciarse con ellos. Tales formulaciones –conservadas como contribuciones precursoras del campo *geopolítico*– fueron producidas en consonancia con concepciones poco o nada democráticas, caracterizadas por sus ocurrencias (ocasionalmente ingeniosas) y a menudo teñidas de vicios metodológicos tales como el determinismo, el vitalismo y el antropomorfismo; justo es decir que ese tipo de *escuelas* alcanzó de lleno los ámbitos de reflexión estratégica latinoamericanos y en particular argentinos durante buena parte del siglo XX. Pero también es apropiado reconocer que en el origen de aquellas escuelas se encuentra un intento de elaboración sistemática surgido un siglo antes del presente y aun sujeto a algunas de las condiciones anteriores; nos referimos a la formulación debida al doctor Rudolf Kjellén, geógrafo, parlamentario y cientista político sueco, considerado como un precursor serio del campo de los estudios internacionales y polemológicos; no obstante, sus referencias a las *fronteras vivientes*, así como el propio título de su obra principal, *El Estado como organismo viviente* (1917), muestran a las claras su relación intelectual con las corrientes precedentes y su adscripción al vicio teórico de cierto vitalismo ratzeliano (F. Ratzel, gran precursor de la escuela de geografía política alemana, alentó la idea del crecimiento de los Estados en relación con la pesada noción de *Lebensraum* o *espacio vital*).

La idea o concepción del Estado como bioforma dotada de poder estaba llamada a hacer carrera en el convulsionado siglo XX. Pero aun así, a pesar de esta gravitante carga teórica heredada, con sus consiguientes efectos sobre la reflexión acerca de los asuntos internacionales y sobre las concepciones del poder de las naciones, la labor académica de Kjellén alcanza en su madurez a formular un planteo teórico fundacional del campo de la *geopolitik*, tal como él mismo

le había denominado en su obra referida a Escandinavia publicada en 1905. El profesor sueco construye finalmente un modelo de análisis (*Plan de un sistema de geopolítica*, 1919). En la misma época, y en particular coincidencia, aparece una de las obras principales de Halford Mackinder, profesor de Geografía de la Universidad de Oxford, bajo el título *Ideales democráticos y realidad* (1919), en la cual reformula su concepto de *área-pivote* bajo la figura del *Heartland*. Sin duda, dado el empleo de términos organicistas, el momento atraía la atención de los interesados en aquella *cratopolítica*, ya expuesta por Kjellén como disciplina abocada al estudio del estado entendido como organismo de defensa y de poder. Un aspecto destacable de Mackinder, a quien corresponde más el carácter de geógrafo político que el de *geopolítico*, reside en su insistencia sobre la «unidad funcional del mundo», noción mediante la cual prefigura el análisis integrado de los asuntos globales; teorías rivales insistieron en el tema de las *áreas de decisión* pero los avances cartográficos, las innovaciones técnicas y ciertos resultados aleccionadores demostraron prontamente que los **enfoques contextuales** habrían de predominar en el conjunto de los estudios internacionales, y a ellos pertenece, en una versión avanzada, el modelo panorámico que nos propone Tello.

Las situaciones emergentes –política nuclear iraní, reactivación de la Cuarta Flota Estadounidense, posible apertura del Paso del NO en el Océano Ártico, aprestos y trazado de rutas estratégicas en el Pacífico Sur, renovación del rol estratégico de Chipre, entre otras– no encuentran solución plena ni satisfactoria en el marco de los diversos enfoques ensayados durante las décadas o años recientes; en efecto, claro está que los *antigeopolíticos*, no son otra cosa, vaya paradoja, que *pensadores geopolíticos* (es el caso de algunos pensadores adscriptos a la Academia de West Point o a las Universidades de Pittsburg o Georgetown). Tampoco resuelven los problemas del mundo las teorías de *perímetros de defensa* o la del *contracerco*, la *teoría del péndulo* ni las de *key countries*, menos aun aquella célebre *teoría del dominó* o la de las *guerras limitadas*, mientras lo mismo vale decir de aquello de la *respuesta suficiente* o de la *teoría de la contención*. Asimismo, no aproximaron el análisis a la magnitud de los desafíos mundiales, en su momento, las doctrinas del *mundo libre*, de la

seguridad nacional o de *la bipolaridad*, ni lo hicieron formulaciones tales como la de las fallidas *fronteras ideológicas*. El desfile teórico-metodológico continuó, al menos en Occidente, con el *universalismo geopolítico*, la *geopolítica de los halcones* y el *trilateralismo*. Pero todo lo mencionado demuestra que faltan pensadores con la necesaria visión de conjunto, perspectiva histórica y pasión por bucear en la difícil relación entre las fuentes y la actualidad. En este punto aparece la obra de Ángel Tello, ya largamente elogiada en su presentación como tesis doctoral en la Universidad Nacional de La Plata por expertos académicos de relevancia internacional. Y lo hace con plenitud, plasmando una obra de madurez, escrita con ímpetu juvenil.

Eduardo Thenon

Agosto de 2012

Introducción

Todo se separa y se reúne. Lo que produce armonía es la oposición de una cosa consigo misma [...] La guerra es la madre de todas las cosas. Homero se equivocó al desear el fin de todas las disputas de los dioses y de los hombres, pues, si esto llegara, todo perecería [...] como, en nuestro mundo, todas las formas son por turno producidas y destruidas, ese mundo se asemeja al juego de un niño sobre la arena.

ARISTÓTELES. *Ética Nicomaquea*

Una cuestión que se plantea, anterior a cualquier desarrollo al encarar el tema en tratamiento, se vincula con las bases epistemológicas de las relaciones internacionales: si se está ante una disciplina o una interdisciplina, si existe, o no, una teoría única que las explique y, en consecuencia, si se pueden formular predicciones tomando en cuenta esta falta aun considerándola parcial, dicho de otra manera, al no existir un *explanans* abarcador y completo, resulta dificultoso dar cuenta del *explanandum*. Razón por la cual me inclino a considerarla como a una interdisciplina abarcadora de diferentes áreas del conocimiento, todas ellas realizando sus aportes a los estudios teóricos de las relaciones internacionales.

La disciplina de las relaciones internacionales se nutre del aporte de diversas ciencias sociales: el derecho, la economía, la historia, la geopolítica, la política, la filosofía, la psicología y la polemología; efectuando cada una de ellas contribuciones importantes a los fundamentos epistemológicos de la misma, entendidos estos como las condiciones de producción y validación del conocimiento científico.

Si bien todas las ciencias sociales se plantean permanentemente la cuestión de su propio objeto, en el caso particular de las relaciones internacionales las dificultades que aparecen son de un orden diferente. Por definición, engloban las realidades más universales, más diversas y más numerosas del cuerpo de acción social, en tanto ellas se interesan en situaciones que relacionan al conjunto de los actores de la vida social.

Algunos autores sostienen que el estudio de las relaciones internacionales es una ciencia en vías de desarrollo. Desde Tucídides hasta nuestros días, aparece como una disciplina muy antigua y al mismo tiempo muy nueva. La definición clásica de su campo se refiere de manera preferente a la actividad exterior de los Estados, asimilándola a las relaciones diplomáticas.

De allí aquello que observaban los autores norteamericanos James E. Dougherty y Robert L. Pfaltzgraff en la década de los noventa del siglo pasado:

Las relaciones internacionales se están convirtiendo, si ya no lo han hecho, en una disciplina –o interdisciplina– que incorpora, se apoya en y sintetiza reflexiones de la mayoría, si no todas, de las ciencias sociales y, cuando es adecuado, de las ciencias naturales y físicas. Semejante condición es probable que siga siendo una característica de los esfuerzos de construcción de una teoría de las relaciones internacionales en los años que lleven al próximo siglo. (1993: 564)

El estudio de los clásicos ofrece, en la dirección señalada *ut supra*, un marco adecuado para comprender y explicar –más allá de las profundidades, constantes y debates que en este caso se suscitan acerca de la condición humana– las consecuencias que la ruptura del equilibrio y la paz han tenido en las disputas por el poder y en la conformación de las sociedades a lo largo de la historia. Estos, quizás por aquello de Miguel de Unamuno de que «*para innovar no hay como los clásicos*», ofrecen un marco teórico apropiado para investigar una realidad compleja y en permanente mutación, como lo es la que presenta el mundo actual desde una mirada que toma al ser humano y sus comportamientos, condición y actitudes, como actor y sujeto fundamental.



Gastón Bouthoul, en su *Tratado de polemología* publicado en la década de los cincuenta del siglo pasado, advierte:

Toda esta ebullición intelectual representa sobre todo, en las terroríficas circunstancias actuales, un sobresaltado y desesperado despertar de nuestra pobre Humanidad, para procurar la supervivencia. En primer lugar, la Polemología consiste en adquirir conciencia de que existen esos problemas. Luego, en un esfuerzo de imaginación constructiva para crear hipótesis y métodos. Así será posible actuar sobre las instituciones belígenas, descubrir de antemano y desviar las coyunturas peligrosas, disipar los impulsos de agresividad colectiva. (1984)

En la construcción de la teoría adopto como unidad de análisis la noción de *sistema mundo* prefiriéndola a sistema internacional, dado que si bien esta última es de uso corriente, en diversas ocasiones aparece como reduccionista, estática e incompleta para explicar determinados fenómenos; mientras que sistema mundo parte de una mirada antihegemónica, basada en las interacciones, los cambios, las relaciones de fuerzas y el movimiento, integrando al mismo tiempo al estudio y la investigación a protagonistas y actores que no se hallan necesariamente incluidos dentro de los esquemas clásicos de los Estados-nación y, en consecuencia, de los sistema internacionales.

Los supuestos teóricos de partida surgen de dos preguntas iniciales: ¿por qué los humanos hacen la guerra?, ¿será que la condición humana presenta una conformación genética en la cual la tendencia hacia la violencia ocupa un lugar particular y permanente? Cuestiones estas que sustentan dos condiciones preteóricas: la violencia como una manifestación ancestral y permanente en la vida de los humanos y sus sociedades, y la permanencia del conflicto como expresión de la oposición. Ello me inclina a otorgarle un lugar preponderante al enfoque polemológico en la construcción teórica de las relaciones internacionales, partiendo de considerar la centralidad de la guerra y los obstáculos existentes en el camino hacia la paz.

El conflicto, entendido como choque de voluntades en procura de un derecho objetivo, es una categoría de orden político, expresión de los opuestos que han estado presentes en la vida de los seres humanos

desde su aparición en la Tierra; puede tener o no resolución violenta, pero en todos los casos debe constatar que este no tiende a desaparecer sino a reproducirse bajo nuevas formas y contenidos.

Un examen banal indica que la guerra, y en un contexto más amplio la violencia entre los humanos, no ha desaparecido de la faz de la Tierra y que probablemente nunca desaparecerá, a pesar de los esfuerzos rescatables y loables que cotidianamente se realizan en tal sentido desde diferentes organizaciones internacionales. Es como si el mundo contuviera una suerte de coeficiente constante de violencia a partir del cual cuando esta disminuye o desaparece en un punto o en alguna región, necesariamente debe emerger en otra.

En la construcción de los fundamentos, la teoría del caos y la dialéctica ofrecen un marco teórico-metodológico apropiado para comprender tanto al universo como a las sociedades humanas en su desarrollo y devenir, haciendo propia aquella observación de G. W. F. Hegel cuando sostenía que «el movimiento es lo que permanece de la desaparición» (1985), facilitando de esta forma un abordaje teórico que no parte de pensamientos fijos e inamovibles, que rechaza cualquier dogmatismo, y que considera que una vez establecidas las condiciones iniciales de un fenómeno las trayectorias ulteriores pueden separarse en diferentes cursos de acción; debiendo en consecuencia formular las predicciones y prospectiva más en términos de posibilidades y probabilidades, de incertidumbre, que en términos de mundos cerrados y terminados, lo que comprende tanto a los fenómenos de la naturaleza como al accionar de las sociedades humanas. Un ejemplo de ello lo brinda lo ocurrido en marzo de 2011 en Japón, país en el cual un desastre natural de gran magnitud no solo ocasionó enormes y dolorosas pérdidas humanas y materiales, sino que ha puesto de manifiesto la ausencia de control por parte de las autoridades competentes de varias de las centrales nucleares accidentadas, cuando quedó en evidencia que no estaban en condiciones de resistir los embates de un terremoto de escala nueve y un *tsunami*. Esto no solo acarreó y habrá de acarrear problemas de orden económico sobre esta gran nación asiática y el mundo, sino que expone con crudeza las consecuencias de la *doxa* neoliberal: más beneficios privados, menos controles y menos Estado, ubicando al mismo tiempo al pueblo japonés frente a una grave emergencia política y moral.

Algo similar a lo señalado para Japón, aunque con diferentes características, pudo observarse en el norte de África, donde la inmola-
ción de un vendedor callejero en Túnez desencadenó una serie de
levantamientos populares masivos que no solamente derrocaron a los
gobiernos de su país y al de Egipto, sino que se han extendido como
una mancha de aceite hacia otras naciones en demanda de libertad,
democracia y un reparto más equitativo de las riquezas. En ambos
casos, una vez establecidas las condiciones iniciales las trayectorias
se han bifurcado en diversas direcciones.

Todo ello obliga a tomar en cuenta al comportamiento humano
como un elemento fundamental en la construcción teórica de las rela-
ciones internacionales, quizás no debidamente considerado hasta ahora
por los enfoques clásicos del realismo e idealismo, al menos desde mi
punto de vista. La condición humana y sus expresiones ¿presenta cam-
bios significativos con los avances de la civilización y la educación,
tal como en su tiempo lo consideraba posible Platón?, o bien ¿no ha
experimentado variaciones importantes a lo cual debe añadirse hoy la
presencia de instrumentos de muerte y destrucción mucho más pode-
rosos que los conocidos en otros tiempos? Hablar de condición hu-
mana obliga también a realizar un abordaje del que no pueden estar
ausentes la psicología y la filosofía, así como el análisis de las creen-
cias, particularmente las religiosas, y el lugar que estas ocupan en el
devenir de nuestras sociedades. «La voluntad no es una fábula absur-
da» (1993: 28) observa Yakovlev, constituyendo un elemento central
en el abordaje polemológico de las relaciones internacionales.

Una de las manifestaciones, quizás la más importante en lo que a la
condición humana se refiere, es la disputa por el poder. El poder «se
ejerce en acto», sentenciaba Foucault (2001), y está en la base misma
de las relaciones entre los hombres, tal como la energía está en la base
misma de la Física, según lo observaba Bertrand Russell. Las disputas
por el poder, en consecuencia, conforman el elemento central que ex-
plica la conflictualidad mediando el movimiento y la oposición.

En su tiempo, la Segunda Guerra Mundial introdujo una determina-
da espacialización de la violencia que afectó principalmente al Hemis-
ferio Norte. Concluida la misma e instalada la configuración de rela-
ciones de fuerzas bipolar, apareció una nueva realidad que podría en-

tenderse como el derrame hacia el Sur, hacia los pueblos y países del llamado Tercer Mundo, de la violencia contenida que las naciones avanzadas no pudieron evitar en 1939-1945. Una nueva espacialización de los conflictos armados, con su secuela trágica de víctimas y destrucción, emergió entonces durante los años de la Guerra Fría.

La caída del Muro de Berlín en 1989 marcó el fin de la bipolaridad e introdujo cambios importantes en el escenario internacional. Significó también, entre otros aspectos, el fin del mundo de certezas que había planteado la disputa ideológica entre los Estados Unidos y la Unión Soviética y la aparición de la incertidumbre tanto en el cálculo político como en el estratégico. Perturbadores repotenciados otrora contenidos en el marco del conflicto Este-Oeste, debilitamiento de los Estados-nación, amenazas violentas de una magnitud superior, escasez de recursos naturales y destrucción del medio ambiente, todo ello en un planeta surcado por flujos comerciales, financieros, transferencia de capitales y el rol cada vez más importante de las comunicaciones, plantean escenarios novedosos, no previstos y con escasos antecedentes históricos, excepto la comparación que algunos autores hacen de esta época con la Alta Edad Media y las similitudes que serán estudiadas entre el Imperio Romano y las políticas llevadas a cabo por sucesivos gobiernos de los Estados Unidos de América.

Conflictos armados en el Cercano Oriente y Asia Central, mafias transnacionales ligadas al delito, desigualdades obscenas, frustraciones ideológicas y culturales, exclusión, ascenso de la anomia, etcétera. Presentan un panorama en el que la violencia está presente, así como también en muchas ocasiones la misma es utilizada por las grandes potencias para sostener y/o incrementar su poder e intereses.

En este contexto, los temas económicos en el mundo globalizado deben ser especialmente considerados, desde el instante mismo en que ellos conforman una base estructural importante en la ocurrencia de los conflictos. En este caso particular, el estudio de la economía es abordado como ciencia social, humana, no tratándose de una ciencia exacta *strictu sensu*, pues son los humanos que la hacen y deshacen, que la construyen y destruyen, aun en casos como el señalado relativo a Japón originado en un gran desastre natural. Por ello debe descartarse el enfoque dogmático que realizan las ideas neoliberales y su

credo relativo a un mercado autorregulado tomado como una cuestión de fe, sin alma y más allá de lo humano, como una suerte de versión moderna de la piedra filosofal de la Edad Media, cuyo descubrimiento –jamás logrado– serviría para la salvación de la sociedad. El mercado es tan antiguo como las interacciones humanas y una mirada fundamentalista del mismo supone un mundo ordenado, cuando los principios que lo guían, dada su propia naturaleza, son la incertidumbre y el caos, mirada seriamente cuestionada a partir de la crisis de las hipotecas *subprime* en 2008 en los Estados Unidos.

Otra idea contradictoria de la *doxa* neoliberal es aquella que señala la necesidad de recortar cada vez más las funciones del Estado porque, sostiene, al tratar de controlar un determinado espacio, físico y/o mental, al planificar, impide que el mercado se desarrolle en plenitud; al mismo tiempo que se asiste a la presencia creciente de empresas transnacionales que no solo compiten con los Estados, sino que en sí mismas constituyen importantes ámbitos de planificación. A lo cual se suma un sector financiero librado a su propia suerte que ha hecho de la especulación descontrolada el alfa y el omega de su accionar, con graves consecuencias para la economía mundial y el bienestar de los pueblos. Sector financiero que plantea un interrogante acerca del patrón de acumulación capitalista: si el mismo estará primordialmente basado en la producción de bienes o en las finanzas.

Exclusión, atraso, índices de pobreza en aumento, junto a economías en rápido crecimiento que desafían la hegemonía occidental como son los casos de India y China, conforman un panorama que plantea escenarios de futuros conflictos, probablemente armados.

La caída del Muro de Berlín y la ulterior desaparición de la Unión Soviética, dejaron sin contradictor a las ideas neoliberales tal como lo sostiene George Soros, planteando al mismo tiempo el fin de las ideologías y la desaparición de las creencias y tradiciones. También, se trató de vaciar al Estado de sus funciones esenciales, las que deberían ser reemplazadas por las empresas transnacionales o el mercado: intereses privados en vez de bien común e interés general.

El supuesto fin de las ideologías –nunca ocurrido por otro lado– incorporó a las creencias religiosas como dimensión teórica a tomar en cuenta en un contexto más amplio de recuperación de la identidad

y la cohesión de las sociedades humanas, exponiendo novedosos escenarios de conflictos de intereses encapsulados en valores opuestos, al menos para una parte importante del mundo contemporáneo.

Las ideas, creencias, tanto como las historias y costumbres compartidas, dan *sentido* y conforman el zócalo común para la construcción del Estado, las normas jurídicas, y un orden pacífico, según lo debatieron en su momento Jürgen Habermas y Joseph Ratzinger (2008) en la Academia de Baviera. A partir de esto y del entrecruzamiento de las relaciones de poder con las disputas de valores se legitiman y afirman las normas reconocidas en el Derecho Internacional Público.

La realidad actual muestra a un puñado de actores del poder mundial con gran capacidad de decisión pero sin legitimidad, y una innumerable cantidad de dirigentes políticos y sociales con legitimidad de origen pero escaso o nulo poder. Ello plantea un interrogante acerca de los mecanismos y sistemas a ser empleados en el futuro por comunidades enteras conscientes de su transformación en objetos y no en sujetos de su propio destino, dicho de otra manera, realidad en la cual sus vidas y futuro son decididas por otros y no por ellos mismos. Religiones, nacionalismos, particularismos, regionalismos, etcétera, emergen en la actualidad como las herramientas elegidas para recuperar cohesión e identidad y afrontar de esta forma un mundo que aparece a los ojos de millones de seres humanos como agresivo, desafiante y perjudicial.

Occidente perdió el monopolio de aquello que muchos denominan *el relato*, ya no existe una única versión del sistema político, la organización de las sociedades y la historia. Occidente se quedó sin valores trascendentes, según lo observaba Jean Baudrillard luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, sin que los mismos puedan ser reemplazados por la sociedad de consumo o la acumulación desenfrenada y obscena de bienes materiales como fin último de la vida humana. La dialéctica finito-infinito expuesta en su momento por Hegel y según la cual la angustia existencial básica que conmueve a los humanos se sitúa en la capacidad que estos tienen de pensar el infinito sabiéndose finitos al mismo tiempo, recupera aquí toda su validez. A lo cual deben agregarse pueblos con procesos *no terminados* según los parámetros de desarrollo de los países cen-

trales, y frente a los cuales la imposición de otras culturas y creencias no solamente es vista como una agresión, sino que se constituye en un poderoso factor de conflicto interno pudiendo derivar en algunos casos hacia lo externo.

En este contexto se plantea la cuestión formulada en su tiempo por Raymond Aron (1962): «paz por la ley o paz por el imperio», pudiendo detectarse una fuerte pulsión imperial por parte de los Estados Unidos y sus socios occidentales, actuando más desde la imposición y una supuesta protección que desde el consenso. La comparación con el antiguo Imperio Romano aquí resulta ilustrativa para evaluar posibles tendencias y comportamientos, si bien esta nueva configuración combina actitudes y acciones de *hegemón benévolo* con imperio depredador y logístico.

En lo que al análisis de la guerra se refiere, una vez más se comprueba la vigencia y actualidad de la teoría formulada en su tiempo por Carl von Clausewitz (1955), particularmente en lo que atañe al rol de la política como causa fundamental y razón de los conflictos armados. Hoy estoy en condiciones de afirmar que las guerras serán más homocéntricas, más asimétricas, más fundadas en valores opuestos, más *absolutas* en los términos de Clausewitz y menos democráticas por parte de aquellos que tomarán las decisiones de hacerlas, escenarios de los cuales no puede excluirse en algún momento –para ser coherente con el método dialéctico adoptado– una confrontación mayor entre las grandes potencias. En este marco es imprescindible encontrar una teoría apropiada que las explique y de allí la necesidad de volver al autor prusiano citado *ut supra*. Guerras más «humanas» y menos tecnológicas, protagonizadas por combatientes imbuidos en una causa y en muchos casos con creencias diferentes y opuestas a las de la matriz judeo cristiana occidental acerca de la vida y la muerte.

Conflictos armados en los cuales de manera creciente se observa la participación de compañías militares privadas, verdaderos ejércitos de mercenarios al servicio de Estados, empresas y/o mafias, fuera de toda norma internacional y cuyo objetivo no está en guerrear para lograr la paz sino por el contrario, realizar importantes beneficios económicos mediante la guerra. ¿Asistimos a una nueva privatización

de la violencia tal como ocurría en la Edad Media condenada en su tiempo por Maquiavelo?

Una vez expuestos y discutidos los supuestos teóricos, la investigación se orienta hacia el estudio del *sistema mundo* actual. Cuando digo sistema mundo incluyo a un conjunto de actores que no necesariamente se encuadran en las estructuras tradicionales del Estado-nación, pero que son relevantes en las relaciones internacionales, así como los diferentes elementos que componen el mismo y que deben ser tomados en su totalidad e interrelación. Sin dejar de tener debidamente en cuenta los enfrentamientos clásicos entre Estados por espacios de poder, las viejas pero nuevas disputas por recursos naturales escasos y la destrucción irracional del medio ambiente. Conviene recordar aquí a Immanuel Wallerstein (1996) cuando observaba con bastante acierto que las dos grandes guerras del siglo XX, la de 1914-1918 y 1939-1945, tuvieron lugar cuando se intentó cambiar el centro político-económico del planeta.

De esta suscita enumeración de los escenarios se puede concluir parcialmente que el sistema mundo –inmerso en un proceso de mundialización– se halla en una fase de incertidumbre política ante el debilitamiento verificable de los actores tradicionales del mismo: los Estados-nación, debilitamiento no atribuible en su totalidad a la acción deliberada de algún centro de poder particular, si bien ello no puede descartarse totalmente, pero que en su desarrollo presenta una inercia propia, actuando como elemento generador de conmociones y conflictos.

La incertidumbre política se encuentra en la base de la incertidumbre estratégica. Aunque toda estrategia encierra *per se* un grado mayor o menor de incertidumbre, el mundo actual presenta niveles de la misma nunca vistos en el pasado. Abordar los nuevos escenarios implica una verdadera revolución mental, desde el momento en que las previsiones estratégicas que conforman el planeamiento político-militar deben llevarse a cabo sin enemigo designado, sin un Otro único –al menos para el caso de países como la República Argentina– orientador de la evolución orgánica y preposicionamiento de las fuerzas del Estado.

Llegado a este punto del desarrollo propongo un modelo de análisis polemológico de las relaciones internacionales que considero apropiado como herramienta teórica para comprender los cambios y explicar



la probable evolución del actual sistema mundo. Este modelo de análisis se emplea como herramienta teórica en el caso del conflicto que actualmente se desarrolla en Afganistán, pudiendo extenderse también su aplicación a otras experiencias, como fue la guerra del Atlántico Sur en 1982 que enfrentó al Reino Unido y a la República Argentina.

Los elementos mencionados son:

- La teoría del caos y la dialéctica constituyen la base metodológica irremplazable para un correcto estudio teórico de las relaciones internacionales.
- El rol que las ideas y creencias, como de la personalidad humana, han jugado a lo largo de la historia.
- Debe enfatizarse tanto el análisis del poder como la noción de equilibrio de poder, abarcadora esta última de todos los aspectos que conforman el mismo.
- La necesidad de tomar en consideración las variables económicas de la globalización en la ocurrencia de los conflictos mundiales, teniendo en cuenta los factores de incertidumbre y anarquía que las mismas introducen en el funcionamiento del sistema.
- Tomar en cuenta la díada valores-intereses, observando que en la actualidad muchos conflictos de intereses se sustentan y se hallan encapsulados en valores contradictorios.
- El análisis político como el instrumento más importante para la comprensión y posible evolución del sistema mundo contemporáneo.
- Los caminos para lograr la paz.
- La centralidad de la guerra y la incertidumbre estratégica conforman factores insoslayables a tener en cuenta en el devenir de la humanidad.

De esta forma llego finalmente a la instancia final de los resultados y las conclusiones. Conclusiones que señalan la imposibilidad de establecer leyes fijas –inmodificables– que se planteen de una vez y para siempre. Tanto el realismo como el idealismo constituyen visiones estáticas –aunque parcialmente válidas– de las relaciones internacionales y dogmáticas si se las considera *in extremis*. De allí la importancia de encontrar un punto intermedio entre estas dos aproximaciones teóricas,

que por caminos diversos y desde diferentes abordajes señalan al Estado como actor central de la escena internacional.

En el caso de este estudio el análisis se realiza teniendo en cuenta principalmente el enfoque que la **escuela realista** hace de las relaciones internacionales, sin descuidar la importancia del aporte que la corriente idealista ha brindado y brinda al desarrollo de esta área del conocimiento.

Otra conclusión importante considera a la dimensión humana como elemento central de la teoría, tanto en la evaluación de los valores en juego en los conflictos, como en el propio comportamiento de los hombres en la guerra, observando la contradicción existente entre la búsqueda de certezas por parte de los individuos y un universo, así como las sociedades, marcados por la incertidumbre. Ello se resuelve parcialmente en la dialéctica finito-infinito y resalta la importancia de incorporar la dimensión religiosa o ético-valorativa a la teoría de las relaciones internacionales.

Una cuestión trascendente se vincula entonces con la afirmación de algunos investigadores de si es posible una teoría *individualista* de las relaciones internacionales tal como podría considerarse desde una apreciación neoliberal, lo que conduce a otra pregunta: ¿qué unidad de análisis adoptar en una mundialización sin Estado? De allí la necesidad de recuperar el rol del Estado como guardián del *sentido* y ámbito adecuado e irremplazable de una construcción política coherente y previsible, al mismo tiempo que se incorporan variables como la condición humana, los valores y las disputas por el poder. ¿O quizás habría que considerar a las empresas transnacionales como los modernos *guardianes del sentido*?

El análisis polemológico cuenta con un elemento empírico central en la permanencia del conflicto entre los humanos. De allí la formulación de un modelo de análisis polemológico de las relaciones internacionales como propuesta teórica, modelo que se valida al considerar la centralidad de la guerra en los asuntos mundiales, lo que obliga a estudiarla en sus detalles más ínfimos, como también comprenderla en toda su dimensión para construir la paz.

BIBLIOGRAFÍA

- Bouthoul, G. (1984). *Tratado de polemología*. Madrid: Ediciones Ejército.
- Dougherty, J. E. y Pfaltzgraff, R. L. (1993). *Teorías en pugna en las relaciones internacionales* (p. 564). Buenos Aires: GEL.
- Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: FCE.
- Hegel, G. W. F. (1985). *Fenomenología del Espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Yakovlev, A. (1993). *Le vertige des illusions* (p. 28). París: J. C. Lattés.
- Habermas, J. y Ratzinger, J. (2008). *Entre razón y religión*. México: FCE.
- Raymond, A. (1962). *Paix et guerre entre les nations*. París: Calman-Lévy.
- von Clausewitz, C. (1955). *De la guerre*. París: Les editions de minuit.
- Wallerstein, I. (1996). *The Modern World-System IV: Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*. California: University of California Press.

Método y condición humana

*La única idea que vive es aquella que se conserva
a la temperatura de su propia destrucción.*

EDGAR MORIN

En el largo transcurrir de la historia humana han aparecido diversas maneras de encarar el estudio del mundo y su devenir.

Una de ellas parte de suponer que las cosas permanecen estáticas, sufriendo cambios momentáneos e inesperados, para volver luego al punto inicial de una situación inalterable y perdurable en el tiempo. Así, el objeto que se desea analizar es observado como se contempla una fotografía, que brinda del mismo una imagen fidedigna pero estática.

Otra manera está vinculada al movimiento, a la sucesión de imágenes que ofrece la cinematografía y que permite desarrollar una idea más acabada de la realidad, avizorando tendencias y sentidos posibles de la evolución de esta última.

Un tercer aspecto aparece relacionado con la pintura artística, expresando esta la visión particular de un autor acerca de la realidad que pretende reflejar. En este enfoque aparece, inevitablemente, una dosis insoslayable de subjetividad formando parte de la creación misma de la obra. A propósito de ello, escribía Maurice Duverger en la *Sociologie de la politique* en 1973:

Antes que tratar de alcanzar una objetividad y una neutralidad inaccesibles en el estado actual de desarrollo de las ciencias sociales, el sociólogo debe ser consciente de la imposibilidad de negar las ideologías a fin de limitar las deformaciones que las mismas introducen. Esto implica antes que nada que él sea consciente de su propia ideología y que la confiese. Esto implica a renglón seguido que deberá tener en cuenta no solamente a su propia ideología, sino también a las otras para construir sus hipótesis y teorías.

La tesis de la peculiaridad ético-valorativa de las ciencias sociales sostiene que estas ciencias son *sui generis* por el papel que juegan en ellas los aspectos apreciativos e ideológicos, tal como lo observaba en sus clases Gregorio Klimovsky.

En las ciencias sociales no se puede prescindir de los valores o ignorarlos desde el abordaje metodológico. Primero porque se hallan tan incorporados a la conducta del investigador-científico que le otorgan una connotación especial a este tipo de disciplinas. Segundo, porque la ética obliga a que cuando se crean o emplean modelos de sociedad y de acción social, haya que emitir al mismo tiempo juicios, ya sea porque se debe hacer una caracterización completa de lo que se tiene en estudio, o porque implícitamente la investigación espera resolver algún problema y proponer un cambio.

La película y la pintura artística conforman, entonces, el esquema sobre el cual se construye esta obra, incorporando al desarrollo de la misma la subjetividad del autor.

En lo que a la recurrencia a los clásicos del pensamiento universal se refiere, resulta interesante la acertada apreciación al respecto realizada por Ortega y Gasset: «El error está en creer que los clásicos lo son por sus soluciones. Entonces no tendrían derecho a subsistir porque toda solución queda superada. En cambio, el problema es perenne por eso no naufraga el clásico cuando la ciencia progresa» (1994).

Se trata de observar entonces si, tal como lo consideran algunos estudiosos del mundo contemporáneo, la condición humana ha experimentado en los últimos tiempos progresos similares a los sufridos por la ciencia y la tecnología, o si, en lo sustancial, continúa manifes-

tándose a través de comportamientos y actitudes que no han variado en sus aspectos fundamentales a través de los siglos. Tal como lo recordaba en una emisión televisiva francesa en los años ochenta del siglo XX el destacado oncólogo y filósofo francés Jean Bernard: «En los últimos cincuenta años la ciencia y la técnica han progresado más que en los dos mil años anteriores, pero seguimos pensando a los seres humanos con las categorías de Platón y Aristóteles».

James E. Dougherty y Robert L. Pfaltzgraff, dos eminentes académicos norteamericanos en el área de las relaciones internacionales, sostienen al respecto:

El aspecto principal, por el momento, es que gran parte depende de la propia visión filosófica general, incluida la propia visión de la historia y la naturaleza humana, tanto como de si la naturaleza humana sigue siendo en gran medida la misma o pasa por un desarrollo progresista genuino, desde el egoísmo hacia el altruismo, durante el curso de la historia. Obviamente, la sociedad cambia hacia afuera como resultado del conocimiento acumulado y del efecto de la educación, la ciencia, la tecnología, la producción, la economía, la religión y la cultura. Pero que los seres humanos experimenten un cambio interno igualmente profundo en sus cualidades psicológicas y morales es un asunto diferente. (1993: 22)

Los filósofos griegos anteriores a Sócrates marcaron el camino de una construcción teórica y metodológica que devino, con el transcurrir del tiempo, en uno de los fundamentos del pensamiento occidental. Heráclito (540-480 a. C.) fue quizás el más destacado de esta corriente. Es a partir de los presocráticos que la *verdad del ser*, lo propio del hombre y la naturaleza del bien común, se estrechan en un vínculo indisoluble.

Según Heráclito, se pueden extraer conclusiones de hipótesis contrarias entre sí. Desde esta mirada se instaló un método y desarrolló un criterio ampliamente compartido por los contemporáneos de este notable filósofo. Aristóteles, continuador de Heráclito, puede ser practicado sin saber el *qué* de las cosas que se estuvieran tratando, tal como lo observaba Immanuel Kant en el siglo XVIII.

El esquema fundamental de la filosofía presocrática se basa en que lo diverso, lo múltiple, el no ser, están contenidos en el ser y producen el devenir. Esta ley es susceptible de ser descubierta por la razón, impregnando buena parte de la obra de Platón y encontrando su continuidad en Aristóteles.

Heráclito apuntaba que el universo es un perpetuo fluir, permitiéndole instalar, desde el puro razonamiento, la idea del movimiento como algo permanente.

Decía Aristóteles: «El sol, como dice Heráclito, no sólo es nuevo cada día sino que siempre es nuevo, continuamente. Para Heráclito, lo opuesto o enemigo es útil y de las cosas diferentes nace la más bella armonía. Todo se produce según discordia».

El propio Heráclito observaba en algunas de sus reflexiones:

Todas las cosas se producen por el movimiento de opuestos y el conjunto de ellas fluye como un río, pero el todo se realiza cumplidamente y hay un solo Universo. Este se engendra a partir del fuego y cada cierto período de tiempo es consumido por el fuego, cíclicamente, así sucede todo el tiempo según el destino. [...] De los opuestos, el uno, la lucha por el nacimiento, se llama concordia y paz, y el otro, la tendencia a la destrucción por el fuego, se llama guerra y discordia, y la transformación es camino hacia arriba y hacia abajo y por ello el Universo ocurre. Pues el fuego al condensarse se humedece y cuando se consolida aún más se convierte en agua, y el agua al solidificarse se vuelve tierra, y ése es el camino hacia abajo. (1985: 61)

Resulta curioso y a la vez apasionante comprobar cómo, sin instrumentos teóricos y menos aún técnico-científicos para demostrar sus aseveraciones, Heráclito, desde el puro razonamiento y sirviéndose del método dialéctico, intuyó –empleando una metodología hipotético-deductiva– hace veintiséis siglos la moderna teoría del Big Bang o explosión original, corroborada hoy por físicos y astrofísicos, y confirmando en ciertos aspectos la demostración práctica de aquella proposición. En el origen de todo estaba el fuego, y la pregunta sin respuesta, al menos hasta ahora por parte de las ciencias físico-matemáticas, es qué había antes de la gran explosión. Aplicando la dialéc-

tica corresponde pensar que algo había y las cosas no surgieron de la nada. Hegel intentó una respuesta al señalar que la historia es dialéctica porque representa el movimiento del universo y de la humanidad, la idea de Dios, sin historia, está más allá de las oposiciones y más allá del movimiento.

Decía Platón: «En alguna parte dice Heráclito que todas las cosas se van y nada permanece, y compara a los seres con la corriente de un río, diciendo que alguien no puede bañarse dos veces en el mismo río».

El pensamiento presocrático, recuperado parcialmente por Kant en el siglo XVIII, parte de constatar la necesidad que arrastra a la razón a enredarse en contradicciones. Schleiermacher, por su lado, observa a la dialéctica como al arte platónico de conducir un diálogo.

No constituye el objeto central de este trabajo la realización de un estudio profundo de la dialéctica o, en este caso particular, de la dialéctica hegeliana. Interesa porque la misma ofrece un método apropiado para explicar el desarrollo de la naturaleza y porque tanto esta como las sociedades, como parte indisoluble de aquella, pueden ser abordadas mejor en su análisis desde este punto de vista. El movimiento y el conflicto son, entonces, categorías permanentes y en cierta medida unidades de medida para el desarrollo del campo en estudio y particularmente para el análisis de la cuestión del poder.

Algunas consideraciones relativas al caos

Con el mismo título que el arte o la filosofía, la ciencia es ante todo experimentación, creadora de preguntas y significados.

ILYA PRIGOGINE. *Entre el tiempo y la eternidad*

Según Karl Popper, el sentido común tiende a afirmar: «que todo acontecimiento es causado por un acontecimiento, de suerte tal que todo acontecimiento podría ser predicho o explicado [...] Por otra parte el sentido común atribuye a las personas sanas y adultas la capacidad de elegir libremente entre varias opciones distintas de acción» (1984: 79). William James denominó a esto *dilema del*

determinismo, tratándose de una proposición que juega la relación de los humanos con el mundo y particularmente con el tiempo.

Ilya Prigogine (1996: 9) formula una serie de preguntas muy apropiadas y acertadas para el dilema de Popper: «¿El futuro está dado o se encuentra en perpetua construcción? ¿Acaso la creencia en nuestra libertad es una ilusión? ¿Es una verdad que nos separa del mundo? ¿Es nuestra manera de participar en la verdad del mundo?».

Una primera aproximación al desarrollo del tema permite observar que nada permanece fijo e inmóvil, nada es definitivo, ni la noción del tiempo. Por otro lado puede constatarse también la necesidad inconsciente del ser humano de transcurrir su existencia buscando certezas, disyuntiva de enorme y trascendente importancia en el desarrollo del mundo contemporáneo.

En el campo de las ciencias de la naturaleza, la mecánica cuántica afirma una distinción fundamental entre pasado y futuro, obligando de esta manera a revisar la noción del tiempo tal como fue formulada por Galileo y aun por Einstein, cuando este sostenía que «el tiempo es tan solo una ilusión». Según estos científicos nosotros, observadores humanos limitados, seríamos los responsables de la diferencia entre pasado y futuro, los creadores del tiempo. En consecuencia, la noción del tiempo adquiere características fenomenológicas.

El tiempo es una dimensión constitutiva de la existencia humana, pero también se inserta en el corazón de la física, ya que la incorporación del mismo en el esquema conceptual de Galileo Galilei ha sido el punto de partida de la ciencia occidental.

Refiriéndose a los fenómenos irreversibles, Prigogine dice:

Estos fenómenos irreversibles (por ejemplo el caso de las sustancias radiactivas) nos pueden dar ahora aquella perspectiva del antes y el después que buscaba Aristóteles –aquí Prigogine hace referencia a la frase del filósofo griego que sostenía: *el tiempo es el número del movimiento según el antes y el después*, nota del autor–. Nuestra tarea actualmente es la de incorporar esta irreversibilidad en la estructura fundamental de la ciencia. Hoy, bien o mal, todos están de acuerdo sobre la importancia de la evolución en cosmología, en las partículas elementales, en la biología, en las ciencias humanas; todos están de acuerdo en la importancia del tiempo. (1996)

Para señalar más adelante: «Deberíamos considerar el tiempo como aquello que conduce al hombre, y no al hombre como creador del tiempo. Este es en el fondo el punto en cuestión» (2006: 24).

Frente a la ciencia clásica que privilegiaba el orden y la estabilidad, emergen modernos descubrimientos reconociendo el papel fundamental de las fluctuaciones y la inestabilidad, a partir de lo cual resulta mucho más apropiado hablar de opciones múltiples y horizontes de previsibilidad limitada. Si a la física se la entiende de una manera determinista, este enfoque de las cosas aplicado al campo de las ciencias sociales, llevaría a considerar el libre albedrío de la acción humana, a la libertad, como tan solo una ilusión. En algunas oportunidades se creería estar ante la disyuntiva de elegir probables cursos de acción con las correspondientes consideraciones éticas, pero eso sería ilusorio porque, en realidad, la acción aparentemente elegida con total libertad es la resultante compleja de un conjunto de leyes deterministas, que obligan al proceso a ir en una dirección preestablecida y niegan con ello la posibilidad de optar entre diferentes alternativas.

El Big Bang puede ser asociado, en el marco teórico empleado, a una gran inestabilidad, lo que implica que puede ser considerado como el punto de partida de nuestro universo, no del tiempo. Nuestro universo tiene entonces una edad, pero el medio cuya inestabilidad produjo la explosión original no la tendría. Como bien lo observa Prigogine, la cuestión del tiempo y el determinismo no se limita a las ciencias, está en el centro del pensamiento occidental; a lo cual se puede agregar una pregunta: ¿no estará en el centro de la condición humana?

Se instala entonces, tanto en el campo de las disciplinas físico-matemáticas como en las ciencias sociales, la convicción de la inexistencia de proposiciones fijas que se puedan establecer de una vez y para siempre. La moderna teoría del caos en las ciencias físicas, la incertidumbre y la imprevisibilidad echan por tierra cualquier enfoque dogmático en cuestiones como las que aquí estoy considerando.

Carlos Pérez Llana en su libro *El regreso de la historia*, publicado en Buenos Aires en 1998, sostiene:

Hoy se sabe que en el ámbito de la biología, de la física y de lo humano las evoluciones se dan en función de una dialéctica de

orden y desorden, de manera que reclamar en el ámbito de las relaciones internacionales una teoría general, o el entronizamiento de un paradigma, constituye una empresa intelectual sin sentido. Por el contrario, de lo que se trata es de ensayar explicaciones y de aproximarse a una realidad mutante.

¿El universo se rige por leyes deterministas susceptibles de ser descubiertas por el genio humano clausurando de esta forma el ulterior desarrollo del conocimiento? Más aún, ¿las sociedades se rigen por leyes deterministas? Son algunas de las preguntas que se plantearon los presocráticos en los albores del pensamiento occidental y que siguen tan vigentes como entonces.

Desde el siglo XVII fue apareciendo un punto de vista particular para abordar el estudio de la naturaleza formulando al mismo tiempo sus leyes. En aquellos tiempos, numerosos historiadores subrayaron el papel esencial desempeñado por el Dios cristiano, concebido como un legislador todopoderoso alejado del mundo real. Para esta corriente del pensamiento, la sumisión de la naturaleza a leyes deterministas acercaba el conocimiento humano al punto de vista divino, atemporal. Nació lo que Hegel denominaría la «razón sin Dios», la pretensión de encontrar explicaciones racionales y cerradas a todos los fenómenos, sean estos de cualquier tipo, y una visión determinista y dogmática de la naturaleza y la sociedad.

Por otro lado, la concepción de una naturaleza pasiva sometida a leyes deterministas –tal como lo sostienen algunos teóricos– es en buena medida una particularidad propia de Occidente. En China y Japón, «naturaleza» significa *lo que existe por sí mismo*; y el gran poeta indio Rabbindranath Tagore, refiriéndose a las ideas sostenidas por los pensadores occidentales vinculadas a estos temas, sentenciaba en tono irónico: «el hombre se defiende de la noción de ser un objeto impotente en el curso del universo» (1995).

Para Popper, por ejemplo, el determinismo no solo cuestiona la libertad de los seres humanos, torna además imposible el encuentro con la realidad, vocación misma de nuestro conocimiento.

Es curioso que la creatividad científica sea subestimada tan a menudo. Sabemos que si Shakespeare, Beethoven o Van Gogh

hubieran muerto prematuramente nadie habría realizado su obra. ¿Y los científicos? Si Newton no hubiera existido, ¿algún otro habría descubierto las leyes clásicas del movimiento? ¿Se percibe la personalidad de Clausius en la formulación del segundo principio de la termodinámica? Hay algo genuino en este contraste. La ciencia es una empresa colectiva. La solución de un problema científico, para ser aceptada, debe satisfacer exigencias y criterios rigurosos. Sin embargo, estos apremios no eliminan la creatividad, son sus desafíos. (1996)

Hace algunos años, la revista francesa *L'Express* publicó un interesante diálogo entre los astrofísicos Hubert Reeves y Trinh Xuan Thuan, muy apropiado para el tema en estudio. En un pasaje del mismo Trinh Xuan Thuan observa:

Durante trescientos años el pensamiento occidental estuvo dominado por la visión newtoniana de un mundo fragmentado, mecánico y determinista. La historia del Universo, encerrado en un caparazón rígido, estaba totalmente determinada anticipadamente, en sus pequeños detalles, por una cantidad limitada de leyes físicas. Hoy tenemos la visión de un mundo interdependiente, indeterminado y exuberante en creatividad. Desde hace un siglo, el azar liberador entró con gran fuerza a través de tres vías diferentes. Primero, a través de acontecimientos históricos y contingentes. El asteroide que chocó contra la Tierra hace 65 millones de años es un ejemplo: matando a los dinosaurios permitió nuestra aparición. Luego a través del flujo cuántico en el mundo de los átomos, donde la realidad aparece descrita en términos de probabilidades. Finalmente, a través de los fenómenos caóticos que introducen lo imprevisible en el mundo de nuestros días. La agitación de las alas de una mariposa en Brasil puede provocar lluvias en París. Despojada de su caparazón determinista, la naturaleza puede dar libertad a su creatividad: ésta toca jazz, para citar la hermosa imagen del libro de Hubert Reeves *Patience dans l'azur*. Así como el jazzman improvisa alrededor de un tema musical, la naturaleza borda y crea la complejidad en torno de las leyes físicas, éstas determinando el campo de lo posible y ofreciendo potencialidades. (1998)

La ciencia contemporánea se opone entonces a cualquier concepción que pretenda instalar un «pensamiento único» o definitivo en su campo de estudio y, quizás, más por omisión que por acción, nos introduce en el enfoque dialéctico del análisis de los fenómenos, sean estos de orden natural, o de orden social para el campo de las ciencias humanas. Dicho de otra manera, la idea de un tiempo creado por el hombre presupone a este como algo diferente de la naturaleza que él mismo describe, concepción acientífica desde todo punto de vista. Como sostiene Prigogine: «Seamos laicos o religiosos, la ciencia debe unir al hombre al universo» (1996). Apareciendo la ciencia, entonces, como un diálogo con la naturaleza.

S. Toulmin (1990: 85) describe las circunstancias que llevaron a René Descartes en su época a buscar certezas. Inestabilidad política, guerras de religión, católicos y protestantes matándose en nombre de creencias religiosas en el siglo XVII. Descartes buscó otro tipo de certezas, que pudiesen compartir todos los humanos, más allá de su religión. Esto lo impulsó a transformar su *cogito* en el punto de partida de su pensamiento filosófico y a exigir que la ciencia se apoyara en las matemáticas, única vía segura e inocua en la búsqueda de certezas. Por ello el determinismo presenta raíces antiguas en el pensamiento humano y se ha visto asociado tanto a la sabiduría y la serenidad como a la desesperanza.

La necesidad occidental de encontrar una explicación racional a todo, la obligación de predecir el futuro a través de un conjunto de ideas deterministas y absolutas llevó, desde Descartes en adelante, a muchos estudiosos a creer o pensar la posibilidad de «matematizar» las ciencias encargadas de explicar el comportamiento humano. Una vez establecidas las condiciones iniciales, se podía prever el resultado final de un acontecimiento.

Esta tendencia encontró muchos adeptos en el campo de los estudios de la guerra, por medio de la plemología y la estrategia, así como en la sociología; por ejemplo, durante los años cincuenta y sesenta del siglo XX. En el ámbito de la *Rand Corporation* en los Estados Unidos, en la denominada «escuela del pensamiento estratégico norteamericano», se analizaba la totalidad de los conflictos mundiales desde la perspectiva más arriba señalada: partiendo de considerar

una eventual guerra atómica –absoluta– contra la Unión Soviética, hasta lo que Clausewitz llamó «observación armada», tratándose esta del punto más bajo de una confrontación militar, todo ello incluido en un complejo sistema de matrices matemáticas, con resultados previsibles en cada caso y las consiguientes indicaciones para las decisiones a adoptar por los funcionarios políticos.

La búsqueda de certezas entonces tiene una larga historia que presentó en el siglo XIX dos expresiones paradigmáticas en el campo de las ideas concernientes a las ciencias sociales: el positivismo y el marxismo prolongándose hoy, en el siglo XXI, en el «discurso único» neoliberal, heredero de los anteriores en lo que a *profetizar* acerca del futuro se refiere a partir de determinadas condiciones iniciales.

Por lo hasta aquí analizado, se puede decir que queda demostrada la imposibilidad de establecer con rigurosidad absoluta la evolución del universo, porque esto significaría la adopción de un punto de vista dogmático y fijo. En esta línea de razonamiento también resulta complicado y no científico estudiar las relaciones internacionales tomando como referencia un marco teórico cerrado y concluido. Al respecto, Dougherty y Pfaltzgraff señalan:

El teórico, insiste Rosenau, debe suponer que en los asuntos humanos hay un orden subyacente, que las cosas no ocurren azarosamente; pero que sus causas pueden explicarse racionalmente (aún cuando lo que llamamos *comportamiento irracional* esté implicado). Urge al teórico a buscar no lo excepcional sino lo general, y sacrificar las descripciones detalladas del caso aislado a favor de los modelos más amplios y abstractos que abracen muchos casos. El teórico debería estar dispuesto a tolerar la ambigüedad y a enfrentarse con probabilidades más que con certidumbres y absolutos. (1993: 41)

En la actualidad, el rol asumido por la matemática en los estudios estratégicos durante los años sesenta del siglo pasado y antes también, es ocupado por la economía –influida por la exactitud y el determinismo cuando se trata fundamentalmente de una ciencia social– por medio de un conjunto cerrado de supuestos y condicionamientos, casi como cuestiones de fe en algunos casos, frente a los cuales los seres humanos y las

sociedades aparecen como verdaderos convidados de piedra –más como objetos que sujetos– e imposibilitados para decidir su propio destino.

Tiene razón Prigogine cuando afirma: «Democracia y ciencia moderna son ambas herederas de la misma historia, pero esa historia llevaría a una contradicción si las ciencias hicieran triunfar una concepción determinista de la naturaleza cuando la democracia encarna el ideal de sociedad libre» (1996).

El Premio Nobel citado en el párrafo anterior planteó en un artículo publicado por el diario *Clarín* de Buenos Aires el 11 de septiembre de 2000:

Las ciencias sociales cuestionan hace mucho las leyes deterministas por el **libre albedrío** que tienen las sociedades humanas para hacer elecciones. ¿Pero es posible que los sistemas naturales estén mucho menos atados por las leyes deterministas de lo que la física y la biología han estado dispuestas a aceptar hasta ahora? La forma de elección de la naturaleza es lo que denomino «bifurcación». En los sistemas naturales complejos, tal como ocurre en una sociedad, **el futuro no está dado**. Dentro de ciertos límites, puede ir por un camino o por otro. Así podemos hablar de la *creatividad* de la naturaleza.

Las teorías de la física moderna acerca de la evolución de la naturaleza, que introducen la irreversibilidad y el caos, son metodológicamente válidas para el campo de las ciencias sociales configurando una opción epistemológica –no la única obviamente– de las mismas. Aunque ambas ramas del conocimiento deban diferenciarse en el objeto de estudio, ello contribuye a pensar la evolución de las sociedades en términos de irreversibilidad, consecuencia de procesos en los que las oposiciones y su manifestación a través del conflicto, así como también la acción humana, juegan un papel trascendente en la ocurrencia de aquella.

La imprevisibilidad del futuro y la ausencia de certezas podrían probablemente configurar un nuevo paradigma, si así puede considerarse, en la teoría de las relaciones internacionales, a diferencia de lo sostenido por Pérez Llana, respecto a la ausencia de paradigmas que puedan explicar al mundo actual.

En la *Introducción* hice referencia a la emergencia o repotenciación de un conjunto de actores y perturbadores en el mundo desde el fin de la bipolaridad hasta nuestros días. Muchos estudiosos de las relaciones internacionales, así como importantes dirigentes políticos y sociales tienden a ubicar al terrorismo, narcotráfico o delito transnacional en el centro de esta novedosa realidad. Sin embargo, también debe señalarse el papel perturbador desempeñado por el sistema financiero internacional –asunto a tratar más adelante– sin control alguno por parte de las instituciones políticas globales, y que tiene la capacidad suficiente para sumir al mundo en situaciones de crisis graves como ha ocurrido en el año 2008.

Mercado sin control político y sistema financiero internacional constituyen, entonces, importantes –no los únicos– basamentos estructurales de un mundo en el que predomina el caos, ante lo cual el punto de vista realista en la teoría de las relaciones internacionales facilita la comprensión del mismo, así como de las fuerzas que lo conforman y accionan sobre él.

Por todo ello resulta imprescindible volver a Popper: «Mi punto de vista personal es que el indeterminismo es compatible con el realismo, y que aceptar ese hecho nos permite adoptar una concepción epistemológica coherente de la teoría cuántica en su conjunto, como también una interpretación objetivista de la probabilidad» (1982).

Otra ilustrativa referencia al artículo de Prigogine arriba mencionado que en buena medida expresa el contenido central de lo hasta aquí expuesto, señala: «El ideal clásico de la ciencia era describir la naturaleza como una *geometría*. Ahora vemos que *la naturaleza está más cerca de la biología y la historia humana*, ya que también en la naturaleza hay un elemento narrativo. En realidad, cuanto más entendemos la estructura del universo, más comienza a tener elementos comunes con las sociedades humanas».

El caos enseña tres cosas de las cuales pueden extraerse algunas conclusiones interesantes. Ofrece una visión reconfortante del ser humano que puede actuar sobre su propia historia: el hombre del determinismo mecanicista desprovisto de cualquier margen de iniciativa no era otra cosa que una hoja en la tormenta arrastrado por los acontecimientos; para el determinismo estadístico, sometido a las le-

yes de los grandes números y al poder nivelador de los promedios, podía accionar sobre las modalidades de su destino pero sin controlar el desarrollo, situándose como un simple actor *en* la historia. Hoy se ve que el ser humano puede actuar en dos niveles: el del «punto crítico» donde la acción de algunos, a veces de uno solo, puede orientar el desarrollo de las cosas, siendo esta la vía del grupo pequeño, de los héroes y profetas; el del medio de divulgación, donde el discurso, la acción, los ejemplos permanentemente repetidos, actuando sobre los espíritus, pueden crear las condiciones de propagación de una ruptura que, en vez de ser reabsorbida, deviene creadora.

Según Félix Schuster (2005: 13), el progreso científico siempre revela una ruptura. Constantes rupturas entre el conocimiento ordinario y el conocimiento científico, la ciencia rompe con la experiencia ordinaria colocando los objetos de la experiencia bajo nuevas categorías que revelan propiedades y relaciones no disponibles para la percepción de sentido ordinario.

Así, el ser humano se descubre a sí mismo como actor *de* la Historia pudiendo considerar a las nociones introducidas por la teoría del caos como al *explanans* que establece tanto las leyes generales como los enunciados de las condiciones iniciales. Por medio de una deducción lógica y empleando el método nomológico-deductivo llegamos al *explanandum*, es decir, al enunciado sujeto a explicación.

Nuevamente Schuster:

pueden verse las estrechas vinculaciones entre explicación y predicción (cuya estructura sería similar). En la explicación disponemos del *explanandum* (lo que debe ser explicado) y buscamos el *explanans* (lo que explica). Al predecir, tenemos el *explanans* y anticipamos (deductivamente) el *explanandum*. Por esto, es interesante señalar que si disponemos de adecuadas explicaciones (de los hechos en un área determinada) y, en consecuencia, de leyes generales, en algún momento estaremos en condiciones de predecir, con mayor o menor aproximación. (2005: 37)

Establecidas las condiciones iniciales una trayectoria puede bifurcarse y los resultados finales serán diferentes a los esperados, así lo



establece la teoría del caos y demuestra su utilidad teórica en el estudio de las relaciones internacionales, por ejemplo cuando se considera el comportamiento caótico de los mercados o del sistema financiero internacional. Incertidumbre, probabilidades y posibilidades constituyen elementos propios de la conducta de los hombres desde que estos hicieron su aparición en la Tierra.

Razón por la cual la acción humana en la teoría de las relaciones internacionales debe necesariamente insertarse como unidad de medida en esta construcción, otorgándole un nuevo sentido tanto a la explicación como a la predicción de los acontecimientos mundiales.

La dialéctica

*El tiempo es la sustancia de la cual estoy hecho.
El tiempo es un río que me lleva, pero yo soy ese río.*

JORGE LUIS BORGES

G. W. F. Hegel (1770-1831) desarrolló, en su dialéctica, un procedimiento enteramente particular y distinto al de Heráclito, aunque sus fundamentos sean esencialmente los mismos.

Parte de considerar que todo está sometido a una progresión inmanente, no pretende arrancar desde alguna tesis impuesta, sigue el automovimiento de los conceptos y expone, desde afuera, la consecuencia propia del pensamiento en continua progresión.

Hegel incorporó la dialéctica a la demostración, se opuso a discursar sobre el método porque, como él mismo lo señala en el prefacio a la *Fenomenología del espíritu*: «Una vez que la dialéctica se ha separado de la demostración, el concepto de demostración filosófica estaba, de hecho, perdido».

Hegel pretendió haber reivindicado el método platónico de dar cuenta o razón, efectuando la prueba dialéctica de todas las suposiciones sobre un problema y captando la profundidad de la dialéctica platónica. Cuestionó la metafísica dogmática del racionalismo, se opuso al pensamiento de Voltaire (al que Herder llamaría *niño senil*) y sobre todo contestó el método matemático de demostración empleado por aquel.

Según este destacado filósofo, la tarea filosófica moderna consiste en realizar lo universal, en «infundirle espíritu» a través de la abolición de pensamientos fijos y determinados. De allí su ya señalada oposición a Voltaire y la contradicción verificable, más adelante, entre este cuerpo de ideas y las bases de la doctrina marxista, profundamente dogmática y determinista.

Carlos Marx, heredero en muchos aspectos de una cierta racionalidad occidental determinista –Raymond Aron describía sus teorías como *milenarismo judeo-cristiano más pretensión científica*– elaboró un cuerpo ideológico preponderantemente dogmático y lineal de la historia, pretendiendo desde cierto punto de vista *matematizar* el transcurrir de la humanidad a través de un conjunto de leyes de cumplimiento obligatorio.

A esta altura de la exposición corresponde recordar el primer término del dilema del determinismo de Popper cuando decía «que todo acontecimiento es causado por otro acontecimiento», afirmando que esta idea subestima el papel de la acción humana en la construcción de las sociedades y la Historia. La teoría marxista, en muchos aspectos y a pesar de lo expuesto en los *Manuscritos económico filosóficos*, considera a los seres humanos fatalmente sometidos a las leyes ineluctables del desarrollo social.

Lo ocurrido ulteriormente en la realidad demostraría la contradicción entre ciertos enunciados y la práctica social. Tomando el caso de la ex Unión Soviética, tal como lo destaca Alexander Yakovlev, podemos observar que la rigidez política e ideológica se erigiría en obstáculo absoluto para los debates imprescindibles que exigía una evolución apropiada de la sociedad, aún conservando sin demasiadas modificaciones los principales fundamentos del sistema político y social.

Sin embargo, uno no puede menos que rescatar un análisis lúcido, crítico y trascendente de las contradicciones propias del sistema capitalista en el tiempo histórico en que le tocó vivir al fundador de la Primera Internacional, lo que en la actualidad constituye su legado más consistente.

El dogmatismo marxista subestimó un componente básico en la evolución de cualquier sociedad como lo es la condición humana, con sus luces y sombras, con su costado bueno y malo, con sus creencias, fetiches



y tradiciones. Aspectos estos que hacen a la idiosincrasia de cada pueblo y no pueden ser violentados o transformados de un día para el otro por la simple voluntad de aquellos que se conciben a sí mismos no ya como enviados del Supremo, sino como los ejecutantes immaculados de las leyes de la Historia. Al respecto, Raymond Aron decía:

El marxismo, aquél de la IIª como de la IIIª Internacional, fue interpretado oficialmente en el contexto de una filosofía positivista o materialista, objetivista en todo caso. Las leyes de la historia aparecían como tendencias necesarias del macro movimiento. Estas leyes o pretendidas leyes pasaban por encima de la cabeza de los actores; dialéctica solamente porque el observador percibía o creía percibir en ella una relación de momento, particularmente la contradicción, la negación y la negación de la negación, que estructuraban la lógica de la acción humana. Es en la praxis donde el hombre descubre la dialéctica: sacarle a ésta sus características humanas y proyectarla en la naturaleza equivale a despojarla de su racionalidad e inteligibilidad. Transformada en ley de las cosas por un decreto arbitrario, ésta se degrada en necesidad ciega, ininteligible. (1973)

Alexander Yakovlev, responsable de la ideología en el Partido Comunista durante los momentos finales de la ex URSS, observa por su parte:

El marxismo, paradójicamente, absolutizó el papel del factor subjetivo en la Historia. El aspecto psicológico de esta paradoja está cargado de enseñanzas. Por un lado, Marx repetía hasta el cansancio que la vida de la sociedad, el curso de la Historia, obedecían a sus propias leyes objetivas las que, a su vez, fijaban los límites de la libertad humana. Pero por otro lado, en el contexto político y espiritual de su tiempo, estaba obligado a combatir el idealismo filosófico y la influencia del clericalismo sobre la vida, la conciencia y la política. (1993: 23)

Retomando la propuesta inicial acerca de la dialéctica hegeliana, esta aspira a ser «objetiva», no mera dialéctica de nuestro pensar, sino de lo pensado, del concepto mismo. La falta consiste en observar en la dialéctica una mecánica subjetiva del pensar apartándola de las

cosas, de allí la oposición a separar el método de la demostración y los motivos del planteo inicial acerca del comportamiento dialéctico de la naturaleza expuesto en el choque de fuerzas contrarias y su unidad en un nivel superior, tal como lo presentan las investigaciones de la ciencia moderna y tal como ha sido analizado en el desarrollo de la teoría del caos.

«La razón por la cual la dialéctica se ocupa primero del movimiento, es precisamente que la dialéctica es ella misma este movimiento o, dicho de otro modo, el movimiento mismo es la dialéctica de todo ente» (1985: 39).

Al enfoque dogmático en las ciencias sociales se opone, entonces, el razonamiento dialéctico; cuestión epistemológica central que ha ocupado buena parte de los debates desde el siglo XVIII hasta la actualidad. Prigogine ilustra al respecto.

El papel que actualmente tiene la ciencia en nuestra civilización es fundamental y, sin embargo, utilizando una expresión bien conocida introducida por Snow, vivimos aún en una sociedad de dos culturas. La comunicación entre los miembros de estas dos culturas es difícil. ¿Cuál es la razón de esta dicotomía? Se ha sugerido que es un problema de conocimientos. Las ciencias fundamentales se expresan en términos matemáticos. Los «científicos» leen a Shakespeare. Los «humanistas» no son sensibles a la belleza de las matemáticas. Yo creo que esta dicotomía tiene una razón más profunda, se debe a la manera en que se incorpora la noción del tiempo en cada una de estas dos culturas. (1997)

Abundando en este orden de ideas, Karl Popper sostenía que el problema central de la separación –referida luego por Prigogine– es el tiempo. El tiempo negativo no se aplica al estudio de la sociedad, puesto que es imposible atrasar el reloj y reproducir la actuación de un grupo humano cien años antes o el día anterior. Tampoco lo es posible en estudios físicos más complejos, tal como lo establece la moderna noción de irreversibilidad, la flecha del tiempo entonces, es irreversible.

Una conocida anécdota, ilustrativa de lo considerado, cuenta el diálogo sostenido en una oportunidad entre una joven periodista y el



genial Jorge Luis Borges cuando aquella le dice, un tanto galante y elogiosamente: «Borges, para Usted el tiempo no pasa». Respondiendo el escritor: «Se queda, señorita, se queda...».

La Historia es el tiempo y movimiento de la humanidad, el antes y el después. Por ello existe una relación estrecha e inseparable entre tiempo y movimiento, entre tiempo y dialéctica, entre oposición y movimiento.

He señalado cómo la flecha del tiempo es creadora de estructuras. Cómo los fenómenos irreversibles, tanto en el campo de las ciencias naturales como en el de las ciencias sociales, no se reducen, como se consideraba en otros tiempos, a un incremento del desorden, sino que los mismos desempeñan un papel constructivo muy importante. La propia noción del tiempo contiene un componente dialéctico esencial desde el momento en que este actúa construyendo y destruyendo, organizando y desorganizándolo.

Así como la idea de caos sugiere espontáneamente desorden, valor de lo negativo en un esquema dialéctico riguroso, no puede soslayarse el orden que integra necesariamente la antítesis de la oposición y la relación existente entre los dos términos de la misma: tesis y antítesis. Mediante este desarrollo la flecha del tiempo, el antes y el después, no solo está presente en el área de las ciencias naturales, sino en el desarrollo de las ideas y las ciencias humanas. La dialéctica y el tiempo constituyen, entonces, los elementos comunes a las *dos culturas* a las que hacía referencia Prigogine.

En otro orden de cosas, la existencia de los opuestos debe ser admitida como tal en el concepto del movimiento. Esto no significa nada en contra del movimiento, demuestra la existencia de la oposición. Para que exista movimiento debe existir oposición. El movimiento, según Hegel es: «el concepto de la verdadera alma del mundo; nosotros estamos acostumbrados a considerarlo como un predicado, como un estado, pero de hecho es el sí mismo, el sujeto como sujeto, lo que permanece de la desaparición» (1985: 41).

En consecuencia, la quietud rígida de un cosmos de ideas no puede ser la última verdad, el *alma* que está referido a estas ideas es movimiento. El *logos*, al pensar la relación de las ideas entre sí es, necesariamente, un movimiento del pensar, y con ello un movimiento de lo pensado.

Agrega Hans Gadamer: «Como pertenece a la ciencia del espíritu sostener la contradicción y mantenerla en él precisamente como la unidad especulativa de los opuestos, la contradicción que era una prueba de nulidad para los antiguos, se convierte en algo positivo para la filosofía moderna» (1994: 25).

Hegel vio recién en Platón una dialéctica positivo-especulativa que no conduce a oposiciones objetivas solamente para abolir su presuposición, comprendiendo además la oposición, la antítesis del ser y del no ser en una unidad superior.

De allí la secuencia infinita de la tesis-antítesis-síntesis a la cual se refiere Alexandre Yakovlev cuando señala que así como Marx sostenía la existencia de «un ser social determinando la conciencia», la antítesis válida es que la conciencia determina el ser social, aspecto este poco considerado o subestimado, al menos en la práctica, por los marxistas.

En la medida donde, para Marx, el ser social determina la conciencia social, la vida espiritual aparece como algo de segundo orden, una derivación. De allí una de las conclusiones del materialismo dialéctico según la cual la vida material de la sociedad no depende de la voluntad humana. Una deducción más que original. Pues la última experiencia de nuestra historia nos convenció de lo contrario. Rusia progresaba de una manera dinámica, y he aquí que ocho años solamente después de Stolypine, ella se había transformado en un conjunto de ruinas y cenizas, en un cementerio. O tomemos el caso de la antigua Roma, destruida por los bárbaros y cuya producción material retrocedió décadas. ¿Entonces? Decididamente no, la voluntad no es una fábula absurda. (1993: 23)

En el caso particular de la ex URSS, la antítesis nunca fue tenida en cuenta en la práctica por una estructura de pensamiento absolutamente dogmática y determinista. Esto explica en buena medida la autocrítica realizada por Yakovlev.

Resulta pertinente preguntarse entonces si el resurgimiento de fundamentalismos, nacionalismos y particularismos de todo tipo observables hoy en el mundo y que, según Giacomo Marramao al referirse al primero de ellos «es un fenómeno genuinamente moderno»

(2006: 42); no constituye una suerte de revancha de la conciencia dinámica contra el ser social estático del mundo globalizado que pretenden instalar los heraldos del *pensamiento único*. De rebelión masiva contra trescientos años de racionalidad y determinismos occidentales (dentro de los cuales se halla el marxismo y muchas de las teorías que se ocupan de las relaciones internacionales) que barrieron el globo durante siglos.

Retomando el núcleo central del análisis, según Gadamer, lo propio del método dialéctico de Hegel (1994: 28) es:

Dicho método consiste, ciertamente, en pensar una determinación en sí misma y por sí misma, hasta el extremo que resalte su unilateralidad y ello nos fuerce a pensar lo opuesto. Las determinaciones opuestas son exacerbadas hasta la contradicción, precisamente para ser pensadas en su abstracción, por sí mismas. Sólo en la realidad viva del diálogo, en el cual los hombres de buena disposición a las cosas alcanzan mutuo acuerdo, puede obtenerse el conocimiento de la verdad. Toda filosofía es, por lo tanto, dialéctica.

Hegel se sirvió de dos cosas para realizar su tarea. Por un lado del método dialéctico de radicalizar una posición hasta que resulte contradictoria, por el otro su habilidad para conjurar el contenido especulativo oculto en el instinto lógico del lenguaje. Elaboró su propio método dialéctico, amplió la dialéctica de los antiguos y la transformó en una superación de los opuestos hacia una síntesis cada vez más elevada.

En una perspectiva similar a la de los pensadores antiguos, el curso del pensamiento condujo a Hegel a reconocer el concepto de fuerza como la verdad de la percepción: «la cosa y sus propiedades no es la cosa con sus propiedades, sino más bien la fuerza y el juego de fuerzas» (1985: 82). El moderno desarrollo de la mecánica cuántica demuestra, tal como lo describe Prigogine, que se trata en verdad de un juego de fuerzas tal como lo imaginó Hegel.

De esta manera queda parcialmente demostrada la oposición y el movimiento, el antes y el después, la presencia de las fuerzas, la irreversibilidad de la flecha del tiempo y por ello cómo el universo transcurre. Cómo, en el caso de la sociedad humana, el conflicto,

expresión de la oposición y el movimiento, está en la base misma de su evolución.

Hans Gadamer señala: «El mundo real consiste precisamente en subsistir siendo completamente otro». Concluyendo parcialmente con este estudioso de Hegel:

En resumen, hay tres elementos que, de acuerdo con Hegel, puede decirse que constituyen la esencia de la dialéctica. Primero el pensar es pensar de algo en sí mismo para sí mismo. Segundo, en cuanto tal es por necesidad pensamiento conjunto de determinaciones contradictorias. Tercero, la unidad de las determinaciones contradictorias, en cuanto éstas son superadas en una unidad, tiene la naturaleza propia del sí mismo. Hegel cree reconocer estos tres elementos en la dialéctica de los antiguos. (1994: 31)

La primera verdad de la lógica de Hegel se entronca con la verdad de Platón, cuando se comprueba que la naturaleza entera está interrelacionada y el camino del recuerdo de una cosa es el camino del recuerdo de todas, no hay ideas aisladas y la identidad carecería de significación si en la mismidad no estuviera también implicada la diferencia.

Como un aparte al análisis físico-matemático y filosófico, donde el movimiento es lo permanente, es interesante traer aquí una reflexión referida al funcionamiento del cerebro humano obtenida a partir de descubrimientos recientes de la neurobiología, realizada por Jean-Didier Vincent, en un reportaje titulado «El cerebro es la capital del diablo» (1996):

Pregunta: «¿Por qué un neurobiólogo está interesado en el diablo. El Maligno se encarna en una hormona o en un neurotransmisor para apropiarse brutalmente de nuestra persona?

Jean-Didier Vincent: «No, es mucho más que todo eso. El diablo es aquello que se opone. En el corazón de lo viviente, en su propia definición. Las primeras moléculas aparecieron sobre la Tierra por reconocimiento recíproco y oposición. Este principio de reconocimiento del contrario y del semejante prosiguió a lo largo de la evolución. Si lo opuesto está ausente no

hay vida. Y el diablo es el Gran Oponente. Obviamente no se trata aquí de un personaje ni de un espíritu que se encarnaría por instantes. Pero, ¿quién tendría la osadía de afirmar que la muerte no existe porque nunca la vio bajo la forma de un fantasma armado con una guadaña?».

P: «¿Esto qué tiene que ver con nuestro cerebro, objeto de sus investigaciones?»

J-D V: «El cerebro es la capital del diablo. El lugar donde los principios de oposición se manifiestan en toda su amplitud, en centro de su gestión permanente. Las personas creen generalmente que el cerebro funciona como una computadora, administrando redes que gobiernan nuestro saber, nuestra memoria, nuestras relaciones con el mundo. El cerebro no tiene nada de computadora. Constantemente sometido a la influencia del medio circundante, adquiere sentido vinculado al cuerpo. Existe una ida y vuelta incesante entre el cuerpo, el cerebro y el mundo. Pero nuestro cerebro está enteramente construido sobre el principio de oposición. Esto se traduce en una confrontación constante entre sistemas antagónicos. Cada búsqueda de un objeto deseado o de una recompensa teniendo al placer como objetivo activa sistemas que empujan en sentido contrario y otorgan realidad a ese placer. La pareja placer-dolor es inseparable. A través de los neurotransmisores, estas pequeñas moléculas químicas que llevan mensajes de una neurona a otra, todo sistema excitador pone en funcionamiento un sistema inhibitor que lo frena y viceversa».

Orden y desorden, tal como consideraba Paul Valéry, son las dos calamidades que acechan al mundo. Orden y desorden aislados de un contexto particular constituyen, sin duda, dos calamidades. Un universo en el cual reinara el orden absoluto sería un universo sin novedad ni creación. Otro en el cual imperara el desorden absoluto no podría organizarse y no ofrecería un ámbito propicio para el desarrollo y la innovación. Por ello, tal como lo propone Edgar Morin:

Necesitamos concebir el Universo a partir de lo que denomino «tetragrama», orden-desorden-interacciones-organización. Este tetragrama no nos da la «clave» del Universo, permite enten-

der del juego. Nos revela la complejidad. El objetivo del conocimiento no es descubrir el secreto del mundo en un concepto único. El objetivo es dialogar con el misterio del mundo. (1981)

La complejidad, entonces, como parte del desarrollo del conocimiento humano, es algo que viene impuesto por la realidad y no puede ser negada. Debe rechazarse la simplificación que oculta al ser y la existencia en beneficio exclusivo de la formalización, reduciendo a las entidades globales a sus elementos constitutivos, creyendo haber aislado un objeto de su entorno y de su observador, cuando esto es sencillamente imposible. La dialéctica permite introducirse en la complejidad de las cosas desde el juego de los opuestos, el movimiento y el tiempo, desde el preciso instante en que la misma es parte de la cosa, entendida esta en términos filosóficos.

El conflicto, en los términos de Max Weber definido como choque de voluntades en procura de un derecho objetivo, atraviesa la evolución misma de las cosas entre las cuales debe incluirse el desarrollo de las sociedades. Pensar un mundo sin conflictos, como lo insinuó Francis Fukuyama en su *Fin de la Historia*, es pensar un mundo sin evolución ni movimiento, congelado. En este contexto, la violencia ocupa un lugar importante, aunque no único, en la resolución de los conflictos humanos.

En el marco de esta exposición metodológica resulta apropiado citar a Wallerstein al referirse a la noción de sistema mundo cuando habla de «las incertidumbres del saber», en relación al mismo. Variadas son las formas para abordar el conocimiento del mundo: la geografía política, la geopolítica, los espacios nacionales, la economía mundial, los dominios, las relaciones internacionales, etcétera, todos ellos ofrecen alternativas diversas para enfocar estos estudios. El sistema mundo parte de un discurso antihegemónico, porque significa desembarazarse de cualquier enfoque determinista de las relaciones internacionales, en tanto y en cuanto una realidad cada vez más diversa dificulta un enfoque teórico unilateral y simplista.

El sistema mundo, entonces, es el estudio global de las relaciones de poder y se funda en interacciones, constituyendo éstas la unidad de análisis. Parte de considerar actores sucesivos y el carácter contin-

gente de las formaciones dominantes, por ello el sistema mundo no toma en exclusividad, entre otros elementos, a un conjunto de Estados-nación o a las economías nacionales, una vez más, trabaja sobre las interacciones. En este contexto, por ejemplo, los factores tecnológicos y culturales, tanto como el empleo de la violencia, devienen importantes en el estudio del sistema mundo.

El sistema mundo reconstruye procesos y presta una atención particular a los cambios y a las fuerzas que los producen. En este marco resultan absolutamente imprescindibles los aportes metodológicos de la teoría del caos y la dialéctica, para comprender las fuerzas en presencia por detrás de la evolución del mundo. Fuerzas y cambios que son elementos básicos para incorporar a la teoría de las relaciones internacionales en un contexto global dominado por la incertidumbre política y estratégica, tal como será analizado más adelante.

El estudio de los sistemas interestatales, base hasta ahora del análisis de las relaciones internacionales, presenta restricciones para comprender la realidad actual en su totalidad. Ante la emergencia o repotenciación de una multiplicidad de actores que exceden con su accionar los marcos tradicionales de las relaciones entre los Estados, la consideración del sistema mundo facilita una base teórica apropiada al tomar como referencia central a las relaciones de poder, al movimiento tanto como a las diversas manifestaciones de la condición humana.

El estudio de la condición humana

Si los hombres fuesen ángeles, no sería necesario ningún gobierno

JAMES MADISON. *The Federalist*, N.º 51

Las guerras resultarían del egoísmo, de errados impulsos agresivos, de la estupidez. Otras causas son secundarias y tienen que ser interpretadas a la luz de estos factores.

KENNETH WALTZ. *Man, the State and War*

*Con la escisión del átomo todo ha cambiado,
excepto nuestra forma de pensar.*

ALBERT EINSTEIN

*Los seres humanos son algo más
que máquinas de la felicidad*

JON ELSTER. *Juicios Salomónicos*

A continuación, en esta parte serán efectuadas algunas consideraciones acerca de la condición humana dentro del enfoque polemológico de las relaciones internacionales propuesto, tratando de ampliar y completar los conceptos ya mencionados del Dr. Jean Bernard.

Una cuestión fundamental a considerar es si una determinada concepción filosófica o una teoría científica de la naturaleza humana implican consecuencias de orden normativo en la acción política.

En el caso de este trabajo, la referencia estará orientada al comportamiento humano más que a la estructura físico-anatómica. Por ello el término empleado es el de condición humana formulado en su tiempo por André Malraux y referido a la manera de ser de mujeres y hombres, más que naturaleza, sin poder separar totalmente lo que une al cuerpo y al espíritu, tal como lo concibieron los clásicos del pensamiento universal y las modernas escuelas de la medicina psicosomática.

Si la condición humana permanece inalterable en el tiempo en sus trazos sustanciales, si sufre modificaciones muy lentas, imperceptibles o si puede cambiar y por qué las cosas son, o no, de esta manera, es una disyuntiva que ha motivado apreciaciones, teorías y especulaciones diversas desde tiempos remotos.

La antigüedad griega y romana

A medida que pasan, las generaciones se vuelven peores. Vendrá un tiempo en que serán tan malvadas que adorarán el poder; la potencia tendrá razón para ellas, y dejarán de reverenciar el bien. Finalmente, cuando nadie se indigne ante el mal ni se avergüence en presencia de un miserable,

Zeus los destruirá también. Pero aún entonces podría hacerse algo si la gente del común se alzara y rebelara contra los gobernantes que la oprimen.

HESÍODO. Mito griego sobre la Edad de Hierro

Señala el filósofo italiano Alessandro Pandolfi cuando investiga el discurso de los pensadores griegos:

En Occidente, el discurso sobre el hombre comenzó con los poemas homéricos. La épica homérica es sinónimo de comienzos de la literatura, de la reflexión sobre las relaciones entre hombres y dioses, y sobre los significados últimos (la guerra, la muerte, el amor, la gloria) del destino de los mortales. Según el testimonio de Tucídides, la épica narra el acontecimiento fundador (la guerra de Troya) de la propia historia griega. (2007: 18)

Según esta caracterización de los poemas homéricos efectuada por Pandolfi, la representación del ser humano no está basada en distinciones entre lo orgánico y lo inorgánico, lo interno y lo externo, lo físico y lo espiritual, se encuentra articulada en diversas áreas y superficies del cuerpo dando vida, junto a todos los elementos con los que están en relación, a un singular juego caleidoscópico. En cierto sentido la épica homérica bien podría considerarse como precursora de la moderna medicina psicosomática. El *alma*, según este punto de vista, más que una realidad sustancial es la fuerza que maneja y da energía a las partes del cuerpo.

La inmortalidad, para este clásico griego se identificaba la más de las veces con la fama y la indestructibilidad del recuerdo, que se transmite de generación en generación a través del poema. Esto resolvía para los antiguos la angustia existencial básica que compete a los seres humanos al trascender por medio de la obra literaria.

Así, el héroe se encontraba sometido a los decretos de los dioses que lo habían encadenado a su destino, de esta forma se cristaliza la subjetivación de la condición humana concebida por el pensamiento griego, dando lugar a la primera parte del ya mencionado dilema del determinismo de Karl Popper.

Sócrates puso en aprietos las opiniones y posiciones sociales más notorias y prestigiosas como premisa de una conversación cognitiva y de la edificación moral del interlocutor, basada en el descubrimiento del significado de la virtud. Para Sócrates, la virtud es una disposición general: no se puede poseer una sin tenerlas a todas. Quien es realmente virtuoso siempre sabe cuándo y por qué debe ser valiente, fuerte, moderado y justo. La virtud puede ser aprehendida mediante una apropiada conversación cognoscitiva, nadie es, pues, malvado voluntariamente, sino solo porque es ignorante. Queda expuesto de esta manera uno de los puntos nodales del debate sobre la condición humana: si ésta permanece inalterable en el tiempo, o puede modificarse y mejorarse a partir del aprendizaje y la educación de los individuos.

En el *Fedro*, Platón plantea el mito del carro representando una nueva imagen del alma subdividida en tres partes: el componente racional está personificado en el auriga que dirige el carro, tirado por dos caballos animosos y nerviosos, uno «el que ocupa el lugar preferente es de erguida planta y de finos remos, de altiva cerviz, aguileño hocico, blanco de color, de negros ojos, amante de la gloria con moderación y pundonor, seguidor de la opinión verdadera y, sin fusta, dócil a la voz y a la palabra». El otro «en cambio es contrahecho, grande, de toscas articulaciones, de grueso y corto cuello, de achatada testuz, color negro, ojos grises, sangre ardiente, compañero de excesos y petulancias, de peludas orejas, sordo, apenas obediente al látigo y los acicates» (2008: 51), es el que simboliza los apetitos de la alimentación y sexuales. El alma racional, según Platón, no debe apagar la animosidad de la parte leonina, ni destruir el componente que, por su continua agitación y por la proliferación de las pasiones, se asemeja a un monstruo.

«Nadie es malvado por voluntad propia» sentenciaba Platón, añadiendo que las enfermedades del alma dependen esencialmente de una mala educación. Para este pensador, la naturaleza humana no es un dato biológico ni un ideal espiritual, sino un juego de relaciones y medidas entre las diversas naturalezas o almas, un juego que en determinadas condiciones puede ser dominado y orientado hacia la realización de un tipo de vida moral y de un orden de convivencia, los cuales pueden ser garantizados exclusivamente por el Estado perfec-



to. Thomas Hobbes, muchos siglos más tarde, le daría forma a esta perfección del Estado en su *Leviatán*. Platón, entonces, veía a la educación *enderezando* a la naturaleza humana y alejándola de su inclinación hacia la degeneración moral. El centro de la antropología platónica –como lo observa Pandolfi– está constituido por la convicción de que el ordenamiento fisiológico y psicológico del hombre, las relaciones sociales y morales que lo califican y la comunidad política son pasibles de transformación, aunque ésta última se piense en un período largo ¿infinito quizás?, de tiempo. En la *República*, la justicia adquiere una importancia fundamental y la naturaleza humana puede explicitarse mejor en la comunidad política.

El aspecto que irreductiblemente distingue al pensamiento platónico y más en general al griego, es que la transformación del hombre no puede pensarse en términos temporales acotados, para estos geniales pensadores el tiempo ya era irreversible, lo que sería comprobado muchos siglos más tarde por diversos estudios científicos. Sin embargo el curso del tiempo, tanto en lo que se vincula con el mejoramiento del ser humano, como en lo concerniente a la perfección de la comunidad política siempre tiende a avanzar hacia la decadencia, según estos puntos de vista.

Para Platón, la naturaleza humana puede manifestarse mejor solo en la comunidad política. Por eso, la educación del hombre debía desarrollarse en un contexto político donde el influjo del arte estuviera bajo control, donde se encontrara reducida toda forma de religiosidad privada (la *religión del pueblo* de los antiguos griegos que tanto admiraba Hegel) y supersticiosa, donde la polémica contra el lujo y la corrupción política no tuviera que expresarse con la ostentación del pauperismo y la extravagancia y, sobre todo, donde la ascesis filosófica pudiera valer como ejemplo público.

De la acción humana no existe conocimiento incontrovertible, sino un saber conjetural y sin embargo suficientemente riguroso en la formulación de sus principios y en el establecimiento de sus fines. Sobre la base de estas premisas Aristóteles sostiene que, a diferencia de cuanto se proponía Platón, el objetivo de la ética no es la rehabilitación de la naturaleza humana, sino la consolidación de una personalidad moral lograda mediante un equilibrio, atentamente controlado

por la razón entre los valores públicos, la experiencia individual, las enseñanzas de la tradición, la lección del canon filosófico y, por último, las finalidades del orden político que constituyen la condición de posibilidad de todos estos principios.

En otro tiempo Epicuro, discípulo de Demócrito, produciría un giro en la antropología y en la psicología de Platón y de Aristóteles ubicando en el placer –entendido este como satisfacción espiritual, no mundana– el centro de la naturaleza humana. El punto de partida de Epicuro es la perfección especulativa que caracteriza el nexo entre la física, la antropología y la ética. La física, de la que deriva según él todo el conocimiento, enseña que el mundo es una infinita serie de composiciones y descomposiciones entre los elementos primarios (los átomos). De esta manera queda expuesta la antítesis entre lo bueno y lo malo, entre lo positivo y lo negativo, base de la idea antigua del átomo la cual, de acuerdo con este punto de vista, se traslada al comportamiento de los humanos.

El hombre del que hablaban los epicúreos, un ser libre, capaz de una sobria conducta moral, era representado a partir de las tendencias más elementales y de las pulsiones primarias, entre las cuales no figuraban la inclinación natural a unirse en la sociedad teorizada por Aristóteles, ni la participación en la vida pública como ápice de la perfección humana. El mayor documento del pensamiento epicúreo en Roma, el *De Rerum natura* de Lucrecio, a pesar de no promover explícitamente la deserción de la vida pública, con su materialismo riguroso y la exhortación dirigida a todos los hombres a luchar contra la superstición religiosa, expresaba una de las concepciones más radicales y en muchos aspectos más subversivas del mundo antiguo, contrastando objetivamente con los paradigmas de la religión civil y de la ética pública republicana. Las ideas de Epicuro, base de la doctrina de los estoicos, bien pueden situarse como antecedente de aquellas formuladas siglos más tarde por los pensadores de la Ilustración y también como precursoras del individualismo moderno, si bien los epicúreos conformaron en su época verdaderos grupos cerrados similares, en muchos aspectos, a las logias masónicas.

Más tarde, el estoicismo desestabilizaba también los equilibrios de la antropología platónica y aristotélica al identificar su fundamen-



to en la razón, tal como lo describe Pandolfi, formando de esta manera parte de los contenidos de los epicúreos. Según estos postulados, los hombres son los únicos, entre todos los seres vivos, que conocen el sufrimiento provocado por las pasiones. Éstas, de las que los estoicos desarrollaron largos repertorios, son atribuibles a dos matrices: la esperanza y el miedo, manifestándose desde el punto de vista fisiológico como una dilatación o una contracción del *pneuma*, ubicado a veces en el corazón y otras en el cerebro. De esta forma, el principio activo del *hegemonikon*, cuyas terminales son los sentidos, el aparato de la reproducción y el órgano de la palabra, es el *pneuma*.

Las pasiones son los modos con que los hombres sucumben ante juicios inadecuados, sobre el tiempo (se excitan por algo que auguran que ocurrirá y se aterrorizan por el dolor que les espera) y, en consecuencia, sobre el ser (consideran que las cosas, más que necesarias, son también contingentes y posibles).

Las distintas generaciones de estoicos siempre afirmaron la inutilidad de una transformación del mundo y de la sociedad, justificada por la convicción metafísica de que el estado del cosmos era siempre el mejor posible. Considerar a las cosas pasibles de mejoras por la acción del hombre significa, en efecto, no haber comprendido que todo resulta siempre providencialmente gobernado por el *logos*.

El estoicismo romano, desde Séneca a Musonio Rufo, de Epícteto a Marco Aurelio, renuncia a resolver teóricamente la cuestión de la libertad y de la razón del mal, prefiriendo enfrentarlas desde un punto de vista pragmático, con la acentuación del carácter terapéutico de la filosofía. Esta última se transforma, así, en una sistemática de los ejercicios espirituales orientados al cuidado de sí mismo y a la preparación para la muerte. Reglas filosóficas devienen en reglas de vida.

Marco Aurelio, el *emperador filósofo*, procuró mediar entre la institución imperial y la providencia cósmica. En la vida y en la obra de Séneca, estas mediaciones se esfumarán en una desconsolada visión de la historia humana, en el reconocimiento de lo inevitable del mal y en la reivindicación de la reserva de sentido mantenida por la especulación filosófica entendida como *meditatio mortis*.

En tiempos del estoicismo, muy difundido en tiempos del emperador Octavio Augusto, la investigación filosófica tendió hacia el dog-

ma y el dogma devino en teología. El estoicismo se configuró como una doctrina muy flexible y adaptable a situaciones diversas. Estas creencias constituyeron en muchos aspectos la base ideológica del Imperio Romano: su concepción partía de considerar que el individuo gozaba de la más alta libertad interior si el monarca era el mejor hombre de un Estado en el cual se hallaba incluida toda la humanidad. El mejoramiento moral del individuo, entonces, sería un tema de la mayor importancia. El ideal estoico –la *ataraxia*– conducía al perfecto equilibrio del espíritu.

Esta teoría, moral y filosófica, fue muy difundida y apreciada entre las clases altas de la sociedad romana. Tanto los más encumbrados como los sectores más postergados, sin embargo, sufrieron conmociones que no les permitiría encontrar la calma ante el fantasma permanente de la muerte violenta. Ello condujo a que muchas personas comenzaran a volverse hacia el misterio de la vida futura, pidiendo a la religión y a la filosofía una respuesta convincente a sus interrogantes. Ante un estoicismo que no contesta ni satisface, mucha gente se volcó al neopitagorismo que presentaba una escatología más rica y una mayor preocupación por el más allá, tal como será desarrollado con más detalle al tratarse la comparación de Roma con un hipotético *Imperio* norteamericano u occidental.

En relación a ello observa Rostovzfeff.

Todas esas corrientes de opinión revelan un impulso instintivo para volver a una posición religiosa pura, a una fórmula, sea la que fuere, que respondiera a todas las dificultades y calmara todas las dudas y temores. Esto es verdad incluso en el caso del materialismo que se cubre con el nombre de Epicuro. Una ola religiosa, que asciende gradualmente, se apodera con mayor fuerza de los corazones y gana victoria tras victoria sobre el racionalismo y la ciencia. Este proceso se puede ver con más claridad en el incremento del culto divino a los emperadores. Dos corrientes se encuentran aquí, una que viene de arriba, y la otra de abajo. He hablado ya de las ideas fundamentales corrientes en el mundo antiguo que condujeron al culto de los hombres deificados, en especial de Alejandro Magno y sus sucesores. Ni la religión ni la filosofía antigua

habían trazado una línea divisoria entre lo humano y lo divino. De allí la creencia en un Mesías, en la encarnación de un poder divino en una forma humana, para salvar y regenerar a la agonizante humanidad. Hércules y Apolo eran legendarios salvadores de ese tipo. Los libros sibilinos, estrechamente relacionados con el culto de Apolo e influidos por las ideas mesiánicas de Oriente, hablaban de la posibilidad de que esos dioses volvieran otra vez. Se creía que en un momento crítico aparecería el Hombre-Dios, el Salvador o *Soter*. Podía presentarse en la forma de un Dios que sufre por el hombre o, tal vez, como el divino vencedor del mal, para inundar de luz las tinieblas en que la humanidad estaba hundida. (1984: 162)

Las condiciones estaban dadas para la llegada del cristianismo.

Cayo Salustio Crispo, historiador romano que escribió «*La conjuración de Catilina*», en el año 45 antes de Jesucristo, realizó una interesante descripción de la condición humana muy aplicable a los tiempos actuales reafirmando, en ciertos aspectos, las ideas centrales hasta aquí expuestas:

Pero cuando la república creció gracias al trabajo y a la justicia, y fueron sometidos por la guerra reyes poderosos y doblegadas por la fuerza naciones salvajes y pueblos ingentes, cuando Cartago, rival del poder romano, fue destruida hasta sus cimientos y todos los mares y tierras le estaban abiertos, la fortuna empezó a mostrarse cruel y confundirlo todo. El ocio y las riquezas, deseables en otro tiempo, se convirtieron en lastre y desgracia para quienes habían soportado fácilmente trabajos, peligros y situaciones dudosas y difíciles. Creció primero la avidez de dinero, después la de poder. Esta fue, por así decirlo, la fuente de todos los males. Pues la avaricia destruyó la lealtad, la honradez y las demás virtudes y en su lugar enseñó la soberbia, la crueldad, a desentenderse de los dioses y a considerar todo venal. La ambición forzó a muchos hombres a hacerse falsos, a tener una cosa guardada en el corazón y a otra dispuesta en la boca, a estimar amistades y enemistades no por sí mismas sino por el interés y a tener más hermoso el rostro que el espíritu. Al principio estos vicios crecían poco a poco y se castigaban algu-

nas veces. Después, cuando el contagio se extendió como una peste, la ciudad se transformó, y el poder, de ser el más justo y el mejor, se convirtió en cruel e intolerable. (1988: 122)

Antiguo y Nuevo Testamento

Mucho antes, en el Antiguo Testamento el hombre es definido como una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, exponiéndose en él la alianza entre Yavé y el pueblo hebreo.

Dios le dice a Abraham: «Tus descendientes ocuparán la puerta de tus enemigos». Así, la expresión «guerra del Señor» aparece citada más de treinta veces en la Biblia, «Dios de los ejércitos» más de veinte veces, «ejército del Señor» doce veces y «Dios a la cabeza de su ejército» cuatro veces. Los textos bíblicos alimentaron durante veinte siglos la actitud de la Iglesia ante la guerra, ofreciendo una base para distinguir las guerras justas –aprobadas por Dios– y las injustas. También debe remarcarse que en estos textos no aparece la apología de la guerra ni su condena, la paz es, pese a todo, el ideal supremo, aunque el pacifismo absoluto no aparezca en las religiones del *Libro*. Erasmo, en sus *Estudios sobre el Nuevo Testamento*, dice:

Es una regla general; en un conflicto con adversarios, cada uno deforma la Escritura santa en el sentido de su causa. Lo que digo es verdad, los herejes en cierta medida han sido útiles a la religión cristiana estimulando a los ortodoxos para que éstos escruten los libros sagrados. Por otro lado a esta ventaja se agregaron otros inconvenientes: forzando el testimonio de las escrituras para que éste sea útil a nuestra victoria, no es raro que nos apartemos de su auténtico y verdadero pensamiento.

La pregunta entonces es ¿cuál es el pensamiento auténtico?, ante una gran diversidad de interpretaciones que aconsejan no emplear dogmáticamente textos escritos hace más de 2000 años.

El Antiguo Testamento relata una multitud de conflictos armados que tuvieron lugar en aquellos tiempos: Abraham contra los cuatro reyes, la guerra preventiva de Jeffé contra los Amonitas, Israel contra

los Benjaminitas, David contra los Sirios de Damasco, Israel contra Mesa, rey de Moab, etcétera. Hechos que le otorgaban a las guerras un papel constructivo, al consolidar a la comunidad en un contexto de sociedades pequeñas y poco desarrolladas, debiendo ser analizadas como formando parte de un marco sociopolítico determinado.

La guerra entonces, para estos pueblos, aparecía más como un fin y no tanto como un medio.

El Nuevo Testamento cambia el enfoque y el mensaje de Cristo está dirigido principalmente hacia la salvación individual más que a la colectiva. Esto se debe en parte a la realidad de un contexto sociopolítico particular, dominado por la presencia masiva del Imperio Romano y sus legiones. En este caso ya no se trataba de conflictos armados localizados entre comunidades pequeñas y con pocas víctimas, como aparecían en los relatos del Antiguo Testamento, sino de enfrentar a la imponente maquinaria militar de Roma con la secuela inevitable de dolor y destrucción. Cabe señalar por otro lado que así como en la Biblia la historia de la humanidad comienza con el crimen de Caín contra su hermano Abel; en el Nuevo Testamento el hecho salvador está dado por la crucifixión de Jesucristo, hechos violentos en ambos casos.

A partir del Nuevo Testamento, es el propio Dios, en la figura del Hijo, quien asume una corporeidad humana. La plena conjunción de Jesucristo en una humanidad completa y una divinidad integral está en el origen de una nueva representación del hombre. Por ello, el paradigma cristológico suscitó una relación tormentosa entre la pertenencia y la renuncia del hombre al mundo que, desde la época paleocristiana, llegó en el monaquismo oriental hasta el rechazo de la vida y la mortificación del cuerpo. Desde el momento en que el cuerpo y el alma se precipitaron al pecado con la claudicación de la carne, el hombre debe reconquistar su autonomía espiritual contra la parte de sí mismo que está conectada con la realidad material. Entre la plena adhesión al mundo y su rechazo resulta sin embargo imprescindible una mediación que nunca será resolutive. El misterio de la encarnación pone luego al cristiano frente a tres instancias diferentes: el deber de la obediencia política, la independencia de las leyes de este mundo y la subordinación ante el poder pastoral. Interiormente, el

cristiano debe mantener una relación entre su naturaleza terrenal y su destino celestial; exteriormente, debe saber mediar entre la obediencia a las autoridades queridas en última instancia por el propio Dios, la libertad de conciencia que responde únicamente a Dios, y la sumisión a la guía de los pastores.

La caracterización oriental de la relación entre la esfera mundana y la espiritual la había anticipado, a principios del siglo IV, el obispo Eusebio de Cesarea en la *Vida de Constantino*. Eusebio había transfigurado al Emperador en un mediador entre el cielo y la tierra, que difunde la verdadera fe y defiende a la Iglesia, funcionando como «obispo universal».

Las Epístolas de Juan, y sobre todo las de Pablo, constituyen el primer testimonio del drama de Cristo pensado en clave teológica. Pablo sólo conoce a Cristo resucitado, por ello el móvil de su reflexión es el crecimiento de una nueva sustancia humana recabada de la deconstrucción de los dos modelos de comunidad que él consideraba predominantes: la comunidad étnica de Israel, basada en rigurosos criterios de pertenencia, y la comunidad universal derivada del ordenamiento jurídico de Roma. La nueva humanidad cristiana nace dentro de estos modelos, a los que trasciende definitivamente. La profecía –dice Pablo– *se ha realizado y esto cambia para siempre el ser del hombre*.

De esta manera, y en un contexto sociopolítico particular, aparece la idea de comunidad universal, conformándose así uno de los paradigmas en el estudio de las relaciones internacionales y según el cual todos los humanos conforman los ladrillos de un único edificio que viene a ser la humanidad. Paradigma que impregnó en sus inicios buena parte de los grandes movimientos revolucionarios que conmocionaron a la humanidad, pretendiendo asumir un papel redentor ante el sufrimiento y la exclusión de los hombres, a los cuales se les prometía el cambio de sus vidas a través de un conjunto de propuestas seculares o religiosas.

El santo se encuentra en los límites extremos de lo que es real y vivo, es decir, en una zona muy cercana a la muerte, y no existe ningún valor en el ser de la carne, sostiene Pablo en la primera *Epístola a los Corintios* (1,29). Mientras los hombres vivan sometidos a la

gravedad de la carne, no heredarán el Reino de Dios, independientemente del hecho de que sean judíos o gentiles. Cristo ha triunfado sobre la muerte, esta certeza sostiene el advenimiento de una nueva vida para el hombre.

El cristianismo daba, de esta forma, una respuesta trascendente a la angustia existencial básica, que plantearía Hegel siglos más tarde resolviendo para los creyentes la dialéctica finito-infinito en una nueva síntesis. No resulta casual el hecho de que los primeros en convertirse hayan sido los centuriones romanos, aquellos que, por su actividad, estaban más cerca de la muerte y necesitaban encontrar algún alivio espiritual.

En otro orden de cosas, debe observarse que la noción del martirio o «voluntario a la muerte», como en la actualidad se denomina a los suicidas musulmanes, tuvo sus antecedentes en tiempos del emperador Cómodo, cuando un número importante de devotos cristianos solicitó a las autoridades romanas en Palestina ser sometido al martirio para ascender al reino de los cielos y a la vida eterna, la historia cuenta que el Cónsul romano les sugirió recurrir a las cuerdas y a los precipicios ante su incapacidad para martirizarlos a todos.

Tiempo después, San Agustín ejercería una extraordinaria influencia por su figura y su obra tanto en la historia como en la teología del cristianismo, ligada ésta a las peripecias que provocaron un largo proceso de separación entre el cristianismo oriental y el occidental. Sobre la base de su concepción de la creación, San Agustín sostiene en efecto que, como todos los seres vivos desarrollan al cabo del tiempo una especie de matriz de la cual Dios quiso que contuviera el destino de la especie, todos los hombres están precomprendidos en la *natura seminalis* de Adán, por lo tanto todos los hombres hacen el mal a causa de una especie de contaminación congénita más vinculada a la voluntad que al cuerpo (*Ciudad de Dios XIV*). El mal no es el efecto de la derrota de una fuerza en un conflicto simétrico como el que sucede entre la razón y las pasiones, ni se debe adscribir socráticamente a un déficit del conocimiento, sino que se manifiesta a través de una dinámica más compleja. La no coincidencia consigo mismo de la voluntad es el elemento constitutivo y la esencia del pecado. Como consecuencia del pecado, el hombre es incapaz de manifestar voluntad

aún en el momento en que está convencido de ejercerla libremente, y por ello asiste impotente a una desarticulación de los movimientos y a la turbulencia de las pasiones que lo dominan.

El libre albedrío, en la idea agustiniana, consiste en la presunción extraviada de ser autónomos de Dios y, en consecuencia, en la adhesión al mal. Por otro lado, si el mal ha sido introducido por la perversión de la voluntad humana, eligiendo así el no ser y despegándose de Dios, principio mismo del ser; lo que le queda al hombre, el libre albedrío, es también potencialmente fuente de bien desde el momento en que la gracia divina le restituye gratuitamente aquello despojado por el mal. Para hacer el bien, los hombres necesitan la constrictión del cuerpo y del espíritu, definido por Agustín como disciplina, tal como lo describe Alessandro Pandolfi.

La reflexión agustiniana sobre los orígenes, la naturaleza y las finalidades del poder se inscribe en un momento intermedio del paleocristianismo, entre la edificación de los fundamentos de la comunidad cristiana, que concluye con Constantino y Teodosio (siglo IV), caracterizada por un vínculo muy estrecho entre el Imperio y la Iglesia, y el período durante el cual, a partir del siglo VI, la Iglesia se convierte en la única estructura de poder difundida en todo el mundo cristiano.

Las tareas de los soberanos seculares serán, entonces, las de dominar, amenazar y castigar, es decir, una serie de funciones instrumentales ya preconizadas por Agustín, pero no teorizadas en términos de una clara subordinación de las autoridades a la Iglesia; las dos ciudades no se identifican con la Iglesia y el *Imperium*. Ante la mirada de Dios no basta con pertenecer a una o al otro para ser buenos y justos, o bien para estar perdidos en el pecado. La Iglesia, pese a ser una institución divina, está administrada por los hombres y ningún hombre está libre de pecado. A su vez, si el Estado está basado en el amor por las cosas materiales y, en ciertos aspectos, es la encarnación de la *civitas diaboli*, esta es necesaria para combatir el pecado, y puede ser administrada también por hombres justos. Por otro lado, tal como Agustín lo corrobora en la primera parte de la *Ciudad de Dios* cuando reflexiona sobre la historia de Roma, el Imperio ha sido un instrumento providencial en su tiempo.

Contrariamente a la opinión de Cicerón, el fundamento del Estado no consiste para Agustín en el derecho natural, sino en un pacto que tiene su modelo en la alianza bíblica entre Dios y el pueblo, implicando la obediencia en vista de un fin común.

En lo que al uso de la violencia se refiere, uno de los componentes en estudio de la condición humana desde una aproximación polemológica, el cristianismo primitivo tuvo frente al mismo una actitud ambigua. Maldice la violencia y la rechaza totalmente: «Quien a hierro mata, a hierro muere». El perfecto cristiano, el que imita a Cristo, el sacerdote, no habría de ser soldado ni padre, no habría de combatir ni procrear. Tertuliano condenó absolutamente toda guerra y cualquier forma de servicio militar. San Ambrosio, en el año 381, negó a Teodosio la entrada en el Concilio de Constantinopla, exhibiendo como argumento las matanzas de Tesalónica. Sin embargo la Iglesia más tarde se vería obligada a contemporizar con el poder como ha sido señalado; San Pablo había marcado el camino: «Que sean sumisos todos a las autoridades superiores, pues no hay autoridad que no provenga de Dios. Por esto, quien se oponga a la autoridad se resiste al orden establecido por Dios» (1997: 125).

San Agustín, por otro lado, en su obra marcó las dos vías por las cuales han transitado muchos de los que estudiaron el problema de la guerra. Unos han querido comprender el lugar y papel de la guerra en el universo pretendiendo ubicarla como parte de la armonía universal. Lo mismo que conduce a San Agustín a decir: «Si Dios por alguna especial prescripción, ordena matar, el homicidio se hace virtud», al teólogo y al metafísico los lleva a insertar la guerra en el contexto más arriba señalado. Por otro lado, al elaborar los elementos de la teoría moral y jurídica devenidos verdaderos clásicos, el obispo de Hipona lamenta la existencia de gentes suficientemente injustas para que alguna vez alguien se vea obligado a declararles una guerra justa. La idea de la guerra justa –o *jihad* para los musulmanes– no constituye una creación del Islam como algunos pretenden, sino que reconoce importantes antecedentes en las religiones del Libro.

San Agustín refiere en su *Ciudad De Dios*: «Así que la virtud no debe caminar detrás del honor, de la gloria y del mando, que los buenos apetecían: y adonde pretendían llegar por buenos medios y arbi-

trios, sino que estas cualidades deben seguir a la virtud; porque no es verdadera virtud sino la que camina a aquél fin donde está el sumo bien del hombre» (1893: 300).

Citándolo a Catón, el obispo de Hipona destaca:

No penséis, que nuestros antepasados acrecentaron la república, y de pequeña la hicieron grande por las armas; que si así fuera, sin comparación la poseyéramos nosotros mucho más hermosa y florida, porque tenemos muchos más aliados y ciudadanos y muchas más armas y caballos; pero otras causas fueron las que a ellos los hicieron grandes, que son las que nos faltan a nosotros. La industria en casa, y fuera la justicia en el gobierno, el ánimo libre de dar en el Senado su parecer, ajeno de toda pasión; en lugar de estas apreciables cualidades, tenemos nosotros la lujuria y la avaricia, somos en común pobres y en particular ricos, alabamos las riquezas y seguimos la negligencia y flojedad; entre los buenos y los malos no hay diferencia; de todos los premios debidos a la virtud está apoderada la ambición, y no es maravilla, supuesto que cada uno de vosotros de por sí mira por su particular individuo; en casa se entrega a sus gustos y deleites, y aquí pretendéis el dinero y el favor. De estos principios nace que, estando la república pobre y exhausta de facultades, se le atrevan y le acometan. (1893: 303)

Edad Media, Renacimiento y modernidad

Tiempo después Tomás de Aquino (1225-1274), ubicado en la intersección entre la Edad Media y el Renacimiento, en los primeros capítulos del *De Regno*, estudia el Estado sin atribuirle su fundación directamente a Dios; justifica su necesidad basándose en categorías tomadas de la experiencia, como interés, fuerza y ética. Al respecto, observa Alessandro Pandolfi: «El Estado da cumplimiento a la tendencia natural de los hombres a unirse, los que, sin una autoridad común, serían una mera multitud dispersa» (2007: 87). Hardt & Negri, en su libro *«Imperio»* vuelven a hablar —en la década de los noventa del siglo veinte— de la *multitud* como alternativa al debilitamiento del



Estado en el mundo globalizado; en este caso tan particular y contemporáneo, los autores citados efectúan una justificación *progresista* de la *multitud* como instancia de acción colectiva ante el vaciamiento del Estado y de la política, punto de vista que será considerado en otro capítulo.

La tarea de transformar una multitud dispersa en una multitud asociada es atribuida por Santo Tomás a la figura del rey, como garante de una cohesión que se disolvería si no la mantuviera sólidamente unida a través de su acción. Así, el rey gobierna el Estado imitando el gobierno de Dios sobre la Creación y a la dirección que el alma ejerce sobre el cuerpo.

La creencia de que el monarca era un enviado divino tuvo su origen en la antigua Persia y significativas manifestaciones en Egipto, Grecia y Roma. En el caso particular de ésta última, la figura del Emperador asumió connotaciones divinas hasta el advenimiento de Cristo que, al aparecer como el Hijo de Dios hecho hombre, socavó definitivamente la legitimidad del Emperador como enviado de Dios. De allí en más quedaría planteada la dualidad entre la figura humana del rey, con sus defectos y virtudes, y su ascendencia divina. Por ello en la Edad Media el rey se convierte en una persona doble, no por naturaleza como Jesús, sino en virtud de la gracia divina ampliada directamente sin mediación eclesiástica. El rey poseía entonces dos cuerpos: uno transitorio y corruptible, y el otro duradero, tanto como eran duraderos los atributos corporativos del orden político.

Quedaba planteada así la oposición, inherente a la condición humana, entre el instinto de vida, divino, de hacer el bien porque el Dios único es naturalmente bueno; y el instinto de muerte, marcado por el pecado original y la maldad humana que siglos más tarde analizaría magistralmente Sigmund Freud.

Iniciado el proceso que culminó en la Reforma protestante, según la teología de Lutero y Calvino, la trascendencia de Dios se ubica frente a la inmanencia de distancias siderales. Lo que Hegel, al desarrollar la dialéctica finito-infinito critica es lo que él denomina *conciencia desgraciada* de la Ilustración, signada ésta por la separación irreductible entre el más allá y un más acá vaciado de su referencia a lo divino. La Reforma de la vida cristiana no cederá a la tentación de una nueva fuga

del mundo, sino que se concentrará en el deber del trabajo, dicho de otra manera, en el esfuerzo para cumplir la esfera humana como exigencia primaria de la condición de criatura frente a la absoluta separación de Dios. Con la fractura protestante, el subrayado de los límites inherentes a la condición de criatura y la insistencia en el tema del pecado será compensado por la libertad del hombre para interpretar individualmente la Revelación y por el deber de aceptar la Creación para valorizarlo. La indigencia como criatura y la sustancialidad del mal serán, no obstante, contextualmente radicalizados por una intransigente acentuación teológico-política de la sumisión de los hombres al poder que es necesario para reprimir el pecado, dependiendo de esta forma directamente de Dios, sin la mediación de la Iglesia.

«En definitiva, la exasperación de la trascendencia que caracteriza al Dios separado del protestantismo, en virtud de un singular contragolpe, fortalece las prerrogativas de los poderes constituidos y, al mismo tiempo, funda una nueva libertad y un nuevo poder del sujeto» (2007: 93).

El trabajo esforzado y el enriquecimiento serán virtuosos y una manera de cumplir con Dios a partir de estas creencias. Esta nueva concepción sentó las bases para el desarrollo del capitalismo en el norte de Europa, puesto que el enriquecimiento ya no sería mal visto como en tiempos de Jesucristo. Transferido esto más tarde al continente americano, marcó a fuego la cultura y el pensamiento político de los *Padres Fundadores* de los Estados Unidos, a través de un conjunto de principios que perduran en la actualidad y que explican en gran medida una fuerte religiosidad y el espíritu de cruzada de buena parte de la dirigencia norteamericana.

Con el luteranismo, pero sobre todo con el calvinismo, el cosmos se convierte en mundo desde el instante en que la trascendencia absoluta de Dios deja al ser humano frente a un complejo de cosas simples regulables según relaciones y medidas racionales.

En el siglo XVI comienza un debate acerca de la idea de naturaleza y, en particular, acerca del ser humano, dando lugar al nacimiento del humanismo. Maquiavelo y Giordano Bruno intentaron trascender con esta búsqueda a todas las ortodoxias. Para Maquiavelo (1469-1527), en la acción política la dicotomía entre humanidad y crueldad resulta abstracta. *El Príncipe* indica un punto de indiferencia entre el bien y el

mal, entre la humanidad y la bestialidad, indiferencia requerida por la necesidad de actuar con eficacia en el contexto turbulento y potencialmente catastrófico que caracterizó el comienzo de la modernidad.

Jean Bodin (1530-1596), en sus *Six livres sur la République*, escritos en el siglo XVI, avanza una reflexión sobre la influencia que ejercen los factores climáticos, geográficos, lingüísticos y, en sentido amplio culturales, en la estructura de los regímenes políticos. Desde este punto de vista –no compartido por el autor al estar teñido por cierta dosis de determinismo aunque debe comprenderse en el contexto de la época– el vínculo entre estos elementos es tan estrecho que la naturaleza específica de los pueblos, condensando a todos ellos, determina que un pueblo alcance su desarrollo pleno en un régimen político no transferible o negativo para un pueblo vecino. No existe entonces un Estado ideal, existen Estados más o menos vinculados con las condiciones materiales ambientales y simbólicas con las cuales, si pretenden perdurar, debe establecerse una cierta armonía, objeto de cuidado y constante verificación. Arnold Toynbee, mucho tiempo después, retomaría parcialmente estas ideas. Bodin consideraba que la alimentación, las leyes y las costumbres pueden corregir la naturaleza o por lo menos las condiciones iniciales que configuran a un pueblo, para ello toma como ejemplo el caso de Germania, que en tiempos de Tácito no poseía religión, ni ciencia, ni Estado, y al cabo de siglos de desarrollo político y de las costumbres no se encontraba por detrás de nadie.

Michel de Montaigne (1533-1592) observaba por su lado que el orden de los hombres no está basado en jerarquías naturales, sino en relaciones de fuerzas, fácticas y reversibles. La soberanía política, cuyo fundamento no se encuentra en la naturaleza y resulta irreductible a un origen sobrenatural, es un dato de hecho, una medida de seguridad necesaria para regular la convivencia entre los hombres, pudiendo funcionar en la medida en que esté en condiciones de mantener alejada la muerte y de reducir, tanto como sea posible, el sufrimiento.

Dice Pandolfi:

Para algunos filósofos y científicos del siglo XVII, el Renacimiento es sinónimo de caos; otros, lo viven dolorosamente, como

un fantástico y, al mismo tiempo, trágico período de imposibles empresas de la mente y de revoluciones fracasadas. En el *Discurso del método*, Descartes recuerda que los diferentes modos de ser de los hombres, las divergentes opiniones de los filósofos y todo lo que se ha podido aprender mediante la educación y la costumbre no constituyen una base sólida sobre la que construir el edificio de la ciencia. (2007: 107)

Algunos autores, Hegel entre ellos, observaron el contexto en el que Descartes (1596-1650) elaboró su obra: las guerras de religión que azotaron Europa habrían determinado el hastío de este eminente pensador hacia el accionar de sus contemporáneos, así como su búsqueda de certezas en el campo de las ciencias físico matemáticas, sin contaminación humana.

Hobbes, que consideraba que un conocimiento riguroso debe ocuparse necesariamente de los cuerpos naturales o de los cuerpos artificiales, sostenía desde esta óptica que el hombre no tiene privilegio alguno con respecto a los demás cuerpos naturales, dicho de otra manera, no representa una excepción frente a la cual la ciencia deba ceder el paso a otros tipos de discursos.

Una nueva ciencia del hombre, según Hobbes (1588-1679), debe estar sometida a las mismas leyes que regulan a toda la naturaleza, y éste es el paso decisivo para comprender las cosas fundamentales de la acción y, a través de ellas, las razones de la guerra y de la paz, de donde se desprenden los valores morales. En su *Leviatán*, Hobbes sostiene que los hombres se encuentran, unos en relación a otros, en estado de naturaleza y que, al desear una misma cosa que entre ambos no pueden tener, se desencadena la lucha de todos contra todos. De esta manera, el estado de naturaleza es el contexto real, y al mismo tiempo virtual, dentro del cual es posible estudiar el comportamiento humano sin ningún fingimiento. En el capítulo XIII del *Leviatán*, a quien se obstine en negar que haya existido alguna vez un estado de guerra general y continuado, Hobbes le proporciona ejemplos: las guerras civiles, las relaciones belicosas entre los Estados y la condición de los *salvajes* que, aparte de su esporádica organización en «pequeñas familias», viven en el brutal aislamiento típico del estado de naturaleza.

Según este filósofo el estado de guerra es la resultante directa de la igualdad entre los hombres, afirmando en su *Leviatán*: «la naturaleza ha hecho a los hombres iguales en lo que respecta a las facultades del cuerpo y del espíritu». El hecho de que el hombre esté guiado por un *animus dominandi* termina por hacer de él un lobo para el hombre y conduce a transformar el estado de naturaleza en estado de guerra, debido a que esta «igualdad de aptitudes» induce a una «igualdad en la esperanza de alcanzar los mismos fines», y haciendo a hombres ofensivos frente a sus semejantes por motivos de «ganancia, seguridad y reputación», de manera tal «que cada uno se esfuerza en destruir o dominar al otro». También en este caso la obra de Hobbes debe ser enmarcada en el contexto político de su época, signado por las guerras civiles en Inglaterra.

Para John Locke (1632-1704), el estado de naturaleza es un ordenamiento de la razón que regula a ésta en toda su amplitud. La misma se caracteriza por una organización jerárquica dentro de la cual toda especie viva está constituida por seres disponiendo de iguales facultades y compartiendo una naturaleza común. Mientras que las especies inferiores fueron creadas por Dios para que el hombre hiciera uso de ellas, los hombres son iguales y libres, o sea, ninguno puede legítimamente abusar de su propio cuerpo ni de la propia voluntad, aún con su consentimiento. La ley natural le permite al hombre autoconservarse y disponer de los bienes sin tomar del bienestar de nadie a condición de que cada uno permita a los demás gozar de la misma medida de libertad.

Locke estudió a las sociedades aborígenes de América, estando así en condiciones de inaugurar un punto de vista etnológico mediante el cual es posible reconocer la existencia de organizaciones sociales cohesionadas y consistentes en sí mismas que no tenían necesidad de poderes trascendentes. Estas formaciones sociales, que en algunos aspectos resultaban semejantes a los arcaicos regímenes patrimoniales son, para Locke, los residuos de una edad de oro característica de la condición del género humano, antes de que la pasión por la acumulación de los bienes provocara la corrupción de la humanidad, la instauración del estado de guerra y, finalmente, la constitución del gobierno civil. Estos puntos de vista serían recuperados en parte por

Federico Engels en el siglo XIX, cuando analiza lo que él denomina *comunismo primitivo* en el *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

«Así como en la historia natural del siglo XVIII, para conocerse, el hombre deberá reflejarse en las imágenes de los animales, a partir de la primera modernidad las reflexiones sobre la naturaleza humana se caracterizan por continuos desconfinamientos y contaminaciones semánticas entre el hombre y la máquina» (2007: 123).

El desarrollo del capitalismo y la introducción de las máquinas en los procesos productivos facilitaron la instalación de la idea de un ser humano concebido como un ingenio mecánico, es decir, como algo absolutamente manejable y reproducible, y de allí algunas de las concepciones emergentes en las ciencias sociales que pretendían –y pretenden– matematizar todo.

Al construir y modificar ingenios mecánicos y autómatas, en la cultura de la época se va abriendo camino la convicción de que la naturaleza humana también puede ser objeto de una indefinida transformación.

Ya Descartes había advertido el problema al sostener:

Y, sin embargo, a diferencia de los autómatas más sofisticados, que pueden hablar sólo si se los programa, la unión entre la mente y el cuerpo anima un lenguaje, es decir, activa una potencialidad que está en condiciones de determinar de manera autónoma contextos comunicativos, cosa que ni los animales (los papagayos) ni las máquinas saben ni nunca sabrán hacer. (Pandolfi, 2007: 124)

David Hume (1711-1776), en su *Investigación sobre el conocimiento humano*, al ubicar a la ciencia del hombre como fundamento del saber, alude a las grandes dificultades encontradas al definir, para el conocimiento del ser humano, un status científico semejante al de las ciencias matemáticas o físicas. La ciencia de la naturaleza humana requería, en efecto, una integración del análisis fisiológico con una serie de investigaciones empíricas sobre cuestiones irreductibles a la física, como la génesis del pensamiento, los orígenes y las dinámicas de los comportamientos y la dimensión normativa de la acción humana. Desde este punto de vista, los fenómenos morales parecen particularmente refrac-



tarios a un conocimiento riguroso y corren el riesgo de aparecer alterados por el sujeto cognoscente. Conviene aquí recordar una observación de Raymond Aron cuando sostenía que: «las máquinas no hacen la historia si bien contribuyen a que los hombres la hagan».

Auguste Comte, Richard Owen y Saint Simon, padres del positivismo de fines del siglo XVIII y principios del XIX, pensaron un futuro de progreso ininterrumpido para la humanidad, sin conflictos, a partir del ímpetu que por aquellos tiempos exhibía el desarrollo capitalista en Europa. Siglo XIX que veía el ingenio humano crecer en toda sus potencialidades, centuria durante la cual fueron inventados los transportes rápidos, Pasteur descubrió los microbios, la electricidad, la policía científica, el teléfono, la radio, la lucha de clases, la economía liberal, la jeringa, la morfina, el álgebra de Boole constituyendo más tarde la base matemática de las computadoras, la máquina de escribir, la radiactividad, el consumo masivo, los trusts petroleros, el cine, el mercado desregulado, la Coca Cola, la heladera, el fútbol y también la aspirina. Estos pensadores, en el siglo XIX identificaron el fenómeno colectivo de la violencia organizada de los grupos armados con alguna forma de *barbarie* y auguraban la marcha hacia la paz perpetua en la medida en que se produjera el *avance de la civilización*. La paradoja es que la explosión más violenta de la historia contemporánea, en orden al fenómeno-guerra, ha procedido de naciones cuyos ciudadanos contaban con elevados niveles de instrucción, en 1914-1918 y 1939-1945. Por ello resulta imposible sostener la hipótesis previa procedente del positivismo que daba por firme la sustitución, en el mundo del progreso, del «espíritu guerrero» por el «espíritu industrial».

Desde 1914 cuesta comprender la dinámica del sistema mundo si no se toma conciencia de la incidencia histórica del «espíritu militar» —es decir, de la exquisita mixtura de ambas cosas como diría Ortega y Gasset— con la que han entrado las naciones más cultas y desarrolladas en el horizonte de la modernidad y la posmodernidad, particularmente los Estados Unidos, para estar en condiciones de resolver los conflictos.

En este contexto, Comte concebía la marcha irresistible hacia el progreso como «un desarrollo continuo con una tendencia permanente e inevitable hacia un objetivo determinado», en buena medida, el

positivismo de este pensador pretendía fundar una religión *demostrada* como un teorema. Otra vez el hombre era analizado desde su relación con las máquinas y el estudio de la condición humana podía ser tomado como una ciencia exacta. Carlos Marx, tiempo después, heredaría estas concepciones y visualizaría un marco de progreso indefinido y determinista a partir de una organización social y un modo de producción diferente al sustentado por los ideólogos de la burguesía.

Sin embargo, la cuestión en estudio acerca de la condición humana y su evolución había sido planteada por Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), desde una visión crítica, antes que los positivistas.

En el primer libro del *Emilio*, Rousseau escribe que en manos del hombre (del hombre civilizado) todo se arruina. La civilización produce la degeneración y ama a los monstruos. Un individuo que en el momento de su nacimiento fuera abandonado, sería deformado por los prejuicios, la autoridad y las instituciones sociales. Para contrarrestar la monstruosidad producida por la civilización, cabe, en primer lugar, volver a fundar la educación. (2007: 132)

De esta manera la educación conforma uno de los aspectos cruciales del problema de Rousseau que son las mediaciones. La civilización es presentada como la historia de las mediaciones, o bien, de todo lo que separa al hombre del estado de naturaleza (lengua, costumbres, instituciones, formas del saber, etcétera) reemplazando sus virtualidades.

Según Rousseau, la mediación hace posible lo propio del hombre: la palabra, la sociabilidad, desconocida en la condición puramente natural, las pasiones, el saber, etc. Por otro lado, el hombre es propiamente humano sólo con la condición de liberarse de lo que han hecho en él las mediaciones y las complementaciones, para reencontrar la pureza de sus sentimientos morales, la infancia, la religión natural, etcétera. La representación lingüística y la representación política son las mediaciones más peligrosas. La representación política debe ser reemplazada por la presencia viva del pueblo reunido en asamblea. Corresponde que las representaciones lingüísticas, articuladas en la ley escrita, en los decretos del gobierno y en los actos de la Magistratura, sean reemplazadas por la viva voz *del cuerpo del pueblo*, que declara la voluntad

general como una enunciación y un enunciado indivisibles y universales. La Revolución Francesa de 1789 estaba en camino.

A partir del siglo XIX se desarrollaría un paradigma normativo de la condición humana basado este en un modelo individualista de un ser autónomo, hecho que sería denostado por Hegel al sostener las virtudes de la *religión del pueblo*. La modernidad se caracterizaba por la primacía del individuo o, dicho de otra manera, por una forma de vida centrada en el interés privado, en la autonomía del juicio y en la responsabilidad moral. También, la modernidad aparece dominada por una pléthora de poderes (el mercado, el poder legislativo y el ejecutivo, la administración, la opinión pública, etcétera) inconmensurablemente más vastos, penetrantes y poderosos que los vigentes en Europa antes de la Revolución Francesa.

En la *Democracia en América* (1998: 235 y sig.) Alexis de Tocqueville (1805-1859) analiza el discurso sobre la modernidad como patología antropológica y política que asume tonos cada vez más dramáticos. El eje del razonamiento de este pensador se desplaza a la cuestión del poder social. La democracia aparece allí como la forma de vida de «una muchedumbre de innumerables hombres semejantes y en igualdad», en la que cada uno de ellos se considera libre porque cree poder ser como todos los demás y, al mismo tiempo, procura diferenciarse. Indiferentes los unos con respecto a los otros, los hombres democráticos, son incapaces de una auténtica hermandad porque son incapaces de auténtico reconocimiento. Por ello necesitan un poder tutelar, mucho más temible que la *tiranía de la mayoría*, que preocupaba a los pensadores liberales de orientación conservadora. El poder social no tiene una naturaleza institucional; es un poder invasivo y no localizable, que incentiva y tutela el goce de los bienes materiales, orienta el juicio, determina el gusto, sanciona la escala de valores sociales, pero no parece poder ser atemperado ya por las mediaciones.

La gravedad de la patología democrática se manifiesta sobre todo en la degradación del principio formulado por Immanuel Kant (1724-1804), según el cual el Iluminismo es la salida del hombre del estado de minoridad. El hombre democrático desea ser guiado por una autoridad a la que cree haber elegido, porque no pertenece a un hombre o a una clase, sino al pueblo. El hombre democrático se encuentra así frente a

una contradicción: quiere ser libre y al mismo tiempo desea ser infantilizado, porque solo no se encuentra en condiciones de juzgar ni de actuar. En tanto criatura social, el hombre democrático es un híbrido de libertad y gregarismo, de inmunización ante sus propios semejantes y de identificación con el «*primer amo que se le presenta*» (2007: 143).

Por último, mientras la democracia corrobora a cada momento estar basada en la libertad y en la igualdad, el mercado produce multitudes de individuos que no son ni iguales ni libres. Esto se reproduce hoy, de manera casi textual, en el mundo globalizado dominado por el sistema financiero y el crecimiento de la desigualdad. Aparecen así nuevas instancias en la lucha por el poder, entre comunidades e individuos, que incluyen a la violencia como un medio para obtenerlo. La problemática del poder y la lucha para lograrlo, conforman uno de los componentes fundamentales de la condición humana.

Las ideas Iluministas dieron origen a una concepción determinista del hombre y la naturaleza, encontrando una base de apoyo sólida en los estudios teóricos referidos a las ciencias naturales de Newton y Galileo. El punto central del determinismo se halla en una concepción lineal del ser humano, ya sea actuando como individuo, o bien dentro de una clase social, tal como fue interpretado por Marx.

Ilya Prigogine observa al respecto:

La cuestión del tiempo y el determinismo no se limita a las ciencias, está en el centro del pensamiento occidental desde el origen de lo que denominamos racionalidad y que situamos en la época presocrática. ¿Cómo concebir la creatividad humana o cómo pensar la ética en un mundo determinista? El interrogante traduce una tensión profunda en el seno de nuestra tradición, la que a la vez pretende promover un saber objetivo y afirmar el ideal humanista de responsabilidad y libertad. Democracia y ciencia moderna son ambas herederas de la misma historia, pero esa historia llevaría a una contradicción si las ciencias hicieran triunfar una concepción determinista cuando la democracia encarna el ideal de sociedad libre. (1996: 14)

En sus *Manuscritos económico-filosóficos*, Carlos Marx ve al hombre en el siglo XIX como un ser natural, como un ser que tiene la

naturaleza fuera de sí mismo. En la relación con la naturaleza el hombre produce sus propias determinaciones, o sea, produce actitudes, facultades y relaciones históricamente determinadas incorporadas de a poco a su naturaleza. En consecuencia, la historia es la verdadera ciencia natural del hombre. El circuito cada vez más complejo entre producción y consumo constituye el fundamento y al mismo tiempo el límite dentro del cual se inscribe todas las prácticas valorizadoras (derecho, política, cultura, ciencia), así como las retroacciones de estas últimas sobre el régimen de la producción material.

Según analizaba Marx en la *Ideología Alemana*, la relación del hombre con el mundo y consigo mismo se caracteriza por una serie de condiciones que problematizan gravemente su desarrollo. El ser humano resulta contrapuesto a los objetos por sus propias necesidades, a los otros seres humanos y asimismo por las abstracciones del fetichismo y de la alienación. Lo que no significa un curso hacia la modernidad en el cual el hombre haya perdido la identidad o la naturaleza originaria, significa más bien que éstas son las condiciones a través de las cuales el hombre moderno se ha constituido efectivamente.

Para Marx, el individuo moderno se ha constituido por efecto de un dispositivo abstracto, el contrato, mediante el cual se representa como igual a todos los individuos. Este mecanismo –señala– es el mismo que caracteriza el intercambio de equivalentes, o sea, la relación entre las mercancías que se vuelven iguales una vez que se omiten sus concretas diferencias cualitativas. La sociedad civil es el ámbito donde los individuos se relacionan formalmente entre sí en igualdad, mientras son materialmente contrapuestos por sus intereses. (2007: 145)

De esta manera, el obrero de la gran fábrica moderna muestra en su cuerpo –según la *Ideología Alemana*– en su mente y en su forma de vida que «la desvalorización del mundo humano crece en relación directa con la valorización del mundo de las cosas», y «tanto más poderoso se vuelve el mundo ajeno, objetivo que crea, tanto más pobre se vuelve él mismo y tanto menos le pertenece su mundo interior».

En consecuencia, la expropiación de todas las facultades humanas de las relaciones con los demás hombres y de la relación consigo

mismo, al transformarse en mercancías, es el resultado de una relación de fuerzas. Partiendo de estas premisas, Marx elaboró su teoría de la lucha de clases y el rol del Estado como representación de los sectores dominantes, tema, este último, que sería desarrollado y profundizado más adelante por Lenin en *El Estado y la Revolución*.

La idea central aparece así conformada por la figura del hombre-mercancía, creación ésta del sistema capitalista. Aunque Marx haya subestimado el rol de la conciencia asignándole una importancia desmedida al *ser social*, puede afirmarse sin exageración que el mundo globalizado de nuestros días presenta en muchos aspectos, curiosamente, los rasgos del análisis marxista. Marx acusó al capitalismo de haber producido una gigantesca inversión de la naturaleza humana y hoy, desde los centros de poder político, económico y financiero se propone una suerte de *ser social*, por medio del *pensamiento único*, individualista, consumista y hedonista, con una conciencia determinada y dominada por la búsqueda ilimitada de ganancias y riquezas como forma de lograr éxito y reconocimiento en la sociedad.

El hombre entonces, punto central de este análisis, manifiesta a través de toda su vida voluntad de poder y así ocurre desde la infancia; dicho de otra manera, construcción del ambiente, sometimiento y asimilación de la exterioridad. El nexo entre voluntad de poder y mundo, entonces, puede ser caracterizado por la preponderancia de la conservación o la irrupción del excedente y de la excepción.

Inmanuel Kant, al preguntar en su *Lógica ¿qué es el hombre?*, condiciona el pensamiento filosófico de la modernidad encausando la historia de la antropología occidental mucho más allá de su separación con la filosofía. Este interrogante signó la aparición del hombre en la escena del saber, de un ser que puede adquirir una auto-comprobación reflexiva haciendo posible cualquier conocimiento.

A fines del siglo XVIII, al conectar la antropología con la filosofía de la historia, Herder, Kant y Wilhelm von Humboldt, construían un ordenamiento epistemológico que parecía poder sostener un conocimiento de la naturaleza humana bastante más comprensivo con respecto al de la fisiología y la psicología, consideradas estas disciplinas por buena parte de la cultura Iluminista como constituyentes básicas

de las ciencias del hombre. Poco después la antropología emprendería itinerarios bastante diferentes.

Para Hegel, la antropología, sección de la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, reconstruye la superación de la inmediatez natural ante el deslizarse de las «estaciones» del Espíritu: el nacimiento de la conciencia, el devenir de la autoconciencia y, finalmente, la formación de la dimensión moral, ética y jurídica hasta el reino del Espíritu objetivo. Este movimiento especulativo –tal como lo señala Pandolfi– es impulsado por la dialéctica que pauta la superación de todas las determinaciones que, en un *crescendo* de complejidad, califican la naturaleza humana (alternancia fisiológica entre la vigilia y el sueño, el influjo del sexo, de la edad, de las relaciones parentales, del clima, de los contextos ambientales, de las razas, de las lenguas, etcétera) hacia la aparición de la libertad como esencia de la subjetividad.

Para Hegel la naturaleza humana es el teatro de una lucha en la que cada determinación, desde la conformación física hasta las pulsiones, desde las sensaciones hasta los sentimientos, desde las relaciones sexuales y sociales más fundamentales hasta las lenguas, pasando por los caracteres étnicos y nacionales, debe ser comprendida y al mismo tiempo negada en su inmediatez, es decir, en su pretensión de ser exhaustiva, para ser superada en la recapitulación rememoradora del proceder del Espíritu. (2007: 154)

La vida como lucha apareció también en los estudios de Bichat hacia fines del siglo XVIII. Según este destacado médico francés, aquella no es definible partiendo de una serie de caracteres que la distinguen de lo inorgánico: es el significante de un conflicto que la opone en todo momento a la muerte.

Inmanuel Kant, notable pensador cuya propuesta de creación de una federación universal de Estados conformaría siglos más tarde la base teórica de la creación de la actual Organización de las Naciones Unidas, discurrió largamente acerca de la condición humana y el comportamiento de los hombres.

En su Filosofía de la Historia plantea: «Cualquiera sea el concepto que, en un plano metafísico, tengamos de la libertad de la voluntad,

sus manifestaciones fenoménicas, las acciones humanas se hallan determinadas, lo mismo que los demás fenómenos naturales, por las leyes generales de la naturaleza» (1982: 39).

En otro pasaje de la misma obra, el autor señala:

Pues los hombres no se mueven, como animales, por puro instinto, ni tampoco, como racionales ciudadanos del mundo, con arreglo a un plan acordado, parece que no es posible construir una historia humana con arreglo a un plan. No es posible evitar cierta desgana cuando se contempla su ajetreo sobre la gran escena del mundo; y, a pesar de la esporádica aparición que la prudencia hace a veces, a la postre se nos figura que el tapiz humano se entreteje con hilos de locura, de vanidad infantil y, a menudo, de maldad y afán destructivo también infantiles; y, a fin de cuentas, no sabe uno qué concepto formarse de nuestra especie, que tan alta idea tiene de sí misma.

El problema de la institución de una constitución civil perfecta depende, a su vez, del problema de una legal RELACION EXTERIOR ENTRE LOS ESTADOS, y no puede ser resuelto sin éste último. ¿De qué sirve laborar por una constitución civil legal que abarca a los individuos, es decir, por el establecimiento de un ser común? La misma insociabilidad que obligó a los hombres a entrar en esta comunidad, es causa, nuevamente, de que esta comunidad, en las relaciones exteriores, esto es, como Estado en relación con otros Estados, se encuentre en una desembarazada libertad y, por consiguiente, cada uno de ellos tiene que esperar de los otros ese mismo mal que impulsó y obligó a los individuos a entrar en una situación civil legal. La Naturaleza ha utilizado de nuevo la incompatibilidad de los hombres, y de las grandes sociedades y cuerpos estatales que forman estas criaturas, como un medio para encontrar en su inevitable antagonismo un estado de tranquilidad y seguridad; es decir, que, a través de la guerra, del rearme incesante de la necesidad que, en consecuencia, tiene que padecer en su interior cada Estado aun durante la paz, la Naturaleza los empuja, por último, y después de muchas devastaciones naufragios y hasta agotamiento interior completo de sus energías, al intento que la razón les pudo haber inspirado sin necesidad de tantas y tan tristes experiencias, a saber: a escapar del estado sin ley de los salvajes y entra en una unión de naciones. (1982: 40)

Para este filósofo la guerra, actividad de los hombres desde todo punto de vista condenable, debería imponer a los jefes de Estado más respeto por la humanidad. Sin embargo, él mismo reconoce que: «Por lo tanto, al nivel de la cultura en que se halla todavía la humanidad, la guerra sigue siendo un medio ineludible para hacer avanzar a aquélla; y sólo –Dios sabe cuándo– después de haber logrado una cultura completa podría ser saludable, y hasta posible, una paz perpetua» (1982: 52).

En otra parte de este trabajo fue señalado el sustrato determinista que emerge del pensamiento kantiano, predominante en la Ilustración, y de fuerte influencia en el positivismo y luego en el marxismo. Se creía entonces en el progreso indefinido de la humanidad hacia contextos más tolerantes y pacíficos. El mundo futuro, para este conjunto de ideas, estaría exento de conflictos, cuando la práctica ulterior demostraría lo contrario. Carl von Clausewitz estuvo influenciado por estas ideas al haber asistido a las clases que dictaba Kant en la universidad según lo han establecido sus biógrafos. Por otro lado, la corriente idealista en los estudios de las relaciones internacionales recoge en sus fundamentos esto que se denomina *idealismo kantiano* (1982: 86).

Durante los primeros años del siglo XX emergió una línea bautizada como antropología filosófica que se propuso reformular las relaciones entre filosofía y ciencias materiales, ofreciendo una perspectiva ética y política en una época conmocionada por el ajuste de buena parte de la tradición filosófica, por cuestionamientos de todas las certezas culturales y por el derrumbe de estructuras y formas políticas que parecían sólidamente consolidadas. La antropología filosófica, que tuvo como autores destacados a Scheler, Plessner y Gehlen, entendió sustraer la cuestión de la naturaleza humana de la órbita de la filosofía de la historia. Así, el discurso del hombre se desconecta del paradigma idealista y, en sentido amplio, historicista, de la plena coincidencia entre naturaleza humana y la historicidad, y es atribuido al carácter extraordinario de la posición del hombre en la naturaleza.

Max Scheler publicó en 1928 *El puesto del hombre en el cosmos*, considerado como uno de los textos básicos de la antropología filosófica. Para Scheler, tal como lo interpreta Pandolfi, una vez consumadas las tres grandes visiones antropológicas articuladas por la civilización occidental (la visión teológica, la filosófica, inaugurada por

los griegos y culminada en el idealismo objetivista, y, finalmente, la científica, que alcanzó la cumbre con el evolucionismo), el hombre no se volvió más transparente para sí mismo, sino absolutamente enigmático. Según Scheler, los conceptos de vida e inteligencia resultan insuficientes para comprender la naturaleza humana. Si naturaleza es sinónimo de ciertas características definitorias, al menos en los términos en los que los planteaba un enfoque determinista, el hombre resulta refractario a cualquier definición en tanto es el único ser cuya esencia es precisamente la falta de esencia como nombre de un incesante movimiento de trascendencia de sus propias determinaciones.

Siguiendo a los autores citados en el transcurso de la modernidad, y en términos extraordinariamente expansivos y rápidos en el siglo XX, el progreso técnico y la inflación de las instituciones han implicado una grave regresión antropológica.

El exceso de estructuras de exclusión, la reducción del tiempo a una especie de eterno presente, la consumación de símbolos e *inmuebles culturales* caracterizan lo que Gehlen denominó *post histoire*. Este tiempo está saturado de deseos narcisistas orientados a un consumo ilimitado de bienes materiales evanescentes y resulta erosionado por un relajamiento y una desresponsabilización moral debidos al debilitamiento de la disciplina social y, en particular, la disminución del tiempo y el trabajo vinculados con el trabajo. De este modo, las instituciones contemporáneas, que dependen de la distorsión del orden político que para Gehlen fue el *welfare*, son arrastradas por una marea de instancias que no pueden satisfacer. Pese a la exigencia de Gehlen de un fortalecimiento de las instituciones que haga de *pendant* a una ética ascética y anticonsumista, la dimensión institucional se derrumba bajo el peso de su propia función de exclusión. (1982: 185)

Jacques Lacan, por otro lado, al estudiar la ambivalencia que caracteriza estructuralmente a las diversas expresiones de la afectividad humana, ubica a ésta entre la enajenación suscitada por las cualidades de la figura especular, la agresividad provocada por su inaccesibilidad y el hecho de que el otro, además de representar el ideal del

sujeto, es considerado como el que posee el objeto de su deseo. La agresividad, dice Lacan en su primer *Seminario*: «es la estructura más fundamental del ser humano en el plano imaginario: destruir a quien es sede de la alienación» (Pandolfi, 2007: 186).

Construcción y destrucción, paz y guerra, amor y odio entonces, son parejas de contrarios que están presentes en el comportamiento de los hombres desde siempre y que han motivado debates, ensayos y posturas a lo largo de los siglos.

La Sociedad de las Naciones, nacida al calor de la Primera Guerra Mundial y desaparecida producto de su inacción antes de la segunda gran contienda bélica que conmocionó al siglo XX, dio inicio a un debate cuyo punto focal era ¿por qué la guerra?, a partir de una carta de Albert Einstein del 30 de julio de 1932. En esta misiva, el célebre físico partía de la hipótesis de que únicamente la aceptación de una autoridad supranacional permitiría establecer leyes reguladoras que evitaran o eliminaran definitivamente los conflictos, pero que, desafortunadamente, en cada nación existían minorías opuestas a ello ya sea por interés o ambición.

Por otro lado, ¿cómo se explica que las mayorías se someten a estas minorías activas? La interpretación de Einstein es útil a lo que aquí se está tratando: «La minoría en el poder controla las escuelas, la prensa y habitualmente la Iglesia. Lo que la hace capaz de organizar y controlar las emociones de las masas, y de hacer de ellas un instrumento a su servicio» (Cosner, 1999: 72).

La cuestión que emerge de esta relación tiene que ver con la situación de una minoría logrando despertar el entusiasmo de las multitudes hasta obtener de ellas la disposición a sacrificar sus vidas.

Para ello existe, según este físico, una sola respuesta posible: «El hombre lleva en sí mismo una tendencia profunda por el odio y la destrucción...» y esta se exterioriza en determinadas circunstancias realizando una verdadera *psicosis colectiva*.

Antes otra cuestión, más fundamental aún y cuya respuesta le fue solicitada a Sigmund Freud, decía: «¿Es posible controlar la evolución mental del hombre para protegerlo de las psicosis de odio y destrucción?» (Cosner, 1999: 72). Freud le respondió en septiembre de 1923: «Constituye un gran principio el que los conflictos de intereses

sean resueltos a través del empleo de la violencia. Esto es verdad para el conjunto del reino animal y no hay razón para que la especie humana sea diferente» (Cosner, 1999).

Su hipótesis era que en tiempos de las hordas primitivas prevalecía la fuerza física, tanto en los hombres como en los animales; luego, con la invención de las herramientas, la superioridad intelectual reemplaza a la fuerza bruta permaneciendo inalterable el objetivo: imponer su voluntad al otro y aún suprimir al otro. Este régimen sufriría modificaciones con el paso de la violencia al derecho, operación que tuvo lugar cuando se entendió que la fuerza de un individuo podía ser contrarrestada por la unión de los débiles. Así resultó que el derecho se transformó en poder de la comunidad y para evitar el cuestionamiento de ese poder era imprescindible crear sistemas de regulación y leyes, instituyendo autoridades para hacerlas respetar. Sin embargo, el reconocimiento de esta comunidad de intereses se acompañó necesariamente del desarrollo de vínculos afectivos en el grupo: sentimientos compartidos, verdadero origen de su fuerza.

Allí estaba, entonces, lo esencial, según Freud: «La violencia es contenida por la transferencia del poder a una unidad más grande donde la cohesión se mantiene gracias a los vínculos emocionales que se desarrollan entre sus miembros» (Cosner, 1999).

Raymond Aron observaba a las naciones naciendo de la violencia y manteniendo entre ellas relaciones que guardan un componente violento. También sostenía que no todas las relaciones entre unidades políticas soberanas se fundan únicamente en la violencia. Pero sí debe señalarse aquí que el derecho y la elaboración de normas, en su origen, presentan un componente violento al expresar una determinada relación de poder y de fuerzas.

Cuando Habermas se pregunta si es posible que el Estado liberal secular pueda estabilizar a una comunidad de cosmovisión pluralista desde lo normativo, desde una legitimación secular, no religiosa, sino posmetafísica, va al fondo de la cuestión acerca de los valores esenciales que, en los albores de las protosociedades, fueron establecidos a través de códigos instaurados por las religiones. El pacifismo absoluto no aparece en ninguna de las grandes religiones, tampoco la exaltación

de la violencia. Pero es innegable el papel que esta ha jugado en la construcción comunitaria, fundada y acompañada por un conjunto de creencias comunes dándole sentido a la existencia colectiva.

Por otro lado, Freud observaba el surgimiento de complicaciones producto de las desigualdades en el seno de un grupo. De esta manera las reglas son utilizadas en beneficio de los poderosos y los conflictos de intereses no son eliminados. También emergen conflictos entre diferentes comunidades, de allí entonces las guerras con su capacidad de destrucción.

Para evitar esta nefasta evolución, la creación de una autoridad supranacional con organismos de regulación y un poder efectivo parece indispensable. Pero se vuelve a caer en la cuestión fundamental: «¿Cómo crear y mantener lazos afectivos positivos entre las personas?». Según Freud, el único medio sería reunir las personas alrededor de objetos de amor común (sin objetivo sexual) favoreciendo la identificación mutua a fin de producir una comunidad de afectos.

En relación a otra pregunta formulada en aquellos años de ¿cómo explicar el entusiasmo de los hombres por la guerra?, Freud cree en la existencia de un instinto de odio y de destrucción que coexiste con el instinto de Eros. Para él, de todas maneras, las acciones emprendidas son raramente explicables a través de un solo instinto, pues las motivaciones son por lo general múltiples y aquellas que están expuestas como las más nobles e idealistas, a menudo son una fachada que encubre un motivo destructor. En la correspondencia citada, dice:

Partiendo de las especulaciones acerca del comienzo de la vida y de paralelos biológicos llegué a la conclusión de que además del instinto de conservar la sustancia viva debía haber otro instinto contrario que trataría de disolver esas unidades y hacerlas volver a su estado primitivo, inorgánico. Es decir, así como un Eros, había un instinto de muerte.

Por todas estas razones al padre del psicoanálisis moderno le parece imposible eliminar los instintos agresivos dado que «la agresión no era en lo esencial reacción a los estímulos sino un impulso que manaba constantemente y tenía sus raíces en la constitución del orga-

nismo humano», debiendo ser, en consecuencia, derivados. Para ello, el único procedimiento válido, desde este punto de vista, consiste en reforzar los vínculos interpersonales.

Freud concluye su misiva con otra pregunta no formulada hasta allí pero que le preocupaba sobremanera: «¿Por qué Einstein y yo, como tantos otros, nos hemos opuesto violentamente a la guerra cuando ésta puede aparecer como un fenómeno muy natural con sólidas bases biológicas?» (Cosner, 1999).

La hostilidad a la guerra es el resultado de un proceso civilizador que lleva al desarrollo de la vida intelectual y al renunciamiento de la expresión brutal del instinto. Por ello, concluye Freud, para luchar contra la guerra debe desarrollarse la civilización: «Todo aquello que contribuye al desarrollo de la civilización actúa al mismo tiempo contra las amenazas de guerra» (Cosner, 1999).

Formulada en 1932, la conclusión de Freud parece, en este siglo XXI, de un optimismo exagerado acerca de las virtudes de la «civilización». Carl von Clausewitz, quizás el mejor teórico de la guerra de la modernidad, también creyó, un siglo antes de Einstein y Freud, que el desarrollo de la civilización actuaría como elemento moderador y reductor de la violencia y las guerras. Es evidente que en este punto se equivocó, guerras mundiales como la Segunda del siglo XX –para no hablar de las actuales– no reconoce antecedentes en la historia humana en lo que a víctimas y destrucción ha provocado.

Tanto Einstein como Freud admitieron la existencia en el hombre de un potencial de violencia (*pasión latente*, según Einstein, *instinto agresivo*, según Freud) reconocido como «natural», es decir ligado a montajes instintivos que se exteriorizan cuando se presenta la ocasión. Esta expresión sería luego retomada y afinada por etnólogos como Lorenz y sociobiólogos como Wilson.

Freud consideró que había, al lado de la fuerza de Eros, fuerzas destructivas que actuaban en cada ser humano, sin afirmar que estas, ineluctablemente, sean causa de conflicto y destrucción. Se demuestra de esta forma, y aplicando el método dialéctico, que el hombre se encuentra predispuesto, si las situaciones lo exigen y la historia empuja, a atacar y defenderse. Los sentimientos negativos no son ni más ni menos «naturales» que los sentimientos positivos, y etnólogos como

Lorenz han comprobado estas aseveraciones por medio de observaciones muy convincentes.

Para Freud, todos los instintos estaban dirigidos hacia la reducción o eliminación de la tensión, la estimulación y la excitación. La motivación de las actividades que buscan el placer es lograr una condición carente de estímulos, una especie de nirvana oriental o ausencia de todo deseo, la muerte implica la remoción de toda excitación. De allí que todas las cosas vivientes aspiren a la «quietud del mundo inorgánico» (Cosner, 1999), quietud que no es tal a la luz de las modernas teorías de la mecánica cuántica. Pero los humanos siguen su vida a pesar del instinto de muerte, porque el instinto vital canaliza el impulso aniquilador fuera del yo y hacia los demás. El comportamiento agresivo, en consecuencia, suministra una salida para las energías destructivas evitando de esta forma su canalización hacia el suicidio. Según este punto de vista, la recurrencia de la guerra y el conflicto se convierte en una liberación periódica necesaria, por la cual los grupos se preservan dirigiendo sus tendencias autodestructivas hacia otros. Estas tendencias pueden asimilarse también a los instintos de autoagresión, hacia uno mismo, que se canalizarían hacia afuera, hacia los demás.

Aquí resulta sin embargo interesante observar cómo, en la era de las armas nucleares que posibilitaron el suicidio colectivo, no hubo tercera guerra mundial, ¿se puede afirmar que disminuyó el instinto de autoagresión?, ¿o que el eventual vaciamiento político provocado por una guerra atómica fue lo que, efectivamente, evitó el holocausto?, sin que por ello pudieran evitarse un sinnúmero de conflictos armados dejando un penoso saldo de muerte y destrucción.

Así queda resumida en buena medida la fundamentación psicoanalítica de las ideas que Freud intercambió epistolarmente con Einstein. Una vez expuesto el *instinto de muerte*, Freud escribió:

El resultado de estas observaciones es, no hay posibilidad de que podamos suprimir las tendencias agresivas de la humanidad... Los bolcheviques, también aspiran a acabar con la agresividad humana asegurando la satisfacción de necesidades materiales y reforzando la igualdad entre los hombres. Para mí, esta esperanza parece vana. (Goldwin, 1950)

Y en una verdadera profesión de fe a favor de la paz, el eminente psicoanalista escribió en 1933:

Actualmente la guerra está en la más crasa oposición a la actitud psíquica que nos impone el proceso de la civilización, y por esa razón tenemos que sublevarnos contra ella; sencillamente, ya no nos es posible sufrirla. No es esto un repudio meramente intelectual y emocional; nosotros los pacifistas tenemos *por naturaleza* una intolerancia a la guerra, una idiosincrasia magnificada, como quien dice, al grado máximo. Por cierto que parece como la reducción de las normas estéticas en la guerra apenas tuviera menor parte en nuestra rebeldía que sus crueldades. ¿Y cuánto tendremos que esperar antes de que el resto de la humanidad se haga también pacifista? Quién sabe.

Para Manuela Martínez Ortiz, profesora de psicobiología de la Universidad de Valencia:

La violencia humana equivale a lo que se conoce como *agresión* entre los animales. La diferencia radica en que los animales la utilizan para solucionar conflictos de territorio, reproducción, etcétera, pero entre ellos se encuentra sometida a numerosos límites que los humanos han perdido. Nosotros no reconocemos los signos de sumisión del oponente que indican el final de la lucha. No hay límite y se puede llegar a masacrarlo completamente. (2007: 36)

El instinto de agresión resulta de esta manera un componente, entre otros, de la condición humana a la luz de los estudios mencionados. Es evidente también que las naciones encuentran dificultades para ponerse de acuerdo acerca del término, dada la configuración eminentemente heterogénea del actual sistema internacional. La Resolución 3314 (XXIX) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, definió la agresión en 1974 referida principalmente a la acción de los Estados. Correspondiendo aclarar que la misma fue votada en plena confrontación bipolar y que en la actualidad se encuentra en proceso de reelaboración, tomando en cuenta los cambios experimentados por el sistema internacional desde la caída del Muro de Berlín: «Agresión es

el uso de la fuerza armada por un Estado contra la soberanía, la integridad territorial o la independencia política de otro Estado, o en cualquier otra forma incompatible con la Carta de las Naciones Unidas, tal como se enuncia en la presente Definición», establece la norma.

La referencia va, como ha sido señalado, a los Estados, teniendo en cuenta que los mismos constituyen la razón de ser de la ONU. Nada se dice acerca de las crisis de legitimidad de los Estados, de la condición humana, de grupos e individuos, tampoco de las tendencias destructivas de los hombres que, en los tiempos actuales parecen haber alcanzado una complejidad mayor, a través de manifestaciones con escasos antecedentes registrados en otras épocas.

Puede apreciarse entonces que el análisis de la condición humana es azaroso, complejo y pleno de contrasentidos, encontrándose en su desarrollo opiniones diversas y contradictorias. Volviendo a los clásicos Hobbes, por ejemplo, afirmaba que el hombre no es naturalmente bueno ni naturalmente malo, sino que es naturalmente estratega. En este punto surge espontáneamente la coincidencia con los puntos de vista citados de Freud y Einstein, tratándose de dos eminencias firmemente opuestas a considerar la guerra como una actividad humana más, sobre todo a partir de las experiencias de las Primera Guerra Mundial del siglo XX.

Siguiendo con el estudio del tema propuesto en este apartado, es interesante recurrir a otros autores, algunos ya citados, que también se han referido al sujeto en cuestión.

Uno de los que mejor penetró los meandros de la condición humana fue Nicolás Maquiavelo. En su *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, dice: «Los hombres hacen el bien cuando están forzados a ello; desde que poseen la opción y la libertad para hacer mal con impunidad, llevan a todos lados la turbulencia y el desorden» (1996).

En otro pasaje de la misma obra, el florentino afirma:

Los deseos del hombre son insaciables, está en su naturaleza querer y poder desear todo, pero no está a su alcance todo adquirir. Resulta entonces un descontento habitual y disgusto hacia aquello que posee; es lo que lo lleva a odiar el presente, elogiar el pasado, desear el futuro, y todo ello sin ningún motivo razonable. (1996)

En esta línea de pensamiento trabajaría, como ya fue citado, Hobbes un siglo más tarde al afirmar que la máxima ambición humana es poseer, como fue mencionado *ut supra*, el poder; de manera tal que al desear todos lo mismo los hombres terminan guerreando entre sí para obtener un bien escaso. Esto es lo que –según Hobbes– convierte al hombre en lobo del hombre *homo homini lupus*, proponiendo como solución el Leviatán, animal bíblico y precursor del Estado moderno.

El autor contemporáneo Kenneth N. Waltz, en un interesante trabajo *El hombre, el estado y la guerra*, distinguía tres imágenes de las relaciones internacionales dentro de las cuales se intenta analizar las causas de las guerras. La primera de ellas refiere que la guerra puede remitirse a la naturaleza y el comportamiento humano, tema sobre el cual Freud se expidió de manera similar.

Waltz, al referirse a los estudios teóricos relacionados con esta primera imagen, señala que tanto los optimistas como los pesimistas, los utopistas y los realistas coinciden en el diagnóstico que la causa básica de la guerra surge de la naturaleza y el comportamiento humanos; pero manifiesta su desacuerdo en las respuestas ofrecidas a la pregunta acerca de si estos pueden experimentar en el tiempo un cambio de magnitud que resuelva un tema tan delicado como este (1959: cap. 2 y 4).

Inspirada por los métodos de las ciencias naturales triunfantes en épocas de la revolución industrial, la concepción explicativa de la tarea científica en las ciencias sociales afirma que la actividad social está determinada por causas objetivas, existiendo estas independientemente de la conciencia que pueden tener los actores de las relaciones sociales.

Waltz estima, en consecuencia, que la política internacional puede ser objeto de una explicación nomológico-causal, comparable a aquella que predomina en los estudios de los fenómenos naturales: así como el movimiento de los planetas se explica a partir de la gravitación universal, de la misma manera el comportamiento de los Estados puede ser explicado por medio de las propiedades del sistema internacional, que son su estructura anárquica y su configuración en polos de poder. Por ello las guerras no están situadas ni en «el seno de los hombres» ni en el «seno de la estructura interna de los Estados»: estas existen porque nadie las impide y su frecuencia es inversamente pro-

porcional a la bipolarización de un sistema internacional. Desde este enfoque, la conciencia humana ocupa un lugar secundario en el devenir de la historia remitiéndonos otra vez a la primera parte del dilema del determinismo de Karl Popper.

Aunque pueda adelantarse la existencia de una condición humana relativamente constante a través del tiempo una de cuyas manifestaciones es el empleo de la violencia, debe observarse también que la guerra incluye una serie de aspectos, las relaciones mutuas y las condiciones sociales, así como individuales, que van más allá de una variable particular, todos los cuales deben ser tenidos en cuenta al estudiar este fenómeno.

El conflicto en el cual la condición humana se manifiesta presenta una dimensión interna y otra externa. Surge de las dimensiones internas de los individuos que actúan aisladamente o en grupos y también de las condiciones externas y las estructuras sociales. Peter A. Corning, por ejemplo, señala que sin una comprensión de los aspectos evolutivos y genéticos del comportamiento no se pueden comprender plenamente los principios internos por los cuales la vida humana está organizada.

Otros autores han trabajado en teorías instintivas de la agresión. William James (1842-1910) y William Mc Dougall (1871-1938) consideraron al instinto como un proceso psicofísico heredado por todos los miembros de una especie que si bien no era algo aprendido, podía ser modificado a través del aprendizaje.

Mc Dougall sostenía que el *instinto de pugnacidad* se volvía operativo solo cuando se lo instigaba a través de una condición frustrante (1926: 30-45). No consideraba a la agresividad humana como un impulso innato constantemente en busca de alivio. De esta manera se ubicaba a mitad de camino entre los «instintivistas» puros y la escuela de la «frustración-agresión», no buscando su comprensión de la agresión ni en el organismo ni en el entorno exclusivamente, sino en su interacción. Freud, también, se ubicaría en el medio de estas dos corrientes del pensamiento.

Konrad Lorenz, del Instituto Max Planck de Fisiología de la Conducta, reconocía que existe una sutil relación entre los dos factores de la adaptación evolutiva: el comportamiento innato y el aprendizaje en el entorno. Según Lorenz: «La agresión, cuyos efectos a menudo

se igualan a los del deseo de muerte, es un instinto como cualquier otro y en condiciones naturales ayuda tanto como cualquier otro a asegurar la supervivencia del individuo y de la especie» (1967: 101).

Lorenz no duda de que los humanos representan el logro más elevado de la evolución, siendo esencialmente más avanzados y complejos que todos los demás primates, pero advierte que las mismas facultades del pensamiento conceptual y el habla que lo elevan a un nivel de excepcional altura por sobre las demás criaturas, también plantean el peligro de extinción para la humanidad. Por ello Lorenz le tiene poca fe al poder de la razón sola para superar el instinto agresivo de los individuos.

Por encima de todo es más que probable el que la intensidad destructora del impulso agresivo, todavía un mal *hereditario* de la humanidad, sea la consecuencia de un proceso de selección intraespecífica que operó en nuestros antepasados durante unos cuarenta mil años, aproximadamente, o sea el primer período de la Edad de Piedra. Cuando el hombre hubo llegado a la etapa en que tenía armas, vestidos y organización social, o sea vencido los peligros de morir de hambre, de frío o comido por los animales silvestres, y esos peligros cesaron de ser factores esenciales que influyeran en la selección, debe haberse iniciado una selección intraespecífica mala. El factor que influía en la selección era entonces la guerra entre tribus vecinas hostiles. Es probable que entonces se produjera la evolución de una forma extremada de las llamadas *virtudes guerreras* del hombre, que por desgracia todavía muchos consideran ideales deseables. (1967: 261)

Erich Fromm criticó severamente la teoría «instintivista» de Lorenz: «Subrayar el carácter innato de la agresión corresponde a actitudes conservadoras o reaccionarias. Si la agresión fuera innata, habría pocas esperanzas de una paz perdurable y una democracia radical» (1972: 74).

Fromm, por otro lado, lamenta la aceptación de la teoría de Lorenz por muchos estudiosos, prefiriendo creer en la existencia de una suerte de *fatalismo biológico* que empuja hacia la violencia, y frente al cual nada puede hacerse, cuando en realidad debería el mundo abrir sus ojos y encontrar las causas de los conflictos armados en circuns-



tancias políticas, sociales y económicas; concluyendo: «La lógica de la idea de Lorenz es que el hombre *es* agresivo porque *fue* agresivo, y que *fue* agresivo porque *es* agresivo». La crítica que Fromm hace a la teoría del instinto agresivo es la utilidad de la misma para absolver a los seres humanos de la sensación de responsabilidad frente a su comportamiento autodestructivo y beligerante. Sin embargo, la realidad del mundo de los últimos treinta años nos acerca más a los postulados de Lorenz que a las ideas, a todas luces aceptables pero difíciles de comprobar, de Fromm.

En 1914 apareció el conductismo fundado por J. B. Watson, basándose en la premisa que «la materia de la psicología humana es el comportamiento o las actividades del ser humano» El conductismo tuvo un notable desarrollo entre las formulaciones menos complicadas de Watson y el neoconductismo de Skinner. Este último, se basa en el mismo principio de Watson: la ciencia de la psicología no necesitaba, ni tenía por qué, ocuparse de los sentimientos o impulsos ni otros sucesos subjetivos, desdeña todo intento de hablar de una «naturaleza» del hombre o construir un modelo del hombre, tampoco analizar las diversas pasiones humanas que motivan los comportamientos. Considerar el comportamiento humano impelido por intenciones, fines, objetivos o metas sería un modo precientífico e inútil de estudiarlo. La psicología tiene que estudiar qué refuerzos tienden a configurar el comportamiento humano y cómo aplicar esos refuerzos más efectivamente. La «psicología» de Skinner es la ciencia de la técnica o la ingeniería del comportamiento, y su objetivo es hallar los refuerzos adicionales para producir el comportamiento deseado. La popularidad de Skinner, según Erich Fromm, está:

en haber fundido elementos del pensamiento tradicional, optimista y liberal, con la realidad social y mental de la sociedad cibernética, Skinner cree que el hombre es maleable, sujeto a las influencias sociales y que nada de su naturaleza puede considerarse obstáculo terminante a la evolución hacia una sociedad pacífica y justa. (1972: 1)

Para concluir críticamente: «En definitiva, el neoconductismo de Skinner se basa en la quintaesencia de la experiencia burguesa: la

primacía del egoísmo y del interés personal sobre todas las demás pasiones humanas».

John Dollard y otros académicos de la Universidad de Yale, en un trabajo publicado poco tiempo antes de la Segunda Guerra Mundial, tomaban como «punto de partida el presupuesto de que la agresión siempre es consecuencia de la frustración». Definiendo a la frustración como «una interferencia con la ocurrencia de una respuesta de meta instigada en el momento adecuado dentro de la secuencia de comportamiento». Así, cada vez que se interpone una barrera entre las personas y las metas deseadas, una cantidad de energía extra se moviliza dando lugar al desencadenamiento de instintos agresivos. Por otro lado, según Ross Stanger, la expectativa de castigo reduce la agresión abierta, y cuanto mayor es la certeza y la cantidad de castigo previsto por un acto agresivo, menos probable es que dicho acto se produzca, en una suerte de moderna interpretación del Leviatán.

Lo contrario también puede ocurrir, y de hecho ocurre: al incrementar la cantidad de castigo y aumentar la frustración, la reacción a término adquiera niveles de violencia inimaginables.

Un punto de vista interesante para el tema en tratamiento lo provee Hanna Arendt cuando, en una referencia más general a los totalitarismos de los años treinta del siglo XX, señala:

Podría objetarse con facilidad que el mundo del que aquí se habla es el mundo humano, o sea el resultado del actuar y producir humanos entendidos comúnmente. Dichas capacidades pertenecen sin duda a la esencia del hombre; si fracasan ¿no debería cambiarse la esencia del hombre, antes de pensar cambiar el mundo? Esta objeción es en el fondo muy antigua y puede apelar a los mejores testimonios, por ejemplo a Platón, quien ya reprochó a Pericles que tras la muerte de éste los atenienses no fueran mejores que antes. (1997: 38)

En este contexto, la guerra debe encuadrarse en un marco más amplio: el del empleo de la violencia entre los hombres, cuyo objetivo es el de dominar, eliminar u obtener más poder.

Violencia proviene del latín *vis*, cuya acepción es, en principio, fuerza en acción y que en estos términos posee un sentido positivo.

Sin *vis* no hay vida y sin ella caemos en el límite, en el cero absoluto, en la energía cero, tan inconcebible como la nada. A través de violento y violencia *vis* deriva hacia el exceso: el violento es por lo menos impetuoso, mal controlado. Si la violencia está donde se halla la vida, ella es al mismo tiempo indisociable de esta y de la amenaza.

Para el orden social, la violencia representa la amenaza, el peligro constante, presente pero también necesario. Es difícil que reine el orden legal en la ciudad, entendida ésta en sentido genérico, sin una fuerza capaz y decidida a contenerla.

El investigador francés Pierre Chaunu señala al respecto:

Darwin y sus seguidores atribuyeron a las luchas interespecíficas, a la violencia, el poder de realizar milagros sin una orientación predeterminada. Violencia interespecífica, no intraespecífica, el instinto protegiendo a la especie contra sí misma y la violencia que nos resulta paradójicamente natural. La paz entre los seres humanos es cultural, por lo tanto, frágil. (1992: 237)

El determinismo social, entendido éste como la mediación de los hombres por las cosas y de las cosas por los hombres, pasa a través de las acciones de grupos humanos, acciones que provienen del método regresivo-progresivo; los humanos reaccionan ante un hecho perturbador en función de la herencia de hábitos o de creencias que llevan en ellos mismos y hacen que estos sean como son. El mundo humano aparece así construido por actos humanos y por cosas, unas naturales, otras humanizadas por acciones anteriores. La acción de los hombres está mediada por cosas y las cosas determinan el devenir a través de la mediación de los hombres por la materia y de la materia por los hombres.

El instinto de agresión, entonces, que podría ser asimilado a un exutorio del instinto de muerte bien estudiado por Freud y demostrado por Chaunu, resulta un elemento constitutivo de la condición humana.

Nuevamente corresponde la referencia a Hanna Arendt:

Es más, la destrucción del mundo y la aniquilación de la vida humana mediante los instrumentos de violencia no son ni nuevos ni espantosos y aquéllos que desde siempre han pensado que una condena incondicional de la violencia conduce a una

condena de lo político en general han dejado sólo desde hace pocos años, más exactamente desde la invención de la bomba de hidrógeno, de tener razón. Al destruir el mundo no se destruye más que una creación humana y la violencia necesaria para ello se relaciona exactamente con la inevitable violencia inherente a todos los procesos humanos de producción. Los instrumentos de violencia requeridos para la destrucción se crean a imagen de las herramientas de producción y el instrumental técnico siempre los abarca igualmente a ambos. Lo que los hombres producen pueden destruirlo otra vez, lo que destruyen pueden construirlo de nuevo. El poder destruir y el poder producir equilibran la balanza. La fuerza que destruye al mundo y ejerce violencia sobre él es todavía la misma fuerza de nuestras manos, que violentan la naturaleza y destruyen algo natural –acaso un árbol para obtener madera y producir alguna cosa con ella- para formar mundo. (1997: 101)

Otra vez Chaunu:

La guerra, en verdad, constituye tan sólo un aspecto de una realidad más vasta: la violencia. La guerra, en la era moderna es una pieza fundamental en lo interno del proceso histórico de reducción y control de la violencia. Algo es cierto, la guerra mata menos que la violencia ciega dejada a su suerte porque su objetivo no es matar sino vencer. El progreso de los armamentos acompaña el progreso de las sociedades y el de los medios económicos disponibles. La guerra codificada –o regulada- economiza vidas, pero el factor masivo de reducción de las pérdidas humanas va de la mano de los progresos que ejerce el control del Estado, el control cívico sobre los territorios alejados del centro de decisión. (1992)

Pierre Chaunu publicó en 1994 un trabajo en el que analiza a un conjunto de sociedades sin Estado tomando como referencia el año 1774: Sicilia, Córcega, Cerdeña y los Apeninos. Según este investigador, en estas comunidades el porcentaje de muertes debido a lo que él denomina *violencia anómica interespecífica*, en relación al total de decesos, llegaba en ese tiempo al 10 por ciento. Comparado este por-

centaje con las muertes generadas por las guerras, en relación a las muertes totales, en un período de doscientos años (1774-1974): 0,8 por ciento; permite a Chaunu concluir: siendo la guerra una actividad trágica y deplorable, opera asimismo como un extraordinario reductor y canalizador de la violencia e instintos agresivos de los humanos.

El debilitamiento y fragmentación de los Estados en el mundo globalizado condiciona la codificación, o regulación, propuestas por Chaunu. Este tema será abordado más adelante pues constituye uno de los puntos centrales de esta obra.

Dentro de los contemporáneos, interesa aquí hacer una mención a las ideas de Leo Strauss, filósofo alemán exiliado del nazismo en 1938, profesor de la Universidad de Chicago y que contribuyó sensiblemente a moldear el pensamiento de los autodenominados *neoconservadores* en los Estados Unidos a partir de la influencia adquirida por éstos en el Partido Republicano.

En el inicio de la *Ciudad y el hombre*, plantea la necesidad de volver hacia el pensamiento político de la antigüedad clásica ante lo que él denomina la crisis de Occidente.

Refiriéndose a los escritos de Spengler en los cuales se anuncia la decadencia de Occidente, Strauss dice: «Pero para él Occidente era más que una gran cultura entre otras. Era la cultura integral. Se trata de la única cultura que conquistó la tierra» (2005: 10).

En una exposición no exenta de cierto aire de superioridad, el autor citado sostiene:

Pero precisamente por el hecho de que Occidente es la cultura en la que la cultura alcanza una autoconciencia plena, es la última cultura: el búho de Minerva comienza su vuelo al anochecer; la decadencia de Occidente coincide con el agotamiento de la posibilidad misma de la cultura superior. Las máximas posibilidades del hombre se agotaron. (2005: 11)

Otra vez aparece en este tipo de estudios una visión dogmática y cerrada de la realidad. Occidente no puede ser la última verdad, en todo caso es una verdad entre otras, muy buena para algunos probablemente, pero una más entre otras, de las tantas presentes en este sistema mundo.

La crisis de Occidente entonces, según Strauss, consiste en que su objetivo se volvió incierto. Occidente, de acuerdo a esta idea, tuvo alguna vez un objetivo claro, un objetivo en el cual todos los hombres estaban unidos, y por ende tenía una visión clara de su futuro en tanto futuro de la humanidad. Apuntando más adelante: «Algunos incluso perdieron la esperanza en el futuro y esta falta de esperanza explica muchas formas de la degradación contemporánea de Occidente» (2005: 12).

Strauss, que en sus libros y clases acude con frecuencia a los pensadores de la antigüedad griega, planteó que la cuestión fundamental tiene que ver con el régimen político que modela el carácter de los hombres. ¿Por qué el siglo XX engendró dos regímenes totalitarios que, retomando los términos de Aristóteles, Strauss denomina «tiranías»? A esta pregunta que ha desvelado a muchos intelectuales, Strauss responde: porque la modernidad ha provocado un rechazo de los valores morales, de la virtud que debe constituir el cimiento de las democracias, y un rechazo de los valores europeos que son la «razón» y la «civilización».

Este rechazo encuentra, según él, su fuente en las ideas de la Ilustración, que engendraron el historicismo y el relativismo, dicho de otra manera, el rechazo a admitir la existencia de un Bien superior, reflejándose en bienes concretos, inmediatos, contingentes, pero que no se limita a ellos, un Bien inalcanzable que debe ser el patrón de medida de los bienes reales. Traducido en términos de filosofía política, el relativismo tuvo como consecuencia extrema la teoría de la convergencia entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, muy en boga en los años 1960-1970. Esta llegaba al límite del reconocimiento de una equivalencia moral entre la democracia norteamericana y el comunismo soviético. Para Leo Strauss entonces, existen buenos y malos regímenes; la reflexión política no puede privarse de efectuar juicios de valor y los buenos regímenes tienen el derecho –y aún el deber– de defenderse contra los malos.

Estas ideas tuvieron una importante influencia en el pensamiento neoconservador norteamericano al solaparse con la muy antigua cultura política y estratégica de los grupos dirigentes de los EE. UU. de concebir el mundo en términos de buenos y malos, blanco y negro. Por ello no extraña que las mismas se retroalimenten con puntos de vista similares, y contradictorios en algunos casos, sostenidos por sectores que han hecho del fundamentalismo religioso una bandera de acción política.

En lo que a la condición humana –en este caso denominada naturaleza humana– se refiere, lo que conforma el tema central de este capítulo, el pensamiento de Strauss no está exento de contradicciones. Por un lado señala: «Después de un tiempo resultó que la conquista de la naturaleza exigía la conquista de la naturaleza humana y, por lo tanto, en primer lugar, el cuestionamiento de la inmutabilidad de la naturaleza humana: una naturaleza humana inmutable establecería límites absolutos al progreso» (2005: 18).

Acoplándose este punto de vista a una determinada cultura estratégica norteamericana, signada por la creencia en la misión redentora de los Estados Unidos ante los males que aquejan al mundo, y disponiendo para tal fin de una imponente maquinaria militar. Por otro lado, Strauss reconoce en cierta medida la inmutabilidad denostada cuando escribe:

En otras palabras, quedó más claro de lo que lo había estado por un tiempo que no existía cambio de sociedad sangriento o no sangriento que pudiera erradicar el mal del hombre: mientras hubiera hombres, habría maldad, envidia y odio, y por lo tanto no podría existir una sociedad que no tuviera que emplear limitaciones coercitivas. (2005: 15)

Debe aclararse aquí que las ideas elaboradas por Strauss tuvieron como marco socio-político al conflicto Este-Oeste y la lucha mundial contra el comunismo. Otro contemporáneo ya citado, George Kennan, considerado como uno de los pensadores del realismo, cree que la naturaleza humana es «irracional, egoísta, obstinada y tiende a la violencia» (Dougherty y Pfaltzgraff, 1993: 113).

De esta forma queda parcialmente demostrado que en la secuencia dialéctica-oposición-movimiento-conflicto, la violencia, elemento constitutivo de la condición humana, ocupa un lugar permanente y central, aunque no determinante. Lawrence Rosen dice: «La historia existe desde el momento en el que el para sí en el mundo de la pluralidad y de la materialidad constituye una posibilidad perpetua de negación, de ruptura, de creación» (Rosen, 1971: 283).

De manera reiterada se observó que los estudios de las relaciones internacionales toman como actor central a los Estados, si bien autores modernos incluyen cada vez más el factor humano en sus considerandos.

Las reflexiones esbozadas desde la Antigüedad acerca de las relaciones internacionales se separan luego en tres grandes líneas del pensamiento que en la actualidad se han transformado en tres interpretaciones, tres paradigmas fundamentales entre los cuales la síntesis no está exenta de dificultades. Tomados como referencia, Clausewitz, Vitoria y Marx expresan estos tres paradigmas contradictorios: la sociedad internacional como relación entre Estados soberanos e independientes a través del interés nacional, el poder, la guerra o el equilibrio; la sociedad internacional como comunidad universal, reunión de los hombres, ensamblaje de las relaciones individuales y transnacionales; la sociedad internacional como sistema de dominación de los poderosos sobre los débiles, de los que poseen sobre los que no poseen, de los explotadores sobre los explotados.

Entre todos aquellos que, de una manera u otra, expresan el primer paradigma (Tucídides, Maquiavelo, Hobbes, Hume, Rousseau, Spinoza, etcétera) Clausewitz es quien, desde el punto de vista del autor de esta obra, más se ha destacado en señalar las razones profundas del conflicto y la guerra, constituyéndose de esta manera en una figura importante de la escuela clásica. Este primer paradigma es el de la coexistencia de los Estados, quienes celosos de su soberanía, de sus ejércitos y de su diplomacia, actúan entre ellos a partir de sus intereses practicando el «egoísmo inteligente», según lo observa Jacques Huntzinger. En esta perspectiva, el estudio de las relaciones internacionales privilegiará los factores del poder, las relaciones diplomáticas y estratégicas, los conflictos internacionales y las constelaciones diplomáticas. Al respecto debe señalarse que Clausewitz —que con su teoría de la guerra realizó un aporte significativo a la relación entre ésta y la política— introdujo en su análisis como un elemento central los «valores morales», tanto a nivel de las grandes decisiones que en un momento determinado deben adoptar los conductores, como a nivel de la actuación de los soldados en el campo de batalla; en lo que bien podría ser considerado como un estudio de la importancia del comportamiento humano en situaciones límites.

Por otro lado los «utopistas», que según Edward Hallet Carr (1956) estaban convencidos entre las dos Guerras Mundiales del siglo XX de que la mejor manera de prevenir futuras guerras era extirpando



para siempre las raíces del mal: poder, egoísmo, interés nacional, diplomacia secreta, etcétera, también, a su manera y quizás no con la profundidad de Clausewitz, introdujeron parcialmente el análisis de la condición humana en sus consideraciones.

Por ello resulta ilustrativa la cita del intelectual norteamericano Lewis Lapham a propósito del tema en cuestión referido a la incidencia de los humanos en la construcción de la historia:

Aunque no se encontrara animado por el amor a la democracia y la república, el emperador romano Augusto entendía la utilidad de los poetas y de la mitología del poder. A fines del siglo I antes de Jesucristo, se empeñó en llevar la civilización a las tierras bárbaras de Germania, por medio de las armas y magníficos acueductos. Deseaba extender su Imperio hacia el norte, hasta el río Elba, y al este hacia el Vístula y el mar Báltico a fin de aniquilar a las hordas teutonas, tanto como Julio César había vencido a los galos al oeste y al sur del Rin, reduciéndolas al estatus de colonias dóciles habituadas a perder todas las batallas. Su proyecto era ambicioso aunque irrealizable. Si las legiones del Emperador hubieran ganado la batalla de la selva Teutoburg en el año 9 antes de JC (los anfiteatros romanos no impresionaban a los bárbaros a los cuales no les faltaban las lanzas ni los himnos guerreros), la historia europea de los últimos dos mil años habría muy probablemente seguido un camino bastante diferente: el Imperio Romano no se habría derrumbado, Jesucristo habría muerto sin dejar descendientes en una cruz anónima, el idioma inglés y el protestantismo no habrían existido, Federico el Grande habría hecho su carrera como enano de un circo, el Kaiser Guillermo habría preferido la filatelia y la entomología al ruido de botas, y Hitler habría sido un pintor de acuarelas tan mediocre como anodino. (Lapham, 2002: 61)

Un aporte interesante que viene a reforzar lo hasta aquí tratado, lo brinda Orlando Figes (Figes, 2002: 111), historiador británico especializado en Rusia, cuando plantea que la idealización rusa de Europa recibió un duro golpe con la Revolución Francesa de 1789. En ese entonces el reino del terror de los jacobinos socavó la creencia rusa de que Europa era una fuerza de progreso e Ilustración: ¡el siglo de las Luces!

«No te reconozco entre la sangre y las llamas», escribió con amargura Karamzin en 1795. El sentía, como muchos otros que compartían aquella visión, que una ola de muerte y destrucción arrasaría Europa, demoliendo *el centro de todas las artes y las ciencias y los preciosos tesoros de la mente humana*. Por todo ello quizás la historia no era un sendero de progreso, sino un ciclo inútil en el que *la verdad y el error, la virtud y el vicio, se repetían constantemente*. ¿Era –dice Fíges– posible que la especie humana hubiera avanzado tanto para luego verse obligada a caer de nuevo en las profundidades de la barbarie, como la piedra de Sísifo?

Concluyendo esta parte he decidido incluir esta verdadera anticipación –un tanto pesimista– del futuro escrita por el gran Leonardo da Vinci en pleno siglo XV, cuando el Renacimiento europeo estaba echando las bases de la revolución tecno-científica. Estas observaciones, formuladas por un clásico y de allí su importancia y vigencia, bien pueden constituirse en una suerte de síntesis de los capítulos dedicados al estudio de la condición humana, como también los referidos al poder, la mundialización y la guerra:

Los metales saldrán de oscuras y lóbregas cavernas y pondrán a la raza humana en un estado de gran ansiedad, peligro y confusión. [...] Conducirán a cometer un sinnúmero de crímenes; aumentarán el número de hombres perversos y les estimularán al asesinato, al robo y a la esclavitud [...] privarán a las ciudades de su feliz estado de libertad, acabarán con la vida de muchos y serán causa de que muchos hombres se torturen con infinidad de fraudes, engaños y traiciones. [...] Con ellos las inmensas selvas serán arrasadas de sus árboles y por su causa perderán la vida infinito número de animales. Se verán sobre la Tierra seres que siempre están luchando unos contra otros con grandes pérdidas y frecuentes muertes en ambos bandos. Su malicia no tendrá límite. [...] Cuando se sientan hartos de alimentos, su acción de gracia consistirá en repartir la muerte, la aflicción, el sufrimiento el terror y el destierro a toda criatura viviente. [...] Nada de lo que existe sobre la Tierra, debajo de ella o en las aguas, quedará sin ser perseguido, molestado o estropeado, y lo que existe en un país será traspasado a otro.



[...] Muchos niños serán maltratados, sin piedad por sus mismas madres, tirados por tierra y después mutilados. [...] Algo maligno y terrorífico se extenderá de tal manera entre los hombres que éstos, en su deseo alocado de huir de ello, se apresurarán a aumentar ilimitados poderes. (Curbet, 2007: 21)

El estudio hasta aquí desarrollado, destinado a indagar los meandros profundos de la condición humana a la luz de los análisis efectuados tanto por pensadores clásicos como contemporáneos, lleva a considerar la hipótesis de que la misma ha permanecido más o menos constante a lo largo del tiempo sin experimentar los cambios que permitan afirmar una verdadera revolución en la conducta de los hombres de manera tal que la misma consagre un estado permanente de paz en el mundo. La violencia y la guerra, desde la óptica adoptada, constituyen el *explanandum*, un sistema, y la condición humana el *explanans* que lo explica, adquiriendo esta última, en consecuencia un estatus cuasi legal a tomar en cuenta en la construcción de una teoría de las relaciones internacionales aplicando a tal fin el método nomológico-deductivo.

Las ideologías, entonces, no han desaparecido como algunos se apresuraron a diagnosticar luego de la caída del Muro de Berlín. La historia demuestra la necesidad de los humanos de encontrar una respuesta que satisfaga la angustia existencial básica entre lo finito e infinito, resolviendo así el enigma de la trascendencia y de la vida misma. Si bien puede afirmarse que las creencias religiosas ofrecen una respuesta satisfactoria a la demanda planteada, también debe señalarse que las ideologías seculares han resuelto parcialmente, y en períodos históricos determinados, esta angustia existencial: la defensa de la República, el rey, la Nación, el sistema político, la independencia nacional, la revolución, etc. han ofrecido un alivio a muchos individuos que trascendieron a su época a través de acciones reconocidas por su comunidad. Las ideologías, por otro lado, han actuado poderosamente como factor de cohesión de las sociedades sobre las que ejercieron su influencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* (pp. 38, 101). Barcelona: Paidós.
- Bouthoul, G. (1997). *Tratado de Polemología* (p. 125). Madrid: Ediciones Ejército.
- Cayo Salustio Crispo (1988). *La conjuración de Catalina* (p. 122). Madrid: Biblioteca temática.
- Carr, E. H. (1956). *The Twenty Years of Crisis*. Londres: Macmillan.
- Chaunu, P. (1992). «Guerre et psychologie sociale» (pp. 237, 239). En *Stratégique*, 56. Armand Colin. París.
- Cosner, J. (1999). *Psychologie des émotions et des sentiments* (p. 72, 73). París: Retz.
- Dougherty, J. E y Pfaltzgraff, R. L. (1993). *Teorías en pugna en las Relaciones Internacionales* (pp. 22, 113). Buenos Aires: GEL.
- Dollard, J. y otros (1930). *Frustration and Aggression* (p. 1). Yale University Press. New Haven.
- Freud, S. (1958). *Beyond the Pleasure Principle* (p. 198). Nueva York: Bantham.
- Fromm, E. (1972). «The Erich Fromm Theory of Aggression» (pp. 55, 74). En Magazine Section. *The New York Times*, 27 de febrero.
- Figes, O. (2002). *El baile de Natacha* (p. 111). Barcelona: EDHASA.
- Gadamer, Hans G. (1994). *La dialéctica de Hegel* (pp. 25, 28, 31). Madrid: Ediciones Cátedra.
- Goldwin, R. (1950). *Readings in World Politics*. Nueva York: Oxford University Press.
- Hegel, G. W. F. (1994). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (pp. 16, 41). Barcelona: Editorial Altaya.
- (1985). *Fenomenología del espíritu* (pp. 39, 82). México: FCE.
- Heráclito (1985). *La sabiduría presocrática* (p. 61). Madrid: Sarpe.
- Jaume de, C. (2007). *Conflictos globales. Violencias locales* (p. 21). Quito: FLACSO.
- Kant, I. (1982). *Filosofía de la Historia* (pp. 39, 40, 52, 86). Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Lapham, L. (2002). *Le djihad américain* (p. 61). París: Saint-Simon.



- Lorenz, K. (1967). *On Aggression* (pp. 101, 261). Nueva York: Bantam.
- Marramao, G. (2006). *Pasaje a occidente* (p. 42). Buenos Aires: Katz.
- Martínez Ortiz, M. (2007). *Donde nace la violencia* (p. 36). En *El País*. Madrid, 20 de septiembre.
- Maquiavelo, N. (1996). *Discours sur la première décade de Tite-Live* (pp. 389, 512). París: Bibliotheque de La Pléiade.
- Mc Dougall, W. (1926). *An Introduction to Social Psychology* (pp. 30-45). Boston: Luce.
- Morin, E. (1981). *Entrevistas con Le Monde*. En *Le Monde*. París.
- Pandolfi, A. (2007). *Naturaleza humana* (pp. 18, 87, 93, 107, 123, 124, 132, 143, 145, 154, 185, 186). Buenos Aires: Nueva visión.
- Platón (2008). *Fedro* (p. 51). Barcelona: Del Nuevo Extremo.
- Prigogine, I. (1997). *Las leyes del caos* (p. 14). Barcelona: Drakontos.
- (1996). *El fin de las certidumbres* (pp. 9, 14, 210). Barcelona: Editorial Andrés Bello.
- Popper, K. (1984). *L'univers irrésolu. Plaidoyer pour l'indeterminisme* (p. 79). París: Hermann.
- (1982). *Quantum Theory and the Schism in Physics*. Nueva Jersey: Rowman and Littlefields.
- (2006). *El nacimiento del tiempo* (p. 24). Buenos Aires: Tusquets. Buenos Aires.
- Reeves, H. y Trinh Xuan Thuan (1998). *La melodie de l'espace*. En *L'Express*, 2431. París, 5 de febrero.
- Rostovsteff, M. (1984). *Roma, desde los orígenes hasta la última crisis* (p. 162). Buenos Aires: EUDEBA.
- Rosen, L. (1971). *History and theory* (p. 283), 10, 3. Londres: Mc Graw Hill.
- San Agustín, (1893). *La Ciudad de Dios* (p. 300, 303). Madrid: Biblioteca clásica.
- Strauss, L. (2005). *La ciudad y el hombre* (pp. 10, 11, 12, 15, 18). Buenos Aires: Katz.
- Schuster, F. (2005). *Explicación y predicción* (pp. 13, 37). Buenos Aires: CLACSO.
- Toulmin, S. (1990). *Cosmopolis* (p. 85). Chicago: Chicago University Press.
- Yakovlev, A. (1993). *Le vertige des illusions* (pp. 23, 32). Oaris: J. C. Lattés.

- Vincent, J.-D. (1996). *El cerebro es la capital del Diablo*. En *L'Express*. Paris, 4 de enero de 1996.
- Tocqueville, A. (1998). *La democracia en América* (p. 239 y ss.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Waltz, K. (1959). *Man, the State and War* (cap. 2 y 4). A Theoretical Analysis. N.Y.: Columbia University Press.
- Rosen, L. (1971). *History and theory* (p. 283), 10, 3. Londres: Mc Graw Hill.

Una reflexión sobre el poder

*La fortaleza de la Ciudad no está en sus naves
ni en sus murallas, sino en el espíritu de sus ciudadanos*

TUCÍDIDES

*El poder en la política internacional es como el tiempo.
Todos hablan de él pero pocos lo entienden. Al igual que
los granjeros y los meteorólogos intentan prever tormen-
tas, los estadistas y los analistas intentan entender la
dinámica de los grandes cambios en la distribución de
poder entre las naciones.*

JOSEPH S. NYE. *La naturaleza cambiante del poder norteamericano.*

Considerando lo expuesto, referido a la condición humana, resulta necesario realizar algunas observaciones acerca del poder, teniendo presente que su búsqueda aparece como uno de los componentes esenciales del comportamiento de los hombres a lo largo de la historia. También en este capítulo serán efectuadas algunas consideraciones relativas a la teoría de las relaciones internacionales reservando para la parte final de este trabajo, en las conclusiones, la actualización de la misma en los escenarios contemporáneos.

El filósofo francés André Glucksmann, luego de una visita efectuada a Argelia durante los años noventa, relataba con crudeza los problemas por los que atravesaba en aquellos años este país de África del norte. Decía este filósofo, adscrito a la *nouvelle droite*, que hay algo de inédito en los crímenes teológico-políticos cuando los mismos despliegan su soberbia ante los ojos del mundo, señalando que estos atentados contra la humanidad golpean por su calidad: la intensidad impacta más que la cantidad.



El terrorismo argelino exhibe su abominación, masacra a la luz del día, muestra la ignominia. Este exhibicionismo se pretende simbólico. Sus crímenes hablan a los pueblos del Libro. El puñal que descuartiza a una criatura ubica en el escenario el sacrificio de Abraham invertido. El Dios de la tradición sustituye, misericordioso, al hijo por un cordero. El terrorista islámico reemplaza ostensiblemente al cordero por un niño.

No existen más prohibiciones, ni las del sexo, cuando el hombre entrega su hermana al Emir, luego a la tropa; ni la de la sangre, cuando el mismo asesino retorna a su pueblo para matar a sus semejantes y así purificarlo. Prohibición del incesto y prohibición de la violencia ilimitada son dos prohibiciones que valen universalmente y estructuran cada comunidad humana. A mitad del camino entre el inicio y el fin del mundo, Argelia enfrenta, muy probablemente, una nueva peste anunciada en el ámbito de todo el planeta. El fanatismo teológico-político es contagioso. Los asesinos de Sadat y Rabin transfieren su semilla, el crimen de Baruch Goldstein vaciando su cargador sobre las espaldas de musulmanes que oraban en Israel prueba cómo la infección trasciende las fronteras religiosas y nacionales. Ante una crueldad que se anunciaba apocalíptica, la Alemania de los treinta cedió. Argelia por su parte sumergida en un dolor extremo, resiste. Que el lector me perdone. No visité Argel, sus bahías y sus palmares. Lloré en las puertas del siglo XXI. (1998)

Con un estilo impactante y agudo, desde su particular enfoque ideológico de los acontecimientos, Glucksmann contaba una realidad que conmovía hace más de una década a un país de este mundo globalizado, tecnificado e inquieto por la libertad y la vigencia de los derechos humanos, al menos en una parte del mismo. Lo que vendría más tarde sería mucho más grave, particularmente a partir de los sucesos del 11 de septiembre de 2001 en Washington y Nueva York. Por ello, más allá de la visión ideológica que este filósofo le imprimiera a su pronóstico, efectivamente, estos acontecimientos anunciaban en ciertos aspectos el inicio del siglo XXI, signado en gran medida por fuertes disputas por el poder a escala global; por la reponteciación o la emergencia de nuevos actores en un sistema mundo conformado por seres que presentan creencias y valores distintos, antagónicos en

muchas ocasiones; por una condición humana que mostraba su peor rostro pero que no llama la atención si se la inscribe en el balance contrastado de la historia; en resumen, por una dramática incertidumbre acerca del futuro.

El conflicto es una manifestación del choque de opuestos que no solamente están en la base misma del desarrollo del universo, sino que también se encuentran en el sustrato de las relaciones humanas y de la sociedad.

Pensar un mundo sin conflictos equivale a considerarlo esclerosado, sin movimiento. El conflicto es parte del progreso y constituye la piedra fundamental de la existencia del mismo. La moderna teoría del caos, ordenando y desordenando, se expresa por medio del conflicto y la incertidumbre en el campo de los estudios sociales y, particularmente, internacionales.

La idea de conflicto está vinculada, dentro del método dialéctico adoptado, a las alteraciones y rupturas que pueden provocar el o los cambios que se producen. Está pues, ligada al desarrollo mismo de la vida, tanto en sus aspectos biológicos cuanto en sus aspectos psicológicos y sociológicos, en la medida en que su conservación depende de una creación perpetua, cuyos efectos pueden ser continuos o discontinuos. Una sociedad es una realidad heterogénea y también dinámica. Si esta se expresara en términos de un único agregado estadístico, tal como lo consideran los analistas dispuestos a matematizar todo, no existiría el conflicto desde el preciso instante en que el progreso sería lineal y totalmente previsible, tal como Auguste Comte y los positivistas lo pensaban en los inicios del siglo XIX.

De esta manera el conflicto está también ligado al dinamismo de la sociedad. El equilibrio que constituye a una sociedad es siempre precario y depende en gran medida de las percepciones de cada individuo, según exista un consenso más o menos amplio acerca del tipo de organización que le sirve de fundamento.

En este punto resulta apropiado citar un trabajo de Julien Freund publicado en 1990 por la Universidad de Estrasburgo y ante el cual corresponde una aclaración: Freund denomina conflicto a la crisis, y crisis al conflicto. En esta presentación se suscribe la definición weberiana de conflicto; definiendo a la crisis como una situación a la

que ha llegado el desarrollo de un conflicto a partir de la cual las partes involucradas deberán decidir acerca del recurso, o no, a la violencia para la resolución del mismo. Desde esta mirada, la crisis se encuentra a mitad de camino entre el conflicto y la guerra.

Veamos entonces al autor recientemente citado:

Nuestra ilusión proviene de que, a pesar de todo, seguimos concibiendo inconcientemente el progreso de una manera lineal, de suerte que las crisis (los conflictos), son rupturas periódicas de este camino. Ahora bien, así como se puede cuestionar que el crecimiento sea sinónimo de progreso, es posible preguntarse si la crisis (el conflicto) no es inherente a todo desarrollo social, sea cual fuere. Desde este punto de vista, me parece pertinente calificar de crisis (conflicto) el estado de incertidumbre que puede resultar tanto de una fase de expansión como de una fase de recesión, ya que tanto una como la otra pueden poner en cuestión ciertos valores no negociables. Estos son tan indispensables para la vida en común de una sociedad como los valores materiales intercambiables.

El choque de contrarios, manifestación de la oposición, debe remitirse en última instancia a una confrontación de fuerzas de signo opuesto resolviéndose la misma –la confrontación– en una síntesis superior, presentando esta muchos caracteres tanto de la tesis como de la antítesis. Esto asume características de evidencia en la evolución de la naturaleza y de la sociedad. Las relaciones de fuerzas, entonces, constituyen el sustrato que vincula a las sociedades humanas entre sí y al interior de estas, aunque, vale la aclaración, no siempre estén marcadas por el empleo de la violencia. *La sangre se secó en la letra de los códigos*, sostenía Michel Foucault desde un enfoque particular.

En este contexto emerge, en toda su magnitud, la cuestión del poder. La búsqueda del poder entraña conflictos y expresa relaciones de fuerzas. Según Max Weber: «Poder significa la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad» (1977). En esta definición merece destacarse la significación probabilística que otorga Weber al poder, esa invocación asociada a

la presencia del azar, constituye en muchos aspectos un elemento valioso para comprender la Historia –movimiento de la humanidad– y en particular los acontecimientos políticos y militares. La definición de Weber parte de una base dialéctica, pudiendo asimilarse a conceptos modernos como la irreversibilidad de la flecha del tiempo o la teoría del caos, aplicados al estudio de las ciencias sociales y las relaciones internacionales.

Permanece constante la lucha por el poder, como un *explanans*, entendiéndolo a la misma como parte del movimiento general, pudiendo asumir o no características violentas, pero que condiciona todos los aspectos de la vida de las sociedades y constituye uno de los invariantes de la condición humana, como manifestación de la dialéctica de las relaciones de fuerzas. En este contexto la disputa por el poder debe ser aceptada como elemento central que explica la conflictualidad y como razón fundamental de la existencia de la oposición.

El poder es un fenómeno multidimensional, con componentes militares y no militares, habiendo desarrollado la escuela realista en las relaciones internacionales marcos específicos para clasificar lo que se denomina elementos del poder nacional. Por ello resulta difícil encontrar una definición reconocida como objetiva por todos. Esta dificultad se traduce en la ausencia de un marco teórico referencial común, obviamente tomando al poder como objeto de análisis en sus términos más generales y abstractos, sin confundirlo con el poder del Estado.

La otra circunstancia condicionante tiene que ver con el modo peculiar en que se plantea la alternativa clásica entre juicio científico y juicio de valor en el enfoque teórico de este tema. El conflicto que entraña esa alternativa aparece como condensado en la cuestión del poder, al punto que aquí se considera una suerte de piedra de toque frente a la posibilidad de considerar a las relaciones internacionales como disciplina con título científico.

Andrea Messeri sintetiza bien los términos en que se plantea este dilema:

Se trata en realidad del problema muy importante de la relación entre situación e interpretación: un estudio sobre el fenómeno del poder difícilmente pueda evitar ser también una toma

de posición valorativa; en efecto, mientras es posible historiar de manera bastante impersonal las diversas interpretaciones del poder que han tenido lugar en el curso del tiempo, si se intenta *develar* los mecanismos sobre cuya base se ejerce el poder es muy fácil que, implícita o explícitamente, se arribe a una aprobación o a una denuncia. (1973: 2)

Algunos ejemplos que conforman el análisis de los elementos que permitirían definir el poder nacional: según Nicholas Spykman es imprescindible considerar diez factores: 1) la superficie del territorio, 2) la naturaleza de las fronteras, 3) el volumen de la población, 4) la ausencia o presencia de materias primas, 5) el desarrollo económico y tecnológico, 6) la fuerza financiera, 7) la homogeneidad étnica, 8) el grado de integración social, 9) la estabilidad política, 10) el espíritu nacional. Por su lado, Hans Morgenthau describe ocho factores: 1) la geografía, 2) los recursos naturales, 3) la capacidad industrial, 4) la preparación militar, 5) la población, 6) el carácter nacional, 7) la moral nacional y 8) la calidad de la diplomacia. Este último autor explicaba el comportamiento del Estado-nación a partir del interés nacional, definido a su vez en términos de poder, como al objetivo ordinario perseguido por los gobiernos cuando fuera posible.

Todos estos elementos, a los que podrían agregarse los considerados por otros autores que no viene al caso citar aquí, ejercen según estos teóricos, una marcada influencia sobre la fuerza de una unidad política. Resulta pertinente recordar aquí el punto de vista de Aron que vincula a la fuerza con los medios disponibles por una unidad política; y a la potencia, en este caso el poder, con la capacidad de utilizar estos medios en una situación determinada; de esta manera el poder vendría a ser la suma de los medios más la voluntad, tratándose en todos los casos de una categoría esencialmente política. Por ejemplo, la ex Unión Soviética disponía en los años ochenta del siglo XX de una considerable cantidad de medios militares capaces de destruir a sus adversarios y al planeta mismo; sin embargo, carecía de la voluntad política necesaria para llevar a cabo su empleo en un contexto, tanto interno como externo, particularmente desfavorable a sus intereses.

Por estas razones no se puede menos que coincidir con Aron cuando señala que los elementos retenidos deben ser «homogéneos», di-

cho de otra manera, situarse en un mismo grado de generalidad en relación a la historia, lo que no es el caso de los factores enumerados tanto por Spykman como por Morgenthau.

Por su lado, muchos teóricos norteamericanos muestran una tendencia a *matematizar* el comportamiento humano, tal como fue señalado en la referencia a la escuela del pensamiento estratégico emergente en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial del siglo XX. *Matematización* que carece de rigor científico cuando importantes dosis de subjetividad aparecen en las valoraciones del poder al tratarse de un asunto eminentemente político. Con razón observa Joseph S. Nye: «El poder, al igual que el amor, es más fácil de experimentar que de definir o medir. El poder es la capacidad de lograr los propios propósitos o metas. El diccionario nos dice que es la capacidad de hacer cosas y controlar a los demás» (1992: 35).

Dougherty y Pfaltzgraff dicen al respecto:

Los teóricos realistas suponen que ciertos factores en gran medida inmutables, tales como la geografía y la naturaleza del comportamiento humano configuran la conducta internacional. En contraste con el utopismo, el realismo sostiene que la naturaleza humana es esencialmente constante o al menos no fácilmente alterable. En el marco utópico, se dice que el comportamiento humano es mejorable y quizás inclusive perfectible. Los utopistas se basan en la idea que se puede lograr que la política se adecue a un patrón ético. Las normas de comportamiento, tales como aquellas especificadas en el derecho y la organización internacional; pueden establecerse y, más tarde o más temprano, pueden convertirse en la base del comportamiento internacional. En contraste, los realistas plantean que hay graves limitaciones en la medida en la cual la reforma política o la educación pueden alterar la naturaleza humana: la humanidad es mala, pecadora y busca el poder. Según la teoría realista, la naturaleza humana no es innatamente buena o perfectible. La tarea del estadista consiste en diseñar el marco político dentro del cual puede minimizarse la propensión humana a comprometerse en conflictos. De allí que los autores realistas subrayen los mecanismos reguladores tales como el equilibrio de poder. Debido a la dificultad de lograr la paz a través del derecho y la organización

internacionales, o aún por medio de un gobierno mundial, es necesario diseñar otros planes para el manejo del poder. El equilibrio de poder se dice que suministra un recurso regulatorio importante para impedir que cualquier nación u otro grupo político logre la hegemonía. (1993: 92)

Desde mi punto de vista y teniendo en cuenta que siempre aparecen ciertas dosis de dogmatismo, la escuela realista es la que más se acerca a una interpretación de los meandros profundos de la condición humana otorgándole al hombre, y a lo imprevisible de su comportamiento, una participación destacada en la construcción de la sociedad mundial. De allí que, en consonancia plena con lo desarrollado en este apartado, adopto el punto de vista realista en la confección de este trabajo tal como fue expuesto en la *Introducción*.

Debe señalarse también que los teóricos idealistas son herederos de las ideas de la Ilustración, en particular de algunos de los postulados enunciados por Immanuel Kant, al concebir a los humanos modificables y previsibles a través de la educación –tal como lo creía Platón– y al mundo sujeto a leyes que se sitúan por encima de la acción de los hombres. Leyes que, en tanto que tales, deben imponerse ineluctablemente. Esta corriente del pensamiento de las relaciones internacionales, por sus características, arrastra consigo una fuerte tendencia hacia el dogmatismo al considerar al mundo como algo terminado y totalmente predecible, aunque deba reconocerse que sus ideas están fuertemente imbuidas por la búsqueda de la paz y concordia humana.

Sin embargo, también el pensamiento realista en las relaciones internacionales presenta algunos componentes dogmáticos al sostener que la condición humana es inmodificable –aun tomando en cuenta la importancia de la misma en la construcción teórica– lo que dificulta considerar la antítesis de una posible modificación. Los realistas, por su parte, aunque pongan acertadamente el acento en una condición humana que ha experimentado pocos cambios a lo largo del tiempo, toman como sujeto central de su análisis al Estado-nación y a un comportamiento tentativamente cuantificable del mismo, lo que, de alguna manera, determinaría como una ley de la naturaleza, matematizable, el comportamiento de los hombres y de sus organizaciones.

Como bien lo plantean Dougherty y Pfaltzgraff:

El realismo es básicamente conservador; empírico, prudente, sospechoso ante los principios idealistas y respetuoso de las lecciones de la historia. Es más probable que produzca un enfoque pesimista que uno optimista de la política internacional. Los realistas consideran el poder como el concepto fundamental de las ciencias sociales, si bien admiten que las relaciones de poder a menudo están encubiertas en términos morales y legales. (1993: 17)

Señalando a partir de un ejemplo tomado por E. H. Carr acerca de la famosa y nunca hallada *piedra filosofal* de los alquimistas de la Edad Media, que las teorías políticas sólidas contienen elementos de utopismo y realismo, de poder tanto como de valores morales y que no existe una teoría única que explique todos los fenómenos.

Propongo en consecuencia un abordaje teórico que enfatice la noción de equilibrio de poder, abarcadora de todos los aspectos que conforman el mismo. Una síntesis más alta entre una condición humana, con las características más arriba estudiadas, y la antítesis expresada en una necesaria modificación en el tiempo del comportamiento de los hombres a través de la educación, el diálogo entre culturas diversas y una mirada más tolerante hacia uno mismo y los demás. De esta manera se recupera al hombre como actor central de la construcción del mundo, en la esperanza que de los cambios de actitudes tanto individuales como colectivas podrá emerger un mundo más justo y pacífico basado en un conjunto de normas jurídicas por todos igualmente respetadas.

Pero adentrémonos, a modo de ilustración, en un breve y necesario *racconto* histórico. Durante los siglos XVI y XVII, los grandes temas de la reflexión política estuvieron relacionados con la soberanía y legitimidad del ejercicio del poder. Hobbes en su *Leviatán*, después de describir los elementos esenciales que conforman la condición humana, sostiene que el poder, que debe ser absoluto y contar con un solo titular para ser eficaz, ya no tiene ningún fundamento religioso ni moral y únicamente se legitima por su utilidad.

Una visión diferente del *estado de naturaleza* de Hobbes fue la de John Locke. Locke también proponía un pacto que funda, como en

Hobbes, la organización social y el estado político. El poder y las leyes positivas que emanan de él solo están para consagrar los derechos y las libertades *naturales* del individuo. Tales derechos y libertades originarios no pueden ser violados por las leyes positivas: cuando el Estado invade la esfera de los derechos individuales, privados, el poder se torna ilegítimo y el contrato se rompe. Locke, entonces, es el primer teórico del constitucionalismo y de la democracia liberal.

En lo que al tema del poder específicamente se refiere, un gran acontecimiento que marcó una ruptura fue la Revolución Francesa de 1789 con la transferencia de soberanía del monarca al pueblo. El eco más lejano y mediato de este trascendental episodio se halla en Max Weber, cuyos *tipos* de autoridad se deben mucho a la Revolución y a sus consecuencias sobre el Antiguo Régimen. Debe decirse aquí que, si bien la Revolución Francesa significó una fuerte ruptura con el orden existente, sobre todo durante el período 1793-1794 con el Comité de Salvación Pública, Robespierre y el Terror, el proceso que tendría lugar ulteriormente llevó en su seno muchos aspectos políticos del régimen precedente. Por ejemplo, la relevancia de una autoridad central en el ejercicio del poder que se manifestaría más tarde con la restauración napoleónica, reiterándose la necesidad de esta autoridad en buena parte del siglo XIX. Quedando demostrada así la proposición de Hegel en su secuencia dialéctica, cuando sostiene que la síntesis arrastra en su desarrollo componentes de la tesis y de la antítesis.

Es así como, al cabo de sucesivos fracasos signados por la inestabilidad política de la IV República francesa con su régimen parlamentario, es el General Charles De Gaulle quien tiene una apreciación adecuada del problema y promueve una reforma constitucional en 1958 que dio nacimiento a la denominada *Quinta República*. A partir de este Instrumento el Presidente asume funciones casi monárquicas, dando lugar al comentario de un periodista francés de que «los franceses eligen un rey cada siete años». Debiéndose aclarar que el período presidencial ha sido acortado en la actualidad de siete a cinco años, pero sin alterar sus funciones centrales como, por ejemplo, la reelección indefinida y las atribuciones casi *regalianas* que posee el jefe del Estado.

Max Weber, como lo sostienen muchos estudiosos, es el fundador de la teoría del derecho; desde este punto de vista, se afirma también que la idea fundamental del derecho es la de «legitimidad». En torno a este concepto es posible pensar la cuestión del poder político, los modos de su realización histórica, sus categorías principales, la cuestión de la especialización jurídico-política de un sector de la sociedad, la dirección política, etcétera.

Weber describe en su obra los diversos sistemas y las diferentes representaciones del orden legítimo que son condición de estabilidad de los regímenes políticos, abordándolas desde sus dos aspectos fundamentales: por un lado, la existencia de un derecho racional vinculado con la noción típica de razón formal; por el otro, el ejercicio legítimo de la coerción y de la violencia por parte del Estado. Ambos aspectos están estrechamente relacionados, siendo el segundo una condición de posibilidad del primero, en el sentido en que el derecho depende del Estado del cual recibe su legitimidad. En el *diálogo* de la Academia de Baviera, Habermas, expone con enjundia sus dudas acerca de sobre qué bases se asienta la legitimidad del Estado en este mundo globalizado, considerando que las normas jurídicas *per se* no conforman una apoyatura única y consistente, debiendo completar la misma con otras expresiones: políticas, culturales, étnicas, también religiosas.

La noción de «comunidad política» es la que, *a posteriori*, establecería el nexo entre teoría del derecho, teoría del Estado y poder. A la dirección de esta comunidad le cabe el monopolio en el uso de la fuerza en un territorio dado. En efecto, el empleo de la coerción, las formas y oportunidades en que esta es ejercida por el Estado, la imposición a los gobernados de este monopolio y su régimen, hacen al núcleo central de la teoría del poder. La juridicidad y la legitimidad del poder adoptan formas diversas a lo largo de la historia, particularmente en estos tiempos de mundialización, lo que será desarrollado más adelante.

Decía Maquiavelo:

Dos preocupaciones debe tener un príncipe: el interior de sus Estados y la conducción de sus sujetos son el objeto de una; el exterior y las aspiraciones de las potencias circundantes son el

objeto de la otra. Para esta última, el medio para precaverse es tener hombres armados y buenos amigos, y siempre se contará con buenos amigos cuando se tengan buenos ejércitos. (1996)

El poder aparece, entonces, como uno de los elementos más importante en el accionar de una comunidad. Observando Max Weber al respecto:

Si bien no todo accionar de una comunidad muestra una estructura de poder, sin embargo el poder ocupa un puesto relevante en la mayor parte de sus especies, aun en aquéllas en las que es menos evidente [...] Todos los campos del accionar de la comunidad, sin excepción alguna, demuestran estar influidos de manera muy profunda por formaciones de poder. (1991: 38)

Siguiendo a Weber podemos señalar que por «poder» debe entenderse el fenómeno por el cual una voluntad, manifestando *mando* del detentor o de los detentadores del poder, intenta influir sobre otras personas, del *dominado*, e influye efectivamente de tal modo que el accionar de éstos se desenvuelve, en un grado socialmente relevante, como si los dominados, por su propio deseo, hubiesen asumido el contenido del mando como máxima de su accionar («obediencia»).

Hobbes en su *Leviatán* expuso la necesidad de orden y protección, lo que influye de manera duradera en la aceptación del poder ejercido por la autoridad. La subsistencia de todo poder en el sentido técnico de la palabra –según Weber– se apoya sobre todo en la autojustificación mediante la apelación a los principios de su legitimación. Estos principios, últimos, son de tres clases: reglas racionales establecidas; autoridad personal; carisma.

Y en esta última clase, el carisma, corresponde citar una vez más al padre de la sociología moderna:

el carisma funda su potencia en la fe en la revelación, y en los héroes, en la convicción emocional de la importancia y del valor de una manifestación de tipo religioso, ético, artístico, científico, político o de cualquier otra índole, en el carácter heroico de la elevación o de la guerra, de la sabiduría judicial,



de la virtud mágica o de cualquier otro tipo. Esta fe actúa sobre los hombres en sentido revolucionario desde el interior y trata de configurar las cosas y los ordenamientos en base a su voluntad revolucionaria. (1991: 44)

Quizás sin mencionarlo de una manera explícita, Max Weber realizó una consideración relevante de la condición humana señalando al carisma como a uno de sus componentes centrales.

Weber no subestimó el rol de la violencia en la obtención y construcción del poder aunque, según el punto de vista hasta aquí expuesto, no le otorgue el papel que la misma ha tenido y tiene. Es verdad que en la base de la diferenciación entre política interna y externa de un Estado se halla el ejercicio del monopolio de la violencia por parte de quien, con legitimidad de origen, ejerce la autoridad hacia el interior de su sociedad y sobre un territorio determinado. Esto no es así en las relaciones entre unidades políticas soberanas para quienes en el uso de la fuerza reside la *ultima ratio* de la representación de sus intereses. Hoy, sin embargo, en el actual sistema mundo puede observarse un cierto estado de naturaleza en el cual intervienen, además de los Estados, perturbadores y actores de todo tipo que cuestionan esta diferenciación entre lo externo e interno.

El poder, por lo tanto, se define como relación, no como una simple propiedad y el poder de uno siempre debe ser comparado con el de los otros. El poder político, en este caso, se distingue del poder de los hombres sobre la naturaleza porque se ejerce sobre sus semejantes. Por ello tiene razón Bertrand Russell cuando señala: «El concepto fundamental de la ciencia social es el poder del mismo modo que en la ciencia física es el de energía», agregando: «el poder, como la energía, cambia continuamente de forma, y la ciencia social debe ocuparse precisamente del estudio de las leyes que gobiernan estos cambios» (1939: 46).

Con gran envidia, Raymond Aron destacaba la unicidad y exclusividad en el manejo del poder: un bien raro que sólo beneficia a aquellos individuos o grupos que acceden al mismo y tienen la aptitud de conservarlo.

Michel Foucault en *Defender la sociedad* se pregunta: ¿qué es el poder? Analizando a continuación si su estudio y comprensión pueden deducirse, por alguna razón, de la economía.

Sostiene a continuación este eminente intelectual francés:

No quiero de ninguna manera borrar las diferencias innumerables, gigantescas, pero me parece que, a pesar y a través de ellas, hay cierto punto en común entre la concepción jurídica y, digamos, liberal del poder político –la que encontramos en los filósofos del siglo XVII– y la concepción marxista. O, en todo caso, cierta concepción corriente que pasa por ser la del marxismo. Ese punto en común sería lo que yo llamaría el *economicismo* en la teoría del poder. Con lo cual quiero decir lo siguiente: en el caso de la teoría jurídica clásica del poder, éste es considerado como un derecho que uno posee como un bien y que, por consiguiente, puede transferir o enajenar, de una manera total o parcial, mediante un acto jurídico o un acto fundador de derecho –por el momento no importa– que sería del orden de la cesión o el contrato. El poder es el poder concreto que todo individuo posee y que, al parecer, cede, total o parcialmente, para constituir un poder, una soberanía política. En esta serie, en este conjunto teórico al que me refiero, la constitución del poder político se hace, entonces, según el modelo de una operación jurídica que sería del orden del intercambio contractual. Analogía manifiesta, por consiguiente, y que recorre todas estas teorías, entre el poder y los bienes, el poder y la riqueza.

En el otro caso, pienso, desde luego, en la concepción marxista general del poder: no hay nada de eso, como es evidente. Pero en esa concepción marxista tenemos algo distinto, que podríamos llamar funcionalidad económica del poder. Funcionalidad económica, en la medida en que el papel del poder consistiría, en esencia, en mantener relaciones de producción y, a la vez, prorrogar una dominación de clase que el desarrollo y las modalidades características de la apropiación de las fuerzas productivas hicieron posible. En este caso, el poder político encontraría su razón de ser histórica en la economía. En términos generales, si lo prefieren, tenemos en un caso un poder político que encontraría su modelo formal en el procedimiento del intercambio, en la economía de la circulación de los bienes; y en el otro, el poder político tendría en la economía su razón de ser histórica y el principio de su forma concreta y su funcionamiento actual. (2001: 26)



Foucault expone el problema que constituye el centro de sus trabajos de investigación mediante una serie de cuestiones. En primer lugar, ¿el poder está siempre en una posición secundaria con respecto a la economía? ¿Su finalidad y, en cierto modo, su funcionalidad son la economía? ¿El poder tiene esencialmente por razón de ser y por fin servir a la economía? ¿Está destinado a hacerla caminar, a solidificar, mantener, prorrogar relaciones que son características de esta economía y esenciales para su funcionamiento? Segunda cuestión: ¿el poder toma como modelo la mercancía? ¿El poder es algo que se posee que se adquiere, que se cede por contrato o por la fuerza, que se enajena o se recupera, que circula, que irriga tal región y evita tal otra? ¿O bien, al contrario, para analizarlo hay que tratar de poner en acción instrumentos diferentes, aunque las relaciones de poder estén profundamente imbricadas en y con las relaciones económicas, aunque las relaciones de poder siempre constituyan, efectivamente, una especie de haz o de rizo con las relaciones económicas?. En cuyo caso la indisociabilidad de la economía y lo político no sería del orden de la subordinación funcional y tampoco del isomorfismo formal, sino de otro orden que, precisamente, hay que poner de manifiesto.

Las ideas de Foucault presentadas en los años setenta del siglo pasado tienen como sustrato un análisis profundo concerniente a la relación entre política y economía y una actualidad permanente, de allí que su obra bien puede ser insertada entre las de los clásicos, aunque algunas de sus observaciones, como se verá más adelante, merezcan un análisis crítico.

En lo referente a la relación entre política y economía y, particularmente, su expresión en la teoría marxista, debe advertirse cómo el fundador de la Iª Internacional, a partir de un estudio en profundidad del sistema capitalista, le otorgaba un rol secundario a la conciencia y las creencias ubicando en el centro de sus reflexiones al ser social. Aunque no se pueda afirmar de manera taxativa que Marx consideraba a la economía como principal y a lo político como algo totalmente subordinado a ella, su teoría en muchos aspectos está basada en un conjunto de leyes pretendidamente ineluctables y de cumplimiento obligatorio.

En lo que a la actualidad de esta controversia se refiere, la misma tiene que ver con la globalización, constituyendo en consecuencia *el* debate del mundo contemporáneo.

Dice Foucault más adelante:

¿De qué se dispone actualmente para hacer un análisis no económico del poder? Creo que podemos decir que, en verdad, disponemos de muy poca cosa. Contamos, en primer lugar, con la afirmación de que el poder no se da ni se intercambia, ni se retoma, No nos alejamos demasiado de la realidad histórica si afirmamos que el poder se ejerce y sólo existe en acto. Contamos, igualmente, con otra afirmación: la de que el poder no es, en primer término, mantenimiento y prórroga de las relaciones económicas, sino, primariamente, una relación de fuerza en sí mismo. (2001: 27)

Las relaciones de poder, de esta manera, presentan un punto de anclaje, esencial y primordial en relaciones de fuerzas, establecidas en algún momento dado, en la guerra y por la guerra, lo que estudiosos norteamericanos denominan *poder duro*. La Constitución Nacional de la República Argentina, sancionada en 1853 y que dio lugar a lo que se denominó la *Organización Nacional*, constituyó una suerte de tratado de paz entre unitarios y federales, entre Buenos Aires y las provincias al cabo de décadas de guerras civiles. De manera similar unificaron los reyes a la Francia de la era moderna; los Estados Unidos obtuvieron su independencia del Reino Unido y decidieron definitivamente su rumbo político, económico y social en la Guerra de Secesión al abolir la esclavitud; los zares impusieron su poder en Rusia que les sería arrebatado en 1917 por los bolcheviques; las dos guerras mundiales del siglo XX provocaron cambios profundos en el sistema internacional, etcétera.

El poder presenta un carácter relacional. El poder absoluto no existe y siempre debe ser considerado en relación al poder de otros actores del sistema y de las unidades políticas; por ello debe ser analizado teniendo siempre presentes los términos entre los que actúa.

Boulainvilliers, según Foucault, describió el poder en términos históricos de dominación y relaciones de fuerzas.



En Boulainvilliers, y creo que a partir de él en todo el discurso histórico, lo que hace inteligible la sociedad es la guerra. También me gustaría insistir en que al poner en juego la relación de fuerza como una especie de guerra continua dentro de la sociedad, Boulainvilliers podía recuperar –pero esta vez en términos históricos– todo un tipo de análisis que aparecía en Maquiavelo. Pero en éste, la relación de fuerza se describía, esencialmente, como técnica política que había que poner en manos del soberano. En lo sucesivo, la relación de fuerza es un objeto histórico que alguien que no es el soberano –vale decir, algo como una nación (a la manera de la aristocracia o, más adelante, de la burguesía, etc.)– puede señalar y determinar dentro de su historia. La relación de fuerza, que era un objeto esencialmente político, se convierte ahora en un objeto histórico o, mejor, en un objeto histórico político. (2001: 115)

La política queda, según el punto de vista de Foucault, como expresión del cálculo de las relaciones de fuerzas en la historia. Agregando más adelante en su exposición: «Si Clausewitz pudo decir alguna vez, un siglo después de Boulainvilliers y, por lo tanto, dos siglos después de los historiadores ingleses, que la guerra era la continuación de la política por otros medios, es porque en el siglo XVII, en el paso del siglo XVII al XVIII, hubo alguien que fue capaz de analizar, decir y mostrar la política como la continuación de la guerra por otros medios» (2001: 156).

Foucault fue un teórico del poder y, desmenuzándolo en sus componentes más íntimos, pudo analizarlo en detalle de una manera como pocos lo han hecho. Sin embargo, este científico social le otorga a la guerra, al ejercicio de la violencia organizada y en términos más amplios a la violencia ejercida por los humanos en general, un papel sobredimensionado desde mi punto de vista en la conformación de las sociedades. No se trata aquí de caer en el extremo de un pacifismo absoluto negando el rol que la violencia ha tenido en el transcurrir de la historia humana, negando la propia realidad del mundo y los hombres. Pero, habiendo hecho esta aclaración, no todo gira exclusivamente en torno a ella, aunque en este trabajo se proponga abordar el estudio de las relaciones internacionales desde un punto de vista

político-polemológico. Marx, que ha sido nombrado en reiteradas oportunidades y que, en parte, fue criticado por Foucault, bien puede coincidir con éste cuando, en la *Crítica al programa de Gotha*, sostiene que la violencia es la partera de una sociedad nueva que se halla en las entrañas de una sociedad vieja. A partir de esta definición, muchos marxistas, tanto en sus acciones como en sus discursos, han efectuado una verdadera inversión de la *Fórmula* de Clausewitz con importantes consecuencias tanto sobre la acción política como sobre el curso de las ideas.

Clausewitz tuvo razón cuando sostuvo que «la guerra es la política por otros medios» en el enunciado de su conocida *Fórmula*. Tuvo razón porque, en medio de una fuerte polémica con autores de la talla de von Büllow o el mariscal Jomini, elaboró una teoría a partir de la cual todas las guerras, aplicando el método *nomológico deductivo*, desde las del Peloponeso hasta las actuales en Cercano y Medio Oriente, pueden ser entendidas a partir de las políticas que se encuentran en sus orígenes. Ni el alcance del tiro del cañón o las líneas de bases rectas en el campo de batalla, pretendidas teorías sostenidas por sus contemporáneos y tratándose en realidad de doctrinas de empleo de las fuerzas armadas, son elementos que permiten la comprensión teórica de una actividad humana tan compleja como la guerra. La política fija los objetivos y dispone los medios, la política subsume a todas las guerras bajo un enfoque teórico adecuado. Es necesario, entonces, estudiar la política que está por detrás, por encima, ante, durante y después de la guerra y no la inversa.

En términos generales puede advertirse que quizás la más rotunda demostración de lo acertado de la *Fórmula* se observó en la denominada *guerra fría*, entre fines de la Segunda Guerra Mundial en 1945 y la caída del Muro de Berlín en 1989. En este período se verifican todos los componentes de la teoría de Clausewitz, aunque Foucault se haya apresurado a declararla perimida en los años setenta.

Todo conflicto armado tiene por origen un motivo político cuyo objetivo final es la conquista del poder, aunque esto pueda manifestarse de diferentes maneras y a veces con la utilización de diferentes medios. Clausewitz, entonces, tenía razón y la guerra es la política por otros medios. Cuando esta fórmula se invirtió, los resultados han



ido en la dirección contraria a lo esperado, particularmente cuando las políticas que estaban detrás de estas inversiones, no eran las adecuadas. En este contexto es útil recordar el caso de las guerras de Vietnam para los EE. UU., Afganistán para la ex URSS, Irak en la actualidad y Malvinas en 1982 para la República Argentina.

Volviendo a Foucault, éste decía: «La historia nos aportó la idea de que estamos en guerra, y nos hacemos la guerra a través de la historia» (2001: 161); estableciendo de esta manera, en el contexto teórico señalado, una aproximación al estudio del poder, parcial y un tanto unilateral. El poder, el poder como relación, no siempre ha dado origen a conflictos violentos, aunque la violencia constituya un componente importante en la obtención del mismo cuando este asunto es analizado desde un punto de vista polemológico. El poder puede descomponerse en tres partes que conforman un triángulo: poder político, económico y militar ubicándose, el primero de éstos, en el vértice superior y siendo el más importante de todos. Un balance contrastado de la historia demuestra cómo han prevalecido uno u otro de estos componentes acorde a las circunstancias particulares de cada momento.

La cuestión del poder transita entonces junto al desarrollo de las sociedades y las personas, siendo éste uno de los factores permanente de la condición humana y condición *sine qua non* para la existencia del movimiento.

Otra vez Foucault:

Creo que a lo que debemos referirnos no es al gran modelo de la lengua y de los signos, sino a la guerra y a la batalla. La historicidad que nos lastra y nos determina es belicosa, no es lenguaraz. Relación de poder y no relación de sentido. La historia no tiene *sentido*, lo cual no quiere decir que sea absurda o incoherente. Al contrario, es inteligible y debe poder ser analizada en sus mínimos detalles; pero según la inteligibilidad de las luchas, las estrategias y las tácticas. (2001: 48)

En este aspecto, aunque en términos generales se pueda coincidir con la cita anterior en lo que a la búsqueda de poder se refiere; debe aclararse que el núcleo de la reflexión le otorga una gran importancia a la búsqueda de sentido, subestimada por Foucault, entendido éste

como conjunto de valores, motivos y objetivos trascendentes que guían a cada individuo y cohesionan a la comunidad, asunto de especial relevancia en el actual mundo globalizado.

Carl von Clausewitz, no debidamente considerado por Foucault como se ha visto, realizó otro aporte trascendente a la teoría de la guerra al considerar los valores morales en el campo de batalla. Este genial prusiano se preguntaba a sí mismo por qué los soldados de Napoleón triunfaban en los combates, cuando los sistemas de armas eran más o menos similares en los bandos enfrentados. La conclusión a la que arriba es que los franceses portaban el estandarte de la Revolución de 1789, con sus luces y sombras, defectos y virtudes, *el pueblo en armas*, otorgándoles una ventaja importante frente a otros contingentes, integrados por tropas profesionales y mercenarios, cuyo emblema era la defensa de monarcas y estructuras de poder decadentes y decrepitas. Consecuencia de esta constatación es que los valores humanos, el *sentido*, pasaron a ocupar un lugar central en las consideraciones teóricas de la guerra.

Otra interpretación acerca de las razones que se ubican por detrás de la lucha por el poder, la vinculaba Raymond Aron con la escasez, refiriéndose a ello en sus debates con Jean-Paul Sartre en el sentido de que la conciencia, aun transformada en praxis por intermedio de la necesidad y el trabajo, permanece como positividad, libertad, proyecto, totalización. Para que algo como la historia ocurra es necesario entonces un principio negativo, la negación de esta libertad, constitutiva de la humanidad en sí misma. Esta negación lleva por nombre la escasez.

Así como, según este punto de vista, la escasez condiciona la libertad, esta situación asume dialécticamente una representación sobre el ejercicio del poder y el lenguaje, e interactúa con la conciencia de los hombres. La idea de escasez, particularmente económica, o el fin de la misma, aparece de esta manera asociada el fin de la historia y a un ser social ahistórico, determinando la conciencia y empleada por igual por liberales y marxistas.

Sartre le asignaba una gran importancia a la escasez y a su contingencia. La contingencia de la escasez resulta de la posibilidad de concebir pero no de imaginar una humanidad sustraída a la maldición de eliminar sin cesar una fracción de sí misma: «Toda la aventura humana, al menos hasta ahora, es una lucha despiadada contra la escasez [...]

pero la realidad es que tres cuartas partes de la población del globo se encuentra subalimentada, desde hace miles de años» (1960: 201).

Si la escasez provoca, como lo observaba Aron: «una suerte de guerra de todos contra todos» y, en consecuencia, la lucha de clases o de sectores que de ella se deriva. Si el hombre se transformó en enemigo del hombre ante la falta de recursos que satisfagan a todos, el desarrollo de las fuerzas productivas, según Marx, podría triunfar progresivamente sobre la escasez, sobre la lucha de clases y sobre la explotación del hombre por el hombre. En este esquema cerrado, determinista, el triunfo del desarrollo de las fuerzas productivas resolvería el problema de la escasez de una vez y para siempre. El fin de la historia de la utopía liberal o marxista, basado en la producción ilimitada de bienes materiales y en una definición semejante del ser social, aunque por caminos diferentes, sería entonces una realidad.

Si a este postulado se le aplica la ecuación del poder según la cual este presenta una tendencia natural a permanecer concentrado en pocas manos en detrimento de las mayorías, se podrá comprender la emergencia de la escasez en el mundo, caracterizada por una capacidad creciente de generación de riquezas al mismo tiempo que una masa creciente de seres humanos carece de los medios necesarios para la subsistencia.

Nuevamente Aron:

El hombre, en el medio de la escasez, se transforma en peligro para el hombre, en amenaza de muerte. No hay lugar para todos en esta tierra, en su habitáculo común. Algunos seres vivos deben morir, y morir porque los matan sus semejantes. Cada uno interioriza la condición de escasez y ve en el otro a un Otro, a un contra hombre, inhumano, a través del cual la muerte le llegará. No podemos afirmar que todos los conflictos entre individuos y grupos tengan una causa inmediata de orden económico, Es la escasez que ha transformado al otro en contra hombre y, en consecuencia, dado nacimiento a la violencia, a la lucha. (1973: 50)

Punto de vista este que, en cierto modo, pone a la política, en este caso a lo político-económico, por delante de la violencia, o por delan-

te de la guerra en los términos que la concebía Foucault, dándole así razón a Clausewitz.

La ecuación de la escasez desde un ángulo económico y junto a otros factores está ligada al hambre, a las carencias alimentarias básicas o a las malas condiciones de vida de una parte importante de la población mundial.

En un trabajo de investigación realizado en los años noventa del siglo pasado por Patricia Aguirre y Ricardo Lasser, se sostiene:

En realidad, la cuestión alimentaria mundial encubre disímiles situaciones nacionales, en las que lo definitorio no es la disponibilidad global de alimentos sino su distribución. Porque el hambre y la desnutrición pueden coexistir con una alta disponibilidad: las hambrunas en Etiopía, en 1973, en Bangladesh, en 1974, o en Irlanda, en 1840, coincidieron con épocas en las que la producción de alimentos era máxima. Los que murieron en aquellas hambrunas fueron los que no pudieron acceder a los alimentos teóricamente excedentarios: los pobres.

Si la cuestión alimentaria es el acceso, entonces es una cuestión social. Deja de ser una problemática asociada a la presión reproductiva o a la finitud de las tierras disponibles en el planeta. La tesis de este artículo es que el hambre no nos ha acompañado siempre, que es una creación social, un subproducto del orden político. (1995: 61)

De esta manera, y desde otro ángulo aparece una vez más planteada la cuestión del poder, emparentada en este caso con la escasez, pero expresando a la política, el conflicto y el choque de opuestos.

Por otro lado, en relación a lo que podría entenderse como los objetivos eternos, aspecto muy importante en la evolución de las sociedades, Raymond Aron decía:

Cuando una lucha se desencadena, surge un peligro de que la victoria militar se transforme en un objetivo en sí mismo y haga olvidar los objetivos políticos. La voluntad de victoria absoluta, es decir de una paz impuesta soberanamente por el triunfador, es con frecuencia la expresión de un deseo de gloria más que un deseo de fuerza. La repugnancia por las victo-



rias relativas, a saber, acuerdos de paz favorables negociados a posteriori de éxitos parciales, tiene que ver con el amor propio que anima a los hombres desde el momento en que disputan unos con otros.

Podría objetarse que la gloria no es otra cosa que un aspecto o una denominación diferente del poder reconocido por otros, reconocimiento que se expande a través del mundo. En cierto sentido esta objeción es válida y los tres objetivos podrían reducirse a dos: o las unidades políticas buscan la seguridad y la fuerza, o buscan ser reconocidas, imponiendo su voluntad, y recogiendo los laureles del vencedor. Uno de los objetivos sería material, la fuerza, y el otro es moral, inseparable del diálogo humano; éste podría definirse a través de la grandeza, consagrada por la victoria y la sumisión del enemigo. (1962: 83)

La lucha por el poder, entonces, constituye uno de los aspectos esenciales a través del cual la condición humana se expresa. Poder entendido como la capacidad de producir, hacer y deshacer es una constante que aparece a todo lo largo de la historia humana. Prestigio, gloria o simple sumisión, aceptación o imposición, configuran una dialéctica del poder entre los hombres cuya fuente originaria debe buscarse en su condición y en los patrones de su comportamiento.

En el léxico de la ciencia política, según Lasswell y Kaplan, el de poder es quizás el concepto fundamental: el proceso político es la formación, la distribución y el ejercicio del poder. También puede considerarse que es la amenaza de sanciones lo que distingue al poder de la influencia en general.

En un nivel más general, puede constatarse que en las ciencias sociales modernas los vocabularios relacionados con el poder se refieren a relaciones entre unidades sociales, tales que el comportamiento de una o más unidades sociales depende en cualquier circunstancia del comportamiento de otras unidades sociales. El poder entonces, se presenta en la medida en que una persona controla, mediante la sanción, las decisiones o las acciones de otra. Charles Wright Mills sentencia: «Poder en el sentido en que se suele utilizar hoy esta palabra en las ciencias sociales, comprende toda decisión tomada por los hombres en relación con el aparato en que viven y con los eventos

que forman la historia de su época» (1991: 60). Otra vez, *el hombre decide en todo*, como lo afirmaba Mao Tsetung y es quien en definitiva construye su propia historia dando razón a la segunda proposición del dilema popperiano. De allí la importancia de estudiar y comprender los meandros profundos de la condición humana para realizar una correcta apreciación de los conflictos que conmueven al sistema mundo.

A modo de ilustración, resulta apropiado citar un comentario formulado por el Presidente del gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, en relación al frustrado diálogo con la organización separatista vasca ETA, realizado en el marco de la campaña electoral en vista de los comicios de 2008 para el diario *El País*, de España: «He dejado allí toda mi energía, toda mi pasión... Sinceramente creo que he sido el presidente que más ha apostado por un final dialogado. Y tengo para mí la convicción íntima, personal, de que ellos son también concientes de la oportunidad que han perdido. En el fondo, su respuesta viene de la soberbia que dan las pistolas. El poder matar es un gran poder. Y renunciar a poder matar es renunciar a tener poder...» (2008: 2).

Poder y religión

*Contra los valores afectivos no valen razones,
porque las razones no son nada más que razones,
es decir, ni siquiera verdad»*

MIGUEL DE UNAMUNO

*Quien no es capaz de reinterpretar su pasado,
tampoco es capaz de proyectar concretamente su
interés por la emancipación»*

PAUL RICOEUR. *Du texte á l'action*

*La religión es el ámbito en el que los pueblos dieron
forma a su concepción del carácter último de la
realidad, su concepto de Dios y del mundo.*



No hay dos razones o dos espíritus. No hay una razón divina y una razón humana que operen cada una por su lado. La razón es tan solo una. La razón del hombre es lo que hay de divino en el hombre.
 G. W. F. HEGEL. *El concepto de religión*

Una de las oposiciones –quizás la más importante– del mundo moderno en lo que a la búsqueda de poder se refiere; con la ciencia avanzando a pasos agigantados y el conocimiento de la naturaleza creciendo a niveles inimaginables en otros tiempos, se plantea entre un discurso secularizador, creación en buena medida del occidente cristiano desde los tiempos de la Ilustración, lo que Hegel denominaba «la razón sin Dios», con una falsa trascendencia vinculada con la satisfacción material; y la búsqueda, por parte de millones de personas, de una razón con Dios –como la concebía San Agustín– y el sentido trascendente de la vida humana a través de procesos de identificación religiosa.

Interesa aquí formular algunas apreciaciones acerca de la cuestión religiosa que, teniendo como referencia la dialéctica hegeliana, considero importante introducir en este capítulo a la luz del papel central jugado por esta cuestión en vastas regiones del mundo y en particular en el Cercano y Medio Oriente.

Desde tiempos inmemoriales las creencias religiosas han ocupado un sitio destacado en la conformación y evolución de la condición humana. Esta fuera del propósito de esta presentación la realización de un estudio exhaustivo de éstas debido a que por su dimensión e importancia superan notablemente los objetivos inicialmente planteados. Si importa en este caso una referencia al papel que lo religioso juega en el desarrollo del conflicto entre los hombres, particularmente en los conflictos armados, entendiendo a éstos como manifestación de lo político y a la conflictualidad como manifestación del choque de opuestos.

La académica norteamericana Karen Armstrong, polemizando con los «nuevos ateos» Richard Dawkins, Sam Harris y Christopher

Hitchens y en lo que constituye una interesante amalgama entre la condición humana y las creencias religiosas, sostiene:

Estos escritores están errados –no solo en lo que se refiere a la religión, sino también en lo que respecta a la política–, porque se equivocan acerca de la naturaleza humana. El Homo sapiens es también Homo religiosus. Tan pronto como nos volvimos claramente humanos, los hombres y las mujeres comenzamos a crear las religiones. Somos criaturas en busca de un significado. Mientras que los perros, por lo que sabemos, no se preocupan por la condición canina ni se atormentan con su mortalidad, los seres humanos caemos muy fácilmente en la desesperación si no les encontramos algún sentido a nuestras vidas. Las ideas teológicas van y vienen, pero la búsqueda de un significado continúa. Así que Dios no va a ninguna parte. Y cuando tratamos a la religión como algo que se puede ridiculizar, descartar o destruir, corremos el riesgo de acentuar sus peores defectos. Nos guste o no, Dios está aquí para quedarse y es hora de que encontremos una manera de vivir con él de una manera equilibrada y compasiva. (2009: 115)

Fiodor Dostoievsky, en *Los hermanos Karamazov*, pone en boca de uno de los personajes de esta novela: «*si Dios no existe, todo está permitido*», otorgándole a la figura divina, al Gran Arquitecto del Universo, una función ordenadora central para la convivencia humana desde el momento en que sus *Mandamientos* expresan, mucho antes del *Leviatán* de Hobbes, el *Contrato Social* de Rousseau, así como de otros códigos y leyes, los principios básicos en la formulación de los valores éticos y morales de observancia obligatoria para los seres humanos si desean vivir armoniosamente en comunidad.

En sentido crítico a lo anteriormente formulado, Jean-Paul Sartre, ubicado en uno de los extremos del materialismo heredado de la Ilustración, plantea en su obra *El existencialismo es un humanismo*: puesto que Dios no existe: «desaparece con Él toda posibilidad de encontrar valores en un cielo inteligible. Ya no puede haber ningún bien a priori, puesto que ya no hay una conciencia infinita y perfecta que lo piense. En ninguna parte está escrito que existe *el bien*, que se debe ser hon-



rado o que no se debe mentir, puesto que nos encontramos ahora en el plano en que sólo hay hombres» (1975: 196).

Hegel, por su parte, consideró que es dentro de un pueblo donde lo moral se realiza, partiendo de una idea anterior según la cual la verdadera unidad orgánica, lo universal concreto, es un pueblo, una comunidad.

Jean Hyppolite, exégeta de Hegel, va más lejos aún y señala: «Por esta razón los sabios de la antigüedad dijeron que la sabiduría y la virtud consistían en vivir de acuerdo a las costumbres de su pueblo» (1981: 23).

Desde esta mirada, el espíritu de un pueblo reconcilia el deber ser y el ser en una realidad histórica que supera al individuo y le permite encontrarse a sí mismo bajo una forma objetiva. Entre individualismo y cosmopolitismo, Hegel buscó el espíritu concreto como espíritu de un pueblo. La encarnación del espíritu, realidad a la vez individual y universal, se presenta en la historia del mundo bajo la forma de un pueblo y la humanidad sólo se realiza dentro de los diversos pueblos que expresan a su manera, única, su carácter universal.

En este contexto Hegel consideró a la religión como a un momento esencial del genio y espíritu de un pueblo. La religión aparece como una de las manifestaciones más importante del espíritu de un pueblo, y para ello se remite a los antiguos griegos, para los cuales no existía separación entre el más acá y el más allá y la religiosidad impregnaba la totalidad de la vida cotidiana, otorgándole al mismo tiempo una razón de ser a la comunidad.

Nohl, por otro lado, considerando que el ser humano concreto no puede ser puramente individual, describe de la siguiente manera el pensamiento de Hegel: «La religión es una de las cosas más importantes dentro de la vida humana, ella encuadra la vida de un pueblo. El espíritu de un pueblo, la historia, la religión, el grado de libertad política de ese pueblo, no se dejan considerar aisladamente, ellos están unidos de una manera indisoluble» (1907).

Las creencias religiosas, tal como ha sido expresado, sirvieron de base para la construcción comunitaria ofreciendo códigos de convivencia y sustentando el sentido de pertenencia. Un aspecto central a considerar en el desarrollo de éstas es el papel que han cumplido y cumplen en el devenir de los humanos, vinculado a la necesaria búsqueda de trascendencia. Hegel presenta a la religión como aquél ám-

bito en el cual los pueblos dieron forma a su concepción del carácter último de la realidad, su concepto de Dios y del mundo.

Este filósofo alemán plantea en la *Fenomenología del espíritu*:

Pensando yo me elevo hasta lo absoluto superando todo lo que es finito, soy, por lo tanto, una conciencia infinita y, al mismo tiempo, soy una conciencia de sí finita y esto según toda mi determinación empírica [...] Los dos términos se buscan y se huyen –soy el sentimiento, la intuición, la representación de esta unidad y de este conflicto y la conexión de los términos en conflicto [...] soy ese combate, no soy uno de los términos comprometidos en el conflicto, pero soy los dos combatientes y el combate mismo, soy el fuego y el agua que entran en contacto y la unidad de aquello que se huye absolutamente. (1985: 96)

Mediante este desarrollo intenta Hegel encontrar una respuesta a la crisis espiritual que aquejaba a la época en que le tocó vivir, dominada en gran medida por la emergencia de las ideas positivistas, la primera revolución industrial y las consignas de la Revolución Francesa de 1789.

Las ideas positivistas plantearon una suerte de *integrismo científico*, a partir de aquella sentencia de Saint-Simon, luego compartida por Auguste Comte, de que «las opiniones científicas transmitidas por la escuela deben cobrar formas que las vuelvan sagradas». Bajo la consigna de «orden y progreso» se anunció una era positiva de la ciencia, que aplicada tanto a la naturaleza como a los humanos absorbía a la política en una sociología. Así se anunciaba el fin de la historia por medio de la imposición de una religión positiva, demostrada.

La *religión positivista* de Comte, Saint-Simon y Richard Owen poseía el mismo grado de certeza y verdad absoluta que la ley de la gravedad y tenía como dogma a la evolución histórica lineal de la humanidad que concluía inexorablemente en lo que hoy se conoce como la «modernidad» occidental. El positivismo científico veía al mundo constituido por conjuntos terminados que actúan entre sí según fuerzas rigurosamente mensurables en un espacio inmutable y en un tiempo lineal, todo ello ocurriendo al margen y a pesar de los humanos y sus dudas existenciales, dicho de otra manera, un mundo sin hombres y vacío de sentido trascendente.



Las teorías de la relatividad y de la física cuántica en la primera mitad del siglo XX mostraron, entre otros aspectos, que el observador es un participante y dieron por tierra con estas concepciones de los positivistas al poner en evidencia las fuerzas opuestas que animan a la materia y al desarrollo de las sociedades humanas.

No exagera Bloch, filósofo de la escuela de Francfort, cuando sostiene que la pasión intelectual de Hegel fue muy grande al exponer el concepto de religión. El pensador no se da por satisfecho con la crítica unilateral de la Ilustración, que había saqueado persistentemente el depósito de la fe tradicional, dejando un mundo escindido entre un más allá tremendamente empobrecido al concebir a Dios meramente como Ser Supremo y un más acá desdivinizado, abandonado por la divinidad. Cuestión esta de gran actualidad en estos comienzos del siglo XXI, marcados por la globalización, el mercado, el pensamiento único, el individualismo, la sociedad de consumo –versión moderna del positivismo–, y la antítesis caracterizada por la emergencia de fundamentalismos religiosos y creencias que algunos creían superadas o caducas.

Estos puntos de vista reflejan acertadamente la angustia existencial básica que atormenta a los seres humanos, de saberse finitos pudiendo al mismo tiempo pensar y concebir el infinito. Angustia existencial que se resuelve en una instancia superior: la dialéctica finito-infinito y a través de la cual lo infinito se integra total y completamente a la vida finita. Este hecho, de una trascendencia enorme y actualidad permanente, explica en parte la vigencia de las creencias religiosas a lo largo de la historia, más allá de los intentos realizados por distintas ideologías seculares para encontrar alternativas y respuestas a este dilema fundamental. En este sentido, tanto el liberalismo político-económico como el marxismo, ideologías materialistas heredadas de la Ilustración, se muestran incapaces en estos tiempos para brindar reemplazos trascendentes al dilema planteado, en particular frente al desafío que hoy representa, para una parte importante de este mundo, el resurgimiento del Islam como propuesta de vida, recuperación de la identidad y tradiciones para miles de millones de personas.

Giacomo Marramao dice en relación a ello:

El pasaje fundamental de la argumentación de Berlin consiste en oponer al modelo universalista la otra faz de la filosofía iluminista de la historia: la idea de la autonomía irreductible de las culturas enunciadas por Herder. A la utopía de una historia entendida como tránsito progresivo (lineal o dialéctico) a la transparencia de la razón se opondría así la *saludable* opacidad de las diferencias culturales, comprendidas en su inconmensurable individualidad. Ninguna ética, ninguna racionalidad de la acción se forma por sí sola, sino en el seno de la tradición y del lenguaje, en una palabra, en un *simbolismo* específico. Por lo tanto, toda cultura dispone de parámetros propios y de una jerarquía de valores propia, distinta de las demás. Postular un criterio de mérito que presuponga un único patrón de medida acerca del *comportamiento racional* es, por lo tanto, una prueba de ceguera ante lo que hace humanos a los seres humanos, la capacidad de diferenciarse culturalmente. (2006: 195)

En relación con esta controversia, resulta importante la referencia a un diálogo que se realizó en enero de 2004 en la Academia de Baviera, Munich, entre el entonces cardenal Joseph Ratzinger, hoy papa Benedicto XVI, y el filósofo Jürgen Habermas, acerca de los fundamentos morales prepolíticos del Estado liberal, basados en las fuentes de la razón y la fe (2005: 1-4).

Jürgen Habermas comienza su exposición planteando:

El tema que hoy debatimos me recuerda aquella pregunta que Ernst-Wolfgang Böckenforde planteó a mediados de los años sesenta, en términos claros y concisos: ¿es posible que el Estado liberal secular se sustente sobre premisas normativas que él mismo no puede garantizar? Lo que se pregunta Böckenforde es si el Estado democrático constitucional es capaz de sostener con sus propios recursos los fundamentos normativos, ya que es inconcebible que pueda depender, en realidad, de tradiciones éticas autóctonas previas y vinculantes a escala colectiva, ya sean ideológicas o religiosas.

Habermas expone de esta manera la cuestión central que aqueja a nuestra época: a partir de qué elementos y sobre qué bases se debe



construir tanto el Estado como la política en estos tiempos, cuando todo se mueve alrededor en el mundo globalizado, constituyendo este problema uno de los factores centrales del desencadenamiento de choques de intereses, creencias y valores.

En otro pasaje del *Diálogo*, el filósofo dice: «Para empezar, quisiera especificar el problema en dos aspectos. En el aspecto cognitivo, la duda se refiere a la cuestión de si, después de la completa positivización del derecho, la estructuración del poder político sigue admitiendo una justificación o legitimación secular, es decir, no religiosa sino posmetafísica. Pero aún en el caso de que se acepte esa clase de legitimación, en el aspecto motivacional se mantiene la duda si es posible estabilizar a una colectividad de cosmovisión pluralista desde lo normativo (es decir, más allá de un mero *modus vivendi*) sobre la base de un consenso de fondo que no pasaría de ser, en el mejor de los casos, un consenso meramente formal, limitado a procedimientos y principios».

Planteado el problema y las dudas fundamentales, Habermas describe lo que es, a su juicio, la problemática del mundo moderno, entendiendo que conforme a las consideraciones realizadas, la naturaleza secular del Estado constitucional democrático no presenta ninguna debilidad interna inmanente al proceso político como tal que, en sentido cognitivo o en sentido motivacional, pusiese en peligro su autoestabilización. Con ello no están excluidas todavía las razones que no son internas e inmanentes, sino externas. Una modernización *descarrilada* de la sociedad en conjunto podría aflojar el lazo democrático y consumir aquella solidaridad de la que depende el Estado democrático sin que él pueda imponerla jurídicamente. Se produciría entonces aquella constelación que Böeckenforde tiene a la vista: la transformación de los miembros de las prósperas y pacíficas sociedades liberales en mónadas aisladas, que actúan interesadamente, que no hacen sino lanzar sus derechos subjetivos como armas los unos contra los otros.

Evidencias del desmoronamiento de la solidaridad ciudadana se hacen sobre todo visibles en los contextos más amplios que representa la dinámica de una economía mundial y de una sociedad mundial, que aún carecen de un marco político adecuado desde el que pudieran

ser controladas. Los mercados que, ciertamente, no pueden democratizarse como se democratizan las administraciones estatales asumen, cada vez más, funciones de regulación en ámbitos de la existencia cuya integración se mantenía hasta ahora con las normas, es decir, cuya integración, o era de tipo político o se producía a través de formas prepolíticas, de comunicación. Y con ello, no solamente esferas de la existencia privada pasan a asentarse de manera creciente sobre los mecanismos de acción orientada al éxito particular, sino que también se contrae el ámbito de lo que queda sometido a la necesidad de legitimarse públicamente. Se produce un refuerzo del privatismo ciudadano a causa de la desmoralizadora pérdida de función de una formación democrática de la opinión y de la voluntad colectiva que, si acaso, solo funciona ya (y solo a medias) en los ámbitos nacionales, y que, por lo tanto, no alcanza ya a los procesos de decisión desplazados a nivel supranacional.

Concluyendo parcialmente: «Por eso hoy vuelve a encontrar eco el teorema según el cual solo la orientación religiosa hacia un punto de referencia trascendente puede sacar del atolladero a una modernidad que se siente culpable».

A través de este desarrollo, Habermas rescata en cierta medida el aporte de la religión en el sentido señalado por Hegel y plantea una serie de dudas acerca del futuro de sociedades secularizadas integradas por individuos aislados en un mundo globalizado. Finalmente, deja pendiente el interrogante sobre la emergencia de un moderno Leviatán que imponga el orden a las diversas comunidades que integran el ecúmene. Su resumen final podría ser sintetizado en esta frase: «propongo un aprendizaje acerca de los límites de la Ilustración y la religión».

Joseph Ratzinger apunta hacia el diálogo multicultural con centro en los valores, observando que se trata de algo absolutamente imprescindible si la humanidad aspira a un futuro de paz y concordia.

En el *Diálogo* de la Academia Católica de Baviera comienza diciendo:

En la aceleración del tiempo de la evolución histórica en la que nos encontramos hay, a mi entender, ante todo dos factores característicos de un fenómeno que hasta ahora se había

venido desarrollando lentamente; por un lado, la formación de una sociedad global en la que los distintos poderes políticos, económicos y culturales se han vuelto cada vez más interdependientes y se rozan e interpenetran recíprocamente en sus respectivos espacios vitales, por el otro, está el desarrollo de las posibilidades humanas, del poder de crear y destruir que suscita mucho más allá de lo acostumbrado la cuestión acerca del control jurídico y ético del poder.

Por lo tanto, adquiere especial fuerza la cuestión de cómo las culturas en contacto pueden encontrar fundamentos éticos que conduzcan su convergencia por el buen camino y puedan construir una forma común jurídicamente legitimada, de delimitación y regulación del poder.

La necesidad de establecer leyes justas y el imperio del derecho está presente a lo largo de toda la exposición de Ratzinger, pero resulta interesante para este trabajo, resaltar algunos aspectos de su discurso vinculados a Occidente y a su relación con otras creencias y culturas.

Si antes habíamos de preguntarnos si la religión es realmente una fuerza moral positiva, ahora debemos poner en duda que la razón sea una potencia fiable. Al fin y al cabo, también la bomba atómica fue un producto de la razón; al fin y al cabo, la crianza y selección de seres humanos han sido también concebidas por la razón (sic). ¿No sería, pues, ahora la razón lo que debe ser sometido a vigilancia? Pero, ¿Quién o qué se encargaría de ello? ¿O quizás sería mejor que la religión y la razón se limitaran recíprocamente, se contuvieran la una a la otra y se ayudaran mutuamente a enfilar el bien común?

La interculturalidad conforma una dimensión imprescindible en el debate en torno a cuestiones fundamentales de la condición humana y, en esta línea del pensamiento, no puede dirimirse únicamente dentro del cristianismo y de la tradición del racionalismo occidental. A partir de un análisis de los diversos espacios culturales y de sus propias contradicciones internas, sostiene Ratzinger: «En otras palabras, no existe una definición del mundo ni racional ni ética ni religiosa con la que todos estén de acuerdo y que pueda servir de soporte

para todas las culturas; o, por lo menos, actualmente es inalcanzable, por eso mismo, esa ética denominada global tampoco pasa de ser una mera abstracción».

En esta línea de pensamiento resulta muy importante la referencia al modelo de cambio científico de Bachelard, que trata a la razón como a un fenómeno genuinamente histórico. A lo que agrega Félix Schuster:

La primera tesis deriva de su convicción respecto de que las estructuras de la razón aparecen no en principios abstractos sino en empleos concretos de la misma. Las normas de la racionalidad se constituyen en el mismo proceso de aplicar nuestros pensamientos a problemas particulares y la ciencia ha sido el primer lugar de éxito en tales aplicaciones. [...]

Por consiguiente, la filosofía no puede esperar descubrir una concepción de la racionalidad singular, unificada, cuando reflexiona acerca de la historia de la ciencia, sino que solamente encontrará varias *regiones de racionalidad*. (Schuster, 2005: 13)

Razón y religión entonces, constituyen el motivo central de este intercambio de ideas. Debiendo insistir aquí con aquello ya citado de Hegel: «no hay dos razones o dos espíritus. No hay una razón divina y una razón humana que operen cada una por su lado. *La razón es tan sólo una. La razón del hombre es lo que hay de divino en el hombre*».

Este debate, sin embargo, no es nuevo, ya en el siglo XII, signado por la convivencia de judíos, cristianos y musulmanes en España, Ibn Rushd, o Averroes, creía, al igual que San Agustín antes, que la relación entre la razón y la fe era sencilla. Decía este notable juez, médico, filósofo, especialista en ciencias políticas y teólogo: «Si la función de la filosofía no es otra cosa que la de estudiar y reflexionar sobre los hechos de la existencia, ya que ellos proporcionan las pruebas de su Hacedor... entonces, cuanto más completos sean sus conocimientos, más profundo será nuestro conocimiento del Hacedor» (Cowney, 2007: 201).

Mucho antes que los pensadores contemporáneos, el judío Moshe ben Maimon o Maimónides y el citado musulmán Averroes se atrevieron a preguntarse en el siglo XII si sus creencias y las escrituras sagradas podían soportar el análisis racional. Ellos usaron, por pri-

mera vez, el importante poder de la razón no sólo para justificar sino también para examinar las aseveraciones del Corán y la Biblia. Formularon preguntas que aún constituyen un desafío para los humanos: ¿cuál es la relación correcta entre la ley de Dios y las leyes de los hombres? ¿Dios creó el mundo realmente en siete días, o esos relatos bíblicos sobre Dios y la creación no son más que simples *historias*?

Las creencias religiosas deben inscribirse en un contexto amplio que trata el papel de las ideas en las transformaciones del mundo. Se vuelve así al dilema de Popper al concebir a la actividad humana como centro de construcción y creación o, planteado de otra manera, si el hombre es engranaje de algo preconcebido o actor de un destino por él mismo confeccionado.

Puede observarse entonces que la búsqueda de trascendencia no ha cesado y muy probablemente nunca cesará. Esto constituye un punto central para elucidar los fundamentos políticos e ideológicos de los conflictos modernos. Dicho de otra manera, de esta forma aparece delineado el gran interrogante que en todos los tiempos y en la actualidad recorre a la humanidad.

Ya Maquiavelo en su *Discurso sobre la Primera Década de Tito Livio*, abordaba el tema de la religión como sustento de la cohesión y convivencia pacífica de los pueblos. «Todo Estado donde el temor al Ser Supremo no existe, debe perecer si no es mantenido por el temor al Príncipe que suplanta el déficit de religión». Señalando en otra parte de su obra que la ruina del Estado estaba relacionada con el desprecio al culto divino. Para concluir que la iglesia de Roma, la de los emperadores, «nos privó de religión y dotó de todos los vicios» (1996: 416).

Otro debate importante se relaciona con las ideologías y su presencia en las disputas de poder, entendidas éstas como conjunto de valores y creencias, que algunos se apresuraron a declarar muertas desde la caída del Muro de Berlín y la ulterior desaparición de la Unión Soviética. Quien introdujo el término «ideología» fue el francés Destut de Tracy, un enciclopedista. Para él, «ideología» significaba algo así como una doctrina general acerca de las ideas, o también un sistema de conceptos con el cual organizamos nuestro pensamiento.

La ideología puede definirse a la vez por su función y su contenido. Si existen cambios éstos se deben a que cierta producción de los

hombres es, en tanto que tal, cambiante. Esta función, para Marx, que seguía en esto a Ludwig Feuerbach, la cumple la religión, *el opio de los pueblos*, no constituyendo un ejemplo más de ideología sino que es la ideología por excelencia. Es ella efectivamente la que opera el cambio entre cielo y tierra y actúa sobre las mentes de los seres humanos. Lo que Marx intentó pensar a partir de este modelo, es un proceso general a través del cual la actividad real, el proceso de vida real, deja de ser la base para ser reemplazado por lo que los hombres dicen, se imaginan o representan.

La ideología, entendida de esta manera por Marx, es este desprecio que lleva a reemplazar lo real por la imagen, el original por su reflejo. Admitiendo que la vida real –la praxis– precede de hecho y derecho la conciencia y sus representaciones, no se entiende cómo la vida real puede producir una imagen de sí misma y, con más razón, una imagen invertida. De allí que el marxismo hable del «ser social» determinando la conciencia en una verdadera inversión de categorías, no dialéctica, tal como fue analizado por Alexander Yakovlev.

Paul Ricoeur señala al respecto: «La ideología está en función de la distancia que separa la memoria social de un acontecimiento que trata por otro lado de repetir; su rol no es solamente el de difundir una convicción más allá del círculo de los padres fundadores, para hacerla credo del grupo entero; es también el de perpetuar la energía inicial más allá del período de efervescencia» (1998: 346).

En el mismo sentido, se pregunta este autor francés:

¿Cómo, en efecto, las ilusiones, las fantasías, las fantasmagorías tendrían alguna eficacia histórica, si la ideología no poseyera un rol mediador incorporado al vínculo social más elemental, como construcción simbólica en el sentido dado por Mauss y Lévi-Strauss? Lo que no impide hablar de actividad preideológica o no ideológica. Por otro lado, tampoco se comprenderá cómo una representación invertida de la realidad podría servir los intereses de la clase dominante si la relación entre dominación e ideología no fuera más primitiva que el análisis de las clases sociales y susceptible eventualmente de sobrevivir al mismo. (1998: 338)



Yo asumo la tesis de Habermas según la cual todo saber es conducido por un interés y que la teoría crítica de las ideologías también está conducida por un interés, el interés por la emancipación, es decir por la comunicación sin fronteras ni impedimentos. Pero también es necesario ver que el interés funciona como una ideología o como una utopía. (1998: 365)

No solamente es necesario tener presente el carácter indistintamente ideológico o utópico del interés que encierra la crítica de las ideologías, es necesario también, y quizás más, tener presente que este interés está orgánicamente ligado con otros intereses que la teoría describe: interés a la dominación material y a la manipulación aplicado a las cosas y a los hombres – interés por la comunicación histórica, llevado por la comprensión de las herencias culturales; el interés por la emancipación no opera nunca una ruptura total en el sistema de intereses, ruptura susceptible de introducir en los saberes un corte epistemológico franco.

De allí entonces mi propuesta: la crítica de las ideologías, conducida por un interés específico, no rompe nunca sus cadenas con el fondo de pertenencia que se encuentra detrás de ella. Olvidar este vínculo inicial equivale a ilusionarse con una teoría crítica elevada al rango de un saber absoluto. (1998: 366)

Esta controversia se inserta en una realidad del mundo en el cual, al mismo tiempo y en aparente oposición con ciencias de la naturaleza que realizan avances extraordinarios, impensables en otras épocas, instalando los conceptos de incertidumbre, irreversibilidad, probabilidad y posibilidad; las creencias religiosas registran paralelamente un crecimiento importante como fundamento de la acción política en la obtención de poder: siendo ejemplo de ello el crecimiento del Islam en el Cercano y Medio Oriente como también el desarrollo de ideas fundamentalistas vinculadas al protestantismo en los grupos dirigentes de los Estados Unidos, al catolicismo en Europa o al judaísmo en Israel.

El teólogo protestante norteamericano Reinhold Niebuhr (1892-1971) al que George Kennan definiría como «el padre de todos nosotros», partía en sus consideraciones del concepto bíblico de un hombre

manchado por el pecado original y, en consecuencia, capaz del mal. La condición de pecador del hombre surge de su ansiedad: «La ansiedad es el factor inevitablemente concomitante de la paradoja de la libertad y la finitud en la cual el hombre se ve envuelto» (1993: 103). Según estos puntos de vista, el hombre es pecador porque niega su finitud pretendiendo ser más de lo que realmente es. En una velada crítica a las ideas de la Ilustración, este teólogo afirma que el esfuerzo del hombre por usurpar la posición de Dios «inevitablemente subordina otra vida a su voluntad y así le hace una injusticia a la otra vida».

De esta forma queda planteado una pregunta central: ¿por qué los seres humanos buscan afanosamente certezas en un universo en el que predomina la incertidumbre? La dialéctica finito-infinito de Hegel ofrece una respuesta parcialmente satisfactoria a este interrogante que expone uno de los componentes fundamentales de la condición humana. También el citado Dr. Bernard esboza un intento de resolución al enigma en cuestión, cuando sostiene que seguimos pensando a los hombres con las categorías de Platón y Aristóteles en un mundo altamente tecnificado.

La búsqueda de trascendencia no ha cesado y muy probablemente nunca cesará, constituyendo este un punto central para elucidar los fundamentos políticos e ideológicos de los conflictos modernos. Dicho de otra manera, de esta forma aparece delineada la gran contradicción que en la actualidad recorre a la humanidad, signada por la búsqueda de una trascendencia que permita a los humanos convertirse en sujetos de su propia historia y no en objetos del mundo globalizado o del mercado.

Las creencias religiosas se inscriben en la búsqueda de trascendencia señalada pero, valor de lo negativo, también dan pie al argumento de la primera parte del *dilema del determinismo* de Popper al subordinar a los humanos de manera total a la voluntad del Creador. Esto expone en cierta medida el dilema planteado entre una concepción del universo y la sociedad signada por la indeterminación y el caos y la necesaria búsqueda de referencias trascendentes por parte de mujeres y hombres que necesitan encontrar un *sentido* a su existencia.

Las ideologías, entonces, no han desaparecido como algunos se apresuraron a diagnosticar luego de la caída del Muro de Berlín. La historia demuestra la necesidad de los humanos de encontrar una res-

puesta que satisfaga la angustia existencial básica entre lo finito e infinito, resolviendo así el enigma de la trascendencia y de la vida misma. Si bien puede afirmarse que las creencias religiosas ofrecen una respuesta satisfactoria a la demanda planteada, también debe señalarse que las ideologías seculares han resuelto parcialmente, y en períodos históricos determinados, esta angustia existencial: la defensa de la República, el rey, la Nación, el sistema político, la independencia nacional, la revolución, etc. han ofrecido un alivio a muchos individuos que trascendieron a su época a través de acciones reconocidas por su comunidad. Las ideologías, por otro lado, han actuado poderosamente como factor de cohesión de las sociedades sobre las que ejercieron su influencia.

Al respecto, resulta pertinente citar al historiador inglés Anthony Beevor cuando menciona el coraje de los soldados rusos contra las tropas alemanas durante la batalla de Stalingrado en 1942, basado en gran medida en recuerdos pasados y en fuertes convicciones:

La atrocidad ocasional y primitiva cometida por los soldados del Ejército Rojo durante los primeros dieciocho meses (habría de seguro habido más si no hubieran estado retrocediendo tan rápidamente), llevó a muchos soldados a hacer comparaciones con la guerra de los Treinta Años. Un vínculo más exacto, sin embargo, habría sido la guerra civil rusa, uno de los conflictos más crueles del siglo XX, que la cruzada de Hitler contra el bolchevismo había reiniciado. Pero cuando la guerra prosiguió, la indignación rusa y un terrible deseo de venganza se encendió mucho más por las noticias de los actos alemanes en los territorios ocupados: aldeas incendiadas hasta los cimientos en represalia, y civiles muriéndose de hambre, masacrados o deportados a campos de trabajo. Esa prueba del genocidio contra los eslavos suscitó, junto con el deseo de venganza, una implacable determinación de no ser derrotados. (1984: 116)

Cerrando estas breves reflexiones, resulta interesante citar aquí el proverbio árabe que reza a la entrada de ese extraordinario monumento que es la Alhambra de Granada en España: *Vivir de manera debes que al morir viviendo quedes.*

Algunas observaciones teóricas relativas al derecho internacional

Las dos guerras mundiales del siglo XX dieron como resultado, entre otros, el establecimiento de normas de comportamiento de carácter universal cuyo objetivo ha sido la búsqueda de la paz y el arreglo de las controversias que pudieran suscitarse entre unidades políticas a través de medios no violentos. Ya en su momento, el Comité Politis en la década del treinta caracterizó la agresión, dando lugar, más tarde en 1974, a la Resolución 3314 (XXIX) de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

La vigencia plena de normas a nivel internacional contribuye a un devenir más pacífico en el que el riesgo de guerra se vea alejado para siempre, constituyendo, al mismo tiempo, un refugio ordenado y previsible para aquellos pueblos o Estados que carecen de la fuerza y el poder necesarios para proyectar sus intereses frente a otros que sí lo tienen y apelan ocasionalmente a la ley, tal como ha quedado demostrado en la invasión a Irak en marzo de 2003.

Sin embargo, el derecho internacional público heredero de la Ilustración y la filosofía kantiana del siglo XVIII principalmente, presenta una serie de lagunas que se relacionan con la configuración de las relaciones de fuerzas a nivel global así como con la homogeneidad o heterogeneidad del sistema internacional. El positivismo en la teoría política y jurídica –con algunas excepciones que en este caso exceden los propósitos de este trabajo– consiste en presuponer como dadas las estructuras institucionales que deben ser sometidas a una evaluación normativa, explicando causalmente fenómenos por medio de leyes generales y universales.

El realismo aparece en el ámbito específico de las relaciones internacionales como una forma de positivismo, debido a que el mismo está basado en una suerte de dicotomía entre hechos y valores, atribuyendo primacía a los primeros sobre los segundos. Esto tiende a dos corolarios en el pensamiento de las relaciones internacionales: el primero se vincula con el entendimiento de la política internacional como pura política de poder –al estilo de Morgenthau– reduciendo todas las expresiones intelectuales del sistema a procedimientos pragmáticos

para ver el mundo «tal como es»; el segundo corolario es consecuencia del primero: toda regulación o autorregulación del sistema internacional no daría lugar a un consistente derecho internacional, negando en consecuencia el carácter genuinamente jurídico de las normas internacionales.

Sin embargo, en la actual situación del mundo los valores juegan un papel central en la evolución de los conflictos, y cuando digo valores lo hago desde una perspectiva realista –porque la búsqueda de valores trascendentes constituye una realidad incontrastable–, perspectiva que va más allá de lo eminentemente jurídico y aunque estos valores se enmarquen en un contexto idealista, debiendo en estos casos incluir creencias, tradiciones, sentidos de pertenencia, etcétera, sin limitarme en consecuencia de manera única y excluyente a procedimientos pragmáticos.

Raymond Aron señalaba al respecto:

¿El derecho internacional modifica la esencia de las relaciones interestatales? Las controversias relativas al derecho internacional se desarrollan habitualmente en un plano intermedio entre el derecho positivo por un lado, las ideologías o filosofías por el otro, plano de una teoría que podría ser llamada, retomando una expresión de M. F. Perroux *implícitamente normativa*. Las obligaciones del derecho internacional resultan de los tratados suscritos por los Estados o la costumbre. *Derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, principio de las nacionalidades, seguridad colectiva*, son fórmulas vagas, ideologías que influyen sobre los hombres de Estado y eventualmente sobre la interpretación que los juristas dan del derecho positivo. No podríamos decir que éstas sirven de fundamento a un sistema de normas, que éstas animan, para los Estados, deberes o derechos precisos. El jurista que desea definir la naturaleza de la ley internacional se esfuerza para conceptualizar el derecho positivo, despejando su sentido específico. Pero, esta interpretación no se encuentra incluida en el derecho positivo. Este tolera diversas interpretaciones. La teoría jurídica, más aún que la teoría económica, contiene un elemento de doctrina. Esta pone al día el sentido de la realidad jurídica, pero este pretendido



descubrimiento también es interpretación, influenciado por la idea que el teórico se hace de lo que debería ser el derecho internacional. (1999: 27)

El propio Aron, desde una mirada más sociológica que jurídica, observaba las falencias del derecho internacional al constatar que carece de una interpretación única e indiscutible, se aplica a sujetos –los Estados– limitándose a registrar su nacimiento o muerte (caso de Argelia en 1962 o las repúblicas bálticas en 1939), no puede durar indefinidamente y tampoco se sabe bien cómo revisarlo o, llegado el caso, actualizarlo. Por ello debe constatar que las instituciones y el derecho no crean legitimidad política sino que acompañan la legitimidad construida por los actores internacionales.

Desde 1945 los Estados procuran establecer un equilibrio entre sus soberanías y la sumisión de todos ellos a principios universales. El sistema jurídico mundial ordena muchas actividades de la comunidad internacional, pero en lo que a la seguridad se refiere, pretende organizar la paz y gerenciar los conflictos armados. De esta forma, la ambición de los organismos internacionales en materia de seguridad es asumir un rol de referencia moral que pretende evolucionar hacia la autoridad política.

Por ello resulta imprescindible volver a Hegel cuando, en la última parte de sus *Principios de la filosofía del derecho*, sentencia: «El derecho internacional resulta de las relaciones entre Estados independientes. Su contenido en sí y para sí tiene la forma del deber ser porque su realización depende de voluntades soberanas diferentes» (1992: 358).

Tres elementos conforman el mundo jurídico según Halajczuk y Moya Domínguez: la norma, el valor y la realidad. A partir de estos elementos las dimensiones son: la analítica, la axiológica y la sociológica. Tres disciplinas jurídicas estudian entonces estos elementos y dimensiones: la ciencia del derecho, la crítica del derecho y la política del derecho. No se puede menos que coincidir con los autores citados cuando afirman en relación a lo expuesto:

La relación existente entre los tres conceptos enunciados es la siguiente: como la norma jurídica protege ciertos valores en ciertas condiciones, es necesario ajustarlas a esos valores y

esas condiciones, o sea a la realidad. Por lo tanto la ciencia jurídica no debe limitarse a la dimensión analítica: *la norma*, sino que es preciso que se extienda también a la axiología: *los valores* y a la sociología: *la realidad*. Este doble ajuste es necesario en todas las ramas del derecho. (2005: 198)

Estos autores, sin desconocer la importancia del Derecho Internacional Público en la construcción de un mundo más ordenado y pacífico, incorporan a su análisis factores tan importantes como los valores en juego en el sistema internacional y las realidades que presentan las diversas sociedades formando parte de él, expresiones éstas de relaciones de fuerzas y de disputas por el poder tanto hacia adentro como hacia afuera de cada unidad política, lo que acerca y conduce hacia un enfoque polemológico de las relaciones internacionales.

Una paz estable y universal sólo puede ser alcanzada por un ordenamiento jurídico global capaz de trascender el particularismo de las soberanías estatales y centralizar el uso legítimo de la fuerza en manos de una autoridad supranacional –un «Estado» universal–, desvinculado del respeto de la jurisdicción doméstica de los Estados y capaz de afirmar el predominio ético y jurídico del ordenamiento jurídico internacional como *civitas maxima* que incluye a todos los miembros de la comunidad humana como sujetos propios. La igualdad de los Estados con un fondo común de reglas políticas y jurídicas constituye el zócalo fundamental de un sistema basado en el respeto de la ley, pero la realidad muestra una gran heterogeneidad de situaciones e importantes desigualdades en la posesión de instrumentos de poder e influencia, lo que dificulta la prosecución de los objetivos planteados.

Según Fernández Vega: «El discurso jurídico debe ser dejado de lado para la comprensión de la guerra en sentido profundo; esto vale tanto para el examen de su génesis como para el análisis de su desarrollo efectivo o, en otras palabras, para la comprensión del surgimiento, conformación y destrucción de los Estados» (2007: 27).

Carl Schmitt en *Le categorie del politico*, planteaba en 1972 que en ese tiempo la humanidad se entiende como una sociedad unitaria, sustancialmente pacificada y que en lugar de la política mundial debería instaurarse una policía mundial. Constatando por su parte que

el mundo de esos años, más aún el de ahora, está bastante lejos de conformar una unidad política. Según Schmitt, la policía no es algo apolítico, la policía mundial es una política muy intensiva, que resulta de una voluntad de panintervencionismo; ella es entonces un tipo particular de política y no, por cierto, la más atrayente: es la política de la guerra civil mundial. Partiendo de considerar que, al haber declarado la guerra entre Estados como ilegal, lo cual llevó en muchos casos a hacerla sin declaración previa (Malvinas, 1982), los conflictos armados asumen características de guerras civiles, *absolutas* en muchos casos, no tipificadas por el derecho internacional.

Así, pese a los empeños –loables en muchos casos– de los movimientos pacifistas, lo que Danilo Zolo denomina «industria de la muerte colectiva» está más floreciente que nunca. Tanto la producción y el tráfico de armas de guerra, incluidas las nucleares, como la proliferación de ejércitos privados, se encuentran fuera del control de la llamada «comunidad internacional». El uso de las armas depende de decisiones que las grandes potencias adoptan según sus propios intereses estratégicos. Una sentencia a muerte colectiva se comete con la impunidad más absoluta contra cientos de miles de personas que no cometieron ningún ilícito o tienen culpa alguna (Irak, Afganistán, Chechenia, Darfur, Gaza).

En este contexto la guerra –según Zolo– aparece como la expresión suprema del progreso científico-tecnológico. Hoy es una actividad «inteligente» y «quirúrgica», tecnológicamente esterilizada y sublimada en la cual la muerte, la mutilación de los cuerpos, la devastación de la vida cotidiana y el terror son ingredientes descontados de un ritual espectacular que no suscita emociones. Matar colectivamente en nombre del poder público o al servicio de intereses privados ha vuelto a ser una tarea «noble» (para los efectivos militares de los países desarrollados) y ambicionado desde el punto de vista de las retribuciones, el rango social y el reconocimiento público. Matando a aquellos «bárbaros» del tercer mundo que no se resignan a aceptar mansamente los dictados políticos, ideológicos y económicos de los países desarrollados.

La «guerra global preventiva» teorizada por los demócratas en 1997 y practicada por los republicanos de los Estados Unidos desde 2001,



a la cual se han sumado alternativa y circunstancialmente aliados occidentales, aparece como una prótesis necesaria para el desarrollo del proceso de globalización que divide cada vez más al mundo entre ricos y poderosos por un lado, y pobres y débiles por el otro; división que muy probablemente se profundizará a partir de la crisis financiera con consecuencias globales que tuvo su origen en los Estados Unidos en 2008.

En este escenario, la única función que las instituciones internacionales parecen capaces de cumplir es de carácter adaptativo y legitimante. A partir de una concentración del poder que asume de manera creciente la forma de una constitución imperial del mundo, las instituciones internacionales, y las normas por ellas dictadas muestran una vez más su propia incapacidad para evitar un conflicto, para controlar a las estructuras de poder existentes. Tal como lo expone Alessandro Colombo; en una situación histórica como la actual, en la cual la distribución del poder y de la riqueza es la más desigual que uno se pueda imaginar, incluso los principios fundamentales que durante siglos regularon la sociedad internacional —la soberanía de los Estados, su igualdad jurídica, la no ingerencia en los asuntos internos, la regulación de la guerra— tienden a caer en manos de los más fuertes (2000: 117).

Haciendo un poco de historia corresponde recordar que ya la Sociedad de las Naciones nacida luego de la Primera Guerra Mundial, logró funcionar como un órgano colectivo propiamente dicho. Por otro lado, una extensa serie de violaciones del orden internacional y guerras de agresión fue tácitamente tolerada: desde la ocupación italiana de Corfú hasta la invasión japonesa de Manchuria y China y las continuas violaciones alemanas al Tratado de Versailles, que concluyeron con la invasión a Polonia en 1939 y el inicio de la Segunda Guerra Mundial. En este contexto, las sanciones decididas contra Italia por su agresión a Etiopía —país miembro de la Sociedad de las Naciones— quedaron deliberadamente sin efecto.

Woodrow Wilson, presidente norteamericano impulsor de la creación de la Sociedad de las Naciones cuya adhesión no fue ratificada por el Senado de los Estados Unidos, creía que las democracias son inherentemente pacíficas, aunque esto no le impediría ordenar interven-

ciones militares estadounidenses en Latinoamérica. Wilson estaba convencido de que la sanción de la opinión pública mundial era lo más efectivo para evitar la guerra. Por ello propuso la instauración de una corte de justicia común para la resolución de los conflictos de intereses entre las naciones; aunque esta Corte no dispondría de poder coercitivo, lo que daría significado a sus decisiones sería en este caso la opinión pública mundial e interna de cada país. Por otro lado, la confianza en la opinión pública, o la fe en la uniformidad de las tendencias pacíficas de las democracias, según Kenneth Waltz, ha probado ser una utopía.

Wilson consideraba que la experiencia traumática de la Primera Guerra Mundial resultaba apropiada para poner fin al siniestro poder de las autocracias y establecer la libertad y la justicia para alcanzar la paz en el mundo. «Nadie tiene derecho, expresó ante corresponsales extranjeros, a obtener nada de esta guerra, porque estamos luchando por la paz...por la paz permanente» (Salgado Brocal, 2000: 117).

La visión liberal del Estado del siglo XIX estuvo basada en la presunción de la armonía, a menudo acompañada con el supuesto de la infinita perfectibilidad del hombre conducente a una situación en donde las funciones de los gobiernos se marchitarían y muchas de ellas desaparecerían.

Más allá de estos buenos propósitos, el fracaso de la Sociedad de las Naciones significó el fin del compromiso político y normativo, impracticable un siglo antes con la Santa Alianza, entre el particularismo de las soberanías nacionales, el universalismo de un proyecto cosmopolita (wilsoniano) y la pretensión de garantizar la paz mundial recurriendo a la acción colectiva de los Estados sobre una base puramente voluntarista.

El Pacto Briand-Kellog promovido por los Estados Unidos fue firmado en París en agosto de 1928 por los delegados de quince Estados, incluyendo a las potencias ganadoras de la Primera Guerra Mundial. En 1939 adhirieron al Pacto más de sesenta Estados, entre ellos Alemania, Italia y Japón. Este Pacto proclamó la prohibición absoluta de la guerra como instrumento de la política de los Estados.

Los países firmantes del Pacto reconocían el «solemne deber» que les incumbe de «promover el bienestar de la humanidad», se comprometían a una «franca renuncia a la guerra como instrumento de polí-

tica internacional», condenaban el «recurso a la guerra para dirimir las controversias internacionales» y reconocían, en consecuencia, que «la solución de todas las controversias que surgieren entre ellas deberá buscarse sólo a través de medios pacíficos».

La Segunda Guerra Mundial terminó enterrando estos propósitos altruistas replanteando en términos dramáticos los problemas de la guerra y la paz en el mundo.

En abril de 1945 se reunió en San Francisco (Estados Unidos) la Conferencia de las Naciones Unidas para aprobar el estatuto de la nueva organización, los aproximadamente más de cincuenta Estados que habían aceptado el convite de los organizadores –Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill y José Stalin– no tuvieron más remedio que aceptar los lineamientos fijados por las grandes potencias en Dumbarton Oaks en 1944. Así, la voluntad de poder de los Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética prevaleció sobre la soberanía de todos los otros Estados e ignoró cualquier referencia a los pueblos, a las naciones, a los grupos étnicos políticamente no representados. El principio mismo de un Consejo de Seguridad integrado por miembros permanentes con derecho de veto, es una consecuencia del balance efectuado por británicos y norteamericanos, antes de concluir la Segunda Guerra Mundial, de las causas del naufragio de la Sociedad de las Naciones.

La ONU nació de circunstancias particulares y en la actualidad presenta un sinnúmero de dificultades para ir más allá de lo creado y pensado en 1945, particularmente con el estancamiento de diversas propuestas de reforma. El Consejo de Seguridad funciona como una suerte de Ejecutivo y la Asamblea General asume roles de Legislativo.

Dejando atrás la experiencia y el carácter puramente deliberativo del Consejo de la Sociedad de las Naciones. El Consejo de Seguridad concentra en sí mismo la totalidad de los poderes de decisión de las Naciones Unidas.

El capítulo séptimo de la Carta especifica los poderes de organización y de dirección militar que le corresponden a este órgano en el caso de que apruebe una acción coercitiva internacional. El Consejo de Seguridad no decide por unanimidad, como lo hacía el Consejo de la Sociedad de las Naciones, sino por mayoría calificada y con la condición de que no haya ningún voto contrario de uno de los miembros permanentes previstos en

el artículo 23 de la Carta, es decir, de los Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia o China. Los miembros del Consejo de Seguridad gozan de poderes vastísimos y discrecionales; sus cinco miembros permanentes pueden, por derecho y de hecho, valerse de los poderes de este organismo mientras que ellos, gracias al poder de veto ya observado, son inmunes a la posibilidad de ser sometidos a estos mismos poderes. Muy probablemente sin el derecho de veto las grandes potencias no hubieran asumido seriamente su participación en el Consejo de Seguridad. Por ello la fórmula adoptada en 1945 y heredada de la Segunda Guerra Mundial es aristocrática en su principio constitutivo.

En lo que respecta a la agresión, como inicialmente fue expresado, en diciembre de 1974 la Asamblea General de las Naciones Unidas dictó la Resolución 3314 (XXIX) conteniendo una elaborada definición de «agresión». La agresión es calificada, en su preámbulo, como «la forma más grave y peligrosa de uso ilegal de la fuerza», en el artículo primero se la define como «el uso de la fuerza armada por un Estado en contra de la soberanía, la integridad territorial o la independencia política de otro Estado». El artículo tercero contiene, además, una amplia especificación analítica de las posibles modalidades de agresión. El artículo segundo, sin embargo, plantea que no se puede considerar a la agresión como equivalente al comportamiento que fuera el primero en utilizar la fuerza militar en contra de otro Estado. El Consejo de Seguridad, según las circunstancias y la eventual falta de gravedad de las consecuencias del ataque, puede decidir que el Estado que usó la fuerza primero no es imputable de un crimen de agresión.

Esta definición, más allá de su carácter no vinculante, en cuanto ha sido dictada por la Asamblea General y no por el Consejo de Seguridad, es para muchos expertos incompleta. El artículo cuarto de la Resolución 3314 (XXIX) declara que la definición propuesta no es exhaustiva y que el Consejo de Seguridad puede, discrecionalmente, completarla con otras hipótesis de conductas bélicas ilícitas que, en tanto que tales, integran el crimen de agresión tal como ocurre actualmente en el caso del terrorismo internacional.

Por otro lado, el artículo 51 de la Carta, que autoriza a un Estado atacado por otro a resistir con la fuerza mientras espera la intervención del Consejo de Seguridad, no alude a una definición precisa de



«guerra de agresión». Según la letra de este artículo, la referencia es a un «ataque armado» y no a una simple amenaza de ataque, lo cual al menos debería excluir la idea –sostenida por los Estados Unidos e Israel– de la legitimidad de una acción *preventiva*. Cabe señalar aquí que los modernos sistemas de armas convencionales, dotados de grandes capacidades de destrucción e instantaneidad en su acción, constituyen amenazas que pueden derivar rápidamente en agresión, tal como, por ejemplo, la «iluminación» efectuada por sistemas electrónicos de radar que guían un posible disparo ulterior de misiles.

En realidad, la ausencia de una noción precisa de «guerra de agresión», hizo de este artículo cincuenta y uno el instrumento en manos de de las grandes potencias para justificar sus guerras en nombre de una noción de autodefensa cada vez más amplia.

Antonio Cassese observa correctamente que las grandes potencias han pretendido y pretenden conservar un amplio margen de libertad de acción a través del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, para lo cual tratan de impedir que nociones como «acto de agresión» y «guerra de agresión» aparezcan definidas rigurosamente pudiéndose así aplicar la disposición de la Carta que prohíbe el uso de la fuerza por los Estados. Menciona este autor: «La definición de agresión quedó suspendida en una suerte de estado de *quiescencia*, sea respecto de su calificación como ilícito del Estado, sea como crimen internacional de un individuo» (2007: 37).

La paz, había declarado Winston Churchill en su discurso a la Cámara de los Comunes del 24 de mayo de 1944, está garantizada por el «aplastante poder militar» de la «nueva organización mundial», la guerra de agresión queda prohibida en el preámbulo de la Carta. La guerra es denominada «flagelo», un flagelo del cual las Naciones Unidas tienen como propósito liberar a la humanidad para siempre. El uso de la fuerza por los Estados está prohibido explícitamente en el cuarto párrafo del artículo segundo, mientras que el artículo treinta y nueve faculta al Consejo de Seguridad para tomar medidas que implican, si fuese necesario, el uso de la fuerza contra un Estado que viole o amenace violar la paz internacional.

Para concretar estos objetivos, la Carta preveía la creación, nunca efectivizada, de un ejército permanente y de un Consejo de Estado

Mayor, compuesto por los Jefes de Estado Mayor de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad subordinados a este mismo Consejo. Se trataba, al menos teóricamente, de crear una suerte de policía internacional. Su poder de intervención militar no se sometía a ningún límite jurídico preciso, mientras que la soberanía de los demás Estados quedaba gravemente limitada. Tampoco se habían previsto mecanismos de sanción para el caso de que la paz fuera violada con actos de agresión no por una potencia mediana sino por una de las grandes potencias vencedoras del conflicto mundial. De allí una práctica, según la cual, llegado el caso el Consejo de Seguridad delega el uso de la fuerza a las grandes potencias, adjudicándoles el poder de recurrir «legítimamente» a la guerra, aún en sus formas más agresivas y devastadoras, tal como hoy ocurre con las fuerzas de la OTAN en Afganistán. El Consejo de Seguridad distribuye así «patentes de corso» a las grandes potencias: guerra del Golfo en 1991, y Somalía más tarde; Bosnia-Herzegovina (1991-1995), Kosovo (1999) para citar algunos ejemplos.

Dice Danilo Zolo: «En realidad el Consejo de Seguridad abdicó de su función primaria –el control y la limitación del uso de la fuerza internacional– y se mostró dispuesto no sólo a autorizar el uso de la fuerza más allá de lo previsto en la Carta, sino también a legitimar *ex post* las conductas bélicas de las grandes potencias, incluso el uso de armas de destrucción masiva cuasi nucleares, como los *fuel-air explosives* y las mortíferas bombas ‘cortamargaritas’ (daisy-cutter), por no hablar del exterminio de civiles inocentes» (2007: 34).

Sustancialmente, el poder de veto y la falta de una obligación de abstención en el caso de encontrarse involucrados en una controversia que exigiera el uso de la fuerza, impedían que un eventual conflicto en el interior del directorio de los miembros permanentes pudiera ser regulado coercitivamente en contra de su voluntad.

A pesar de las reglas introducidas por la Carta, estas no impidieron el desencadenamiento de numerosas guerras al margen de los mecanismos previstos. En nombre de *causas justas*, la Unión Soviética y los Estados Unidos llevaron a cabo acciones militares unilaterales en Hungría (1956), en Checoslovaquia (1968) o en Afganistán (1979) en el caso de la primera; en Cuba (1961), Nicaragua (durante



los años ochenta), Grenada (1983) o en Panamá (1989) en el caso de los segundos. Por todos lados en el Sur se multiplicaron los conflictos de «baja intensidad» y todavía no halló una solución razonable y pacífica la cuestión palestina. Así, el Consejo de Seguridad se encontró impotente ante el veto de los bloques. A lo sumo sirvió como foro de discusión o, en algunos casos, como órgano de gestión de algún cese del fuego, organizando operaciones de mantenimiento de la paz con capacidad de acción limitada.

Tal como Hubert Védrine lo expone: «Definir quién puede legítimamente decidir recurrir a la fuerza es la clave de todo orden internacional» (2009: 255).

El fin del conflicto Este-Oeste hizo anunciar al entonces presidente de los Estados Unidos George H. Bush la llegada de un «nuevo orden» mundial, lo que finalmente no ocurrió, pudiendo considerar que en la actualidad la sociedad mundial se encuentra frente a un gran desorden signado, entre otros factores, por un debilitamiento de la Organización de las Naciones Unidas y del cumplimiento efectivo de las normas establecidas por el derecho internacional. Los ataques militares lanzados por la OTAN contra Yugoslavia en 1999 mostraron cómo las grandes potencias podían eludir al Consejo de Seguridad cuando no estaban seguras de obtener su aval. Esta tendencia se vio reforzada a partir de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001; la «guerra contra el terrorismo» iniciada por los Estados Unidos favoreció lo que podría considerarse como un estado permanente de excepción jurídica. Desde el derrocamiento del gobierno de los talibanes sin que hubiera existido previamente una agresión armada imputable al Estado afgano, hasta la intervención en Irak en 2003 iniciada sin previa autorización del Consejo de Seguridad, la guerra unilateral efectuó una entrada espectacular en el escenario mundial.

Las Naciones Unidas, concebidas como ha sido analizado como medio para garantizar la paz y el equilibrio internacional, han sido transformadas en algunos aspectos en un instrumento de las grandes potencias para justificar acciones militares selectivas, mientras que la pasividad de éstas prevalece en otras situaciones conflictivas.

En este asunto el caso del Estado de Israel es sumamente demostrativo de lo señalado: desde la Resolución 181 del 21 de noviembre

de 1947 que establecía la partición de Palestina, hasta la Resolución 1860 del Consejo de Seguridad del 8 de enero de 2009 que exigía el cese del fuego en Gaza y el «retiro inmediato de las fuerzas israelíes» del territorio palestino, el Estado de Israel no acató treinta resoluciones del Consejo de Seguridad que contemplaban, entre otras cuestiones, «el retiro de las fuerzas israelíes de los territorios ocupados» (Resolución 242 del 22 de noviembre de 1967); «la prohibición de expropiación de tierras y bienes inmobiliarios que puedan modificar el estatuto de Jerusalén» (Resolución 252 del 21 de mayo de 1968); condena las prácticas de Israel en momentos del desencadenamiento de la primera Intifada «que violan los derechos humanos del pueblo palestino en los territorios ocupados...»; etcétera, etcétera, etcétera. Refiriéndose al ataque a Gaza por parte de Israel en diciembre de 2008, observa el relator especial de las Naciones Unidas para los derechos humanos en Palestina, Richard Falk:

A pesar de la emoción generada en el mundo, falta voluntad política en el plano internacional, sea en las Naciones Unidas o fuera de ellas, para procesar a Israel. Una cosa es procesar a Saddam Hussein o Slobodan Milosevic, otra es inculpar a George W. Bush o Ehud Olmert. Desde los procesos de Nüremberg, la impunidad de aquellos que actúan por cuenta de Estados victoriosos y poderosos es patente. Nada parece terminar con este estado de cosas en un futuro próximo, lo que debilita considerablemente el alcance del derecho internacional como instrumento de una justicia mundial. (2009: 13)

El ataque de Israel contra la Franja de Gaza en 2008, se justificó en el lanzamiento por parte de los palestinos de cohetes *Qassam* que costaron la vida de 11 israelíes en un período de tres años. Esta acción militar provocó, por su parte, la muerte de 1314 palestinos, de los cuales las dos terceras partes eran civiles, dejó más de cinco mil heridos, destruyó 4000 inmuebles y causó importantes daños a otros veinte mil.

Olivier Corten dice en relación al tema en tratamiento: «Por otro lado, el fracaso de la Carta de las Naciones Unidas, en lo que al uso de la fuerza respecta, debe ser relativizado. Aun maltratado, el multilateralismo está presente, al menos, en los discursos. Cada ac-

ción militar aparece formalmente justificada en relación al derecho. Las reglas internacionales, en tanto que tales, no son cuestionadas, aun si numerosas doctrinas políticas tratan de justificar el rodeo que de las mismas hacen. A veces se invoca la legítima defensa (Afganistán). En otros casos la referencia se hace a una autorización implícita del Consejo de Seguridad, como fue para Yugoslavia en 1999 o Irak en 2003. Si algunos reivindican el *derecho* a la ingerencia humanitaria, éste es fuertemente rechazado por la casi totalidad de Estados» (2005: 17).

Finalmente, la noción de *guerra preventiva* no ha sido oficialmente reivindicada en el plano jurídico. Para intervenir en Irak, tanto los Estados Unidos como los demás miembros de la coalición han pretendido una interpretación abusiva de antiguas resoluciones del Consejo de Seguridad. Sin embargo, en el contexto de una eventual reforma de la ONU, la idea aparece evocada en algunos casos.

El ex Secretario General de la ONU, Kofi Annan elaboró en 2005 una serie de propuestas para reformar el organismo que, supuestamente, mejorarían su funcionamiento de ser adoptadas, entre ellas la ampliación de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. La idea de que de esta forma este organismo será más representativo, no lo transformará necesariamente en más poderoso y operativo que el actual aun si su autoridad podría encontrarse incrementada en el caso de deliberar sobre una resolución: más miembros puede significar mayores posibilidades de bloqueo. Resulta ilustrativo recordar que, según la Carta, cualquier revisión de la misma requiere el acuerdo de los dos tercios de los miembros de la Asamblea General, así como el de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

En relación a esta reforma no implementada, es importante citar el ex canciller de Francia Hubert Védrine en una nota publicada en marzo de 2004:

¿Por qué debemos reflexionar en este momento sobre una reforma de la ONU cuando ninguna tentativa se vio coronada por el éxito durante los optimistas años '90, en momentos en que, después de la desaparición de la URSS, tomaba fuerza la esperanza de ver instaurarse el reino de una auténtica comunidad interna-

cional regida por la Carta de San Francisco? ¿No lleva esto a sucumbir ante una moda, a la retórica altermundialista o a una quimera tecnocrática, al placer de las arquitecturas de papel y de las ciudades imaginarias? ¿No equivale a lanzarse en esfuerzos destinados a darse de narices contra el muro de la Santa Alianza de los sostenedores del *statu quo*, los Estados Unidos en primer lugar, que no tienen interés en reforzar la ONU; o de Putin ‘que no ve la necesidad de una reforma’; los chinos, que piensan lo mismo; sin hablar de los innumerables desacuerdos que aparecen entre aquellos otros que proponen diversas alternativas de reformas? Reforma indispensable, reforma imposible: ¿antigua serpiente marina? (2009: 253)

El Consejo de Seguridad es un organismo –aristocrático como fue caracterizado– relativamente apto para la gestión de crisis pero con dificultades para producir reglas generales de comportamiento. Por otro lado, la Asamblea General carece de legitimidad democrática en el sentido habitual del término porque representa a Estados y no directamente a poblaciones.

Observa François Heisbourg: «En la práctica, y en el mejor de los casos, ¿la gobernanza del sistema mundo descansará sobre un principio elitista, aquello que denominamos irónicamente *The Best will lead the Rest*, ¿los mejores enseñarán el camino a los otros? Nada asegura que un sistema elitista dará tal poder a los mejores. Por otro lado, la organización no democrática del sistema internacional da a los pequeños –se trate de Estados u ONG’s– la posibilidad de ampliar su influencia superando su peso demográfico, militar o económico» (2007: 197).

Mientras no exista un órgano político único capaz de producir y hacer ejecutar las reglas jurídicas que descansen en una fuerte cohesión ideológica, el derecho internacional dependerá de relaciones de fuerzas y poder coyunturales, tanto en su elaboración como en su aplicación. La obtención de esta cohesión ideológica hoy se encuentra frenada por la colisión observada en el sistema mundo entre valores contradictorios sustentados por comunidades diversas y por la caída relativa de los paradigmas impuestos por el neoliberalismo de los años noventa del siglo pasado, así como por la repotenciación de actores y

perturbadores dentro del sistema que hacen su propia interpretación de las normas establecidas.

Las normas, entonces, no son el fruto de fuerzas impersonales; por el contrario, constituyen el efecto de los condicionamientos resultantes del juego de la mundialización, las normas deben tomar en cuenta esta realidad, más aún si éstas buscan encuadrar a las fuerzas de la mundialización o a liberarlas, o ambas a la vez. La producción de normas puede transformarse así en un instrumento directo del poder sobre otros Estados y sociedades humanas, aun si su objetivo inicial es de otra naturaleza.

Finalmente, ninguna reforma institucional podrá imponer o reemplazar el proceso de legitimación que la Carta, tan maltratada en estos tiempos, procuraba impulsar. El derecho internacional constituye ante todo un lenguaje común del que se espera, por medio de un combate político constante, su contribución para evitar la guerra y los desiguos de las potencias más grandes de imponer sus intereses y valores por medio del empleo de la fuerza.

BIBLIOGRAFÍA

- Glucksmann, A. (1998). «Argelia lloré ante las puertas del siglo XXI». En *L'Express*, París, 2430, enero.
- Weber, M. (1977). *Economía y sociedad*. Bogotá: FCE.
- Messeri, A. (1973). *Il problema del potere nella società occidentale* (p. 2). Florencia: Sansoni.
- Nye, J. S. (1992). *La naturaleza cambiante del poder norteamericano* (p. 35). Buenos Aires: GEL.
- Dougherty, J. y Pfaltzgraff, R. (1993). *Teorías en pugna en las relaciones internacionales* (pp. 92, 17, 103). Buenos Aires: GEL.
- Maquiavelo, N. (1996). *Le prince. Oeuvres complètes* (p. 292). París: Gallimard. *Le prince. Oeuvres complètes*.
- Weber, M. (1991). *Sociología del poder* (pp. 38, 44). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Russell, B. (1939). *El poder en los hombres y los pueblos* (p. 46). Buenos Aires: Losada.
- Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad* (pp. 26, 27, 155, 156, 161, 48). Buenos Aires: FCE.
- Sartre, J.-P. (1960). *Critique de la raison dialectique* (p. 201). París: Gallimard.
- Aron, R. (1973). *Histoire et dialectique de la violence* (p. 50). París: Gallimard.
- Aguirre, P. y Lesser, R. (1995). *El hambre innecesario* (p. 61). Informe Techint 281. Buenos Aires.
- Aron, R. (1962). *Paix et guerre entre les nations* (p. 83). París: Calman-Lévy.
- Wright Mills, C. (1991). *Sociología del poder* (p. 60). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rodríguez Zapatero, J. L. (2008). «Candidato Zapatero» (p. 2). En *El País*, Madrid, 17 de febrero de 2008.
- Armstrong, K. (2009). «Dios» (p. 115). En *Foreign Policy*, Edición Argentina. Archivos del Presente, 51. Buenos Aires.



- Oppenheim, F. (1975). *Los principios morales de la filosofía política* (p. 196). México: FCE.
- Hyppolite, J. (1981). *Introducción a la filosofía de la historia de Hegel* (p. 23). Montevideo: Ediciones Caldeón.
- Hegels, N. (1907). *Theologische Jugendschriften*. Tübingen.
- Hegel, G. W. F. (1985). *Fenomenología del espíritu* (p. 96). México: FCE.
- (1992). *Principes de la philosophie du droit* (p. 358). París: Gallimard.
- Marramao, G. (2006). *Pasaje a Occidente* (p. 195). Buenos Aires: Katz.
- Habermas, J. y Ratzinger, J. (2005). «Diálogo entre la razón y la fe» (pp. 1-4). En *La Nación*. Buenos Aires, 14 de mayo.
- Schuster, F. (2005). *Explicación y predicción* (p. 13). Buenos Aires: CLACSO.
- Lowney, C. (2007). *Un mundo desaparecido* (p. 201). Buenos Aires: El Ateneo.
- Maquiavelo, N. (1996). «Discours sur la première décade de Tite-Live» (p. 416). En *Oeuvres complètes. La Pléiade*. París.
- Ricoeur, P. (1998). *Du texte á l'action* (pp. 346, 338, 365, 366). París: Essais.
- Raymond, A. (1984). *Paix et guerre entre les nations* (p. 116). París: Calmann-Lévy.
- Halajczuk, Bodhan T. y Moya Domínguez, M. T. (1999). *Derecho Internacional Público* (p. 27). Buenos Aires: Ediar.
- Fernández Vega, J. (2005). *Las guerras de la política* (p. 198). Buenos Aires: Edhasa.
- Zolo, D. (2007). *La justicia de los vencedores* (pp. 27, 30, 34, 37). Buenos Aires: Edhasa.
- Salgado Brocal, J. C. (2000). *Democracia y paz. Ensayo sobre las causas de la guerra* (p. 117). Santiago de Chile: Cesim.
- Védrine, H. (2009). *Le temps des chimères* (pp. 253, 255). París: Fayard.
- Falk, R. (2009). «Nécessaire inculpation des responsables de l'agresion contre Gaza» (p. 13). En *Le monde diplomatique*. París, marzo.
- Corten, O. (2005). «Controverses sur l'avenir de l'ONU» (p. 17). En *Le monde diplomatique*. París, septiembre.
- Heisbourg, F. (2007). *L'épaisseur du monde* (p. 197). París: Stock.

ESCENARIOS

La globalización económica

Lo económico es lo antinómico de lo cultural: más lo económico se desarrolla, más se descompone la cultura. Cuando la cultura se destruye lo económico se bloquea, es como una máquina térmica que sólo puede funcionar a partir de una fuente de calor.

HENRI GOBARD. *L'aliénation linguistique*

La libertad es un fantasma vano cuando una clase de hombres puede hambrear a otros impunemente. La igualdad es un fantasma vano cuando el rico, por medio de su monopolio, ejerce el derecho de vida y muerte sobre su semejante. La república no es otra cosa que un fantasma vano cuando opera la contra revolución, día tras día, a través del precio de los alimentos, a los cuales las tres cuartas partes de los ciudadanos no puede acceder sin derramar lágrimas.

JACQUES ROUX. *Manifeste des Enragés* remitido a la Convención el 25 de junio de 1793

Son los valores los que federan y no el culto de los medios o la acumulación de bienes materiales. Por otro lado la ciencia económica, que más que cualquier otra debería decir esto, privilegia el rigor aparente de formalismos vacíos, allí donde se impone encontrar la esencia de las cosas.

RENÉ PASSET. *Le chaos comme modèle*

Decía Paul Valéry en 1928:

Los fenómenos políticos de nuestra época están acompañados y complicados por un cambio sin ejemplo en la escala o, mejor, por un *cambio en el orden de las cosas*. El mundo al que comenzamos a pertenecer, hombres y naciones, es sólo una *figura parecida* al mundo que nos era familiar. El sistema de causas que gobierna la suerte de cada uno de nosotros se extiende en adelante a la totalidad del globo, lo hace resonar por completo a cada conmoción. Ya no hay cuestiones terminadas por haber sido terminadas en un punto. (1954: 37)

Esta reflexión, que parece haber sido formulada en el siglo XXI, fue realizada entre las dos guerras mundiales del siglo pasado. De asombrosa actualidad, el punto de vista de este genial autor conduce a la cuestión epistemológica central de las relaciones internacionales, al incorporar de manera elíptica al estudio de las mismas las nociones de incertidumbre y caos.

Valéry se adelantó a pensar el mundo globalizado y, más que visualizar un cambio de escala diferente a las fases anteriores de expansión colonial e internacionalización, previó, y vivió, un «cambio en el orden de las cosas», una nueva estructura y configuración del mundo.

Nuevamente Paul Valéry:

Debemos suponer que tales transformaciones constituirán la regla. Mientras más avancemos menos simples y menos previsibles serán los efectos; las operaciones políticas y aun las intervenciones de la fuerza (en resumen, la acción evidente y directa) menos serán lo que habíamos esperado que fueran. Los tamaños, las superficies, las masas en presencia, sus conexiones, la imposibilidad de localizar, la rapidez de las repercusiones, impondrán cada vez más una política muy diferente de la actual. (1954: 38)

La globalización entonces, ¿es un cambio de escala, una continuidad con desarrollos anteriores, o se trata de un fenómeno totalmente nuevo que envuelve a todo el globo terráqueo? La adopción del término *sistema mundo* resulta apropiada para comprender un fenóme-

no que, desde una posición antihegemónica y tomando en cuenta flujos y relaciones, permite enfocar el estudio desde un punto de vista dialéctico y no dogmático, partiendo de la idea de que no hay *fin de la historia* ni el mundo se encuentra terminado.

Por ello debe considerarse apropiada la definición de Giacomo Marramao: «En suma, mientras la mundialización evoca temas e interrogantes clásicos de la filosofía de la historia, la globalización parece ante todo asunto de cartógrafos y navegantes» (2006: 16).

El análisis de la globalización, y adopto este término para el enfoque económico porque es de uso corriente, sin bien adhiero a lo planteado anteriormente por el filósofo italiano, se efectuará esencialmente desde una mirada político-polemológica, lo que implica la necesidad de efectuar una sucinta descripción del cuadro económico que la rige, dada la importancia que el mismo adquiere y su eventual influencia en la ocurrencia de los conflictos armados.

Esta nueva, o antigua, realidad que prevalece en el sistema mundo presenta, entre otros aspectos, fuertes tendencias hacia la uniformización de la humanidad, la instalación de lo que se ha dado en llamar *pensamiento único* y su correlato en el *fundamentalismo* del mercado, autorregulado, aspectos insoslayables en cualquier estudio más o menos completo que se pretenda realizar.

La investigación que aquí se expone tiene lugar en medio de las consecuencias de la crisis financiera desencadenada en 2008, lo que podría considerarse como una suerte de *default* hipotecario en los Estados Unidos, afectando en mayor o menor medida a todas las economías del planeta; en consecuencia, sin dejar de analizar los elementos estructurales de la globalización y si los mismos marcan o no tendencias, se tendrán en cuenta las dificultades introducidas por esta nueva situación, vinculadas con los temas que motivan esta presentación.

Aunque no constituya un objetivo central de esta exposición la realización de un análisis detallado de la economía internacional, consideraré algunas características económicas de la globalización, evitando caer en los lugares comunes de las teorías conspirativas que describen a un sinnúmero de fuerzas ocultas que modelan el mundo en su exclusivo beneficio, sin ignorar, por otro lado, que las conspiraciones

son parte integrante de la condición humana en la lucha por el poder, desde los inicios mismos de la historia universal.

Los antecedentes

Para introducirnos en el tema propuesto en este apartado desde su vertiente económica, resulta apropiado citar un artículo publicado el 30 de enero de 1997 en la revista francesa *Le Nouvel Observateur* firmado por Christine Mital, y en el cual se analiza las fortunas de las cincuenta personas más adineradas del mundo:

Aun en sus sueños más locos, los padres del liberalismo no habrían podido imaginar una época fastuosa como la actual: nuevas tecnologías que modifican las distancias, un comunismo que se derrumbó y dejó sin rival al capitalismo, y el planeta todo que sucumbió a la economía de mercado. Para aquellos cuya razón de ser consiste en bajar costos y maximizar ganancias, para aquellos que sueñan con un mundo con la menor cantidad de regulaciones posible, no es más una fiesta, es una bacanal: el obrero de Manila compite con el de Maastricht, la Bolsa de Hong Kong compite con la de Frankfurt, una inversión en México se disputa con otra en Irlanda.

La mundialización en sí misma es un proceso, política y económicamente bastante anárquico y caótico, que será estudiado más adelante desde el ángulo político pues esto es lo que finalmente interesa. Sin un centro definido, algunos autores comparan los tiempos actuales con la Alta Edad Media, verificando en su evolución importantes dosis de espontaneidad, fragmentación e imprevisibilidad.

El marco que ofreció hasta 1989 la confrontación entre los Bloques fue, como nunca antes en la historia, uno de los más propicios para la instalación de un orden mundial efectivo y duradero. Pero las cosas no fueron así y la disputa entre las superpotencias, como así también una gran cantidad de conflictos que obedecieron a lógicas locales caracterizaron a este período, generando multiplicidad de guerras y choques de todo tipo, particularmente en el Tercer Mundo.



¿Por qué entonces, y la cuestión es pertinente, habría de instalarse ahora un *nuevo orden mundial* cuando los antiguos factores de estabilidad en el mundo global han desaparecido sin ser reemplazados por otros?

Coherente con el enfoque dialéctico adoptado en este trabajo, debe señalarse que la mundialización no puede ser tomada como algo fijo, terminado, y que existirá por siempre. La historia está constituida por flujos y reflujos; así, el siglo XVI conoció un poderoso movimiento globalizador, en buena medida «asunto de cartógrafos y navegantes» como indicaba Marramao; el hallazgo de oro y plata en el continente americano puede compararse con el impacto producido por el aumento de los precios del barril de petróleo en 1973. El descubrimiento de los metales preciosos creó nuevas corrientes de intercambio, nuevas rutas comerciales y multinacionales, que estaban financiadas, en aquellos tiempos, por los grandes bancos genoveses, florentinos y holandeses. Las letras de cambio, por su lado, llegaron a funcionar casi como moneda común europea.

Sin embargo, a partir del siglo XVII, cuando se firma la Paz de Westfalia en 1648, las economías comenzaron a cerrarse en el cuadro nacional, imponiéndose los Estados a los mercados y a las aristocracias medievales.

Otro ejemplo más cercano en el tiempo lo constituye un importante proceso de globalización con centro en el Reino Unido que se desarrolló hasta 1914 para terminar, a partir de la crisis mundial de los años treinta, en economías más cerradas y más controladas por los Estados, tanto en el Este como en el Oeste. Por estas razones y teniendo en cuenta otros ejemplos que brinda la historia, así como la muy actual crisis de las hipotecas en los Estados Unidos de 2008 y sus consecuencias ulteriores sobre el empleo y la producción de bienes, debe uno despojarse de cualquier dogmatismo en el estudio de la etapa que actualmente atraviesa el mundo, señalando al pasar que nada es fijo y permanente y las cosas pueden cambiar. Recordando una vez más a Hegel: «sólo el movimiento es lo que permanece de la desaparición».

Las cifras

Este mundo a gran velocidad, que para algunos aparece congelado en el «fin de la historia» y detenido en el tiempo producto de la instauración del capitalismo como modo de producción dominante; presenta una primera contradicción entre la globalización propuesta de la economía y la emergencia de naciones, particularismos, fundamentalismos y regionalismos.

Algunos datos que ilustran los antecedentes y merecen ser destacados: las exportaciones mundiales crecieron un 20% entre 1970 y 1980, un 6,4% entre 1980 y 1990 y un 13,9% entre 1985 y 1990. El intercambio internacional, en 1990, equivalió al 15% del producto bruto mundial. La parte del planeta no satisfecha por la producción local de bienes y mercancías, a nivel mundial, era del 15% en 1973 y del 22% en 1988. La tasa media de crecimiento anual de las inversiones destinadas a investigación y desarrollo fue del 15% entre 1970 y 1985 y del 28% entre 1985 y 1990. Las compras y fusiones de empresas se multiplicaron por cuatro entre 1982 y 1988 (1997: 78).

Del 14 al 18 de junio de 2004, tuvo lugar en la ciudad de San Pablo, Brasil, una reunión de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, encuentro en el cual la CNUCED conmemoraba sus cuarenta años de existencia y en el que se describió un panorama sombrío de la situación por la que atraviesan los más pobres en el mundo globalizado. En un *Informe* elaborado en esta Conferencia se cita, entre otros datos, que los productos agrícolas representan lo esencial de sus ingresos por exportaciones para 86 de los 191 países miembros de la ONU. El poder de compra de estos productos, sin embargo, no es en 2004 más que un tercio, o aún menos, de lo que era cuando se creó la CNUCED en 1964.

Ciento veintidós países del Tercer Mundo concentran el 85% de la población mundial, pero su participación en el comercio internacional asciende al 25%. El planeta contaba en 2004 con más de 1.200 millones de seres humanos que vegetaban en una miseria extrema con menos de un dólar por día para su subsistencia, mientras que 1% de los más ricos ganaba tanto dinero como el 57% de las personas más pobres de la Tierra.

Ochocientos cincuenta millones de adultos son analfabetos y 325 millones de niños en edad escolar no tienen oportunidad de contar con una educación adecuada o de frecuentar una escuela.

Las enfermedades curables mataron en 2003 a 12 millones de personas, esencialmente en países del hemisferio sur en vías de desarrollo.

En momentos de la fundación de la CNUCED, la deuda externa acumulada de 122 países del Tercer Mundo era de 54 mil millones de dólares. La misma superaba los dos billones de dólares en 2004. Uno de los mecanismos más importantes para la dominación que ejercen los países del Norte rico sobre las naciones del Sur pobre es el cobro de los servicios de la deuda. En 2003, por ejemplo, la ayuda pública al desarrollo proveída por los países industrializados del Norte para 122 países del Tercer Mundo alcanzó 54 mil millones de dólares. Durante el mismo período, las transferencias efectuadas desde el Sur al Norte, en concepto de pago de los servicios de la deuda, alcanzó los 436 mil millones de dólares estadounidenses.

En 1964, 400 millones de personas sufrían la subalimentación, crónica y permanente. En 2004 la cifra se elevaba a 842 millones.

Como fue señalado, la globalización se manifestó, en sus tramos iniciales y en algunos aspectos, a través de la intensificación de los intercambios y las inversiones directas. Muchos autores, con los que coincido, han señalado que este proceso es anterior a la caída del Muro de Berlín y la ulterior desaparición de la Unión Soviética. Sí puede verificarse después de estos hechos la aceleración y profundización del mismo que llega hasta el día de hoy.

Algunas cifras más son reveladoras de lo afirmado. Entre 1960 y 1970, teniendo en cuenta que se trata de un período que podría considerarse como posterior a una guerra que dejó un saldo importante de muerte y destrucción, y mediando protecciones tanto como regulaciones de toda especie, el PBI mundial por habitante creció más del 3% por año, y si se toma el período 1945-1975 los «treinta gloriosos» como han sido calificados por muchos economistas, la tasa media de crecimiento del PBI por habitante fue del 4,8%. En el período tomado desde 1980 a 1990, fuertemente condicionado por las políticas neoliberales de Ronald Reagan en los Estados Unidos y Margaret Thatcher en el Reino Unido, el porcentaje promedio de crecimiento del PBI fue sólo del 2,3%.

El caso de los Estados Unidos en tiempos del presidente Reagan es ilustrativo: según Martin Feldstein de *The Wall Street Journal*, el incremento del PBI norteamericano descendió del 4,1% en los años sesenta a 2,8% en los setenta, 2,6% en los ochenta y 0,9% en los noventa. Estos números dan por tierra uno de los postulados fundamentales del neoliberalismo, cuando sostiene que un Estado económicamente activo constituye un impedimento para el crecimiento de las naciones.

Según el Banco Mundial, el 20% de los habitantes más ricos del mundo dispone de 80% del PBI mundial señalando, igualmente, que el crecimiento anual de la pobreza en el globo es del 2%, casi el mismo porcentaje de incremento de la población en idéntico período de tiempo. En un informe de esta Institución publicado en Washington en abril de 2007, titulado «*El número de personas pobres cae por debajo de los mil millones*», se dice que la cantidad de individuos en el mundo viviendo con menos de un dólar estadounidense al día descendió al 18,4% de la pobreza mundial en 2004, pasando de 1250 millones en 2000 a 985 millones. El mismo informe estima, para 2004, en 2600 millones las personas que viven con dos dólares diarios, es decir, casi la mitad de la población de los países en desarrollo. Una de las razones fundamentales del descenso desde 1990 hasta 2004 el Banco Mundial la ubica en el crecimiento explosivo de China y la reducción de la pobreza extrema durante esos años en el gigante asiático. Sin embargo, el mismo informe observa:

durante el pasado decenio, la reducción de la pobreza no se verificó de la misma manera y en todos los lugares en consonancia con el crecimiento de los ingresos. En algunos países la desigualdad se agravó, ya que los pobres no pudieron aprovechar los beneficios de la expansión económica, debido a la falta de oportunidades de empleo, a una educación insuficiente y a la carencia de sistemas sanitarios adecuados.

A esto debe agregarse un informe de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), publicado por *La Nación* de Buenos Aires el 20 de junio de 2009, en el cual se da cuenta del incremento del hambre en el mundo a partir de la crisis



financiera de 2008. «Una mezcla explosiva de desaceleración económica mundial y precios de los alimentos, que se empeñan en permanecer altos en muchos países, ha empujado a unos 100 millones de personas más al hambre y la pobreza», según el director general de la FAO Jacques Diouf.

A pesar de los porcentajes moderados de crecimiento durante los años noventa del siglo pasado, los países que conforman la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), los más desarrollados del mundo, no escaparon al incremento del desempleo y la pobreza (1993). En el caso de las naciones europeas la pobreza llegó a abarcar al 15% de la población, luego de haber prácticamente desaparecido durante los años sesenta y los «treinta gloriosos» arriba mencionados.

Por ejemplo, el número de personas que vivía bajo la línea de pobreza, cifra que no ha sufrido modificaciones sensibles en la actualidad, ascendía a ocho millones en Alemania y cinco millones en Francia. El número de pobres en Gran Bretaña, Thatcher mediante, pasó de cinco millones en 1979 a quince millones en 1992; en este país, el 10% de los más ricos vio incrementar sus ingresos en un 62% en estos años, mientras que los más pobres vieron disminuir sus ingresos en un 17%.

En los Estados Unidos, 75 millones de norteamericanos ganaba, en momentos de confeccionarse el trabajo citado, menos que en 1966 en valores constantes; la tasa de mortalidad infantil en la primera potencia del mundo en los años de Reagan era superior a la de Grecia y, mientras que el 20% de los más pobres accedía al 3,7% del ingreso nacional, el 20% de los más ricos usufructuaba el 50% del ingreso nacional. Según datos de la Oficina de Censos de los Estados Unidos, mientras los ricos norteamericanos percibían 27.000 dólares más cada año, los más pobres dejaron de percibir 2.500 dólares en el mismo período de tiempo. En promedio, las familias más acomodadas se llevan 117.500 dólares por año y por familia, contra 1.500 de las más pobres. Esto era así en los noventa, consecuencia de la aplicación del dogma neoliberal, debiendo destacarse que este estado de cosas no ha cambiado sustancialmente en este tiempo; para citar un ejemplo, en la actualidad el 15% de los estadounidenses carece de protección de salud. En la misma dirección dice Paul Krugman, Premio Nobel de economía 2008,

en una nota publicada por el periódico *El País* de Madrid el 26 de octubre de 2008 titulada *Los verdaderos fontaneros de Ohio*:

El gobierno de Bush nos aseguraba en 2007 que la economía iba viento en popa, pero la renta media de los fontaneros de Ohio de acuerdo con ese informe de 2007 era sólo un 15,5% superior a la del informe de 2000, lo cual no bastaba para compensar la subida del 17,7% experimentada por el índice de precios al consumo en el Medio Oeste. Y lo mismo que les pasaba a los fontaneros de Ohio le pasaba al país: la renta media de las familias, ajustada a la inflación, era más baja en 2007 que en 2000. [...]

Los fontaneros de Ohio tienen dificultades para conseguir un seguro sanitario, sobre todo si, como muchos autónomos, trabajan para empresas pequeñas. Según la Kaiser Family Foundation, en 2007 sólo el 45% de las empresas con menos de 10 trabajadores ofrecían prestaciones de salud, frente al 57% en 2000 [...]

Ahora que «la expansión de Bush», con todo lo que era, se ha acabado, vemos que ha conseguido una triste distinción: por primera vez desde que hay registros, una expansión económica no ha conseguido aumentar la renta de la mayoría de los estadounidenses por encima de su máximo anterior.

Más datos al respecto proporciona Mathias Roux:

Numerosos neologismos han sido inventados por la prensa para describir la evolución de las grandes fortunas en el mundo: hiper ricos, mega ricos, hiper lujo, estos términos dan una idea de lo desmedido de los grandes patrimonios y, al mismo tiempo, de las desigualdades que conlleva su condición. Los números por otro lado no necesitan estas innovaciones en el léxico. En los Estados Unidos, 1% de los norteamericanos posee un tercio del patrimonio nacional. En 2005, este mismo 1% recibió 21,2% de los beneficios totales mientras que la mitad de la población peor pagada percibía el 12,8%. En resumen, el 1% de arriba ganó cerca del doble de lo ganado por el 50% de abajo. (2008: 9)



Como si todo esto no resultara suficiente, un artículo reciente del periodista Adam Liptak de *The New York Times* titulado «Uno de cada cuatro presos está en EE. UU.», refleja ciertas consecuencias sociales de este proceso: «Estados Unidos tiene menos del cinco por ciento de la población mundial. Pero casi la cuarta parte de los presos del mundo. Por ejemplo, Estados Unidos tiene 2.300.000 criminales entre rejas, más que cualquier otra nación, según datos del Centro Internacional de Estudios Carcelarios, del King's College de Londres».

En la misma nota, publicada por el diario *La Nación* de Buenos Aires el 24 de abril de 2008, Liptak apunta:

El pico de los índices de encarcelamiento norteamericano es bastante reciente. Desde 1925 hasta 1975, el índice se mantuvo estable, alrededor de 110 presos por cada 100.000 habitantes. Hoy tiene 751 individuos presos por cada 100.000 habitantes (si se consideran sólo los adultos, uno de cada 100 norteamericanos está preso). «Los expertos legales norteamericanos señalan una maraña de factores para explicar el extraordinario índice de encarcelamiento en Estados Unidos: mayores niveles de delitos violentos, condenas más severas, un legado de agitación racial, una vehemencia especial para combatir el narcotráfico, el temperamento norteamericano y la falta de una red de seguridad social.

Por su parte, George Ross, Director de Investigación de la Universidad de Harvard observa en relación al problema señalado por Liptak que la individualización de la seguridad colectiva crea necesariamente fuertes desigualdades ante el riesgo. Tal como lo probó la quiebra de *Enron*, y todas las que le han seguido, los mercados bursátiles, hasta la crisis de 2008 han sido particularmente opacos. Se puede pensar entonces que numerosos inversores sin experiencia verán desaparecer sus ahorros de la noche a la mañana, mientras que los más hábiles, es decir los más ricos y mejor informados, realizarán importantes beneficios. Concluyendo Ross: «Para los conservadores, el Estado debe intervenir en la reorganización de la sociedad a fin de facilitar a los norteamericanos acumular capital y realizar buenas inversiones. Por otro lado *reformas* tales como las de las jubilaciones



significan enormes gastos públicos. Aquí se trata de *crear* un nuevo *ciudadano* liberado de toda obligación moral vinculada a algún sentimiento de solidaridad colectiva» (2005: 6).

En la década de los ochenta del siglo XX, el psicoanalista norteamericano Paul L. Wachtel, publicó un libro *Miseria de la opulencia*, en el que se formula una crítica mordaz a la sociedad de consumo estadounidense y a los efectos que esto tiene sobre la cohesión y solidaridad de la comunidad. En este trabajo Wachtel analiza cómo la totalidad del sistema económico norteamericano se basa en la idea de que los deseos humanos son inagotables, constituyendo un mercado potencial para cualquier cosa que se pueda producir, señalando en consecuencia: «Sin que siempre reconozcamos lo que estamos haciendo o cómo lo hacemos, hemos establecido un patrón en el que de manera continua creamos el descontento, y atribuimos el deseo incansable a la expresión espontánea de la naturaleza humana» (1989: 27).

En el mismo libro este autor señala:

El crecimiento no es sustituto de una mayor igualdad, sin embargo, es tentador pensar que el crecimiento nos puede proporcionar una salida fácil para enfrentar los problemas acerca de la justicia de la distribución actual, aun cuando tales problemas no desaparecerán. Las personas que proponen el crecimiento actúan como realistas obstinados; empero, su punto de vista de comprar al necesitado con las migajas de su mesa es de hecho una peligrosa e ingenua fantasía, no importa qué tan cubiertas de azúcar están las migajas o qué tan grande sea la mesa.

Ricos cada vez más ricos que nadan en un verdadero océano de pobres, esto es lo que define en muchos aspectos la realidad de este mundo globalizado. Al respecto, dice Pierre Rimbart:

Según un estudio publicado a fines de marzo por el gabinete de consejeros Oliver Wyman, la fortuna acumulada por los que poseen miles de millones en el planeta se elevaría a cincuenta billones de dólares. Esto es tres veces y media el PBI norteamericano y cincuenta veces la suma de las pérdidas ocasionadas por la crisis financiera abierta en 2007, considerada como la más grave desde 1929.



En la mayoría de los países occidentales, la crisis de los años treinta y las medidas fiscales adoptadas después de la Segunda Guerra Mundial bajo la presión del movimiento obrero, habían achicado las desigualdades. En los Estados Unidos, las tasas impositivas aplicadas a la franja superior de las ganancias fue de 91% hasta 1964; en el Reino Unido, era de 83% cuando Margaret Thatcher ganó las elecciones en 1979; en Francia, el gobierno de Raymond Barre la llevó al 80% en 1980. En estos tres países, en la actualidad oscila entre el 35% y el 40%. Las razones de esta felicidad recuperada son conocidas: desregulación financiera, extensión internacional de la competencia, abdicación de una izquierda aburguesada y convencida, como la derecha, que el dinero de los privilegiados termina por derramarse sobre el frente de los pobres. (2008: 4)

Así como en los países desarrollados, según Ha-Joon Chang (2003: 26), el PBI por habitante pasó de un crecimiento del 3,2% anual para el período 1960-1980, a otro del 2,2% anual en 1980-1990. En iguales lapsos de tiempo las naciones en vías de desarrollo vieron su PBI *per cápita* disminuir desde el 3% al 1,5% por año. En el caso particular de América Latina, el ingreso por habitante y por año se redujo del 3% anual durante 1960-1980, a 0,6% en 1980-1990.

Bernard Kliksberg, experto argentino asesor de las Naciones Unidas, destaca en un artículo publicado por el diario *La Nación* de Buenos Aires y basándose en cifras del Banco Mundial, que en América Latina el 10% más rico concentra el 48% del ingreso, mientras que el 10% más pobre sólo dispone del 1,6%; en una comparación similar los números para el continente africano son del 42,9% y 2,1% respectivamente. En Brasil la brecha entre ricos y pobres es de 54 veces, en Colombia 57,8 veces, 63 veces en Guatemala y, tomando algunos países desarrollados, 14 veces en Italia y 16,3 veces en los Estados Unidos. Esta brecha se amplió a partir de la crisis financiera de 2008, según datos de la Oficina de Censos de los Estados Unidos correspondientes al mes de octubre, la diferencia entre ricos y pobres en esta nación del Norte ascendió a setenta y siete veces, a niveles similares a los registrados en los países en vías de desarrollo. Señala el autor arriba citado en otro pasaje de su artículo: «Según los detallados estudios del Banco

Interamericano de Desarrollo, el 10% más rico de la región tiene doce años de escolaridad; el 30% más pobre sólo cinco. En el 20% más rico, de cada mil niños, cuarenta mueren antes de cumplir cinco años; en el 20% más pobre más del doble: cerca de cien» (2008: 28).

El caso de Argentina es significativo para comprender los efectos perniciosos del neoliberalismo: la brecha entre el 10% más rico y el 10% más pobre pasó de 18 veces en 1993 a 24 veces en 1998, llegando a 26 veces en el año 2000 y situándose en torno a las 32 veces en 2008.

Durante el período mencionado, y siempre según los datos del Banco Mundial referidos a la Argentina que cita Kliksberg, siete millones de personas dejaron de pertenecer a la clase media para devenir «nuevos pobres», particularmente obreros calificados cuyas industrias cerraron y sectores del comercio vinculados a poblaciones de los centros industriales. También, en 2001 el 20% más rico gozaba de 13,4 años de escolaridad mientras que el 10% más pobre apenas alcanzaba los 7,3 años de escolaridad. En los estratos más altos, y siempre en referencia a nuestro país, ocho de cada diez personas se hallaban conectadas a Internet para la misma época, mientras que en los estratos más bajos de la población la cifra se reducía a uno de cada diez.

Este mismo autor señala en otra parte del artículo que las polarizaciones tienen todo tipo de efectos económicos negativos: reducen los mercados internos, impiden en consecuencia que las empresas puedan producir en escala, afectan la productividad y limitan la formación de ahorro nacional.

América Latina es mencionada con frecuencia como ejemplo típico de las agudas disfuncionalidades de las iniquidades pronunciadas y a ellas se atribuye un papel clave en las bajas tasas de crecimiento. Chris Patten, comisario de la Unión Europea apunta: «Si el ingreso en América Latina se encontrara distribuido de la misma manera que en Asia del Este, la pobreza en la región sería apenas un quinto de lo que es hoy... Esto resulta importante no sólo desde el punto de vista humanitario, sino también desde una perspectiva práctica, políticamente interesada. Si se redujera la pobreza a la mitad se duplicaría el tamaño del mercado».

La desigualdad, entonces, no es un castigo de la naturaleza. Es una construcción humana. La experiencia de regiones como los paí-



ses nórdicos de Europa o el sudeste asiático –con importantes logros en este campo por diversos caminos– indican que se requieren políticas públicas activas, bien administradas y transparentes, que abran oportunidades productivas para todos y garanticen a cada ciudadano los derechos de nutrición, salud y educación que hacen a un sistema democrático; resultando imprescindible, al mismo tiempo, una movilización de las energías de la sociedad civil a través de fuerzas como el voluntariado, la responsabilidad social empresarial y la participación ciudadana. En este punto aparece resaltada mi opinión particular, sin que por ello se puedan obviar los datos objetivos acerca de las consecuencias que la aplicación de las políticas neoliberales ha tenido sobre la vida de millones de personas.

El caso de África es dramático, el número de desnutridos, según Berthelot, pasó de 826 millones en el período 1995-1997, a 852 millones en el período 2000-2002, de los cuales el 75% era población rural (2005: 7).

Bajo el pretexto de que la parte de África subsahariana en los intercambios comerciales globales pasó del 2% al 1,6% entre 1990 y 2004, se lee en muchos lugares que esto demuestra su incorrecta inserción en el mercado mundial. Es una falta enorme a la verdad; la parte del intercambio en el PBI era, en 2003, del 52,7% contra el 41,5% de la media mundial, 19% en los Estados Unidos, 19,9% en Japón y 16% en la zona euro (sin los intercambios internos). De allí una conclusión nunca expresada públicamente: dejando de lado el 70% de los países emergentes de Asia Oriental (China a la cabeza) la riqueza de las naciones es inversamente proporcional a su inserción en el comercio mundial.

La República Popular China, que viene creciendo a un ritmo sostenido de aproximadamente 9,5% anual desde hace once años, representó en el año 2008 un 5% de la economía mundial, habiendo sido el 1% en 1976 y proyectándose al 15% para el año 2020, siempre y cuando las tasas de crecimiento se mantengan elevadas. Aun así, esta gran nación asiática no escapa a las desigualdades más arriba señaladas para el resto del mundo, según los datos publicados en la edición

francesa *L'Atlas de Monde Diplomatique* de 2009, 47% de personas en China y 80% en la India viven con menos de dos dólares por día .

En lo que al año 2008 respecta, China dominaba el 55% del mercado mundial de computadoras, el 30% de aparatos de televisión de pantalla plana, el 28% de microprocesadores, el 85% de juguetes, poseyendo al mismo tiempo la más grande reserva de dólares del mundo: dos billones. Durante 2007 invirtió el 1,8% de su PBI en Investigación y Desarrollo, siendo esta cifra más del doble de lo invertido en 1997. Sin embargo, 900 millones de habitantes sobre los 1300 millones estimados del total de la población, encuentran grandes dificultades para acceder al consumo. Por esta razón el presidente Hu Jintao, en el pleno del Comité Central del Partido Comunista celebrado el 11 de octubre de 2005, anunció un plan quinquenal de lucha contra la desigualdad.

Dice Martine Bulard:

Las desigualdades estallan. Aun el muy docto *Study Times*, periódico de la Escuela del Partido Comunista, se alarma: «El alerta naranja está encendido y el alerta rojo puede ser alcanzado en los próximos cinco años». Según el Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, el 20% de los más ricos acapara el 55% de las riquezas del país, mientras que el 20% de los más pobres debe conformarse con el 4,7%. El *coeficiente GINI* establecido por el PNUD para medir las desigualdades (con una graduación que va desde cero en caso de igualdad hasta cien), sitúa a China en el nivel 44,7 en 2004, menos que Brasil (59,1), Chile (57,1) o Nigeria (50,6), pero en un nivel muy alto y sobre todo en alza constante: 28 en 1981. (2006: 12)

China debe su desarrollo explosivo en gran medida a un conjunto de elementos que incluyen homogeneidad étnica, una fuerte cultura del trabajo y un sentido particular de la familia y las relaciones sociales, lo que hoy se conoce como *Asian values* y será tratado en el apartado siguiente; lo que otros autores denominan *confianza*, conformada por un conjunto de factores y siendo el mercado tan sólo uno de ellos, no necesariamente el más importante. Estos factores, que le han dado una gran competitividad a esta nación asiática, hoy comien-



zan a cruzir ante el avance del *fundamentalismo* del mercado, una de cuyas máximas expresiones es el individualismo y la búsqueda de beneficios sin importar demasiado el precio a pagar, humano, material o medioambiental. Por estas razones el futuro de China alberga hoy más preguntas que respuestas si se toman parámetros que vayan más allá de lo exclusivamente económico; pudiendo señalar entre otros la emergencia de un fuerte nacionalismo que se manifestó durante los Juegos Olímpicos de 2008 y dirigido en gran medida hacia Taiwán; problemas relativos al respeto de las libertades y los derechos humanos; las disparidades pronunciadas entre los regímenes costeros y el interior del país como fuentes potenciales de inestabilidad política, y una creciente dependencia energética.

Otro aspecto a considerar se vincula con lo señalado en el programa de la Organización de las Naciones Unidas del Habitat. En el informe *El estado de las ciudades del mundo 2006-2007*, da cuenta que en el año 2007 la población urbana por primera vez en la historia superó a la población rural en el planeta. En este documento se señala que la población instalada en asentamientos precarios (sin elementos básicos para la vida) crece a un ritmo del 2,2% por año, ubicándose el continente africano a la cabeza. También se menciona que en 2006 vivían mil millones de personas en asentamientos precarios, elevándose este número a 1400 millones en 2020 según las proyecciones efectuadas por el Programa. En este mismo trabajo se indica que el 10% de los habitantes de los barrios mencionados se encuentra en los países desarrollados y que el 31,9% de población urbana de América Latina está instalado en estos asentamientos, constatándose, para este último caso, un proceso de desaceleración, pues la cifra llegaba al 35% en 1990 (2006). Estos datos son importantes en el marco del análisis de los escenarios de futuros conflictos.

Otra vez Ha-Joon Chang y sus observaciones acerca de las políticas neoliberales:

Los partidarios del librecambio creen actuar en el sentido de la historia. Según ellos, esta práctica estuvo en el origen de la riqueza de los países desarrollados; de allí su crítica a los países en vías de desarrollo que rechazan adoptar una receta ya proba-

da. Nada más alejado de la realidad. Los hechos históricos están allí para demostrarlo: cuando los países actualmente desarrollados estaban aún en desarrollo incipiente, no llevaron adelante ninguna de las políticas que hoy pregonan. Y en ningún otro lado la diferencia entre el mito y la realidad es tan flagrante como en los casos de Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Las armas privilegiadas, entonces, de una guerra económica sin fronteras parecen ser los precios, las innovaciones, las reducciones de costos, los despidos de personal, la lucha por el control de sociedades rivales y los acuerdos de cooperación, entre otras. Aclarando que se emplea el término *guerra* porque se adapta mejor a una comprensión rápida del tema y es de uso corriente en estos tiempos, si bien debe quedar salvado el sentido cabal del concepto, adoptado en este trabajo, cuando el mismo se refiere al empleo de la violencia armada entre comunidades o grupos organizados.

La globalización, además, intensifica la presión competitiva sobre el mercado laboral y las remuneraciones. En este marco las empresas encaran procesos productivos con menor proporción de trabajo no calificado e, inversamente, más intensivo en trabajo calificado, situación que se verifica principalmente en el caso de los países desarrollados. Aparece también la deslocalización de las mismas por medio de la instalación de filiales en otras latitudes, alejadas de las sedes de las casas matrices, de esta forma se obtienen beneficios extras debido a cargas impositivas, servicios y costos salariales más bajos.

El discutido salvataje financiero solicitado por las industrias automotrices norteamericanas en 2008, por ejemplo, incluye una cláusula que implica una reducción sensible de salarios para los trabajadores de estas empresas; el objetivo, según fue reconocido públicamente, es nivelarlos con sus competidoras asiáticas. Implantarse afuera y optimizar la organización planetaria de las actividades obliga a las grandes empresas a planificar, lo que implica una contradicción con las teorías o discurso neoliberales acerca del mercado como gran regulador y sin ningún tipo de traba, control o planificación por parte del Estado.

Jean-Paul Fitoussi, refiriéndose al mito de la cuasi racionalidad del *mercado*, similar al mito del legislador racional, nos dice al respecto: «El mercado anónimo ha triunfado en todas partes, pero tiene

un diseño misterioso. La mayoría de los comunicadores habla de él como una persona dotada de capacidad de producción y de poder. Se dice, por ejemplo, que el mercado aprueba o sanciona la política de tal o cual gobierno. Sin embargo, el mercado no es Dios que vino a la Tierra después de la caída del socialismo. Sólo es un método cómodo y eficaz de los economistas para hablar de los recursos que serán afectados a los usos más productivos: por ejemplo, en las oportunidades de inversión» (1998: 18).

Las empresas transnacionales

Actores importantes de la globalización son las empresas transnacionales denominadas comúnmente multinacionales. Estos verdaderos *imperios* modernos organizan sus espacios a partir de objetivos cuya divisa es la maximización del beneficio y no siempre tienen motivos para coincidir con la organización óptima de los espacios nacionales. Las grandes empresas transnacionales rivalizan, en consecuencia, con los Estados-nación privando a estos de una palanca esencial desde un punto de vista político como lo es la organización coherente y armónica de su propio espacio. Algunos autores las denominan «imperios desterritorializados» constituyendo *per se* una fuente mayor de conflicto desde el momento en que su accionar presenta un cúmulo importante de contradicciones.

Ya en un trabajo titulado *The Modern Corporation and Private Property*, publicado por Columbia University Press en 1933, decían Adolf Berle y Gardiner Means: «El surgimiento de la gran empresa (corporation) ha favorecido una concentración sin precedentes del poder económico que, en el futuro, podría medirse en un pie de igualdad con el Estado moderno y que aún podría llegar a destronarlo como estructura dominante de la organización social».

Las 374 más grandes empresas transnacionales inventariadas por el índice *Standard and Poor's* controlaban en conjunto, en 2005, quinientos cincuenta y cinco mil millones de dólares de reservas. Esta suma se multiplicó por dos desde 1999. La empresa más grande del mundo, Microsoft, posee bienes calculados en 60.000 millones de dólares. Desde

los comienzos de 2004, y siempre según el índice citado, esta transnacional incrementa sus reservas en mil millones por mes.

Según informes de la Organización de las Naciones Unidas, en la actualidad sólo treinta países, de los casi 194 que son parte de esta organización internacional, cuentan con un producto bruto superior a las cifras anuales de negocios de las principales empresas transnacionales. Según la CNUCED, las quinientas más grandes sociedades capitalistas transnacionales controlan hoy 52% del PBI del planeta; teniendo el 58% de estas su casa matriz radicada en los Estados Unidos. En conjunto, estas sociedades emplean el 1,8% de la mano de obra mundial. Estas quinientas empresas poseen riquezas superiores a los haberes acumulados de los 133 países más pobres del mundo.

Desde los centros del pensamiento neoliberal se ha intentado imponer la imagen idílica de un mercado mundial sin fronteras y sin centro. La realidad sin embargo, y reforzando los datos más arriba citados, muestra que las grandes empresas poseen bases territoriales aunque en muchos casos actúen de manera relativamente independiente. Empresas cuyas casas matrices se hallan radicadas en cinco países del mundo: Japón, Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos, totalizan más del 70% de las inversiones directas realizadas en el planeta.

En el mundo actual, las empresas transnacionales vuelcan sobre el mercado productos supuestamente «apátridas», estandarizados, contribuyendo de alguna manera a un escenario de confrontación, puesto que estas acciones tienen como consecuencia, buscada o no, la nivelación de las culturas por lo más bajo. Culturas que se ven empujadas hacia un denominador común, consumista, generando en respuesta fuertes resistencias y oposiciones de aquellos cuyo ingreso no les permite acceder a la sociedad de consumo y ven cómo, día a día, sus creencias, tradiciones y valores ancestrales son avasallados por mensajes cuyo acento fundamental y acto trascendente está colocado en el consumo y/o la posesión de bienes materiales.

Un informe de la Comisión de las Naciones Unidas para el Desarrollo daba cuenta en 1995 que cuarenta mil firmas transnacionales realizan las dos terceras partes del comercio mundial. Según este, un tercio de la producción mundial depende directamente de las empre-



sas mencionadas, lo que da una idea del nivel de concentración económica y de poder que genera el proceso en curso. El mismo organismo inventariaba 85.000 firmas para el año 2005.

En la publicación francesa *Manière de Voir*, Jacques Decornoy dice al respecto:

Producto químicamente puro del economicismo, el último informe de la *Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo* (CNUCED) de 1993 sobre las empresas transnacionales constituye uno de los testimonios más esclarecedor que se pueda imaginar sobre el estado real del planeta, o más bien sobre la ideología que lo modela. Si se lo lee no hay más sociedades, naciones, culturas o valores supremos. De la misma manera que una bomba neutrónica destruye la vida pero deja intactas las cosas, la situación descrita expone un mundo emergente, regido totalmente por las redes inextricables de las firmas transnacionales. El único derecho válido deberá ser un derecho fiscal único. ¡Desgracia para los Estados que se aparten de la vía trazada! Avalando este documento la ONU, de la cual la CNUCED es una emanación, parece satisfecha al informar. Saludando esta evolución reniega de su misión al hacerse el portavoz de grupos privados omnipresentes, de esta forma ella viola la Carta.

De alrededor de 7.000 en 1970, indica el Informe, el número de sociedades transnacionales pasó a más de 37.000 en 1992 (con 170.000 filiales en el extranjero). Éstas poseen un tercio de los haberes productivos mundiales y 2 billones de dólares invertidos en el exterior. El conjunto de sus ventas, también en el extranjero, se eleva a 5,5 billones de dólares.

Cifras colosales pero que dicen poco de la concentración capitalista. Concentración geográfica, porque más del 90% de las sociedades transnacionales tiene su sede en los países del Norte, de las cuales más del 50% en cuatro países: Estados Unidos, Japón, Reino Unido y Francia.

Concentración sectorial también. Cincuenta por ciento de los haberes en el extranjero se sitúan en cuatro ramas: petróleo, automóvil, química y productos farmacéuticos. Teniendo en cuenta, por otro lado, que estas listas excluyen a bancos y compañías de seguros. (2007:31)

Vale aclarar aquí que cuando se dice billones la referencia se hace al millón de millón.

En relación a este punto debe señalarse que el desempleo, el trabajo precario, el rigor salarial y la protección social cuestionada o, dicho de otra manera, los inconvenientes sociales –reales o supuestos– de la globalización se han transformado en la obsesión de los asalariados y de sus gobiernos. Observando asimismo que los grandes grupos económicos y las firmas transnacionales, actores principales de la globalización, se preocupan igualmente por las consecuencias negativas de esta. Cuando se endurecen en demasía tornándose más precarias las condiciones del empleo, los asalariados son compelidos a incrementar los ahorros que les permiten cubrirse en materia de seguridad antes que los mismos se destinen al consumo, de esta forma amenazan los productos entregados por las empresas al mercado que ven cómo la demanda y las ganancias se reducen. Los responsables políticos, desorientados en casi todos los casos, se lanzan a la búsqueda de un nuevo modelo que concilie los condicionamientos de la globalización con la preservación de la cohesión social, tal como ha venido ocurriendo desde 2008 con la crisis de las hipotecas y los salvatajes implementados de los sectores bancario y financiero.

Por otro lado, del Director de *Le Monde Diplomatique*, Ignacio Ramonet, citando datos del Banco Mundial plantea: «un planeta donde la fortuna de los 358 más ricos, multimillonarios en dólares, es superior al ingreso anual del 45% de los habitantes más pobres, es decir, de dos mil seiscientos millones de personas. Tales diferencias están cargadas de amenazas contra las cuales las armas tradicionales de las potencias no resultan eficaces» (1997: 7).

Dougherty y Pfaltzgraff, sostienen al referirse a las empresas transnacionales, que estas pueden servir a los intereses políticos extranjeros de sus gobiernos anfitriones, tanto como pueden contravenir tales intereses. Pueden comprometerse en actividades de recolección de inteligencia; pueden intervenir legal o ilegalmente en los asuntos políticos internos del anfitrión (por ejemplo, intentando influir en el resultado de las elecciones o convenciendo al gobierno anfitrión de que altere ciertas políticas); y pueden presionar al gobierno del Estado de origen para que busque políticas legislativamente confirmadas



y de diplomacia exterior que promuevan los intereses de las mismas, sin tener demasiado en cuenta sus consecuencias sobre el devenir de los países anfitriones (1993: 266).

A mediados del año 2002 fue publicado un trabajo de enorme importancia y trascendencia pues combate la idea del *pensamiento único* según la cual sólo un camino es posible para romper con el atraso en este mundo globalizado. Este libro, que sin mencionarlo explícitamente da por tierra con estos puntos de vista, demuestra también que otras alternativas son posibles y fue confeccionado por Joseph Stiglitz, premio Nobel de economía en 2001, ex vicepresidente del Banco Mundial y ex jefe del gabinete de asesores económicos del presidente Clinton de los Estados Unidos. Se trata en este caso de un distinguido académico que ha desempeñado importantes funciones ejecutivas y sabe de qué habla. Se trata de alguien del interior del sistema, del riñón mismo del poder.

Dice Stiglitz: «Escribo este libro porque en el Banco Mundial comprobé de primera mano el efecto devastador que la globalización puede tener sobre los países en desarrollo y especialmente sobre los pobres de esos países» (2002: 11).

Observa también el premio Nobel: «La globalización no ha conseguido reducir la pobreza, pero tampoco garantizar la estabilidad» (2002: 32).

Para agregar más adelante:

Los críticos de la globalización acusan a los países occidentales de hipócritas, con razón: forzaron a los pobres a eliminar las barreras comerciales, pero ellos mantuvieron las suyas e impidieron a los países subdesarrollados exportar productos agrícolas, privándolos de una angustiosamente necesaria renta vía exportaciones. Estados Unidos fue, por supuesto, uno de los grandes culpables, y el asunto me tocó muy de cerca, como presidente del consejo de asesores económicos, batallé duramente contra esta hipocresía que no sólo daña a las naciones en desarrollo sino que cuesta a los norteamericanos, como consumidores por los altos precios y como contribuyentes por los costosos subsidios que deben financiar, miles de millones de dólares. (2002: 33)

En relación a las políticas implementadas por los países en la globalización, señala el autor recientemente citado que si los beneficios de la globalización han resultado en demasiadas ocasiones inferiores a lo que sus defensores reivindican, el precio pagado ha sido superior, porque el medio ambiente fue destruido, los procesos políticos corrompidos y el veloz ritmo de los cambios no dejó a los países un tiempo suficiente para la adaptación cultural. «Las crisis en un paro masivo fueron a veces seguidas de problemas de disolución social a largo plazo: desde la violencia urbana en América Latina hasta conflictos étnicos en otros lugares, como Indonesia» (2002: 35).

Las finanzas en la globalización

La confianza, no el crédito, se ha convertido en el auténtico valor escaso en nuestra sociedad.

JORDI CANALS. Profesor de la Universidad de Navarra

Siempre supimos que el egoísmo insensible era moralmente malo; ahora sabemos que es económicamente malo.

FRANKLIN D. ROOSEVELT. Palabras pronunciadas al asumir en 1936 la candidatura a la presidencia de los EE. UU. por el Partido Demócrata

En el proceso de globalización y concentración de la riqueza hasta aquí suscitadamente descrito, no podía faltar el sector financiero, uno de los actores centrales del mismo. Corresponde sin embargo una aclaración referida a las citas, quizás un tanto extensas para el gusto del lector, ocurre que el análisis del sector financiero se efectúa a fin de establecer un cuadro adecuado para los escenarios conflictivos –desde un abordaje polemológico– que más adelante se estudiarán, de allí el recurso a lo expuesto por aquellos investigadores que han profundizado con enjundia y solvencia el tema en cuestión.

El incremento de los stocks de préstamos bancarios y las transacciones descontroladas de los mercados de cambios ha provocado la emergencia de un sector financiero mundial todopoderoso que, entre



otros aspectos, despoja a los Estados de sus prerrogativas políticas y de sus atribuciones soberanas.

Phillippe Enghelard observa al respecto: «Algunos centenares de poderosos operadores terminan por sustituir el voto de los ciudadanos por sus anticipaciones, más o menos clarividentes, decidiendo, en los hechos, el índice de crecimiento y de empleo de buena parte del mundo» (1997: 83). Esto llevó en su momento al prestigioso *International Herald Tribune* a sostener: «La globalización de los mercados quiere decir que se producirán más conmociones».

Como los hechos lo demuestran, hoy el mundo se encuentra menos protegido ante una crisis de gran magnitud que puede originarse en cualquier plaza financiera y ampliarse rápidamente al resto del sistema, aplicando la teoría del caos se puede decir que una vez establecidas las condiciones iniciales la evolución ulterior quedará sometida a múltiples e impredecibles bifurcaciones. Antecedentes no muy lejanos llevan al *tequilazo* mexicano en 1992, Corea del Sur en 1997, Japón en 1998 o Brasil en enero de 1999; pudiendo agregar Wall Street en 2001 después del 11 de septiembre, o la crisis de 2008 vinculada al mercado de créditos hipotecarios en los Estados Unidos. Por ejemplo, la caída de la Bolsa de Tokio en 1998, según analistas vinculados a los grandes bancos internacionales, se originó en una salida de fondos equivalente a 250.000 millones de dólares en tan sólo una semana en la segunda economía del mundo.

Kern Alexander y otros, realizaron una interesante descripción de este proceso (2005: 22) al observar que la creciente complejidad de la economía mundial y negociaciones que se eternizan en la Organización Mundial de Comercio (OMC) no pudieron frenar las subvenciones y las medidas proteccionistas que obstaculizan un acuerdo global de libre comercio como tampoco poner punto final a las amenazas de guerras comerciales. Se puede decir que el planeta económico vive amenazado por una gran inestabilidad.

Por ejemplo, existen al menos diez mil fondos buitres, de los cuales las cuatro quintas partes tienen domicilio en las islas Caimán. Cuatrocientos de ellos –manejando cada uno no menos de mil millones de dólares– realizan el ochenta por ciento de las operaciones, careciendo de los medios adecuados, o de la voluntad necesaria, para

reglamentarlos en las actuales condiciones de la relación de fuerzas en el mundo de las finanzas. Estos fondos especulativos poseen un billón quinientos mil millones de dólares de activos, y la cifra de negocios diaria de sus operaciones sobre los productos derivados globales, se acerca a los seis billones de dólares, o sea, alrededor de la mitad del PBI de los Estados Unidos. Compitiendo ferozmente entre ellos y tratándose de jugadores inveterados por naturaleza, estos fondos son atraídos por los productos derivados del crédito y otros procedimientos imaginados para ganar dinero. El mercado de esos productos prácticamente inexistente en 2001, se desarrolló muy lentamente hasta 2004 (en ese momento era de cinco billones de dólares) antes de alcanzar la altura estratosférica de veintiséis billones de dólares hacia fines de junio de 2006. Los instrumentos financieros se multiplicaban, y los mercados de contratos a término de derivados del crédito de *credit default swaps* (intercambio de defaults de crédito) y otros se perfilaban en el horizonte hasta el año 2008 en que cayó *Lehman Brothers*, para recuperar impulso más tarde.

Como lo afirma Alexander, nadie puede decir exactamente qué son esos productos derivados del crédito. Ni William Tett, principal responsable de la columna de los mercados de capital del *Financial Times*, que ha investigado este asunto. El producto según diferentes testimonios nació, hace una década, en una reunión de algunos dirigentes de la banca *J.P. Morgan* en Boca Raton, Florida; allí idearon un nuevo instrumento financiero al que imaginaron lo suficientemente complejo para que no pueda ser fácilmente imitado. En realidad, los altos responsables de los bancos y de la regulación financiera no entienden, ni ellos, cómo funciona la cadena de exposición al riesgo, y no saben *quién tiene qué cosa*. Estos fondos, según dicen, pretenden ser honestos. Pero aquéllos que los manejan reciben remuneraciones ligadas a las ganancias que obtienen y que implican una toma de riesgos. Muchos de ellos coleccionan informaciones confidenciales, práctica técnicamente ilegal, pero corriente.

En 2004 Alan Greenspan, a la sazón presidente de la Reserva Federal, se declaró *francamente impactado* por esta situación. Las primeras medidas para remediar la incuria fueron tomadas recién en junio de 2006 y las mismas resultaron inadecuadas para resolver un

fenómeno de amplitud tal que pone en juego sumas colosales como lo indican los autores arriba citados. Peor aún, a causa de la desregulación y de la multiplicación de instrumentos financieros, ya no es posible coleccionar y cuantificar los datos esenciales; de esta manera la realidad excede a los banqueros y a los gobiernos. Tal como lo observa Kern Alexander: «Puede ser que estemos viviendo una *nueva era de la finanza*, pero no hay duda de que caminamos con los ojos vendados».

El economista jefe del FMI, el iconoclasta Teagheran Rajan, llamó la atención contra la estructura misma de compensación de estos fondos, que obliga a tomar riesgos cada vez más grandes y a poner en peligro el conjunto del sistema financiero.

A fines de junio (2006), Roach del *Morgan Stanley Bank* se mostró aún más pesimista: «Un cierto sentido de la anarquía domina a la comunidad universal y política, las que aparecen impotentes para explicar cómo funciona el mundo nuevo».

Así, según Kern Alexander: «La realidad escapa a todo control. La extensión y el campo de operaciones de los mercados financieros internacionales, la *arquitectura* del sistema, han evolucionado al ritmo del azar y su regulación prácticamente inexistente es ineficaz según los expertos del *establishment* citados».

Haciendo un poco de historia conviene recordar que en 1942 John Maynard Keynes propuso la creación de una Organización Internacional de Comercio (OIC) y un sistema monetario basado en una unidad de cuenta: el *bancor*. Keynes fue, junto a Harry Dexter White, uno de los grandes intelectuales que inspiraron los acuerdos de Bretton Woods.

Sin embargo, las relaciones de fuerzas entonces predominantes impidieron que estas ideas prosperaran y el dólar se impuso junto a la hegemonía de los Estados Unidos sobre el mundo occidental, de esta manera los dirigentes norteamericanos pueden hacer lo que quieran porque son otros los que pagan las cuentas. La ONU nacería tres años más tarde, en 1945, en la Conferencia de San Francisco. El Acuerdo General sobre Tarifas y Aranceles (GATT) vio la luz en 1947; y la citada OIC, a partir de la Carta de la Habana fue diseñada en 1948, no habiendo sido jamás implementada.

Keynes puso todo su empeño y talento en la batalla para la reconstrucción después de la Segunda Guerra, para él esta no podía tener

éxito sosteniendo las consignas del *laissez-faire*. Su credo, de gran actualidad en nuestro tiempo, quería que el Estado-nación sea la entidad política suprema, y así lo siga siendo indefinidamente. Este no debía encontrarse sometido a fuerzas económicas que no podía controlar. Así la política monetaria debía permanecer bajo el control soberano del Estado-nación.

Mientras que la contemporánea Organización Mundial de Comercio (OMC) no tiene vínculos con la ONU y que, en consecuencia, no reconoce ninguno de sus instrumentos, entre ellos la Declaración de los Derechos del Hombre de 1948, la Carta de la OIC se iniciaba con una referencia a las Naciones Unidas: pleno empleo, progreso social y desarrollo aparecían de manera destacada entre sus objetivos. Por ello, en la Carta de esta Organización se mencionaban como metas a alcanzar, entre otras:

- a) prevenir el desempleo y el subempleo;
- b) aplicar normas de trabajo justas;
- c) en la cláusula social se destaca la mejora de los salarios;
- d) las inversiones extranjeras, se sostiene: «...no deben servir de base para la injerencia en los asuntos internos»;
- e) se autoriza a los países más pobres a recurrir al proteccionismo, así como transformar los productos en su propio territorio protegiendo a sus productores;
- f) se propone la conservación del medio ambiente y los recursos naturales, etcétera.

Según Susan George:

Lamentablemente, esta idea de Keynes no prosperó. Y el mundo de posguerra que él imaginaba nunca vio la luz del día. La políticas de ajuste del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, por su lado, ocasionarían graves problemas; la deuda del Tercer Mundo, enorme, no será nunca reembolsada; Wall Street decide las políticas a llevar a cabo en lugar de los gobiernos elegidos democráticamente; las reglas del comercio mundial no benefician a los Estados más pobres; el egoísmo de los ricos se acrecienta a medida que ellos se enriquecen. (2007: 12)



La Organización Internacional de Comercio no encontró el eco esperado y, por otro lado, el Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional y Club de París aparecieron en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial como verdaderos representantes de los ricos acreedores internacionales. El Club de París, por ejemplo, nació el 16 de mayo de 1956 y es hoy, junto a los dos otros organismos citados, una pieza clave de las naciones más poderosas para conservar un control total sobre la economía mundial. Su objetivo es renegociar la deuda pública bilateral de los países del Sur que presentan dificultades con sus pagos. Integrado inicialmente por once países son parte de él diecinueve en la actualidad.

De haber seguido los consejos y propuestas del mencionado economista inglés, muy probablemente el mundo se hubiera prevenido de las crisis financieras recurrentes y de la presencia de un sistema más parecido a un *casino de juegos* que a un desarrollo económico serio y responsable basado en la producción de bienes, tal como lo señalaba el entonces presidente alemán, Horst Köhler ante la pregunta vinculada con la crisis financiera de 2008:

Pregunta. ¿Quién tiene la culpa? ¿Un puñado de individuos codiciosos o el espíritu de la época?

Kölher: Hay una evolución social que se basa en el siguiente principio: todo el mundo quiere hacerse rico y, en principio, además con el mínimo esfuerzo personal. La gente pensaba que hacer negocios con el dinero era la forma más rápida de lograrlo; así no hay que partirse la espalda trabajando. Por desgracia, esta mentalidad se ha generalizado. Si buscamos adquirir una nueva conciencia del valor del dinero, también tendríamos que desarrollar una nueva conciencia del valor del trabajo. (2008: 6)

Volviendo a lo tratado sobre el sistema financiero, resulta ilustrativo el caso actual de los Estados Unidos, dado que son los inversores internacionales quienes a través de las compras de bonos del Tesoro financian el tren de vida de la primera potencia económica mundial. Según el Departamento de Asuntos Públicos del Tesoro norteamericano, en el informe *Foreign holdings of US securities* del 29 de febre-

ro de 2008, Japón encabeza la lista de compradores de títulos del Tesoro por un valor de 1,197 billones de dólares, seguido por China con 922 mil millones; lo que demuestra el grado de imbricación entre las economías más importantes del mundo en 2008, y explica la rapidez con la que se ha propagado la crisis de las hipotecas de los Estados Unidos.

Es por ello que en un reportaje en *Newsweek* del 6 de octubre de 2008, el primer ministro chino Wen Jiabao precisaba: «En estos tiempos tan difíciles, China se acerca a los Estados Unidos. Y pensamos que una acción de esta naturaleza debe ayudar a estabilizar la economía y las finanzas mundiales, impidiendo un caos mayor. Creo que la cooperación es indispensable».

Los ajustes a partir del dólar presentan la ventaja de descargar los costos sobre el resto del mundo, porque afecta en otros el crecimiento, el empleo y el ahorro. Según una expresión muy difundida hace ya décadas del ex Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, John Connally: *El dólar es nuestra moneda pero también es vuestro problema*.

Un dólar anémico beneficia la competitividad de los productos fabricados en los Estados Unidos, hace más atractiva la compra de activos norteamericanos por inversores extranjeros (porque son más baratos) y devalúa una deuda externa estimada en tres billones de dólares. Entre 2002 y 2004, el dólar perdió un 20% frente al euro y 28% entre 2004 y 2005. En el año 2008 el PBI de la Unión Europea, medido en dólares estadounidenses, superó por primera vez al norteamericano.

En otro orden de cosas, el déficit de los Estados Unidos con China superó los 250 mil millones de dólares en 2007 y, por ejemplo, la cadena Walt Mart, la más importante de comercialización en Norteamérica, importa de China el 70% de los productos que vende en sus supermercados.

Un buen análisis de estos temas es realizado por Ibrahim Warde:

La política de cambios es una ciencia inexacta que tiene efectos perversos. Más allá de cierto umbral, los efectos negativos de una devaluación ganan sobre sus ventajas. Incapaces de frenar la caída de su divisa, los dirigentes norteamericanos descubren que el arma del dólar puede volverse contra ellos. Para mantener el valor de su moneda, EE. UU. necesita el aporte diario de 1800 millones de

dólares. Y cuando el crédito se obtiene el dólar cesa simplemente de ser el problema de otros. La anticipación de un derrumbe continuo puede desencadenar efectivamente reacciones en cadena; los inversores extranjeros reclaman rendimientos más elevados para comprar o conservar dólares, o para comprar los bonos del Tesoro. Más el riesgo de desacople es importante, más éste prevalece bajo la forma de tasas de interés, más éstas serán elevadas. Un alza fuerte de las tasas tiene efectos perniciosos sobre las inversiones y sobre el consumo, particularmente en los EE. UU., donde la compra a crédito está más generalizada que en otros lugares. Podría haber, por ejemplo, un riesgo de derrumbe del mercado inmobiliario, favorecido hasta ahora por tasas de interés históricamente bajas. Y la imbricación entre los sistemas económicos y monetarios es tan grande que una recesión norteamericana tendría consecuencias para la economía mundial. (2005: 6)

Esto que fue escrito en 2005 se anticipó a lo acaecido en 2008 con la crisis de los mercados de créditos hipotecarios en los Estados Unidos.

Por ello debe insistirse en que nunca el sistema financiero internacional fue tan opaco. El monto diario de las transacciones de cambio en 2006, más o menos igual que el capital de un gran banco de los EE. UU. hace algunas décadas, equivalió en el año citado al capital acumulado de sus cien primeros bancos.

Dice Gabriel Koko: «Los filibusteros de las finanzas inventan constantemente nuevos *productos* que desafían simultáneamente a los Estados-nación y a la banca internacional» (2007: 14). Para agregar en otro párrafo del mismo artículo:

La naturaleza del sistema financiero mundial no tiene estrictamente nada que ver con las políticas nacionales *virtuosas* preconizadas por el FMI. Los gerentes de los portafolios de los fondos de inversión y los grandes bancos han marginalizado a los bancos nacionales y a los organismos internacionales. Operadores bursátiles, (traders) aventureros, hacen marcar el paso a banqueros tradicionales más prudentes, pues la compra y venta de acciones, obligaciones y otros productos derivados permiten realizar ganancias más importantes, y la regla ahora es la de tomar riesgos cada vez más elevados.



Así, desde 2006 los bancos de inversión multiplicaron sus préstamos para readquirir empresas, desplazando de esta forma a los bancos tradicionales, esto llevó al *Financial Times*, en su edición del 17 de julio de 2006, a decir: «que los observadores prevén un aumento sensible del número de empresas fuertemente endeudadas que van a encontrarse en cesación de pagos».

Ya en el año 2006, en un estudio encargado por el FMI, expertos del *establishment* financiero sentenciaban: «los sistemas financieros nacionales son cada vez más vulnerables a un riesgo sistémico cada vez más fuerte, y a un número creciente de crisis financieras». Entre otras cosas a causa de la inexistencia de cláusulas jurídicas que condicionen y regulen a estos mercados, ello como consecuencia del debilitamiento creciente de los Estados-nación, según el mismo informe del FMI.

Inexorablemente entonces las perturbaciones de los mercados golpean a los bancos, al crédito en consecuencia, y luego a la inversión, al crecimiento y finalmente al empleo. En la actualidad, la crisis de los mercados de crédito inmobiliario que afecta a la economía norteamericana brinda un panorama casi ideal de los encadenamientos fatales de la especulación dejada a su suerte. Como si fuera una parada militar, desfilan otra vez las toxinas generales de las finanzas, siempre las mismas y ordenadas de manera idéntica. Toxinas que, entre otras, son las siguientes según Frédéric Lordon (2007: 1): el laxismo de la evaluación de riesgos en la fase ascendente del ciclo financiero; la vulnerabilidad estructural a una pequeña modificación del ambiente y el efecto catalítico de una crisis local que precipita la caída; la revisión de las evaluaciones en el contexto de una catástrofe; el contagio lateral de las dudas a otros compartimentos del mercado; el golpe sobre los bancos muy expuestos; la amenaza de fluctuaciones graves, es decir, de un derrumbe global, luego de una recesión generalizada causada por la estrangulación del crédito; y finalmente el llamado al auxilio de los bancos centrales por estos grandes fanáticos de la iniciativa privada.

El profesor de economía de la Universidad de Nueva York, Nouriel Roubini, refiriéndose a la crisis en los Estados Unidos de 2008, señala que durante meses los economistas habían estado debatiendo acer-



ca de si los Estados Unidos se encaminaban o no hacia una recesión, de lo que no caben dudas en la actualidad. El entonces presidente George W. Bush anunció un paquete de incentivos económicos de ciento cincuenta mil millones de dólares, y la Reserva Federal continuó recortando las tasas de interés de corto plazo en un esfuerzo por impulsar el gasto en bienes de consumo. Ya en esos años era poco probable que estas maniobras pudieran frenar la caída de la economía. La severa crisis de liquidez y del crédito provocada por el colapso de las hipotecas *subprime* o de alto riesgo se fue extendiendo a otros mercados crediticios; el precio del petróleo a más de cien dólares el barril ejercía presión sobre los consumidores y continuaba la escalada del desempleo. Y con un mercado inmobiliario en bancarrota, los ciudadanos norteamericanos que tienen los bolsillos vacíos ya no pueden utilizar sus viviendas como cajeros automáticos para financiar sus abultadas compras. Roubini llamaba a enfrentar la realidad, la economía estadounidense no estaba combatiendo simplemente una gripe, se hallaba en las etapas iniciales de un doloroso y persistente ataque de neumonía. Mientras tanto, otros países observaban con ansiedad, esperando no contagiarse ellos también.

En los últimos años, la economía global se ha desestabilizado con un Estados Unidos que arrastra enormes déficits externos y cuyos ciudadanos gastan más de lo que ganan. Cuando la crisis de las hipotecas de alto riesgo encabezó por primera vez los titulares, los analistas esperaban que el resto del mundo tuviera el suficiente impulso de crecimiento y la suficiente demanda interna como para protegerse de la desaceleración norteamericana. Pero compensar la decreciente demanda estadounidense resulta difícil, sino imposible. Los consumidores norteamericanos gastan alrededor de nueve billones de dólares al año. Compárese esta cifra con la de los consumidores chinos, que gastan aproximadamente un billón de dólares al año, o los consumidores indios, que sólo gastan seiscientos mil millones de dólares. Aun en las familias adineradas europeas y japonesas, el escaso crecimiento de los ingresos y la incertidumbre en lo que se refiere a la economía global ha llevado a los consumidores a ahorrar en lugar de gastar. Entretanto, países como China dependen de las exportaciones para sostener su elevado índice de crecimiento económico. En consecuen-

cia, señala el profesor Roubini, no hay muchos motivos para creer que los compradores globales puedan compensar la escasa actividad del vacilante consumidor norteamericano de hoy, cuyo consumo ya ha comenzado a decaer.

Puesto que Estados Unidos representa una parte tan grande de la economía mundial (concentra alrededor del 25% del PBI del mundo y un porcentaje aún mayor de las transacciones financieras internacionales), existe una verdadera razón para temer que un virus financiero norteamericano pueda marcar el inicio de un contagio económico global. (2008: 59)

En referencia a la crisis financiera del año 2008, señala el economista francés Jean-Paul Fitoussi en una nota publicada en el suplemento iEco del diario *Clarín* de Buenos Aires el 12 de octubre de 2008, titulada «La crisis está en el ADN del sistema»:

Las crisis financieras están inscriptas en los genes del sistema capitalista y ocurren más o menos a intervalos regulares. Hay por lo menos una por década. Esta parece más grave porque toca el corazón del sistema bancario. Si uno piensa en la explosión de la burbuja de Internet, que tuvo un efecto análogo al de 1929 sobre las cotizaciones bursátiles, la gran diferencia entre 2000-2001 y hoy es que el sistema bancario es tocado de lleno y que hay quiebras de entidades. Y eso hace pensar en una similitud con la crisis de 1929. Pero para encontrar crisis financieras que golpearon fuertemente el corazón del sistema bancario, no hay que ir muy lejos en el tiempo. Basta con recordar la ‘crisis asiática’ de 1998-1999, en la que los bancos asiáticos estaban casi en la quiebra. Pero esta crisis fue solucionada mediante una gran intervención de los gobiernos afectados, algunos de los cuales no dudaron en nacionalizar el sistema bancario, lo que permitió que sus economías salieran de la crisis. Luego revendieron los bancos que habían nacionalizado, con una ganancia considerable.

Y siguiendo con las comparaciones con la Gran Depresión de 1930 decía George Soros en la conferencia de Davos de 2009: «Lo que estamos viendo es equivalente a lo que pasó en los años 30, aunque el

tamaño del problema ahora es mucho mayor. En 1929, la deuda de Estados Unidos era del 130 por ciento del PBI y subió a 160 por ciento con la crisis. En 2008, la deuda es de 350 por ciento del PBI, pero va a llegar al menos al 500 por ciento y esto no toma en cuenta los derivados financieros» (2009: 2).

A través de una mirada simple surge para cualquier individuo bien intencionado y preocupado por lo que ocurre en el mundo, la relación que existe entre el escenario que vengo de describir y los índices de pobreza, incrementados ahora por la recesión que ya afecta a muchas naciones. Datos relativos a cifras de desempleo de marzo de 2009 dan cuenta de doce millones de desocupados en los Estados Unidos, sumando cada mes 650.000 más; en China veinte millones de personas que trabajaban en las ciudades han retornado a sus aldeas en el campo durante el mes de enero de 2009 y los salarios medios se han visto reducidos entre un quince y veinte por ciento.

Pero quizás nadie mejor que el reconocido economista norteamericano Jeffrey Sachs, asesor principal en los «Objetivos de Desarrollo del Milenio» de la ONU y profesor de economía en la Universidad de Columbia, para exponer el problema, cuando en este trabajo se refiere a la *escalera del desarrollo*:

En primer lugar, están mil millones de personas (alrededor de la sexta parte de la humanidad) que son extremadamente pobres: se hallan demasiado enfermos, hambrientos o necesitados incluso para poner un pie en el primer peldaño de la escalera del desarrollo, sus ingresos sólo representan unos céntimos diarios. El segundo escalón lo representa la parte superior del mundo de las rentas bajas: unos mil quinientos millones de personas, que son *los pobres*; viven por encima de la mera subsistencia, aunque les cuesta mucho que les salgan las cuentas. La muerte no está llamando a sus puertas, pero la penuria económica y la falta de servicios básicos como el agua potable forman parte de su vida cotidiana. Los pobres extremos (1000 millones) y los simplemente pobres (1500 millones) suman alrededor del 40% de la humanidad.

El tercer peldaño son dos mil quinientos millones de ciudadanos de rentas medias. Se trata de familias de ingresos medios a las que

no se les reconocería como parte de la clase media, según los criterios de los países ricos. Sus rentas pueden ser de unos cuantos miles de dólares anuales y en su mayoría viven en ciudades, pueden conseguir ciertas comodidades para sus viviendas, tal vez incluso agua corriente, tienen ropa adecuada y sus hijos van a la escuela. El cuarto y último escalón son los mil millones de personas restantes, pertenecientes al mundo de las rentas altas: gente de los países ricos, pero también el creciente número de personas acomodadas que viven en los países de rentas medias. (2007: 11)

Adjuntando en otro párrafo de esta misma nota: «La pobreza extrema no sólo es una de las principales causas de la violencia, sino que además es un índice para predecirla. Es mucho más probable que se desencadenen guerras en los países pobres que en los ricos. No se trata tan sólo de sentido común, sino que es un hecho verificado en numerosos estudios y análisis estadísticos. En palabras del informe *Sudán: valoración medioambiental tras el conflicto*, del Programa de Medio Ambiente de la ONU (PNUMA) se plantea: ‘En Darfur existe un estrecho vínculo entre la degradación del territorio, la desertificación y el conflicto bélico’».

George Soros es quizás uno de los financistas más destacado en la actualidad a nivel internacional. Al mismo tiempo, y recordando que su abultada fortuna la realizó mediante la especulación financiera, es un fuerte crítico del sistema financiero internacional, tal como lo plantea en un reportaje publicado el 24 de agosto de 2008 en el suplemento *Enfoques*, del diario La Nación de Buenos Aires titulado *Sin reglas, el capitalismo se destruirá*, y del cual he tomado sus párrafos más sobresalientes:

Pregunta: Los mercados financieros internacionales, en los que usted ha ganado miles de millones en estos últimos años, fueron calificados por Horst Köhler, presidente de la República Federal de Alemania, como «un monstruo». ¿Se siente conmovido por esa crítica?

Soros: Probablemente haya algo de verdad en esa afirmación. Para ser claro, soy un especulador, pero no defiendo la especulación actual.

P: ¿Cómo hay que interpretar esas palabras?

Soros: Yo me atengo a las reglas. Y llevo tiempo pidiendo que se mejore el control de los mercados financieros, los criterios para la concesión de créditos, por ejemplo. En ese sentido el presidente alemán tiene razón. Tenemos que regular mejor el capitalismo de una vez por todas. Si no lo hacemos, él mismo se acabará destruyendo, nos destruiremos todos.

[...]

P: Usted ha llegado a hablar de una «superburbuja».

Soros: Sí, empezó a formarse en 1980, cuando se asentó la ideología del fundamentalismo del mercado.

P: De acuerdo con la cual los mercados debían autorregularse, había que rechazar el intervencionismo estatal y eliminar las limitaciones.

Soros: Había que confiarlo todo a la libre interacción de las fuerzas económicas. En realidad no fue un descubrimiento estadounidense. Comenzó en Gran Bretaña con Margaret Thatcher y fue llevado a Estados Unidos por el republicano Ronald Reagan. El presidente Reagan llegó a hablar de «la magia del mercado». Ni qué decir tiene que muchos lo consideran una especie de santo. Pero los tan alabados mercados empezaron a cometer toda clase de excesos que ya no podían ser controlados. Los tipos de interés eran tan bajos en Estados Unidos que los bancos animaban a los ciudadanos a que cada vez pidieran más dinero prestado. Es algo sorprendente, casi irresponsable. Al mismo tiempo existía la confianza en que el Estado intervendría cuando las cosas se pusiesen feas.

El término globalización y el *pensamiento único* que lo acompaña sugieren un proceso neutro, basta con plegarse al mismo para disfrutar de las ventajas ilimitadas que ofrece un mundo interdependiente y en el cual funcionan a pleno las reglas del mercado según la más sana ortodoxia pensada por Adam Smith. Este formato debería consolidarse desde lo político a través de un sistema apátrida que trascienda tanto al Norte rico como al Sur pobre.

Se trata entonces de imponer un mercado mundial capitalista que abarque a la totalidad del planeta, objetivo en gran medida logrado. Para que este modelo, desde la teoría, sea completo, sería necesario

que así como se globaliza la transferencia de capitales, la deslocalización de las empresas y las finanzas, también se globalice la mano de obra; dicho de otra manera, que cualquier trabajador de este mundo pueda elegir libremente el lugar en el que habrá de desempeñar sus tareas y le ofrezca mejores oportunidades de crecimiento y desarrollo personal, esto es el *abc* del capitalismo según lo concibieron sus ideólogos e impulsores. Sin embargo, la distancia entre la teoría y la práctica es grande y no solo los países desarrollados implementan medidas proteccionistas para los bienes que fabrican, sino que también imponen barreras cada vez más importantes al ingreso en su suelo de mano de obra extranjera, sin contar que en varios de estos aparecen corrientes sociales y políticas que hacen del racismo, la xenofobia y la exclusión hacia el extranjero su plataforma de acción, marcando de esta forma la distancia entre la interpretación dogmática y la realidad. Ejemplo de ello son, entre otros, el muro actualmente en construcción entre los Estados Unidos y México, otro muro que separa en Cisjordania a palestinos e israelíes y lo que podría denominarse «barrera azul» en el mar Mediterráneo, entre Gibraltar y el norte de África. El muro ideológico en Berlín durante la Guerra Fría aparece así reemplazado por los muros políticos, económicos y policiales de la globalización.

Por ello resulta contradictorio escuchar un *discurso único* según el cual el Estado debe cumplir un rol subsidiario en la economía, al mismo tiempo que pierde sus atribuciones en lo que al control territorial se refiere, y una realidad en la cual se refuerzan los controles fronterizos en defensa de las fuentes de trabajo en los países centrales, verdaderos promotores ideológicos del *fundamentalismo* del mercado y de la eliminación de cualquier barrera que pueda entorpecer sus intereses particulares.

Con respecto a las barreras proteccionistas mencionadas, debe observarse que la Política Agrícola Común (PAC) insume anualmente el 42% de los recursos de la Unión Europea por medio de los subsidios a la producción agropecuaria. Esto llevó a que el diario madrileño *El País*, en su edición del 11 de diciembre de 2007, en una nota titulada «OMC: echar las puertas abajo», señalara: «La permanencia de la PAC, que conlleva el proteccionismo de los países europeos

frente a los productos de los países más pobres, condicionará la coherencia de la reunión de la OMC en Hong Kong».

La Ronda de Doha, realizada en 2001 en Qatar, planteó ya en su momento la liberalización del comercio a escala global, de allí su denominación. Sin embargo, en el artículo citado *ut supra* se señala:

Para que un país pobre deje de serlo ha de abrir sus puertas y dejar entrar los productos del resto del mundo, y viceversa, echar las puertas abajo. Comercio y desarrollo, pobreza y desarrollo serán dos partes de la misma ecuación en una coyuntura en la que se habla de la pobreza como caldo de cultivo del terrorismo; los terroristas que atentaron contra las Torres Gemelas y el Pentágono serían ricos o pobres, pero lo que es seguro es que los Estados que los acogieron y los ampararon, como Afganistán, son países pobres de solemnidad.

Puede constatarse entonces cómo los países desarrollados, amparándose en la doctrina del libre mercado se convirtieron en defensores del libre comercio imponiendo sus prescripciones a los más pobres. El problema aparece cuando uno de esos países en vías de desarrollo se toma al pie de la letra el mandato y se lanza a la conquista de los mercados internacionales aprovechando su principal ventaja: mano de obra razonablemente disciplinada, abundante y barata. En este caso, los mismos que defienden la igualdad de condiciones y los mercados abiertos se lanzan a la búsqueda de todo tipo de argumentos para justificar el establecimiento de barreras proteccionistas (por ejemplo la reacción europea ante lo que se calificó de «amenaza» china) o los aranceles impuestos por Washington en 2009 a la importación de neumáticos para vehículos fabricados en China.

A este capítulo de contradicciones pertenece también la de quienes por una parte demandan más ayuda para el desarrollo de los países que son exportadores netos de mano de obra en forma de emigraciones masivas, y por la otra se oponen fuertemente a abrir sus mercados a los productos agrícolas procedentes de estos; un ejemplo de ello es el fracaso de la reunión de la OMC de 2008 cuyo objetivo era salvar a la Ronda de Doha, encuentro en el cual no hubo acuerdo en materia de reducción de aranceles y liberalización del comercio mun-

dial. En relación a este fracaso, plantea el periodista Bob Davis en una nota del *Wall Street Journal Americas* publicada por La Nación de Buenos Aires el 31 de julio de 2008:

El colapso de las negociaciones de Doha para un nuevo acuerdo de comercio global debido a los enfrentamientos entre los países ricos y los emergentes sugiere una triste realidad: otros proyectos globales, desde la reducción de las emisiones de gases con efecto invernadero a la eliminación de las restricciones a las exportaciones de alimentos, enfrentarán también obstáculos desalentadores. Todos los esfuerzos de cooperación global luchan contra las mismas fuerzas, entre las que cabe destacarse el resurgimiento de un fuerte sentimiento nacionalista en todo el mundo, la imposición de gigantes económicos emergentes como China e India, y la ruptura de muchos lazos de la Guerra Fría que unían a varios países en desarrollo a Estados Unidos y Europa.

Complicada, o casi imposible por ahora, liberalización comercial, delicado equilibrio entre salarios y ganancias, poder en aumento de las empresas transnacionales, estos temas llevaron al ex presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos a expresar cierta inquietud cuando escribió en el *Financial Times*: «He esperado y espero todavía cierta normalización en la distribución de las ganancias y los salarios, pues, la parte de los salarios en el valor agregado es históricamente baja a la inversa de una productividad que no para de aumentar. Este desacople entre débiles progresiones salariales y ganancias históricas de las empresas nos hace temer un aumento del resentimiento en los Estados Unidos y otros lugares contra el capitalismo y el mercado» (2008: 3).

Consecuente con esta observación de Greenspan para el caso de los países más ricos que son parte del G 8, el FMI informa que la parte de los salarios en el PBI global disminuyó 5,8% entre 1983 y 2006; en las naciones europeas miembros del grupo la disminución fue del 8,6% en idéntico período de tiempo.

Interesante y acertada es la caracterización al respecto de Jean-Paul Fitoussi:

Más que en economías de mercado vivimos en democracias de mercado. En esta caracterización del sistema que nos rige, cada palabra es importante ya que cada palabra remite a un principio de organización contradictorio. En el principio democrático, el principio del sufragio universal, cada uno cuenta por igual en la vida pública. Todos se confunden en las urnas, no existe el voto del rico y el voto del pobre. Es el principio de igualdad lo que está estructurando la democracia. En el principio de mercado, no son las personas lo que importa sino la cantidad de signos monetarios que poseen. Un dólar equivale a un voto. El que tiene muchos dólares vota mucho más que aquél que tiene pocos. Es un principio que acepta la desigualdad como estructurante. (1998: 23)

Un caso interesante para citar es lo ocurrido con la deuda de Irak, según Millet y Toussant:

En noviembre de 2004, la deuda de Irak fue objeto de conversaciones inhabituales y prolongadas. EE UU y sus aliados en la invasión militar de marzo de 2003 reclamaban la anulación del 95% de las creencias de los países del Club de París con Irak, Francia, Rusia y Alemania no querían ir más allá del 50%. El acuerdo se hizo sobre el 80% en tres veces, o sea 31.000 millones de dólares sobre los 39.000 millones debidos a los países del Club. Anular una deuda es posible entonces cuando intervienen poderosos intereses geoestratégicos. Así fue el caso, en abril de 1991 para Egipto, a partir del apoyo que le brindó a Washington en la primera Guerra del Golfo; en mayo de 1991 para Polonia cuando salía del Pacto de Varsovia; en diciembre de 2001 para Paquistán, cuando aceptó colaborar con los Estados Unidos en su intervención en Afganistán. (2006: 21)

Queda demostrada, de esta manera, la supremacía de lo político sobre lo económico aunque muchos economistas, y también políticos, sostengan lo contrario. Y refiriéndose a lo político y sus falencias, resulta interesante traer aquí lo expresado por Sachs en un artículo de su autoría referido a la cumbre de 2008 de los países más ricos:

La cumbre del G8 fue una dolorosa demostración del estado lamentable de la cooperación global. El mundo atraviesa una crisis cada vez más profunda. Los precios de los alimentos suben, los del petróleo alcanzan picos históricos; las economías rectoras están entrando en una recesión. Las negociaciones sobre el cambio climático dan vueltas y más vueltas en un círculo vicioso. La ayuda a los países más pobres se ha estancado, pese a las promesas de aumentarla. Se cierne una tormenta y, sin embargo, resultó arduo detectar un solo logro efectivo por parte de los líderes mundiales. (2008: 21)

La globalización convierte en móviles todos los factores de producción perdiendo sentido, en este contexto, la noción tradicional de ventaja comparativa para adquirir relevancia la de ventaja competitiva. El problema aparece cuando se trata de establecer qué competitividad es la que predomina: si la de las empresas transnacionales o la de los espacios nacionales. Un ejemplo de ello es la que se verifica cuando los bancos centrales se ven obligados a ceder ante las presiones especulativas de los grandes operadores financieros mundiales en el contexto de una reducción de los espacios de maniobra de los Estados nacionales. Como consecuencia de ello, estos bancos enfrentan dificultades crecientes para ejercer el control sobre uno de los aspectos centrales de la soberanía nacional como es la emisión de moneda.

Por otro lado, la apertura de los mercados facilita a muchos gobiernos la obtención de recursos externos para financiar sus déficits, lo que a término genera fuertes condicionamientos por parte de los sectores que controlan las finanzas mundiales. Condicionamientos que caen pesadamente sobre las políticas presupuestarias obligando a los gobiernos a implementar ajustes antisociales y llevar adelante políticas antinacionales como, por ejemplo, la privatización de empresas de servicios públicos o la enajenación del patrimonio, sea energético o territorial; desde este punto de vista no se aleja uno demasiado de la verdad cuando se sostiene que los mercados financieros ejercen una suerte de dictadura sobre Estados fuertemente endeudados.

El debate teórico

La teoría neoliberal, cuya pretensión era servir de matriz conceptual a la mundialización económica, ha abandonado el combate en su tiempo. Esta se ha revelado inadecuada para interpretar el fenómeno de la globalización. Las herramientas de análisis de las que ella dispone para defender y promover la economía de mercado (un territorio delimitado, factores de producción estables, moneda nacional, mano de obra que no traspase las fronteras, ventajas comparativas poco sensibles a la usura del tiempo) no resisten más a la realidad de un mundo en el cual el cambio tecnológico ignora las fronteras del tiempo y el espacio. «La incapacidad de la teoría neoclásica para darse cuenta del rol de la tecnología, es naturalmente una de las razones mayores de los cuestionamientos de la que ella es actualmente objeto», señalaba la OCDE (1992: 277) en un Informe de 1992.

A lo que puede agregarse lo expresado por Stiglitz y que va en una línea similar a lo que George Soros sostenía en el reportaje citado *ut supra*:

El apogeo de las doctrinas neoliberales tuvo lugar quizás entre 1990 y 1997, tras la caída del Muro de Berlín y antes de la crisis financiera global. Algunos tal vez argumenten que el final del comunismo marcó el triunfo de la economía de mercado y la creencia en los mercados autorregulados. Pero esa interpretación, me parece, es equivocada. Después de todo, dentro de los mismos países desarrollados, este período estuvo marcado casi en todas partes por un rechazo de tales doctrinas, las del libre mercado de Reagan y Thatcher, en favor de políticas demócratas nuevas o laboristas nuevas. Una interpretación más convincente es que durante la Guerra Fría, los países industrializados sencillamente no pudieron arriesgarse a imponer estas políticas, que tanto afectan a los países en desarrollo. Estos últimos tenían una opción; Occidente y el Este se granjeaban su apoyo, y los evidentes fracasos de las recetas occidentales los hacía voltear hacia el otro lado. Con la caída del Muro de Berlín, estos países ya no tenían a dónde ir. Ahora podían imponerse estas doctrinas riesgosas con impunidad. Pero esta perspectiva no sólo es insensible; es también estre-

cha: hay una mirada de formas desagradables que el rechazo a una economía de mercado que no funciona al menos para la mayoría, o para una gran minoría, puede asumir. Una economía de mercado supuestamente autorregulada puede generar un capitalismo mafioso –y un sistema político mafioso–, preocupación que por desgracia es ya algo muy real en algunas partes del mundo. (2007: 17)

Con gran envidia, Karl Polanyi analizaba los orígenes del liberalismo económico en *La gran transformación*, describiendo en su tiempo lo que hoy se denomina el fundamentalismo del mercado:

El liberalismo económico fue el principio organizador de una sociedad empeñada en la creación de un sistema de mercado. Nacido como una mera preferencia por los métodos no burocráticos, evolucionó hasta convertirse en una verdadera fe en la salvación secular del hombre a través de un mercado autorregulado. Tal fanatismo se debió al agravamiento repentino de la tarea que se le encomendaba: la magnitud de los sufrimientos que habrían de infligirse a personas inocentes, así como el vasto campo de los cambios interconectados que estaban involucrados en el establecimiento del nuevo orden. El credo liberal asumió su fervor evangélico sólo en respuesta a las necesidades de una economía de mercado plenamente instalada. (2007: 190)

Por ello tiene razón Henri Bourguignat cuando dice: «Desgracia para aquéllos que se abren totalmente y, simultáneamente, pretenden escoger sus niveles nominales de remuneración, aun su propio estilo de vida» (1995: 77).

El mundo actual está surcado por diversos intentos de dominación, tal como ha sido hasta aquí considerado. Estas dominaciones crean dependencias, concluidas para algunos, reversibles para otros. Pueden señalarse, por ejemplo, las dominaciones militares: ellas someten los cuerpos, controlan los Estados, pero muy difícilmente las almas, y de esta manera puede apreciarse cómo pueblos sometidos resisten preservando, profundizando a veces, sus identidades culturales. Las dominaciones económicas son más sutiles: en vez de domi-

nar de una forma inmediatamente dolorosa a cualquiera que pretenda oponer alguna reacción, se rodean de cómplices, conscientes o inconscientes, seleccionados entre aquéllos mismos a los que ellas despojan en secreto. Con el transcurrir del tiempo, y luego de haber marginalizado sutilmente las resistencias intelectuales, las dominaciones económicas llegan a cambiar profundamente las estructuras del comportamiento, luego del pensamiento, de pueblos que ellas primero saquean y luego desintegran, para finalmente integrarlos a su lógica mercantil dejando detrás, en casi todos los casos, un considerable tendal de víctimas y sufrimiento. Las dominaciones económicas así planteadas podrían ser caratuladas de miopes, comprometidas únicamente con el corto plazo, con la ganancia inmediata. Por todas estas razones dice al respecto Philippe de Saint Robert:

En efecto, y es justamente de aquí que viene la crisis latente que atraviesa a Occidente, a fuerza de soñar con un mercado único donde los consumidores reunidos se encontrarían ante productos idénticos e intercambiables, estas acciones económicas hacen imposible, tarde o temprano, todo intercambio, toda creación, en fin de cuentas hacen imposible el mercado mismo del cual ellas se alimentan. (1992: 47)

Resulta interesante en esta parte del desarrollo volver a uno de los conocidos análisis del profesor Henri Gobard, citado en el inicio de este capítulo, que ha desmentido con gran perspicacia las fatalidades aparentes, no sin cierta pretensión científica, del conformismo contemporáneo, del *discurso único* que abrumba y atropella a millones de seres humanos: «La política al servicio de la economía significa la destrucción de la cultura y, en consecuencia, la subordinación de la política al dinero [...]. El análisis exclusivamente económico termina barriando con todas las culturas» (1976: 57). Concluyendo parcialmente con Joseph Stiglitz en su Prólogo al libro *La gran transformación* de Karl Polanyi:

Polanyi habló acerca de valores básicos. La disyuntiva entre estos valores básicos y la ideología del mercado es tan clara hoy en día como lo era en el momento en que escribió. Les

decimos a los países en desarrollo lo importante que es la democracia, pero, cuando se trata de asuntos que les preocupan más, los que afectan sus niveles de vida, la economía, se les dice: las leyes de hierro de la economía te dan pocas opciones, o ninguna; y puesto que es probable que tú (mediante tu proceso político democrático) desestabilices todo, debes ceder las decisiones económicas clave, digamos las referentes a la política macroeconómica, a un banco central independiente, casi siempre dominado por representantes de la comunidad financiera; y para asegurar que vas a actuar conforme a los intereses de la comunidad financiera, se te dice que atiendas en exclusiva a la inflación y te olvides de los empleos o el crecimiento; y para asegurarnos de que hagas eso, se te dice que te sometas a las reglas del banco central, como expandir la oferta de dinero a una tasa constante, y cuando una regla no opere como se esperaba, se impondrá otra, como centrarse en la inflación. En resumen, mientras en apariencia fortalecemos a los individuos en las ex colonias mediante la democracia con una mano, con la otra les arrebatamos esa misma democracia. (2007: 18)

En muchas teorías de las relaciones internacionales, explícita o implícitamente, aparece una idea bastante aceptada, y obviamente deseada no sin cierto voluntarismo, de que el incremento de los niveles de vida contribuye a la paz mundial y opera al mismo tiempo como amortiguador de los conflictos sociales. Esta es una manera distinta de reconocer que lo económico predomina sobre lo político. Para los padres del pensamiento liberal, como Adam Smith y John Stuart Mill entre otros, el comercio libre era una garantía de paz, teniendo en cuenta que para estos autores el gasto militar era esencialmente improductivo, significando una erogación con bajísimo rendimiento económico para las arcas del Estado y el crecimiento de la sociedad.

También, en contraste con los defensores del libre comercio basado en la competencia económica, otros autores sostienen que la libre competencia es un determinante central del conflicto internacional. Por su parte, los marxistas ortodoxos consideran a la totalidad de los fenómenos políticos como proyecciones de fuerzas económicas subyacentes. Desde estas apreciaciones, todas las creencias y valores están subordinadas a lo económico. Karl Marx sentenciaba en el *Mani-*

fiesto Comunista de 1848: «En el lugar del antiguo aislamiento de las provincias y naciones bastándose a sí mismas, se desarrollan relaciones universales, una interdependencia universal de las naciones. Y esto que es verdad en el caso de la producción material, también se verifica en la producción espiritual. Las obras del intelecto de una nación se transforman en la propiedad común de todas».

Por ello bien puede afirmarse, aunque esto pueda resultar provocativo, que el marxismo –por dos motivos– triunfó en la globalización, compartiendo tal logro con las ideas neoliberales. En primer lugar porque desde el punto de vista de las ideas lo económico prevalece en las consideraciones sociales, políticas e ideológicas; en segundo lugar porque aparece en todo su esplendor aquello del ser social determinando la conciencia, y nunca tanto como ahora emerge en el sistema mundo un ser social globalizado con una fuerte conciencia individualista y consumista.

El *Fin de la historia* pensado por Fukuyama cuando decía: «*asistimos al punto final de la evolución ideológica de la humanidad y a la universalización de la democracia liberal occidental como forma final del gobierno humano*», adquiere sentido en este contexto, aunque no refleje en todos sus matices y contradicciones la realidad. La propia democracia aparece seriamente comprometida y cuestionada en un contexto dominado por fuertes desigualdades e inequidades sociales.

Thomas E. Weisskopf, por su lado, ha señalado varios factores dentro del sistema capitalista mundial que, según él, refuerzan la subordinación de los países pobres a los ricos:

- Las elites en surgimiento en los países pobres están convencidas de que deben emular los modelos de consumo de la burguesía de los países ricos y crear una demanda de importaciones desde las naciones económicamente avanzadas que satisfaga a los consumidores de elite, sin contribuir al desarrollo económico.
- El «drenaje de cerebros» de científicos, ingenieros, administradores y otros profesionales tecnológicamente preparados de los países pobres a los ricos, aumenta la dependencia de los países menos desarrollados de las regiones industrializadas.
- La empresa privada extranjera perpetúa las condiciones que hicieron indispensable al capital extranjero y desalienta el cre-

cimiento del conocimiento en los países anfitriones, su tecnología, habilidades e incentivos que elevarían su independencia.

- Los capitalistas occidentales crean una aristocracia del trabajo en los países pobres, pagándole a un número más pequeño de trabajadores especializados salarios más altos, en lugar de pagarle a un número más grande de trabajadores no especializados salarios bajos (1993: 251).

Una excepción parcial a estos puntos de vista puede encontrarse hoy en China e India. Señalando que, por la propia dimensión de estas naciones, el esquema países pobres/países ricos se comprende, en cierta medida y desde mi punto de vista, dentro del espacio y población controlados por cada uno de ellos; bien se puede afirmar que cada uno de ellos conforma *un mundo* en sí mismo. Llegado hasta aquí, es importante abordar en este punto el asunto de la globalización económica desde un ángulo quizás no tenido debidamente en cuenta dada su trascendencia. Resulta interesante retrotraerse para ello a 1976, cuando el entonces Director de Planeamiento de Políticas y Revisión de Programas paquistaní, Mahbub Ul Huq (1993: 259) sostenía en esos tiempos que las naciones pobres están empezando a cuestionar las premisas básicas de un orden internacional que lleva a disparidades cada vez mayores entre los países pobres y ricos y a una persistente negación a la igualdad de oportunidades para muchas de ellas. De hecho, planteaban que en el orden internacional –tanto como dentro del orden nacional– toda distribución de beneficios, créditos, servicios y toma de decisiones se desvía a favor de una minoría privilegiada y que esta situación no puede cambiarse sino a través de fundamentales reformas institucionales. Así, cuando se les señala esto a las naciones ricas, lo desestiman quitándole importancia, como retórica vacía –¡ya en aquellos años!– de las naciones pobres. Su respuesta habitual era que el mecanismo del mercado internacional funcionaba, si bien no de manera demasiado perfecta, y que las naciones pobres siempre están al acecho para arrancarles concesiones a las naciones ricas en nombre de explotaciones pasadas; creen que las naciones pobres están exigiendo una redistribución masiva del ingreso y la riqueza, lo cual simplemente no está en sus cálculos; su actitud general parece ser que las naciones pobres deben ganarse su desarrollo eco-

nómico de igual forma como las naciones ricas tuvieron que hacerlo a lo largo de los dos últimos siglos, a través de un paciente trabajo duro y una gradual formación de capital, no habiendo atajos para este proceso ni sustitutos retóricos. Los ricos, sin embargo, son los suficientemente «generosos» como para ofrecer alguna ayuda a las naciones pobres para acelerar su desarrollo económico si los pobres están dispuestos a comportarse.

Por lo ya mencionado, de que en la democracia de mercado pesan más a la hora de votar los sectores económicamente poderosos con capacidad para torcer las leyes del mercado en su beneficio, nos encontramos ante la realidad de una fuerte dicotomía entre los que poseen legitimidad de origen –los dirigentes políticos, intelectuales y sociales– y poco o nulo poder real; y los otros que, sin contar con esta legitimidad, a partir del poder económico que ostentan, inciden de una u otra manera en la vida cotidiana de millones de seres humanos, tema que será abordado desde el ángulo político en el apartado siguiente.

La historia enseña que las naciones desarrolladas se han ido construyendo en el tiempo a partir del trabajo esforzado y una gradual formación del capital. Es cierto también que en casi todos los casos esto se llevó a cabo a través de la superexplotación de la mano de obra y del saqueo desenfadado y desenfrenado de riquezas que no les eran propias. El francés Jacques Delors, ex presidente de la Comunidad Económica Europea, recordaba en los años ochenta del siglo pasado que la «acumulación originaria» del capital, que dio lugar al crecimiento industrial de las hilanderías de Manchester y Liverpool en la Gran Bretaña de los siglos XVII y XVIII, se debió en gran parte al robo de oro y plata que corsarios ingleses llevaban a cabo sobre los galeones españoles de transporte en el Mar Caribe. Razón por la cual el corsario más renombrado en aquellos tiempos, Francis Drake, fue distinguido con la orden de Caballero de la Corona inglesa.

Existen sin embargo otros elementos que merecen ser señalados y para los cuales resulta apropiado formular algunas preguntas: ¿existe un modelo único de desarrollo económico?, ¿por qué suerte de *mandato divino* todos los pueblos deben emprender el mismo camino que antes recorrieron las que hoy son potencias centrales?, ¿se puede obviar que en el caso de éstas, los recorridos implicaron guerras inter-

nas y externas así como traumas y fracturas sociales de todo tipo? En este mundo globalizado los poderes políticos y económicos pretenden que las naciones en vías de desarrollo realicen en poco tiempo cambios que a ellos mismos les llevó décadas o siglos. Pues la clave del desarrollo –tal como hoy lo entienden aún los economistas más ortodoxos– es, esencialmente, una cuestión de *confianza* y de adaptación de las sociedades a costumbres y modos de producción diferentes a los conocidos. Estos cambios abruptos, suerte de «triple mortal sin red» para emplear un término circense, son generadores de fracturas internas en cada sociedad y externas con otras, son generadores de conflictos de una dureza y magnitud inusitadas, resultado de la pretensión de algunos grupos de poder de cambiar de un día para otro hábitos, creencias y valores y de imponer recetas a pueblos con procesos de construcción históricos no finalizados.

Christopher Chase-Dunn (2005: 269), le atribuye la separación de la política y la economía en el pasado al hecho de que los fenómenos económicos parecen más regulares y más determinados por leyes mecánicas, mientras que el orden de los fenómenos políticos parece estar más influenciado por la voluntad libre y, en consecuencia, es menos predecible. Aquí resulta interesante citar un artículo de Paul Krugman, premio Nobel de Economía 2008 en el cual formula una crítica aguda a las ideas neoliberales de Milton Friedman:

hablemos de Friedman en cuanto teórico económico. Durante la mayor parte de los dos siglos pasados, el pensamiento económico estuvo dominado por el concepto de *Homo economicus*. El hipotético Hombre Económico sabe lo que quiere, sus preferencias pueden expresarse matemáticamente mediante una *función de utilidad*, y sus decisiones están guiadas por cálculos racionales acerca de cómo maximizar esa función ya sean los consumidores al decidir entre cereales normales o cereales integrales para el desayuno, o los inversores que deciden entre acciones y bonos, se supone que esas decisiones se basan en comparaciones de la utilidad marginal, o del beneficio añadido que el comprador obtendría al adquirir una pequeña cantidad de las alternativas posibles. Es fácil burlarse de este cuento. Nadie, ni siquiera los economistas ganadores del Premio Nobel, toma las

decisiones de ese modo. Pero la mayoría de los economistas, yo incluido, consideramos útil al Hombre Económico, quedando entendido que se trata de una representación idealizada de lo que realmente pensamos que ocurre. (2008: 6)

De esta forma aparece vez más el *dilema del determinismo* de Karl Popper, cuando se plantea cómo las ideas cerradas, deterministas, en el caso particular de la economía, han influido tanto en la vulgata liberal como marxista, manifestándose hoy en la globalización. Tal como ha sido demostrado a lo largo de este apartado, la generación de riquezas en el mundo se ha incrementado notablemente en los últimos veinte años, el problema se encuentra en su distribución, en un reparto cada vez más desigual que sólo puede ser encarado razonablemente desde lo político. El año 2008 será recordado por una gran crisis de los mercados hipotecarios en los Estados Unidos que, como ha sido analizado en este capítulo, importantes figuras de la economía internacional anticipaban desde hace tiempo. Crisis que tiene relación con la desregulación de los mercados, un sector financiero descontrolado y todopoderoso, y la ausencia de voluntad política para ordenar este escenario. Crisis que, como muchos expertos lo señalan y hoy lo están demostrando los hechos, muy probablemente provocará a nivel mundial una recesión económica prolongada. Crisis que pone una vez más en evidencia el contexto de fuerte incertidumbre que hoy presenta el sistema mundo y frente al cual la recuperación del Estado y la política asumen un carácter de imperiosa necesidad, tal como ocurre en la primera potencia del mundo al destinar sumas federales colosales al salvataje de un sector financiero completamente quebrado. Crisis que, además, anuncia en su salida una recomposición del poder a escala global y preanuncia un futuro inquietante en el cual no está ausente un gran conflicto armado. Nuevamente resulta interesante citar a George Soros en su interpretación de la crisis de 2008:

Pregunta: dice usted que estamos al final de una era ¿Qué es lo que está muriendo?

Soros: Una manera concreta de organización global basada en el dominio del dólar. El consenso de Washington impuso una disciplina de mercado a todos los miembros de la economía glo-

bal, a todos los países, excepto Estados Unidos. Estados Unidos tenía el dólar, la divisa que todos los demás aceptaban; sus únicas limitaciones eran las que se imponían a sí mismo. Y esto resultó no ser muy eficaz. Estados Unidos acabó utilizando todos los ahorros del mundo para apoyar el consumo interno. Al final consumimos un 6% más de lo que producíamos. Esto podría haber continuado así, porque había países como China, y antes Japón, encantados de proporcionar crédito y acumular riqueza, pero entonces las familias se vieron desbordadas por la deuda, debido a la burbuja inmobiliaria. (2008: 47)

A lo que puede agregarse lo expuesto por el economista Jeremy Rifkin, asesor económico de la Unión Europea: «Hemos llegado a un punto peligroso de la historia. Asistimos a la perspectiva real de un derrumbe económico mundial de la magnitud de la Gran Depresión de los 30. La crisis crediticia mundial se ve agravada por la crisis energética mundial y por la crisis climática mundial, y esto representa un cataclismo potencial para la civilización humana sin precedentes en la historia» (2008: 36).

Para sostener más adelante que el resultado de vivir 18 años del crédito es que EE. UU. hoy es una economía quebrada. El pasivo brutal del sector financiero, que era del 21% del PBI en 1980, subió sin pausa en los últimos 27 años, y alcanzó un increíble 116% del PBI para 2007. Debido a que las comunidades financiera y bancaria de EE UU, Europa y Asia están íntimamente interconectadas, la crisis crediticia traspasó las fronteras. Para observar luego que si bien el gobierno estadounidense ha ideado un paquete de rescate de casi un billón de dólares para salvar a la economía del país, no será suficiente, *per se*, para detener el derrumbe y enfilarse hacia un nuevo período de crecimiento económico sostenido. Esto se debe a que la deuda acumulativa en la economía estadounidense es de billones de dólares. Mientras tanto, los salarios de EE. UU. siguen estancados y la desocupación aumenta.

La creencia en que la recesión actual será breve y meramente cíclica es, en el mejor de los casos –según Rifkin– ingenua, y en el peor, poco honesta. Un artículo del editorialista de la agencia Associated Press, Sharon Cohen, *El desempleo y la desesperación golpean en el interior*

de EE. UU., del 1º de octubre de 2008, daba cuenta de cómo la crisis financiera en los Estados Unidos incidía en aquellos tiempos sobre el ciudadano común que veía peligrar sus ahorros, ingresos y fuente de trabajo. Apunta Cohen: «Si bien la industria manufacturera sigue siendo una parte muy activa de la economía de Estados Unidos, según Robert Scott, economista internacional del Instituto de Política Económica, entre marzo de 1996 y agosto del corriente año, el sector perdió más de 4,2 millones de puestos de trabajo. Scott afirma que en las últimas décadas se ha perdido un amplio espectro de empleos, no sólo en la industria automotriz o siderúrgica. Los rubros como electrónica, herramientas, software, la contaduría y los centros de atención telefónica también se han trasladado al extranjero» (2008: 4).

Hacia fines del año 2009 pueden observarse índices de recuperación económica tanto en China, como en la Unión Europea y los Estados Unidos, que parecen desmentir los pronósticos pesimistas enunciados más arriba. La inyección de sumas enormes en las grandes empresas y en el sistema financiero norteamericano, así como en varios países europeos, combinadas con la resiliencia de las economías china e india, limitan en lo inmediato la magnitud de la recesión mundial. Esto parece darle la razón a aquéllos que veían una solución a la crisis mediando la aplicación de algunos remedios que limitaran su naturaleza y amplitud.

Sin embargo, todos los elementos estructurales que dieron lugar a esta crisis siguen presentes y no se avizoran cambios de significación. Las operaciones financieras han recuperado el impulso perdido y sus líderes, acusados justamente de codiciosos, vuelven a fijarse ganancias exorbitantes como producto de la manipulación del riesgo; las grandes empresas transnacionales implementan medidas de ajuste en sus cadenas productivas y anuncian fusiones entre ellas; por último, el desempleo crece en las economías desarrolladas lo que afecta tanto el mercado de consumo como a la inversión productiva. Dicho de otra manera, el sistema económico mundial se encamina hacia fuertes ajustes cuyas víctimas serán los trabajadores, la protección social y los servicios públicos ante los enormes déficits generados por las ayudas estatales a bancos y grandes empresas ajustes que, una vez más, caerán sobre los más débiles. Sistema económico que se recupe-

rará, aunque solo sea en apariencia, sobre las mismas bases y supuestos que precipitaron la actual crisis, cuyo detalle histórico ha motivado gran parte de este capítulo, y en el propósito de elucidar una de las causas estructurales de los actuales, y futuros, conflictos armados.

Puede constatarse entonces que esta crisis no ha sido completamente resuelta pues no se han tomado las medidas estructurales necesarias para salir definitivamente de la misma y en este escenario las ideas neoliberales, así como las teorías relativas al mercado autorregulado, gozan de buena salud. Todo ello tendrá consecuencias importantes sobre la política, la sociedad, la vida y futuro de miles de millones de seres humanos, lo que permite prever conflictos más o menos importantes en todo el planeta.

BIBLIOGRAFÍA

- Valéry, P. (1954). *Miradas al mundo actual* (pp. 37, 38). Buenos Aires: Losada.
- Marramao, G. (2006). *Pasaje a Occidente* (p. 16). Buenos Aires: Katz.
- Engelhard, P. (1997). *L'homme mondial* (p. 78). París: Arlés.
- Banco Mundial, [En línea]: <www.worldbank.org/data/wdi>.
- Shachua, C., Guarau D. y Ravaillon, M. (1993). *Is powery increasing in the developing World?* Washington DC: Working papers. World Bank, Policy Research Department, junio.
- Roux, M. (2008). *Tous milliardaires...* (p. 9). *Manière de voir*, 99, junio-julio. París.
- Ross, G. (2005). «Vers la privatisation du système des retraites aux États-Unis» (p. 6). En *Le Monde Diplomatique*. París, marzo.
- Wachtel, P. L. (1989). *Miseria de la opulencia* (p. 27). México: FCE.
- Rimbert, P. (2008). «A quoi servent-ils?» (p. 4). En *Manière de voir*, 99, junio-julio.
- Ha-Joon, C. (2003). «Du proteccionisme au libre-échange. Une conversion opportuniste» (p. 26). En *Le Monde Diplomatique*. París, junio.
- Kliksberg, B. (2008). «América Latina, una región desigual» (p. 28). En *La Nación*, Buenos Aires, 27 de mayo.
- Berthelot, J. (2005). «Plutôt que le proteccionisme, la souveraineté alimentaire» (p. 7). En *Le Monde Diplomatique*. París, diciembre.
- Bulard, M. (2006). «La Chine aux deux visages» (p. 12). En *Le Monde Diplomatique*. París, enero.
- Organización de las Naciones Unidas del Habitat (2006). «Alarmante expansión de villas miseria». En *La Nación*. Buenos Aires, 17 de junio.
- Fitoussi, J.-P. (1998). «Mercado y democracia» (p. 18). En *Archivos del Presente*. Buenos Aires: Fundación Foro del Sur, 12.
- Decornoy, J. (2007). «Hors de transnationales, point de salut!» (p. 31). En *Manière de Voir*. París, enero-febrero, 91.
- Ramonet, I. (1997). «La planète des désordres» (p. 7). En *Manière de Voir*, 33. París, febrero.
- Dougherty, J. E. y Pfaltzgraff, R. L. (1993). *Teorías en pugna en las relaciones internacionales* (pp. 266, 251, 259). Buenos Aires: GEL.

- Stiglitz, J. (2002). *El malestar en la globalización* (pp. 11, 18, 32, 33, 35). Buenos Aires: Taurus.
- Engelhard, P. (1997). *L'homme mondial* (p. 83). París: Arlés.
- Alexander, K., Dhamate, R. y Estwell, J. (2005). *Global Governance of Financial Systems: The International Regulation of Systemic Risk* (p. 22). Oxford University Press.
- George, S. (2007). «Une autre organisation du commerce international était possible» (p. 12). En *Le Monde Diplomatique*. París, enero.
- Kölher, H. (2008). *La banca se alejó de los fundamentos éticos* (p. 6). En *El País*. Madrid. 26 de octubre.
- Warde, I. (2005). «Le sort du dollar se joue á Pékin» (p. 6). En *Le Monde Diplomatique*, marzo.
- Kolko, G. (2007). «Une économie d'apprentis sorciers» (p. 14). En *Le Monde Diplomatique*. París, septiembre.
- Lordon, F. (2007). «Quand la finance prend le monde en otage» (p. 1). En *Le Monde Diplomatique*. París, septiembre.
- Roubini, N. (2008). «La inminencia de una pandemia financiera» (p. 59). En *Archivos de Presente*, 47. Buenos Aires.
- Soros, G. (2009). «Soros: el problema es mayor al del 30» (p. 2). En *La Nación*. Buenos Aires, 29 de enero.
- Sachs, J. (2007). *Sin desarrollo no hay paz* (p. 11). En *El País*. Madrid, 2 de septiembre.
- Ruffin, F. (2008). «Partage des richesses, la question taboue» (p. 3). En *Le Monde Diplomatique*. París, enero.
- Fitoussi, J.-P. (1998). «Mercado y democracia» (pp. 18, 23). En *Archivos del Presente*, 2. Buenos Aires.
- Millet, D. y Toussant, E. (2006). «Des créanciers discrets, unis et tout-puissants» (p. 21). En *Le Monde Diplomatique*. París, junio.
- Sachs, J. (2008). «Dónde están los líderes» (p. 21). En *La Nación*. Buenos Aires, 24 de julio.
- OCDE (1992). *La Technologie et l'Economie. Les relations déterminantes* (p. 277). París.
- Polanyi, K. (2007). *La gran transformación* (pp. 17, 190). Buenos Aires: FCE.
- Bourgignat, H. (1995). *La tyrannie des marchés* (p. 77). París: Económica.



- Saint Robert, P. de. (1992). «Retour aux limites» (p. 47). En *Stratégique*, 55. París, FEDN.
- Gobard, H. (1976). *L'alienation linguistique* (p. 57). París: Flammarion.
- Chase-Dunn, C. (2005). *The Historical Evolution of World-Systems* (p. 269). Londres: Palgrave.
- Krugman, P. (2008). «¿Quién era Milton Friedman?» (p. 6). En *El País*. Madrid, 19 de octubre.
- Soros, G. (2008). «El millonario que quería ser filósofo» (p. 47). En *El País*, 1669. Madrid, 21 de septiembre.
- Rifkin, J. (2008). «La globalización perdió su fundamento» (p. 36). En *Clarín*, Buenos Aires, 12 de octubre.
- Cohen, S. (2008). «El desempleo y la desesperación golpean en el interior de EE. UU.» (p. 4). En *La Nación*. Buenos Aires, 1º de octubre.

La mundialización política

El poder y la compulsión forman parte de esa realidad (las sociedades humanas) un ideal que los proscribe de la sociedad debe ser invalidado.

KARL POLANYI. *La gran transformación*

El término «arraigo» (de Polanyi) expresa la idea de que la economía no es autónoma, como debe serlo en la teoría económica, sino que está subordinada a la política, la religión y las relaciones sociales.

RED BLOCK. Introducción a *La gran transformación* de Karl Polanyi

Los problemas económicos exacerbarán las tensiones políticas. Pero los rumores de la muerte del capitalismo son exagerados. No creo que 2009 sea para el capitalismo lo que 1989 fue para el comunismo. Quizá el 1 de enero de 2010 me tenga que tragar mis palabras. La predicción es un juego de idiotas.

TIMOTHY GARTON ASH. «La felicidad en un mundo hecho trizas». *El País*, Madrid, 4 de enero de 2009

En el estudio hasta aquí realizado he desarrollado algunos de los aspectos centrales de la economía en este mundo globalizado. Otros ítems podrían ser abordados pues la realidad es multidimensional y compleja; me ocupé principalmente de aquellos que, desde mi punto de vista, presentan elementos de conflictividad que deben ser tenidos en consideración en los análisis futuros, siempre dentro de los marcos teóricos propuestos.

Resulta importante ahora entrar con otra mirada: desde que el sistema globalizado adquirió gran relevancia, dominando en gran medida la escena mundial, puede constatarse un debilitamiento creciente de lo político y lo cultural, entendiendo lo político como manifestación altruista y noble, como la búsqueda del bien común y el interés general, tanto de la acción humana tomada individualmente, como de sus expresiones colectivas.

Las consignas del *pensamiento único* vigentes en esta realidad han sido y continúan siendo el sálvese quien pueda y el individualismo a cualquier precio, a ultranza. Ello es el resultado casi natural de un sistema en el cual aquellos que poseen legitimidad de origen ven recortado su poder, y otros, que cuentan con gran poder económico, lo que les permite modificar para bien o para mal la vida de miles de millones de individuos, carecen de la legitimidad necesaria para imponer su voluntad y representar sus intereses. A esta realidad debemos añadirle las modernas tecnologías y los sistemas de comunicación que estimulan la acción individual por sobre lo colectivo.

Al respecto, es sumamente ilustrativo señalar un reportaje publicado por el diario *La Nación* de Buenos Aires el 29 de junio de 2008, realizado a David Rothfopf, autor del libro *La superclase: la elite del poder global y el mundo que están construyendo*, publicado en los Estados Unidos, cuando dice refiriéndose a esta elite: «Son un pequeño grupo de gente. Cada uno, que representa a uno en un millón, tiene hoy una influencia desproporcionada sobre los asuntos mundiales. Tienen la capacidad de influir sobre millones de vidas más allá de las fronteras de los países».

Miembros de esta «superclase», integrada por seis mil personas según Rothfopf son, entre otros, empresarios exitosos como Bill Gates, Warren Buffett, Carlos Slim y Roman Abramovich; el papa Benedicto XVI; George W. Bush, Tony Blair y Enrico Berlusconi; el cantante Bono, el presidente vitalicio de Singapur Lee Kuan Yew, etcétera.

Interés general, bien común, acción colectiva, seguridad y defensa, en fin Estado y política, aparecen en este contexto como antigüedades destinadas al museo de la historia –al menos hasta la crisis financiera global de 2008– para las naciones del Sur más pobres o en vías de desarrollo, tal como la realidad lo mostraba y según los pre-



ceptos de la *doxa* neoliberal. No ocurre lo mismo en los centros del poder globalizado, en los cuales la política y el Estado ocupan un lugar destacado en las grandes decisiones que tienen que ver con, justamente, actos soberanos que a los demás se les negaba y niega. Valga como ejemplo en este caso la intervención del Estado norteamericano, a través de la Reserva Federal en 2008, en la crisis generada en el mercado hipotecario que ocasionó la caída de las bolsas de valores e instituciones financieras y bancarias en los Estados Unidos, Europa, Asia y se propagó al resto del planeta. Miles de millones de dólares fueron inyectados en el sistema para evitar el colapso; el Estado, mediante una decisión eminentemente política, accionó en este caso sobre la economía de un país que se presentaba ante los ojos del mundo como el portaestandarte virtuoso del dogma neoliberal.

El proceso de globalización que se caracteriza, como se ha visto, por una fuerte concentración en lo económico, provoca y a la vez choca con una creciente fragmentación en lo político y con el ascenso de particularismos de diverso tipo. Se conforma así un escenario de profundas desigualdades en el reparto de las riquezas y los conocimientos a nivel mundial, justamente cuando hoy la humanidad en su conjunto produce bienes en cantidades tales que no conocen antecedentes en su historia.

El problema entonces no pasa esencialmente por la ausencia de crecimiento que, mucho o poco, se incrementa año tras año, sino en la distribución desigual de los beneficios por él generados.

La globalización no es un proceso lineal que podría traducirse en integración y uniformización económica. Aparecen en el mismo tres elementos que se yuxtaponen sin confundirse: el desarrollo del intercambio, la transnacionalización de las empresas y la regionalización. Esta moderna realidad provoca una catarata de cambios, a veces abruptos, que genera sentimientos de inseguridad crecientes: económica en el Norte desarrollado; económica y cultural en el Sur y en el Este ex soviético.

Gran parte de este sentimiento de inseguridad se encuentra relacionado con la incapacidad creciente de las naciones para intervenir en los asuntos y decisiones que les conciernen. Esto explica, valor de lo negativo, el auge de nacionalismos, particularismos y fundamentalismos en el mundo, fenómenos éstos que, siendo para muchos la expresión de

arcaísmos, constituyen manifestaciones muy modernas en este sistema mundo globalizado y que hoy aparecen revigorizadas en un contexto de recesión y crisis.

Las exigencias de la globalización y los condicionamientos financieros provocan, tanto en los países desarrollados como en aquéllos en vías de desarrollo, la desestructuración de las sociedades y el debilitamiento de lo político como ha sido señalado. Los niveles de fragmentación social que este proceso genera están en la base estructural de la corrupción, de la que mucho se habla pero poco se hace en la práctica para eliminarla. El individualismo y el sálvese quien pueda agravan estos comportamientos tan antiguos como la humanidad misma, pero contenidos en otros tiempos por el imperio de la ley y la condena social.

El analista francés Alain Minc describe de la siguiente forma este escenario: «Lo Político, con P mayúscula, recupera sus derechos, mientras que la política se devalúa. Contradicción insoportable que, llevada a sus últimas consecuencias, cuestiona el principio democrático» (1994: 202).

En otra parte de este trabajo, Ibrahim Warde afirmaba que la política de cambios no es una ciencia exacta, describiendo asimismo cómo urgencias geoestratégicas impulsaron a los Estados Unidos a solicitar al Club de París la anulación de la deuda externa de Irak. La economía no es una ciencia exacta sino una ciencia humana, social. Esto es así porque su objeto de estudio comprende el comportamiento de los hombres con todo lo que esto significa, con sus luces y sombras, y para lo cual se adoptó como punto de partida el análisis de la condición humana. Aun en el caso de suponer que se trata de una ciencia exacta, como lo proclaman los teóricos del neoliberalismo, si verdaderamente aspira a tener carácter científico, debería adoptar como base epistemológica las modernas teorías del caos –muy aplicables en la actualidad al comportamiento del sistema financiero internacional, como el propio Alan Greenspan lo reconocía cuando en 1996 hablaba de *la exuberancia irracional de los mercados financieros*–, teorías que le otorgan al accionar humano un rol importante en cualquier transformación. Tratándose de humanos entonces, resulta más apropiado hablar de posibilidades y probabilidades, de incertidum-

bre, en el marco teórico *realista* de las relaciones internacionales, elementos de análisis que aplicados a fenómenos humanos participan del objeto de la ciencia social.

Planteado esto, un punto de vista a desarrollar en esta presentación se vincula con el interrogante de si la globalización, de finales del siglo XX, entendida como la unificación de la economía mundial según el paradigma neoliberal, está llegando a su fin. Guerras imperialistas, ascenso de los nacionalismos y fundamentalismos tanto en el Norte como en el Sur, conflictos comerciales y crisis financieras cada vez más agudos tanto adentro como afuera del núcleo capitalista, turbulencias sociales que estallan en el mundo entero, para mencionar algunos de los aspectos más relevantes, estarían indicando que nos hallamos frente a cambios importantes en este mundo globalizado. Todo ello en un contexto de desequilibrios estructurales de la economía mundial y de acentuación de las desigualdades sociales tanto hacia adentro de los países como entre ellos.

Existe en este escenario la excepción del Este asiático, cuyo desempeño económico se debe a circunstancias históricas particulares que difícilmente puedan perdurar indefinidamente, tal como fue descrito en el caso de China. Por otro lado, la fractura Norte-Sur no ha cesado de ensancharse en los últimos veinte años: según el Informe Anual del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD) de 1999, la diferencia de ingresos entre los países más ricos y más pobres pasó de 30 a 1 en 1960, a 60 a 1 en 1990 y 74 a 1 en 1997; a lo que podemos agregar un informe de la misma organización internacional de 2006, según el cual el 10% de los adultos más ricos del mundo controla el 85% de la riqueza global, mientras que el 50% más pobre disfruta apenas del 1% (2008).

Política y mundialización

Por las razones hasta aquí expuestas, en lo que sigue voy a encarar el estudio de la mundialización –término más apropiado para este enfoque– desde el ángulo político, para ser coherente con los enunciados iniciales y también para ser coherente con las críticas oportu-

namente efectuadas a las ideas positivistas y al marxismo, al haber tenido en cuenta principalmente al ser social y secundariamente a la conciencia y condición de los seres humanos. Carlos Marx sostenía en el prólogo a la *Crítica de la Economía Política* en 1859 ampliando lo expuesto un año antes en el *Manifiesto Comunista*:

Durante la producción social de su existencia, los hombres establecen relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción que se corresponden con un grado de desarrollo determinado por sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base concreta sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden formas de conciencia social determinadas. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política y social en su totalidad. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser; es inversamente su ser social lo que determina su conciencia.

La antítesis de esta fórmula, para ser coherente con el método dialéctico sostenido –aunque no muy observado– por el mismísimo fundador de la Iª Internacional, según la cual la conciencia condiciona al ser social, constituirá el núcleo central del estudio, cuya expresión fundamental se da a través de la acción política y los conflictos que de ella emergen.

Jean-Paul Fitoussi señala al respecto:

En el sistema que se desarrolló desde principios de los años ochenta, lo que impacta de Este a Oeste y de Norte a Sur, cuando uno viaja a los distintos países, no es el déficit presupuestario ni el déficit exterior, ni siquiera el déficit de empleo, es el déficit de futuro. La función central del político es la de edificar y dar sentido al futuro. Si el político se declara impotente, porque está bajo el dominio del mercado y no puede cumplir sus funciones, podemos caer en el dogmatismo más absoluto. Podemos caer en otra forma de totalitarismo. (1998: 24)



Las ideas ultraliberales han pretendido y pretenden anular las diferencias en un mundo que aspiran a modelar. Diferencias que surgen de culturas, valores, creencias, comportamientos, costumbres, consideraciones geoestratégicas, historias y tradiciones. En nombre de una versión de la verdad universal y recuperando la noción de certeza absoluta como premisa de una determinada concepción de la especie humana y de la sociedad, esta corriente del pensamiento –*religión del mercado* según Roger Garaudy– heredera del positivismo de principios del siglo XIX, procura elaborar un programa cuya base es la homogeneización del mundo a través del mercado.

El choque generado por lo que se ha dado en llamar la «modernidad occidental» tiene en parte su origen en una visión según la cual existe una preponderancia de la razón instrumental amparada en la supremacía de una ideología tecno-económica y liberal. Este hecho de gran trascendencia bien puede resumirse en aquella sentencia de que *el fin justifica los medios*, provocando a su vez hechos políticos complejos, vinculados con las resistencias suscitadas por un modelo único que se pretende imponer y que aniquila otras formas de modernidad sin las contrapartidas necesarias para equilibrarlas o aun superarlas.

Es en los orígenes de la cultura de Occidente donde pueden detectarse los primeros atisbos de la denominada dimensión global: los matemáticos griegos que hace 2500 años fueron atrapados por la irresistible intuición formal de la perfección estética y por su facultad de ser construida geoméricamente, imaginaron de alguna manera el comienzo de la globalización del mundo.

Durante el año 1436 el emperador de China promulga el edicto imperial *hai jin* por medio del cual se prohibía la construcción de buques de ultramar así como las expediciones lejanas. Antes, bajo la conducción del almirante Zheng He, siete flotas fueron lanzadas entre 1405 y 1433 hasta el Cabo de Buena Esperanza y el Mar Rojo llegando casi al Mediterráneo. Según consta en la reivindicación que actualmente difunden las autoridades de la República Popular China de este Almirante, Zheng He habría llegado hasta la costa oeste del continente americano en 1421 conduciendo más de trescientas naves, algunas de más de cien metros de eslora y pudiendo embarcar 27.000

personas en su totalidad. En aquellos años, los esfuerzos de la casa imperial Ming sobrepasaban ampliamente lo que podía emprender Occidente. El edicto citado terminaba con lo que se consideraban gastos superfluos concentrando los esfuerzos en la defensa de las fronteras y en la resolución de los conflictos internos.

En 1443 el príncipe Enrique de Portugal se estableció en Cabo Sagres, el confín más occidental del continente europeo. Hasta 1460, año de su muerte, apoyó varias expediciones marítimas destinadas a circunvalar Africa y desde inicios del siglo XVI, Portugal se transformó en el primer imperio transoceánico, desde Brasil hasta Angola, desde el Estrecho de Ormuz hasta Macao pasando por el Estrecho de Malacca.

Desde la segunda mitad del siglo XVI entonces, alrededor del 90% de la población del planeta estaba, para bien o para mal, integrada a una red mundial de intercambios comerciales, humanos e ideológicos.

Paul Valéry en *Regards sur le monde actuel*, observaba en 1931:

En nuestros días toda la tierra habitable ha sido reconocida, inventariada, compartida por las naciones. La era de los terrenos baldíos, de los territorios libres, de los lugares que no pertenecen a nadie, o sea la era de la libre expansión, ha terminado. Ya no queda peñasco que no ostente una bandera; no hay vacíos en los mapas; no hay región sin aduanas y sin leyes; no hay tribu cuyos asuntos no engendren algún legajo y no dependan, para los maleficios de la escritura, de diversos humanistas lejanos que trabajan en sus oficinas. Comienza el tiempo del mundo finito. (1954: 23)

Esto que decía Paul Valéry acerca del *mundo finito* constituiría años más tarde uno de los motivos centrales del estallido de la Segunda Guerra Mundial, pues tanto Alemania, como Italia y Japón, necesitaban forzosamente desplazar a otros para ampliar sus dominios y transformarse en grandes potencias, el problema apareció cuando esos otros eran, ni más ni menos, Francia, Gran Bretaña, los Estados Unidos y la Unión Soviética.

La travesía oceánica de Cristóbal Colón –al trasladar el eje geopolítico global– incorporó a Europa el continente americano y la transformó en Occidente permitiendo, de esta manera y desde una

apreciación geopolítica, que las potencias terrestres del Viejo Continente tomaran cierta distancia en relación a Oriente.

A partir de estos hechos, Occidente adquirió una supremacía relativa sobre Oriente, no solamente desde un punto de vista económico y geográfico, sino desde una mirada política e ideológica. También desde un sustrato filosófico, fuertemente influenciado por las concepciones judeo-cristianas del hombre, de la vida y la muerte –señaladas en este trabajo– desarrolladas entre los siglos XIX y XX por autores como Hegel, Tocqueville, Marx y Weber.

Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente*, obra publicada en 1918 al final de la Primera Guerra Mundial, señala a la «era de la técnica» como elemento predominante en la cultura occidental, lo que llevaría luego a Ludwig Wittgenstein a reflexionar sobre el carácter técnico-constructivo de la civilización occidental y sobre el conflicto ciencia-vida.

Gnoli y Volpi (2006: 22) sostienen al respecto:

La decadencia de Occidente fue recibida como una grandiosa despedida de la visión optimista que había caracterizado al positivismo del progreso, típico de la *Belle Époque*. La visión spengleriana de la historia implicaba la idea de que ésta no tenía un curso lineal y progresivo caracterizado por el pasaje de una civilización a la siguiente, sino que existían distintas civilizaciones, cada una de ellas semejante a un organismo, con su propia vida y su propio desarrollo, pero sin progreso, en el sentido de que toda civilización nace, madura, florece y, antes o después, declina y muere.

Wittgenstein pronosticaba que el siglo XXI marcaría el advenimiento de una nueva era en la que el globo se vería sometido a una inusual aceleración ante el impulso de una técnica orientada de modo exclusivo a la exactitud y a la funcionalidad, técnica que cada vez más relegaría a los márgenes todas las formas de saber humanista, considerado como ineficaz y «superfluo».

Todo ello podría ser asimilado, en ciertos aspectos, al triunfo de Locke y al fracaso de Rousseau, al entender al mundo desde una apreciación técnico-utilitarista. Mundo en el cual el ser humano –tal como

Marx lo pensaba— constituye el engranaje menor de una inmensa maquinaria dominada por un conjunto de leyes y certezas acerca del futuro, lo que conduce otra vez a la primera parte del *dilema* popperiano. De esta forma emergen nuevamente las ideas que piensan un mundo terminado y predecible cuando, desde los enfoques de la física avanzada y desde la dialéctica, sólo puede hablarse de posibilidades, probabilidades e incertidumbre. Así se pueden comprender los motivos que llevaron a pensar el *mundo del tiempo finito* de Paul Valéry, habiendo impregnado esta concepción no únicamente a los estudios económicos, sino también a los estudios polemológicos a través de los análisis del conflicto y la guerra.

Este *mundo finito*, producto de una suerte de ideología tecno-instrumental de origen occidental y que terminaría por extenderse a la totalidad del sistema internacional, tiene por otro lado su antítesis. Antítesis que debe ser estudiada y analizada desde la mirada que ofrece el desarrollo de la dialéctica finito-infinito de Hegel indicada en el capítulo primero. La antítesis así planteada se expresa en la búsqueda de trascendencia a través de creencias, culturas y valores diversos, tema sobre el que volveré más adelante, pues es aquí donde se encuentran las claves que ayudan a explicar una de las razones principales de los conflictos contemporáneos.

Un elemento importante de este desarrollo está conformado por la fuerte dinámica secularizadora de la mundialización en relación con la nueva dimensión global, lo que impone ante todo—según Marramao—una radical reformulación del «teorema de la secularización».

En efecto, si en sentido lato la secularización denota cualquier proceso de desacralización, como por ejemplo el operado por el *logos* filosófico griego frente al mito, o por el profetismo hebreo frente a las anteriores formas mágico-rituales de religiosidad, en sentido estricto la misma designa un rasgo característico de la modernidad europea: la separación entre religión y política sancionada a mediados del siglo XVII (con la paz de Westfalia de 1648) por el fin de las guerras civiles confesionales y por el afianzamiento de la soberanía *intramundana* del Estado. (2006: 24)

El problema que surge, si se parte de la observación más arriba planteada y de la antítesis formulada, aparece vinculado con el tránsito desde un orden internacional, cuyo núcleo central está constituido por Estados-nación soberanos, hacia un nuevo e impredecible desorden global que, sin perder su condición, recupera la presencia de un Estado debilitado en el contexto de una fuerte crisis mundial. En muchos aspectos esto desplaza el eje del debate desde el campo técnico-económico hacia el político-cultural; no es un hecho casual que el término «globalización» haya hecho su aparición en los años sesenta para indicar de alguna manera el *problema hobbesiano del orden* o, dicho de otra manera, del orden de las relaciones internacionales orquestado por las potencias europeas.

Nuevamente Marramao:

El punto neurálgico de este pasaje está constituido por la posibilidad de redefinir las categorías de *modernidad-mundo* y de *sociedad-mundo* (propuestas respectivamente por los sociólogos brasileños Octavio Ianni y Renato Ortiz, y por el técnico en sistemas el alemán Niklas Luhmann) con el fin de calificar la paradoja subyacente en la lógica y en la estructura de una realidad global que se presenta a un mismo tiempo como *unipolar* y *multicéntrica*: una realidad planetaria –si se quiere ser riguroso– no sólo *policéntrica* –a pesar de la indiscutible hegemonía tecnológico-económica y estratégico-militar de los Estados Unidos– sino también *mutidimensional* y *pluridireccional*. Lo crucial y delicado de la operación teórica consiste en hacer interactuar las dos ópticas de la globalización y de la secularización para sustraerlas a dos riesgos opuestos y especulares: el riesgo de la homologación y de la unificación forzosa latente en las interpretaciones que asumen la modernidad como un plano universal dado, preconstituido, y no como un campo problemático, abierto y conflictivo; el riesgo de la separación y la disociación propio de los esquemas interpretativos dualistas, que asumen la idea de la mundialización en función de una imagen esencialmente dicotómica de la pareja global/local entendiendo el segundo término como factor meramente reactivo (en el plano socio-económico o en el cultural-identitario) respecto de la dinámica expansiva de la modernidad. (2006: 26)

Las obras presentadas por Francis Fukuyama cuando se refirió al *Fin de la Historia* en 1992, y Samuel Huntington con su *Choque de las civilizaciones* de 1996, exponen, en mayor o menor medida respectivamente, los dos tipos de riesgos señalados por Marramao.

La propuesta de este profesor de la Universidad de Roma y miembro del *Collège International de Philosophie* de París, es:

En suma, si por un lado la globalización no debe entenderse como una homologación universal bajo el omnipotente dominio de la técnica y del mercado (Fukuyama), sino como una nueva interdependencia económico-financiera y sociocultural despegada de las tecnologías digitales del *tiempo real*; por otro lado tampoco puede ser leída, según una óptica diametralmente opuesta e igualmente reduccionista, como el *choque de las civilizaciones* (Huntington), sino como una falla de tensiones conflictivas que atraviesa todas las civilizaciones cortando de modo transversal tanto lo global como lo local (desde este perfil, el reclamo más claro para entender la naturaleza de los contrastes internos de la modernidad-mundo, surgidos de modo resonante con los atentados a las Torres Gemelas y al Pentágono, a lo sumo podría estar representado por el influyente escenario de las guerras de religión; en efecto, salvo rarísimos casos, los conflictos religiosos no se identifican *sic et simpliciter* con la *civilización*, sino que más bien tienden a atravesarlos, alterando las identidades étnicas o culturales preconstituidas). (2006: 26)

Según este investigador, una vez superada la discordia entre la homologación individualista-mercantil y la tesis del choque de las civilizaciones, la globalización se presentará como un verdadero *Pasaje a Occidente* (que es el título de su libro) de todas las culturas, como un tránsito hacia la modernidad destinado a producir profundas transformaciones en la economía, la sociedad, los estilos de vida y comportamientos, no sólo de las «demás» civilizaciones, sino también de la propia civilización occidental. Esta fórmula da por sobreentendida –quizás inconscientemente– cierta superioridad de Occidente sobre otras civilizaciones –aunque no sea estrictamente lo que Marramao sostiene– al plantear la imposición de un modelo que se conformaría a través de un *Pasaje*.

Concluye parcialmente Marramao: «A medida que la modernidad se expande, difundiendo a escala global la economía y la estética de las mercaderías, tanto más la sociedad occidental resulta permeada por las *alteridades* culturales» (2006: 26 y 27) «Unificación y diferenciación, expansión y contaminación, orden y conflicto. Si se permanece en el plano descriptivo, éstas son las dos inextricables caras de la medalla de la era global».

Respondiendo parcialmente a la pregunta de cuáles son los rasgos diferenciadores de la modernidad-mundo respecto de la modernidad clásica, se puede decir que la formación de la «sociedad global», lejos de quedar confinada a la dimensión económico-financiera, reabre la polémica de la modernidad en sus implicaciones filosóficas, políticas, científicas y artísticas.

En el ámbito de la globalización de mercancías, personas e ideas, se asiste a una modificación de los marcos sociales y mentales de referencia. Todo lo que es evidentemente local, nacional y regional se revela también como global, según el sociólogo brasileño Octavio Ianni (1996: 163) citado por Marramao y verdadero pionero en los estudios de la globalización. El pasaje de la época de la modernidad-nación a la época actual de la modernidad-mundo se justificaría para este autor por el doble carácter del capitalismo: por un lado (en el sentido delineado por Marx), modo de producción centrado en el poder universalizador de la forma-mercancía; por otro lado (en el sentido delineado por Max Weber), «proceso civilizatorio» basado en el dominio extensivo de un específico estándar de racionalidad estratégico-instrumental y social-tecnológico. La expansión a escala planetaria de esta estructura bipolar daría lugar a una «sociedad civil mundial», cuya espacialidad se articula en un nuevo orden no sólo geopolítico sino también geoeconómico, dominado por la estética de las mercancías como emblema del avance de la civilización.

Niklas Luhmann, por su parte, elaboró en los años setenta del siglo XX la categoría de sociedad-mundo, entendiéndola como una unidad real del horizonte mundial.

Sostiene Luhmann:

Aún se pretende fundar el concepto de sociedad en el presupuesto de una semejanza de los distintos contextos de vida. No

obstante, se da el caso de que dicho criterio ya no funciona, ni siquiera en Manhattan. Si en verdad estamos interesados en ver a través de qué mecanismos se atenúan o se exacerbaban las diferencias sobre el globo terrestre, si queremos discutir, por ejemplo, cómo se determinan situaciones límite en Sudamérica, ya no podemos comenzar por la unidad local, sino que, en cambio, debemos partir de la sociedad-mundo. (Marramao, 2006: 28)

En el marco del planteo de Luhmann, el concepto occidental de sociedad presenta desde sus orígenes una estructura compleja, que implica una específica combinación de diferencia e identidad, de diferenciación y unidad reconstruida o, en el léxico de la tradición filosófica, de la parte y el todo. Hegel, cuando se refería al *universal concreto*, señalaba que el todo se realiza *cumplidamente* en cada una de las partes y que, en consecuencia, cada pueblo lleva en sí mismo en algún momento de su desarrollo histórico una parte de ese todo, de ese universal concreto. En una fina trama dialéctica este notable filósofo decía que *la identidad no existe sin diferencia*, pudiendo comprobarse tal aseveración desde el nacimiento de un niño que se encuentra a sí mismo, construye su personalidad única diferenciándose de los demás y en particular de su padre —como muy bien lo estudió Sigmund Freud— hasta la mismísima conformación de las sociedades humanas.

El aspecto innovador de este enfoque se encuentra en la definición de la sociedad-mundo como la forma final, potente y precaria, de un estilo de racionalidad signado por el criterio de la diferenciación funcional; y es justamente de las diferencias que se desprenden, como de las grietas de un edificio en apariencia perfecto, nuevas e imprevisibles dimensiones del conflicto, algunas de las cuales, y teniendo en cuenta que este análisis fue realizado en los años setenta, puedan detectarse como tendencias probables en la actualidad.

En todas las sociedades tradicionales el principio de diferenciación, marcado por un criterio sustancialmente jerárquico, observa Marramao en la obra citada, ha sido la estratificación. Con la secularización de la jerarquía ocurrida entre los siglos XVII y XVIII, puede detectarse una progresiva *desnaturalización* y *artificialización* del lazo social, modulada por el pasaje del principio jerárquico al principio de la diferenciación funcional; en el transcurso de esta transición, el prin-

cipio de unidad deja de funcionar como presupuesto teológico-político (tema central del debate entre Jürgen Habermas y Joseph Ratzinger) para transformarse *de facto* en problema secular.

Las consecuencias de este proceso golpean el núcleo de la lógica subyacente en la pareja diferencia-identidad; dicha lógica ya no es atribuible al paradigma de la diferenciación jerárquico-estratificatoria, sino que queda subsumida bajo el esquema binario inclusión/exclusión. La dinámica de secularización delineada por Luhmann llega a su etapa final en la sociedad-mundo, donde al imperativo de la subordinación jerárquica lo sucede la lógica de la limitación entre dentro y fuera, del confín y del confinamiento, de la integración y de la marginación, de la complementación entre incluidos y excluidos operada por una *doble clausura* por medio de confines externos e internos que segmentan los subsistemas y las formas de vida.

¿Puede sobrevivir la sociedad mundo?

¿Cómo sobrevive entonces una sociedad-mundo que confía su propia estabilidad a instancias de diferenciación cada vez más complejas? En otro orden de cosas y con el desplazamiento de esta cuestión a un plano más socio-político ¿de qué manera una sociedad-mundo puede conservar su propio ordenamiento ante el surgimiento de fundamentalismos religiosos, étnicos o de otra naturaleza, respecto de los cuales los conflictos de intereses (sobre cuya lógica, el aparato del Estado-Leviatán absoluto se ha conformado en su desarrollo como Estado constitucional y *Welfare State*) parecen nimiedades si se piensa en lo que el futuro depara? Valor de lo negativo, justamente esta diversidad es lo que le da vida al sistema, a partir del predominio de flujos y relaciones, y de la emergencia de nuevos escenarios conflictivos que suponen, en la mayoría de los casos, una referencia a Otro, aun si a ese *otro* se lo ve como enemigo. Lo que Luhmann expone en relación a las dificultades que encuentra el ordenamiento de la sociedad mundo es correcto, en este contexto se deberá construir un nuevo ordenamiento, nuevos paradigmas si esto es posible, que expresen una realidad compleja y diferente a la hasta hoy conocida.

En otra parte del desarrollo, Luhmann se pregunta si la descripción moderna de los conflictos como conflictos de intereses –vinculada esta a la modernidad europea– y de valores, es todavía adecuada en vista de una condición global que sugiere el surgimiento de identificaciones de tipo fundamentalista, es decir de «identidad en contra» y no de «identidad como carrera».

Los resultados de este diagnóstico identifican los temas centrales de la época global en la naturaleza cultural-identitaria del fundamentalismo religioso, comprensible sólo a la luz del esquema inclusión/exclusión y en el vacío político determinado por la marcha asincrónica de la sociedad-mundo. Si bien por un lado esta última nos restituye la forma inédita –irreductible a lo moderno– de una sociedad al mismo tiempo finita y desterritorializada, donde los confines internos coinciden cada vez menos con las fronteras geográficas, apareciendo la comunicación de manera creciente como una unidad importante en la evolución de los sistemas sociales; por otro lado la misma aparece surcada por una diferencia insuperable entre la dimensión global –hegemonizada por los operadores de la economía y las finanzas, por las comunidades de investigadores y los expertos de las nuevas tecnologías de la comunicación– y las prácticas rutinarias e inerciales de una política aún vinculada con el viejo paradigma territorial. Valor de lo negativo, la crisis financiera de 2008 puso en el ojo de la tormenta a los operadores mencionados, sobre los cuales se descargó la indignación de la opinión pública al hacerlos responsables de la recesión y la caída de las economías. También, este episodio colocó nuevamente en el centro a los Estados-nación, como último recurso para evitar males mayores mediante su intervención masiva en las economías de los países. Lo que podría considerarse como un *renacimiento* del Estado y una vuelta a cierta modernidad que se creyó definitivamente superada, introduce a aquel como un actor central del sistema mundo parcialmente devaluado en los últimos veinticinco años.

De esta forma se plantea una disputa importante entre los actores emergentes de la globalización arriba mencionados y el fortalecimiento de Estados que intentan recuperar la totalidad de sus prerrogativas y atribuciones, lo que habilita nuevos escenarios conflictivos hasta ahora impensados.

Espacio y territorio

Aparece por otro lado un tema que es motivo de debate en la actualidad, mencionado en el párrafo precedente vinculado con la problemática del territorio y el espacio en el devenir de la sociedad humana. Paul Valéry, en un texto ya citado de su autoría, observaba un mundo cerrado donde todas las tierras se encuentran ocupadas. Una de las condiciones del sistema mundo es el hecho de que la totalidad de las tierras emergentes se encuentra sometida a alguna jurisdicción. Desde esta óptica, un mundo parcelizado es un sistema cerrado con balances netos nulos y que bien puede concebirse como un juego interno de suma igual a cero.

Aunque es cierto que redes de todo tipo desempeñan hoy un papel central en la configuración del sistema mundo, no puede subestimarse el rol del territorio en las relaciones internacionales. «Espacio y tiempo son las dimensiones materiales fundamentales de la vida humana», nos dice Manuel Castells¹. Pudiendo constatar, en un rápido sobrevuelo del mundo moderno, la relevancia del territorio en las disputas entre israelíes y palestinos, indios y paquistaníes, diversos conflictos en el continente africano, Irak y Afganistán, control del subsuelo y recursos naturales tanto terrestres como marítimos, serbios y kosovares, muros fronterizos, islas Malvinas y otras del Atlántico Sur.

Karl Polanyi escribió algo muy importante en relación a lo que se está tratando:

Lo que llamamos tierra es un elemento de naturaleza inextricablemente ligado a las instituciones humanas. Su aislamiento, para formar un mercado con ella, fue tal vez la más fantástica de todas las hazañas de nuestros ancestros. Tradicionalmente. La tierra y la mano de obra no están separadas; el trabajo forma parte de la vida, la tierra sigue siendo parte de la naturaleza, la vida y la naturaleza forman un todo articulado. La tierra se liga así a las organizaciones del parentesco, la vecindad, el oficio y el credo; con la tribu y el templo, la aldea, el gremio y la iglesia.

¹ En <www.hipersociologia.org.ar/catedra/material/Castellsscap6.html>.

Para añadir en otro párrafo: «La función económica es sólo una de muchas funciones vitales de la tierra. Invierte de estabilidad a la vida del hombre; es el sitio de su habitación; es una condición de su seguridad física; es el paisaje y son las estaciones. Bien podríamos imaginar al hombre naciendo sin manos ni pies, como viviendo sin tierra» (2007: 238).

Temas todos ellos muy vigentes, en tanto y en cuanto constituyen motivos de conflictos en el cuadro de la mundialización descrito en esta obra.

Desde que el sistema mundo se estructuró en gran medida en flujos y redes, emergió una corriente del pensamiento que subestima o directamente ignora el rol del territorio en la conformación de políticas y visiones de Estados y comunidades. Como si los seres humanos que han nacido, crecido y fallecido en un territorio, en un espacio determinado, pueden borrar de un plumazo historias que tienen decenas de miles de años, tal como Polanyi lo ilustrara anteriormente. Más allá de los flujos y redes, la realidad cotidiana enseña que la referencia a un espacio particular sigue desempeñando un papel importante en la reafirmación de identidades, tradiciones, historias e imaginarios colectivos de miles de millones de mujeres y hombres.

Nicholas John Spykman, inventor del *Rimland* y la *isla mundial*, al rescatar la importancia de la geografía en la definición de la política exterior de los Estados, sostenía: «El territorio de un Estado es la base a partir de la cual éste opera en tiempos de guerra, y la posición estratégica que él ocupa durante ese armisticio temporario que se denomina paz. La geografía es el factor más importante y fundamental de la política exterior de un Estado porque es el más permanente» (1992: 115).

De esta manera queda establecida, desde mi punto de vista, la importancia de lo territorial en los estudios de las relaciones internacionales, lo que no impide tomar en cuenta otros factores que inciden en las mismas. La geopolítica, que ha ocupado un lugar relevante en tiempos pretéritos, aparece hoy devaluada frente a las corrientes que la asocian a viejas pretensiones imperiales como, por ejemplo, la influencia que tuvo la *Escuela Geopolítica de Munich* en las políticas del nacional-socialismo alemán durante los años treinta del siglo pasado.



No estoy de acuerdo con el determinismo geográfico en tanto y en cuanto no se pueden extraer conclusiones finales acerca de la política de un Estado o una comunidad tomando como referencia exclusiva su ubicación espacial. Pero esto no implica que se ignore o subestime a la geografía, aun a la geopolítica, como factor influyente en el comportamiento de las unidades políticas frente a otros actores del sistema, teniendo en cuenta que detrás de todo esto se encuentra el territorio, y el territorio continúa desempeñando una función trascendental en las acciones humanas, tal como Castells lo señalaba.

El entorno y la geografía, en particular, no son sino una entre las muchas fuerzas que gobiernan el desarrollo de la actividad humana. Si el entorno no determina las fronteras de la conducta humana, tal como bien lo plantean Dougherty y Pfaltzgraff, presenta una influencia importante sobre ésta, crucial a veces, agregando que las relaciones geopolíticas han sido parte de la teoría realista de las relaciones internacionales. Concluyendo parcialmente con Strausz-Hupé: «Las condiciones geográficas determinan en gran medida *dónde* se hace la historia, pero siempre es el hombre el que la hace» (1993: 82).

En otro orden de cosas, la noción de fronteras abiertas, no abolidas, de fronteras abiertas a las visitas y el intercambio, no a las invasiones y a las ocupaciones de cualquier orden que estas sean, es fundamental para comprender que no existe la libertad sin soberanía. De aquí la necesidad no menos importante de que cada uno pueda comprender el idioma del otro sin renunciar al propio, como lo decía Régis Debray en el diario que escribió cuando estuvo preso en Bolivia:

hacerse hijo de un idioma es enraizarse en lo más profundo del suelo, de un paisaje, de una nación; de una historia determinada [...] Acceder a lo universal a través de la supresión de las fronteras, he aquí una ilusión antidialéctica, la peor de las chaturas, la hidra moderna que debemos decapitar. El lenguaje matemático es una lengua sin patria ni fronteras, justamente por ello no tiene nada para decir. (1976: 118)

Retornando al análisis de la política en el marco descripto, insisto con la pregunta acerca de si la sociedad mundo puede existir en las condiciones actuales del desarrollo de la humanidad, teniendo en cuen-

ta las fuerzas centrífugas que accionan sobre ella –entre ellas la formidable crisis financiera desatada en los Estados Unidos en 2008–, pues aquí se encuentra uno de los nudos centrales del problema.

Investigadores abocados a los estudios de la comunicación social observan algunas similitudes entre los tiempos modernos y aquellos en los que Guttenberg inventó la imprenta de tipos móviles: así como esta máquina permitió la impresión de la Biblia, difundió la lectura e interpretación de la misma hasta ese entonces reservada a los claustros religiosos y, según dicen, facilitó el surgimiento de la Reforma protestante; hoy estos estudiosos se preguntan qué puede llegar a ocurrir cuando, merced al crecimiento exponencial de los medios masivos de comunicación y otros como Internet, cualquier habitante de este planeta puede tomar conciencia de su situación aun sin saber leer y escribir.

En este punto del desarrollo, resulta necesario recordar algo ya señalado: desde los centros del poder mundial se intenta construir una sociedad mundo basada en patrones consumistas e individualistas que la nivelan por lo bajo transformando a los hombres en objeto y no sujetos de su propia historia. Esto no presenta únicamente consecuencias de orden económico sino que provoca un formidable proceso de fragmentación y aculturación –como también la emergencia de fuerzas centrífugas– a partir del cual millones de personas ven avasalladas sus tradiciones, valores y creencias sin que, en contrapartida, las mismas sean reemplazadas por una idea superior.

Una demostración de este proceso de fragmentación es: en 1850 había 44 Estados reconocidos en el mundo, 51 en 1903, cincuenta y cinco Estados dieron nacimiento a la ONU en la Conferencia de San Francisco en 1945, 108 Estados en 1963, ciento cuarenta y cuatro en 1983, siendo actualmente 193 los que integran la Asamblea General de esta organización internacional. La fragmentación de los Estados ¿no fragmenta también los principios que dieron origen a la creación del sistema internacional emergente de la Segunda Guerra Mundial?

No hay sociedad global porque no existe una idea rectora que unifique a todas las comunidades, sobre todo cuando lo que prevalece en todos lados es un proceso creciente de exclusión y marginación. ¿Es esta *idea* la que propone el sistema financiero transnacional, las grandes corporaciones o una estructura imperial basada en el uso de la

fuerza *urbi et orbi*? Valor de lo negativo, esta realidad explica la emergencia de movimientos asociados a lo religioso, lo nacional o regional ya citados, como formas de escapar a este chaleco de fuerza de la mundialización y tratando de obtener por medio de estos comportamientos «un lugar en el mundo».

Durante la mayor parte de la historia humana, las personas vivieron en comunidades estrechamente unidas en las que cada individuo tuvo un lugar específico y en las que podía observarse un fuerte sentido de destino compartido. El sentido de pertenencia, de ser parte de algo más abarcador que uno mismo, constituía una fuente importante de bienestar. Frente a los peligros y los misterios aterradores que el individuo solitario encaraba, este sentido de unión –junto con la propia fe religiosa que a menudo difícilmente se podía separar de la participación en la comunidad– era para la mayoría de la gente la vía principal para lograr algún sentido de seguridad y valor para avanzar.

Por diversas razones durante varios cientos de años el arraigo y la pertenencia han ido disminuyendo. En su lugar ha aparecido un sentido más amplio de individualidad que implica lo mismo: mayor oportunidad al mismo tiempo que mayor separación, en tanto y en cuanto para los seguidores del dogma neoliberal el éxito en la vida se relaciona más con la capacidad de cada persona que con la acción colectiva. En los países protestantes, este desarrollo se representaba simbólicamente con el criterio de que el hombre se enfrenta a Dios, que el hombre encuentra lo infinito e incomprensible no a través de la mediación de la madre Iglesia y como parte de ella, sino como un individuo separado y aislado, lo que Hegel denominaría la *conciencia desgraciada*. En el resto del mundo occidental no surgió ningún cambio simbólico igual de vívido, pero las relaciones entre el hombre y su contexto social cambiaron de manera similar, habiéndose acelerado este proceso aún más en años recientes a partir de una influencia creciente de la cultura anglosajona.

Afirmaciones comunes, no muy alejadas de la verdad, sostienen que el individualismo surgió en el Renacimiento, entendiéndose que esto se refiere al individualismo como un vector que desafió la idea de que el arraigo es la forma central de cualquier sociedad y no como un fenómeno totalmente nuevo.

El psicoanalista norteamericano Paul L. Wachtel ilustra al respecto: «En todas las épocas la gente debe encontrar los medios para reafirmarse frente a las limitaciones y a la mortalidad» (1989: 66).

Agregando en otra parte de su libro:

La religión, así como el sentido de pertenencia a una comunidad proporcionaban anteriormente ese sentido a la mayoría de las personas. Sin embargo, con el paso de los años el progreso de la ciencia y el desarrollo de más nuevos y eficientes modos de producción, debilitaron la fe religiosa, igual que los lazos tradicionales entre la gente que, junto con la religión, hacían la vida llevadera. (1989: 67)

En un importante trabajo en el cual el autor citado analiza la insatisfacción de la sociedad estadounidense a partir del crecimiento del individualismo y la carrera hacia la posesión de bienes materiales, señala:

Como Karl Polanyi afirma, la Revolución Industrial se vio marcada *por un avance casi milagroso en los instrumentos de producción y por un desorden catastrófico de las vidas de la gente común*. Gradualmente y a menudo sin reflexión o reconocimiento, el vacío empezó a llenarse sobre todo con los mismos objetivos y actividades que habían iniciado el proceso de debilitamiento de la seguridad. Privados de raíces, tradiciones y lazos de seguridad comunitarios en los que se garantizara un lugar, los hombres empezaron a tratar de disminuir su ansiedad, identificándose con nuestro cada vez mayor poder sobre la naturaleza. La acumulación de riqueza y comodidades materiales, más que la seguridad de arraigamiento en un marco y contexto, empezaron a formar la base primaria para reprimir los sentimientos de vulnerabilidad que inevitablemente nos afligen. Las nuevas doctrinas teológicas empezaron a distanciarse de las advertencias del *ojo de la aguja* acerca de la incompatibilidad de la riqueza y la recompensa celestial, y a recalcar que aquellos que lograran triunfos materiales estarían manifestando señales de haber sido favorecidos por la gracia; de ser parte de los elegidos. El crecimiento de la producción de bienes vino a ser la meta dominante de la vida y de la socie-

dad, al mismo tiempo que una religión de progreso y triunfo surgió para desafiar a las anteriores enseñanzas de estabilidad y sumisión. (1989: 68)

Charles Reich, a quien Herbert Marcuse calificaría de *avestruz revolucionario*, afirmaba que la naturaleza humana «no fue siempre por fuerza de carácter privado, mezquino, competitivo, materialista. El *hombre promedio* desciende de gente que tenía la capacidad de colocar a la comunidad por encima de sus deseos inmediatos» (Watchtel, 1989: 107). Por ello agrega Reich: «desde el inicio de este libro hemos discutido que la conciencia juega el papel clave en la formación de la sociedad [...] debido a que la cultura controla la máquina económica y política y no a la inversa».

Las ideas de Reich, muy próximas a las de la escuela de Francfort de análisis social, no invalidan el carácter conflictivo que presenta la condición humana desarrollada en otro capítulo de esta obra. Y no lo invalidan porque, justamente, el conflicto, y en un nivel superior la resolución violenta del mismo, viene señalando desde hace miles de años el devenir de los hombres en el planeta. La referencia de Reich, en este caso particular, está dirigida hacia la dicotomía que aparece entre el individuo como actor principal y su necesidad de integrarse a la sociedad, contradicción que hoy se plantea de manera acuciante en el mundo globalizado en una magnitud desconocida hasta ahora. Sí resulta relevante el rol que Reich le da a la cultura como *superestructura* determinante de la economía y aun de la política.

Sin embargo, lo que acontece en el mundo globalizado es que se potencia uno de los términos de la oposición, la acción individual, por sobre cualquier otro, a partir de lo cual, y valor de lo negativo, crece su contrario a través de la afirmación de lo colectivo como hecho y actor fundamental.

De esta forma aparece nuevamente el debate acaecido en tiempos de la Ilustración, acerca de un exceso de racionalidad teórica en los estudios de las ciencias humanas y en las relaciones internacionales, exceso que termina colocando al hombre como simple engranaje de una maquinaria inmensa e incontrolable por su voluntad: ciencia y progreso en tiempos del positivismo y el marxismo, el mercado hoy.

Friedrich G. Jünger (hermano de Ernst), publicó a fines de la Segunda Guerra Mundial una obra que resume bien estos puntos de vista:

Resulta evidente la impotencia de los Estados frente a los acontecimientos explosivos subsiguientes a la evolución de la técnica. No hay Estado capaz de dominarlos porque en toda organización estatal se ha insinuado la técnica que socava al Estado desde adentro. El hombre ya no domina la regularidad técnica que él mismo ha puesto en marcha. Es la técnica la que gobierna al hombre. (2006: 35)

Decía André Malraux en 1975

Es el fin, ya no se cree que la ciencia del siglo XXI arreglará todo. Hemos descubierto que la ciencia también tiene un pasivo, que no lo tenía para un hombre tan inteligente como Renan. Hemos visto la penicilina y la bomba atómica; sabemos que, por primera vez, una especie puede destruir la Tierra. En términos generales, vivimos en una civilización que nos aporta un poder tal como el hombre jamás conoció y que ha hecho de la ciencia una suerte de valor supremo. El drama surge al comprobar que este valor es incapaz de crear un tipo humano [...] Que la ciencia sea tan fuerte como para destruir a la humanidad pero no tanto como para formar un hombre, eso lo sabemos.

Ninguna ciencia, menos aún la económica, puede constituirse en un fin en sí misma. De Keynes a Perroux, todos los economistas dignos de ese nombre dijeron siempre que la economía venía en *segundo lugar*. Keynes que, desde 1930 había previsto las caídas de la expansión económica a las que la humanidad se ve enfrentada en cada etapa de su desarrollo. Perroux, el primero en haber preconizado una tercera vía —entre la economía del intercambio y la asfisia generada por la extorsión económica— basada en el *don*, o sea a partir de la invención de una nueva racionalidad fundada en el empleo de la totalidad de los móviles humanos; los intercambios culturales como fundamento de una economía más cercana a los hombres y devolviéndoles a estos su dignidad. Esta podría ser la filosofía de un nuevo modelo de desarro-

llo si el *orden mundial* pudiera colocarse al servicio del hombre y no al servicio de una potencia hegemónica o de intereses particulares.

Reflexionemos ahora, colocando a un costado la racionalidad económica, acerca del concepto de cultura en el cual se ubican las principales referencias. Veámoslo, más allá de su posible uso, en su propia finalidad. «Pues, ¿qué es la cultura?» se pregunta el ensayista quebequense Paul Vadeboncoeur: «Creo que es el culto del alma, el sentido de la autonomía real del alma» (1983: 43). Desde este punto de vista ello implica una búsqueda y una preocupación que exalta valores –*un* valor quizás– que por su propia naturaleza, sea ésta ideológica o pragmática, se alejan de todos los materialismos con pretensiones científicas que proclaman la eficacia como un fin en sí mismo.

Las ideologías, en términos generales y particularmente aquellas de matriz occidental, tienden a servirse de la ciencia más que a servirla. En este orden de ideas toda ciencia, y en particular la económica transformada en ideología, se inclina más a servirse del hombre que a servirlo.

Desde la Conferencia de Yalta en 1945 el mundo vivió en un sistema maniqueo que tendía más a la uniformización que a la unión: dos bloques predominaron, teniendo como objetivo principal la reducción hacia adentro de sus propias diferencias para encarar luego una confrontación mimética. La reducción del mundo mediante criterios uniformes, ya operada en los años de la bipolaridad, tendía a reducir las diferencias, disminuir los intercambios y borrar las culturas. Con el transcurrir del tiempo ésta condujo a la asfixia de las mismas potencias que habían visto en ella un provecho transitorio e ilusorio. En 1950, el financiero Siegmund Warburg decía: «Quiérase o no, tendremos un gobierno mundial. La única duda que se plantea es saber si un gobierno de estas características será establecido por consentimiento o conquista» (Saint Robert, 2001: 49).

Considerando a este *gobierno mundial* como el resultado casi natural de la tendencia hacia la uniformización planteada por la *doxa* neoliberal.

Hasta aquí se ha vinculado la política con la economía insistiendo, al mismo tiempo, con el rol que el ser humano y sus valores, culturas y creencias juega en el desenvolvimiento del sistema mundo y en la construcción de su destino. También, y consecuente con la metodolo-

gía adoptada he señalado que el conflicto, fundamento de los estudios polemológicos, tiene componentes asociados con la naturaleza y con las sociedades, constituyendo uno de los factores esenciales del desarrollo de estas últimas.

La problemática del sentido

Abordaré a continuación un tema que comprende a la teoría y que se relaciona con la denominada búsqueda de *sentido* por parte de los millones de personas y sociedades que integran el sistema mundo. El reconocido filósofo francés Jean Baudrillard escribió luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001, en referencia a los Estados Unidos:

Para la potencia mundial, tan integrista como la ortodoxia religiosa, todas las formas diferentes y singulares son herejías. En este punto, éstas están destinadas a entrar por las buenas o las malas en el orden mundial, o a desaparecer. La misión de Occidente (o más bien del ex Occidente porque desde hace tiempo está falto de valores) es de someter a través de cualquier medio las diversas culturas a la feroz ley de la equivalencia. Una cultura que perdió sus valores no puede vengarse contra otras culturas. Aun las guerras –también la de Afganistán– tratan ante todo, más allá de las estrategias políticas y económicas, de normalizar el salvajismo, de obligar al alineamiento de todos los territorios. El objetivo es reducir cualquier área refractaria, colonizar y domesticar todos los espacios salvajes, ya sea en el espacio geográfico como en el universo mental. Lo peor para la potencia mundial no es verse agredida o destruida, lo peor es verse humillada. Y ella fue humillada el 11 de septiembre, porque los terroristas le infligieron algo que ésta no puede devolver. Todas las represalias no dejan de ser un aparato de retorsión físico, por otro lado ésta fue deshecha simbólicamente. La guerra responde a la agresión, pero no al desafío. El desafío no puede ser respondido si no se humilla al otro (no aniquilándolo con bombas o encerrándolo como perros en Guantánamo). (2002: 18)

Esta cita da pie, entonces, para tratar la cuestión del *sentido* más arriba anunciada. Como ya fue mencionado, el fin de la Guerra Fría no enterró únicamente al comunismo, inicialmente enterró dos siglos de Ilustración y de certezas, de *mundo terminado*, dos siglos en los cuales la Guerra Fría constituyó tan solo una parte: la fase histórica más intensa, una expresión geoestratégica vigorosa y una forma ideológica acabada.

Todos los sucesos cotidianos presentan varios significados y nadie puede afirmar que tengan un sentido. El *sentido*, de acuerdo a lo sostenido por Zaki Laidi, presenta una noción triple de fundamento, unidad y finalidad.

Los *fundamentos* son los principios básicos sobre los cuales se apoya un proyecto colectivo.

La unidad está conformada por las *imágenes del mundo* en un esquema de conjunto coherente.

La *finalidad* es la proyección hacia un futuro que siempre se cree mejor.

La democracia del mercado en el mundo globalizado ha triunfado en apariencia, pero resulta incapaz para sostener un debate sobre los fundamentos. Esto amplía la diferencia entre la ruptura histórica en la que la humanidad se halla inmersa y las dificultades para interpretarla. Por otro lado, el ciclo que se cerró en 1991 con la desaparición de la Unión Soviética, lo hizo sin cataclismo nuclear, pero con una suerte de desmantelamiento de las referencias, sean estas ideológicas, políticas, sociales o identitarias, generando en consecuencia una crisis de sentido que afecta a todos por igual; por ello sostengo que esta tiene carácter universal.

El *sentido*, que tanto en el Este como en el Sur constituía un cierto paliativo a la miseria material desapareció, dejando al desnudo y carentes de referencias a todas las sociedades. Para muchos de estos países –por ejemplo Argelia o la ex Yugoslavia entre otros– el sentido proporcionaba una fuente de afirmación hacia afuera y de sublimación hacia adentro ante la fragilidad interna que los aquejaba. Hoy, en muchos lugares la búsqueda problemática de identidad muestra el esbozo de una incierta acción política, conformando en gran medida el sustrato de la gran mayoría de los conflictos armados contemporáneos.

En relación a ello, señala Zaki Laidi cuando hace unos años se refería a la ex Unión Soviética:

La extensión del movimiento de descomposición política que presenciamos en la URSS, luego en Europa del Este, se intensifica ahora en el interior mismo de Rusia y gana subrepticamente a Europa occidental (Bélgica, norte de Italia) y América del Norte (Canadá). En todos lados, las memorias colectivas se encuentran convocadas y reactivadas por actores políticos muy diversos cuyo objetivo es volver a otorgar un sentido a sus ambiciones, las más sanas y las más alocadas. (1996: 18)

Tiempo atrás se tomaban los casos de Kazastán, Ucrania y Bielorrusia, pudiendo agregar ahora a Bolivia, Venezuela y otros países en una lista cada vez más extensa, como ejemplos demostrativos de una realidad en la cual estas unidades políticas se habrían transformado en «ficciones», de acuerdo con lo planteado desde una visión del planeta que tienen los centros de poder del mundo globalizado, excluyéndose ellos mismos –como resulta obvio– de tal apreciación. El problema de estos pueblos, como de tantos otros, es que quizás no deban ser juzgados a partir de un retorno más o menos importante a posiciones nacionalistas o identitarias, a las cuales parecen estar volviendo los países desarrollados a partir de la crisis de las hipotecas en los Estados Unidos de 2008, sino a la necesidad que tienen de un *vivir juntos* nacional, de encontrar una orientación común, un *sentido*.

Todo ello plantea lo que sería un aparente retorno hacia atrás, cada vez más complejo y contradictorio, retorno signado por la uniformización propuesta de un mundo globalizado, surcado al mismo tiempo por nacionalismos insaciables y guiados por una búsqueda frenética de lo pequeño, como quedó en evidencia más arriba cuando se hizo referencia al incremento de miembros de la ONU en los últimos cincuenta años. Y digo bien, *aparente retorno* porque, al igual que las diversas expresiones de los fundamentalismos, se trata de un fenómeno muy moderno y actual que acompaña contradictoriamente a la mundialización.

Con el fin de la Guerra Fría tuvo lugar un acontecimiento hasta ahora único en la historia mundial contemporánea: el cambio del sis-



tema internacional no fue en esta oportunidad la consecuencia de un conflicto armado mayor entre las grandes potencias que, como ocurrió tanto en 1918 como en 1945, instala nuevos paradigmas y eventuales *sentidos*. Este hecho, inédito para el siglo XX, dejó grandes dudas y agujeros negros sobre la arquitectura futura del orden mundial, lo que conduce hacia una interrogación filosófica más importante aún: la crisis mencionada de *sentido* ¿consagra el fin de la problemática del sentido?, ¿o está anunciando el final de todas las problemáticas de sentido, de toda representación final del futuro?

El núcleo central de la Guerra Fría fue la relación entre el poder y el sentido. Hoy podría sostenerse que al no haber más centralidad desapareció la finalidad, generándose una fuerte tensión entre la proyección de individuos, empresas y naciones en un mundo globalizado que gira a un ritmo excepcionalmente rápido, y la desaparición brutal de lo que Koselleck denominaba *horizonte de referencia*. El *telos* (finalidad) que se tenía y hacia el cual se tendía desde la Ilustración, se encuentra erosionado a partir de la desaparición de la Unión Soviética al no existir nación capaz de abordar el desafío incierto de encarar una nueva trascendencia ideológica. Ningún Estado se encuentra en condiciones hoy –o no desea por el momento– jugar el rol de *timon* (líder) capaz de guiar a los otros hacia una nueva finalidad, más allá de los circunstanciales intentos de los neoconservadores norteamericanos y sus ambiguas y contradictorias invocaciones religiosas en tal dirección.

En este escenario se plantea la tesis del mundo unipolar, basada de alguna manera en el devastador poder militar de los Estados Unidos. Esta tesis puede aparecer como absurda en un contexto en el que no existe centralidad occidental, aun cuando la modernidad occidental esté más presente que nunca. Planteado de otra forma, no hay finalidad en la acción colectiva. Esta doble ausencia –centralidad y finalidad– constituye un desafío para el sistema mundo, con enormes consecuencias en los planos jurídico y normativo que pueden afectar severamente la paz mundial desde el preciso instante en que puede suscitarse innumerables conflictos.

En muchos aspectos, los Estados-nación han sido los guardianes tradicionales del sentido durante más de tres siglos. Estados que acusaban hasta 2008 una pérdida dolorosa de autoridad bajo los embates

de la globalización y que, por otro lado, no son los únicos que viven el fin de un *sentido* colectivo: también aparecen afectados sindicatos, iglesias, asociaciones internacionales y aún las empresas transnacionales, todos ellos se encuentran en estos tiempos confrontados a la fragmentación de intereses, pasiones y representaciones.

En este contexto las creencias religiosas aspiran, en muchos lugares, a llenar el vacío dejado por las ideologías seculares no sin dificultades. El catolicismo, por ejemplo, que posee un fuerte carácter normativo y prescriptivo del mensaje cristiano, choca en Occidente, su principal área de influencia, con el individualismo que asimila prescripción a intervención en el espacio privado.

El Islam, caracterizado por la pretensión de sus fieles de totalizar el sentido, enfrenta condicionamientos cuando hace de la religión un combate esencialmente político, desacralizándola al transformarla en un instrumento. El islamismo, por su parte, reúne tres características importantes: una pretensión política que algunos –muchas veces sin un conocimiento adecuado– califican de totalitaria; un discurso global sobre la sociedad en el cual la temática de la exclusión ocupa un lugar central; por último un aparato político y asociativo capaz de hacerse cargo de las demandas sociales de grupos humanos desfavorecidos o desclasados. Aun así y con los inconvenientes que se le adjudican desde una visión occidental, el Islam es hoy uno de los elementos más vigoroso y potente tanto en la búsqueda como en el hallazgo de *sentido*.

Cristianizar o islamizar la modernidad, por oposición a modernizar el cristianismo o el Islam, son consignas que aparecen reiteradamente en la base doctrinaria y en la acción práctica de diversos grupos religiosos fundamentalistas desde los años setenta del siglo XX, década en la cual, es bueno recordarlo, aparece un nuevo discurso religioso vinculado a lo político con el triunfo electoral de Menahem Begin en Israel, en alianza con sectores ortodoxos de la religión judía; Karol Wojtila es elegido Papa; y en febrero de 1979 el Ayatollah Khomeiny se instala en el poder en Teherán.

La globalización aparece en cierta manera como el zócalo común de todas las pérdidas de sentido, quitándole al mismo tiempo al Estado el poder de objetivación de la realidad social mundial. El Estado –al

menos hasta la crisis de 2008— ya no es más el reductor de incertidumbres que era en el pasado, en la mayoría de los casos y de manera defensiva privilegia, cuando puede, la conservación de su poder a expensas de su legitimidad.

Nuevamente Zaki Laidi:

La globalización aparece como el primer gran proceso histórico al que el Estado moderno no llega a objetivar, lo que torna indisociable crisis del Estado y crisis de sentido. Todo ocurre como si esta globalización acelerada, como si esta ausencia de territorio (pérdida de referencias nacionales) y de ideología (pérdida de la finalidad), nos proyectara en un espacio planetario sin relieve y sobre el cual no existiría ninguna expectativa, a este espacio lo denominaremos *tiempo mundial*. (1996: 23)

Según este autor, el *tiempo mundial* es a la vez el tiempo de la mundialización y de la posguerra fría, como si la lógica de los Bloques, al haber sacralizado la fuerza militar y el territorio nacional, hubiera parcialmente congelado o en todo caso frenado la marcha de la mundialización.

Como actores del *tiempo mundial* y desde este punto de vista, los seres humanos no buscan más dirigirse hacia un objetivo, a recorrer la distancia que separa la experiencia de la expectativa. Los hombres de esta manera se encontrarían constreñidos, bajo el peso de la necesidad pero no de la finalidad, a moverse, a circular y a comunicarse sobre un espacio mundial vacío de expectativas, pero en el cual el campo de la experiencia se encontraría permanentemente conmocionado por la velocidad frente a la cual las prácticas, saberes u oficios, devienen obsoletos.

La distancia que separaba la experiencia (lo hecho) de la expectativa (a lo que se aspira) dando así sentido a los proyectos colectivos no existiría más, como si la proyección individual o colectiva en el tiempo mundial —dominado por la lógica de lo instantáneo— hace caducar la idea misma de proyecto. Proyección se opondría así a proyecto como futuro a llegar. De esta forma, la innovación del futuro, a partir de la cual la actividad política se había visto largo tiempo legitimada, pierde fuerza recostándose piadosamente sobre la gestión del

presente. Sin embargo, tanto los individuos, como las empresas y los Estados, se ven permanentemente obligados a proyectarse hacia el futuro; lo que ya fue indicado como una contradicción, pues al mismo tiempo que se insta a los Estados a replegarse de sus funciones y abandonar áreas que hacen a su mismísima esencia –al menos hasta la intervención masiva del Estado norteamericano en la crisis financiera de 2008– las empresas transnacionales, cada vez más, se constituyen en inmensos centros de planificación y gestión, encontrándose en consecuencia obligadas a proyectarse hacia el futuro.

El desacople entre el poder y el sentido afecta a todos, nadie puede permanecer al margen de ello. Norte rico y Sur pobre, empresas y Estados son víctimas de esta situación. Por ello sostengo que la globalización constituye un cambio importante, no pudiendo definirla únicamente a partir del privilegio de una aristocracia empresarial, sino como a un proceso masivo que invade todos los rincones del planeta. La urgencia en este contexto, el tiempo inmediato y corto, aparece erigida en categoría central de la acción política, debilitando así las utopías tan necesarias para el crecimiento, cohesión y afirmación de la comunidad.

Corresponde en este punto realizar un breve comentario acerca del término *utopía*. Se denominó «utopistas» a aquéllos que, desde adentro mismo del movimiento revolucionario francés del siglo XVIII, daban prioridad absoluta a la lucha por la justicia social planetaria y el derecho del ser humano a la felicidad. Estos hombres: Saint-Just, Babeuf, Roux y Marat, entre otros, murieron jóvenes y de muerte violenta, apuñalados o guillotizados.

El término *utopía* sin embargo viene de tiempos muy lejanos. Canciller de Inglaterra, amigo de Erasmo y de muchos maestros del Renacimiento, Tomás Moro fue decapitado el 6 de julio de 1535. ¿Cuál fue su crimen? Cristiano convencido, había publicado un libro muy crítico hacia la Inglaterra desigual e injusta del rey Enrique VIII cuyo título era *De optimo Republicae statu de que Nova Insula Utopia*. Antes que él, Joaquín de Flore y los primeros franciscanos, Giordano Bruno y sus discípulos, habían luchado a favor de una humanidad reconciliada bajo el imperio del *ius gentium* y del derecho inalienable de todos los humanos a la seguridad de su persona, a la felicidad y a la

vida. Es de esta forma que a partir del sustantivo griego *topos* (el lugar) y del prefijo U (prefijo de la negación) Moro había inventado un neologismo: *U-Topía*. El No-lugar. O más precisamente: el lugar, el mundo que aún no existe.

La utopía es el deseo de algo distinto. Ella designa aquello que nos falta durante nuestro corto pasaje por la Tierra. Ella abarca la *justicia exigible*. Expresa la libertad, la solidaridad, la felicidad compartida de la cual la conciencia humana anticipa la llegada y el contorno. *Liberté, égalité, fraternité*. Esta falta, este deseo, esta utopía constituye la fuente más íntima de toda acción humana a favor de la paz y la justicia social planetaria. Sin esta justicia, ninguna felicidad es posible para los que habitamos este mundo.

El humano es esencialmente un ser no terminado, constantemente en construcción. Ernst Bloch apuntaba que en el momento de la muerte cada hombre tendría necesidad de más vida para terminar con la vida, dicho de otra manera, encontrar una *utopía* que le otorgara sentido a su existencia y fuera continuada por los sobrevivientes. Así, una paradoja gobierna a la utopía: ella dirige una práctica política, social e intelectual; da nacimiento a movimientos sociales y a obras filosóficas; orienta los combates de individuos concretos. Pero, al mismo tiempo, ella se hace real más allá del horizonte del sujeto que actúa. Decía Jorge Luis Borges en relación a esta paradoja: «*La utopía es visible únicamente para el ojo interior*».

Por ello nos dice Zaki Laidi:

Allí donde se encuentren, los actores sociales alimentan en la actualidad una duda profunda en lo que a su capacidad de actuar se refiere, por un lado porque éstos no disponen de una perspectiva global en la cual podrían enmarcar sus opciones presentes y futuras, por otro lado porque la fragmentación de la realidad es demasiado grande, de manera tal que ésta no ofrece ninguna llave, ninguna palanca para actuar, de lo que puede deducirse la fuerza de la temática del vacío y de la impotencia que aparece en la literatura o en los medios televisuales. En estas condiciones, se comprenderá que los llamados al *pragmatismo*, al *realismo* o al *empirismo* no ayudarán a superar la crisis del sentido, ellos ayudarán, por el con-

trario, a intensificarla en tanto y en cuanto la falta colectiva que sufrimos se basa precisamente en la ausencia de cualquier escenificación simbólica de nuestro destino. La crisis del sentido se traduce por una diferencia mal vivida entre el concepto y la realidad, cuando lo propio de un proyecto colectivo es articular una representación global y necesariamente abstracta del mundo y las cosas, con realidades tangibles. (1996: 36)

Utopía que guarda entonces una relación estrecha y resulta indisoluble con la búsqueda de *sentido* expuesta. La globalización, el pensamiento único y la igualación de las culturas por lo bajo mediante un patrón general consumista, habiendo perdido el impulso ideológico inicial como consecuencia de la crisis financiera de 2008, con toda seguridad estarán en los fundamentos de nuevos conflictos, añadiendo más imprevisibilidad e incertidumbre a la que el sistema mundo presenta en la actualidad.

El Estado-nación en la mundialización

*La soberanía aún protege a la minoría rica
de la mayoría pobre del mundo*

JOSEPH NYE. *La naturaleza cambiante
del poder norteamericano*

*El capitalismo es una creación de la desigualdad del
mundo, necesita, para desarrollarse, la complicidad de
la economía internacional. Es hijo de la organización
autoritaria de un espacio evidentemente desmesurado.*

IMMANUEL WALLERSTEIN. *The modern world system*

Una consideración especial merece el rol del Estado-nación en la mundialización, consideración que completa parcialmente la mencionada función de *guardián de sentido* tratada en el ítem anterior. A lo largo de este capítulo y del capítulo precedente se han realizado varias referencias al mismo, considerando su debilitamiento creciente como consecuencia de los impulsos neoliberales; también fueron

mencionados los actores emergentes o repotenciados en este contexto, verdaderos perturbadores del *orden de los mercaderes* en el sistema mundo. Manuel Sánchez Sarto, en el prólogo a la edición del *Leviatán* publicado por el Fondo de Cultura Económica en México en 2001, observa que «El Estado y la necesidad del Estado surgen del *estado natural*, de la misma manera que, más tarde, Hegel hace brotar de la conciencia natural el conocimiento absoluto. Los dos filósofos coinciden en investigar lo imperfecto no como base de un módulo más valioso sino apoyándose en la imperfección misma porque ésta, como valor dinámico, se comprueba y anula por sí sola».

De manera contradictoria, en los Estados Unidos diversos politólogos y economistas han elaborado un discurso neoliberal señalando la inutilidad del Estado cuando, al mismo tiempo, la crisis de las hipotecas obligaron al gobierno a intervenir en la economía de este país del Norte. Al respecto, es interesante citar al escritor norteamericano Lewis Laphan cuando sostiene irónicamente:

Según los sofistas al servicio de la administración de Reagan, aprobados luego por sus sucesores de los gobiernos de Bush y Clinton, la base intelectual de la riqueza y la felicidad de Norteamérica reposa sobre cuatro pilares de sabiduría eterna:

- 1- Un Estado fuerte por definición es marxista, sinónimo de derroche e incompetencia, una conjuración de imbéciles indiferentes al bienestar del hombre común. ‘Estado fuerte’ quiere decir pesada burocracia, pobreza, indolencia y enfermedad.
- 2- La mundialización es la octava maravilla del mundo, la luz de las naciones y la coronación de todos los deseos. Nada debe obstaculizar sus sagrados misterios y su juicio infalible.
- 3- El arte de la política (lamentablemente humano y en consecuencia corrupto) debe inclinarse ante las ciencias económicas (maravillosamente abstractas y por lo tanto irreprochables).
- 4- Cuando son los mercados quienes determinan la política, financian las tropas y construyen la oración, ¿qué utilidad tienen los principios políticos y filosóficos? ¿Para qué tener hombres de Estado y políticos si no hay necesidad de memorizar sus nombres y discursos?

Hemos llegado al fin de la historia. El nuevo orden económico mundial se ha impuesto a los últimos escépticos oponiéndose a los engaños del comunismo soviético. (2002: 152)

El vacío de poder no existe y, tal como la historia de la humanidad lo demuestra, siempre que esto ocurre aparecen fuerzas y actores dispuestos a llenarlo. *El poder se ejerce en acto*, nos decía Foucault, y así acontece desde que las primeras comunidades se organizaron en la faz de la Tierra. Poder que no tiene que ser necesariamente violento, pero que se manifiesta, entre otros aspectos, como mecanismo de conducción y protección del grupo. En lo que atañe al poder y su distribución, resulta ilustrativo citar un reportaje ofrecido por George Soros en el que vaticina una pérdida de poder relativo de los Estados Unidos a partir de la crisis de las hipotecas de 2008:

Estados Unidos perderá influencia. Ya la ha perdido. Desde hace 25 años, mantenemos un déficit en cuenta corriente constante. Los chinos y los países productores de petróleo registran excedentes. Hemos consumido más de lo que hemos producido. Mientras nosotros acumulábamos deudas, ellos adquirían riquezas con sus ahorros. Cada vez más, los chinos se irán adueñando de una parte mayor del mundo, porque convertirán sus reservas de dólares y bonos públicos estadounidenses en bienes raíces. Eso cambia las relaciones de poder. El traspaso de poder a Asia es una consecuencia de los pecados cometidos por Estados Unidos en los últimos 25 años. (2008: 2)

El consumo norteamericano referido por Soros, plantea una cuestión que va más allá de lo meramente económico, si bien sus consecuencias en ese plano están bien expuestas augurando una reconfiguración del poder a escala global. La cuestión tiene que ver con la condición humana y una cierta propensión de los individuos en las sociedades capitalistas avanzadas a acumular bienes materiales como manifestación de éxito y poder. El interrogante, sin respuesta por ahora, se vincula con el comportamiento de los ciudadanos chinos cuando éstos eventualmente alcancen los estándares de vida y consumo norteamericanos, teniendo en cuenta la impronta confuciana que ubica en el trabajo el factor de progreso de una sociedad con miles de años de historia.

Ya en el siglo XVII, Hobbes sentenciaba en su *Leviatán*: «Es imposible que una República subsista allí donde alguien que no es el

soberano tenga el poder de otorgar recompensas más grandes que la vida y castigos más importantes que la muerte» (1971: 472).

En política, ante la ausencia de un enemigo declarado, el objeto más temido al que se le debe hacer frente es el desorden. El desorden que prevalece en la mundialización, asimilable desde cierto de punto vista al caos aunque diferente, presenta muchos componentes de aquellos analizados por Hobbes en la Edad Media y que forman parte de los ciclos de descomposición y recomposición del poder en el devenir dialéctico de la humanidad.

Revisando la historia se puede constatar que los períodos de turbulencias que marcaron a los imperios desde la Antigüedad hasta nuestros días han sido momentos recurrentes en los ciclos de descomposición y recomposición del poder, tal como aparece considerado en la extensa tradición popularizada por las religiones del *Libro*. El desorden es un eterno recomenzar desde el momento que contiene en potencia una gran variedad de órdenes posibles. Cierta desorden, tal como puede advertirse desde la teoría del caos, es siempre una apertura hacia nuevas opciones en las escalas de orden.

Dice Alain Joxe:

El mayor problema del caos contemporáneo es que, quizás por primera vez, la humanidad aborda un océano de desorden sin una finalidad implícita de orden. Un caos que no es inicio de orden, sino de desorden que siempre recomienza porque el orden que se nos da desde arriba –desde las principales instituciones financieras transnacionales– es el obedecer al gran imperio del caos. No manejado por el presidente de los Estados Unidos, monarca casi sin poder, sino por un poder neoliberal acéfalo que pretende ordenar todo a través del desorden y al que se denomina religiosamente mercado. (2002: 43)

Cierta desorden es necesario, sobre todo si existe frente a nosotros un orden asfixiante, sobredimensionado y nefasto. Pero, igualmente el orden es necesario en tanto y en cuanto asegura una función de protección, la obediencia no es arbitraria sino imprescindible para edificar una comunidad.

Para Carl Schmitt: «aquél que no tiene el poder de proteger a otro no tiene el derecho de exigir obediencia»; «aquél que tiene el poder puede motivar sin cesar la obediencia a través de medios eficaces que no tienen necesidad, llegado el caso, de ser siempre inmorales: garantizando protección y una vida tranquila, educando, evocando la solidaridad de intereses contra otros hombres. El consenso crea poder, pero el poder también crea consenso» (1985-1986: 114). Este punto de vista parece definir el poder como producto de la obediencia.

Para Hobbes, la obediencia era el producto del consenso que buscaba cómo organizar su protección. Según este filósofo inglés, la monarquía absoluta representaba la perfección en materia de protección, aunque también observaba que la República puede ser legitimada por el pueblo como función de protección. Políticamente, desde la visión de Hobbes, esta protección no es proveída por un salvador supremo, sino por lo que él denomina «la multitud unida en una sola persona», también por un «dios mortal al que le debemos paz y protección» o, dicho de otra manera, un «hombre artificial». El depositario de esta personalidad artificial es así llamado *soberano*: se trata del gran Leviatán, animal mítico de la Biblia que Hobbes asimiló al Estado, sea éste monárquico o republicano. El soberano puede ser el pueblo entero, una asamblea electa o un monarca. Este clásico de todos los tiempos pensó la guerra civil y el desorden basándose en la experiencia aportada por la Revolución de Oliverio Cromwell en Inglaterra. La guerra de todos contra todos, que él vinculó con el *estado de naturaleza*, se asemeja a la forma de violencia que actualmente amenaza a la humanidad, desde que el fin de la bipolaridad terminó con la arquitectura inmóvil, amenazante pero también «protectora», de la guerra fría, del Este contra el Oeste, una especie de doble Leviatán global en cierto sentido.

Al respecto, Alain Joxe dice refiriéndose a Hobbes: «Sus conclusiones explicativas son por otro lado tan inestables que él colocó el *caos de la naturaleza* como materia prima del orden político en el núcleo mismo de su objeto, el poder, pero también de su método, *el análisis de la construcción a través de la destrucción del poder*» (2002: 49).

Ya he señalado que el pensamiento único de la mundialización no solo indica interdependencia, sino que también expresa el cortocir-

cuito de la interpretación a través de las dos dimensiones de lo local y lo global. Este denominado «cortocircuito» se produce porque saltó la llave intermedia del orden internacional moderno consagrado en Westfalia: el Estado-nación sustentado por el isomorfismo entre pueblo, territorio y soberanía. La referencia se dirige entonces hacia un orden, o desorden, pos hobbesiano a partir de la ruptura del modelo consagrado en 1648 y del cual una de sus víctimas es el Estado-nación debilitado. Esta ruptura teórica se manifiesta en la actualidad a partir del desbarajuste de un orden que prevaleció, y prevalece aún, en las diversas teorías de las escuelas que estudian las relaciones internacionales, orden signado por la delimitación entre lo interno y lo externo, las dos dimensiones entre las cuales se desenvuelve la acción de los Estados. En relación a ello, observa Marramao:

El rasgo principal se localiza en el nuevo ordenamiento político del mundo, definido por Habermas como *constelación pos nacional* y por Philippe Schmitter orden *pos hobbesiano*, con connotaciones semánticas en ciertos aspectos análogas a la expresión por mí adoptada *después del Leviatán*. La actual mundialización no consiste en una interdependencia genérica ni en una pura y simple apertura transcontinental de los mares; ambas condiciones se habían cumplido, en efecto, en las «oleadas» anteriores con el descubrimiento del Nuevo Mundo y con la creación del mercado moderno. La novedad debe rastrearse, pues, en otra parte: en la ruptura del «modelo Westfalia», o sea, del sistema de relaciones internacionales basado —a partir del fin de las guerras de religión de los siglos XVI y XVII— en la figura del Estado-nación soberano, territorialmente cerrado. Desde este punto de vista, la actual globalización produce si no el fin (puesto que, bajo el perfil estructural, la forma Estado aparece por el momento como destinada a durar, mientras que, bajo el perfil estrictamente cuantitativo, el planeta ha conocido en los últimos años un verdadero boom de nacimientos de Estados nacionales o subnacionales), cierta declinación del Leviatán y una constante erosión de sus prerrogativas soberanas. (2006: 47)

Este proceso, como ya ha sido analizado, se aceleró a partir de la caída del Muro de Berlín en 1989 y la desaparición de la URSS en



1991. Los efectos del mismo, lejos de provocar la unificación y uniformización en dirección a un «Estado mundial» según Jünger, o de una «república cosmopolita» según Kant, dieron lugar a una especie de contracción del espacio, desequilibrado en lo interno y constitucionalmente refractario a cualquier reduccionismo signado por la lógica exclusivista de la soberanía.

Por todas estas consideraciones el paradigma hobbesiano del orden, sancionado en Westfalia, aparece en la actualidad sometido a tensión, no en sus aspectos más sencillos o en sus implicaciones, sino en su propio principio constructivo. El destino del «dios mortal» representado éste por la estructura estatal moderna, tiene su entropía en la apertura de los océanos operada en la era isabelina por el imperio británico a través de un proceso de *insularización*. Esto dio como resultado una modernidad que a través de sucesivas globalizaciones, si así se las puede denominar, se derramó de su ámbito de origen para extenderse a todas las áreas y contextos culturales del planeta. Una de las consecuencias de dicho derrame y expansión es el desdibujamiento del límite entre el adentro y el afuera que constituía el presupuesto esencial de la lógica y la función del Estado. Desdibujamiento que se expresa en el debate vinculado con la Seguridad Interior y la Defensa Nacional, en un contexto en el que predomina la incertidumbre política y estratégica.

Dice al respecto Marramao:

En la era del *mundo finito* de Paul Valéry y de la *revolución espacial planetaria* de Schmitt, ningún 'katechon' aparece ya en condiciones de frenar la inexorable declinación del Leviatán. En efecto la forma-Estado moderna siempre se ha caracterizado en relación con un «afuera» y, por lo tanto, es impensable al margen de esta relación. El principio constitutivo del Estado no es el del todo o nada, sino el de lo interno y lo externo. El Estado es la soberanía. Pero la soberanía sólo reina sobre aquello que es capaz de interiorizar, de apropiarse localmente. (2006: 50)

Por ello resulta interesante citar lo que Henry Kissinger expresa con indudable preocupación en una nota titulada *Cómo armonizar la política con la economía*, publicada el 1º de junio de 2008 por el diario

Clarín de Buenos Aires: «Por primera vez en la historia ha surgido un sistema económico auténticamente global con perspectivas de un bienestar no imaginado hasta ahora. Al mismo tiempo –paradójicamente– el proceso de globalización tienta a un nacionalismo que pone en peligro su consumación».

La idea de un Estado-mundo privado de la posibilidad de referirse a un afuera, tal como lo señala Marramao, constituye pues un verdadero *teorema de la imposibilidad* en contradicción con el principio lógico-histórico constitutivo de la estatalidad moderna. Solo una configuración imperial –de improbable, aunque no imposible, ocurrencia– estaría en condiciones de hallar una resolución al *teorema de la imposibilidad* mencionado.

El Estado entonces, erosionado «desde arriba» por mecanismos de integración regional, organismos internacionales, empresas transnacionales, sistema financiero, superpoderes, ejércitos privados, etcétera; y «desde abajo» por impulsos autonómicos y localistas, por la fragmentación de las sociedades, se ve sometido a la acción de una multitud de factores dinámicos que llevan a pensar si uno no se encuentra en una fase anterior a la de la formación del Estado moderno, neutralizado por el poder centralizador del Leviatán sancionada en la paz de Westfalia. Valor de lo negativo, la crisis del sistema financiero internacional y su derrame sobre la economía real le dan un nuevo impulso al rol del Estado, en lo que podría configurarse como la vuelta hacia un contexto más clásico de las relaciones internacionales.

Aquello que podría considerarse como un eventual retorno a una nueva Edad Media, tal como sostienen algunos autores, no puede ser asumido en sentido literal, los *sujetos* no son los mismos y tampoco los contenidos, las *potestades indirectas* hoy presentan, por un lado, aspectos del globalismo tecno económico y del universalismo de los derechos humanos, y por el otro lado el de la diferenciación de las referencias culturales y de las esferas públicas en diáspora.

Un párrafo especial merece la denominada «revolución de la información» que introduce características únicas y diferenciadas en la contemporánea mundialización. En primer lugar, la universalización de la interdependencia en tiempo real o casi real, por oposición a la interdependencia clásica en tiempo diferido. Hoy, la cantidad de da-

tos accesibles es inmensa, instantánea y universal: esto tiene efectos sobre las sociedades y supera ampliamente los efectos económicos.

Otra diferencia se relaciona con el acceso masivo y compartido a los vectores de información y a la información en sí misma. La generalización de las ventanas «virtuales» sobre otros mundos que son la televisión e Internet no es neutra para las sociedades involucradas, hecho que no es política o económicamente anodino. Una cantidad más importante de individuos puede poseer informaciones, disponibles en otro tiempo únicamente por organizaciones estatales o sociedades industriales y comerciales.

La realidad indica la desterritorialización de una parte creciente de las redes de información, de influencia y producción que vinculan comunidades de afinidades «virtuales» y no más demográficas y territoriales. Esto no lleva a concluir la muerte del Estado-territorio, del Estado-nación pero, por otro lado, éste no puede posicionarse o comportarse como antes. Puede sostenerse en consecuencia que en ciertos aspectos hay una ruptura entre la actual mundialización y la internacionalización que la precedió, aunque, tal como podría observarse desde un enfoque dialéctico, la síntesis que ofrece la mundialización presenta elementos tanto de la tesis como de la antítesis.

Señala Marramao en relación al tema en tratamiento:

A causa del vacío político determinado –en este tiempo suspendido entre el *no más* del viejo orden estatal y el *todavía no* de un nuevo orden supranacional– por la ausencia de un gobierno global y de una mediación institucional legítima, los dos lados del universalismo y de la diferencia interactúan entre sí, exacerbando las respectivas unilateralidades y encerrándose una y otra en la tenaza de lo *glocal*. La tensión liberada asume la forma de un conflicto identitario cuya lógica escapa a los dispositivos procedimentales de control de las modernas «poliarquías» (Sassen, 1996). Enfrentado con la situación de la modernidad-nación, el estado actual de la modernidad-mundo presenta, por lo tanto, una nueva constelación de intereses y valores, signada por un radical cambio de forma del conflicto, reconocible en el pasaje del predominio moderno del conflicto de intereses al actual predominio del conflicto de valores. (2006: 54)

El término *glocal* resulta de la contracción entre global y local. Al considerar la caducidad relativa del paradigma hobbesiano del Leviatán, marcada por el pasaje de un predominio de los intereses a un predominio de los valores e identidades en la ocurrencia de los conflictos, es necesario advertir la imbricación dialéctica que existe entre ambos, conteniéndose alternativamente según lo marcan los escenarios y circunstancias.

El pluralismo de las identidades, el conflicto «fundamental» entre concepciones alternativas del bien y del mal, con la mezcla correlativa de las esferas de la política y la moral, ha desempeñado un papel relevante y por momentos decisivo, incluso en la época moderna. No sólo antes del Leviatán, en la prolongada vicisitud de las guerras civiles confesionales, sino también después de la consolidación del modelo westfaliano, ya sea en la fase preparatoria de la Revolución Francesa, como en las siguientes oleadas revolucionarias que acompañaron los movimientos en pos del cambio del poder estatal, las constituciones y la obtención o ampliación de los derechos de un número importante de comunidades.

En este punto resulta apropiado recordar una vez más que Clausewitz innovó con su teoría de la guerra al introducir los factores morales –los valores– como elemento decisivo en el comportamiento de los humanos en el campo de batalla, basándose, para ello, en la experiencia aportada en su época por el accionar de los ejércitos napoleónicos frente a otras fuerzas que respondían a intereses monárquicos. El *espíritu* que entonces animaba a los franceses, el *progreso*, se hallaba inspirado en las antiguas pero también muy actuales consignas de libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución de 1789.

También durante la confrontación Este-Oeste los valores ocuparon un sitio importante, aunque no exclusivo, en los conflictos armados entre los hombres, sea en la selva del sudeste asiático contra los soldados norteamericanos, o en las montañas de Afganistán resistiendo la ocupación soviética. Quizás por aquello ya señalado de que, ante la alternativa de vida o muerte, los humanos necesitan referencias trascendentes sobre las cuales apoyarse frente los riesgos inherentes a un choque armado.

Los ideales revolucionarios e independentistas impulsaron a muchas y variadas organizaciones en el Tercer Mundo, durante la segun-

da mitad del siglo XX, a confrontaciones inicialmente fundadas en valores y que, una vez resueltas, se transformaron en conflictos de intereses, desde el instante mismo en que los rebeldes debieron hacerse cargo de un Estado. Según lo que indica la experiencia acerca de la evolución del paradigma orden-revolución hacia otro más vinculado con el estado de naturaleza.

Por ejemplo, el entonces presidente de los Estados Unidos George H. Bush, elaboró en 1991 un discurso basado en el carácter despótico y dictatorial de Saddam Hussein para ordenar la intervención de las tropas norteamericanas en la Guerra del Golfo; *algo más* era imprescindible para que su pueblo aceptara que miles de estadounidenses arriesgaran sus vidas en este teatro de operaciones, cuando todo el mundo presumía, y miembros de su gobierno lo reconocían extraoficialmente, que todo hubiera sido muy diferente de no existir una formidable reserva de petróleo en Kuwait y los importantes haberes financieros invertidos en Europa y los Estados Unidos que poseía esta monarquía del Golfo Pérsico de los que podría haberse apropiado Irak.

Un año después, en diciembre de 1992, al despedir las tropas que serían enviadas a Somalia, el mismo Bush les dirigió una admonición casi pontifical: «A todos los marinos, soldados, aviadores y *marines* comprometidos en esta misión quiero decirles que llevamos adelante la obra de Dios. Que Dios bendiga nuestra coalición» (2002: 40). Su hijo, el presidente George W. Bush también se presentaba como un instrumento del Señor, tal como será analizado en el capítulo siguiente, convencido de que la *Providencia* ordenó a los Estados Unidos la tarea de remediar los desvaríos políticos, morales, espirituales y económicos de las naciones menos afortunadas del planeta.

Para la teoría neoliberal, el actor central de las relaciones internacionales es el individuo racional, al que no le gusta el riesgo y, deseo de consolidar y hacer fructificar derechos anteriores a la conformación del contrato social, delega en la autoridad política un mandato para que ésta le garantice un mejor goce de sus derechos. Según Moravcsik (1997: 513-553) «los actores fundamentales de la política internacional son los individuos y los grupos privados». Desde este punto de vista, el Estado debe representar a los individuos en la escena internacional, ser el simple encargado de los intereses de los miem-

bros de la sociedad civil, su apoderado sobre la escena internacional; Estado al que se le asigna la función de defender, al menor costo, los intereses materiales y valores de actores sociales que no pueden hacerlo por sí mismos de una manera eficaz.

Simple correa de transmisión de los intereses y valores de la sociedad civil sobre la escena internacional, el Estado no es un actor unitario encarnado en un Jefe del mismo que actúa en nombre de la sociedad civil en su totalidad. No existe, por otro lado, ninguna armonía espontánea entre los valores e intereses de los diferentes miembros de una sociedad civil: todo lo contrario, a causa de la escasez o competencia que caracteriza la vida en una sociedad, los individuos, que poseen intereses y valores, gustos y recursos políticos diferenciados, intentan imponer, solos o grupalmente, sus preferencias a través del intercambio político y la acción colectiva en un medio altamente competitivo.

En política internacional así como en política interna, la política gubernamental se encuentra entonces «constreñida por las identidades, intereses y poderes subyacentes de grupos e individuos que –tanto dentro como fuera del Estado– ejercen una presión permanente sobre aquellos que deciden con el propósito de que éstos adopten políticas conformes a sus preferencias», como lo observa Moravcsik. Lejos de conformarse en una empresa permanente motivada por la satisfacción del interés nacional definido a partir de la configuración internacional de las relaciones de poder, la política exterior de un Estado es una seguidilla de decisiones singulares que reflejan los intereses y preferencias de tal o cual grupo que ha podido, a través de su influencia sobre el gobierno, imponer sus puntos de vista a otros.

Para los teóricos realistas, como ha sido analizado, el actor de referencia es el Estado actuando en lugar de los individuos y garantizando una seguridad que éstos son incapaces de darse a sí mismos en un estado de naturaleza pre-contractual.

Tanto desde la óptica neoliberal como desde la realista, el ser humano actúa en un caso aislado de sus semejantes y sometido en los hechos al poder de otros que él por su debilidad no está en condiciones de ejercer; o bien delega en el Estado la protección necesaria al devenir pacífico y progresista de la comunidad.

Un rol decisivo incumbe, en este sentido, al régimen político de un Estado. Es por medio de las instituciones que organizan el poder político y las relaciones entre éste y la sociedad civil que las demandas sociales pueden ser convenientemente satisfechas. En muchos aspectos, la forma institucional que adopta un Estado es la variable central que permite comprender la política exterior de una unidad política. Una democracia, una autocracia, un régimen totalitario no son unidades funcionalmente indiferenciadas a causa de una estructura anárquica que impone a todos los Estados una política de *self-help*, como lo sostiene Kenneth Waltz; no tienen el mismo comportamiento internacional, pues representan diversas combinaciones de los intereses sociales en términos de seguridad, bienestar y valores, expuestos por los miembros más influyentes de sus respectivas sociedades civiles.

En términos generales se puede esperar de un régimen no democrático un comportamiento exterior más agresivo, partiendo de la posibilidad que tiene la minoría instalada en el poder para obligar a la mayoría excluida a soportar los costos del empleo de la fuerza contra otro Estado. Simétricamente, la aversión ante el riesgo que caracteriza al individuo medio, explica en parte que un gobierno democrático exhiba *a priori* un comportamiento pacífico y cooperativo en la escena internacional; desde el momento en que los ciudadanos no tienen interés en aprobar acciones armadas que para ellos pudieran llegar a representar costos enormes. Esto no quiere decir que un régimen dictatorial en tanto que tal presente siempre un comportamiento revisionista ni, simétricamente, que una democracia sea intrínsecamente pacifista, pues puede darse el caso de que una minoría, poseyendo grandes recursos políticos, y en consecuencia un acceso privilegiado al poder, logre modificar en el sentido de sus intereses particulares los puntos de vista de la mayoría de una población *a priori* escéptica acerca del empleo de la fuerza armada como herramienta de la política exterior, tal como se vio en la votación del Congreso norteamericano cuando republicanos y demócratas aprobaron la invasión a Irak en 2003.

Los Estados Unidos y algunas democracias europeas son los países que, curiosamente y contra todos los pronósticos, presentan en la actualidad las actitudes belicistas más activas envueltas en un discurso a favor de la paz, tal como será analizado en el capítulo dedicado a la guerra.

Tendencias centrífugas emergen en todo el mundo, aun en la integrada Unión Europea, que debilitan los modelos de cooperación interestatal y las estructuras de gobierno que sostienen el orden mundial. Queda así expuesta la contradicción entre el carácter transnacional de la expansión capitalista y la segmentación del sistema interestatal contemporáneo según líneas nacionales. Puede hablarse en consecuencia de una verdadera renacionalización de la política mundial que podría llegar a configurar el fin del interregno liberal de la post guerra fría.

El Estado entonces, aún afectado por un conjunto de actores e ideas que contribuyen a su debilitamiento, conserva una presencia importante. Y esto es así por dos razones entre otras que se podrían citar: en primer lugar porque a pesar de haber sido declarado como un anacronismo por los corifeos y teóricos de la globalización, es una construcción muy moderna si tomamos un período histórico prolongado; en segundo lugar porque no existe reemplazo al mismo que le garantice estabilidad y previsibilidad al conjunto del sistema mundo.

Finalmente, para el caso de comunidades que aún recorren trayectorias *no terminadas*, es decir, procesos de construcción y consolidación internos que demandan unidad nacional, identidad y autoridad legítima que las represente, el Estado continúa ocupando un lugar central.

Valores e intereses

Toda identidad (de una persona, de un sujeto colectivo, de una lengua o de una cultura) representa un bien precioso a salvaguardar y custodiar: aniquilarla o dejarla morir significa, en efecto, apagar para siempre una luz, una mirada, una ventana al mundo.

GIACOMO MARRAMAIO. *Pasaje a Occidente*

El tren de los valores ha descarrilado.

JACQUES DELORS. *El País*. Madrid, 1/12/09



*Un buen gobierno requiere que un príncipe sea príncipe,
el súbdito súbdito, el padre padre, el hijo hijo.*
CONFUCIO. Citado por Fernand Braudel en *A History of
Civilisations*

El surgimiento de religiones o éticas de base religiosa como medio privilegiado de identificación político-simbólica, hoy determina en líneas generales una fractura en el paradigma de la opción racional tan caro a Occidente en lo que al cambio de intereses por valores respecta. La primacía de la razón occidental ha procurado, y aún procura, someter a otras civilizaciones a sus categorías de análisis o bien descalificarlas como irracionales. Occidente podría considerarse como una singularidad que se universaliza; partiendo de exponer su antítesis con Oriente e incapaz tanto de comprender al fundamentalismo islámico como a los denominados «valores asiáticos».

Esta realidad obliga a efectuar un enfoque comparado, no etnocéntrico. El *destino* de Occidente y su relación con las así llamadas *otras culturas*, ha alimentado controversias y exposiciones que tuvieron y tienen una importante resonancia a través de la obra de Max Weber y Karl Jaspers.

Ambos autores asumieron un punto de vista «iluminista». Weber, en los términos de una *teoría de la irradiación* consideraba el acontecimiento único representado por el «racionalismo occidental»; Jaspers, en los términos de una *teoría de la convergencia* de las culturas globales hacia un pensamiento racional en condiciones de constituir, más allá del hipotético dualismo del *saber occidental* y la *sabiduría oriental*, el horizonte común del género humano. Las dos teorías le dan a la «razón» occidental una suerte de preeminencia sobre otras culturas, motivo por el cual ésta debería imponerse casi naturalmente, tal como lo expone Giacomo Marramao.

Karl Jaspers, en su *Origen y meta de la historia*, desarrolla la tesis del «período axial», situando el eje de la historia mundial en una «transformación global del ser humano» ocurrida entre los años 800 y 200 antes de Cristo y cuyo centro neurálgico estaría ubicado alrededor del 500 a. de JC. En esta época se asiste, en los tres mundos constituidos por la India, China y Occidente (expresión inclusiva no solo de Grecia,



sino también del antiguo Israel), a un sincrónico pasaje del pensamiento mítico al pensamiento racional, del *mythos* al *logos*, pasaje que tiene como ápice los Upanisad y a Buda en la India, a Confucio, Lao Tsé, Mo Ti, Chung-Tau en China, el profetismo de Elías, Isaías, Jeremías hasta el Deuteronomio en Palestina, la filosofía y la tragedia en Grecia.

Para Hegel: «El alba del espíritu se levanta aquí (en Oriente); pues el espíritu consiste (sin embargo) en descender dentro del sí mismo» (1997: 47). Para este filósofo, a las civilizaciones de Asia les falta el principio de la libertad subjetiva que, radicado en «el interior del hombre, en su conciencia», constituye una determinación propia, sobre todo de «nuestra Europa Occidental». En particular en el Estado chino «lo moral no está separado de lo jurídico», razón por la cual lo que en Occidente pertenece a la esfera moral y a la de la «determinación de mí mismo», en China «es prescrito por medio de leyes» y ordenado por parte de quienes tienen en sus manos el gobierno. De este modo el gobierno reemplaza la interioridad y «la libertad subjetiva queda abolida o desconocida». En China, existe por tradición una concepción positiva de la ley y una acción individual es permitida si existe una ley que la autorice de manera expresa; por otro lado, el Estado se considera con derecho a intervenir en todas las actividades no autorizadas aunque las mismas no están expresamente prohibidas, lo que se inscribe una vez más en la secuencia dialéctica elaborada por Hegel, al notar que estos elementos, que aparecen como parte de una tesis proveniente de lo más profundo y ancestral de la historia de esta nación, se proyecta en una síntesis contemporánea proveída por el control del poder y la sociedad por el Partido Comunista.

En relación a ello sostiene Maurice Merleau-Ponty: «El problema está por consiguiente muy claro: Hegel y los que le siguen sólo reconocen dignidad filosófica al pensamiento oriental tratándolo como una lejana aproximación del concepto» (1964: 168).

A lo que agrega Marramao: «Nuestra idea del saber y de la cultura tiende tanto a la supremacía que coloca cualquier otro tipo de pensamiento o de civilización en una drástica alternativa: o *someterse como primer esbozo del concepto* o *descalificarse como irracional*» (2006: 62).

Lo que a Hegel le parecía un desarrollo y una superación, para Jaspers era «un existir lado a lado, pero sin contacto, en la misma



época: *tres raíces independientes* de una historia que, misteriosamente, parece ‘llevar a la misma meta’» (1965: 48). El análisis del paralelismo entre los tres mundos daría inicio a una edición de la teoría de la convergencia de las civilizaciones destinadas a jugar un papel relevante en la deconstrucción del *pattern universalista* después del fin del siglo norteamericano. Uno de los motivos más fecundo del comparativismo filosófico de Jaspers está representado por lo que podría considerarse como una «desacralización» de la díada Oriente-Occidente en lo que tiene de mitológico especular. Jaspers no cuestiona la circunstancia histórica de la «preeminencia» del racionalismo occidental, sino que parte de ésta para cernir críticamente el *significado* que le han atribuido *los occidentales*.

Escribe Marramao:

El hecho de que sólo el desarrollo de la civilización europeo-occidental haya llevado a la *era de la técnica, que hoy le da al mundo entero una fisonomía europea*, y que hoy se haya vuelto omnipresente un modo de pensar racional, parecería confirmar la *posición de primacía* que la *autoconciencia europea* tiende a adscribirse. Pero el modo en que Europa *justifica* su propia primacía, transfiriéndola de la esfera fáctica de la *voluntad de poder* a la esfera ética del valor; transfigurando así la supremacía técnica en superioridad moral y civil, puede atribuirse a un dispositivo de identificación simbólica radicalmente diferente al de todas las demás civilizaciones. (2006: 63)

La diferencia europea no consiste simplemente en un límite con los demás que aparece en cualquier lógica colectiva de identidad; tampoco es la antítesis entre griegos y bárbaros. La excepción europea se ubica más bien en el hecho de que, mientras todas las demás civilizaciones se caracterizan *autocéntricamente*, al identificarse como el «centro del universo» (China se define y entiende a sí misma como «país-del-centro»), Europa, en cambio, se constituye a través de *una polaridad interna entre Occidente y Oriente*.

La antítesis Oriente-Occidente es así una propiedad mítico-simbólica exclusiva de Occidente, un dualismo típico occidental no verificable en las demás culturas. La oposición de Asia y Europa, arraiga-



da en los griegos desde Herodoto, ha permanecido ajena a las civilizaciones del Extremo Oriente hasta tanto estas no se vieron implicadas por el proceso de colonización y modernización occidental. El hecho de que la *razón* occidental sea inconcebible sin esa polaridad interna y que, por lo tanto, apele a la *necesidad* de la referencia al Otro a los fines de la propia autoidentificación simbólica confiere al acto de autoadscripción de la preeminencia cumplido por Occidente un significado –tal como Marramao lo plantea– que no es de mera supremacía jerárquica, sino que al mismo tiempo es también de dependencia inconsciente, una dependencia inscrita desde los orígenes de la naturaleza especular de la relación interna de la diáda.

Occidente se define a sí mismo a través de un conjunto de particularidades que han marcado su supremacía sobre otras culturas. Una combinación de factores técnicos e ideológicos que le han permitido su expansión política, económica y cultural –ruptura liberadora del Renacimiento, filosofía de las Luces, utilitarismo británico, revolución industrial, conquistas coloniales, imperialismo, avances científicos, prosperidad general– aun si esta última es desigual. Todo ello ha dado como resultado un tipo de vida erigido en modelo, basado en la democracia, las leyes del mercado, el consumo y el individualismo. Valores difundidos mediante el *soft power* de la supremacía de las imágenes y los sistemas de información controlados principalmente por los medios anglosajones, tanto escritos como audiovisuales. Todo esto no impide que, fuera de Occidente, muchos pueblos observen en ello la continuidad de un movimiento milenario de expansión europea, luego occidental, que se inició con las cruzadas y siguió con la evangelización, la colonización, la apertura de los mercados y actualmente la democratización y la modernización de normas de todo tipo favorables a las empresas occidentales.

Sin embargo, los poderes públicos –los Estados– han sido la locomotora que traccionó las diferentes etapas de la mundialización, más allá de lo que puedan pensar aquéllos que le atribuyen un papel central a las empresas transnacionales. La Historia demuestra que no han sido las compañías comerciales o industriales con su lógica del beneficio, las que estuvieron en el diseño de los grandes proyectos mundiales, sean los íbero-católicos del siglo XVI, imperialo-nacionalis-

tas, ideológico-comunistas o los actuales democrático-norteamericanos. Sostiene al respecto François Heisbourg: «Desde los conquistadores del muy católico Carlos V a los ejércitos jacobinos del joven Bonaparte, desde los bolcheviques de la Unión Soviética a los neoconservadores de George W. Bush, son los Estados quienes conformaron el vector. La historia de quinientos años de globalización es la de una saga de hegemonías estatales compartidas» (2007: 12). A lo que corresponde agregar la prolongada y omnipotente presencia del Estado chino, sea imperial o comunista, en el desenvolvimiento de este país asiático, mucho antes de Westfalia y de lo que podría considerarse como el nacimiento del moderno Estado-nación europeo.

Por ello sostiene Philippe Engelhard cuando analiza la relación Oriente-Occidente:

La idea de *confianza* no debería sorprender a los economistas, desde el momento en que ellos reconocen un rol fundamental a las anticipaciones. La explosión de la modernidad occidental perturbó las culturas de la casi totalidad del mundo desde el siglo XV, en particular las del continente africano que recibió, junto a América Latina, los golpes más severos. Una parte de Asia fue afectada, pero el Japón y China, hasta una época tardía, se preservaron del impacto de la modernidad occidental. Fueron humillados pero no subvertidos. Tomaron de Occidente la sustancia activa que es la idea del progreso y una concepción dinámica del tiempo. La cohesión cultural, la confianza y la idea de progreso terminan produciendo, aunque sea tardíamente en el caso de China, una deflagración económica sin precedentes. (1997: 101)

La deflagración mencionada por Engelhard constituye un dato sumamente importante de la realidad contemporánea, según lo analizado en el capítulo referido a la economía de la globalización. La denominada «sustancia activa» de Occidente, sumada a los *asian values*, coloca al trabajo como un fin en sí mismo, en contraposición con aquello que observaba Aristóteles de que «el fin del trabajo es el reposo, así como el fin de la guerra es la paz», conformando esta aseveración una de las referencias esenciales de la cultura occidental.

Puede observarse también una creciente «occidentalización» del estilo de vida chino, cuestión que abre un interrogante, sin respuesta por el momento, acerca de cuál será la evolución futura de estos «valores asiáticos» cuando, según Amartya Sen: «El gran contraste entre valores occidentales y asiáticos esconden más de cuanto revelan» (1997: 113). A lo que podemos agregar lo sostenido por Hubert Védrine:

Si bien es cierto que el poder combinado de los estadounidenses y de otras potencias occidentales es actualmente, a la vista humana, colosal. ¿Podrá conseguir algo más que un alineamiento mimético, superficial y transitorio de los modos de vida y comunicación, de las vestimentas y la alimentación de las inmensas masas de chinos, árabes, indios, africanos y otros? (2009: 50)

Amartya Sen en su obra desarma en algunos aspectos los estereotipos corrientes en torno a Oriente, planteando cómo la India, a la que la «altanera ignorancia» de Occidente considera como la «cuna de la espiritualidad», presenta en realidad «una cultura atea y materialista más conspicua que la de cualquier civilización antigua», cómo resulta «erróneo creer que el confucianismo es la única tradición de Asia o incluso de China» y, finalmente, cuán frágil es la antítesis entre autoritarismo oriental y actitud política libertaria occidental, ya que «la defensa del orden y de la disciplina se encuentra tanto en los clásicos occidentales como en los asiáticos» y que, bajo este perfil, el propio Confucio no parece en absoluto «más autoritario que Platón, por ejemplo, o que San Agustín».

Los indios, en particular, se consideran los herederos de una gran civilización, anclada en su tierra desde hace miles de años y marcada por una gran originalidad, en la cual el hinduismo cumplió un rol esencial en su conformación. Un retorno hacia los valores del hinduismo, a lo cual se suma un creciente nacionalismo, marca la realidad de un país poblado por más de mil millones de habitantes, en el cual habita la primera minoría musulmana del mundo y aspira a recuperar un fuerte sentido de identidad así como desempeñar una función central en los asuntos internacionales. Un cierto espíritu de recuperación de la identidad india aparece en el trabajo *Provincializing Europe: Postcolonial*



Thought and Historical Difference, de Dipesh Chakrabarty, publicado en Princeton en el año 2000, en el cual Europa, como metáfora de Occidente, es considerada como la fuente de una modernidad insuperable, mientras que toda transición, o trasplante, implica una adaptación o «traducción» local. El mundo no puede ser eurocéntrico, afirma el autor, y Occidente solo no puede definir lo universal.

Partiendo de estas realidades y las tendencias en curso, tanto Occidente como Oriente deben ser considerados en plural, constatando la existencia de diversas visiones de la modernidad que parten de puntos de vista filosóficos y ético-religiosos diferentes. En este sentido debe señalarse que los impulsos universalistas han estado siempre presentes en todas las civilizaciones, lo que lleva a preguntarse si el pretendido carácter *monolítico* de Oriente no es otra cosa que un efecto inducido por la tendencia occidental a la supremacía, provocando, a su vez, valor de lo negativo, la reinención o el énfasis por parte de los estamentos dominantes de los principales países asiáticos de aquellos aspectos de su tradición, de sus *valores*, más radicalmente antitéticos con respecto a Occidente: los derechos del Estado, de la comunidad, de la familia, de la sociedad del clan, antes que los derechos individuales; el respecto a los ancianos y el vínculo intergeneracional antes que la libertad y la autoafirmación del individuo.

Tanto el confucianismo como el budismo no son, tal como las describía Max Weber, religiones de salvación, planteándose en consecuencia una primera discriminación entre lo que podría considerarse una «religión universal y una religión de redención», expresiones no equivalentes ya que el confucianismo, siendo esencialmente una ética religiosa con interesantes códigos de comportamiento, similar en este aspecto al estoicismo de la Roma antigua, reconoce necesidades de redención. Por otro lado, esta visión de las religiones orientales le estaría dando un sentido más fuerte a la vida terrenal y a las relaciones sociales, dentro de las cuales el trabajo de los hombres ocupa un lugar importante, cuando no central; todo ello por encima de una trascendencia vinculada al más allá y a la vida después de la muerte. Nuevamente entonces se plantea el interrogante acerca de cómo se resuelve la *angustia existencial básica* hegeliana para el caso de este conjunto de creencias, partiendo de suponer que tal necesidad existe también para ellas.

Los valores antitéticos analizados por Sen, sin embargo, subestiman la posibilidad de que este modelo reactivo y conflictivo de los «valores asiáticos» pueda construir una especie de mega comunidad imaginada capaz de desafiar a Occidente en su propio campo —el de la economía y la técnica— proponiendo una visión alternativa del universalismo global. La realidad, sin embargo, muestra un escenario en el cual los mensajes globalizadores han penetrado en las sociedades orientales a través del *fundamentalismo* del mercado y el individualismo. Esto plantea hacia adelante un conflicto, acerca de cómo adaptar determinados elementos de la economía capitalista sin perder por ello costumbres y tradiciones comunitarias que, en el caso de los países de Oriente, son milenarias, abriendo en consecuencia otra ventana a nuevas contradicciones.

La cristalización de una antítesis Oriente-Occidente constituye, por lo tanto, uno de los principales obstáculos culturales para la comprensión de los dos principales epicentros del conflicto global: la acción antiglobalista del fundamentalismo islámico y la globalización alternativa expuesta por los así denominados «valores asiáticos». Estos «valores asiáticos», particularmente en el caso chino, a los que se refiere Sen, presentan algunas similitudes con la cultura protestante a la que Hegel, y más tarde Weber, hacían referencia, al observar que la misma concibe un más allá lejano e inalcanzable, a partir de lo cual los humanos se redimen por medio del trabajo y la acumulación de riquezas. Un dato interesante a considerar en este punto es aquel vinculado con la crisis de los mercados financieros de 2008 y su correlato con el sistema productivo, particularmente el relacionado con la fabricación de automóviles en los Estados Unidos a partir de las dificultades que encuentran General Motors, Ford y Chrysler para competir exitosamente con sus rivales asiáticos. El salario medio por hora de un obrero altamente especializado en Detroit alcanzaba aproximadamente los 78 dólares antes de la crisis, mientras que en Toyota o Mitsubishi, en Japón, un operario percibe 35 dólares y en China 18 dólares, con idéntica calificación, por el mismo trabajo e igual cantidad de tiempo.

Otro aspecto interesante a observar se vincula con la universalidad de los derechos humanos, tesis filosófica fuertemente controvertida en la actualidad según Norberto Bobbio, tanto en el interior como en el

exterior del mundo occidental (Zolo, 2007: 81). La controversia se refiere, en particular, a la relación entre la filosofía individualista de la doctrina occidental de los derechos humanos y la amplia gama de civilizaciones y culturas cuyos valores están muy lejos de los occidentales. Hombres y mujeres su supremacía económica, su sistema político y su concepción del mundo. Reveladora fue la polémica que animó la Segunda Conferencia de las Naciones Unidas acerca de los derechos humanos, realizada en Viena en 1993. En aquella ocasión se enfrentaron dos concepciones opuestas. Por un lado, la doctrina occidental de la universalidad e indivisibilidad de los derechos humanos. Por otro lado, las tesis de muchos países de América Latina y Asia, con China a la cabeza. Estos últimos reivindicaban la prioridad, en lo que concierne a los derechos humanos, del desarrollo económico-social, de la lucha contra la pobreza y de la liberación de los países del Tercer Mundo del peso del endeudamiento internacional. Acusaban también a los países occidentales de querer usar la ideología del intervencionismo humanitario para imponer a hombres y mujeres su supremacía económica, su sistema político y su concepción del mundo.

En relación a la polémica planteada, observa Danilo Zolo:

Igualmente emblemática fue la polémica, cuyo epicentro fue Singapur y que dio lugar a la «Declaración de Bangkok» de 1993, acerca de la oposición de los *Asian values* —el orden, la armonía social, el respeto de la autoridad, la familia— a la tendencia de Occidente de imponer a las culturas orientales sus valores ético-políticos, junto con la ciencia, la tecnología y la industria occidentales. Desde esta perspectiva, también la doctrina ‘individualista’ de los derechos humanos era juzgada como contraria al *ethos* comunitario de las tradiciones asiáticas, así como a las antiguas culturas africanas y americanas. Hace más de veinte años, Hedley Bull había sostenido proféticamente que la ideología occidental del intervencionismo humanitario para la protección de los derechos humanos estaba estandarizada con la tradicional «misión civilizadora de Occidente». (2007: 82)

Todo lo hasta aquí expuesto lleva a considerar que, en la estructura asimétrica de la mundialización, los conflictos de identidad repre-



sentan el indicador que jaquea de manera simultánea la tesis «isométrica» del Estado-nación, modelado a partir del predominio del conflicto de intereses, y el paradigma utilitarista de racionalidad, organizado este en torno del postulado de la «conducta racional estándar». Es a partir de la generalización de esta moderna forma de conflicto –de la que el fundamentalismo constituye el caso más notorio, pero no necesariamente más relevante– que el problema de la representación y recuperación de identidad se convierte en el núcleo propulsor de la propia estrategia política.

En el apartado dedicado a la globalización económica se planteó cómo los países industrializados y organismos como el FMI impulsaron durante los noventa a las naciones en vías de desarrollo a reducir el Estado mientras ellos lo fortalecían. El caso de China es ilustrativo al respecto, el control casi absoluto que el Partido Comunista ejerce sobre la estructura estatal, así como el tránsito desde una cohesión social basada en los valores materialistas del marxismo hacia otros impregnados de nacionalismo, a lo que debe sumarse una importante tradición de presencia del Estado en todos los ámbitos de la vida en este país asiático, relativiza el concepto de la subsidiariedad del Estado del neoliberalismo, recupera las bases de una identidad fundada en valores y genera un desafío mayor para el debate teórico contemporáneo. En cierto sentido se puede afirmar que la tendencia en estos tiempos va en la dirección de fortalecer la *mano visible* de los gobiernos por encima de la *mano invisible* del mercado.

En el caso particular del Islam, el mismo nació como un conjunto de valores y creencias muy vinculados al Estado. Carece de estructura propia –tal como Zidane Zeraoui lo señala– y el Estado controla las mezquitas; Turquía y Túnez, que aparecen como Estados laicos, son países en los cuales el Estado tiene la obligación de construir los lugares señalados para la oración. Mahoma combinó en su persona la revelación divina –lo que lo convirtió en Profeta–, la actividad política y económica, y también el ejercicio de las armas. A diferencia del cristianismo por aquello de San Pablo «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», Mahoma cumplió funciones políticas, militares, económicas y religiosas. Dice Zeraoui: «al finalizar el siglo XX la problemática étnico-nacional se vuelve la piedra angu-

lar de la problemática mundial. El nacionalismo étnico y excluyente se ha convertido en una fuerza movilizadora que ha logrado desestabilizar a Europa Central y a Medio Oriente» (2004: 234).

A propósito del Islam, un informe del Consejo del Atlántico Norte redactado en mayo de 1994 estimaba que éste es percibido como una amenaza por los países de la OTAN en razón de «la hostilidad de los movimientos islamistas y en particular los más radicalizados de entre ellos, respecto de los valores occidentales; así como la convicción de que estos grupos harán uso de la violencia contra ciudadanos e intereses occidentales». Agregando en otro párrafo: «Algunos dirigentes políticos consideran que los grupos islamistas podrían debilitar, tanto en los países musulmanes como en los occidentales, la confianza de la opinión pública en la democracia» (1994).

Valores e intereses entonces, han ido predominando alternativamente a lo largo de la historia sin desaparecer totalmente unos u otros. Lo que puede verificarse en los tiempos actuales es la vigencia de las disputas de interés y de clases sociales encapsulados, en muchos puntos de su ocurrencia, en la dinámica de los conflictos de identidad guardando al mismo tiempo relación con la afirmación de valores.

Un ejemplo de lo arriba afirmado lo constituye la acción de los talibanes en Paquistán, lugar en el que éstos han adoptado la noción de lucha de clases. En el valle de Swat reivindican la reforma agraria, y algunos propietarios ricos que conforman la elite semifeudal paquistaní, utilizados en otro tiempo como contribuyentes a su causa, se vieron despojados sumariamente de sus tierras y obligados a irse del país. Esta estrategia ha permitido a los talibanes, tal como lo explica un funcionario de Islamabad: «prometer algo más que la proscripción de la música o la escolarización. También prometen la justicia islámica, un gobierno eficaz y la redistribución de la riqueza» (2009). El mensaje enviado a los progresistas laicos y a los regímenes *moderados* es claro: si ustedes no se abocan inmediatamente y de forma seria a resolver los problemas recurrentes de la corrupción, la pobreza y la desigualdad, van a quedar detrás de los militantes islámicos, porque ellos sí se ocupan. A lo que podemos agregar lo planteado por Muhammad Idrees Ahmad cuando se refiere a la situación en Paquistán y el combate del gobierno de Islamabad contra los talibanes:



Enfrentados con el desempleo, los jóvenes se suman masivamente a los talibanes porque allí pueden conseguir armas y recibir entrenamiento militar, también porque la guerra emprendida por los talibanes es percibida como un combate contra las elites. «En algunas regiones los campesinos sin tierra se han levantado contra los grandes propietarios», relata el Sr. Ezdi. Y ello, «...en un país en el cual la gente común tiene pocas probabilidades de ascender en la escala social, y donde tanto el gobierno, como el sistema político y las elites son vistos como adversarios. Es una combinación de fervor revolucionario así como de entusiasmo religioso lo que ha generado el crecimiento de los talibanes». (2009: 14)

La lógica hobbesiana del Leviatán se estructuraba a partir del conflicto de intereses entre entidades políticas constituidas, no hallándose en condiciones de responder de manera completa ante el conflicto de identidades; éstos excedían los límites del Leviatán y hoy exigen la formulación de nuevas respuestas frente a nuevos escenarios.

Bauman se refiere a esta nueva realidad como al pasaje de una modernidad «sólida», estructurada por el principio de estabilidad, a otra «líquida», caracterizada por una sensación difusa de precariedad e incertidumbre. De acuerdo a lo planteado por Kurtz, el epicentro del conflicto global asume la forma de una «tensión entre la fe religiosa y la moderna racionalidad de Occidente» (2006: 59).

La dimensión del conflicto de valores entonces, jaquea el paradigma utilitarista y el *discurso único* que expone la idea de un criterio unívoco y de un modelo estándar del comportamiento racional. Por ello resultan útiles las aproximaciones metodológicas de la teoría del caos y la dialéctica hegeliana –tal como lo observa Garton Ash en la introducción de este capítulo cuando señala irónicamente la inutilidad de las predicciones– como bases interpretativas del nuevo contexto, así como el enfoque realista de la teoría de las relaciones internacionales cuando el mismo se refiere a las corrientes profundas que se hallan en la base de las disputas de poder.

El «dilema del determinismo» de Popper expone la dicotomía que emerge entre la racionalidad occidental y la libertad y creatividad humana, motivo central del debate contemporáneo. En la primera parte de

su *dilema*, Popper formula una crítica a los pronósticos lineales –a la relación causa efecto– de la evolución del universo y de la sociedad, pronósticos que están en la base misma del determinismo, tanto positivista como marxista y neoliberal, al sostener la desaparición inexorable de los valores trascendentes, particularmente religiosos, a partir de un proceso de secularización que impondría el predominio de los intereses.

Corresponde en este punto una referencia a Karl Polanyi cuando en su obra analiza los cambios experimentados en Europa a partir de la revolución industrial de mediados del siglo XIX:

El hombre tenía que resignarse a la perdición secular; estaba condenado a detener la procreación de su raza o a liquidarse voluntariamente a través de la guerra y la peste, el hambre y el vicio. La pobreza era la naturaleza que sobrevivía en la sociedad; la ironía sólo se volvía más amarga por el hecho de que la limitación de los alimentos y el carácter ilimitado de los hombres se enfrentaban justo cuando la promesa de un incremento sin límites de la riqueza llegaba hasta nosotros. (2007: 136)

A esta altura del análisis se impone otra vez la pregunta acerca de la utilidad explicativa de la metáfora cíclica y el análisis comparado con la Alta Edad Media, cuando de lo que se trata no es de un nuevo reclamo de sentido tal como ha sido expuesto *ut supra*, sino de un interrogante *sobre* el sentido y sobre el destino de la globalización.

Dice Marramao al respecto: «El surgimiento de las religiones o de las éticas de base religiosa como *médium* privilegiado de identificación político-simbólica determina una fractura del postulado subyacente en el paradigma de la *rational choice*...» (2006: 60).

El desafío que plantean hoy a Occidente religiones como el Islam y otras, debe inscribirse en un contexto más amplio del predominio de los valores sobre los intereses; valores que cuestionan la racionalidad occidental heredera de la Ilustración y carente de un mensaje capaz de ofrecer una perspectiva trascendente a la existencia humana. Ni el mercado autorregulado, el individualismo o la acumulación ilimitada de bienes conforman una salida adecuada para la angustia existencial básica que, según Hegel, completa y da *sentido* a la vida



de hombres y mujeres. Más aún cuando una de las consecuencias de la crisis financiera de 2008 es el cuestionamiento del paradigma neoliberal que aspiraba a imponerse como *referencia única y excluyente* del sistema mundo globalizado.

De esta forma puede interpretarse mejor una realidad caracterizada por el debilitamiento del Estado-nación, lo que genera serios problemas, tanto en lo que respecta al orden mundial como en lo que atañe al andamiaje jurídico que lo sostiene. En otro párrafo preguntaba si sirve o no sirve la comparación con la Alta Edad Media, período anterior al Leviatán, para comprender los escenarios contemporáneos caracterizados estos, según Joxe, por hallarse sumergidos en un océano de desorden sin finalidades implícitas de orden.

El período histórico que se abrió con la desaparición del comunismo como modelo alternativo al modo de producción capitalista de la sociedad, exhibe una gran incapacidad para descubrir un principio fundador o un paradigma fundamental. El pos comunismo, si así puede denominarse a este período, no se resume en el triunfo indiscutido del mercado, en la venganza de las naciones frente a la globalización, o a un hipotético –aunque no descartable– imperio norteamericano, todo esto es parcialmente cierto y, al mismo tiempo, erróneo, más allá que transitoriamente pueda prevalecer uno u otro.

En el caso de las sociedades occidentales tal como ha sido detallado, puede observarse una triple fractura entre pobres y ricos, entre jóvenes y viejos que se expresa en la crisis de los sistemas de jubilaciones y pensiones, y entre ocupados y desocupados, triple fractura que bien puede remitirse a una sola: *incluidos y excluidos*. La fragilización de lo político, del *sentido*, del *telos* se traduce, entre otros aspectos, en la marginalización del sector obrero, sector que ve deteriorada en alguna medida su *conciencia de clase*, al decir de Marx, por hallarse cada vez menos integrado al proceso productivo, al menos en el universo capitalista occidental. En cierto modo la conciencia de clase aparece hoy relegada por una dramática necesidad de inclusión: ya no se trata de cambiar el sistema sino de incorporarse al mismo.

Así, el debate tradicional entre izquierda y derecha que se delineó históricamente según el esquema clásico de la lucha de clases, da lugar a otro debate entre sociedad abierta y sociedad cerrada, entre

seguridad o inseguridad. Debate que guarda estrecha relación con una creciente nacionalización o particularización de los hechos sociales y al retorno del Estado en la escena mundial en el marco de las resistencias a la globalización. Esto expone una novedosa contradicción entre las estructuras sindicales, seriamente debilitadas a raíz de la pérdida creciente de empleos industriales, y una creciente globalización de la mano de obra llevada a cabo por empresas transnacionales que, a través de la deslocalización, buscan mejores oportunidades de inversión y beneficios. Oposición que se plantea entre la base principalmente nacional de los sindicatos y una creciente mundialización de la masa asalariada. En este contexto no resulta inapropiado hablar de *trabajador-mundo*.

Tradicionalmente, la política ha funcionado a partir de un juego de equilibrio entre ganadores y perdedores en cada sociedad particular. En la actualidad sin embargo, las transformaciones registradas tanto en el terreno económico como en el tecnológico han acentuado la diferencia entre los que ganan y los que pierden, destruyendo todavía más la idea de una clase media integrada y activa como factor de equilibrio social.

Datos correspondientes a 2008 dan cuenta de una realidad en la cual países como India y China incorporan año tras año importantes contingentes de su población a niveles de vida más elevados, accediendo así a lo que podría considerarse una nueva clase media. Fenómeno que presenta dos lecturas posibles: por un lado la existencia en estos casos de un verdadero «derrame» de las riquezas como consecuencia de la acción del Estado, de la intervención de la política en los asuntos económicos; por otro lado el debilitamiento de esa misma clase media en los países industrializados que persisten en las recetas neoliberales –al menos hasta la crisis de 2008–, tal como ocurre en los Estados Unidos y en buena parte de los países que conforman la Unión Europea.

Emerge simultáneamente una economía paralela de trabajo no calificado, tanto en el Norte rico como en el Sur pobre, que plantea el interrogante si no se está frente al ocaso de la clase asalariada.

Según Robert Castel:

La sociedad asalariada es la formación social que había logrado en alguna medida conjurar la vulnerabilidad de masas asegurando al mismo tiempo una elevada participación en los valores sociales comunes. Dicho de otra manera, la sociedad asalariada es el zócalo sociológico sobre el cual descansa una sociedad de tipo occidental, con sus ventajas y desventajas: no desde el consenso sino desde la regulación de los conflictos; no a través del control y reducción del arbitrio de los ricos y poderosos sino a través del gobierno de todos; a través de la representación de todos los intereses y el debate de los mismos en la escena pública. (1995: 451)

Tanto Locke, como Adam Smith, David Ricardo y Marx, consideraron al trabajo como fundamento del valor y fuente creadora de riquezas. A esto debe agregarse el principio de voluntad general de Rousseau que procura trascender los intereses particulares para fortalecer valores cuyos objetivos son la concreción del interés general y el bien común. En este marco de ideas inteligentemente expuesto por los clásicos, el Estado asumía tres funciones canónicas en la sociedad asalariada: garantía de la protección social generalizada; el manejo de la economía, y la búsqueda de un compromiso entre los diferentes actores involucrados en el proceso de crecimiento; si bien los marxistas –particularmente Lenin– definirían al Estado a partir de su representación de los intereses de las clases dominantes.

Pobreza, exclusión, marginalidad, fragmentación, debilitamiento del Estado de bienestar y de los actores políticos como instrumentos de la acción colectiva, son términos que aparecen asociados a la realidad que atraviesa la mayoría, por no decir todos, los países del mundo, tanto en el Norte rico como en el Sur pobre. Aparecen de esta forma una serie de condicionamientos que caracterizan en parte a la globalización, y que afectan al conjunto de las naciones.

En primer lugar, la desestructuración social que resulta de la exclusión, pero más aún el debilitamiento de la clase media y el empobrecimiento de su segmento más modesto y numeroso, lo que provoca la pérdida del efecto especular que la misma ejercía sobre los sectores más postergados de la sociedad como posibilidad de ascenso y mejora de su situación.

En segundo lugar, el riesgo de que el cuerpo social se refugie en valores étnicos cada vez más radicalizados e intolerantes, que proviene de la fragmentación de la sociedad, del vacío político y de la degradación del principio de igualdad en principio de libertad (de los mercados).

En tercer lugar, la pérdida de legitimidad del Estado –con la excepción relativa de India, China, Rusia y Brasil, y la novedad introducida por las crisis hipotecarias– que, privado de un crecimiento fuerte, no puede redistribuir ni reducir las brechas sociales. En este contexto la transformación de la democracia en democracia mediática aparece como una consecuencia del cuestionamiento al Estado de bienestar.

En cuarto lugar, la erosión de la legitimidad de la dirigencia política que establece su horizonte en función del anuncio mediático, perdiendo en consecuencia la capacidad de promover nuevos proyectos de sociedad y, por sobre todas las cosas, efectuar un diagnóstico crudo y acertado de sí misma.

En quinto lugar, el repliegue rutinario de la mayoría sobre la democracia formal. Convertida ésta en un instrumento utilitario para la preservación de sus intereses o un eventual *divertimento* mediático; pero muy raramente el ámbito donde se consolida y desarrolla el bien común.

En sexto lugar la interrelación creciente de las economías de las naciones industrializadas de América del Norte y Europa con las emergentes de Asia, interrelación que puede acarrear reacciones en cadena en caso de debilitamiento de las primeras llevando al mundo a una crisis generalizada, tal como ocurrió en 2008 con la crisis en los Estados Unidos. Aquí debemos recordar que las dos guerras mundiales del siglo XX enfrentaron a los países que presentaban el mayor desarrollo relativo de su tiempo, lo que obliga a considerar si el escenario actual no se configura más en términos de suma cero –con dos grandes actores como lo son China y los Estados Unidos–, que en términos de crecimiento y beneficios compartidos. En lo que respecta a la crisis de las hipotecas y la consecuente contaminación que esto acarreó a todo el sistema financiero mundial, resulta ilustrativo citar algunos párrafos del discurso pronunciado por el Presidente de Francia, Nicolás Sarkozy en la ciudad de Toulon el 25 de septiembre de 2008:



Una crisis de confianza sin precedentes desestabiliza la economía mundial. Las grandes instituciones financieras están amenazadas, millones de pequeños ahorristas en el mundo que depositaron sus ahorros en la bolsa ven cómo su patrimonio se descompone día tras día, millones de jubilados que han cotizado en fondos de pensiones temen por su jubilación, millones de hogares modestos viven momentos difíciles por el alza de los precios. [...]

Hoy el miedo es la principal amenaza para la economía. [...] En el fondo, con el final del capitalismo financiero –que había impuesto su lógica a toda la economía y que había fomentado su perversión– muere una determinada idea de la mundialización. [...]

La idea de la omnipotencia del mercado que no debía ser alterado por ninguna regla, por ninguna intervención pública; esa idea de la omnipotencia del mercado era descabellada. La idea de que los mercados siempre tienen razón es descabellada. [...] El capitalismo no es la primacía del especulador. Es la primacía del emprendedor, la recompensa del trabajo, del esfuerzo, de la iniciativa. Tenemos que alcanzar un nuevo equilibrio entre el Estado y el mercado, cuando en todo el mundo los poderes públicos se ven obligados a intervenir para salvar el sistema bancario del derrumbe. [...]

El *laissez-faire*, se ha acabado. El mercado que siempre tiene razón, se ha acabado. [...]

A veces, la autorregulación es insuficiente. A veces, el mercado se equivoca. A veces la competencia es ineficaz, o desleal. Entonces, el Estado tiene que intervenir, imponer reglas, invertir, tomar participaciones. (2008)

Esta realidad dominada por la incertidumbre, cuyas referencias se encuentran más vinculadas con probabilidades y posibilidades, coloca a los pueblos y naciones frente a la eventualidad de conflictos, probablemente armados, de una magnitud inusitada.

Por último, el ascenso de una xenofobia inquietante, expresamente mantenida o no por algunos Estados.

Por ello dice Ralf Dahrendorf:

Evidentemente, el Estado nacional es condición necesaria, pero no suficiente del derecho y la libertad. Los contenidos que

deben llenar el envoltorio básicamente formal del Estado nacional son de sobra conocidos: los derechos y las libertades fundamentales y, por ende, la inviolabilidad de la persona, además de la libertad de palabra y de asociación. Esto comprende una buena parte del estado de derecho, incluidos los procedimientos de amparo de los derechos fundamentales (due process). Es asimismo importante la garantía de un acceso igual para todos, lo que implica igualdad ante la ley, pero también las mismas posibilidades de acceso a la comunidad política (derecho de voto activo y pasivo), a los procesos económicos (participación en el mercado, incluido el mercado de trabajo) y a la vida social en general. Entre los derechos y las libertades fundamentales se cuenta también la garantía de la multiplicidad de la oferta en todos los campos de la vida, la del sistema pluripartidista y la del impedimento de los monopolios de la información, pasando por la libertad religiosa y la autonomía cultural. (1995: 27)

A lo que agrega Philippe Engelhard: «La democracia en el Norte deviene de más en más formal y menos capaz de responder a los desafíos contemporáneos. No es una democracia ciudadana. Esta pone el acento cada vez más en la libertad (de enriquecerse) y cada vez menos en la igualdad. Es el triunfo de Locke y el fracaso de Rousseau. Esta situación puede llevarnos fácilmente a un clima de violencia creciente, alimentada por conflictos étnicos y una criminalidad en ascenso. La violencia física generalizada se sustituirá entonces a la lucha de clases» (1997: 228).

Durante los tres últimos siglos se estableció una suerte de dogma que postuló su fe en el orden y el progreso como categorías del pensamiento y cuyo origen se encuentra en la Ilustración. Berdaiev dice: «Denomino convencionalmente Nueva Edad Media a la caída del principio de legitimidad del poder y del principio jurídico de las monarquías y las democracias y de su reemplazo por el principio de la fuerza, por la energía vital, por uniones y grupos sociales espontáneos» (1994: 46).

Frente a esta realidad surge otra vez, y casi naturalmente la comparación con la Edad Media; ¿por qué esta?, ¿cuáles son los elementos que permiten considerar de esta manera a este nuevo período his-

tórico? Umberto Eco definió a la Edad Media como una época de fermentación de la sociedad en la que se desarrollan nuevas ideas y las personas cambian de opiniones y costumbres. Todo ello en una atmósfera de intensa creatividad que conduce a un proceso de maduración cuya desembocadura es la modernidad.

El sociólogo norteamericano Charles Murray, por su parte, detecta signos claros de un retorno a lo medieval; cree en el poder del conocimiento detentado por una elite como antiguamente lo poseían los monasterios y observa la diferencia creciente a escala global entre aquellos que aún leen libros y una masa enorme atrapada por los medios audiovisuales de comunicación. En la antigua Edad Media, aparte de los clérigos y el ejército, solo existían dos grupos: una aristocracia poco numerosa y una gran masa de siervos, ¿Hay señales en esta época que asemejen a aquella? ¿O acaso una de las consecuencias de la mundialización neoliberal no es el debilitamiento progresivo de los sectores medios de las sociedades, con todos los resultados que esto tiene no solo en lo económico sino principalmente en lo político?

Vale la pena observar, aunque sea sucintamente, cómo se analiza esto desde Occidente: ausencia de sistemas organizados, desaparición de un centro, emergencia de solidaridades fluidas y evanescentes, incertidumbre, desarrollo de *zonas grises*, caída de la «razón» occidental provocada por ideologías primarias y supersticiones, un universo menos ordenado y más espacios y sociedades impermeables a los instrumentos de acción occidental. A lo que agrega Jean Ziegler cuando describe a los nuevos dueños del poder en el mundo globalizado:

Hoy se han constituido nuevas feudalidades, infinitamente más poderosas, más cínicas, más brutales y más astutas que otras en la historia. Estas son las sociedades privadas transcontinentales de la industria, de la banca, del comercio y de los servicios. Estos nuevos déspotas no tienen nada que ver con los agiotistas, los especuladores con los granos y los repartidores de tierras combatidos por Jacques Roux, Saint-Just y Babeuf. Las sociedades capitalistas transcontinentales privadas ejercen un poder planetario. Denomino cosmócratas a estos nuevos señores feudales. (2005: 35)

En el período que siguió al Renacimiento ganó el orden, en muchos casos a través del colonialismo y el imperialismo, mediante la organización jurídica del Estado y la imposición de las reglas del derecho; pudiendo observarse en la actualidad un retorno a la ley de la selva que se manifiesta a través del privilegio, casi exclusivo, de las relaciones de fuerzas. La victoria del mercado, en este escenario, marcha paralela al ascenso de las «zonas grises».

Mercado y derecho, en el sistema anglosajón, son las dos caras de una misma moneda, con reglas jurídicas que encuadran al mercado. La pregunta que surge es ¿a qué se asemeja un mercado sin Estado y sin normas del derecho?, y una de las respuestas posibles es: a la jungla, constatando que una de las organizaciones emergentes de esta situación es la mafia, desde el momento mismo en que la línea de separación entre economía legal e ilegal se esfuma al no existir leyes, reglas, hábitos de comportamiento y moral en los negocios. El sistema entonces, deviene «gris» por sí mismo y por los participantes en él; todo está permitido, constituyendo la fuerza el único freno. Esto plantea un esquema novedoso en la disputa por el poder a escala global del que la violencia no sólo no ha desaparecido, sino que se potencia como mecanismo de resolución de los conflictos.

Decía Carlos Fuentes en 1998 en referencia al caso ruso:

¿Crisis de la economía de mercado? Ciertamente, de una economía de mercado abierta a todas las corrupciones, ineficiencias e ilegalidades que han minado catastróficamente a la economía rusa. Rusia demuestra que no puede haber economía de mercado eficiente sin vigilancia democrática de los capitalistas y del Estado por los órganos representativos de la sociedad. Pero en todo caso, como lo afirma nada menos que Michel Cambdessus, el director del Fondo Monetario Internacional, la mano del mercado debe ser pensada por la mano de la justicia del Estado. (1998)

Vladimir Putin llegaría más tarde para poner límites a esta verdadera bacanal de los nuevos ricos y para recuperar nuevamente el rol preponderante del Estado como *factotum* de los negocios, en una línea de asombrosa continuidad política que vio la luz con los zares y fue continuada, con algunas variaciones, por los bolcheviques. Línea



que presenta muchos puntos de contacto con los siempre presentes valores sostenidos por la ortodoxia religiosa y el nacionalismo ruso.

En este caso particular, la historiadora e investigadora Marlène Laruelle analiza con enjundia el fracaso de la democracia rusa en épocas de Boris Yeltsin y la recuperación del poder a partir de la llegada de Putin al Kremlin: «Ante esta democracia poco atrayente y poco fiel a sus principios, Putin ganó la partida al asociar, en el espíritu de sus compatriotas, la recuperación del poder bajo control autoritario, la recuperación económica de Rusia y la estabilidad social. Frente a lo que debe reconocerse como un éxito político de Putin, la cuestión del cuerpo electoral emerge como un lujo marginal que no responde a las expectativas inmediatas de la sociedad rusa, sino a aquéllas de una cierta cantidad de tecnócratas occidentales preocupados de ver a Rusia siguiendo la *vía adecuada*» (2008: 92).

Como ocurrió durante la Alta Edad Media, la actual también presenta agujeros negros, incoherencias, solidaridades y alineamientos imprevistos. Por ello puede constatarse que si la bipolaridad se caracterizó por una gran amenaza y pocos riesgos, al menos para el mundo desarrollado, la realidad actual indica que si bien la gran amenaza del holocausto nuclear se encuentra parcialmente debilitada, aparecen en la escena diversas modalidades del riesgo; con innumerables elementos de desorden que no se producen todos en el mismo momento pero que sobrevuelan una realidad mundial hipercompleja.

Con la afirmación de una importante cantidad de caminos hacia el desarrollo de los países emergentes y con la multipolaridad, no es únicamente la dominación económica de Occidente la que aparece cuestionada, también su derecho a decir qué está Bien y qué está Mal, a definir el derecho internacional, a inmiscuirse en los asuntos del mundo en nombre de una moral universal o de la humanidad. El ex ministro de Relaciones Exteriores de Francia Hubert Védrine, explicaba hace algún tiempo que Occidente perdió el *monopolio de la historia*, el monopolio del *gran relato*. La historia del mundo, inventada hace dos siglos, se resumía en el ascenso de la superioridad de Europa.

El camino hacia la multipolaridad puede ser percibido como una oportunidad para avanzar hacia un verdadero universalis-

mo. Esto suscita también reflejos de temor en Occidente: el mundo se presentará cada vez más como una amenaza, nuestros valores serán atacados desde todos lados, por China, Rusia, el Islam; y entonces será necesario, bajo la batuta de OTAN, emprender una nueva cruzada contra los bárbaros que quieren destruirnos. Esta visión, si no nos ponemos en guardia, se transformará en una profecía autocumplida. (2008: 17)

La caída de la Unión Soviética, en una comparación histórica, puede pensarse como más importante que el derrumbe del Imperio Otomano o el Austro-húngaro; en este caso, no solo cayó un sistema de poder rígido o una ideología, se derrumbó una filiación intelectual que generó la idea un tanto ingenua de la certeza, de un *mundo terminado* como lo concebía Paúl Valéry desde una apreciación dogmática y parcialmente determinista. La caída del comunismo entonces, en su versión soviética, arrastró consigo a la «razón», emergiendo esta especie novedosa de Edad Media que no solamente puede ser analizada desde la explosión de las estructuras de orden, sino que la misma se identifica con el retroceso de aquélla, tal como se la consideraba desde la Ilustración. A diferencia de la antigua Edad Media en la cual la Iglesia romana operaba en muchos casos como árbitro y referencia, hoy las referencias y arbitrajes se encuentran seriamente debilitados emergiendo una fuerte disputa de valores que se expresan a través de conflictos armados sin por lo menos demasiados antecedentes inmediatos en el mundo moderno.

James Rosenau (1984: 255) por su lado, plantea que a fines del siglo XX el sistema internacional ha entrado en lo que denomina «interdependencia en cascada, basada en modelos de interacción en rápido cambio entre fenómenos tales como «escasez de recursos, subagrupamiento, la eficacia de los gobiernos, los temas transnacionales y la aptitud del público». En esta dirección, observan Dougherty y Pfaltzgraff:

El surgimiento de subgrupos significa que la lealtad de los individuos ha sido transferida de una entidad mayor a una menor, con un consecuente debilitamiento de la autoridad del Estado-nación establecido. La «crisis de autoridad» a la cual se refiere



Rosenau disminuye la utilidad de concebir el Estado como un punto focal apropiado para construir la teoría. Es a la vez inadecuado y engañoso referirse al 'sistema de los Estados'. Por el contrario, el efecto de la interdependencia en cascada consiste en distribuir poder de forma errática entre unidades estatales y numerosos subsistemas en varios niveles. (1993: 152)

Por todo ello resulta tentativamente apropiada, más allá de las diferencias históricas, la referencia a una especie de nueva Edad Media, donde todo se mueve y nada se encuentra predeterminado, conviviendo con una sociedad mundo configurada por Estados-nación, lo que introduce novedosos factores de inestabilidad e incertidumbre. De allí la insistencia en el enfoque metodológico basado en la dialéctica y la teoría del caos.

Los mercados autorregulados, como fue expuesto en el apartado dedicado a la economía, constituyen en la actualidad verdaderos campos de batalla en los que se dirime el control del ahorro mundial con el fin de obtener mayores márgenes de ganancia y competitividad. Es en este escenario donde emergen las denominadas *zonas grises*, constituidas por áreas geográficas fuera de toda autoridad legal, y similares a otras de la Alta Edad Media.

El poder en una sociedad basa su legitimidad en el contrato social según Rousseau, el consenso según Schmitt, o la protección que este poder brinda según Hobbes, entre otros autores que han abordado el tema. El ejercicio del poder no es incompatible con la lucha de clases, sino que establece los límites dentro de los cuales la misma tiene lugar. Sin embargo, tanto el contrato social, como el consenso o la protección corren serios riesgos de desaparición ante la implosión o fragmentación de las sociedades. Esto configura un escenario de ocurrencia posible en la actualidad, de fortalecerse el reinado despótico de las finanzas y una cierta universalidad artificial del mercado autorregulado, hoy cuestionados a partir de la crisis de las hipotecas en los Estados Unidos.

Según Dougherty y Pfaltzgraff:

El análisis de Wallerstein es esencialmente neomarxista, pero combina elementos de realismo y de marxismo. Comparte con

realistas como Kenneth Waltz y Hedley Bull la idea de que el sistema internacional se caracteriza por la anarquía, la ausencia de una sola autoridad política global. Precisamente esta condición es lo que hace imposible regular el modo capitalista de producción a través de las fronteras nacionales. En consecuencia, emerge una división económica internacional del trabajo que consiste en un centro de Estados poderosos, capitalistas y avanzados industrialmente; una periferia formada por Estados débiles, mantenidos en un nivel de subdesarrollo tecnológico y subordinados a la condición de proveedores de materias primas para el centro; y una semiperiferia de Estados cuyas actividades económicas son una mezcla entre las de la periferia y el centro. Wallerstein elude el énfasis exclusivo y excesivo que le han puesto los marxistas clásicos a la lucha de clases. Reconoce los papeles importantes que juegan dentro de la economía mundial capitalista las naciones-estado, los grupos étnicos, religiosos, raciales y lingüísticos e inclusive las familias. Se da cuenta de que la competencia entre la burguesía y el proletariado tiene el efecto de reforzar al Estado porque ambas clases, al margen de que persigan estrategias que exploten el statu quo, reformistas o revolucionarias, trabajan conciente o inconcientemente para reforzar los poderes funcionales del gobierno. (1993: 268)

Wallerstein rápidamente concede que la distribución internacional del poder entre los Estados cambia constantemente, en la medida en que un período histórico da paso a otro.

La globalización económica, acompañada por un proceso de mundialización política, gozaba hasta hace poco tiempo de buena salud, si bien hoy se encuentra cuestionada. La sociedad de consumo ha ganado las almas de buena parte de los habitantes del mundo, incluidas aquellas que se identifican con los denominados *valores asiáticos*, aunque en este caso aparezcan nuevas contradicciones. Esta realidad presenta un conjunto importante de desafíos, muchos de los cuales han sido señalados tanto en este capítulo como en el que lo antecedió. Nadie puede hoy oponerse con alguna posibilidad de éxito a un sistema en el cual han progresado como nunca instrumentos tales como las comunicaciones y el intercambio, el problema aparece

cuando los seres humanos buscan su inserción en el mismo sin abandonar sus creencias y valores. Por ello resulta fundamental construir capacidades de poder y autonomía a fin de aprovechar lo que este proceso tiene de positivo, desechando al mismo tiempo sus efectos negativos. La cuestión central que se plantea se vincula con las estructuras más apropiadas para construir las capacidades mencionadas y cómo las mismas son la consecuencia natural de las tradiciones, creencias y valores de cada sociedad.

En referencia a los debates suscitados a partir de la crisis financiera de 2008, Timothy Garton Ash propone una nueva toma de conciencia de los centros del poder mundial: «pues es la que debemos hacer al revisar las pautas por las que nos guiamos. ¿Cuánto más dinero, cuántas más cosas necesitamos?, ¿es lo mismo tener suficiente que tener demasiado?, ¿podríamos arreglárnoslas con menos?, ¿qué es lo verdaderamente importante para usted? (2009: 21). Añadiendo en otro párrafo de la misma nota este catedrático de las universidades de Oxford y Stanford: «Es evidente que el planeta no puede sostener a los 6.700 millones de personas que vivan como lo hace la clase media actual en Norteamérica y Europa occidental, ni mucho menos los 9.000 millones previstos para mediados del siglo. O excluimos a una gran parte de la humanidad de los beneficios de la prosperidad, o nuestra forma de vida tiene que cambiar».

La ecuación del poder, nuevamente, aparece en toda su magnitud y múltiples, como también variadas, son las expresiones colectivas que procuran obtenerlo o conservarlo en muchos casos a expensas de otros. A ello debe agregarse lo que Jean Ziegler denomina *violencia estructural* y que provee un enfoque original para el análisis de los conflictos en el contexto de la disputa por el poder. Dice este autor suizo:

Hoy, el ejercicio de la violencia extrema se ha transformado en una cultura, reinando de manera permanente. Ella es la forma ordinaria de expresión –ideológica, militar, económica, política– de las feudalidades capitalistas. Ella habita en el orden del mundo.

Lejos de testimoniar un eclipse pasajero de la razón, ella produce su propia cosmogonía y su propia teoría de la legitimidad. Ella induce una forma original de super yo colectivo pla-

netario. Ella se encuentra en el corazón de la organización de la sociedad internacional. Ella es estructural. (2005: 48)

El 28 de noviembre de 2000, el entonces cardenal Joseph Ratzinger pronunció una conferencia en la ciudad de Berlín que llevó por título *Europa, política y religión*, sosteniendo en sus párrafos más destacados que una Iglesia y, en consecuencia, una Europa debilitada se encuentran inermes frente a nuevos adversarios. Efectivamente

el renacimiento del Islam no sólo está vinculado a la nueva riqueza material de los países islámicos, sino que está alimentado por la conciencia de que el Islam puede ofrecer un fundamento espiritual sólido para la vida de los pueblos que la vieja Europa parece haber perdido, lo que hace que a pesar de mantener su poder político y económico, se vea condenada cada vez más al retroceso y a la decadencia. [...] también las grandes tradiciones religiosas de Asia expresadas en el budismo se alzan como fuentes espirituales frente a una Europa que niega sus fundamentos religiosos y morales. [...]

Dos grandes enemigos, en consecuencia, el Islam y el Budismo. No sólo. Para mayor desgracia se agregan ahora las religiones de los pueblos originarios de América que recobran todo su vigor adormecido.

Ratzinger descubre de esta manera «que ha sonado la hora de los sistemas de valores de otros mundos; de la América precolombina, del Islam, de la mística asiática». Mientras que Europa se halla en una decadencia tal que «se impone la comparación con el Imperio Romano decadente que aun funcionaba como gran marco histórico, pero que, en la práctica, vivía ya por obra de los que iban a liquidarlo, porque había perdido su fuerza vital» (2009: 129). Más allá de un punto de vista discutible expuesto hace una década, la realidad actual está parcialmente planteada en los términos precedentes, a lo que debe sumarse lo señalado por el eminente psicoanalista norteamericano Paul Wachtel acerca de lo inagotable de los deseos humanos, retrotrayéndonos ambos al capítulo referido a la condición humana y los escasos cambios que la misma ha sufrido en el tiempo.

Debiendo extraer de lo hasta aquí analizado tres importantes cuestiones: ¿es inevitable que el corazón ideológico del sistema internacional se desplace a Asia?, ¿este desplazamiento significaría el reemplazo de Occidente por otro conjunto geocultural dominado por los valores propiamente asiáticos?, ¿la occidentalización de Asia puede compararse con la de los Estados Unidos en relación a Europa? En todos los casos las respuestas deben ser entendidas y observadas como tendencias posibles, descartando de plano cualquier idea terminada o cerrada que lleve a un conjunto determinista de ideas y concepciones.

Una de las cuestiones señaladas en este capítulo se vincula con la función de protección que el poder debe ejercer para garantizar –entre otros aspectos– la armonía de una sociedad, tal como Hobbes lo pensó en su tiempo. Según los clásicos, el poder necesita de una estructura burocrática y coercitiva adecuada a los fines propuestos, es decir de un Estado. He analizado también cómo el Estado-nación aparecía debilitado ante los embates, desde arriba y desde abajo, generados por la globalización. Esto lleva a plantear otra serie de preguntas: ¿es el Estado la única forma histórica de protección?, de no ser así ¿por qué razones debería serlo ahora?, y ¿qué instituciones, organismos o agrupamientos reemplazan en la actualidad esta construcción moderna –antigua para muchos– que data del siglo XVII, o bien debe preverse un retorno a nacionalismos y fundamentalismos que tanto la *razón* occidental como la buena conciencia del mundo globalizado creían superados? ¿Además, existe un sustituto al Estado moderno que garantice el orden mundial, cuando los propios Estados Unidos están llevando a cabo un importante fortalecimiento del mismo? ¿Puede considerarse la emergencia de una suerte de *Leviatán global* con centro en los Estados Unidos o en las naciones que son parte del G 8? Por otro lado también se impone una pregunta fundamental: ¿es el capitalismo el problema?, ¿o el problema se encuentra en un sistema donde predomina el mercado sin una contrapartida de valores solidarios, comunitarios y trascendentes?

BIBLIOGRAFÍA

- Ahmad M. I. (2009). «Le Pakistan fabrique ses propres ennemis» (p. 14). En *Le Monde Diplomatique*. París, diciembre.
- Armendáriz, A. (2008). «La superclase' una elite que influye en el poder mundial». En *La Nación*. Buenos Aires, 29 de junio.
- Baudrillard, J. (2002). «La violence de la mondialisation» (p. 18). En *Le Monde Diplomatique*, noviembre.
- Castells, M. [en línea]. *El surgimiento de la sociedad de redes*. En <www.hipersociologia.org.ar/catedra/material/Castellsscap6.html>.
- Dahrendorf, R. (1995). «El futuro del Estado nacional» (p. 27). En *Revista Leviatán*, 61. Madrid.
- Dougherty, J. E. y Pfaltzgraff, R. L. (1993). *Teorías en pugna en las relaciones internacionales* (pp. 82, 266, 251, 259). Buenos Aires: GEL.
- Debray, R. (1976). *Journal d'un petit bourgeois entre deux feux et quatre murs* (p. 118). París: Le Seuil.
- Gresh, A. (2008). «A l'aube d'un siècle postaméricain» (p. 17). En *Le Monde Diplomatique*. París, noviembre.
- Hegel, G. W. F. (1997). *Lecciones sobre el semestre invernal 1822-1823* (p. 47). Madrid: Alianza.
- Heisbourg, F. (2007). *L'épaisseur du monde* (p. 12). París: Stock.
- Minc, A. (1994). *La vengeance des nations* (p. 202). París: Grasset.
- Fitoussi, J.-P. (1998). «Mercado y Democracia» (p. 24). En *Archivos del Presente*. Buenos Aires.
- Valéry, P. (1954). *Miradas al mundo actual* (p. 23). Buenos Aires: Losada.
- Marramao, G. (2006). *Pasaje a Occidente* (pp. 22, 24, 25, 26, 27, 28, 35, 47, 50, 54, 59, 60, 62, 63). Buenos Aires: Katz.
- Ianni, O. (1996). *Teorías de la globalización* (p. 163). México: Siglo XXI.
- Polanyi, K. (2007). *La gran transformación* (p. 238). Buenos Aires: FCE.
- Sevaistre, O. (1992). «Un géant de la géopolitique: Nicholas John Spykman» (p. 115). *Stratégique*, 3. FEDN, París.
- Wachtel, P. L. (1989). *Miseria de la opulencia* (pp. 66, 67, 68, 107). México: FCE.

- de Saint Robert, P. (1992). *Retour aux limites* (pp. 48, 49). En *Stratégique. Fondation d'études de la Défense Nationale*. París.
- Vadeboncoeur, P. (1983). *Trois essais sur l'insignifiance* (p. 43). París: Albin Michel.
- Laidi, Z. (1996). *Un monde privé de sens* (pp. 18, 23, 36). París: Fayard.
- Lapham, L. (2002). *Le djihad américain* (pp. 40, 152). París: Saint-Simon., 2002.
- Soros, G. (2008). «Reparar el sistema financiero no impedirá la recepción» (p. 2). En *El País*. Madrid. 19 de octubre.
- Hobbes, T. (1971). *Leviatán* (p. 472). París: Sirey.
- Joxe, A. (2002). *L'empire du chaos* (pp. 43, 49). París: La Découverte.
- Schmitt, C. (1985-1986). «Entretien sur le pouvoir» (p. 114). En *Commentaire*, 32. París.
- Moravcsik, A. (1997). «Taking Preferences Seriously. A Liberal Theory of International Politics» (pp. 513-553). En *International Organisation*, 51 (4), otoño.
- Merleau-Ponty, M. (1964). *Signes* (p. 168). Barcelona: Seix Barral.
- Jaspers, K. (1965). «Origen y meta de la historia» (p. 48). En *Revista de Occidente*. Madrid.
- Engelhard, P. (1997). *L'homme mondial* (pp. 101, 228). París: Arléa.
- Sen, A. (1997). *Human rights and Asian values* (p. 113). Nueva York: Sixteenth Morgenthau memorial. Foreign Policy.
- Védrine, H. (2009). *Le temps des chimères* (p. 50). París: Fayard.
- Zolo, D. (2007). *La justicia de los vencedores* (pp. 82, 81). Buenos Aires: Ensayo editores.
- Zeraoui, Z. (2004). *Islam y política* (p. 234). México: Trillas.
- Moya, P. (1994). *La montée du radicalisme islamique et l'avenir de la démocratie en Afrique du Nord*. Asamblea del Atlántico Norte, sub comisión para la Cuenca del Mediterráneo. AL73, CC/MB (94), 2 de mayo.
- Perlez, J. y Pir Zubair, S. (2009). «Taliban exploit class rifts in Pakistan». En *The New York Times*. 17 de abril.
- Polanyi, K. (2007). *La gran transformación* (p. 136). Buenos Aires: FCE.
- Castel, R. (1995). *La métamorphose de la question sociale* (p. 451). París: Fayard.
- Sarkozy, N. (2008). Discurso pronunciado en Toulon el 25 de septiembre de 2008. [En línea] <www.ue2008.fr>.

- Minc, A. (1994). *Le nouveau moyen age* (p. 46). París: Gallimard.
- Ziegler, J. (2005). *L'empire de la honte* (pp. 35, 48). París: Fayard.
- Fuentes, C. (1998). «El país Potemkin». En *La Nación*. Buenos Aires, 20 de enero.
- Laruelle, M. «Démocratie à la russe» (p. 92). En *Manière de voir*, 100. París, agosto-septiembre.
- Rosenau, J. A. (1984). *Pre-Theory Revisited: World Politics in an Era of Cascading Interdependence* (p. 255). *International Studies Quaterly*, 28, 3, septiembre.
- Dougherty, J. E. y Pfaltzgraff, R. L. (1993). *Teorías en pugna en las relaciones internacionales* (pp. 152, 268). Buenos Aires: GEL.
- Garton Ash, T. (2009). «La felicidad en un mundo hecho trizas» (p. 21). En *El País*. Madrid, 4 de enero.
- Ratzinger, J. (2009). «Diásporas» (p. 129). En *Cátedra de Sociología de la Religión*, 8. Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Buenos Aires.
- Leymaire, P. (2009). «Comment les armées se préparent aux combats urbains» (p. 4). En *Le Monde Diplomatique*. París, marzo.

Valores e intereses. El caso de los Estados Unidos de América

Noticias funestas nos llegan de todas partes. Estas nos hablan de una raza maldita cuya religión no es la nuestra: turcos, persas, árabes, razas malévolas y alejadas de Dios, que sometieron a sangre y fuego la ciudad de Constantinopla y la espada de San Jorge. Los turcos perforan el ombligo de los servidores de Dios, arrancan sus vísceras y obligan a los piadosos a desplazarse atados con ellas, manchando la tierra con su sangre. Perforan a los cristianos con sus flechas, propinan latigazos a los mártires. ¿Es necesario agregar algo más? ¿A quién, si no a ustedes, incumbe la misión de venganza?

Palabras pronunciadas por el Papa Urbano II durante el año 1095 en las praderas de Clermont, en ocasión de bendecir la cruz que portaban los Cruzados antes de partir a Jerusalén.
EVANS S. CONNELL. *Deus lo Volt!*

La religiosidad distingue a los Estados Unidos de la mayoría de las sociedades occidentales. Además, los estadounidenses son predominantemente cristianos, esto los distingue de muchos pueblos no occidentales. Por su religiosidad, los estadounidenses tienden a ver el mundo en términos del bien y el mal mucho más que la mayoría de los demás pueblos.

SAMUEL HUNTINGTON
Dead souls: The denasionalization of the America elite

He hablado de la antítesis Oriente-Occidente que tuvo una importante expresión en el pensamiento filosófico europeo y también del debilitamiento del paradigma utilitarista de racionalidad formulado a partir

del postulado de la «conducta racional estándar». Investigaré a continuación el caso particular de los Estados Unidos teniendo en cuenta el peso y la importancia de esta gran nación sobre los asuntos mundiales particularmente desde el abordaje político-polemológico propuesto.

El ex ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Hubert Védrine dice en su libro *Le temps des chimères*, publicado por Fayard en septiembre de 2009: «En el momento en que escribo estas líneas, no hay asunto más importante que saber si Barack Obama va a tener éxito o no. Quiérase o no, la política de los Estados Unidos determina en grado sumo, para bien o para mal, la política occidental en el mundo y, de retorno, la imagen que los otros, *the rest*, comenzando por los musulmanes y los chinos, alrededor de la mitad de la humanidad, tienen de Occidente».

Resulta interesante observar algunos datos históricos que no pretenden en absoluto convertirse en un análisis exhaustivo, pero ayudan a comprender la realidad actual, explorando la evolución del pensamiento norteamericano en la díada valores-intereses, lo que constituye el objeto central de este capítulo.

Una aclaración se impone, la sociedad norteamericana es diversa, abierta y pluralista, con una remarcable capacidad de autocrítica, hecho que la distingue de otras en el mundo. Por ello deben evitarse los puntos de vista maniqueos o dogmáticos en relación a ella basados, en la mayoría de los casos, en preconcepciones teñidos de concepciones ideológicas que dificultan la comprensión de una realidad por demás compleja.

Los Estados Unidos nacieron en 1776 como producto de una Revolución que en su tiempo representó una de las máximas expresiones de lucha contra el colonialismo, así como la instauración de valores importantes de libertad e igualdad de oportunidades, particularmente para los individuos de raza blanca y no así para las masas de esclavos que para aquel entonces allí se encontraban. Con una fuerte impronta religiosa del protestantismo, los *padres fundadores* de la Nación concibieron un espacio abierto a todos aquéllos en el mundo que desearan liberarse de la opresión y la injusticia.

En los albores de la revolución norteamericana existieron escritores y activistas que pensaron un país comprometido con los ideales laicos y republicanos: Mencken, Thoreau y Thomas Paine exhibirían



ya en aquellos tiempos una gran propensión hacia la disidencia política. Paine, el más elocuente, decía:

A partir del momento en que un país de este mundo pueda declarar: aquí los pobres son felices, al resguardo de la ignorancia y el sufrimiento; aquí las prisiones están vacías y nadie mendiga en las calles; nada les falta a los ancianos; los impuestos no son abusivos... cuando algo parecido pueda ser dicho, que el país en cuestión se enorgullezca de su Constitución y de su gobierno.

Yo no adhiero al credo profesado por las iglesias que conozco, sean éstas judías, romanas, griegas, turcas o protestantes. Mi espíritu es mi propia iglesia. Los que esperan cosechar los beneficios de la libertad deben aceptar como hombres la ardua tarea de defenderla. (Lapham, 2002: 20)

En enero de 1776, Paine publicó *Los derechos del hombre y el buen sentido*, ensayo polémico contra la monarquía corrupta de rey Jorge III de Inglaterra y en el cual incitaba a los lectores a reemplazar sus quejas por el apoyo a una causa, dando a sus gestos de revuelta la coherencia y determinación de una lucha por la independencia.

El Partido Federalista que llegó al poder en los Estados Unidos hacia 1790, bajo la presidencia de George Washington y John Adams, rechazaba la franqueza de Paine. Adams, por ejemplo, veía en este escritor y luchador: «un insolente blasfemo que ataca lo sagrado y la trascendencia, un difamador del bien».

Paine viajó a Europa en 1787 motivado por sus proyectos de reforma política y progreso social. En Inglaterra escribió *Los derechos del hombre*, libro en el cual exponía su programa por una sociedad justa, anticipando en un siglo y medio gran parte de la legislación puesta en vigor en el marco del *New Deal* de Franklin D. Roosevelt: ayuda a los necesitados, pensiones para las personas de edad avanzada, financiamiento público de la educación, reducción de los gastos militares, incremento de los impuestos a la herencia. Publicada en dos volúmenes en 1791 y 1792, esta obra conoció un gran éxito entre lectores británicos, franceses y norteamericanos. Con quinientos mil ejemplares vendidos, constituyó quizás el suceso editorial más im-

portante del siglo XVIII y obligó al gobierno británico a declarar a su autor fuera de la ley.

En 1792 desembarcó en Calais y fue recibido como héroe por una multitud de ciudadanos franceses que habían accedido a la libertad luego de la Revolución. Paine se quedó en Francia hasta el fin del siglo y fue arrestado por el Comité de Salvación Pública de Maximilien Robespierre, cuando la Revolución degeneró en el Terror. Escribió la *Edad de la razón* en una cárcel luxemburguesa donde esperaba la pena capital que al final no llegaría, transformándose, junto a Voltaire y Benjamín Franklin, en una de las figuras más célebre y apreciada del Iluminismo. Napoleón Bonaparte lo tuvo por el más grande defensor en su época de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, diciendo: «*que hubiera merecido que se le levantara en cada ciudad del mundo una estatua de oro*».

Sin embargo, esta no era la opinión del gobierno de Washington. La *Edad de la razón* se mofaba de una Iglesia establecida, llamando la atención acerca «del espíritu de venganza y fanatismo que ocupa más de la mitad de la Biblia». En los Estados Unidos esto fue interpretado como una herejía. Así, en su regreso de Francia en 1802, Paine fue recibido en Baltimore por una multitud de federalistas que lo llenaron de insultos, tratándolo de «bruto infiel». Murió en Nueva York en 1809, negándole las autoridades religiosas cristiana sepultura.

La Constitución de 1787 fue vista por hombres destacados de aquella época –los *Padres Fundadores*– como una especie de versión política de la Biblia, como un texto fundamental, infalible e invariable; Constitución que más que «interpretada» debe ser aplicada por «jueces activistas». Constitución más favorable a la República que a la Democracia y proclive a que los asuntos del Estado sean conducidos por una elite generosa no siempre democráticamente elegida, tal como ocurrió con las elecciones del año 2000 que lo entronizaron a George W. Bush en el poder luego de un discutido fallo de la Corte Suprema y varias denuncias previas de fraude en el Estado de Florida. Más república y menos democracia o, en todo caso, democracia para las elites.

Puede considerarse entonces que los Estados Unidos son un país construido a partir de un proyecto ideológico, político y religioso en el cual se mezclan las ideas de la Ilustración y la militancia religiosa

heredada de la Reforma; a lo que se agregan las condiciones particulares de la colonización de un espacio ocupado por otras comunidades: aborígenes y colonizadores españoles, luego mexicanos, de una parte de su territorio.

Con esta breve retrospectiva, aunque limitada, queda expuesto en sus orígenes y en sus trazos fundamentales el debate fundacional de la sociedad norteamericana. Núcleo de ideas conservadoras que han permanecido en el tiempo y gozaron de gran influencia desde los años ochenta del siglo pasado, a partir de las invectivas religiosas de los sucesivos elencos gobernantes del Partido Republicano, pero que también cuentan con la aceptación de buena parte del entramado político y social de este país.

Otros antecedentes históricos, entre los muchos que no viene al caso citar aquí, pero contribuyen al estudio del tema son: Benjamin Franklin decía *la causa de América es la causa de la humanidad*. Dean Acheson por su lado veía a los Estados Unidos como *locomotora de la humanidad o nación indispensable* al concluir la Segunda Guerra Mundial. En noviembre de 1903, los *Rough Riders* de Teddy Roosevelt ocuparon la zona del canal de Panamá en nombre del llamado «interés de la civilización en su totalidad». En abril de 1914, el entonces presidente Woodrow Wilson envió varios miles de soldados a México con el propósito de derrocar un régimen que Washington juzgaba inaceptable y «para que los habitantes de América Latina aprendan a elegir juiciosamente a sus dirigentes» (Lapham, 2002: 9).

Escribe Lapham:

Cuando Wilson, moralista austero, que se creía guiado por la voluntad divina, llevó a su país a la Primera Guerra Mundial, podríamos preguntarnos legítimamente si él consideraba a Norteamérica como a un Estado o como a una religión. El daba espontáneamente a sus discursos un carácter de homilía, y en ocasión de la Conferencia de la Paz de 1919, los catorce puntos por él expuestos aspiraban a aportar a los decadentes regímenes europeos un equivalente del entorno cristiano que el presidente Bush ambiciona instaurar en Irán e Irak, eventualmente en Libia, Corea del Norte, Líbano, Siria, Yemen y las Filipinas. (Lapham, 2002: 10)

El *maléfico imperio* soviético jugando el rol de enemigo, ofreció durante cincuenta años un argumento valioso a los responsables de la política exterior norteamericana –recordemos la referencia del ex presidente Ronald Reagan al «imperio del mal»– para el buen funcionamiento de la economía estadounidense y en particular de su complejo militar industrial. La amenaza permanente del *Juicio Final* (holocausto nuclear mediante) proveyó una causa justa y sagrada a nueve presidentes sucesivos, en tanto y en cuanto la escenificación grandiosa de un complot comunista, que abarcaría al mundo entero, constituía el telón de fondo sobre el cual políticas imbuidas de libertad proyectaban las imágenes instructivas de unos Estados Unidos inocentes, muy ingenuos, y profundamente buenos.

Desde 1991, el presidente de los Estados Unidos no cuenta como en el pasado con el zócalo del comunismo para erigir las estatuas de la virtud norteamericana. Esta Nación, que en muchos aspectos constituyó un punto de referencia para determinados valores como son la democracia y la libertad hoy, justamente, no representa lo mismo para una gran parte de los pueblos y naciones del mundo.

Por ello observa Lewis Lapham en referencia a los atentados del 11 de septiembre de 2001:

Los atentados de Nueva York y Virginia, que ocasionaron desastres incalculables y sufrimientos aún más difíciles de medir, fueron tan abominables como injustificados, pero, tal como lo subrayó recientemente Michael Howard en una conferencia en Londres, no representaron un acto de guerra. Al interpretarlos como tales, conferimos a una asociación de criminales la soberanía de un Estado-nación (y la autoridad sobre una de las tres grandes religiones monoteístas), declarando la guerra a un enemigo desconocido y a una abstracción. Como la *djihad* islámica contra el capitalismo, la *djihad* norteamericana contra el terrorismo no logrará el éxito ni el fracaso, y no concluirá nunca. (2002: 164)

De allí la casi obligada evolución hacia posiciones más afincadas en los ideales que proporciona la religión, con importantes componentes de mesianismo, expresando por otro lado una concepción anti-

gua y maniquea del mundo, entre buenos y malos, entre los que cuentan con la gracia de Dios, y un resto, *the rest*, aún no bendecido por los favores del Supremo.

Algunos datos de la historia reciente son ilustrativos al respecto. El ex presidente George W. Bush estableció el 20 de junio como «día de Jesús» cuando era gobernador del Estado de Texas. Por otro lado, si las personas que acompañaban a un presidente en la gestión permiten juzgar sus cualidades, el nombramiento en 2002 de John Ashcroft como Secretario de Justicia (*attorney general*) facilita la comprensión de la decisión presidencial de no separar Iglesia y Estado.

Ashcroft, que tiempo después sería reemplazado en sus funciones proclamaba, por ejemplo, su rectitud moral y hacía pública su intención de transformar al Departamento de Justicia en un instrumento de la venganza divina. Desde que el Presidente declaró la guerra al terrorismo «se está con nosotros o contra nosotros», el *Attorney General* ordenó arrestos masivos, decidió suspender el recurso al *habeas corpus*, rechazar los pedidos dirigidos al gobierno en nombre del derecho a la información y promover la sanción de una ley que habilite a sus servicios para realizar escuchas telefónicas sin previa orden judicial, como así también abrir la correspondencia de cualquier ciudadano. Esto generó un fuerte cuestionamiento de la Comisión Jurídica del Senado norteamericano, que observaba críticamente un proyecto del Pentágono según el cual presuntos terroristas pueden ser obligados a comparecer secretamente ante un tribunal militar, fuera de los jueces naturales.

En esta ocasión, Ashcroft tuvo un discurso fuerte ante los senadores, tal como lo refiere Lapham: «A los que enarbolan ante los defensores de la paz el temor del ataque a las libertades yo les digo lo siguiente: vuestra táctica sólo contribuye a ayudar a los terroristas, pues de esta manera se socava la unidad nacional y se debilita nuestra determinación» (Lapham, 2002: 11). Debiéndose aclarar aquí que años más tarde, la Corte Suprema hizo lugar a la demanda presentada por uno de los detenidos en la cárcel secreta de Guantánamo al concederle el derecho a la revisión del fallo de los tribunales militares especiales por tribunales civiles en los Estados Unidos.

Más allá de la prédica inflamada de este ex Secretario de Justicia, que no se encontraba solo en sus declaraciones pues las mismas eran

ampliamente compartidas por el resto del gobierno y aún por el propio Presidente, la administración norteamericana pretendía ser juzgada no a partir de sus actos y/o palabras sino a partir de la pureza moral que ésta se ufanaba de poseer.

Persuadida de saber mejor que nadie lo que se debe hacer, la Casa Blanca hizo caso omiso del Congreso, considerando todo cuestionamiento a las decisiones por ella adoptadas en función del conflicto contra el terrorismo como un factor de división y una falta de patriotismo, dicho de otra manera, pensando en que cualquier medio resulta válido para obtener los fines que uno se propone, sobre todo si éstos son la consecuencia de creencias religiosas, situación que, por otro lado, guarda una semejanza peligrosa con los motivos esgrimidos por los terroristas musulmanes. Por esta razón en el año 2002, los Estados Unidos se retiraron del Tratado ABM que desde los años ochenta del siglo XX establecía límites al despliegue de misiles defensivos frente a la URSS, invadieron Irak sin la aprobación de la ONU y desplegaron tropas especiales en más de seis países de Cercano Oriente y Asia Central.

Refiriéndose a los *marines* norteamericanos que iban a participar en la batalla de Faluja en Irak, el analista conservador Robert D. Kaplan da cuenta de una admonición dirigida a la tropa por el General de División James Mattis: «Consciente de las crudas realidades que azotaban al Ejército en el oeste de Irak en ese momento –realidades que los marines pronto tendrían que afrontar– Mattis dijo que, a ojos de los iraquíes, los marines debían parecer *el mejor de los amigos y el peor de los enemigos*. Luego añadió *saludadlos, pero tened un plan para matarlos*. El general Mattis concluyó con una exhortación religiosa. Los marines debían aprovechar la soledad y los rigores del desierto iraquí para fortalecer su fe en Dios» (2007: 341).

El financista George Soros en un reportaje publicado en agosto de 2008, decía refiriéndose al ex presidente Bush: «Su peor legado es la llamada guerra contra el terrorismo, fue el pretexto ideal para la guerra contra Irak. Bush socavó nuestros derechos civiles y los fundamentos de nuestra Constitución» (2008: 6).

Decía George W. Bush en un informe presentado en 2002 ante el Congreso norteamericano titulado *Seguridad nacional: la estrategia de los Estados Unidos*:

Estados Unidos podrá realizar acciones preventivas contra Estados y organizaciones terroristas que amenacen su seguridad. Su fuerza militar seguirá siendo lo suficientemente fuerte como para disuadir a cualquier país de intentar equiparar o superar su supremacía, como ocurrió durante la Guerra Fría. Siempre se buscará el apoyo internacional pero no vacilará en actuar solo, si así fuera necesario, en defensa de sus intereses. (2002: 1)

La doctrina de los *ataques preventivos* era expuesta oficialmente ante el mundo, siguiendo con esta postura una política similar a la enunciada –pero no implementada– en 1997 por el entonces Consejero de Seguridad Nacional del presidente William Clinton, hoy hombre de consulta y confianza del presidente Barack Obama, Anthony Lake. También se declaraba en aquellos años la intención de actuar unilateralmente cuando así lo determinen las circunstancias, partiendo de definiciones lo suficientemente ambiguas como para conservar márgenes importantes de libertad de acción.

Zbigniew Brzezinski decía: «Mi tesis comprende dos cuestiones: por un lado, durante las dos próximas décadas el efecto estabilizador del poder norteamericano será indispensable para el equilibrio internacional. Por otro lado, los cuestionamientos hacia este poder vendrán desde el interior de los Estados Unidos –consecuencia de un rechazo hacia el uso del poder por la mismísima democracia norteamericana, o por el mal empleo del mismo en el escenario mundial–» (Védrine, 2009: 83). Probable unilateralismo rechazado por otras potencias, particularmente las europeas, pero que refleja una larga historia de aislamiento de los asuntos mundiales y la profunda convicción de los norteamericanos en la superioridad de sus valores por encima de todos los demás, asunto a desarrollar en este apartado.

Y en este punto resulta importante volver a citar a Lewis Lapham: «la administración de Bush aplica a la guerra contra el terrorismo el vocabulario de la Santa Cruzada, pervirtiendo el objetivo declarado al pasar por alto las propensiones terroristas de sus pretendidos aliados en Rusia, en Arabia Saudita, en Israel, en Colombia y en Pakistán» (Lapham, 2002: 44).

Para agregar el mismo autor en otro pasaje de su trabajo:

La República cuya preservación parecía delicada a los ojos de Benjamín Franklin, aspiraba a liberarse de los reyes y los sacerdotes, la idea fundamental descansaba en la fuerza de los ciudadanos para erradicar la hipocresía de sus pensamientos y palabras, y el éxito de su empresa común dependía de sus esfuerzos para decir siempre la verdad. La tarea no siempre fue fácil, pero ésta resulta vital en una época en que el Nuevo Orden Mundial envuelto en las consignas de la revelación espiritual considera todo cuestionamiento como una injuria a la religión y a la patria. (Lapham, 2002: 42)

«Los Estados Unidos, señala Hubert Védrine, se creen con el derecho de decidir solos, sin límites externos de ningún tipo, de lo que debe hacerse para preservar su seguridad, comprendida, preventivamente, la búsqueda de la superioridad militar sobre todos los demás, impidiendo también la emergencia de nuevos rivales» (Védrine, 2009: 36).

Valores e intereses entonces que, en el caso de la primera potencia del mundo, los primeros aparecen dirigidos más hacia el consumo interno que externo pero que, en la realidad, actúan principalmente como pantalla de la política de Washington destinada a expandir y fortalecer los intereses norteamericanos en el mundo entero. Cuando el historiador del Imperio Romano Gibbon destacaba que a los emperadores romanos les importaba menos si una religión era verdadera que si era útil, retomaba el lenguaje del republicanismo de Maquiavelo. Para el autor de *El Príncipe*, la religión debía estar hecha a la medida de las necesidades políticas y las limitaciones de la sociedad. El modelo apropiado, sostenía Maquiavelo, no era el culto manso y sumiso de Cristo sino un culto pagano y más dinámico, como ocurre actualmente con muchas de las iglesias evangélicas estadounidenses devenidas en importantes sociedades comerciales.

Intereses crudamente expuestos por uno de los mayores exponentes del pensamiento político y social conservador norteamericano, el influyente académico Samuel Huntington, quien al referirse a las iniciativas impulsadas por los Estados Unidos desde 2001 en adelante, escribió en la publicación *Foreign Affairs*:

presionar a otros países para adoptar valores y prácticas norteamericanas en temas tales como derechos humanos y democracia; impedir que terceros países adquieran capacidades militares susceptibles de interferir con la superioridad militar norteamericana; hacer que la legislación norteamericana sea aplicada en otras sociedades; calificar a terceros países en función de su adhesión a los estándares norteamericanos en materia de derechos humanos, drogas, terrorismo, proliferación nuclear y de misiles y, ahora, libertad religiosa; aplicar sanciones contra los países que no conformen los estándares norteamericanos en estas materias; promover los intereses empresariales norteamericanos bajo los slogans de comercio libre y mercados abiertos y modelar la política del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial para servir a esos mismos intereses [...] forzar a otros países a adoptar políticas sociales y económicas que beneficien a los intereses económicos norteamericanos; promover la venta de armas norteamericanas e impedir que otros países hagan lo mismo [...] categorizar a ciertos países como *estados parias* o delincuentes, y excluirlos de las instituciones globales porque rehúsan a postrarse ante los deseos norteamericanos. (2002: 48)

Como diría un estudioso del derecho, a confesión de partes, relevo de pruebas. De esta forma quedan definidos los *valores* que motivan las políticas externas de los Estados Unidos, según las expresiones de un destacado intelectual, que reflejan una impactante realidad signada por la representación de intereses muy concretos.

Y en referencia a valores e intereses señala el profesor emérito de historia de la Universidad de Princeton, Arno J. Mayer:

Ya sean directas o indirectas, abiertas o secretas, militares o civiles, las intrusiones en los asuntos internos de otros Estados constituyen, desde 1945, la piedra angular de la política exterior norteamericana. Washington no ha dudado en intervenir; la más de las veces de manera unilateral, en Afganistán, Paquistán, en el Líbano, en Palestina, Irán, Siria, Somalia, Sudán, Ucrania, Georgia, en Kazastán, Nicaragua, Panamá [...] defendiendo incansablemente los intereses norteamericanos proclamando al mismo tiempo los valores de la democracia, el capitalismo y los derechos humanos.

En vez de establecer colonias territoriales clásicas, los Estados Unidos afirman su hegemonía instalando bases militares, navales y aéreas. Éstas están ubicadas en más de cien países, las más recientes en Bulgaria, República Checa, Polonia, Rumania, Turkmenistán, Kirgistán, Tadjikistán, Etiopía y Kenia. Dieciseis agencias de inteligencia, cuyas oficinas están diseminadas por el mundo, constituyen la vista y el oído de este imperio sin fronteras. (2002: 48)

Así, entre 1989 y 2001 los norteamericanos intervinieron por la fuerza en el extranjero con más frecuencia que en otros períodos de su historia, con un promedio de una nueva operación militar importante cada dieciséis meses, haciendo mucho más que cualquier otra potencia mundial en el mismo período.

En materia de derechos humanos corresponde aquí citar un párrafo dedicado a estos en el documento presentado ante el Congreso por el presidente George W. Bush en 2002 y al que ya se ha hecho referencia anteriormente:

Tomaremos todas las medidas que sean necesarias para asegurar nuestro compromiso a favor de la seguridad en el mundo, ya la protección de los norteamericanos no se verá entorpecida por el poder de investigación, de averiguación y persecución del Tribunal Penal Internacional, cuya jurisdicción no abarca a los estadounidenses y al cual rechazamos. Trabajaremos en colaboración con otras naciones para evitar complicaciones durante nuestras operaciones militares, en el marco de acuerdos bilaterales o multilaterales que protegerán a nuestros ciudadanos. (2002: 36)

De todo lo hasta aquí expuesto surge una pregunta: ¿hasta qué punto y con qué alcance un cambio partidario en la primera magistratura de los Estados Unidos puede generar cambios sustanciales en la política exterior, partiendo de considerar las corrientes políticas e ideológicas en presencia, una importante cantidad de sufragios obtenida por el candidato republicano, las tendencias y obligaciones profundas, además de los formidables intereses en juego?



En una nota titulada *La impotencia del poder*, refiere Carlos Escudé en relación con los interrogantes planteados antes de las elecciones de 2008:

Hay un vacío potencial de poder, que invita a otros países a la aventura militar. Y a esto hay que añadir la necesidad de fortalecer el frente afgano. Por eso, con Obama o Mc Cain se impone una reducción de la presencia en Irak.

Sin embargo, incluso esta certeza es relativa. Si el eventual retiro norteamericano de Irak condujera a una expansión iraní y a una seria amenaza para Arabia Saudita, los costos del repliegue podrían ser excesivos. Por eso, George W. Bush se apresura a negociar con Irán. Acepta, en principio, la idea de un cronograma para el retiro de tropas. Por la misma razón, ninguno de los candidatos se ha pronunciado de manera tajante sobre la magnitud de las fuerzas que dejará en Irak. Una vez derrotada Hillary Clinton, Obama moderó su postura. Reconoce que, si es presidente, dejará fuerzas residuales en ese país sin decir cuántas. En el otro extremo, Mc Cain reconoce que Estados Unidos debe retirar por lo menos 70.000 soldados de Irak.

Esta convergencia parcial no sorprende a los especialistas, que saben que la política exterior norteamericana poco depende de la voluntad o ideología del Presidente. (2008: 19)

Aunque este autor e investigador se haya manifestado en otros tiempos como un partidario ferviente del dogma neoliberal, en este caso se coincide con él por dos motivos: porque es un fino conocedor de la política norteamericana, y porque pone en evidencia los intereses básicos que moldean y dirigen la política exterior de los Estados Unidos, se encuentre ésta bajo conducción Demócrata o Republicana. A lo que puede agregarse la publicación en 2010 de la *Estrategia de Seguridad Nacional* del presidente Obama, que no introduce cambios sustanciales en relación a la del 2002 de George W. Bush, tal como al final de este capítulo lo plantea Noam Chomsky.

Agrega el profesor Arno J. Mayer de la Universidad de Princeton: «El imperio norteamericano no está atado –y no lo estuvo nunca– a la persona del señor Bush. Tampoco se identificará más adelante con el

señor Mc Cain o el señor Obama. El candidato demócrata bien podría haberse expresado en nombre de los dos partidos cuando anunció en marzo de 2008: *mi política exterior estará marcada por un retorno a la política realista y bipartidista del padre de George W. Bush, de John Kennedy y en algunos aspectos de Ronald Reagan*. Ninguno de los candidatos a la presidencia propone un cambio en la misión imperial de los Estados Unidos».

Y en este punto es oportuno recordar que el 23 de enero de 1980, en su discurso sobre el «Estado de la Unión», pronunciado por el presidente Carter cuando habían transcurrido sólo algunas semanas de la toma de rehenes norteamericanos en Teherán por parte de militantes islámicos, decía: «Toda tentativa de una fuerza exterior de tomar el control del Golfo Pérsico será percibida como un ataque contra los Estados Unidos. Medios adecuados, que incluyen el empleo de la fuerza militar, serán utilizados para impedirlo». James Carter definiría en ese mismo mensaje al Golfo Pérsico como formando parte del *interés vital* de los Estados Unidos, interés a partir del cual un país se encuentra dispuesto a utilizar todos los medios que posee para defenderlo y resguardarlo de eventuales agresiones.

En otro orden de cosas, resulta oportuno citar aquí lo expuesto por Serge Halimi en relación al Gabinete del presidente Obama:

Para una ministra de trabajo cercana a los sindicatos, Hilda Solís, que augura una ruptura con las políticas anteriores, encontramos una ministra de relaciones exteriores, Hillary Clinton, cuyas orientaciones en materia diplomática no dejan de ser una continuidad del pasado; también un ministro de defensa, Robert Gates, heredado de la gestión Bush. O aún un ministro de finanzas, Timothy Geithner, muy vinculado con Wall Street para poder encarar una reforma seria del sistema; y un consejero económico, Lawrence Summers, arquitecto de las políticas de desregulación financiera que casi condujeron al país hacia un estado de apoplejía. En lo que respecta a la ‘diversidad’ del equipo, la misma no es de orden sociológico: veintidós de las treinta y cinco primeras designaciones efectuadas por Obama eran egresados de universidades de la elite norteamericana o de un colegio de la aristocracia británica. (2010: 8)

Con una fuerte impronta conservadora, resulta poco probable que la sociedad estadounidense esté dispuesta a un giro de ciento ochenta grados optando por fórmulas que modifiquen radicalmente sus creencias, comportamientos y tradiciones, acuñadas durante décadas. Sobre todo si tenemos en cuenta que le ha ido relativamente bien hasta ahora, y que las políticas implementadas por los dos grandes partidos a través del tiempo le ha permitido a esta sociedad alcanzar una posición de liderazgo en el mundo. Poco tiempo antes de las elecciones que llevaron al poder a Barack Obama, el destacado profesor emérito de Princeton Sheldon S. Wolin pronosticaba con acierto que si por alguna razón los demócratas resultaban elegidos, los patrocinadores corporativos del partido les harían políticamente imposible a los nuevos funcionarios alterar significativamente el rumbo de la sociedad. En el mejor de los casos, observaba, los demócratas podrán reparar parte del daño hecho a la protección del medio ambiente o a Medicare, sin revertir de manera sustancial el deslizamiento hacia la derecha, en un análisis que asumió carácter de verdadera profecía (2008: 284).

Esta tendencia al conservadorismo se vio reforzada después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, emergiendo ante el mundo unos Estados Unidos como un país que reivindica su religiosidad. Las referencias a Dios impregnan la vida de la Nación. Desde las monedas y edificios públicos hasta las fórmulas *país de Dios*, *Dios guarde América*, etc. En su momento, la base del poder de George W. Bush estuvo principalmente compuesta por los 60 o 70 millones de hombres y mujeres que, como él, creen haber encontrado a Jesucristo y hallarse en la Tierra para llevar adelante la obra de Dios en el país de Dios. Según un informe mencionado por Nicholas D. Kristof el 15 de agosto de 2003 en *The New York Times*, entre todas las naciones industrializadas, los Estados Unidos ocupan el primer lugar en el número de ciudadanos que declaran «creer en Dios», el 35% de los estadounidenses se identifican a sí mismos como «cristianos renacidos» y un 75% de aquellos que concurren a una iglesia con regularidad son republicanos. Mientras que el 83% de los norteamericanos cree en la concepción virginal de Jesús, solo el 28% admite que cree en la evolución.

Dice en relación a ello, Sheldon S. Wolin:

Estas estadísticas adquieren una trascendencia adicional a la luz de la notable mezcla de política y religión que se ha producido en los últimos años y que presenta claros indicios de aumentar en el futuro. En esta mezcla, no es la religión en general sino básicamente la religión fundamentalista y evangélica lo que está colaborando para marcar el rumbo de algunas políticas públicas con su enérgico activismo político (por ejemplo, la oposición al aborto, los bonos escolares, los programas de ayuda social) y desempeñando un papel central en las elecciones. Los protestantes evangélicos están a la vanguardia de estos acontecimientos, soldados rasos en el Partido Republicano y jugadores de peso en la política de Washington. En oposición al presupuesto común de que una creencia «anticuada» es similar a un modelo viejo de auto o de heladera, de que su condición de antiguo denota ineficacia, debilidad o falta de poder, los fundamentalistas religiosos creen exactamente lo contrario. Su fe en la Biblia como la palabra literal de Dios convierte el celo religioso en verdadera energía política. (2008: 186)

«Dios –declaró el influyente reverendo Jerry Falwell en 2004– es proguerra», refiriéndose al conflicto armado en Irak.

Algunos sociólogos y periodistas –entre los cuales se encuentra Francis Fukuyama– pretenden que la religiosidad de la Norteamérica contemporánea proviene de una aspiración comunitaria, de la búsqueda nostálgica de un sentimiento de estabilidad y de referencias trascendentes, sobre todo en momentos en que alrededor de un 20% de de la población cambia periódicamente de empleo –cuando no se encuentra ante el riesgo de perderlo, particularmente desde la crisis de 2008– y de lugar de residencia. Esto no es más que una parte de la verdad.

Refiere al respecto Edward W. Said:

Lo que más cuenta es que estamos frente a una religión de iluminación profética, indestructiblemente convencida de una misión apocalíptica sin ninguna relación con los hechos reales y sus complicaciones. Otro factor se debe a la enorme distancia que separa a este país de un mundo turbulento y la incapacidad de sus vecinos del norte y del sur, Canadá y México, para moderar los impulsos de los Estados Unidos. (2003: 14)

Es probable que la crisis financiera de 2008 refuerce aún más en el mediano plazo el sentido indicado de religiosidad, base del nacionalismo norteamericano, manifestándose mediante el recurso hacia las variantes políticas más conservadoras. Aún en el marco novedoso que ofrece al mundo la victoria demócrata, no puede descartarse que esta crisis provoque un fuerte sentimiento contrario a la especulación financiera y encuentre en la vuelta –valor de lo negativo– a los valores tradicionales como la honestidad, el desinterés, el trabajo duro y la religión, un punto de recomposición de la sociedad, y que esto se constituya en plataforma de relanzamiento de los Estados Unidos hacia el mundo. Al respecto, el historiador Paul Kennedy tiene una mirada crítica sobre la crisis financiera citada y plantea: «Para los millones de trabajadores que han perdido sus empleos o se han visto forzados a reducir sus jornadas de trabajo debido a la recesión mundial, el grado de castigo de los ricachones no es, ni mucho menos, suficiente» (2009: 27).

Es interesante en este punto citar al escritor y miembro de *New American Foundation*, Jedediah Purdy:

Los estadounidenses siempre han sospechado que son la nación universal del mundo. A diferencia de los franceses y de algunos alemanes del siglo XIX, carecen de una teoría sobre el motivo por el que esto debería ser así; más bien, como los ingleses victorianos, sencillamente son incapaces de imaginar que pueda ser de otra forma. Los estadounidenses creen, aunque sin llegar a articularlo, que todos los seres humanos nacen estadounidenses, y que su desarrollo en culturas distintas es un accidente desafortunado, aunque reversible. Esta idea tiene su historia que es tan antigua como el asentamiento europeo en Norteamérica. Es sabido que los primeros colonos ingleses, miembros de sectas protestantes radicales, veían el Nuevo Continente como una ciudad sobre la colina, que emitía la luz de su inspiración al mundo. Thomas Jefferson, autor de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y gran musa de la democracia estadounidense, escribió que en el nuevo país los hombres al fin podrían sentir la ley universal en su corazón, de forma que la codificación de los libros de derecho

pasaría a ser superflua. Para Jefferson, el paso de la ley desde los códigos exteriores hasta la convicción interna repetía la transformación desde las complejas críticas del Antiguo Testamento hasta el énfasis en la conciencia del Nuevo Testamento. Allá donde se mirara, los estadounidenses se erigían en patria del derecho universal.¹

Por otro lado, en lo que respecta a las distintas corrientes del pensamiento que han prevalecido en los últimos años, es importante señalar que los neoconservadores norteamericanos no deben ser confundidos con los cristianos fundamentalistas. Los primeros no aparecen directamente vinculados con el renacimiento de un integrista protestante proveniente de los Estados del sur, los del *cinturón bíblico*, fuerza ésta en ascenso en los Estados Unidos con fuerte protagonismo en su momento en la reelección de George W. Bush y también en el significativo caudal electoral que el Partido Republicano obtuvo en las elecciones presidenciales de 2008. El neoconservadurismo es de la costa este, también un poco californiano. Sus inspiradores exhiben un cierto perfil intelectual, a veces neoyorkino.

Pierre Hasner sostiene que la singularidad de la administración de Bush es haber facilitado la unión entre estas dos corrientes, a través de la convivencia armoniosa de los neoconservadores y los cristianos fundamentalistas. Los segundos lograron representación en el gobierno con el ex Secretario de Justicia John Ashcroft. Los primeros tenían como su figura prominente al ex Subsecretario de Defensa Paúl Wolfowitz, quien luego sería presidente del Banco Mundial y dejaría el cargo el 30 de junio de 2007 acusado de nepotismo.

Los neoconservadores son más intervencionistas, partidarios de un fuerte activismo de los Estados Unidos en el mundo. No lo son a la vieja usanza del Partido Republicano –Richard Nixon, George H. Bush– confiados en los métodos de una *realpolitik* poco preocupada por la naturaleza de los regímenes con los cuales los Estados Unidos se aliaban para defender sus intereses. Tampoco son internacionalistas

¹ <www.elpais.es/articulo.html?d_date=20020620&xref=20020620elpepiopi_9&type>.



en la tradición wilsoniana, la de James Carter o Bill Clinton. Estos últimos son considerados por los neoconservadores como ingenuos, porque piensan a las instituciones y organismos internacionales como herramientas fundamentales en la promoción de la democracia.

«¿Cómo es posible –pregunta Sheldon S. Wolin– que los adeptos a verdades absolutas escondidas en el pasado antiguo hagan causa común con poderes –como la ciencia, la tecnología y el capitalismo corporativo– que están claramente resueltos a superar logros pasados? ¿Es que la alianza se basa nada más que en la rapidez con la cual una parte provee acceso al poder y a sus posibilidades mientras que la otra aporta la cobertura ideológica para lo que equivale a una búsqueda de hegemonía económica y política?» (2008: 240).

Paul Wolfowitz, Allan Bloom y William Kristol, entre otros, son fieles discípulos de Leo Strauss, mencionado en el capítulo dedicado al estudio de la condición humana, quien fundó en Chicago el *Committee on Social Thought*, verdadero «centro» de los straussianos.

Las ideas de Strauss continuadas por sus seguidores, al concebir el mundo en términos maniqueos entre buenos y malos, del *imperio* o el *eje del mal*, fueron desarrolladas por alumnos destacados como Berns, Mansfield y Harry Jaffa, interesados en la historia constitucional de los Estados Unidos. Particularmente este último, vio en las instituciones norteamericanas algo más que la aplicación del pensamiento de los Padres Fundadores, vio la realización de principios superiores. Para Harry Jaffa, la Constitución es la realización de las enseñanzas de la Biblia. De esta manera la religión pasa a la esfera política actuando como cimiento de las instituciones y de la sociedad.

Vistas las dificultades que enfrenta la democracia para imponerse en un contexto en el cual hasta no hace mucho tiempo el Estado-nación se debilitaba, la sociedad se fragmenta entre incluidos y excluidos e impera el individualismo, esta militancia casi fundamentalista de los neoconservadores por la democracia, ¿no estaba ocultando un intento deliberado para fragmentar el planeta e impedir que emerja algún rival que aspire seriamente a oponerse a los intereses de Washington?

Los Estados Unidos, amparados durante mucho tiempo por la protección natural que ofrecen dos grandes océanos y por una América latina que no representa un peligro mayor para sus intereses, conci-

bieron una visión relativamente *idealista* del mundo acompañada en muchas ocasiones por el empleo o la amenaza de empleo de la fuerza si las circunstancias así lo aconsejaban. Esta realidad sufrió un cambio mayor a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001, al exponer la vulnerabilidad del territorio continental norteamericano e imponer una apreciación *realista* de los asuntos mundiales. Apreciación que, por otro lado, nunca dejó de estar ausente en la política exterior de Washington y la cual, no sin cierta dosis de hipocresía, se endosaba a las antiguas potencias de la Europa continental –la *vieja Europa* del ex secretario de Defensa Rumsfeld– como manifestación de decrepitud.

La estrategia norteamericana, desde mi punto de vista, aspira a un mundo algo desestructurado que dificulte la aparición de un rival, y no tan desestructurado como para complicar el relanzamiento de sus opciones estratégicas.

La defensa activa de la democracia y el liberalismo económico resurge en la *vulgata* política como uno de los temas favoritos de los neoconservadores cobijados tanto en el partido republicano como en el demócrata. La naturaleza de los regímenes políticos es mucho más importante que todas las instituciones y arreglos internacionales para el mantenimiento de la paz en el mundo. La amenaza más grande proviene de los Estados que no comparten los valores –norteamericanos– de la democracia. Cambiar estos regímenes y hacer progresar los valores democráticos constituye el mejor medio para garantizar la seguridad –de los Estados Unidos– y la paz. Sin embargo, tal como lo visualiza el analista Francesco Sisci en el periódico *Asia Times*:

Desafortunadamente las ideologías arrogantes terminan en intereses egoístas. Para combatir el fascismo e imponer las democracias en Europa y Asia, los Estados Unidos necesitaron más que una ideología superior, necesitaron fuerza. De hecho, necesitaron una enorme fuerza militar que no sólo ayudó a los ideales estadounidenses, sino también a los más terrenales intereses de la nación norteamericana y sus compañías. La confusión entre los dos aspectos es tan interna que muchos en los Estados Unidos creen que los ideales estadounidenses coinciden con los intereses de las compañías estadounidenses. En

consecuencia es imposible convencer a un país más débil, digamos de Asia, que a fin de implementar la libertad y la democracia debe abrir sus mercados y dejar a sus frágiles y nacientes compañías entrar en competencia con compañías más fuertes de Estados Unidos que utilizan su posición de dominio del mercado mundial. (2002)

La exaltación de la democracia militante; la veneración casi religiosa de los valores norteamericanos y la oposición firme a la tiranía, son los temas que marcaron las agendas, antes de los neoconservadores y actualmente de los demócratas, pudiendo ser extraídos de las enseñanzas de Strauss, a veces reconsiderado y corregido por los *straussistas* de segunda generación. Una cosa los separa de su líder putativo: el optimismo teñido de mesianismo que los neoconservadores despliegan para llevar la libertad al mundo –hoy en el Cercano y Medio Oriente, ayer en Alemania y Japón–, como si el voluntarismo político pudiera cambiar la condición humana forzando la introducción de los valores norteamericanos en otras culturas.

Valores declarados que se fundamentan en el tríptico derechos humanos, democracia y economía de mercado, pero que en la práctica se expresan en términos de *mercado, mercado* y más *mercado*. De esta forma puede verse cómo los pretendidos valores norteamericanos se transforman, al menos hacia el exterior, en una cínica representación de intereses muy concretos.

En lo que a los derechos humanos se refiere, un informe crítico de la organización estadounidense Human Rights Watch, señalaba en 2004 con respecto a Afganistán:

Las fuerzas norteamericanas emplean regularmente métodos militares para efectuar detenciones en Afganistán, y esto en muchas oportunidades se lleva a cabo sin respetar el derecho internacional humanitario y la Carta de los derechos del hombre. De esta manera, las reglas de empeñamiento, concebidas para situaciones de combate, son aplicadas con frecuencia en lugar de los procedimientos civiles de arresto. Más aún, las deficiencias de los servicios de inteligencia han tomado como blanco a civiles que no estaban involucrados en las hostilida-

des, esto ha provocado la muerte de civiles durante las operaciones de detención y la destrucción injustificada de sus domicilios. Testimonios creíbles afirman igualmente que las fuerzas norteamericanas han golpeado y torturado a prisioneros y que las tropas afganas que acompañan a las fuerzas norteamericanas han maltratado a civiles y saqueado las viviendas de personas detenidas.

Según un responsable de la ONU, encargado de recolectar testimonios sobre las operaciones en 2002, se reprocha a las tropas norteamericanas de *comportarse con la brutalidad de los cowboys* hacia los civiles que no se revelan como otra cosa que como ciudadanos respetuosos de la ley. Testimonios afirman que los soldados *destruyen las puertas con granadas en lugar de golpear* y tratan brutalmente a mujeres y niños. (2004: 5)

Luego de una exhaustiva descripción de los malos tratos que soldados norteamericanos infligen a los prisioneros en Afganistán, situación que más tarde se repetiría en Irak, concluye el Informe de esta prestigiosa entidad:

La prohibición de la tortura y malos tratos a los prisioneros es uno de los pilares fundamentales del derecho internacional humanitario y de la Carta de los derechos del hombre [...] El encadenamiento prolongado es una violación del derecho internacional y puede ser considerado como una forma de tortura. El informe especial sobre la tortura cita en numerosas oportunidades, y en contextos diferentes, al encadenamiento como ejemplo de tortura. El Secretario General de las Naciones Unidas ha señalado a las cadenas como instrumento de tortura.

La privación del sueño y la exposición a bajas temperaturas también violan el derecho internacional y pueden ser consideradas como torturas. El Departamento de Estado norteamericano, en su Informe sobre el respeto de los derechos humanos país por país, cita en varias oportunidades a la privación de sueño como uno de los ejemplos de tortura.

Podrían citarse aquí otros casos, incluso con los testimonios de las víctimas que ha recopilado esta *Institución* dedicada a la defensa de

los derechos humanos en todo el mundo. También, y revisando un poco la historia, pueden hallarse situaciones similares en las invasiones a Panamá, República Dominicana, Vietnam, Cuba y Centroamérica en otras épocas, sin avanzar en más detalles en el apoyo brindado en su oportunidad a los golpes de Estado de 1964 en Brasil, 1973 en Chile, 1976 en la Argentina y el reciente golpe en Honduras durante 2008. Todos estos casos resultan apropiados para demostrar la contradicción que se plantea entre la defensa proclamada de determinados valores y la representación de intereses de gran potencia.

Al respecto, Rudolph Giuliani, a la sazón alcalde de Nueva York cuando se produjeron los atentados terroristas de septiembre de 2001 e influyente político republicano, sostiene: «Preservar y extender los ideales estadounidenses debe seguir siendo el objetivo de toda la política estadounidense, externa e interna. Pero si no perseguimos nuestras metas idealistas utilizando métodos realistas, la paz no será alcanzada. El mundo es un lugar peligroso. Una paz realista sólo puede alcanzarse mediante la fuerza» (2007: 26).

A los cuatro meses transcurridos desde la invasión a Irak, en 2003, el entonces presidente Bush tuvo un encuentro en el balneario turístico de Sharm el Sheij con Nabil Shaath, ex ministro palestino de Relaciones Exteriores y mediador de las conversaciones de paz en Cercano Oriente. Según Shaath, Bush le afirmó que estaba movido por una «misión divina» y que «*Dios me ha dicho, George, ve y lucha contra esos terroristas de Afganistán. Y yo lo hice. Y Dios me dijo: George, pon fin a la tiranía en Irak. Y lo hice. Y ahora siento aún la palabra de Dios que me dice: da un Estado a los palestinos y seguridad a los israelíes. Logra la paz para el Cercano Oriente. Y por Dios, yo lo haré*» (2005: 6). Así lo relataba este alto funcionario palestino a la BBC de Londres para la emisión «Israel y los árabes; una paz escurridiza».

George W. Bush contó al reconocido periodista Bob Woodward que luego de ordenar el ataque contra Irak se perdía en los jardines de la Casa Blanca para rezar y pedir que las tropas norteamericanas estuviesen seguras «*protegidas por el Todopoderoso. Recé para tener fuerzas para poder cumplir con la voluntad del Señor*» (2004). A partir de este sinceramiento, Woodward concluye que la personalidad del entonces presidente de los Estados Unidos estaba imbuida

por su profunda creencia en Dios, dictando la religión en muchos aspectos sus acciones.

Según estos testimonios, un *mandato divino* habría animado al presidente Bush para llevar adelante la invasión de Irak, con las sabidas secuelas de víctimas –incluidas las estadounidenses–, destrucción y desplazamientos de población civil que pueden observarse hasta nuestros días, lo que ya provocó y augura un futuro de inestabilidad e incertidumbre para una vasta región del Cercano Oriente, además de plantear un contradicción flagrante entre los valores declarados –comunes a las grandes religiones monoteístas– y su implementación.

La *razón* occidental, sustento de un pensamiento utilitarista, observa críticamente la utilización política que los musulmanes hacen de su religión y que, como ya ha sido analizado, se encuentra en los orígenes mismos de su conformación. Algo parecido, sin embargo, puede observarse en los elencos gobernantes norteamericanos, que critican lo que otros hacen y no tienen empacho de proclamarlo a los cuatro vientos como si se tratara de una *verdad revelada* y única haciendo, también ellos, una utilización política de sus creencias religiosas. Sin embargo, más allá de la evidente contradicción que puede observarse entre la proclamación de determinados principios religiosos y/o laicos, y las políticas concretas justificadas por ellos, esta oposición constituye uno de los factores centrales, quizás el más importante, que está y estará en la base misma de los futuros conflictos armados en el mundo.

Retomando el debate acerca de los valores e intereses, en septiembre de 2003, el semanario británico *The Economist* calificaba de «sueño capitalista» a las nuevas estructuras económicas implementadas en Irak por la Autoridad Provisoria de la Coalición y cuyo objetivo era borrar todo dirigismo, así como transformar a esta Nación en una vasta zona de libre mercado. Esto le permitiría a Donald Rumsfeld, entonces Secretario de Defensa de los Estados Unidos, afirmar que en el esfuerzo de reconstrucción: «las economías de mercado están favorecidas, no el sistema de dirigismo estalinista» (2004).

La reforma más controvertida, en este contexto, fue la desregulación de las inversiones extranjeras. El decreto 39 de la Autoridad Provisoria, fechado el 19 de septiembre de 2003, abría casi totalmente el país,

con excepción del sector de los recursos naturales, a las inversiones extranjeras. Para radicarse en Irak, estas no tenían necesidad de ninguna autorización previa, ni de socios locales, así como tampoco se las obligaba a reinvertir las ganancias. Este decreto, que no preveía ningún mecanismo de control, establecía reglas todavía más liberales que las vigentes en los Estados Unidos o en el Reino Unido. El decreto iba más lejos que las recomendaciones del Banco Mundial en lo que atañe a la repatriación de los beneficios de las empresas.

Las preguntas que entonces muchos se hicieron giraban en torno a si estas reformas eran legales, como así también si las mismas continuarían una vez que los iraquíes recuperen la soberanía plena. Numerosos especialistas, basándose en las convenciones de La Haya de 1907 y de Ginebra de 1949, afirmaron que una potencia ocupante no tiene el derecho de proceder a este tipo de «reformas» (2004). Sin embargo, estas consideraciones no eran motivo de preocupación para los dirigentes norteamericanos. En ocasión de que un periodista le preguntó a George W. Bush acerca de la compatibilidad existente entre las decisiones adoptadas y lo establecido por el derecho internacional, el Presidente respondió: «*¿El derecho internacional? Será necesario que consulte a mi abogado*», tal como fue publicado por el Washington Post el 12 de diciembre de 2003.

Al respecto, el artículo 43 de la Convención de La Haya establece: «Cuando la autoridad del poder legal pasó de hecho al control de un ocupante, éste adoptará todas las medidas que de él dependan en vista de restablecer y asegurar, tanto como sea posible, el orden y la vida públicos respetando, salvo impedimento absoluto, las leyes en vigor en el país».

Estos elementos demuestran, una vez más, la contradicción existente entre el «mandato de Dios» invocado por el Presidente y una realidad bien distante de los nobles y altruistas objetivos enunciados.

Por ejemplo, el ex Secretario del Tesoro Paul O'Neill recordaba que una estrategia de captura de los contratos petroleros de Irak fue considerada desde los primeros días del gobierno de Bush, es decir, mucho antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Esta guerra ha costado y cuesta miles de millones de dólares lo que ha incrementado considerablemente el déficit de la economía

norteamericana. Déficit cubierto, en gran parte, por la venta de Bonos del Tesoro, uno de cuyos principales compradores es China; déficit que en gran parte se encuentra en los orígenes de la debacle financiera de 2008. También, y como fue mencionado en el capítulo dedicado a la globalización económica, Irak arrastraba una pesada deuda externa que fue rápida y *políticamente* anulada con el argumento de que la misma había sido impuesta por un tirano al pueblo iraquí.

Otro aspecto de este conflicto se vincula con la adjudicación de los contratos para la reconstrucción de Irak. Contratos en los cuales, según una circular del entonces subsecretario de Defensa Paúl Wolfowitz, no estaban incluidos países como Francia, Alemania, Rusia y Canadá, por haberse opuesto a la invasión.

Según el investigador del MIT Ibrahim Warde:

En su circular, Wolfowitz pretendía que estas medidas, necesarias para proteger *los intereses de seguridad esenciales de los Estados Unidos*, apuntaban a *estimular la cooperación internacional en los esfuerzos futuros* destinados a estabilizar Irak. La decisión generó protestas previstas y previsibles. La Unión Europea indicó que estas restricciones eran contrarias al acuerdo de la OMC sobre los mercados públicos, que prohíbe toda discriminación entre proveedores nacionales y extranjeros cuando se atribuyen estos mercados. (2004: 12)

El mismo autor refiere en otro párrafo de la misma nota:

Fue el presidente Bush quien con mayor claridad expresó la posición de su administración: *el nivel del gasto de dólares norteamericanos refleja el hecho de que tanto las tropas norteamericanas como otras han arriesgado sus vidas. Es muy simple: los nuestros arriesgan su vida, los de la coalición amiga arriesgan la suya, en consecuencia, los contratos reflejan esta situación de hecho, y esto es lo que esperan los contribuyentes*. La administración había ocultado durante bastante tiempo los aspectos mercantiles de la guerra de Irak hablando de las armas de destrucción masiva o de la liberación del pueblo iraquí. Desde ahora, el presidente de los Estados Unidos no ocultaba que era justo que los grandes contratos fueran consi-

derados como un botín de guerra. Los dividendos deberían estar a la altura de la sangre derramada.

Añadiendo más adelante que: «En los Estados Unidos, la controversia sobre los contratos de reconstrucción no cesa de crecer. Todos los días aparecen revelaciones sobre conflictos de intereses, abusos de confianza, desvíos de fondos, sobrefacturaciones y desbarajustes de todo tipo. El botín está acaparado por una cantidad restringida de empresas norteamericanas, todas ellas cercanas a la administración Bush. Aun los fieles aliados británicos se manifiestan desilusionados: sus contratos quedan limitados a lo que sobra y su gobierno ha demandado discretamente ante su homólogo norteamericano algunas medidas de discriminación positiva» (2004).

Según un informe del *Center for Public Integrity*, las setenta y una sociedades y empresas que obtuvieron contratos para la reconstrucción de Irak y Afganistán contribuyeron con más de medio millón de dólares cada una a las campañas electorales de George W. Bush. De acuerdo a este informe: «nueve de los diez mercados más importantes fueron a una sociedad que emplea a ex funcionarios del gobierno o sus directivos están próximos a miembros del Congreso, o de agencias gubernamentales que negocian los contratos». Agregando Charles Lewis, Director del Centro: «Ninguna agencia federal supervisa y controla los procedimientos de atribución de los mercados, lo que demuestra cómo este sistema es susceptible de favorecer el derroche, el amiguismo y la estafa».² Y realizando un pequeño paréntesis para mencionar tanto las contribuciones que las grandes empresas o grupos financieros efectúan a las actividades políticas, como los compromisos resultantes de las mismas, el presidente Obama declaró en 2009: «Yo no hice una campaña para ayudar a los poderosos de Wall Street» cuando, en 2008, Goldman Sachs, Citigroup, JPMorgan, UBS y Morgan Stanley –justamente los grupos más poderosos de Wall Street– figuraron en la lista de los veinte contribuyentes más importantes de su campaña.

² <www.publicintegrity.org/wow/report.aspx:aid=75>.

Retomando el caso de Irak, más allá de las promesas de transparencia efectuadas desde el gobierno, tanto en Washington como en Bagdad, los contratos más lucrativos fueron otorgados sin licitación pública. Entre otros, a empresas de ingeniería petrolera como Halliburton a través de su filial Kellog, Brown & Root, sociedad que tuvo como presidente desde 1995 hasta el año 2000 a Richard Cheney, vicepresidente de los Estados Unidos durante la administración de Bush. Bechtel, dedicada a la construcción y a la obra pública, muy próxima al gobierno de Ronald Reagan en 1983, obtuvo un contrato para el tendido de un oleoducto en Irak Este acuerdo fue negociado en aquel entonces de manera directa entre Saddam Hussein y Donald Rumsfeld, Secretario de Defensa de George W. Bush y uno de los más fervientes partidarios de la invasión a Irak.

Escribió Alain Gresh en 2003:

Los planes de reconstrucción están en marcha y los contratos son adjudicados a sociedades norteamericanas vinculadas directamente con la administración. Era necesario financiar la próxima campaña presidencial. La compañía petrolera Halliburton, dirigida por el actual vicepresidente de los Estados Unidos Richard Cheney hasta el año 2000, se benefició con la tarea de luchar contra los incendios de los pozos de petróleo. El grupo Bechtel, primera empresa norteamericana de obra pública y cercana a la Administración, obtuvo otro contrato por un valor de 680 millones de dólares. La Unión Europea, por su parte, decidió abrir una investigación sobre la conformidad de este contrato con las reglas de la Organización Mundial de Comercio.

Pero se puede preguntar: ¿al fin de cuentas no se trata de dinero norteamericano? Nada de eso. Sobre los 2 400 millones de dólares votados por el Congreso para la reconstrucción de Irak, 1 700 millones provienen de fondos iraquíes bloqueados desde 1990 y confiscados por Washington el 20 de marzo de 2003. Pero los Estados Unidos confían en las recetas del neoliberalismo: su plan prevé la privatización en dieciocho meses de todas las empresas estatales y la creación de un banco central independiente, institución que no existe en ningún otro país de la región. La Administración actual sin duda imagina un Irak sin Estado. (2003: 15)

Ibrahim Warde agrega otros datos al señalar que en dos oportunidades, Kellog, Brown & Root fue sorprendida con las manos en la masa. Esta había inflado el precio del combustible importado en Irak en más de un 60%: el galón (algo más de 3,5 litros), comprado a setenta centavos de dólar en Kuwait era revendido al ejército norteamericano a un precio de 1,59 dólares, con un sobreprecio total de 61 millones de dólares. Tiempo después, la empresa fue acusada de haber sobrefacturado por un monto de 16 millones de dólares la comida provista a los soldados norteamericanos. El gobierno de Bush se conformó abriendo una investigación, creando nuevas auditorías y prometiendo transparencia. Pero KBR no dejó de adjudicarse contratos y enriquecerse sobre las espaldas del contribuyente norteamericano y el pueblo iraquí. El Vicepresidente fue uno de los beneficiarios de esta situación: Richard Cheney recibió ganancias diferidas de Halliburton durante sus primeros años en la Casa Blanca (150.000 dólares en 2001, 160.000 en 2002, 178.000 en 2003) y continuó conservando 433.000 acciones de la sociedad, cuyo valor depende de los buenos negocios que realiza el grupo (2004: 13).

Los tres motivos centrales del gobierno de George W. Bush que justificaron la invasión a Irak fueron: la guerra contra el terrorismo; la supuesta existencia de armas de destrucción masiva en este país de la Mesopotamia, luego desmentida por los hechos; y el propósito declarado de transformar a Irak en un modelo de democracia que sirva como ejemplo a otros países del Cercano Oriente.

Muchos *liberales* norteamericanos –entre ellos importantes legisladores del Partido Demócrata– en el sentido «progresista» del término, apoyaron estos argumentos que serían criticados en su momento por los *realistas*, entre los cuales se encontraba Adam Garfinkle, jefe de redacción de *The National Interest*, principal revista teórica de esta corriente del pensamiento.

Corresponde aquí recordar que los demócratas aceptaron el calendario de la invasión propuesto por Bush, cuando ellos podrían haber solicitado un informe más detallado a partir de la mayoría que tenían en el Senado, visto la falta de pruebas contundentes acerca del peligro iraquí. Éstos votaron la concesión de plenos poderes al Presidente, autorizándolo a «emplear las fuerzas armadas de los Estados Uni-

dos como lo crea necesario, con el objetivo de preservar la seguridad nacional contra la amenaza iraquí» (2002).

Además de criticar a Samuel Huntington y su *paradoja de la democracia*, entendiendo que en ciertas regiones del mundo ésta puede ir en contra de los intereses norteamericanos, Garfinkle sostenía que una campaña por la democracia en el mundo árabe: «presupone un cambio mayor en la actitud estadounidense hacia las clases dirigentes no democráticas de Arabia Saudita, Egipto, Jordania y otros, que nosotros hemos considerado por mucho tiempo como amigos en lo que configura un estado permanente de hipocresía diplomática» (2002).

Sherle Schwenninger, Codirector del Programa de política económica mundial de la *New America Foundation*, recordaba a propósito de la estrategia de los Estados Unidos que: «La esencia misma de la política norteamericana en las tres últimas décadas ha sido contraria a la democracia y a la autodeterminación de los árabes». Cada Presidente ha seguido una misma estrategia compuesta por tres pilares donde cada uno de ellos: «alienó profundamente a la población árabe: el financiamiento de la defensa de Israel y la promoción de un cierto tipo de proceso de paz; el apoyo a gobiernos pronorteamericanos en Egipto y en Jordania; y el desarrollo de una alianza estrecha con las familias reinantes de los Estados petroleros del Golfo Pérsico, en particular con la familia real saudita».

«La ocupación de Irak, agrega el autor, agravó el problema de la legitimidad de Norteamérica. Para la mayoría de los pueblos de la región, esta reforzó su percepción de que los Estados Unidos están más interesados por el petróleo y sus posiciones militares dominantes que por el bienestar del pueblo iraquí» (2003).

Resumiendo, diversas razones han sido esgrimidas por el gobierno norteamericano para intervenir en Irak y Afganistán. En el caso del segundo país el motivo principal fue que este Estado albergaba a los terroristas de Al Qaeda, cosa que era cierta, pero cierto es también que ningún ciudadano afgano participó en los atentados del 11 de septiembre de 2001, llevado a cabo por individuos provenientes en su mayoría de Arabia Saudita. Curiosamente, tanto el Estado como el pueblo afgano terminaron pagando con vidas y bienes los costos trágicos de esta acción terrorista.



Sin embargo, *algo más* era necesario para justificar una intervención militar en Irak cuyo objetivo no declarado era el control de una de las reservas petroleras más importantes del mundo y el posicionamiento estratégico de los Estados Unidos en un lugar geopolíticamente importante del Cercano Oriente. En este caso, tanto el petróleo como los motivos de índole estratégica no constituían por sí mismos argumentos convincentes para que la sociedad estadounidense aceptara los sacrificios humanos y materiales que demandaba tal decisión, era imprescindible en consecuencia *satanizar* a Saddam Hussein y apelar al conocido libreto de las invocaciones religiosas promovido desde la Casa Blanca aun aceptando, aunque más no sea relativamente, la sinceridad de tales invocaciones y constatando que se trata de un sentimiento compartido por buena parte de la sociedad norteamericana.

En este punto resulta ilustrativo citar a Noam Chomsky: «Existe una inquietud internacional relativa al abismal doble déficit de los Estados Unidos: el déficit comercial y el déficit presupuestario. Pero éstos no existen sino en relación estrecha con un tercer déficit: el déficit democrático, que no cesa de profundizarse, no sólo en los Estados Unidos, sino más generalmente en el conjunto del mundo occidental» (2007: 1). Concluyendo este capítulo con otra cita de este reconocido intelectual norteamericano referida a las aparentes diferencias que pueden ser observadas en la gestión de Barack Obama: «Se reducirá el número de violaciones más extremas a la ley y a la Constitución, llevadas a cabo por la administración Cheney-Bush; como las torturas en Guantánamo o la vigilancia ilegal, pero prácticamente cualquiera de los candidatos, incluso McCain, hubiese hecho lo mismo. Esta administración será menos confrontacional con el resto del mundo, pero va a seguir las mismas políticas» (2009: 10).

A propósito del nuevo gobierno norteamericano y los cambios introducidos por el presidente Obama en materia de política exterior, es oportuno citar párrafos de una nota del académico de la Universidad de Columbia Jeffrey D. Sachs publicada por el diario El País de España titulada *Paz mediante desarrollo* el 5 de julio de 2009:

Las decisiones políticas adoptadas en los últimos meses ofrecen pocas esperanzas de un cambio fundamental en la orientación

de la política exterior de EE. UU. Si bien EE. UU. ha firmado un acuerdo con Irak para abandonar el país al final de 2011, en el Pentágono se habla de que tropas ‘no combatientes’ de EE. UU. permanecerán en el país durante años o decenios por venir. Resulta evidente que la persistencia de la inestabilidad en Irak, la influencia iraní y la presencia de Al Qaeda incitará a las autoridades norteamericanas a seguir la vía «segura» de una participación militar continua. Algunos opositores de la guerra de Irak, entre los que me cuento, creen que un objetivo fundamental –y profundamente errado– de la guerra desde el principio ha sido el de crear una base militar (o varias) a largo plazo en Irak, aparentemente para proteger las rutas del petróleo y las concesiones petroleras. Sin embargo, como muestran los ejemplos de Irán y Arabia Saudí, semejante presencia a largo plazo provoca tarde o temprano una reacción explosiva.

En síntesis, los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 no significaron lo que podría entenderse como un giro radical en la política exterior de los Estados Unidos. Su incidencia histórica está dada por el papel de víctima asumido, únicamente posible a partir de un caso como este –antes Pearl Harbor en 1941–, lo que le da sustento internacional e interno a las acciones militares en consecuencia adoptadas. La importancia de los hechos del 11/S no es haber convertido a los Estados Unidos en víctimas, sino el haber sido los generadores del consenso necesario para llevar una política, de características imperiales en muchos aspectos, a un nivel superior.

Paz por la ley o paz imperial

Los norteamericanos piensan que, puesto que ellos asumen la inmensa tarea de mantener la seguridad internacional, no pueden hacerlo si son tratados de la misma manera que Costa Rica o Bolivia, ni si sus soldados son arrastrados ante la Corte Penal Internacional

ROBERT KAGAN. *L'Express*



El sistema es, sin duda alguna, unipolar. Los Estados Unidos gozan de un gran margen de superioridad en relación al Estado que les sigue o, más aún, en relación al conjunto de las otras potencias reunidas, cosa que no se ha visto para ningún Estado líder durante los dos últimos siglos. Particularmente, los Estados Unidos se benefician de una preponderancia decisiva en cada uno de los elementos que componen la potencia: económico, militar, tecnológico y geopolítico.

WILLIAM WOHLFORTH. *The Stability of A Unipolar World*

En un mundo orientado hacia un orden liberal perfecto, una superpotencia pasada de moda con un ideal de misión global puede parecer una rémora del pasado y un obstáculo al progreso. Pero en un mundo en equilibrio frágil en el alba de una nueva era de turbulencias ¿no podría darse que aun una superpotencia democrática imperfecta tuviera un rol importante, indispensable, a jugar? La dominación de los Estados Unidos no reculará en un futuro cercano, sobre todo porque gran parte del mundo no lo desea realmente.

ROBERT KAGAN. *Le retour de l'Histoire et la fin des rêves*

El título de esta parte toma como referencia una frase escrita por Raymond Aron en *Paz y guerra entre las naciones* durante los años sesenta del siglo pasado, cuando se preguntaba cómo sería el futuro de un mundo signado en aquel entonces por la confrontación bipolar. Aron, quizás uno de los exponentes más lúcido del pensamiento realista en las relaciones internacionales, sentencia en el primer párrafo del capítulo «La paix par la loi» del libro mencionado: «La política internacional ha sido reconocida siempre por todos a partir de lo que ella es: política de poder; excepto en nuestra época, en la cual algunos juristas embriagados de conceptos, o algunos idealistas, confunden sus sueños con la realidad. Los juristas deploraban verse constreñidos a ignorar o legalizar la guerra y los moralistas se inquietaban frente a la esencia de la conducta diplomático-estratégica, por el hecho de que esta conducta, aún en tiempos de paz, se refiere a la eventualidad de la guerra, es decir a la presencia de la compulsión y la violencia».

Hoy el dilema sigue vigente, aunque haya desaparecido uno de los polos del poder mundial como lo fue por varias décadas la Unión Soviética. Extensos y no concluidos debates tienen lugar en diferentes ámbitos para encontrar una respuesta a lo planteado por este pensador francés. En la actualidad, puede afirmarse que estamos más próximos al segundo término del dilema, dado que la paz por la ley se aleja de la realidad mundial al comprobar cómo las principales potencias del orbe eluden las normas internacionales a partir de sus comportamientos y acciones.

Y es desde esta mirada en que me ubico para estudiar si es posible pensar una paz imperial en nuestro tiempo, tomando como referencia las políticas exteriores y militares del gobierno norteamericano, como también aquellas de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), y de qué manera las mismas se fundamentan en pretendidos valores que en la realidad significan intereses.

La caída del Muro de Berlín y la ulterior desaparición de la Unión Soviética generaron un cambio estructural del sistema internacional instaurado en 1945. Unipolar desde el punto de vista de la configuración de las relaciones de fuerzas, el sistema, tanto desde un punto de vista económico como también político, tiende hacia la multipolaridad con la emergencia de nuevos centros de poder, algunos de ellos representados por Estados, otros por actores que no se encuadran dentro de los marcos teóricos tradicionales de las relaciones internacionales ni en las normas jurídicas establecidas por el Derecho Internacional. Una nueva ecuación del equilibrio internacional quedó entonces planteada.

En lo que a caracterizar un sistema internacional se refiere, sostengo la definición de Raymond Aron, que lo entendía como a un conjunto de unidades políticas que mantienen relaciones regulares entre sí y que son susceptibles de verse involucradas en una guerra general.

En el caso de los sistemas multipolares el equilibrio se establece a partir de dos premisas fundamentales: por un lado el rechazo a la monarquía universal en los términos que en su tiempo la concebía Montesquieu, por otro lado la existencia de una pluralidad de actores principales. Así, la conducta de los sujetos diplomáticos en un sistema multipolar no tiene un objetivo único y cada sujeto desea para sí un máximo de recursos. En esta configuración, tal como lo demuestra la historia, los Estados nacionales se consideran rivales, no enemigos



mortales. Por todo ello Aron afirma en *Paix et guerre entre les nations*, que la pluralidad de Estados disponiendo de recursos comparables es el carácter estructural del sistema multipolar. Agregando lo que, desde su punto de vista, constituye el abc de una diplomacia realista: 1- un Estado puede cambiar de campo; 2- ignora sentimientos; 3- consiente el egoísmo; 4- no tiene amigos o enemigos *per se*; 5- no condena la guerra en tanto que tal; 6- admite la corrupción moral.

Algunos elementos de esta nueva configuración, que presenta en muchos aspectos la unipolaridad citada a partir de la supremacía militar de los Estados Unidos, habilitan para una suscita comparación con abordajes teóricos que se han efectuado sobre los imperios del pasado, al mismo tiempo que facilitan la visualización de posibles tendencias y evoluciones de actitudes y comportamientos.

Tomo como referencia el término *Imperio* pues este se encuentra presente en la actualidad en todos los debates teóricos que conciernen a las relaciones internacionales y al diseño del sistema mundo; debiendo aclarar que, en el caso de los Estados Unidos y sus eventuales semejanzas con la Roma antigua, dos mil años separan una realidad de la otra, lo que no impide realizar algunas comparaciones interesantes.

Con una importante presencia en los discursos teóricos y académicos, la noción de imperialismo ha sido desarrollada en diferentes contextos políticos internos, designando en primer lugar la tendencia política favorable al imperio de Napoleón Iº en Francia, y luego la política de expansión colonial británica a partir de Disraeli. De allí las connotaciones polémico-ideológicas, muchas veces peyorativas, que al día de hoy continúan impregnando toda utilización de la noción de imperialismo. Por otro lado, esta aparece contestada en sí misma tanto entre, como al interior, de los paradigmas realista, marxista y liberal.

Entre los realistas, Raymond Aron define al imperialismo como «la conducta diplomático-estratégica de una unidad política que construye un imperio, es decir, somete a su ley a poblaciones extranjeras. Los Romanos, los mongoles y los árabes han sido fundadores de imperios por lo que se denominan justamente imperialistas» (1984).

Morgenthau, por su lado ve en ello una de las tres formas que adopta concretamente la política de poder, aquélla que «apunta a derribar el *statu quo* existente» (1993: 65).



Para los marxistas, el imperialismo es, según Lenin escribía en *Imperialismo, fase superior del capitalismo*: «el capitalismo llegado a un grado de desarrollo en el cual se afirmó la dominación de los monopolios y del capital financiero, donde la exportación de capitales adquiere una gran importancia, donde el reparto del mundo ha comenzado entre los trusts internacionales y donde ha concluido el reparto de todos los territorios del globo entre los países capitalistas más grandes».

Para Johan Galtung, el imperialismo denominado estructural, existe cuando la dominación que el centro ejerce sobre la periferia se basa en la explotación simultánea de los intereses comunes que ligan al centro del centro al centro de la periferia, y de los intereses divergentes que existen entre la periferia de la periferia y la periferia del centro (1971: 81).

En el pensamiento liberal, John Hobson estima que el imperialismo se traduce por una «política de expansión» por medio de la cual un Estado «anexa vastas porciones de territorios o ejerce sobre ellos su control político de una manera u otra» (1938: 15). Para agregar en el mismo trabajo: «Más allá de que el imperialismo haya sido un mal negocio para la nación, ha sido un buen negocio para ciertas clases y comerciantes de la misma. Los grandes gastos en armamentos, guerras costosas y los inconvenientes en política exterior [...] han servido bien a los intereses de algunas industrias y profesiones».

Por su lado, el profesor de la Universidad de Florencia Danilo Zolo apunta:

El resurgimiento de la noción de imperio es una de las señales de la profunda transformación de los órdenes políticos internacionales, que se liga a los procesos de integración global y a la afirmación de fenómenos de creciente polarización del poder y la riqueza en escala planetaria.

Al mismo tiempo, se está realizando un proceso de dislocación de las soberanías estatales a favor de de nuevos actores internacionales –militares, políticos, económicos, judiciales– como la OTAN, el G8, la Unión Europea, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, las cortes penales internacionales, etc. En este terreno transnacional surge la hegemonía



de algunas grandes potencias occidentales guiadas por Estados Unidos de América. Y Estados Unidos cumple, cada vez más, el rol de una potencia imperial *global* que se pone por encima del derecho internacional, particularmente del derecho bélico. (2007: 129)

Finalmente, Joseph Schumpeter ve «el despliegue de una gran agresividad cuya razón verdadera no reside en los fines momentáneamente perseguidos» y, en términos más generales, «la disposición, desprovista de objetivos, que manifiesta un Estado a expandirse a través del empleo de la fuerza, más allá de cualquier límite definible» (1984: 43).

En noviembre del año 2000 Michael Hardt y Antonio Negri publicaron un libro mediante el cual se propusieron estudiar la nueva realidad del sistema mundo. Este trabajo, titulado *Imperio* y que ha generado toda suerte de polémicas, es quizás hasta ahora el intento teórico que llegó más lejos en la descripción de los meandros complejos del mundo moderno, desde un autoproclamado perfil «progresista» y posmoderno aunque, desde mi punto de vista, insuficiente y parcial.

Según Hardt y Negri, el *Imperio* moderno se fundamenta en la construcción de un poder de nuevo tipo basado en una superestructura jurídica similar a la ideada en otros tiempos por el eminente jurista Hans Kelsen: estructura conformada a partir del consentimiento general y en la cual la ley se impone a las relaciones de fuerzas. En este contexto el derecho aparecería como «implícitamente normativo», según Perroux, y estaría aceptado –internalizado– previamente por cada unidad política e individuo particular. Este *Imperio*, a diferencia de otros, se apoyaría en una nueva política y en un nuevo basamento jurídico.

Partiendo desde lo que estos autores consideran como una nueva visión del derecho, el *Imperio* moderno procura una moderna inscripción de la autoridad, un novedoso proyecto de producción de normas universales y nuevas herramientas legales de coerción que garantizarían los contratos y facilitarían la resolución de los conflictos que puedan emerger. El diplomático británico Robert Cooper constataba, con el realismo propio que caracteriza a los ingleses: «Entre nosotros, observamos las leyes, cuando operamos en la jungla, debemos echar mano a las leyes de la jungla».

En el escenario de H&N la guerra se asimilaría a una acción policial emprendida por el poder imperial, legitimado a través de *sus* verdades éticas y al mismo tiempo sacralizado, hasta cierto punto, por los propios autores.

Según Hardt y Negri, el *Imperio* lleva al extremo la coincidencia y la universalidad de lo ético y lo jurídico para todos los pueblos sin distinción. El concepto de *Imperio*, en este contexto, resulta asimilable a una gran orquesta mundial que ejecuta melodías bajo la batuta de un director. Lo que en este caso particular constituye una demostración más de la ya mencionada *primacía de la razón occidental*, que procura someter a otras civilizaciones o descalificarlas.

En este esquema aparece un poder unitario que mantiene la paz social y produce verdades éticas, poseyendo al mismo tiempo la fuerza necesaria para conducir *guerras justas*, en las fronteras contra los bárbaros y hacia adentro contra los sediciosos. La *guerra justa* no se vincula ya con la legítima defensa tal como se halla consagrada por la Carta de las Naciones Unidas, constituye una actividad que se justifica en sí misma.

Hardt y Negri sostienen por otro lado que aparece un poder establecido, sobredeterminado en relación a los Estados soberanos. El reconocimiento de este hecho provoca un cambio de paradigma, pues este poder actuaría de manera relativamente independiente del poder de los Estados, funcionando como centro del orden mundial y ejerciendo una regulación efectiva sobre la totalidad del sistema.

De esta forma, el *Imperio* no se constituye a partir de la fuerza por la fuerza misma, sino a partir de la capacidad de emplear a esta al servicio del derecho y de la paz. Estas apreciaciones, como resulta obvio, son claramente contradictorias con la realidad del mundo contemporáneo, cada vez más alejada de las elucubraciones teóricas de investigadores que conciben un imperio justiciero, afable y sin un rostro definido. Desde el corazón mismo del *Imperio sin rostro* según lo consideran Hardt y Negri, aparece la cita de Samuel Huntington mencionada en el capítulo anterior, en la cual se expone con crudeza algunas de sus características más destacadas.

Huntington, el pensador del «choque de las civilizaciones», junto a un numeroso grupo de intelectuales norteamericanos entre los que se contaban Michael Walzer, Samuel G. Freedman, Francis Fukuyama,

Amitai Etzioni, Jean B. Elshtain y Theda Skocpol, suscribieron en 2002 el documento *What Were Fighting For*, en el que se pronuncian en nombre de los «valores americanos», propuestos como universales, y presentan a la guerra decidida por el gobierno de los Estados Unidos contra el terrorismo como una «guerra justa». La justificación ética se refiere a la guerra en Afganistán y, sin referencias directas, también a posibles guerras futuras, incluyendo el ataque contra Irak. En dicho documento no se menciona el derecho internacional, ni las funciones de instituciones internacionales como las Naciones Unidas.³

Según Hardt y Negri, el *Imperio* está llamado a constituirse por su capacidad para resolver conflictos, y sus ejércitos intervienen ante la solicitud de una o ambas partes enfrentadas. El *Imperio* posee el poder jurídico de gobernar sobre lo excepcional y la aptitud para desplegar la fuerza policial, siendo estos dos elementos esenciales para la definición de un modelo imperial de autoridad. De esta forma, el derecho de intervención y la Corte Penal Internacional, según estos autores, legitiman la acción policial a través de un conjunto de valores universales. Otra vez nada más alejado de la realidad cuando la potencia central, los Estados Unidos, se convierten en un generador mayor de conflictos a partir de su exclusivo interés nacional, tal como quedó demostrado con la invasión a Irak y su rechazo a la jurisdicción de la Corte Penal Internacional, cuando las investigaciones de ésta puedan llegar a comprometer a militares o funcionarios gubernamentales norteamericanos.

El *Imperio* aparecería entonces como el centro que sostiene la globalización de las redes de producción, intercambio comercial y comunicación. Tejiendo al mismo tiempo la telaraña que encierra en su orden mundial a todas las relaciones de poder. Estando llamado simultáneamente a desarrollar una efectiva acción policial contra los *nuevos bárbaros* y *esclavos* rebeldes. Aquí se impone recordar una vez más a Maquiavelo en su magnífica obra *Discurso sobre la Primera Década de Tito Livio*: «El oro no hace tener buenas tropas, pero buenas tropas sirven para tener oro».

³ <americanvalues.org/html/wwff.html>.

En otra parte de su trabajo Hardt y Negri hablan del *biopoder*, término acuñado por Michel Foucault, significando a través del mismo el extremo final de la modernidad que se abre sobre lo posmoderno, de manera tal que aparecen novedosos mecanismos de conducción, más democráticos, y más difundidos o internalizados en la psiquis de los individuos por medio de las redes de información y los medios de comunicación. Esto permitiría, al decir de los autores, pasar de una sociedad *disciplinaria* a una sociedad de *control*. Dicho de otra manera, la ideología imperial –el *soft power*– produciría un efecto tal que induciría a cada habitante y grupo social de este planeta a aceptar y conformarse con el actual estado de cosas y con lo que les ha tocado en suerte, para bien o para mal, en el reparto global.

El *biopoder*, según esta apreciación, ordena la vida desde el interior de cada persona, moldeando las conciencias por medio de interpretaciones asimiladas y reformuladas permanentemente, tal como lo observaba Foucault cuando sostenía: «la vida se transforma ahora en un objeto de poder». De esta forma el poder se manifiesta como algo que invade lo más profundo de los cuerpos y conciencias de los seres humanos extendiéndose hacia la totalidad de las relaciones sociales. En este contexto la sociedad civil absorbe al Estado, generándose el estallido de elementos que anteriormente se encontraban coordinados y mediatizados en el mismo. Para ello se parte del análisis de las transformaciones operadas en el trabajo productivo que tiende cada vez más a devenir inmaterial. El antiguo rol de los obreros en la producción de plusvalía aparecería asumido en la actualidad por la fuerza de trabajo intelectual e inmaterial basada en la comunicación.

En este punto se imponen tres observaciones: *primo*, la crisis de las hipotecas de 2008 en los Estados Unidos puso en evidencia el fracaso de un modelo que colocó al sector financiero como elemento central del incremento de la riqueza –tal como el propio presidente de Francia y Horst Köhler en su oportunidad lo señalaran–, frente a otras naciones –las asiáticas en particular– que apuestan al desarrollo productivo –generando plusvalía– fabricando artículos destinados al mercado mundial; *secundo*, una sociedad civil que absorbe al Estado termina por debilitarlo, anulando los mecanismos reguladores de un sistema capitalista que no derrama riquezas espontáneamente si so-

bre el mismo no se ejerce una fuerte acción política; *tertio*, la deslocalización de las empresas que obtienen ganancias extraordinarias y plusvalía explotando a trabajadores de los países en vías de desarrollo, como también a los trabajadores de los países centrales, pagando salarios mucho más bajos que en las metrópolis y por medio de lo que se ha dado en llamar empleos *basura*.

El *biopoder* de Hardt y Negri entonces no es otra cosa que una nueva propuesta ideológica destinada a imponer un estado de cosas fundado en actitudes particulares y colectivas que no cuestionen un orden globalizado del cual son beneficiarios los países centrales y los centros del poder económico-financiero mundial principalmente.

Según Hardt y Negri, la sociedad mundial se encuentra en una etapa superadora del imperialismo, el *Imperio*, que se caracteriza por un cambio radical en las relaciones de producción capitalistas. Al respecto, John K. Galbraith sostuvo: «La globalización no es un concepto serio. Nosotros, los norteamericanos, lo inventamos para ocultar nuestra política de penetración económica en el exterior» (2000: 2-13). O bien lo expresado oportunamente por un influyente exponente del pensamiento neoconservador norteamericano, Irving Kristol: «¿De qué sirve ser la mejor y más poderosa nación del mundo si no se puede tener un rol imperial? [...] Siempre la nación más poderosa ha jugado un rol imperial. Sería natural que los Estados Unidos jugaran un papel mucho más importante en los asuntos mundiales» (2004: 275).

Por esta razón aparece como difícilmente sustentable la asociación de la categoría de *soberanía* con aquella otra de *imperio* operada por Michael Hardt y Antonio Negri en su intento de ofrecer una síntesis del «nuevo orden de la globalización» en un trabajo que tuvo una importante repercusión teórica en los inicios del siglo XXI.

La forma institucional de este nuevo orden de la globalización de H&N remite, según los autores, al modelo polibiano de Constitución mixta. Polibio, que llegó a la Roma antigua desde su Grecia natal, vio en la construcción romana el apogeo del desarrollo político formado por tres componentes: la monarquía representada por el Emperador; la aristocracia, por el Senado; y la democracia por la *comitia*. Con el paso del tiempo y ante el desgaste natural que sufre cualquier estructura imperial, la monarquía se transformó en tiranía, la aristocracia se



conformó en una oligarquía, y la democracia degeneró en anarquía: nada mejor para representar en nuestro tiempo a esta suerte de moderno imperio globalizado. Las causas de esta transformación las refiere Polibio a la experiencia de Licurgo de Lacedemonia –pudiendo recordar en igual sentido a Salustio citado en otra parte de esta presentación– cuando escribe:

Ciertamente Licurgo había llegado a comprender que todos los trastornos que hemos dicho eran naturalmente inevitables. Se hallaba persuadido de que toda especie de gobierno simple y constituido sobre una sola autoridad era peligrosa, por degenerar rápidamente en el vicio familiar y consiguiente a su naturaleza. A la manera que el orín en el hierro, la polilla y la carcoma en la madera son peste connaturales que, sin necesidad de otros males exteriores corroen estos cuerpos, porque fomentan en sí mismos la causa de su destrucción; de igual modo cada especie de gobierno alimenta dentro de sí un cierto vicio que es la causa de su ruina. Por ejemplo, la monarquía se pierde por el reino, la aristocracia por la oligarquía, la democracia por el poder desenfrenado y violento; en cuyas transformaciones es imposible, como poco ha manifestábamos, dejen de venir a parar en el tiempo todas las especies de gobierno mencionadas. (1968: 110)

Para Polibio entonces la monarquía afirmaba la unidad y continuidad del poder, constituyéndose en la instancia superior del poder imperial. La aristocracia, según este historiador, es justicia, prudencia y virtud, articulando sus redes a través de la esfera social y supervisando la reproducción y circulación del poder imperial. La democracia, en este contexto, organiza la multitud según esquemas de representación y el pueblo aparece amalgamado bajo el control del régimen, que debe satisfacer las necesidades de éste garantizando disciplina y redistribución. Resulta curioso, pero cuando repasamos estas reflexiones de los clásicos, que reafirman una vez más aquello de que la condición humana no ha sufrido cambios sustanciales a lo largo del tiempo, parecen reflejar más la realidad del mundo contemporáneo que la de la antigüedad romana.

Para Hardt y Negri, el *Imperio* moderno está constituido por un equilibrio funcional entre las tres formas de poder que Polibio describía como antecedentes de la historia romana. Una *unidad monárquica del poder* con su monopolio mundial de la fuerza; *atribuciones aristocráticas* asumidas por las empresas transnacionales y por algunos Estados-nación, y la *representación democrática* que se expresa a través de los restantes Estados-nación, Organizaciones No Gubernamentales, organizaciones de mediación y otros organismos «populares» como podrían serlo los movimientos antiglobalización.

Todos los elementos de esta Constitución mezclada aparecen, a primera vista, a través de una lente deformante. La monarquía, en lugar de fundar la legitimidad y la condición trascendente de la unidad del poder, es presentada como una fuerza mundial de policía, es decir una forma de tiranía. La aristocracia transnacional, por su lado, aparece prefiriendo la especulación financiera a las virtudes empresariales configurándose como oligarquía parasitaria. Finalmente, las fuerzas democráticas que deberían constituir, en este contexto, el elemento activo y abierto de la maquinaria imperial, aparecen preferentemente como fuerzas corporativas, verdadero conjunto de supersticiones y fundamentalismos, evidenciando un espíritu conservador cuando no francamente reaccionario. (2001: 384)

Notable la capacidad de análisis de estos autores que desde el Norte rico y consustanciado con la *primacía de la razón occidental* –desde una postura supuestamente *progresista*–, califican a los movimientos de resistencia a la globalización según parámetros y categorías que ellos mismos establecen y que, curiosamente, coinciden con los enunciados desde los centros del poder económico, financiero y político mundial. En este aspecto sí que puede establecerse cierta comparación con la historia romana pues allí también la resistencia fue –al menos en sus inicios– caótica y desordenada ya que de disputar espacios de poder y afirmar valores se trata.

En opinión de H&N, la monarquía imperial posmoderna busca asegurarse el control del mercado mundial garantizando la libre circulación de bienes, tecnologías y mano de obra, sin embargo, la cruda

realidad muestra algo ya mencionado de cómo los países desarrollados ponen cada vez más trabas a la libertad de circulación, ya sea de la mano de obra como de los bienes y tecnologías, presionando al mismo tiempo a otros para que derriben sus fronteras o eliminen cualquier mecanismo de control. De acuerdo a estos puntos de vista, la red del poder, entonces, quedaría estructurada sin vértice y sin centro. Estableciendo en consecuencia tres atributos de la definición conceptual de *Imperio*: 1- sin límites; 2- a tiempo indefinido; 3- administración generalizada del *biopoder*.

Se sostiene también que esta monarquía imperial no se ubica en un lugar separado y aislado, que no existe una Roma moderna. El cuerpo monárquico, según dicen, aparece como algo multiforme y diseminado en el espacio, tendiendo a mezclarse y confundirse las funciones aristocráticas con las monárquicas. La aristocracia posmoderna, siempre desde el punto de vista de H&N, no solamente debe crear un acceso vertical entre centro y periferia, debe poner en relación de manera continua un horizonte amplio de productores y consumidores en todos los mercados.

El momento monárquico funcionaría a la vez como gobierno mundial unificado sobre la circulación de bienes y servicios, y como mecanismo de organización del trabajo social colectivo que determina la condición de su reproducción. Para ello debe desplegar, según los autores citados, su autoridad jerárquica y funciones de comando sobre la articulación transnacional de la producción y la circulación. Los pueblos –la *multitud* según H&N– son tomados por dispositivos de control –los medios de comunicación entre otros– flexibles y blandos.

Es precisamente aquí donde se debe identificar el salto cualitativo más importante: del paradigma disciplinario al paradigma de control del gobierno. El poder es ejercido directamente sobre los movimientos de las subjetividades productoras y cooperantes; las instituciones son formadas y redefinidas continuamente según el ritmo de estos movimientos. Y la topografía del poder no tiene nada que ver con las relaciones espaciales: ésta se inscribe por lo pronto en los desplazamientos temporales de las subjetividades. Aquí encontramos el *non lieu* del poder que nuestro análisis de la soberanía había revelado

antes. El *non lieu* es el lugar donde se ejercen las funciones de control híbridas del Imperio. (2001: 387)

Por otro lado, según los autores citados, al no existir una Roma moderna el poder en el mundo globalizado carecería de un rostro definido y de un centro, establecido y reconocido. Pero también es cierto que aquellos que detentan este poder son personajes de carne y hueso con valores, sentimientos e intereses bien definidos. Se trata de gobiernos y empresas transnacionales que no vacilan en aplicar la coerción cuando sus intereses no se encuentran representados en la forma que éstos creen deberían estarlo. Washington se asemeja bastante a Roma y, por una vía quizás indirecta, aparece otra vez la discusión acerca de si el ser humano es sujeto u objeto de su propia historia desde el momento en que un conjunto de *leyes* de cumplimiento obligatorio lo dejarían a este inerte ante un destino prefijado.

Una lectura atenta del libro de Hardt & Negri permite constatar una concepción del mundo y los humanos que bien puede inscribirse en la primera parte del *dilema del determinismo* de Karl Popper según la cual tanto en la naturaleza, como en las sociedades, todo puede ser previsto o explicado. Estas ideas, herederas de la Ilustración del siglo XVIII y del marxismo del siglo XIX, le otorgan a lo material, a lo mensurable, a supuestas *leyes* del desarrollo social, un papel central en el curso de los acontecimientos y al ser humano lo conciben más en términos de objeto que sujeto de su propia historia, tal como fue indicado.

Cuando estos autores describen un Imperio sin rostro, sin lugar fijo, como algo representando una multiplicidad tan significativa de actores que dificulta la personificación e individualización de aquellos que ejercen el poder real, no hacen otra cosa que retomar el enfoque marxista de las «leyes objetivas» para, en este caso, describir esta suerte de *Imperio* posmoderno.

En relación a si existe o no un centro, y a las pretendidas verdades éticas con la fuerza suficiente para encarar *guerras justas*, resulta interesante citar a Robert D. Kaplan, uno de los exponentes más lúcidos del pensamiento conservador norteamericano cuando se refiere a esta suerte de *expediciones coloniales* de los Estados Unidos:

Los comandantes en jefe de las regiones de Oriente próximo, Europa, el Pacífico y América son los equivalentes modernos de los procónsules romanos, con unos presupuestos que duplican los del período de la Guerra Fría, aun cuando los presupuestos del Departamento de Estado y otro órganos civiles de política exterior se han reducido. [...]

Lo que aumentará esta tendencia es la mezcla de los sistemas militares y civiles de alta tecnología, que deja cada vez más a los expertos militares a expensas de los expertos civiles y viceversa. Las guerras cortas y limitadas y las operaciones de rescate en las que participará Estados Unidos no habrán de ser sancionadas por el Congreso ni por los ciudadanos, lo mismo puede decirse de los ataques con derecho preferente contra las redes informáticas de los adversarios y otras medidas relacionadas con la defensa, que en muchos casos se mantendrán en secreto. La colaboración entre el Pentágono y el Estado corporativo es necesaria y aumentará. Ir a la guerra será cada vez menos una decisión democrática. (2002: 178)

A lo que puede agregarse lo escrito por Jeffrey Sachs en *Paz mediante desarrollo* el 5 de julio de 2009 en El País de Madrid: «La primera regla para evaluar la estrategia real de un gobierno es la de seguir el camino del dinero. Estados Unidos dedica un gasto más que excesivo al ejército en comparación con otros sectores del Estado. Los proyectados presupuestos de Obama no cambian al respecto». Gasto que ha estado aumentando de forma ininterrumpida desde el año 1996. Los gastos militares de todo el mundo en 2008 fueron de un billón cuatrocientos setenta y tres mil millones de dólares, de los cuales casi la mitad (algo más de 711.000 millones) correspondió a los Estados Unidos.

Danilo Zolo, por su lado, analizando la obra de H&N observa que estos constatan la existencia de un «nuevo orden mundial» impuesto por la globalización y que esto habría llevado a la desaparición del sistema westfaliano de Estados soberanos, quedando de ellos exiguas estructuras formales, diagnóstico este refutado por los hechos, a partir de la crisis de las hipotecas de 2008 que ubicó nuevamente a los Estados soberanos como actores centrales del sistema mundo. Según

Zolo: «Es un sistema político descentrado y sin territorio, que no remite a tradiciones y valores étnico-nacionales, y cuya esencia política y normativa es el universalismo cosmopolita».

Éste es un punto muy delicado, tanto en el plano teórico como en el político, que desencadenó una amplia discusión. Se sostuvo que en las páginas de Hardt y Negri el Imperio parece disiparse en una suerte de categoría del espíritu: está presente en todo lugar, puesto que coincide con la nueva *dimensión de la globalidad*. Sin embargo, se objetó que si todo es imperial, entonces nada lo es. ¿Cómo identificar a los sujetos supranacionales portadores de los intereses y las aspiraciones imperiales? ¿En contra de quién habría que dirigir la crítica y la resistencia antiimperialista? Si se excluyen las estructuras político-militares de las grandes potencias occidentales –*in primis* las de Estados Unidos– ¿quién ejerce las funciones imperiales? (2007: 137)

Hoy los Estados Unidos controlan una porción del poder económico y militar en el mundo que no reconoce antecedentes en la historia desde que los Estados-nación existen. Madeleine Albright, ex Secretaria de Estado del presidente Clinton calificaba a los Estados Unidos como «nación indispensable»; Henry Kissinger escribió: «La preponderancia norteamericana es un hecho tanto en un plazo corto como mediano» (2009: 82).

George W. Bush –a diferencia de otros presidentes que lo precedieron y que cultivaron alianzas y coaliciones como estrategias para obtener de otros Estados un comportamiento conforme a los intereses de Washington– expuso una nueva doctrina que busca universalizar los valores norteamericanos estableciendo ya sea una hegemonía, una primacía o un imperio. En cierta medida esta postura se vio reforzada a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001, pero de haber ganado los demócratas las elecciones de 2000 probablemente los comportamientos no hubieran sido muy diferentes si se tienen en cuenta el impacto y la gravedad de estos hechos.

Factores más profundos señalan que si este cambio es un accidente, se trata de un accidente anunciado. Según Robert Jervis, el ejerci-

cio unilateral del poder norteamericano no es simplemente un subproducto del 11 de septiembre o de una oleada neoconservadora, se trata del resultado lógico de una situación marcada por la ausencia de rivales al poder de los Estados Unidos en el sistema internacional. Para este autor, el uso de la fuerza por parte de la primera potencia militar se explica por el hecho objetivo de hallarse en una posición unipolar, sin que ningún otro actor emerja para equilibrarla. Señala Jervis: «El poder es contenido por un contra-poder, y un Estado que no se encuentra sometido a serias presiones externas tiende a sentirse libre para actuar. Difundir la democracia y el liberalismo en el mundo ha sido siempre un objetivo norteamericano, pero el hecho de contar con tanto poder hace posible este objetivo. Medio Oriente no es repentinamente más receptivo a los ideales norteamericanos, simplemente los Estados Unidos tienen los medios para imponer su voluntad» (2003: 83-87).

Este punto de vista, según el cual cualquier gran potencia en una configuración unipolar se vería constreñida a una tentación imperial, es relativizada y parcialmente contestada por la historia; tanto al fin de la Segunda Guerra Mundial como de la Guerra Fría, los Estados Unidos gozaban de una neta superioridad en materia de recursos y capacidades, aunque no en todos los casos recurrieron a la fuerza para organizar el mundo de acuerdo con sus intereses, debiendo destacarse el rol del poder militar de la URSS como factor de equilibrio desde los años cincuenta del siglo XX.

No es principalmente la emergencia del momento unipolar lo que explicaría el surgimiento de una Norteamérica imperial, es la convicción de los responsables en Washington de que el curso de la evolución de la hegemonía existente les es desfavorable, lo que los lleva a optar por una estrategia imperial. Jervis asimila hegemonía e imperio a partir de asociar ambos términos a una fuerte primacía en recursos materiales y capacidades militares. Robert Gilpin, Kenneth Waltz y Robert Keohane puestos a optar entre el concepto de «imperio» y el de «hegemonía», y tratándose de destacados académicos norteamericanos, se deciden por lo segundo. Keohane habla de *hegemonic stability*, que considera al predominio de una o más grandes potencias como factor de estabilización de las relaciones internacionales y con-

cibe este predominio en términos muy alejados de la idea de una conflictividad expansionista permanente, según el modelo imperial clásico. «En los sistemas políticos de las grandes potencias contemporáneas, el predominio del poder económico y de la influencia cultural con respecto al poder político-militar es suficiente por sí mismo –se sostiene– para aconsejar el abandono del modelo imperial o para recomendar, por lo menos, su reformulación radical» (2007: 131).

Darío Battistella, desde otro enfoque, rechaza esta denominación señalando que imperio, por definición sinónimo de coacción, de dominación coercitiva, es lo opuesto a hegemonía, por definición benevolente.

La antítesis de esta hipótesis permite postular que la autorrestricción de una potencia dominante llega a su fin cuando estima que su primacía en la posesión de recursos está declinando: en este escenario, su interés no se afina en dirigir un orden durable haciendo participar a otros Estados, en tanto y en cuanto éstos son percibidos como obteniendo más ventajas que aquélla de este orden. En esta perspectiva, *Libertad en Irak* aparece como una manifestación de los Estados Unidos para transformarse de «hegemón benévolo» en «hegemón depredador», recurriendo al *hard power* de un imperialismo oportunista en la esperanza de mantener por medio de la fuerza una primacía que todavía les es propia, tanto en el campo económico, vinculada al control de los recursos petroleros amenazados por el islamismo en Cercano y Medio Oriente, como en el campo diplomático estratégico frente al ascenso de un futuro competidor tal como hoy se perfila la República Popular China.

Eric Hobsbawm, al comparar el fenecido imperio británico con el potencial imperio norteamericano, dice «Cuando la era de los imperios marítimos llegó a su fin, a mediados del siglo XX, Gran Bretaña sintió antes que otras potencias coloniales el cambio de los vientos. Su poder económico ya no dependía de su poder militar, sino del comercio, por ello se adaptó con más facilidad a la pérdida de su imperio, tal como lo había hecho en otro tiempo ante el revés más grave de su historia: la pérdida de sus colonias en América del Norte.

¿Los Estados Unidos comprenderán esta lección? ¿O tratarán de mantener una dominación global basada únicamente en su poder po-

lítico y militar, engendrando de esta forma cada vez más desorden, conflictos y barbarie?» (2009: 73).

Una de las teorías que propone explicar las causas de las guerras como consecuencia de la configuración de las relaciones de poder, más precisamente, por la percepción que tienen de la evolución de esta configuración los actores involucrados, es la teoría de los ciclos de poder, cuyas versiones más destacadas han sido formuladas por Kenneth Organski y sus discípulos por un lado, y por Robert Gilpin por el otro.

Según Organski y Gilpin (1989: 15-37) el sistema internacional, anárquico porque carece de una autoridad por encima de los Estados, es *de facto* jerárquico, debido a que una de las grandes potencias ejerce su dominio sobre las otras gracias a su preponderancia en recursos materiales. Esta jerarquía, la potencia dominante se esfuerza para perpetuarla merced a las reglas de juego internacional que ella misma establece. Así, estas reglas son aceptadas por algunas potencias secundarias satisfechas del *statu quo* porque se encuentran asociadas a los beneficios del orden existente; por otro lado, ellas deben ser impuestas, a través de la fuerza si así lo imponen las circunstancias, a otras potencias secundarias disconformes con el orden imperante y que aspiran a cambiarlo por otro.

Como muestra de lo afirmado, debe señalarse que la preponderancia del gasto militar norteamericano –por sobre otros gastos del Estado– es aplicable a los diez años de proyecciones a mediano plazo de Barack Obama. En 2019, se prevé que el gasto militar total incluyendo a todo el período ascienda 8,2 billones de dólares, superando de esta forma en dos billones de dólares los desembolsos presupuestarios correspondientes a todo el gasto no obligatorio.

En tanto dure la preponderancia de la potencia dominante, en tanto que su primacía le permita soportar los costos que para ella significa el mantenimiento del orden existente del cual las potencias secundarias satisfechas obtienen sus beneficios, la potencia predominante, aliada a las secundarias, logra conservar la estabilidad, dicho de otra manera, evitar una guerra general entre las grandes potencias, al precio de guerras limitadas contra potencias menores perturbadoras del *statu quo*. Las guerras en Irak y Afganistán constituyen una demos-

tracción de lo afirmado, como también el cerco impuesto a Irán frente al desarrollo de su plan nuclear.

Sin embargo, la preponderancia no es eterna, debido a los ciclos de crecimiento desigual y los compromisos militares que la potencia dominante debe asumir para conservar el orden establecido, obligaciones que no tienen las potencias secundarias y que les permiten alcanzar, y aún superar, al hegemon. Tal como Paul Kennedy lo describe magistralmente en *Auge y caída de las potencias*. La crisis financiera de 2008 en los Estados Unidos y la dependencia creciente que éstos tienen en relación a China y Japón a partir de la compra que estas naciones realizan de los títulos del Tesoro norteamericano son una demostración de lo arriba afirmado.

La operación *Libertad en Irak* puede ser entendida en el marco del mantenimiento del orden internacional por la potencia responsable, los Estados Unidos, frente a una potencia menor insatisfecha con el orden existente y que en dos oportunidades hizo prueba de su revisionismo atacando a Irán en 1979 y a Kuwait en 1990. Esta interpretación, por otro lado, olvida que esta Operación es en sí misma una empresa revisionista, al rehabilitar una percepción del adversario como enemigo más que como rival, la doctrina de la *guerra preventiva* antes que la guerra justa y la acción unilateral antes que la concertación multilateral.

Lejos de haber sido emprendida para garantizar la seguridad global en el marco de las resoluciones de la ONU, ella es una guerra imperialista en el sentido que Morgenthau le daba a este término; guerra que busca cambiar el *statu quo* existente desde el punto de vista de la *grand strategy* norteamericana; significando el abandono de una estrategia de hegemonía para reemplazarla por una estrategia imperial, y el tránsito desde una diplomacia que privilegiaba la informalidad de una dirección consensuada a una política que opta por formas directas de sometimiento por medio de la coerción.

Según Gilpin (1987: 88-90), el egoísmo norteamericano, inducido por el estrechamiento de la diferencia que lo beneficiaba en relación con otras economías competidoras, se traduce en el retorno de un cierto espíritu de competencia mercantilista, el recurso a prácticas proteccionistas sectoriales y el repliegue sobre fortalezas regionales.

Si se aplica este razonamiento al campo de la política internacional, resulta excesivo establecer un paralelo entre los valores mercantilistas en la economía internacional y la cultura de enemistad en la política internacional, aún cuando, en las imágenes de amigo a enemigo basadas en el convencimiento de la existencia de un estado de guerra hobbesiano, el mercantilismo también consiste en ver en los otros Estados a competidores cuyas ganancias significan pérdidas para uno mismo, todo ello en el marco de un juego a suma cero que es el comercio internacional percibido como la continuación de la guerra por otros medios.

Más allá de estas comparaciones, según Battistella parece plausible aplicar la teoría de la *estabilidad hegemónica* para encontrar una explicación del comportamiento aparentemente irracional de una potencia dominante que recurre a la fuerza cuando el orden existente, que ella misma ha construido, descansa sobre el consenso.

Dice Darío Battistella:

Si hay un comportamiento imperialista de los Estados Unidos a partir de Libertad en Irak, violando normas que ellos mismos han establecido para una gestión suave de la *pax americana*, es porque Washington estima no poseer más los medios para mantener un orden internacional a través del *soft power*, y esto se debe a la disminución de las ventajas en materia de recursos de las que ellos se beneficiaban en relación a las potencias secundarias del sistema internacional. Libertad en Irak es, entonces, en el nivel de evolución de las relaciones de poder, la manifestación del descenso relativo de los Estados Unidos o, más precisamente, la consecuencia de la percepción que las autoridades norteamericanas tienen de ese descenso relativo: Washington recurre a esta intervención armada con el objetivo de beneficiarse de una supremacía todavía vigente, para intentar recuperar la ventaja de poder que tuvo en otro tiempo, o al menos para retardar su propio descenso que favorecería a potencias ascendentes. (2006: 254)

En conocimiento que dos tercios de las reservas mundiales de petróleo se encuentran en el Cercano Oriente y que las reservas de Irak

cuadruplican las de los Estados Unidos, se puede diagnosticar que *Libertad en Irak* tiene como objetivo santuarizar a este país de la Mesopotamia, con el fin de transformarlo en un campo reservado a los intereses norteamericanos en materia de petróleo y, ya sea directa o indirectamente, introducirlo en el seno de la OPEP como a una especie de *Caballo de Troya* americanófilo.

Esto retrotrae a un tema ya tratado al mostrar las contradicciones del gobierno norteamericano cuando enarbola determinados valores que habrían motivado la guerra en Irak, muchos de ellos con una fuerte impronta religiosa y secundariamente democrática, y la representación de intereses muy concretos que constituyen la causa fundamental de las acciones emprendidas. A propósito de esto, resulta ilustrativo citar el discurso de George W. Bush en la víspera de Libertad en Irak: «El gobierno de Irak, y el futuro de vuestro país pronto les pertenecerá. Pondremos fin a un régimen brutal, para que los iraquíes puedan vivir con seguridad. Respetaremos vuestras grandes tradiciones religiosas, [...] los ayudaremos a edificar un gobierno pacífico y representativo que proteja los derechos de todos los ciudadanos [...] y luego nuestras fuerzas militares se marcharán».

En otra ocasión, el 17 de marzo de 1917, el general británico Maude, dirigiéndose a los pueblos de la Mesopotamia cuando las tropas inglesas ocupaban Bagdad, decía: «Nuestros ejércitos no vienen a vuestros campos y ciudades como enemigos o conquistadores, sino como libertadores. No es la voluntad de nuestro gobierno imponerles instituciones extranjeras. Nuestro deseo es ver al pueblo de Bagdad desarrollarse bajo el manto de instituciones conformes a sus leyes sagradas» (Niall, 2003: 154-161). Vino nuevo en viejos odres.

Además, bases militares permanentes en Irak completan un despliegue en el Cercano Oriente y en Asia Central que tiene como objetivos rodear a Irán, tanto como «cercar» a China, gran rival en ciernes de las próximas décadas, en un esquema similar al implementado por el Imperio Romano por medio de sus *limitanei*, *ripenses* y *comitatenses*.

En un interesante trabajo publicado en 2001, el profesor de la Universidad de Chicago John Mearsheimer no se refiere a Irak y habla de Asia del nordeste en alusión al ascenso inquietante de China. Este académico norteamericano, que no es un teórico de los ciclos del

poder sino un realista ofensivo, critica las políticas llevadas adelante por el entonces presidente Clinton que apuntaban a la integración de China en la economía mundial y en las instituciones multilaterales, para que se transformara de esta manera en una potencia satisfecha. Así, Mearsheimer estimaba que «una China rica no sería una potencia favorable al *statu quo*, sino una potencia agresiva determinada a acceder al estatus de hegemón regional», aconsejando a los Estados Unidos «cambiar de rumbo y hacer lo que puedan para demorar el ascenso de China» (2001: 400).

Michael Ignatieff, por su parte, afirma que los Estados Unidos son un imperio. Tratándose de un nuevo tipo de imperio que se basa en los principios del libre mercado, los derechos humanos y la democracia. Principios que se dan de bruces con una realidad de creciente proteccionismo en lo económico, rechazo de la jurisdicción del Tribunal Penal Internacional en materia de derechos humanos y alianzas de conveniencia con gobiernos cuya legitimidad de origen no se fundamenta precisamente en los valores de la democracia.

En este punto del desarrollo se impone una consideración metodológica acerca del significado del término «imperio» en la cultura política occidental. El término asume una carga simbólica y un valor semántico que tiende a cristalizarse en un verdadero paradigma. Este paradigma imperial –al decir de Danilo Zolo– alude a una forma política diferenciada por tres características morfológicas y funcionales: 1- La soberanía imperial es una soberanía política muy fuerte, centralizada y en expansión. A través de ella, el imperio ejerce un poder de mando «absoluto» sobre las poblaciones que residen en el territorio metropolitano. A este poder directo se agrega una amplia esfera de influencia política, económica y cultural sobre otras formaciones políticas, más o menos contiguas territorialmente, que conservan plenamente su soberanía formal aunque, de hecho, se trate de una soberanía limitada. Según Carl Schmitt, la «Doctrina Monroe» enunciada en 1823, aplicada inicialmente por los Estados Unidos en el sur del continente americano y luego propagada hacia el mundo entero, constituye una expresión de expansionismo imperial; 2- El centralismo y absolutismo de los aparatos de poder imperial –la autoridad imperial es por definición *legibus soluta* en el plano internacional y



ejerce en su interior un poder no «representativo»— son acompañados por un pluralismo de etnias, comunidades, culturas, idiomas y creencias religiosas diversas, separadas y distantes entre sí, tal como ocurría en ciertos aspectos en la Roma imperial y pudo observarse también en el Imperio Otomano; 3- La ideología imperial es pacifista y universalista. El Imperio se concibe a sí mismo como una entidad perenne. Es un poder supremo, garante de la paz, la seguridad y la estabilidad para todos los pueblos de la Tierra. La *pax imperialis* es, por definición, una paz estable y universal: el uso de la fuerza militar tiene como único propósito promoverla. El Emperador es el único que por mandato divino (o por destino providencial), rige, de hecho y potencialmente sobre el mundo entero: un solo *basileus*, un solo *logos*, un solo *nomos*. En cuanto *imperator*, el emperador es el jefe militar supremo; en cuanto *pontifex maximus*, es el sumo sacerdote; en cuanto *princeps*, ejerce una justicia soberana. El régimen imperial se autoconcibe y se impone como un régimen monocrático, monoteísta y mononormativo (2007: 131).

¿Se puede hablar de un Estados Unidos imperial? ¿O bien la referencia debe ser dirigida hacia un *Occidente imperial*? Más adelante realizo una sucinta comparación con la Roma antigua porque entiendo que existen actitudes y comportamientos similares entre los césares de inicios de la era cristiana y los dirigentes de Washington en la actualidad. Aquí sin embargo debe hacerse una salvedad, la crisis económico-financiera de 2008 ha colocado a los Estados Unidos en una situación comprometida para ejercer un liderazgo mundial tal como lo hicieron hasta ese año. Crisis que tuvo su origen en un mercado financiero artificial y en gran parte autónomo con poca o casi nula conexión con la economía real; así como en los déficits gigantescos que a los norteamericanos les significó y significan dos guerras simultáneas como son Irak y Afganistán.

Sin embargo, resulta azaroso pensar un mundo sin los Estados Unidos o a éstos replegados en sus fronteras. Francesco Sisci, analista internacional del *Asia Times*, observaba en 2002 que hasta el Imperio británico, con su misión de «civilizar» a los *bárbaros*, tuvo pocos reparos para el empleo de la fuerza en su ámbito imperial. En este caso es importante destacar que la contradicción existente entre las

necesidades imperiales y los ideales domésticos de democracia y libertad llevaron en muchos casos al colapso de los imperios. Como sentenciaba Raymond Aron a propósito del abandono, por parte de Gran Bretaña y Francia, de sus dominios coloniales una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, «los colonizadores perdieron legitimidad y los colonizados les perdieron el respeto». Mahatma Ghandi usó el derecho británico a la prensa libre y los ideales democráticos para convencer al público del Reino Unido sobre las injusticias del gobierno de Londres en la India.

Señalando Sisci:

La posición de los Estados Unidos es en muchos aspectos peor que la de los británicos. Los británicos querían un Imperio y clamaban por su derecho a la colonización. Los norteamericanos no piensan así. Combatieron y desafiaron a dos enemigos diabólicos en el mundo: fascismo y comunismo. Estas dos victorias no les otorgaron un imperio, pero le dieron al mundo la oportunidad de libertad y democracia. La cuestión es, ¿qué ocurre cuando un país no desea la libertad y la democracia? La simple respuesta en los Estados Unidos podría ser: este país debe ser fascista o comunista. [...]

Actualmente un vacío político sin los Estados Unidos podría ser peligroso, tanto para los países desarrollados como para aquellos en vías de desarrollo o subdesarrollados. El temor es: ¿puede un país con tan inmenso poderío militar restringirse a sí mismo? ¿No podría un general desequilibrado tomar el poder y producir un holocausto nuclear? ¿Podría desequilibrarse el Presidente y llevar al mundo al fin unilateralmente? (2002)

Un mundo sin los Estados Unidos sería, sin duda, más imprevisible de lo que hoy lo es, aunque esta superpotencia, voluntaria o involuntariamente, sea uno de los mayores contribuyentes a la imprevisibilidad e inestabilidad. En la actualidad, muchos países desarrollados no verían con desagrado un despliegue imperial de la política exterior norteamericana siempre y cuando la misma tenga límites precisos que no afecten en demasía los intereses nacionales o grupales de aquellos. Tal podría ser el caso de Europa que, más allá



del alineamiento británico con Washington en Irak y Afganistán, las naciones que integran la Unión Europea no exhiben una voluntad definida y concreta para transformarse en un polo de poder en materia de defensa y seguridad a nivel global.

Resulta atendible la preocupación de Sisci acerca del peligro que implicaría un vacío de poder en un mundo sin los Estados Unidos, ya que esto podría llegar a abrir las compuertas a cualquier perturbador que no respete códigos elementales de convivencia fijados por las Naciones Unidas, aunque hoy los mismos se hallen devaluados como consecuencia de la guerra en Irak y, entre otros acontecimientos, el ataque de Israel contra Gaza de diciembre de 2008. Sin embargo, la contrapartida a ello podría terminar en el fortalecimiento de un verdadero rol imperial por parte de Washington, de gendarme mundial más allá de los que allí gobiernen, aceptado y tolerado por el resto de las naciones occidentales que se encuentran impedidas de dar al mundo una alternativa diferente a la ofrecida hasta hoy que vaya más allá de la sociedad de consumo y el individualismo, tal como Baudrillard lo señalara brillantemente.

Sin embargo, resulta interesante recordar lo que plantea William A. Hay acerca del *Imperio* moderno:

Los estadounidenses se resisten a pensar en los Estados Unidos como un imperio, debido a las connotaciones negativas de esa palabra y al hecho de que su país fue fundado en una guerra de independencia anticolonial. De todos modos, gran parte del mundo piensa eso de la única superpotencia que ha sobrevivido justamente con ese término. Las protestas callejeras contra la globalización podrían ser comprendidas mejor como rechazo al ascenso pos guerra fría de los Estados Unidos, protestas llevadas a cabo por gente que, por otro lado, se siente atraída por muchos aspectos de la vida estadounidense. Si un imperio es un sistema de influencia sostenida por riquezas, poder militar y atractivo cultural, los Estados Unidos no pueden ser discutidos hoy como otra cosa que un Imperio. Los intereses globales generan responsabilidades globales que plantean la cuestión de cómo honrarlas. [...]

Una lección clave de los imperios del pasado es que la cualidad del gobernante importa más que la riqueza o el poder militar.

Los realistas pragmáticos, adeptos a utilizar la influencia de sus países, han sido generalmente exitosos en asegurar intereses vitales en el exterior a un costo razonable. [...] Los líderes estadounidenses deberían asegurar y priorizar intereses nacionales concretos a través de influencias indirectas allí donde sea posible, o a través del control directo si así fuera necesario. (2002)

El actual presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, podría hallarse en condiciones de cumplir con el requisito de la «cualidad del gobernante» planteado por Hay, lo que no cambia sustancialmente los fundamentos del comportamiento imperial de esta potencia, sí es probable que se imponga una política de «costo razonable» para priorizar los intereses nacionales.

Por ello el actual escenario permite pensar en una tendencia hacia la multipolaridad política y económica con la permanencia durante un tiempo aún prolongado de la unipolaridad estratégico-militar. Esta nueva configuración, ecléctica, no sin cierta dosis de sincretismo político, da lugar a un comportamiento imperial de los Estados Unidos como *garante* del sistema globalizado y de la libertad de comercio, como *potencia de flujo*, como protector aceptado por socios y aliados, mientras en el horizonte se perfilan nuevos actores, con valores e intereses definidos que no siempre coincidirán con los valores e intereses occidentales. Resulta pertinente entonces preguntarse si más que en un Estados Unidos imperial no correspondería pensar en un *Occidente imperial*.

Occidente podría mantener una política imperial frente a desafíos como el terrorismo de origen islámico, cuestiones que tienen que ver con la defensa del medio ambiente, algunos conflictos armados en los cuales no aparezcan involucrados de manera directa los países desarrollados, pero con riesgo de derrame hacia afuera y ampliación de los mismos, etc. A propósito de ello, resulta ilustrativo lo expuesto por el actual Secretario General de la OTAN Anders Fogh Rasmussen en un reportaje publicado por *El País* de España ante una pregunta relacionada con las nuevas misiones de esta Organización:

Pregunta»¿No es eso colarse como actor global por la puer-ta trasera?

Respuesta: La OTAN debe seguir centrada en su función básica: la defensa del territorio y población de sus Estados miembros. Pero debemos ser conscientes de que esa defensa a veces empieza muy lejos de nuestras fronteras, como en Afganistán.
 P: En la Administración de Obama hay quien ya ha dicho que la OTAN es un actor global porque está en Afganistán.
 R: A todos nos afecta lo que pasa en otras partes del mundo. Ahí está el caso de la piratería. En un mundo globalizado, la seguridad está globalizada y la OTAN tiene que operar más allá de nuestras fronteras. (2010: 2)

Más allá de que, como resulta obvio, Occidente no constituye hoy una unidad monolítica que pueda reconocer de manera absoluta a un único emperador, dados los intereses diversos y en muchos casos contradictorios que emergen entre la Unión Europea y los Estados Unidos, para no hablar de las disputas que con frecuencia pueden observarse en el seno de la propia UE, no es descartable una suerte de *dominio imperial occidental* con centro en Washington, cuyo brazo armado bien podría ser la OTAN, tal como de cierta manera lo plantea su Secretario General y cuya misión estaría signada por la necesidad de «normalizar» a los díscolos del planeta. A lo cual puede añadirse la opinión sustentada por el decano de la Facultad de Administración Pública, Lyndon Johnson de Austin, Texas, James B. Steinberg: «Cuando participé en el gobierno de Clinton, uno de los asuntos más importante sobre el cual trabajé junto a colegas de ambos lados del Atlántico, consistía en pensar el rol futuro de la OTAN. Más allá de que había gente sosteniendo que la OTAN debía disolverse a partir de la caída de la Unión Soviética, muchos de nosotros señalamos que los desafíos de la era pos guerra fría exigían una colaboración estrecha de las democracias de ambos lados del Atlántico tanto en los campos militar como político. Creo que la historia nos dio la razón y los esfuerzos comunes que realizamos para la estabilización de las democracias en Europa central y del Este, también para terminar con el conflicto en los Balcanes y las acciones constantes emprendidas para ayudar al gobierno de Afganistán ratifican su utilidad» (2008: 391).

Debiendo agregar a lo señalado en el párrafo precedente los desafíos que presentan China, Rusia y el mundo musulmán a los intereses,

valores y aspiraciones occidentales, elementos que dificultan la instauración de un Imperio en un sentido clásico, pero no impiden que algunas potencias asuman posturas imperiales aceptadas y toleradas a su vez por otras y otros.

La comparación con Roma

*Fecisti patriam diversis gentibus unam;
urbem fecisti quod prius orbis erat.*

(Hiciste una patria de pueblos diferentes; hiciste
la Ciudad de lo que antes era el mundo)

RUTILIO NAMACIANO

Vincere sces Hannibal, sed uti victoria nescis
(Ustedes podrán vencer a Aníbal pero nunca
consolidarán la victoria)

Palabras atribuidas por Tito Livio
al general cartaginés Marvaal

*La ruta del Imperio conduce a la decadencia interna
La búsqueda deliberada de la hegemonía es el mejor
medio para destruir los valores que hicieron la
grandeza de los Estados Unidos*

HENRY KISSINGER. *Le temps des chimères* de Hubert Védrine

Lejos está del propósito de esta presentación desarrollar un estudio en profundidad de la historia de Roma, tanto como del Imperio Romano. Por la importancia, significación y extensión del tema, un objeto de estas características excede el marco de este trabajo. Sí interesa observar determinados, y seleccionados, aspectos de esta etapa de la historia de la humanidad, destacando a partir de ellos algunas similitudes que pueden llegar a señalar tendencias, como también las diferencias, que aparecen con la debatida configuración imperial de nuestros días.

Un papel destacado en esta construcción lo desempeñó el ejército romano, bien adiestrado, numeroso, con gran solidaridad entre sus



miembros, organización e inteligencia de sus efectivos, siendo todos ellos elementos que lo distinguían de otros ejércitos de la antigüedad. El ejército romano en sus primeros tiempos estaba constituido por ciudadanos libres y aliados que no luchaban por obligación o dinero; luchaban por propia decisión, voluntariamente, no eran mercenarios, aunque durante las guerras púnicas aparecieran por primera vez soldados contratados en algunas secciones.

El Senado se consolidó como la institución política principal entre los siglos IV e inicios del III antes de Jesucristo. Este cuerpo integraba sus filas con personas que mayoritariamente pertenecían a la aristocracia romana, principalmente por los patricios que en la mayoría de los casos eran grandes terratenientes. Roma entonces era una ciudad-Estado gobernada por la aristocracia. El Senado conducía la política exterior, administraba las finanzas públicas, controlaba a los generales del ejército y a la justicia; el Senado era casi omnipotente.

En el siglo II antes de J.C., Roma era el centro de una organización compleja. Contaba con una Constitución no muy diferente a las de otras ciudades-Estado en un territorio extenso diseminado por toda Italia. Un cuerpo de ciudadanos se hallaba distribuido a lo largo y ancho del territorio. En torno a Roma aparecían otras ciudades-Estado que estaban ligadas a esta por tratados de diverso tipo. Igual que las colonias latinas –esparcidas por la península– y las ciudades etruscas, itálicas, griegas, umbrías y samnitas eran aliadas de Roma y constituían la Confederación Itálica. Su principio básico establecía que únicamente formaban parte del Estado los ciudadanos y aliados romanos y tenían unidad en materia de política exterior.

Los dominios de ultramar se hallaban bajo control militar. Con un estatus similar podían ubicarse Cartago, Sicilia, Córcega y Cerdeña, que pertenecían a Roma pero no a la Confederación. De esta forma el Estado romano sumaba súbditos que eran tratados como extranjeros; ni como ciudadanos, ni como aliados.

Roma respetó la estructura monárquica de gobierno en Asia y Macedonia, asumiendo el Pretor el rol del rey. La formación de las provincias como parte del Estado Romano fue importante en el desarrollo político de Roma e Italia. Roma, por otro lado, podía contar con los recursos y reservas de sus nuevas posesiones como fuente de

ingresos. Además, a los ciudadanos romanos no les agradaba luchar en guerras lejanas, por ello Roma se puso más estricta con los servicios –particularmente militares– que le debían sus aliados itálicos y comenzaron a tratarlos de la misma forma que a sus aliados de ultramar: interviniendo en sus asuntos internos y exigiendo obediencia completa a sus dictados.

En el siglo II antes de J.C., Roma garantizaba en sus dominios una especie de libertad condicional, pero si alguien deseaba contar con una política independiente se lo impedía. Señala al respecto Rostovtzeff:

Aunque Roma no quiso, al principio, emplear un lenguaje demasiado rígido, fue tomando poco a poco el gusto a ese estilo de hablar y sus consejos a sus amigos se convirtieron lisa y llanamente en órdenes que los aliados debían obedecer sin excusa alguna. Los griegos, en especial, se indignaban ante la frecuente intromisión de Roma en los asuntos locales de sus comunidades aunque, en realidad, muchas veces esa intervención surgía a petición de un partido político contra otro. En general, la clase pudiente se inclinaba a favor de Roma y ésta, a su vez, le prestaba un apoyo sólido contra la agitación de las clases bajas. Un gobierno aristocrático estaba más en consonancia con la Constitución romana y gozaba de la sincera simpatía del Senado. (1984: 60)

Esta actitud de los romanos guarda un notable parecido con las conductas imperiales de otras potencias en diferentes períodos históricos, particularmente con las de los Estados Unidos y varias potencias occidentales en la actualidad. Economistas estadounidenses, para tomar un ejemplo, supervisan las políticas de los países pobres endeudados con el Fondo Monetario Internacional, al tiempo que sus políticas de mercado buscan imponer una cierta ética empresarial y su *destrucción creativa* en la ex Europa oriental, el este de Asia e India, si bien esta situación deba ser relativizada a partir de la crisis financiera de 2008 y el ascenso de China como potencia económica mundial. También, expertos en politología y leyes de los Estados Unidos escriben constituciones para los nuevos Gobiernos de África y Asia Central, y los estadounidenses, desde el *Open Society Institute* del financista George Soros, financian la creación de sociedades civiles locales.

En otra parte de su estudio que presenta cierta similitud con la realidad contemporánea nos dice el autor citado *ut supra*:

No era menos natural que los aliados itálicos pidieran una participación en las ventajas logradas de los dominios extranjeros que ellos habían ayudado a conquistar. Pero los ciudadanos no estaban dispuestos a compartir sus posesiones y rentas con los aliados, y todavía se hizo más fuerte su resistencia a extender el derecho de ciudadanía. Es evidente que tenía que surgir una colisión entre ciudadanos y aliados. (1984: 70)

En este punto resulta ilustrativo recordar las objeciones formuladas por los británicos acerca de las concesiones otorgadas a empresas estadounidenses en Irak en detrimento de las suyas.

El historiador griego Polibio, atribuyó la grandeza de Roma a la perfección de su Constitución y al hecho de que esta realizaba aquel Estado ideal que los pensadores griegos, a partir de Platón, habían concebido a menudo.

Hacia el año 100 antes de J.C., Roma controlaba una porción importante del mundo antiguo y Sila –año 82 antes de JC– sostenía que el Senado podía gobernar un Estado universal, algo que jamás podría hacer el *populacho* romano. De esta forma el Senado se convirtió en la cabeza real del Estado, asumiendo el control supremo y transformando en sus servidores a cónsules y pretores. Más tarde, y a raíz de los éxitos militares obtenidos en las Galias, Julio César devino en Jefe del Estado romano en el año 46 antes de J.C. El ejército, para ese entonces, se había convertido en el brazo armado de un Estado de alcance mundial, por lo que debía cobijar en su seno a miembros de toda la población en condiciones de portar un arma. Esto fue un legado importante de César, pues a partir de entonces, romanos y nativos de la Galia, España y Asia menor pasaron a integrar las filas militares.

Tal como refiere Pierre Grimal en sus trabajos sobre Roma, el Senado, al reconocer a César el título de *Vencedor Perpetuo* –lo que en la práctica quería decir *Imperator*– fundaba verdaderamente un nuevo régimen, en el cual luego se inspiraría su descendiente Octavio, tras su victoria en la guerra civil contra Antonio.

Las diferentes funciones jupiterianas, que habían sido las de los reyes y más tarde las de los cónsules anuales, se encontraban reunidas en un único personaje, a la vez jefe de guerra y magistrado supremo, que poseía perpetua y simultáneamente el *imperium* civil y el *imperium* militar.

Las legiones fueron enviadas entonces más allá de Italia, a las provincias romanas, conservando Julio César un pequeño destacamento de su guardia pretoriana, que sería disuelto antes de su asesinato en el año 44 antes de JC. En sentido parecido se reformó el Senado, que se transformó en cuerpo representativo no sólo de Roma e Italia, sino de todo el Imperio.

Otra vez Rostovtzeff y los parecidos observados entre ayer y hoy:

Otro escándalo del gobierno provincial consistía en las cuantiosas operaciones financieras de los capitalistas, que prestaban dinero a menudo con tipos de interés realmente usurarios. Los préstamos se hacían por lo general a las órdenes de Oriente, que los necesitaban para satisfacer la codicia de los recaudadores y de los gobernadores. A comienzo de las guerras civiles, esas ciudades ya se hallaban comprometidas sin remedio y cada aspirante a la supremacía en Roma les imponía contribuciones que las ciudades no podían pagar. Los capitalistas y banqueros romanos, senadores o caballeros, aprovechaban esas dificultades; estaban dispuestos a encontrar dinero, pero para eso pedían un interés exorbitante y todos los bienes de la ciudad debían servir de garantía. Si la ciudad no estaba en condiciones de pagar, el acreedor, respaldado por el poder de Roma, exigía su dinero con la ayuda de la fuerza armada. No se trataba mejor a los reyes tributarios. El verdadero objetivo de muchas operaciones militares que se realizaban en Asia menor era lograr por la fuerza el pago de una deuda. (1984: 130)

El punto central de las reformas de Sila giró en torno a cómo gobernar el Estado, siendo ésta la misma preocupación, aunque tiempo más tarde, de Julio César desde el momento en que su poder se lo debía al ejército.

Quedó planteada entonces una gran disyuntiva: no se podía gobernar un Estado del tamaño y la extensión que ya entonces presentaba Roma, con el antiguo orden de la ciudad-Estado y su Constitución.



Una solución adecuada era una nueva Constitución fundada en el poder militar de un individuo tomando en cuenta la preponderancia que había adquirido el ejército.

«La concepción por la que lucharon los griegos y que se halla en la raíz misma de la Constitución romana de los siglos V y IV antes de JC, esa concepción de una familia de Estados libres e independientes, iba siendo sustituida, poco a poco, por la antigua idea oriental de un Estado único universal, con una cultura uniforme y gobernado por un solo hombre» (1984: 133).

César organizó un gobierno militar basado en el apoyo de la población del mundo hasta ese entonces conocido. Roma se convirtió así en la *ciudad* por excelencia, la que tiene por misión someter al mundo y en cuya realización castiga sin piedad a los rebeldes, ejerciendo plenamente el derecho que asiste al vencedor con la destrucción de Cartago y Corinto en el año 146 y la de Numancia en el año 133 antes de J.C.

No de casualidad Roma, ciudad republicana, tal como lo analiza Rostovtzeff, se había convertido en dueña de inmensos territorios lejanos. Asimilando los itálicos a sus ciudadanos, pudo salvaguardar sus instituciones municipales. En un cuadro geográfico ampliado, estas instituciones no funcionaban más que de manera ficticia: ninguna asamblea podía reunir más que una ínfima porción del cuerpo cívico. En este contexto la inadaptación del régimen se hacía intolerable si Roma pretendía continuar dominando sus provincias. Extender a ellas la solución itálica no hubiera sido más que un contrasentido sin una refundación completa de la organización gubernamental y la adopción de un sistema federativo o representativo. Se trataba además de dominación y no de asociación, una dominación que postulaba la permanencia de la violencia y que desarmaba a los súbditos cuya sublevación temía; una dominación que debía contar con sus propias fuerzas para mantener bajo control a los pueblos que quedaban fuera de la frontera, siempre dispuestos a aprovechar el descontento interior.

Octavio entonces combinó el poder militar con el deseo de Italia y de los ciudadanos romanos de conservar su posición central, privilegiada. En este contexto Italia estaba dispuesta a aceptar un gobernante militar aunque se tratara de un autócrata. Las provincias, por su

parte, toleraban esta situación a cambio de paz y orden, a cambio de la presencia de una autoridad que ordenara el imperio y facilitara el progreso luego de muchas décadas de guerras civiles. Octavio, en el año 27 antes de JC, recibió el título de *Imperator* que confería el ejército, pasando a ser el jefe del Senado y primer ciudadano, *Princeps*.

Veamos lo que dice el reconocido historiador francés y profesor de la *Sorbonne* André Aymard:

Tenemos, mezcladas, la sed del oro y la miseria, una y otra intensamente acrecentadas, si no creadas, por la conquista que trastorna la economía y la sociedad. Insaciables, los hombres de negocios desean nuevos dominios para explotar, y los soldados, muchas veces, nuevas guerras que les valgan de botín y recompensas. Con la confiscación de los tesoros enemigos, las indemnizaciones de guerra impuestas a los vencidos, los donativos de los aliados obsequiosos para el poderoso y los tributos anuales pagados por las provincias, los provechos del imperialismo son tales que la plebe obtiene su parte en las generosidades del Estado y apoya con entusiasmo una política en su concepto tan provechosa. Por encima de este áspero egoísmo, incluso algunos conscientes hombres de Estado, piensan a veces que una guerra y una conquista ayudarían a resolver las dificultades interiores, ya creando una diversión, ya aumentando los recursos financieros. (1960: 150)

Así murió la República romana, incapaz de resolver el delicado problema de las relaciones entre el poder civil y el poder militar, cuando la dominación de vastos territorios presentó una particular complejidad, Tanto como la República, lo que moría era la ciudad romana. Roma, que había nacido ciudad y no concebía ser otra cosa, no pudo adaptar sus instituciones municipales a las tareas que le creaba la posesión de sus extensos dominios. Se había mostrado más flexible que ninguna otra ciudad antigua concediendo la ciudadanía, pero esta dilatación humana tenía límites; por caso, cuando la asamblea de los ciudadanos continuaba votando las leyes y designando los magistrados y cuando un reducido grupo de ciudadanos decidía por la totalidad de los habitantes del Imperio.

Para conservar unidos los territorios y los pueblos conquistados era necesario transformar la estructura misma del Estado porque sólo un régimen nuevo estaría en condiciones de organizar, sobre otras bases, la vida en común del pueblo-rey y de sus súbditos.

Volviendo a los tiempos actuales, debe constatar que el poder nuclear otorgó durante la bipolaridad a las primeras figuras de las superpotencias atribuciones importantes en lo que a la iniciación de una guerra general se refiere. Valga como ejemplo la respuesta del extinto presidente de Francia, François Mitterrand, a una pregunta que le formulara oportunamente un periodista acerca de ¿qué es la disuasión?, este respondió: *La disuasión soy yo*. De haber ocurrido una catástrofe nuclear, esto hubiera significado la destrucción total del planeta, tal como lo predijo en 1956 una declaración suscripta por cincuenta premios nobel norteamericanos, entre los cuales se encontraba Albert Einstein.

La guerra nuclear no existió porque, además de profundamente inmoral, el resultado final de una confrontación de esta naturaleza, hubiera sido la negación de cualquier razón o motivo político. Así, una vez más quedó comprobada la vigencia de la teoría de la guerra de Clausewitz de que la guerra es la política por otros medios si bien, tanto en la ex URSS como en los Estados Unidos la inversión de la misma respondió mejor a una realidad en la que imperó la lectura militar por sobre la política de los conflictos mundiales.

Esta *renta* del poder nuclear reforzó el rol de aquellos individuos –presidentes o primeros ministros– que eran los encargados en última instancia de *oprimir el botón*, lanzándose a una aventura de terribles consecuencias para la humanidad. Concentración del poder en una sola persona que marcó una cierta tendencia imperial, aún más pronunciada desde la caída del Muro de Berlín y la ulterior desaparición de la Unión Soviética.

A nadie le escapa que los atentados del 11 de septiembre de 2001, han reforzado la concentración del poder en los Estados Unidos, bajo el argumento de la lucha contra el terrorismo, en materia de seguridad, defensa y control de la población que muchos han denunciado –Noam Chomsky entre otros– como un ataque a las libertades civiles. Solo un fuerte cambio de política que vaya más allá de lo cosmético, improbable desde nuestro punto de vista, puede cambiar este estado de cosas.

En la dirección señalada, el ejecutivo norteamericano creó en su momento una nueva estructura: el Comando Norte de los Estados Unidos (NORTHCOM), cuya función es defender el territorio nacional y tiene autoridad sobre todas las fuerzas que operan en el interior, tal como fue expuesto en el documento *Presentación de los Estados Unidos de América: nuevas amenazas a la seguridad regional. Retos para el Sistema Interamericano*, durante la Conferencia de Ministros de Defensa de las Américas, realizada en Santiago de Chile en noviembre de 2002. Concluyendo la *Presentación*: «Este esfuerzo abarca una constelación de agencias: desde los ministerios de Energía, Transporte y Justicia, hasta la Agencia Central de Inteligencia y el Buró Federal de Investigaciones, los departamentos y agencias federales, gobiernos estatales y locales, el sector privado y los ciudadanos individuales están trabajando con una estrechez sin precedentes, en redes y sistemas cada vez más integrados, a nivel estratégico, operacional y táctico».

Así, desde este enfoque los Estados Unidos aparecen como un sistema político *cartelizado*, si aceptamos la definición de democracia propuesta por Michael Walzer, según la cual una sociedad deja de ser democrática cuando no puede limitar y controlar el empleo que hace de los recursos acumulados un grupo cuya esfera es contigua a la suya. Dicho de otra manera, las riquezas amasadas en las esferas de la producción económica y las finanzas son utilizadas por algunos grupos de individuos para sitiar con éxito el ámbito de las decisiones políticas, a través de la instrumentalización y colonización del poder político como ha sido expuesto en el caso particular de la guerra en Irak.

Observa en relación a la concentración del poder ocurrida en los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, el profesor Sheldon S. Wolin:

La guerra (en alusión a la Segunda Guerra Mundial) detuvo el impulso de la democracia política y social y aumentó simultáneamente el grado de cohabitación cada vez más abierta entre la corporación y el Estado. Esa colaboración se volvió aún más estrecha durante la era de la Guerra Fría (1947-1991). El poder económico de las corporaciones se convirtió en la base del poder en el que se apoyaba el gobierno, a medida que sus



propias ambiciones, como las de las gigantescas corporaciones, se volvían más expansivas, más globales y esporádicamente más belicosas. Conjuntamente, Estado y corporación patrocinaron y coordinaron los poderes representados por la ciencia y la tecnología. El resultado es una combinación de poderes sin precedentes, que se distingue por sus tendencias totalizadoras; poderes que no sólo desafían los límites establecidos – políticos, morales, intelectuales y económicos– sino cuya naturaleza misma es desafiar esos límites continuamente, desafiar incluso los límites del planeta mismo. Estos poderes son también el medio para inventar y difundir una cultura que les enseñe a los consumidores a recibir con beneplácito el cambio y los placeres privados, aceptando al mismo tiempo la pasividad política. Como consecuencia fundamental se construye una nueva «identidad colectiva», imperial más que republicana (en el sentido del siglo XVIII), menos democrática. (2008: 18)

Volviendo a Roma, Rostovtzeff señala que Augusto no podía hacer lo mismo que César y Antonio puesto que su victoria era el triunfo de los ciudadanos sobre las provincias. El Estado que aquél debía gobernar sería un Estado en que Italia y los romanos fueran señores y las provincias meros servidores y súbditos. En consecuencia, un Imperio de tales características solo podía ser defendido por un ejército cuyo núcleo estuviera constituido por ciudadanos romanos (1984: 144).

Augusto estableció el control total sobre el ejército desplazando completamente al Senado y a la asamblea popular, quienes perdieron toda su incumbencia en los asuntos militares. También asumió el control sobre las finanzas del Estado y los recursos materiales del Imperio. Así, durante el siglo I antes de J.C., el Estado pagaba a sus soldados por medio de la guerra: el botín del que se apoderaban servía a estos fines.

En nuestro tiempo, los soldados ocupan territorios y cambian gobiernos a favor de las empresas transnacionales, que son las que se apoderan del «botín» de la globalización como ocurre actualmente en el Cercano Oriente y, finalmente, son las que financian los aparatos militares de los países involucrados. Aparecen también mercenarios empleados en forma directa por empresas contratistas al servicio del

Pentágono, como ocurre hoy en Irak y en Afganistán, tema sobre el que volveremos más adelante, desde el momento en que esto constituye una tendencia riesgosa hacia una *privatización* de la violencia a nivel global como ocurrió durante la Alta Edad Media y a lo que se opuso fuertemente Nicolás Maquiavelo.

Los dos pilares del poder de Augusto, entonces, fueron el ejército y las finanzas. También había logrado restablecer el orden en el Imperio y esta situación era muy apreciada por la población, desde el momento en que esto favoreció cierta estabilidad y un apreciable crecimiento económico.

La política exterior de Augusto sirvió para fortalecer su principado distribuyendo ejércitos permanentes en las fronteras amenazadas y facilitando el desarrollo económico de Italia y las provincias. Las situaciones más complicadas se le presentaron en la frontera oriental de la Galia, el Rin, el Danubio y en los territorios limítrofes con Macedonia: en la Iliria. Aun así y más allá de las dificultades, por más de cuarenta años Augusto fue el jefe indiscutido del Imperio Romano.

El Imperio Romano devino cada vez más cosmopolita por medio de su Constitución. La cultura cumplió un rol importante brindando cohesión y unidad a los habitantes del Imperio en los momentos más críticos. La cultura, con la excepción de algunas variantes locales, era la misma en todos lados. La cultura partía de la concepción griega de la ciudad y constituyó la base de la vida social y económica de todos los territorios del Imperio. Roma, por otro lado, otorgó a las provincias un grado importante de autonomía. Roma era un Estado único dividido en una cantidad de distritos militares que se fueron transformando en una numerosa federación de ciudades autónomas con sus territorios y un gobierno central en la ciudad de los césares.

El Imperio Romano no regía únicamente mediante el terror, sino extendiendo el sistema del derecho romano y, en grados diversos, el privilegio y la disciplina de la ciudadanía romana por sus vastos territorios. Lo que no se conseguía con la ley se conseguía con la cultura: las modas romanas, y en especial el latín, se difundieron principalmente por la parte occidental del Imperio. Puede que los ciudadanos romanos tuvieran una lengua local y mantuvieran lealtades locales, pero también eran miembros –por ley y cultura– de un Imperio uni-

versal. Compartían una actividad comercial que cubría toda la extensión del gobierno de Roma. La autoridad imperial comenzaba en la espada, pero se establecía en la mente, la lengua e incluso en el alma, lo que podría asimilarse a una antigua versión del *biopoder* de Hardt & Negri, al *soft power*, o al *american way of life* norteamericano. Todo esto la convertía en un ideal de orden y poder mucho después de que su gobierno ya se hubiera desintegrado.

La *pax romana* –según lo analizan Aymard y Auboyer– no aportó solo a la civilización del Alto Imperio el beneficio derivado de la desaparición de las miserias de la guerra. Por su concepción general como por sus métodos muy calculados, orientó su desarrollo y mantuvo un cierto orden social favorable a las clases acomodadas; desplegó también cierta seducción basada en recompensas cuyo objetivo era provocar conversiones a los ideales romanos. Esto fue llevado a cabo especialmente en las zonas fronterizas. En éstas hizo surgir la producción y el tráfico, las calzadas y las ciudades, los campesinos y los ciudadanos. Absorbió en el ejército a ciertos elementos aventureros de poblaciones díscolas que hubieran podido causar desórdenes. Estos –iniciados en la disciplina, en los hábitos de vida y en la lengua de sus amos– se enorgullecían, después de haberles servido durante largo tiempo, de un estatus jurídico que los igualó a los ciudadanos romanos. Por ello agrega Rostovtzeff: «El ejército imperial, en los siglos I y II, se concibe y funciona de tal manera que, por todo el contorno del mundo romano, constituye un poderoso elemento de romanización» (1984: 194).

La legión romana combinaba tres tipos de relaciones sociales militarizadas, según Alain Joxe: la democracia militar *bárbara*, la plebe *asiática* y la falange hoplita *helénica* de propietarios libres. Las legiones reconocían como jefes a aquellos individuos aceptados colectivamente como tales.

Las legiones, en cada etapa de su progresión en Occidente, eran conducidas para que tuvieran una moral más elevada que la de sus adversarios bárbaros. El sistema de comando podía asimilarse a un tipo de populismo. También la legión conservaba calidades del campesinado y, además de combatir, construía campos, acueductos, caminos y puentes. «En occidente nada puede reemplazar a la legión,

ciudad de seis mil hombres en marcha encargados de trabajos de infraestructura como de tareas propiamente militares» (1991: 237). La legión no era únicamente un instrumento de los ciudadanos romanos sino también una fábrica de estos.

Al respecto ilustra Joxe:

El Imperio Romano renace cada vez según formas diferentes porque él debe, antes de continuar su expansión –y particularmente antes de pasar del nivel de organización de la ciudad al otro del Estado regional y universal–, aceptar la diferencia de los pueblos que debe someter asimilándolos. Aparente paradoja: la máquina de aceptación de la diferencia socio-cultural es precisamente la máquina uniformizadora del sistema militar, es decir la legión como núcleo y sus auxiliares federales como periferia. La uniformidad de los soldados es paralela a la uniformidad jurídica de la condición de esclavo. Roma gestiona en una escala inmensa esta paradoja que quiere que la esclavitud absoluta se desarrolle al mismo tiempo que la libertad absoluta de los ciudadanos bajo bandera. Este militarismo uniformizador tiene por contrapartida una gran flexibilidad en los criterios religiosos, económicos y políticos. Es así que el criterio militar reemplaza al criterio religioso en la reproducción de lo político, la legión es la verdadera religión de los romanos. (1991: 239)

Los emperadores que sucedieron a Augusto: Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón y subsiguientes hasta los Antoninos, concluyeron la obra organizadora de Sila, Pompeyo, César y Augusto. El Imperio Romano se hallaba entonces protegido por una serie de fortalezas militares en Britania, el Rin, el Danubio, el Eufrates, Arabia, Egipto y África. Los germanos, en particular, habían aprendido muchas cosas de los romanos, habían asimilado sus tácticas militares y conocían como pocos los puntos débiles del Imperio. Los partos, por su lado, se habían convencido de que Roma no era invencible y de que el Eufrates no constituía una barrera insuperable. Por ello, entre los años 81 y 96 después de JC, durante el reinado de Domiciano, aumentaron la presión sobre las fronteras las tribus germanas del Rin y el Danubio.

Esta nueva realidad hizo al servicio militar romano más difícil y peligroso. Disminuyeron sensiblemente los voluntarios y aumentaron las dificultades para completar los efectivos de las legiones con población urbana o nativos de Italia.

Una fuerte crisis afectó al Imperio en el siglo III. Esta fue una época que cerró el período del despotismo ilustrado con la entronización de Cómodo (180-192), hijo de Marco Aurelio (161-180) el *emperador filósofo*. El ejército adquirió entonces un gran poder sobre el Estado. Los problemas internos se multiplicaron y cuanto más se agravaba la situación más presión ejercían los bárbaros sobre las fronteras. Estas fueron invadidas en casi todos sus puntos y Roma se hallaba en una posición incómoda para vencer a sus enemigos externos; una fuerte alianza de las tribus germanas; sajones que saqueaban las costas de Britania y Galia; Galia amenazada por los francos; godos y sármatas desde el sur de Rusia avanzando sobre el Danubio y la dinastía sasánida que había ocupado el poder en Persia, conformaban el escenario caótico que debía afrontar el Imperio Romano.

En 284 el ejército proclamó emperador a Diocleciano (hasta 305) y en esa época tuvo lugar otro cambio radical en su composición. Durante el reinado de Augusto el ejército de componía principalmente de nativos de Italia y ciudadanos romanos residentes en las provincias. Las legiones se reclutaban dentro de esas dos clases. Y aunque los provinciales que no poseyeran la ciudadanía tenían cada vez menos dificultad para ser admitidos en sus filas, las legiones provenían de las provincias más civilizadas y el ejército todavía representaba a los habitantes más cultos del Imperio. Sin embargo, ni siquiera Adriano pudo mantener ese sistema por más tiempo. Su ejército se reclutaba en las provincias en donde estaban apostadas las guarniciones permanentes. La población urbana eludía la obligación del servicio militar; de allí que el ejército, tanto las legiones como las tropas auxiliares, se fuera llenando de trabajadores agrícolas de las provincias, hombres que habían trabajado en territorios urbanos o en otros lugares. Al mismo tiempo, la profesión de soldado llegó a ser hereditaria; los hombres vivían en campamentos o en las poblaciones adyacentes y los hijos solían escoger la profesión de sus padres. En los tiempos tormentosos de los últimos antoninos, Roma necesitaba una constante

incorporación de reclutas para defenderse de los bárbaros. Millares morían en los combates y la peste barrió con muchos más. Además, las clases civilizadas iban perdiendo la costumbre del servicio militar y enviaban hombres de inferior categoría a las filas. De ahí que los emperadores prefirieran emplear un sector más primitivo de la población: campesinos y pastores de los confines del Imperio, tracios, ilirios, españoles, montañeses, moros, hombres del norte de Galia, gentes de las montañas de Asia menor y Siria.

«De esta manera, el ejército vino a representar a la parte menos civilizada de la población, hombres que vivían fuera de las ciudades, que envidiaban el lujo de los ciudadanos y los consideraban meros opresores y explotadores» (1984: 226).

Cuando uno se detiene y observa en detalle la composición actual del ejército de los Estados Unidos, no puede menos que sorprenderse ante la cantidad de apellidos de origen hispano, tanto de soldados como también de oficiales, que llevan adelante su misión en Irak, Afganistán y otros lugares del mundo. En ambos casos la prestación militar les permite a muchos de ellos obtener la ciudadanía norteamericana, algo muy difícil de alcanzar si no es por medio de este servicio, para inmigrantes provenientes de México o América Central. Lo que remite a lo analizado más arriba, estableciendo una curiosa semejanza con el antiguo mundo romano y expone también los sistemas de reclutamiento a los que deben apelar las potencias centrales cuando asumen funciones imperiales y sus propios ciudadanos no manifiestan un gran interés en participar en guerras lejanas.

Diocleciano dividió el Imperio en cuatro partes pensando que los poderes locales se encontrarían en mejores condiciones para garantizar el *limes*, la frontera.

La defensa militar del Imperio pasó a ser el asunto principal del Emperador. Los soldados de Diocleciano provenían de los pueblos más atrasados del Imperio y, entre ellos, los más apreciados eran los germanos, que no eran súbditos de Roma.

Las mejores tropas y las más aptas para el servicio militar solían ser los bárbaros mercenarios contratados por Roma que acampaban cerca de las capitales de los gobernantes, los dos

augustos y los dos césares. Esos destacamentos, llamados *comitatenses*, constituían una sólida fuerza expedicionaria dispuesta a marchar a la frontera en cualquier momento. Esa fuerza había tenido su origen en la guardia pretoriana y era, en realidad, una guardia personal en el sentido amplio de la palabra. (1984: 233)

La protección del Imperio durante los siglos IV y V requería una nueva gran estrategia, que contase con un ejército móvil central y un sistema de defensa en profundidad.

La defensa en profundidad se fundaba en el postulado de que las fronteras no podían ser impenetrables pero tampoco poner en peligro la seguridad del Imperio. Las invasiones fueron contrarrestadas por medio de fortines relativamente sólidos, una unión consistente a lo largo de las fronteras y unidades militares móviles, varias de éstas dispersas por regiones dentro del Imperio. Los fortines debían ser lo suficientemente poderosos como para resistir los ataques y, al mismo tiempo, no hallarse tan fuertemente defendidos como para devenir en un drenaje de efectivos que debilitara, a su vez, al ejército móvil.

Uno de los inconvenientes que presentaba la defensa en profundidad se relacionaba con que el ejército móvil se convirtiera en una fuerza de elite y los defensores de frontera en meros actores secundarios. Dice Arther Ferrill al respecto:

En efecto, conforme pasó el tiempo las tropas de frontera del Imperio Romano –las llamadas *limitanei* y *ripenses*– se hicieron inútiles, mientras que se esperaba que el ejército móvil, los *comitatenses*, hiciera el gasto en la lucha. El resultado fue que el potencial efectivo de combate de Roma se encontró drásticamente reducido aun cuando el ejército total era más grande que durante el Primer Imperio. (1986: 71)

Una de las consecuencias de la nueva estrategia fue el debilitamiento relativo de la infantería romana. Como resulta natural en un ejército que se desplaza, las unidades móviles, como la caballería, resultaron favorecidas. Constantino (306-324) y sus hijos conservaron en líneas generales las reformas introducidas por Diocleciano, que separaban el

mando militar del civil y eliminaban a los senadores provenientes de las armas. La afición de Constantino por las tropas germanas dio lugar a la acusación de que éste había *barbarizado* el ejército.

Este Emperador fue responsable de otras reformas importantes del ejército. Redujo el tamaño de la legión de casi cinco mil hasta mil guerreros. Disolvió la antigua guardia pretoriana desde que el nuevo ejército móvil la hizo obsoleta y mantuvo el sistema logístico de Diocleciano basado en la tributación en especies. Ese sistema proporcionaba pagas militares en víveres con suplementos ocasionales (aunque bastante regulares) en moneda. Las guardias especiales del Imperio –llamados *Scholae Palatinae*–, compuestas de regimientos de caballería de elite –existían quinientos, reclutados principalmente entre los germanos– servían a la voluntad de Constantino y reemplazaron a la disuelta guardia pretoriana. Las tropas fronterizas, *limitanei* y *ripenses*, las nuevas legiones más pequeñas, apoyadas por modestos contingentes de caballería y comandadas por un *dux*; pueden haber servido como una especie de fuerza de policía regional dadas las condiciones algo más salvajes y más carentes de ley que prevalecían en las provincias durante los últimos años del Imperio.

A fines del siglo IV las armas y la instrucción de la tropa en materia de armamentos habían sufrido un serio deterioro en relación a sus antiguos patrones de funcionamiento, debido en parte a que el nuevo rol estratégico de contingentes de frontera les dio responsabilidades menos importantes e hizo que no se exigiera todo de ellas, desde el punto de vista táctico. La gran estrategia de Constantino fue letal para la eficacia militar y el espíritu de cuerpo; la creciente centralización del Imperio Romano durante el siglo IV no produjo necesariamente un ejército mejor.

Quizás el actual despliegue militar implementado por los estadounidenses en el mundo es uno de los elementos que asemejan más a la Roma imperial con aquéllos y que nos permite efectuar las comparaciones del caso.

Al ocupar Irak, los Estados Unidos completaron la red de bases militares que ellos ya disponían en Cercano y Medio Oriente, desde Turquía, miembro de la OTAN hasta las monarquías petroleras del Golfo pasando por el aliado israelí. Esta red de bases encuentra su justifica-

ción frente al otro Estado miembro del *eje del mal* que es Irán, y permite al mismo tiempo aliviar la presión que ejercen los fundamentalistas islámicos sobre las monarquías del Golfo a las que acusan de haber traicionado a la *Umma* al permitir el estacionamiento de efectivos norteamericanos en su suelo. Por otro lado, la implantación de bases norteamericanas en Medio Oriente no es separable de la red de bases o facilidades militares existentes en el Cuerno de África y en el Océano Índico (Djibutí, Diego García), como también en Asia Central (Paquistán, Afganistán, Tajikistán, Uzbekistán, Kirgiztán).

De acuerdo a lo señalado en un informe del año 2005 de la *Commission on Review Overseas Military Facility Structure of the United States*, citado en un artículo de Juan Gabriel Tokatlian publicado por La Nación de Buenos Aires el 30 de enero de 2009, los Estados Unidos tienen 861 instalaciones militares en el mundo; algo que ninguna gran potencia aspirante o conjunto de potencias posee. A los cuatro comandos funcionales y cinco geográficos se agregó, en 2007, el *US African Command*, al tiempo que, en 2008, se reactivó, para el área de América Latina, la IV Flota, desactivada en 1950; además de las facilidades militares con las que Washington cuenta al sur del Río Grande, en Costa Rica, la isla de Aruba, Guantánamo, Mariscal Estigarribia en Paraguay, y las bases que el ejército de Colombia ha puesto a su disposición con el argumento de combatir al narcotráfico y el terrorismo. *Ver mapas 1 y 2 en el anexo cartográfico*

En el caso particular del continente americano, no puedo dejar de mencionar la propuesta no oficial para la declaración final presentada por la delegación norteamericana en la Conferencia de Ministros de Defensa de las Américas celebrada en 2002 en Santiago de Chile. Este *non paper* formulaba una serie de apreciaciones relativas a la importancia de la lucha antiterrorista en América, para luego señalar la existencia de áreas sin control por parte de los gobiernos y en las cuales era imprescindible ejercer la «soberanía efectiva», ante la eventualidad de que desde dichas regiones operaran grupos terroristas. Decía este documento: «Aunque Colombia expresa el más claro ejemplo de la necesidad de ejercer la soberanía, existen actualmente muchos otros espacios sin gobierno como en las cuencas del Amazonas y del Orinoco, en la región norte de los Andes, en el interior de Amé-

rica Central, en áreas marítimas de seguridad del Caribe, etc.» Motivada por una fuerte protesta de Brasil, fue retirada del *non paper* la mención de regiones, no así la de «soberanía efectiva» que debe ser interpretada en el marco de la lucha antiterrorista dándole a los Estados Unidos la posibilidad de intervenir militarmente cuando los Estados locales se muestren remisos o impotentes, a juicio de Washington, para enfrentar eficazmente a presuntos perturbadores. En este contexto debe apreciarse la importancia de la reactivación de la IV^o Flota mencionada en otro párrafo.

Por todo ello observa Darío Battistella: «El cambio de escala implica un cambio de adversario: se trata ahora de encerrar a China para impedir que se extienda sobre su flanco occidental, dado que ésta ya se encuentra contenida sobre el borde oriental, desde Corea del Sur hasta Australia pasando por Japón, Singapur y Taiwán» (2006: 26).

Este dispositivo militar de los Estados Unidos esparcido por el mundo, al que deben agregarse las tropas aún estacionadas en Europa en el marco de la OTAN, el anuncio de la instalación de misiles interceptores y radares en las naves desplegadas en el Golfo Pérsico, como también la creación de la IV^a Flota para el Continente Americano, marcan una tendencia imperial que no sufrirá cambios trascendentes en los próximos años y que permite pensar en aquellos *limitanei* y *ripenses* del Imperio Romano. A estos últimos, bien podrían agregarse los ejércitos nacionales –ya sea de la OTAN o de países «amigos»– entre cuyas misiones estaría la contención en el *limes* de los *bárbaros posmodernos* en un nuevo esquema de división del trabajo, tal como la tristemente célebre «doctrina de la seguridad nacional» lo exponía a mediados del siglo XX en el Continente Americano. Tropas de *frontera* y de *ribera* a las que se suman los modernos *comitatenses* imperiales sostenidos por una flota de quince portaaviones nucleares, submarinos lanzadores de misiles con cabeza atómica y fuerzas de despliegue rápido con capacidades de proyectarse en pocas horas hacia cualquier punto del planeta.

Si observamos las acciones militares, tanto de los Estados Unidos en Irak y Afganistán como de Rusia en Chechenia, la pregunta que surge es quiénes son los *bárbaros* en este sistema mundo. Lo cual obliga necesariamente a pensar si una suerte de *barbarie global* no podría tomar cuerpo en algunas condiciones, por ejemplo: si toda re-

ciprocidad de la amenaza de muerte entre entidades combatientes desapareciera en beneficio de una amenaza unilateral, aplastante, totalmente asimétrica, y las entidades estratégicas subalternas se sumaran todas para participar como fuerza de choque –en una escala de globalización represiva general– ante la inexistencia de márgenes de autonomía. Esto bien podría desembocar en una especie de división del trabajo militar –como ha sido parcialmente mencionado *ut supra*– entre los países centrales y la periferia, algo parecido a lo ocurrido con el ejército romano cuando éste incorporaba a los habitantes de los pueblos vecinos y sometidos como efectivos de las legiones.

De esta forma los Estados Unidos asimilados en ciertos aspectos al esquema geopolítico de Mackinder como gran actor marítimo –según el cual quien controle el corazón del mundo controlará el mundo– asumen centralmente la política de *potencia de flujo*, dicho de otra manera, del poder que garantiza que los flujos mundiales permanezcan abiertos y nada ni nadie pueda trabarlos o entorpecerlos en su desenvolvimiento. Por otro lado, esto no constituye un impedimento para que en determinados lugares considerados como parte de los *intereses vitales* de Washington, puedan establecerse en forma permanente contingentes militares en una versión moderna del *limes* de Diocleciano. La teoría de Mackinder, que ubicaba el «corazón del mundo» entre los ríos Elba y Vístula en Europa Central y que –es importante aclararlo, nunca se cumplió porque fueron los soviéticos los que controlaron esta zona–, podría emerger nuevamente en un escenario renovado que abarque Asia Central y la elipse de influencia que comprende al Cercano Oriente y la península arábiga, sitios en los cuales hoy se está jugando la partida central del destino de la humanidad. A la potencia marítima mencionada se opondrían las potencias continentales rusa y china.

Carl Schmitt en su tiempo había expuesto la dimensión global y polimorfa del imperio estadounidense, con su tendencia a atribuir a la guerra dimensiones igualmente globales y propósitos de aniquilación del enemigo que fueron propios de las guerras de religión o, en términos de Clausewitz, de las guerras *absolutas*.

Los Estados Unidos han tratado y tratan de imponer a otros, junto con su hegemonía económica y política, el monopolio de su visión del mundo, de su lenguaje mismo y vocabulario conceptual.

Plantea a propósito de este tema Robert Kagan:

La idea que los Norteamericanos tienen de sí mismos, la esencia de su patriotismo, han estado siempre inextricablemente ligadas a una fe en su nación y de su peso en la historia mundial. Inspirados por esta percepción del mundo y de sí mismos, amasaron poder e influencia y los han desplegado en arcos concéntricos cada vez más amplios alrededor del globo en nombre de intereses, ideales y ambiciones a la vez tangibles e intangibles. En materia de estrategia global, han preferido una preponderancia del poder, a compartir el poder con otras naciones. (2008: 73)

La supremacía militar le permite a la superpotencia norteamericana imponerse como un imperio global, erigiéndose en garante de un cierto orden mundial, en *gendarme* del mundo. Si la fuerza militar de un Estado, sostiene Schmitt, es avasalladora, el concepto mismo de guerra se transforma (2007: 140). En ese caso, el conflicto tiene como finalidad el exterminio del enemigo y la hostilidad deviene tan violenta que ya no se puede someter a ningún límite ni regulación. Solo quien está en condiciones de irremediable inferioridad apela, sin éxito, al derecho internacional, contra el extraordinario poder del adversario. Por el contrario, quien goza de una supremacía militar plena hace de su propia invulnerabilidad el fundamento de su *justa causa belli* y trata al enemigo, en el plano moral y judicial como un bandido y un criminal.

La discriminación del enemigo como criminal y la simultánea apropiación de la *justa causa* marchan a la par de la potenciación de los medios de aniquilación y de la erradicación espacial del teatro de la guerra. Se abre el abismo de una discriminación jurídica y moral igualmente destructiva [...] En la medida en que hoy la guerra se transforma en acción en contra de los turbadores de la paz, criminales y elementos nocivos, también debe fortalecerse la justificación de los métodos de este *police bombing*. De este modo, se induce a extender la discriminación del adversario en dimensiones abismales. (Zolo, 2007: 141)

En cierto sentido esto forma parte del costo moral y ético que conlleva el ejercicio del poder. Al mismo tiempo el pueblo estadounidense muestra un republicanismo muy enraizado que siempre lo ha llevado a desconfiar del poder, incluyendo el propio. Por otro lado, al intentar forjar un mundo conforme a sus valores, han obligado a otros a plegarse a su voluntad, ya sea por la fuerza, ya sea empleando medios más suaves pero no por ello menos persuasivos. Las teorías desarrolladas por muchos académicos de los Estados Unidos relativas al uso del *soft power* en lugar del *hard power*, ignoran u ocultan deliberadamente que el poder «blando» en todos los casos se halla respaldado por una maquinaria militar que no conoce antecedentes en la historia de la humanidad.

Una nación comprometida con el principio de autodeterminación, sin embargo, se encuentra en dificultades para privar a otros pueblos de este derecho, aún mediando una causa justa. Por ello el realista norteamericano Reinhold Niebuhr decía: «Adoptamos y deberemos seguir adoptando medidas moralmente contestables para preservar nuestra civilización» (1962: 5). En otras palabras, virtud no quiere decir inocencia.

Otro aspecto importante a analizar en este intento comparativo y restringido de la Roma antigua con un hipotético, aunque no descartable, imperio norteamericano, se vincula con las ideas religiosas a partir de los valores y sentido trascendente que las mismas contienen.

La religión primitiva de los latinos y de Roma, similar a religiones primitivas de otros grupos indoeuropeos que pasaron de la vida pastoril a la agricultura, constituyó la base ideológica de la ciudad-Estado, con un calendario oficial de festividades puramente militares o agrícolas y la entronización de figuras prominentes como Júpiter, Marte y Minerva.

Al consagrarse Emperador, los dos pilares del poder de Octavio, como ha sido señalado, eran el ejército y las finanzas. Además, había restablecido el orden en el Imperio y esto era muy apreciado. Observa Rostovtzeff:

debemos agregar la satisfacción general que producía el orden que él, Augusto, había establecido. Las provincias estaban

contentas; después de los trastornos de la guerra civil, un nuevo sistema de gobierno controlado por el Emperador, que contrarrestaba la conducta arbitraria de los recaudadores de impuestos directos les dio un respiro y una posibilidad de recuperación. (1984: 152)

Un largo período de guerras civiles había dejado huellas profundas en los romanos, que sentían un menor interés por los asuntos públicos y por las actividades del Estado. Cierta religiosidad inspiraba la concepción general de la vida y el estoicismo se adaptó a esa religiosidad. De esta relación surgió el neopitagorismo, desarrollando un fuerte misticismo e interés por la vida futura.

La religión romana no era una religión revelada y dominada por un Libro y dogmas intangibles, sino un conjunto de rituales obligatorios relacionados con una pluralidad de divinidades heredados por los romanos de sus ancestros. La autoridad religiosa pertenecía a los poderes temporales: en el Estado a los magistrados, particularmente a los cónsules y su consejo, el Senado; en las familias a los padres; en las asociaciones privadas a los presidentes elegidos. Las autoridades del Estado estaban asistidas por algunas decenas de sacerdotes elegidos y especializados: los pontífices en lo concerniente al culto oficial; los augures para las predicciones; los quince hombres propuestos por los Libros Sibílinos para la gestión, la consulta y la aplicación de los oráculos tomados de ellos.

Todas estas prácticas religiosas tenían como elemento en común la no consideración de la salvación del alma, sino el éxito de los romanos en sus empresas terrestres. La vida en el más allá era una facultad de los dioses que en la Tierra se asociaban alternativamente a los humanos. Eran entonces las comunidades humanas quienes los convocaban e instalaban en su rol terrestre.

El estoicismo constituyó una doctrina muy flexible y adaptable a situaciones diversas. El estoicismo volvió a los principios de Zenón y Crísipo, que habían fundado esta escuela filosófica devenida luego religión. Así, la investigación filosófica tendió hacia el dogma y el dogma asumió ciertos contenidos de lo que podría considerarse una teología.

Estas tesis se fueron conformando como sustento ideológico de la monarquía. Su concepción partía de considerar que el individuo goza-

ba de la más elevada libertad interior si el monarca era el mejor hombre de un Estado en el cual se hallaba incluida toda la humanidad. Aparecía de esta manera una primera expresión del paradigma de la comunidad universal de las relaciones internacionales que luego estaría en el sustrato socio-político de la emergencia del cristianismo y más tarde del Islam. En esta línea de pensamiento, la elevación de la calidad moral del individuo constituía un asunto de la mayor importancia.

Esta teoría religiosa, moral y filosófica tuvo un importante impacto en las clases acomodadas de la sociedad romana. Sin embargo, todo el mundo se vio confrontado con la angustia de no encontrar una respuesta satisfactoria frente al espectro permanente de la muerte violenta. En este contexto debe ser comprendida la divinización de Julio César, hecho acaecido por medio de un acto oficial del Senado dos meses antes de su asesinato. Lo que escandalizó entonces a los romanos con cierto desarrollo intelectual no fue el hecho en sí, sino que les resultaba inaceptable que una persona viva sea elevada al rango de un dios. Algunos historiadores sostienen que en este hecho se encuentra la razón del magnicidio.

Sin embargo, merced al mencionado período de paz prolongada, Augusto, heredero del Dios-César apareció como el Mesías, por ello muchos estaban convencidos de que las profecías sibilinas se habían realizado. El Mesías había llegado trayendo consigo una nueva era en la historia humana, una nueva edad de oro. Para los romanos, Augusto se asemejaba a Apolo, al consagrar la identidad del Estado y su jefe en su esencia divina. Su gobierno estuvo marcado por más de cuarenta años de paz, muriendo en el año 14 de nuestra era, momento en el cual fue divinizado por el Senado y le fueron dedicados templos y cultos especiales. Octavio Augusto, fundador del Imperio Romano, fue proclamado hijo de Dios. El poeta Virgilio se encargó de fundamentar la naturaleza divina del emperador en la *Eneida* y en la cuarta égloga. Mientras en la primera de estas obras narra la historia de la estirpe divina de los emperadores romanos, en la segunda celebra el «nuevo orden» que comienza con el Imperio. De modo que el poder del emperador se encontraba legitimado religiosamente. Había una teología imperial que sostenía la naturaleza divina de quien ostentaba el poder. El título de *augusto* que recibía tenía carácter divino.

Los sucesores de Augusto basaron su autoridad en un derecho fundado en el parentesco con este, para lo cual recurrieron a intrigas, crímenes y escándalos que mostraban al Emperador como a un humano más, deteriorando de esta manera la supuesta legitimidad apoyada en el origen divino del mismo.

Los estoicos, por ejemplo, no tardaron en oponerse a los emperadores sosteniendo que era falso considerar el principado como algo cuyo único objetivo era satisfacer la ambición personal o el despotismo apoyado en la fuerza y en la violencia. El poder, según los estoicos, era confiado al hombre por Dios y para ello aquel que lo detentaba debía ser moral e intelectualmente superior al resto. El rey no era el dueño sino el sirviente de la comunidad.

El Emperador concentró en sus manos todos los resortes de la administración en los dos primeros siglos. El derecho romano y los códigos locales en las provincias se superponían e influían mutuamente. Teodosio (394-395) y Justiniano (527-565), codificaron el derecho imperial romano.

El Estado trataba de eliminar a los grupos sediciosos y los primeros cristianos fueron vistos como tales; los seguidores de Cristo fueron perseguidos porque se negaban a rendir culto al Emperador, si bien aceptaban su autoridad terrenal.

Durante los tres primeros siglos, las tendencias religiosas que finalmente se consolidaron en una religión de Estado se basaron en dos sujetos: el Emperador y la trinidad de Júpiter, Juno y Minerva. El centro de la vida religiosa se hallaba en las ciudades y particularmente en el ejército. El ejército de a poco se fue transformando en el principal centro de la religiosidad. Las clases más educadas adherían al estoicismo que aparecía para la gran masa de la población como demasiado frío, complicado, distante, razonable y lógico: como algo extremadamente terrenal. Bien puede afirmarse que es con Jesucristo con quien se inicia el mundo nuevo y no con Octavio, como lo proclamaba Virgilio en su célebre cuarta égloga.

Los cristianos, que se negaban a rendirle culto al Emperador, vieron en aquéllos tiempos cómo sus comunidades eran declaradas uniones ilegales.

El carácter secreto de las reuniones que celebraban los cristianos, su desprecio por las categorías sociales y por los honores terrenales, la ruptura escandalosa con todas las tradiciones ancestrales y con el conformismo corriente a que obligaban a sus neófitos no judíos, su falta de participación en el culto imperial, la propaganda exaltada que realizaban algunos de ellos contra el matrimonio y la vida militar, todo esto no podía dejar de inquietar a los hombres concientes de sus obligaciones de gobernantes que eran los Antoninos. (1960: 559)

Por sus misiones y funciones, la legión se fue transformando en la religión de Roma unida a la figura del Emperador, tal como lo observa Alain Joxe. A partir de que el Imperio se extendió, la legión continuó siendo la religión de Roma como de los pueblos conquistados cuyos integrantes se incorporaban al ejército.

Por ello el centurión romano aparece como un actor importante en el anecdotario y simbolismo cristiano y San Agustín en su obra refleja la época en que soldados y oficiales romanos se convirtieron al cristianismo. Tanto el soldado romano de carrera, como el esclavo, se hallaban sometidos a una férrea disciplina y el hecho de pasar de cuartel en cuartel, de unidad en unidad, le producía un importante desarraigo, su misión lo obligaba a desplazarse por todo el Imperio. Por estos motivos desde el siglo I se hizo sentir, particularmente en el ejército, la necesidad de un Dios universal.

Los emperadores Maximino (235-238), Decio (249-252) y Valeriano (253-260), le declararon la guerra a los cristianos. A pesar de ello, los siglos I y comienzos del II registraron un importante incremento de fieles entre los seguidores de Jesucristo.

La minoría cristiana consideraba el suplicio como un combate en el que el mártir, sucumbiendo, salía vencedor porque había obtenido con *la gloria de complacer a Dios*, el rescate de todas sus faltas y la seguridad de la vida eterna. Por ello hubo incluso voluntarios al martirio, como esos cristianos de Asia que, en tiempos de Cómodo, se presentaron en tan gran número al procónsul que éste, después de haber dictado algunas sentencias, los rechazó invitándolos a recurrir a las cuerdas y a

los precipicios, además, la sana doctrina veía con malos ojos estos excesos de celo. En el otro campo, para algunos de los que creían todavía, el *martirio* tomaba el valor de *testimonio*, que es el sentido de la palabra en griego: atestigua la fe del mártir y, al mismo tiempo, la fuerza que ella le inspiraba como consecuencia de su verdad. (1960: 56)

Los actuales comandos suicidas musulmanes, considerados como *voluntarios a la muerte* en algunos estudios académicos y políticos, recuperan en cierta medida esta tradición que viene de las religiones monoteístas del *Libro* sin aportar algo novedoso u original. Por estas razones debe desecharse la idea occidental, que aparece recurrentemente en algunos medios de comunicación, de que acciones de este tipo constituyen algo nunca visto o inédito en la historia de la humanidad.

El cristianismo empezó a tener una considerable influencia en el ejército y, mientras el Estado se tornaba más decrepito y carente de valores, la Iglesia se fortalecía. Muchos para esa época creían que así como la pertenencia al Estado era una fuente de dolor y sufrimiento –en particular para aquellos que revistaban en las filas militares– pertenecer a la Iglesia aportaba paz, apoyo moral y, en algunos casos extremos, ayuda material.

Diocleciano enfrentó a los cristianos tratando de someter la Iglesia al Estado, pero como jefe de una institución que había perdido toda autoridad moral y a la cual únicamente le quedaba el recurso de la fuerza. Esta restauración de la religión imperial, basada en la teología pagana ya no podía perdurar. Sin embargo, el peso del cristianismo era ya muy evidente en el Imperio; uno de los dos césares de la Tetrarquía, el herculino Galerio (305-311), renegó de la política de Diocleciano y publicó seis días antes de su muerte, en 311, un edicto de tolerancia, lo cual significaba un reconocimiento del poder del dios de los cristianos. Decisión que es conocida como Edicto de Milán y que trajo consigo importantes consecuencias; el poder ya no perseguía a los cristianos, sino que los favorecía y ayudaba. La tentativa desesperada de Juliano –entre los años 361 y 363– de restablecer el paganismo, tal como él lo concebía, como religión de Estado, demuestra que el paganismo, aún iluminado por la filosofía, había perdido toda su eficacia política y religiosa.

Dice al respecto Rostovtzeff:

Sin embargo, una cosa es clara: la victoria de la cristiandad señala una ruptura con el pasado y un cambio de actitud del pensamiento humano. Los hombres estaban cansados y no querían seguir buscando. Se volcaron con avidez hacia un credo que prometía calmar la mente atormentada, que podía dar certezas en lugar de dudas, una solución final para una multitud de problemas. Teología en vez de ciencia y lógica. (1984: 246)

La *razón* de los estoicos por un lado o los altares politeístas por el otro, no respondían satisfactoriamente a la búsqueda de trascendencia y felicidad que abrumaba a los humanos; la religión cristiana resolvía la gran incógnita no resuelta de todos los tiempos, acerca de qué hay más allá de la muerte, tal como Hegel lo expusiera brillantemente en los términos de la dialéctica finito-infinito, ofreciendo una apreciación inteligente del enorme valor explicativo que las grandes religiones han tenido a lo largo de la historia. También como Jürgen Habermas y Joseph Ratzinger lo abordaron en su debate sobre la *Fe y la Razón* realizado hace algunos años en la Academia de Baviera.

Por ello nos dicen Aymard y Auboyer:

Tenemos que limitarnos a las causas generales, es decir, a las cualidades intrínsecas del cristianismo, puesto que no se encontraba sólo en poder aprovecharse de la decadencia sentimental, sino formal, de los cultos oficiales. Poseía aproximadamente todo lo que favorecía el éxito de los cultos orientales: el poder de emoción que se desprende de la muerte y resurrección de Jesucristo; una enseñanza moral; la promesa de salvación de los justos; ceremonias que actuaban sobre la sensibilidad de los fieles. No obstante, a despecho de esas semejanzas, su monoteísmo lo preservaba de todo contacto peligroso; no se dejaba ni envolver ni fundir en la ola de universal sincretismo que entonces abrazaba tantas creencias. Después de haber conquistado un adepto no era nada fácil que lo perdiese. Con esta interdependencia afirmaba mejor aún la legitimidad de sus pretensiones y la confianza en sus solas virtudes. Añadamos que se ofrecía a todos, incluidos mujeres y niños, sin inicia-

ción complicada, con un dogma sencillo para los humildes y propio, sin embargo, para satisfacer las más elevadas aspiraciones intelectuales. (1960: 562)

La aparición del cristianismo fue horadando y quebrando la legitimidad ideológica del Emperador como enviado divino e infalible, lo que en el tiempo se conformaría como uno de los motivos centrales de la decadencia del Imperio. El Hijo de Dios había resucitado entre los muertos y el Emperador aparecía cada vez más como un hombre igual a otros, con sus virtudes y defectos. Diciendo al respecto Rubén Dri: «Jesús, el Cristo, es decir, el Ungido, el Mesías, es el que trae el evangelio, no el emperador, como lo hemos visto. Jesús es el verdadero Hijo de Dios, no el emperador romano. Menester es captar esta categoría aplicada a Jesús, el Cristo, en todas sus dimensiones, es decir, en su dimensión político-religiosa» (2004: 19). Aunque esta no haya sido la única razón de la decrepitud imperial, ha sido considerada como la más importante y trascendente por historiadores y estudiosos del tema.

Tasas de natalidad en descenso y la paulatina desaparición de la familia entre las clases acomodadas; sectores laboriosos que desaparecían tan rápido como las clases superiores; vacíos poblacionales que se llenaban con recién llegados y extranjeros –bárbaros del otro lado del Rin y del Danubio, germanos e iraníes– configuraron una dinámica que actuó sobre los orígenes de la decadencia general. Así, el Imperio de Occidente se fue disgregando en sus partes constitutivas: Italia y las antiguas provincias fueron gobernadas con el transcurrir del tiempo por las tribus germánicas. Por otro lado, el Imperio de Oriente conocía un proceso de disolución más lento pareciéndose su gobierno a un despotismo oriental.

Como puede apreciarse, algunos rasgos distintivos del Imperio Romano presentan interesantes similitudes con los tiempos presentes. Particularmente en lo que al empleo de la fuerza se refiere y en lo que concierne al despliegue militar norteamericano.

También es importante considerar el papel que las creencias y valores juegan frente a esta moderna construcción imperial fundada en el pensamiento único, en la ideología del mercado y en un modelo

hedonista y materialista que, como ha sido analizado, vacían de contenido trascendente el devenir humano. Así como el cristianismo jugó un rol relevante en la decadencia romana, al menos desde un punto de vista ideológico sin poder obviar otros actores, la pregunta sin respuesta que uno se puede formular hoy es si el Islam, en una parte del mundo al menos, no podrá actuar frente a Occidente y sus ambiciones imperiales como el cristianismo en sus orígenes actuó frente al Imperio Romano. Religión que recupera determinados valores ancestrales pero que para muchos seres humanos constituye una referencia ineludible y tranquilizadora.

Al respecto, resulta oportuno citar nuevamente al destacado asesor del ejército norteamericano Robert D. Kaplan:

Sólo las masas islámicas han cuestionado seriamente el estado moral de las ciudades de nuestro tiempo. El fundamentalismo islámico presta apoyo y psicológico a los millones de campesinos que han emigrado a las ciudades de Oriente Próximo, el sur de Asia e Indonesia, en cuyos humildes suburbios ven atacados sus valores al mismo tiempo que los abastecimientos de agua y otros servicios se averían. Así, mientras nuestras elites hablan sobre la globalización como antiguamente sobre el marxismo, surge una nueva lucha de clases vinculada a la religión y las tensiones de la vida urbana en el tercer mundo. (2002: 37)

Parcialmente entonces puede constatarse que el poder de los Estados Unidos es un poder «imperial», en un sentido complejo y en parte novedoso con respecto al modelo de la Roma antigua, aun si con relación a éste pueden realizarse interesantes comparaciones. Se trata en este caso de una hipótesis que debe registrar la novedad que los procesos de globalización, como también las consiguientes transformaciones que las guerras introdujeron en las relaciones políticas internacionales.

Gracias a su absoluta superioridad militar, los Estados Unidos se han transformado en un poder imperial en un sentido estratégico, pueden actuar con una perspectiva universalista, envolviendo al mundo con una densa trama de bases militares y redes informáticas de espionaje satelital. En los documentos del Pentágono y la Casa Blanca, Estados Unidos se declara, en tanto *global power*, como el único país capaz

de «proyectar poder» en escala mundial. Tiene intereses, responsabilidades y obligaciones globales y, por consiguiente, debe extender y fortalecer el *America's global leadership role*, dicho de otra manera, su supremacía en la determinación de los procesos globales de repartición de la riqueza y el poder, en la imposición de su propia visión del mundo y en el dictado de las reglas para realizarla (2007: 142).

También el poder de los Estados Unidos es imperial en un sentido normativo, desde el momento que ignora sistemáticamente los principios y reglas del derecho internacional. El caso de la agresión a Irak muestra cómo la superpotencia norteamericana se sustrae de la prohibición de la guerra de agresión establecida en la Carta de la ONU, tanto como a las normas del derecho humanitario, elaboradas por el orden internacional moderno, en particular por las Convenciones de Ginebra de 1949, cuyo fin es la protección de las poblaciones civiles y los prisioneros de guerra. Por otro lado, los Estados Unidos son el mayor exportador de armas y la mayor fuente de contaminación atmosférica del mundo, rechazando al mismo tiempo la ratificación de convenciones y tratados encaminados a reducir las matanzas de seres humanos y la devastación industrial del medio ambiente.

Estas actitudes muestran cómo el poder ejercitado por Washington es *legibus solutus*, fuera y por encima del derecho internacional, en un esquema muy parecido al de la antigua Roma, donde un emperador decidía en cada oportunidad sobre casos particulares pero no fijaba principios normativos de carácter absoluto ni se comprometía a respetar reglas generales.

El poder imperial es incompatible tanto con el carácter general de la ley como con la igualdad jurídica de los sujetos del ordenamiento internacional. En esta dirección, los Estados Unidos son fuente soberana de un nuevo derecho internacional en una situación que, a causa de la amenaza del *global terrorism* pueden proclamar como un «estado de excepción» global y permanente.

Observando Danilo Zolo: «La autoridad imperial administra así la justicia global, define las culpas o las razones de sus súbditos, pone las condiciones para la inclusión de los Estados en el grupo de los vasallos fieles o, por el contrario, en el de los *rogue states*, desempeña funciones de policía internacional contra el terrorismo, allana las

diferencias y gestiona las controversias locales. En muchos casos este poder imperial es invocado incluso por sus súbditos a causa de su capacidad para resolver conflictos desde un punto de vista universal, es decir, imparcial y previsor» (2007: 143).

Es muy significativo también que actualmente se proponga, en la cultura anglosajona, la doctrina del *bellum justum*. Se trata de una doctrina medieval, típicamente imperial, que supone la existencia de un poder y una autoridad por encima de cualquier otra autoridad. De esta manera aparece otra vez la antigua creencia hebraico-cristiana según la cual el derramamiento de la sangre de los enemigos puede aceptarse moralmente, cuando no exaltarse, porque así lo ordena Dios: la *guerra justa* de San Agustín. La actividad de policía internacional que la potencia imperial despliega utilizando medios de destrucción masiva requiere un fortalecimiento de la persuasión comunicativa basada en argumentos teológicos y éticos, no únicamente políticos, como fue mencionado a propósito de las invocaciones religiosas de George W. Bush y sus funcionarios en la Casa Blanca.

La guerra se justifica así desde un punto de vista superior e imparcial, en nombre de valores que se consideran compartidos por toda la humanidad pero que en la realidad ocultan la representación de intereses imperiales muy concretos. La guerra es presentada como el principal instrumento de la protección de los derechos humanos, la expansión de la libertad, la democratización del mundo, la seguridad y el bienestar de todos los pueblos. Según esta visión, la *pax imperialis* es, por definición, una paz perpetua y universal.

Por las razones hasta aquí enunciadas se puede concluir que en los tiempos que corren la paz por el imperio tiene más presencia que la paz por la ley, según la acertada disyuntiva planteada en su tiempo por Raymond Aron, también que los caminos hacia la paz serán escabrosos en un mundo cada vez más desigual, incierto y turbulento.

BIBLIOGRAFÍA

- Lapham, L. (2002). *Le djihad américain* (pp. 20, 9, 10, 44, 42, 164, 11). París: Saint-Simon.
- Kaplan, R. D. (2007). *Tropas imperiales* (p. 341). Barcelona: Ediciones B.
- Soros, G. (2008). «Sin reglas, el capitalismo se destruirá» (p. 6). En *La Nación*. Buenos Aires, 24 de agosto.
- Rosales, J. (2002). «Bush lanzó la doctrina de los ataques preventivos» (p. 1). En *La Nación*. Buenos Aires, 21 de septiembre.
- Védrine, H. (2009). *Le temps des chimères* (pp. 36, 82, 83). París: Fayard.
- Huntington, S. (2002). «The lonely superpower» (pp. 2, 48, 72). En *Foreign Affairs*, 78, 2.
- Mayer, A. J. (2008). «Les présidents changent, l'empire américain demeure» (p. 14). En *Le Monde Diplomatique*. París, septiembre.
- Bush, G. W. (2002). *Seguridad nacional: la estrategia de los Estados Unidos* (p. 36). Washington: Departamento de Estado.
- Escudé, C. (2008). «La impotencia del poder» (p. 19). En *La Nación*. Buenos Aires, 8 de agosto.
- Halimi, S. (2010). «Peut-on réformer les Etats-Unis?» (p. 8). En *Le Monde Diplomatique*. París, enero.
- Wolin, S. S. (2008). *Democracia* (pp. 284, 186, 240). S. A. Madrid: Katz.
- Said, E. W. (2003). «L'orientalisme» (p. 14). En *Le monde diplomatique*. París, marzo.
- Kennedy, P. (2009). «El Estado ha vuelto...y a lo grande» (p. 27). En *El País*. Madrid, 7 de junio.
- Sisci, F. (2002). «The American Empire». En *Asia Times*, 17 de octubre.
- Human Rights Watch. (2004). *Le monde diplomatique* (p. 4). París, abril.
- Giuliani, R. (2007). «Una paz realista sólo puede alcanzarse mediante la fuerza» (p. 26). En *Clarín*. Buenos Aires, 24 de agosto.
- Shaath, N. (2005). «Dios me pidió acabar con la tiranía en Irak» (p. 6). En *El País*. Madrid, 8 de octubre.
- Daphne, E. (2004). «Free Market Iraq. Not so fast». En *The New York Times*. 10 de enero.
- Audi, A. (2004). «Iraq's new investment law and the standard of civilization». En *Georgetown Law Journal*, 93, 1.



- Warde, I. (2004). «Irak. L'Eldorado perdu» (pp. 12, 13). En *Le monde diplomatique*. París, mayo.
- Gresh, A. (2003). «Crimes et mensonges d'une libération» (p. 15). En *Le monde diplomatique*. París, mayo.
- Extracto de la *House Joint Resolution 114 (107)* votada por el Congreso norteamericano el 7 de octubre de 2002. Esta resolución sucede a la *Senate Joint Resolution*, adoptada el 18 de septiembre de 2001, denominada resolución relativa a la *Autorización del uso de la fuerza militar*.
- Garfinkle, A. (2002). *The imposible imperative? Conjuring Arab Democracy*. New York: The National Interest, otoño.
- Schwenninger, S. (2003). «Revamping American Grand Strategy». En *New York: World Policy Journal*, otoño.
- Chomsky, N. (2007). «Le lavage de cerveaux en liberté» (p. 1). En *Le monde diplomatique*. París, agosto.
- Chomsky, N. (2009). «Un poco de maquillaje» (p. 10). En *Revista Veintitrés internacional*. Buenos Aires, mayo.
- Aron, R. (1984). *Paix et guerre entre les nations*. París: Calmann-Lévy.
- Morgenthau, H. (1993). *Politics among Nations. The Struggle for Power and Peace* (p. 65). Nueva York: McGraw Hill.
- Galtung, J. (1971). «A Structural Theory of Imperialism» (p. 81). En *Journal of Peace Research*, 8 (2), 2º trimestre.
- Hobson, J. (1938). *Imperialism. A Study* (p. 15). Londres: Allen & Unwin.
- Zolo, D. (2007). *La justicia de los vencedores* (pp. 129, 137, 131, 140, 141, 142, 143). Buenos Aires: Edhasa.
- Schumpeter, J. (1984). *Contribution à une sociologie del impérialismes* (p. 43). París: Champs-Flammarion.
- Folha de S. P. (2000). *Entrevista a John Galbraith* (pp. 2-13). noviembre.
- Corey, R. (2004). *Cold War Triumphalism. The Misuse of History after the Fall of Communism* (p. 275). Nueva York: The New Press.
- Polibio de Megalópolis (1968). *Historia universal durante la República romana* (p. 110). Barcelona: Iberia.
- Hardt, M. y Negri, A. (2001). *Empire* (pp. 384, 387). París: Exils.
- Kaplan, R. D. (2002). *El retorno de la antigüedad* (pp. 37, 178). Barcelona: Ediciones B.
- Jervis, R. (2003). *The Compulsive Empire* (pp. 83-87). *Foreign Policy*, 137, julio-agosto.

- Hobsbawn, E. (2009). *De déclin des empires* (p. 73). Manière de Voir, octubre-noviembre. París.
- Robert, R. y Theodore, R. (1989). *The Origin and Prevention of Mayor Wars* (pp. 15-37). Cambridge: Cambridge University Press.
- Gilpin, R. (1987). *The Political Economy of International Relations* (pp. 88-90). Princeton: Princeton University Press.
- Battistella, D. (2006). *Retour de l'état de guerre* (p. 254). París: Armand Colin.
- Niall, F. (2003). *Hegemony or Empire?* (pp. 154-161). Foreign Affairs, 82, septiembre-octubre.
- Mearsheimer, J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics* (p. 400). New York: Norton.
- Sisci, F. (2002). «The American Empire». En *Asia Times*, 17 de octubre.
- Hay, W. A. (2002). «Challenges of Empire». En *Foreign Policy Research Institute*, 3, 5. Filadelfia, mayo.
- Rasmussen, A. F. (2010). «Los talibanes no tienen futuro» (p. 2). En *El País*. Madrid, 21 de febrero.
- Steinberg, J. B. (2008). *Audition* (p. 391). Livre Blanc. Les Débats. Odile Jacob. París.
- Rostovtzeff, M. (1984). *Roma, desde los orígenes a la última crisis* (pp. 60, 70, 130, 133, 144, 152, 194, 226, 233, 246). Buenos Aires: Eudeba.
- Aymard, A. y Auboyer, J. (1960). *Roma y su imperio* (pp. 56, 150, 559, 562). Barcelona: Ediciones Destino.
- Wolin, S. S. (2008). *Democracia S.A.* (p. 18). Madrid: Katz.
- Joxe, A. (1991). *Voyage aux sources de la guerre* (pp. 237, 239). París: Presses universitaires de France.
- Ferrill, A. (1986). *La caída del Imperio Romano. Las causas militares* (p. 71). Madrid: Edaf.
- Battistella, D. (2006). *Retour de l'état de guerre* (p. 26). París: Armand Colin.
- Kagan, R. (2008). *Le retour de l'histoire et la fin des rêves* (p. 73). París: Plon.
- Niebuhr, R. (1962). *The Irony of American History* (p. 5). Simon and Schuster: Nueva York.
- Dri, R. (2004). *El movimiento antiimperial de Jesús* (p. 19). Buenos Aires: Ediciones Biblos.

Acerca de la guerra

*Veamos entonces cómo hay que considerar la cosa.
Sería vano y aún erróneo pretender ignorar la
naturaleza de la guerra como consecuencia de la
repugnancia que su brutalidad inspira.*

CARL VON CLAUSEWITZ

*Bismarck peleó guerras 'necesarias' y mató miles,
los idealistas del siglo XX pelean guerras 'justas'
y matan millones.*

J. P. TAYLOR. *Rumors of War*

Con la caída del Muro de Berlín y la ulterior desaparición de la Unión Soviética, muchos pensaron que esta nueva situación desembocaría en un largo período de paz y una redistribución de los gastos militares en beneficio del crecimiento y bienestar de los pueblos. Francis Fukuyama profetizó el *Fin de la Historia* y el entonces presidente de los EE. UU. George H. Bush hablaba en aquellos años de un *nuevo orden* mundial. Ni lo uno ni lo otro, la invasión de Irak a Kuwait primero y la guerra civil en la ex Yugoslavia más tarde, dieron por tierra con las esperanzas de paz, al mismo tiempo que la realidad de la economía neoliberal marcaba una concentración cada vez más pronunciada de la riqueza en pocas manos.

Durante buena parte del siglo XIX el fenómeno colectivo de la violencia entre grupos armados organizados se identificaba con alguna forma de *barbarie* y muchos auguraron la *paz perpetua* cuando la misma resultara la consecuencia natural del avance de la civilización y la educación de los individuos. La paradoja es que las explosiones más violentas de la historia en orden al fenómeno guerra han procedi-

do de las naciones más cultas. Por ello resulta imposible en este marco sostener la hipótesis positivista que daba por firme la sustitución, en el mundo del progreso, del «espíritu guerrero» por el «espíritu industrial». Debiendo tomar conciencia, desde 1914, de la incidencia histórica del «espíritu militar» –de la exquisita mixtura de ambas cosas, como decía Ortega y Gasset– con la que han entrado en la modernidad las naciones más *civilizadas* para resolver los conflictos.

Los Balcanes, el Cáucaso, África, Cercano y Medio Oriente, América Latina, dieron por concluidas las esperanzas de paz albergando en sus geografías una considerable cantidad de conflictos armados una vez concluida la Guerra Fría. Algunos pensaron que se trataba de una suerte de salvajismo cultural, en mi opinión se trató de una estrategia de espacialización de la violencia desde los países más desarrollados hacia el mundo subdesarrollado, algo que los primeros no pudieron hacer durante las dos guerras mundiales del siglo XX. Si bien es cierto que diversas causas históricas estuvieron detrás de los conflictos armados que afloraron en los noventa, también es cierto que motivos políticos y sociales muy modernos y actuales dieron sustento a los mismos. Detrás de los escenarios arriba mencionados se encontraba la desintegración de los Estados y las disputas por el control de territorios con recursos naturales exportables, ambos fenómenos asociados con las políticas neoliberales de fragmentación y disolución social. Las estadísticas del SIPRI (*Sipri Yearbook 2005. Armaments, Disarmament and International Security*, Solna, Suecia, 2005) mencionan 57 conflictos importantes entre 1990 y 2004: cuatro de ellos entre Estados y cincuenta y tres dentro de un mismo Estado: veintinueve por el control de un gobierno y veinticuatro por el control de un territorio. África fue el continente más afectado con 19 conflictos; Asia por su parte dio cuenta de 15 conflictos en este período; en el Cercano y Medio Oriente se registraron 10 conflictos; Europa padeció 7 conflictos armados importantes, y en América Latina hubo seis conflictos, todos ellos internos.

Las guerras no han desaparecido de la faz de la Tierra si bien han ido adoptando diferentes características y formatos; esto es lo que propongo investigar a continuación en el marco teórico que ofrece la plemología.

Gastón Bouthoul define a la Polemología como el estudio objetivo y científico de las guerras, como fenómeno social susceptible de observación, igual que otro cualquiera, y que por consiguiente debe constituir un capítulo dentro de las ciencias sociales y las relaciones internacionales (1984: 66).

Con el auxilio inestimable de la antropología, la economía, la historia, la sociología, la psicología, en fin la política como sustentos teóricos, se han analizado los comportamientos humanos vinculados con el empleo de la violencia entre grupos organizados. Sigmund Freud ofreció en este desarrollo un enfoque valioso de la condición humana partiendo de los instintos de vida y de muerte, de Eros y Tanatos. Se trata ahora de estudiar si es posible efectuar un análisis científico de la guerra considerando que se está ante una actividad generadora de un considerable rechazo moral, debido a sus consecuencias, pero que es necesario comprender, tanto en sus orígenes como en sus resultados, para encarar una seria, prolongada y definitiva construcción de la paz.

En el marco que ofrece la dialéctica, la guerra es quizás la manifestación más alta a la que llega un conflicto entre los opuestos, es la resolución del mismo por medio de la violencia, es una expresión de la contradicción y el movimiento.

Gastón Bouthoul, al referirse a los estudios de la guerra luego de la conflagración que tuvo lugar entre 1914 y 1918, dice en el prefacio de su *Tratado de Polemología*: «Además, era normal que la opinión estuviera extremadamente remisa en admitir el estudio científico de las guerras, pues, con el debilitamiento de las creencias religiosas, las guerras han llegado a ser, más que nunca, la más intensa fuente de las emociones colectivas».

¿Resulta posible, y pertinente, elaborar una teoría de la guerra? ¿Es apropiado establecer un conjunto de leyes que faciliten explicaciones y predicciones acerca de este fenómeno aplicando el método nomológico deductivo? ¿Se puede considerar una teoría que no adolezca de inmediatez y que, en consecuencia, aparezca refutada ante el primer cambio de las condiciones que le dieron sustento? Una teoría, para ser válida en la mayoría de los casos, no debe ser inutilizable, debe basarse sobre las características generales de las fuerzas y sus resultados más importantes.

Desde hace siglos los estudios de la guerra han suscitado la fascinación de aquellos que se dedicaron al análisis de la sociedad y sus conflictos. Diversas interpretaciones han sido elaboradas a lo largo del tiempo marcadas por diferentes contextos históricos y concepciones morales y filosóficas. Tucídides escribió sobre las Guerras del Peloponeso, antes Sun Tzu acerca del arte de la guerra, Tácito y Tito Livio sobre la antigua Roma, Maquiavelo describió el arte de la guerra y, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento y el Corán aparecen mencionados con frecuencia los conflictos armados.

Durante los siglos XVII y XVIII fueron realizados diversos estudios que expusieron los términos de un debate acerca de la guerra, de gran actualidad en estos tiempos, y presentes en las diversas escuelas del pensamiento estratégico durante la segunda mitad del siglo XX.

Hegel sostenía que «la guerra es la salud ética de los pueblos», concibiendo a esta actividad humana como a un fin en sí mismo y no como un medio para alcanzar determinados objetivos.

Mauricio de Sajonia (1696-1750) consideraba que la guerra constituía un dominio pasible de ser explicado mediando reglas científicas. Aunque por aquellos tiempos configurara una ciencia «anómala» teñida de prejuicios, emergiendo de las tinieblas en dirección a su racionalización y ordenamiento, tal como lo establecían los ideales de la Ilustración. Partidario de la guerra de desgaste, el autor de *Mes rêveries* proponía forzar al enemigo al abandono de la lucha sin necesidad de recurrir a la batalla.

Jacques Antoine Hippolyte, conde de Guibert (1743-1790), por su parte, se declaró partidario de adoptar los principios de Newton, Leibniz y D'Alambert para el estudio de las operaciones militares, habiendo ejercido su obra una gran influencia en la educación militar de la época. Decía en el *Essai général de tactique*: «Digo que la ciencia de la guerra moderna, comparada con la de los antiguos, es más vasta y difícil. Esto no quiere decir que sea más perfecta y luminosa en todos sus aspectos», para continuar luego de un análisis exhaustivo de los avances y cambios introducidos por las armas de fuego y la artillería: «He aquí los progresos de la modernidad. He aquí los efectos de las luces matemáticas esparcidos sobre la ciencia de la guerra» (1977: 69).



Adam von Büllow (1757-1807) tuvo la idea de construir un sistema geométrico para el saber militar. «Líneas de operaciones», «bases rectas», eran elementos corrientes de su pensamiento, propiciando a la maniobra (el no combate) como factor primordial de la guerra. Büllow afirmaba que «la estrategia es la ciencia de los movimientos bélicos fuera del alcance de la vista enemiga; la táctica la de los movimientos dentro de ella» (2005: 70), para señalar en otro pasaje: «aplicando a través de la estrategia, a todo el tablero de una guerra, el mismo principio que Federico aplicó a las batallas, tendríamos la clave de toda la ciencia de la guerra». El alcance del tiro del cañón establecía el límite entre táctica y estrategia. El punto débil de este enfoque debe ubicarse, en primer lugar, en la intención declarada de matematizar el fenómeno y de esta manera asimilarlo al campo de estudio de las ciencias físico matemáticas; en segundo lugar en el hecho de que al cambiar el poder destructivo y el alcance de los sistemas de armas, la teoría propuesta deviene inutilizable; se debe pensar simplemente en qué vigencia podría tener en escenarios dominados por misiles intercontinentales, submarinos nucleares, bombarderos de largo alcance, fuerzas de despliegue rápido, satélites de observación, etc. Además, ¿qué ocurriría si el adversario también posee la «clave» propuesta por von Büllow?

En el período transcurrido entre los trabajos de Maquiavelo y Clausewitz (1780-1831), el modelo de la ciencia (en particular el representado por la geometría con la consiguiente intención de derivar de ella principios válidos para la estrategia) acaparó el lugar retórico del paradigma desplazando al modelo histórico romano. Esta ambición «matematizante» si así se permite denominarla, asumiría luego el carácter de obstáculo epistemológico para la visualización de las transformaciones en curso, en particular las producidas por la Revolución Francesa en el terreno militar.

Hans Delbrück (1848-1929) realizó una comparación entre la conducción de Napoleón y Federico II afirmando que este desarrolló un sistema disciplinario basado en la coerción (los soldados prusianos debían temer más a sus superiores que al enemigo), mientras que aquel apelaba al orgullo nacional como motivación para el combate. La diferencia era de carácter político. La guerra monárquica se basaba en

gran medida en la posibilidad de mantener formaciones en bloque que evitaran la desertión; mientras que la revolucionaria se centraba en la moral individual y en la convicción política que guiaba a la tropa, cuya relación con los oficiales (sin estirpe nobiliaria) había cambiado radicalmente. «El soldado-ciudadano venía a reemplazar al *soldado-machine* del siglo XVIII inserto en un engranaje que lo controlaba» (2005: 66).

En el caso particular de los pensadores marxistas y teniendo en cuenta aquella sentencia de Marx en la *Crítica al Programa de Gotha* de que «la violencia es la partera de una sociedad nueva que se encuentra en las entrañas de otra vieja», así como una cierta propensión a buscar explicaciones racionales a todo y la inclinación hacia el determinismo de sus teorías, debe señalarse que Friedrich Engels entendía que una estrategia «científica» en lo que atañe a los estudios de la guerra es imposible, aunque la misma pueda estar orientada por principios provenientes de disciplinas rigurosas como la economía o la historia.

Sin embargo, y aún contra numerosas evidencias en sentido contrario, la idea de que esta trascendente actividad humana podría matematizarse, propia de la búsqueda de certezas y en cierto sentido de los *mundos terminados* de Paul Valery y la Ilustración, tuvo una presencia considerable en los pensadores de la guerra antes y durante Clausewitz; idea que nunca desapareció totalmente, presentando una considerable influencia en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial del siglo XX. A pesar de ello, ya en aquellos tiempos se discutía el rol del hombre en la guerra y en el devenir de las sociedades como sujeto u objeto de su destino, para lo cual siempre es útil tener como referencia al mencionado *dilema del determinismo* de Karl Popper.

Según Michel Foucault, la guerra es una relación social continuamente renovada y constituye el sustrato de las relaciones de poder. El fundamento de estas relaciones se oculta más de lo que se revela en el discurso jurídico o en las visiones sociales que toman al Estado como sujeto privilegiado del análisis.

En capítulos anteriores fue analizada la condición humana, la lucha por el poder y los posibles escenarios de la misma como premisas de este estudio de la guerra: Hobbes, Maquiavelo, Rousseau, Kant, Hegel, Marx, Foucault y Freud, entre otros, efectuaron diversas apre-

ciaciones acerca de este fenómeno que no viene al caso repetir aquí, pero a las cuales es necesario remitirse para un enfoque más completo y abarcador del tema en cuestión.

Carl von Clausewitz expuso e introdujo en su tiempo un verdadero cambio de paradigma. La teoría, desde este punto de vista, define su rol como actividad que permite capturar esencialidades, siempre que ello no implique perder de vista lo práctico.

Según Philonenko, Clausewitz emplea el método dialéctico en la medida en que percibe la duplicidad de los conceptos polemológicos: el contrapunto entre *duelo-guerra absoluta* y *guerra real* que constituye el primer capítulo de su obra.

En una carta dirigida a Fichte, Clausewitz se refiere a un ensayo publicado por aquél en *Vesta* de la siguiente manera: «He leído este ensayo y aunque no soy el hombre de profundos conocimientos en el arte de la guerra ni menos aún el hombre influyente al que Usted llama a estudiar el libro de Maquiavelo sobre el arte de la guerra, creo estar más desprovisto de prejuicios en la medida en que, en el rápido curso de los acontecimientos, he visto derrumbarse desvencijadas en sus junturas, todas las opiniones y formas militares tradicionales entre las cuales he crecido» (Fernández Vega, 2005: 95).

Frente al formalismo «mecánico» de la estrategia de las monarquías absolutas del siglo XVIII, inspiradas en el racionalismo geométrico y en una profunda desconfianza política de éstas hacia sus propios soldados, Clausewitz opuso la importancia de los valores morales y la subordinación de la máquina al hombre, y no la inversa, como sostenían más de uno de sus contemporáneos.

Las *condiciones sociales* y las *relaciones mutuas* son elementos que existen antes, durante y después de la guerra, independientemente de ésta, constituyendo en consecuencia factores centrales en la teoría de este general prusiano. A los partidarios de una enseñanza positiva, les reprochaba la consideración exclusiva de una variable, el rechazo a tomar en consideración las fuerzas morales, cierta ilusión de cientificismo con elementos que escapan a una cuantificación y el olvido de la reciprocidad en la acción.

Al dejar el servicio activo luego de haber combatido contra Napoleón –a quien llamaría *Dios de la guerra*– por lealtad al Prínci-

pe, y considerándose un admirador de la Revolución Francesa, propuso un cambio en la organización de los ejércitos introduciendo la figura del servicio militar obligatorio, según un modelo similar, aunque no idéntico al francés, y la creación de una escuela de oficiales a la que pudieran acceder los hijos de la pujante burguesía, pues la nobleza ya no era la única responsable de la defensa de la nación. Estas propuestas generaron rechazos en Prusia porque muchos veían en esta transformación el peligro de una revolución al brindarle manejo de las armas, disciplina y organización a la *plebe*, dominio exclusivo hasta entonces de la nobleza, ante lo cual Clausewitz reconocía que, si bien esto acrecentaba el peligro de una revolución, alejaba al mismo tiempo el peligro de una invasión, concluyendo que los pueblos alemanes sabían mucho más de invasiones que de revoluciones.

En el libro II de *De la guerra*, Clausewitz define a esta actividad como a una de las formas que adoptan las relaciones humanas:

Decimos entonces que la guerra no pertenece al campo de las artes y las ciencias, sino al campo de la existencia social. Es un conflicto de grandes intereses resuelto con sangre, y en ésto difiere de otros conflictos. Sería mejor compararla, más que con otras artes, con el comercio, que es también un conflicto de intereses y de actividades humanas: ella se asemeja todavía más a la política la que puede ser considerada, al menos en parte, como una suerte de comercio en gran escala. Más aún, la política es la matriz en la cual la guerra se desarrolla. (1955: 145)

Afirmando en un párrafo anterior: «Por otro lado, la actividad bélica nunca está dirigida contra algo únicamente material; ella está, al mismo tiempo, dirigida contra la fuerza moral e intelectual que anima lo material. Siendo imposible separar lo uno de lo otro» (1955: 128).

Un aspecto sumamente importante que es preciso considerar en la obra de este autor prusiano y que constituyó una verdadera revolución en su tiempo, es la relevancia acordada a los valores morales en el combate, hecho que hasta ese entonces fue tomado en cuenta por otros teóricos solo de manera secundaria, circunstancial y episódica. Los valores morales, el temor, el coraje, las convicciones profundas acerca de una causa por la que se arriesga la vida, ocupan entonces un

lugar central en este desarrollo teórico, no pudiendo ser ignorados por todos aquellos que se abocan seriamente a la tarea de estudiar esta actividad humana. Desde las guerras del Peloponeso, pasando por las dos guerras mundiales del siglo XX, Vietnam, Afganistán y el caso de Malvinas, hasta los escenarios actuales de Irak y Afganistán, la moral del soldado ha constituido y constituye un elemento clave del triunfo o la derrota.

Luego de un tránsito que se inicia considerando a la guerra como una lucha, asimilándola a la figura de dos gladiadores que combaten en el circo romano y cuyo resultado conlleva necesariamente la desaparición física –*absoluta*– de uno de ellos, Clausewitz aborda el estudio de lo que denominó *guerras reales*, calificando de este modo a aquéllas que tienen lugar entre los Estados y condicionadas tanto por las condiciones sociales como por las relaciones mutuas. Llegando así a otra importante definición: «Vemos entonces que la guerra no es únicamente un acto político sino un verdadero instrumento de la política, una prosecución de las relaciones políticas, una realización de éstas por otros medios. Lo que es particular a la guerra se relaciona puramente con el carácter particular de los medios que emplea». Observando más adelante: «Más allá que la guerra pueda influir poderosamente sobre las intenciones políticas, ésta debe ser considerada solamente como una modificación de aquéllas; pues la intención política es el fin mientras que la guerra es el medio, y no puede concebirse un medio independiente de un fin» (1955: 67).

En otra parte del Libro I observa este destacado General que la guerra como instrumento de la política es lo que permite apreciar y estudiar con rigurosidad su historia sin entrar en contradicciones, aclarando que las guerras difieren según la naturaleza de los motivos y las circunstancias que las engendraron.

Para concluir en una fórmula final abarcadora:

La guerra no es entonces únicamente un verdadero camaleón que modifica su naturaleza en cada caso concreto, ella es también como fenómeno totalizador y en relación a las tendencias que predominan, una extraordinaria trinidad donde se encuentra ante todo la violencia original de su elemento, el odio y la

animosidad, que es necesario considerar como un impulso natural, ciego; luego el juego de probabilidades y de azar que hacen de ella una libre actividad del alma; y a su naturaleza subordinada como instrumento de la política, por medio de la cual ésta pertenece al entendimiento puro. (1955: 69)

El primer elemento de la denominada *Trinidad* es propio de los pueblos, de los valores morales que pueden hacer la diferencia a favor o en contra de uno de los contendientes en un escenario de combate.

El segundo elemento corresponde al conductor militar, al estratega o artista, a aquél que imagina y ordena sus ejércitos en la incertidumbre, en la *bruma* de la guerra, definiendo para ello tácticas y estrategias adecuadas a la situación a resolver, por ello este General prusiano se refiere a éstas últimas como a un «arte» más que a una «ciencia», porque de conducir seres humanos en una situación límite se trata, con todos los riesgos e inconvenientes que esto conlleva.

El tercer elemento se corresponde con la conducción política, a la que Clausewitz entendía como «inteligencia personificada del Estado» o «inteligencia general de la situación» asimilable hoy al interés nacional, idea que en la actualidad puede equipararse con los intereses vitales de una Nación o de un grupo humano determinado.

De esta forma aparece una clara diferenciación entre el conductor militar, el especialista, que abarca solo un aspecto de la situación, y el jefe político que dirige el conjunto de las fuerzas del Estado y los elementos que intervienen en un conflicto armado. La subordinación de la guerra a la política constituye el sustrato teórico más importante de esta disciplina que se ha dado en llamar polemología, quedando de esta forma establecida una ley que permite aplicar el método nomológico deductivo para prever posibles evoluciones a partir del razonamiento y conocimiento de los hechos y situaciones políticas.

En los capítulos anteriores se ha investigado el desarrollo del primero –la condición humana y la lucha por el poder–, y tercero –la mundialización económica y política– elementos que componen la citada *Trinidad*, en esta parte me abocaré al segundo, sin descuidar los contextos políticos y sociales que están en la base de los conflictos armados contemporáneos y su eventual resolución.

Dependencia de la política y valores morales configuran una contribución teórica trascendente al estudio de este fenómeno y son el legado más importante de la obra de Clausewitz. Son los elementos que a su vez actúan decisivamente sobre la táctica y la estrategia, la primera concebida como el empleo de las unidades militares en el combate y la segunda como el empleo de los combates al servicio de la política, a los fines de la guerra cuyo objetivo final es la paz, aunque cada uno de los contendientes pueda tener una visión diferente de la misma conforme a los valores e intereses en juego.

Para la teoría de la guerra lo político parte de una presuposición de unidad de lo múltiple o una totalidad ideal enfrentada a otras totalidades, tratándose de un auténtico constructo epistemológico: *la inteligencia personificada del Estado*.

Antonio Gramsci en sus *Quaderni del carcere* escribió que la política tiene un sustrato militar que se revela en la conflagración, pero que en tiempos de paz se encuentra siempre en estado latente. El aspecto militar, obviamente, no agota la definición de política, pero se ubica en su centro. Lo esencial es que guerra y política no son términos mutuamente excluyentes tal como se postulaba —y a veces se postula— en las concepciones jurídicas de muchos estudiosos del tema. Según Gramsci entonces, los conflictos internos no merecen el calificativo de guerra porque no son más que perturbaciones de un orden político esencial.

Carl von Clausewitz escribió *De la guerra* inmerso en el tiempo de las guerras napoleónicas que llevaron al campo de batalla las consignas de la Revolución Francesa. Su obra, además, incluye importantes desarrollos de la táctica, la estrategia y la organización de los ejércitos hacia fines del siglo XVIII e inicios del XIX. Raymond Aron observaba con razón que «los grandes pensadores pertenecen a su tiempo aun si intentan trascenderlo». Esta construcción teórica tomó como actor central al Estado-nación, lo que ha llevado a muchos investigadores y analistas contemporáneos a hablar de la era *post Clausewitz*, al tomar en cuenta el debilitamiento de los Estados en el mundo globalizado. Las guerras cambian su carácter según las épocas, cada período histórico tiene las suyas, pero en todos los casos mantienen su subordinación a la política; por ello Clausewitz soste-

nía que a objetivos políticos grandiosos le corresponderán guerras grandiosas y a objetivos políticos poco importantes le corresponderán guerras poco importantes.

Aunque deba reconocerse que el actual sistema mundo no es el de inicios del siglo XIX, sostengo que las bases teóricas elaboradas por aquel General prusiano se mantienen intactas y no han sido refutadas hasta hoy. La célebre *Fórmula* «la guerra es la política por otros medios» conserva toda su vigencia y actualidad, al menos cuando de estudiarla desde un enfoque teórico se refiere.

Lo que determina entonces el éxito o fracaso en una guerra entendida en su totalidad y no en sus aspectos parciales, tácticos, es la aplicación o no de una correcta política compatible con el conjunto de una situación particular y con los objetivos de un Estado y/o una comunidad.

Las guerras no son iguales unas en relación a otras y aquellas conducidas por políticas *absolutas*, es decir, cuyo propósito es aniquilar al adversario, se diferencian de las guerras reales que presentan fines políticos circunscriptos y limitados a ganancias territoriales, control de vías de comunicación y/o de centros poblados.

En el Libro I, Clausewitz hace referencia al principio de *polaridad* que podría entenderse como una suma igual a cero: «En una batalla, cada campo quiere triunfar: he aquí una polaridad real, pues la victoria de uno hace imposible la del otro. Pero desde el instante mismo que se trata de dos cosas diferentes que tienen una relación común exterior a ellas, esta polaridad no se aplica a estas cosas, sino a su relación» (1955: 62). A través de esta afirmación, el autor de *De la guerra* analiza esta actividad desde un punto de vista en el cual existe una clara diferenciación entre la batalla, donde lo que gana uno lo pierde el otro, y la guerra como totalidad envolvente de un conjunto de relaciones y acciones políticas que van más allá y constituyen en último término el contexto que comanda y condiciona las diferentes batallas.

Clausewitz consideraba que la guerra tiene su propia gramática, su propio lenguaje, pero no su propia lógica que le es proporcionada por la política. Sin embargo comprendió que si se deja librada la guerra a su impulso natural, la misma tenderá hacia lo *absoluto*, hacia la desaparición física y moral del oponente, mientras que este no es el caso de las guerras reales subordinadas a objetivos políticos acotados



del Estado. Por otro lado, en el terreno abstracto del concepto en estado puro, la reflexión necesariamente alcanza los extremos, como consecuencia de los conflictos armados abandonados a su suerte y obediendo a sus propias leyes.

Sostiene en otro párrafo:

Vemos entonces que desde sus orígenes el elemento absoluto, en cierta forma matemático de la guerra, no tiene un fundamento cierto sobre el cual basar los cálculos relativos al arte de la guerra; de entrada se mezclan juegos de posibilidades y probabilidades, de buena o mala fortuna, que continúan a lo largo de cada hilo, grueso o fino, con los cuales teje su entramado, y que hace de la guerra la actividad humana que más se asemeja a un juego de naipes. (1955: 65)

La esencia de la guerra conduce naturalmente hacia el concepto, hacia la guerra *absoluta* o el absoluto de la guerra (noción que no debe confundirse con las denominadas guerras «totales» del siglo XX, vinculándose esta con los medios empleados en un conflicto armado). Filosóficamente, este concepto implica aquello que Clausewitz denominaba «ascenso a los extremos» de todas las potencialidades o potencias, es decir, el movimiento de la violencia en su estado puro. El concepto puro de la violencia desencadenada es el exterminio, el aniquilamiento del contrincante. Pero el aniquilamiento del adversario no puede constituir una negación lógica simple; es una negación dialéctica, por el contrario, que engendra el conflicto y de la que el mismo deriva. Desde que el conflicto se desarrolla, cuando revela su potencial, el mismo se manifiesta como una fuerza que no se encuentra súbitamente liberada en sí misma, pero que existe y deviene real y mediatizada a través de antagonismos reales.

Esta manifestación *real* que es la acción recíproca de los antagonistas, opuesta dialécticamente a la esencia o *absoluto* de la guerra, es lo que le permitió a Clausewitz la elaboración de una «teoría». Esta teoría, por otro lado, no será un enunciado simple de reglas buenas o justas, lo que la llevaría de forma permanente a entrar en contradicción con los hechos; ella es la observación de estos, del fenómeno natural, debiendo constituir una herramienta válida para su interpretación.

La teoría de la guerra entonces, no está para decir lo que debe hacerse en cada caso, sino para indicar el resultado inevitable a partir de que cada uno de los contendientes haya adoptado sus decisiones y disposiciones.

La guerra en sus términos absolutos fue analizada desde el extremo al cual normalmente no llegan las voluntades enfrentadas pero les sirve al mismo tiempo como referencia última de los peligros a los que se hallan expuestas. Términos absolutos que, según Clausewitz, eran abstractos, pues el contexto en el cual tenían lugar los conflictos armados de su tiempo estaba conformado por Estados constituidos. Señala al respecto:

Cuando más los objetivos de guerra son poderosos y grandiosos, más afectarán la existencia misma de la Nación, más la tensión que precede a la guerra es violenta y más la guerra se asimilará a su forma abstracta; y cuando más ella busca la destrucción del enemigo, más el objetivo militar y el fin político coinciden, más la guerra aparecerá como puramente militar y menos política. (1955: 67)

En tiempos de Clausewitz va de suyo que la teoría de la guerra, en lo que se refiere a fines y medios de la acción violenta, desborda su concepto absoluto, habiéndose dedicado menos al concepto –la guerra *absoluta*– y más a la teoría, que se refiere principalmente a la guerra real. Sin embargo, esto no quiere decir que deba perderse de vista el concepto *puro* de la guerra y ello por dos razones: primero, porque el mismo nos remite, cuando así lo impone la situación, a la consideración de una estructura completa, global, de la dialéctica de los conflictos; segundo, porque la misma implica una esencia que no debe olvidarse, la de la tendencia hacia los extremos de los conflictos armados o, dicho de otra manera, a la expansión absoluta de la violencia. La importancia de estos dos aspectos del concepto mismo de la guerra se relaciona con el hecho de que esta es un asunto humano, esencialmente humano, en el que solo el hombre es objeto y sujeto, es fin y medio; que el conflicto en cuestión no es el conflicto de dos (o más) cuerpos cualesquiera, sino de dos grupos de hombres; que las voluntades buscando su exterminio mutuo son voluntades humanas; y que la guerra en fin de cuentas como asunto humano, es más una

actividad social que un arte o una ciencia, mostrando en consecuencia tanto un ascenso hacia el concepto puro o absoluto, como hacia el juego empírico de la ciencia aplicada.

Se pregunta Aron al respecto: «¿Por qué la guerra, según una consideración abstracta, lleva necesariamente a los extremos? ¿Por qué esta ascensión deviene de la lógica, o de la esencia, del duelo o de la lucha? La razón última está en la acción recíproca de las fuerzas y de las voluntades enfrentadas, cada una intentando imponerle su voluntad a la otra» (1978: 110).

Cuando los objetivos de una guerra ponen en riesgo la supervivencia misma de una nación o de un grupo humano, más la guerra tenderá hacia su forma abstracta o *absoluta*, tal como puede observarse en gran parte de las guerras civiles. Esto se ha expresado y expresa en la práctica en la inversión de la *Fórmula*: la guerra ya no es la política por otros medios sino que la política pasa a ser la guerra por otros medios. Así ocurrió durante buena parte del siglo XX con algunas excepciones: los conflictos armados recurrentes entre árabes e israelíes, India y Paquistán y Malvinas, para mencionar aquí los que más pueden asimilarse a guerras «reales» y limitadas en sus objetivos.

Algunos antecedentes destacados en lo que a la inversión de la *Fórmula* se refiere, señalan a Erich Ludendorff, quien fue jefe del Estado Mayor alemán hacia fines de la Primera Guerra Mundial y propuso entonces un comando militar unificado que concentrara la suma del poder político y condujera la guerra. Apoyó a Hitler en los años treinta y fue diputado por el Partido nacional-socialista en el Reichstag desde 1933. Decía Ludendorff, uno de los primeros en introducir el término de *guerra total*:

La naturaleza de la guerra cambió, el carácter de la política cambió, y en la actualidad las relaciones existentes entre la política y la conducción de la guerra deben cambiar también. Deberíamos arrojar por la borda todas las teorías de Clausewitz. El arte de la guerra y la política fueron hechos para garantizar la protección de un pueblo, pero el arte de la guerra es la expresión más alta de la *voluntad de vivir* nacional, y la política, en consecuencia, debe subordinarse a la conducción de la guerra. (1990: 1215)

En su *Proclama al pueblo alemán*, manifestaba Adolf Hitler el 3 de octubre de 1941 en ocasión de la invasión alemana a la URSS:

Los acontecimientos a los que he hecho referencia hoy me llevaron a mí, nacional-socialista de la primera hora, a una conclusión inevitable. Nos enfrentamos a dos sistemas extremos. Uno de ellos conformado por los Estados capitalistas quienes, a través de mentiras y engaños, privan a sus pueblos de sus derechos naturales preocupándose únicamente de sus intereses financieros para cuya preservación están dispuestos a sacrificar la vida de millones de seres humanos. El otro es el extremo comunista: un Estado que ha llevado a una miseria indescriptible a millones de hombres y una doctrina que quiere someter a todo el mundo a igual suerte. Desde mi punto de vista, esto nos impone un deber único; esforzarnos más que nunca en llevar adelante el ideal nacional-socialista. (Laffont, 1990: 1220)

En ambos casos, tanto en Ludendorff como Hitler, los resultados de pensar una política *absoluta* como medio del cual se sirve una guerra también *absoluta* están a la vista: dos derrotas catastróficas con graves consecuencias políticas y humanitarias, tanto para el mundo como para el mismísimo pueblo alemán.

José Stalin, por su lado, atribuyó a Clausewitz los fracasos alemanes tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial. En un trabajo publicado en 1945 que tenía propósitos de propaganda interna más que de riguroso análisis teórico, el líder de la Unión Soviética, al mismo tiempo que cuestionaba los comentarios elogiosos efectuados en su tiempo por Lenin a la obra *De la guerra*, sostenía: «En lo que concierne particularmente a Clausewitz, este ha envejecido en tanto que autoridad militar. Es ridículo en la actualidad seguir las lecciones de Clausewitz. La terminología de Clausewitz, referida a la lógica y la sintaxis de la guerra, ofende el sentido común» (1955: 25).

No es necesario abundar con más citas para observar que tanto Hitler como Stalin –una vez enfrentados y sumergidos en una escalada creciente de la violencia– se comportaron como jefes revolucionarios que depositaban en la guerra o en el lenguaje de las armas la posibilidad de transformar la política y el sistema social del adversa-



rio. Con todos los antecedentes del caso, ambos pensaron la guerra en términos abstractos, absolutos y, quizás sin proponérselo, invirtieron la *Fórmula*, a una política absoluta le correspondió una guerra de iguales características. En ciertos aspectos, la Segunda Guerra Mundial concretó lo evitado por la Primera: esta se mantuvo como conflicto entre naciones por intereses definidos y delimitados, lo que llevó en su tiempo al Mariscal Foch a pronosticar «las guerras por intereses son cada vez más interesadas y menos interesantes».

La satisfacción de los intereses podía resguardar a los rivales de caer en la tendencia a aniquilar al otro. Pero la Segunda introdujo la lucha por las ideas del hombre y de la historia. Los intereses tradicionalmente esgrimidos, territorios y recursos, todavía presentes, hubieron de coexistir con valores y visiones del mundo antagónicas en el marco de un sistema heterogéneo. El Estado nacional no era ya el único sustento del «sentimiento hostil» de Clausewitz. Su lugar comenzaría a ser compartido u ocupado por las guerras de liberación nacional y revolucionarias de partidos con referencias ideológicas globales.

En sus *Memorias*, publicadas en la década de los cincuenta, el jefe del Estado Mayor alemán en la batalla de Stalingrado, von Manstein, señala los errores políticos de Hitler y se lamenta de no haber tenido en cuenta las enseñanzas de Clausewitz, en particular cuando éste afirmaba que un país grande de civilización europea como Rusia no puede ser ocupado desde afuera por la complejidad que representan tanto la extensión territorial, con todos los problemas logísticos que esta realidad implica, como las características del pueblo. Clausewitz llegó a esta conclusión a partir del fracaso de Napoleón en 1812 en el frente ruso, sosteniendo que en una nación como la arriba citada solo puede cambiarse la estructura política a partir de sus disensos internos, cosa que ocurriría un siglo y medio más tarde con la caída del Muro de Berlín y la *perestroika* de Mikhail Gorbachov.

El desarrollo de las armas nucleares hizo, y hace posible aquella sentencia de Jean-Paúl Sastre de que por primera vez en toda su historia la humanidad tiene la capacidad de suicidarse; la guerra *absoluta* es ahora posible.

Estos sistemas de armas, capaces de eliminar en instantes a miles de millones de seres humanos al liberar la energía del átomo, introdujeron

importantes modificaciones en el *arte* de la guerra entendido este como expresión del talento del conductor militar. Hasta ese entonces, espacio y tiempo habían constituido componentes esenciales en el desarrollo de los estudios estratégicos y en la dirección de la guerra. Las armas nucleares disminuyeron sensiblemente, reduciendo casi a cero, la importancia de estos elementos como consecuencia de su poder devastador y la instantaneidad de sus efectos; a nivel de la estrategia en tiempos nucleares, el fin se adhiere al medio y la política aparece impotente en un escenario de confrontación armada generalizada donde el cálculo matemático y la respuesta militar se imponen *urbi et orbi*. Como bien lo observa Lucien Poirier, «es absolutamente imposible que exista un Napoleón en la era nuclear», al considerar la fecunda creatividad estratégica del Emperador de los franceses.

Por ejemplo, durante los años setenta del siglo pasado, el ex presidente Carter de los Estados Unidos mencionaba que el Pentágono le había elaborado una guía acerca del curso de acción a seguir en el caso de una guerra nuclear con la URSS, esta guía constaba de setenta páginas de difícil comprensión, para un ingeniero nuclear como el entonces Presidente, ante lo cual –según el propio Carter– no quedaba otra alternativa que «lanzar todo» ante un ataque proveniente de Moscú y entregarle el control de la situación a los militares, pudiendo inferirse a partir de este reconocimiento las consecuencias trágicas para la humanidad de haber ocurrido esta conflagración.

La *guerra fría*, sustentada en el equilibrio del terror y protagonizada por los actores dominantes –la Unión Soviética y los Estados Unidos– en el marco de una configuración bipolar en la que ambos poseían la capacidad de destruirse pero no de desarmarse, se apoyó sobre la posesión de cada uno de éstos de imponentes arsenales nucleares capaces de eliminar la vida humana en el planeta en tan solo algunas semanas. En consecuencia, ¿cuál era el *sentido político* de la destrucción del mundo?, ¿sobre quién o quiénes ejercería el poder aquel que circunstancialmente resultara ganador de una catástrofe como la prevista? Evidentemente no había ninguna *razón política* que justificara, tanto en un lado como en el otro tamaña tragedia de beneficio político nulo, tal como Albert Einstein lo había anticipado al pronosticar los efectos previsibles de un «invierno» nuclear que

retrotraería a la humanidad a la edad de piedra. Por ello no hubo tercera guerra mundial en un escenario en el cual –más allá de las disputas y opiniones de algunos que daban por fenecida la teoría de Clausewitz– prevaleció lo político. Aquí es necesario aclarar que, si bien algunos se apresuran a otorgarle el mérito de esta *no guerra* a la acción diplomática –que a juicio del autor es importante y merece ser debidamente considerada– la realidad indica otra cosa y encuentra sus motivos en los factores que establecieron el equilibrio de poder más arriba señalados.

Ello no constituyó un obstáculo para que emergieran escuelas del pensamiento estratégico influenciadas por la presencia de las armas nucleares y elaboraran propuestas, tanto en el Este como en el Oeste, que conformaron una verdadera inversión de la *Fórmula* de Clausewitz al ofrecer soluciones militares a los problemas y desafíos políticos mundiales.

En particular, la escuela del pensamiento estratégico norteamericano que desarrollaba sus investigaciones en la *Rand Corporation*, partía de considerar a la URSS como a un enemigo diabólico, dispuesto a todo, y frente al cual los Estados Unidos debían desarrollar una superioridad militar absoluta, de manera tal que en una guerra nuclear contra Moscú el éxito estadounidense estuviera descontado. Una verdadera *matematización* de la guerra tuvo lugar en los años sesenta y setenta del siglo veinte a través de la confección de matrices matemáticas que incluían desde una confrontación nuclear total hasta lo que Clausewitz denominaba «observación armada», tarea esta propia de los servicios de inteligencia militares. Tanto uno como el otro sector, en aquellos años, partía del supuesto que una tercera guerra mundial, de características inéditas, estaba en curso dando como resultado la inversión de la *Fórmula* arriba mencionada. La doctrina de la *Seguridad Nacional* en América Latina y la doctrina de la *Soberanía Limitada* en Europa oriental enunciada luego de los sucesos de Hungría en 1956 y Checoslovaquia en 1968, constituyeron el resultado lógico de estas apreciaciones.

Thomas Crombie Schelling, Herman Kahn, Bernard Brodie y Albert Wohlstetter, entre otros, fueron conspicuos representantes de esta escuela del pensamiento estratégico norteamericano asesorando alterna-

tivamente al Departamento de Estado y al Pentágono. Un crítico de esta corriente, Anatol Rapoport decía al respecto: «para Clausewitz, la guerra era la continuación de la política por otros medios, si hubiera vivido en nuestra época, habría observado que la política es la continuación de la guerra por otros medios» (Raymond, 1978: 238).

Albert Wohlstetter por ejemplo, afirmaba que se debía tener una actitud espiritual especial para aplicar los métodos *científicos* al análisis de las alternativas estratégicas, políticas y militares.

Thomas C. Schelling hablaba de diplomacia *violenta*, oponiendo a la política de contención de la URSS, entonces implementada por los Estados Unidos, otra fundada en la necesidad de obligar a los soviéticos a abandonar las posiciones adquiridas, dicho de otra manera, transitar desde una actitud defensiva basada en la disuasión, a otra ofensiva denominada *compellence* por este académico destacado y cuyo objetivo era modificar el *statu quo* existente. Tiempo después –en lo que podría considerarse como una autocrítica– Schelling reconoció que el fracaso norteamericano en Vietnam se debió a que Washington no había tomado debidamente en cuenta las características políticas, geográficas y culturales de esta nación del sudeste de Asia, poniendo un énfasis desmedido en la solución militar.

Herman Kahn, en *On Termonuclear War* publicado en 1960 hace, según lo analiza Raymond Aron, estrategia ficción. Este trabajo expone una serie de circunstancias peligrosas al considerar a los soviéticos como adversario diabólico y enfatizar las capacidades por sobre las intenciones del adversario. Kahn efectúa una manipulación excesiva del riesgo, sosteniendo que los Estados Unidos deben amenazar con el empleo de las armas nucleares ante cualquier conflicto –aun menor– en el cual se encuentren comprometidos y afectados los intereses norteamericanos. Para tal fin, Washington debía dotarse de una panoplia de armas de enormes dimensiones y sumamente costosa. Primer golpe, segundo golpe, acción antifuerzas y acción anticidades, eran términos de uso corriente en aquellos años, dando una idea de la paranoia que se había apoderado de estos analistas. Esta posición contaba, como resulta obvio, con el apoyo incondicional del *complejo militar-industrial*, denunciado por el presidente Eisenhower, que veía favorecidos sus negocios e incrementados sus beneficios si estas políticas se adoptaban.

El profesor de la Universidad de Yale Bernard Brodie, destacado integrante de la *Rand Corporation* y quizás el más lúcido de los analistas, decía: «Toda innovación sorprendente, tanto sea para la ofensiva como para la defensiva, ha generado oportunamente algún tipo de réplica; pero esta réplica fue siempre relativa y el resultado fue comúnmente un cambio profundo y a veces políticamente significativo en los métodos de conducción de la guerra» (1990: 1247), al referirse a los cambios introducidos por las armas nucleares.

Estos expertos en diversas oportunidades acercaron sus propuestas a presidentes norteamericanos sin que las mismas fueran tomadas en cuenta en su totalidad. La historia cuenta que David Eisenhower preguntó en una oportunidad ¿cuántas veces se puede matar a la misma persona?, y John Kennedy las rechazó. Los Estados Unidos habían establecido seis mil objetivos en la Unión Soviética durante los años sesenta en caso de un ataque nuclear, habiéndose incrementado esta cifra a treinta mil durante la gestión de Henry Kissinger al frente del Departamento de Estado durante los años setenta.

Del lado soviético, el mariscal Vassili Sokolovsky, héroe de la Segunda Guerra Mundial por haber comandado la caída de Berlín, escribió en 1962: «Naturalmente, el empleo de medios de combate cualitativamente nuevos conlleva cambios profundos de los objetivos estratégico-militares de los dos adversarios en una futura guerra».

Luego de realizar una breve síntesis de los cambios introducidos en el arte de la guerra durante la Segunda Guerra Mundial y tomando nota de la novedad que plantean las armas nucleares se pregunta:

¿Cuáles serán los trazos que caracterizarán a una futura guerra, del punto de vista de los objetivos estratégico-militares y cómo serán los medios de conducción? Podemos prever que los beligerantes emplearán los medios más eficaces y más decisivos, sobre todo armas nucleares masivas para aniquilar al adversario y obtener su capitulación en un plazo muy breve. En esas condiciones, la cuestión planteada es saber ¿cuál es el principal objetivo estratégico-militar de la guerra: la derrota de las fuerzas armadas o la destrucción de los objetivos internos seguido de la desorganización de la estructura del país vencido?

La respuesta de la estrategia militar soviética es que los dos objetivos deben ser atacados simultáneamente. La aniquila-

ción de las fuerzas armadas enemigas, la destrucción de los objetivos ubicados en la retaguardia y la disolución de lo interno constituyen un solo y único procedimiento. (1990: 1350)

Las armas nucleares hicieron posible la *matematización* –la suma igual a cero– rechazada por Clausewitz, desde el preciso instante que se podía pensar en la exterminación del adversario, a esto se debe adjuntar una bipolaridad política e ideológica con cierta rigidez como sustento de una visión estratégica que hizo de lo *absoluto*, de lo abstracto, el alfa y el omega de las teorías predominantes.

Así como von Büllow y otros pensadores militares en tiempos de la Ilustración basaron sus teorías en determinados sistemas de armas, en razonamientos geométricos de las batallas criticados por Clausewitz, los analistas norteamericanos y soviéticos también construyeron sus estrategias a partir de las armas nucleares, lo que dio como resultado visiones políticas teñidas de razonamientos exclusivamente militares y la inversión global de la *Fórmula*.

Sin embargo, y aquí vale una aclaración, las armas atómicas le evitaron la guerra a una porción de la población mundial, la de los países desarrollados, no impidiendo todas las guerras sino la propia. Asia, África y América Latina fueron escenarios de importantes conflictos armados durante los años de la bipolaridad y aquellos actores que se vieron envueltos en guerras contra la intervención directa de una u otra de las superpotencias, no se sintieron disuadidos frente a un eventual, o hipotético, empleo o amenaza de empleo de las armas nucleares.

Según Carl Schmitt, la Revolución francesa ideologizó la guerra cancelando la distinción entre combatientes y no combatientes, tal como más tarde lo mostrarían las guerras coloniales y civiles. La «tiranía de los valores», tal como lo expone José Fernández Vega, vuelve a la guerra un asunto ideológico y agudiza sus objetivos. El enemigo deja de ser reconocido como adversario justo, como *iustus hostis*, y se radicaliza como enemigo absoluto que debe ser aniquilado, lo abstracto se vuelve real pudiendo constatar la *absolutización* de los conflictos armados (2005: 270).

Es legítimo ver los conflictos actuales, no siempre nacionales *strictu sensu*, bajo el enfoque hasta aquí desarrollado y entender que la teoría



de la guerra nacional se ha desdoblado paulatinamente en una teoría de la guerra civil. Esto sin desconocer la vigencia del Estado nacional y el papel que cumple en la movilización de los pueblos para la guerra.

La guerra modifica las relaciones sociales tal como lo demuestra un balance contrastado de la historia. La distancia entre guerra *real* –asimilable a lo que se considera técnicamente como guerra *limitada*– y guerra *absoluta*, conserva su validez en tanto y en cuanto las guerras *reales*, las que tienen lugar en nuestro tiempo, presentan una tendencia más pronunciada a manifestar la esencia de la misma, a realizarse como guerras *absolutas* poniendo en juego la totalidad del equilibrio social. Esto ocurre por dos razones fundamentales: una de ellas se vincula con la extensión planetaria de los conflictos y las características del sistema mundo, la otra es su carácter social. Estos dos aspectos, sin embargo, deben ser tomados como tendencias, el teatro global de la guerra se fragmenta en escenas particulares; los conflictos internacionales de clase aparecen desmembrados en luchas localizadas, más o menos nacionales, apareciendo en muchas ocasiones intereses particulares encapsulados en valores contradictorios. Por todo ello, una vez más es en la solidaridad de cada una de esas partes con la totalidad de los conflictos globales donde reside el secreto de las decisiones futuras, y si la teoría de la guerra debe progresar es desde este lado.

Un paréntesis aquí permite retrotraerse a lo ya expuesto en el capítulo referido al estudio de la condición humana y a sus constantes en la ocurrencia de los conflictos armados. La referencia en esta ocasión se dirige a lo sostenido por Kenneth Waltz, uno de los más conspicuos exponentes del *neorrealismo* en los estudios de las relaciones internacionales. Para Waltz, la guerra tiene sus raíces en las imperfecciones e inmoralidad de los hombres, en la conducta injusta de los gobiernos nacionales y en el carácter anárquico de la comunidad internacional. Las guerras acontecen en el sistema mundo no solo porque los individuos y los Estados actúan injustamente, sino porque no existe algo que los pueda detener. Añade que la conducta agresiva de los hombres y las políticas injustas de los Estados son la causa inmediata de la guerra. La condición humana ocupa un lugar importante en este desarrollo «las guerras resultan del egoísmo, de errados im-

pulsos agresivos, de la estupidez. Otras causas son secundarias y tienen que ser interpretadas a la luz de estos factores» (1959: 16).

No está en los objetivos de este trabajo la realización de un análisis en profundidad de la guerra porque esto excede ampliamente el planteo inicial, aunque la misma ocupe un lugar central en el enfoque polemológico de las relaciones internacionales. He querido señalar algunos aspectos del debate teórico y rescatar los temas centrales del legado de Clausewitz así como su célebre *Fórmula*, pues considero que los mismos conservan una gran actualidad.

Guerra y democracia

Así como el comercio no puede existir sin la guerra, la guerra no puede existir sin el comercio.

JAN COEN. Gobernador de la Compañía holandesa de las Indias Orientales (1614)

Una idea ampliamente extendida es aquella que sostiene que los Estados democráticos no guerrearán entre sí. William Clinton en su informe *El Estado de la Unión* de 1994 decía: «En última instancia, la mejor manera de asegurar nuestra seguridad y construir una paz duradera es apoyar el avance de la democracia en todas partes. Las democracias no se atacan entre sí» (1995: 21). Del lado conservador, el ex Secretario de Estado James Baker y Margaret Thatcher expondrían un punto de vista parecido, tanto como George W. Bush años más tarde.

En sentido contrario, Maurice Bowra de Oxford escribió: «Atenas brinda una refutación notable del engaño optimista de que las democracias no son belicosas ni ávidas de imperio» (1957: 88).

Mucho antes Immanuel Kant en *La paz perpetua y otros ensayos*, pensaba que un gobierno absoluto podía llevar a su país a embarcarse en una guerra por capricho y quedar liberado de sus efectos en la vida diaria, mientras que los ciudadanos de una república, si iban a la guerra, estarían eligiendo traer muerte y destrucción sobre sí mismos. Por ello llegó a la siguiente conclusión: «si se requiriera el consenso de la ciudadanía para determinar si hubiera o no guerra, es natural



que ellos consideren todas sus calamidades antes de comprometerse en tan arriesgado juego».

Kant no indicó jamás que las repúblicas no lucharían contra otras repúblicas. Lo que sostuvo es que éstas tenderán a ser más renuentes que las dictaduras a pelear contra otros. Aun siendo imposible medir tal renuencia, una observación sencilla sugiere que es parcialmente cierto lo que este notable filósofo señaló, ofreciendo referencias válidas para evaluar los comportamientos de una democracia cuando se encuentra amenazada por la guerra. Aunque en un principio se hallen menos dispuestos para involucrarse en un conflicto armado, lo que constituye una información valiosa para un adversario no democrático, los gobiernos democráticos difícilmente puedan ir a la guerra con gobiernos autocráticos únicamente para transformar su régimen político, siendo así menos probable de que vayan a una guerra entre ellos. Los ex presidentes de los EE. UU. Clinton y Bush se apartaron de tales argumentos en su momento en Haití, Somalía, la ex Yugoslavia, Irak y Afganistán.

Otro aspecto cuestionable de los argumentos de Kant, al menos cuando se confrontan con las sociedades modernas que gozan de sufragio universal, es el riesgo de imputar un espíritu pacífico al común de los ciudadanos. Si bien es cierto que los individuos rehúyen la perspectiva de derramar su propia sangre, lo que en muchos casos se verifica en ciudadanos en edad de conscripción o en soldados en servicio –tal como ocurrió en Vietnam en los años setenta y en Israel en el Líbano en 1982 y 2006–, también es cierto que al ciudadano puede no importarle demasiado cuando otros son los que arriesgan sus vidas porque lo hacen en forma voluntaria. Como ejemplo vale citar el relato de Robert D. Kaplan en un diálogo sostenido con el cabo de *marines* norteamericano Michael Pinckney destinado en Irak:

Tengo 23 años. Mi generación da pena. Son todos unos blancos. No les importa su identidad como estadounidenses. Vivimos en un país de puta madre, y ellos ni siquiera están orgullosos. Mi familia iza la bandera, pero otras no. Nadie sabe ya lo que significa ser estadounidense, es duro. Me gusta estar en casa pero a veces no. La gente de casa no está orgullosa de que

estemos aquí en Irak, porque ha perdido el sentido del sacrificio. Esperan que todo sea perfecto y fácil. (2007: 354)

Por otro lado, aunque fuera cierto que las democracias son menos propensas a iniciar guerras externas, no puede concluirse de ello que sea menos probable que se vean envueltas en guerras internacionales.

Dice Salgado Brocal: «A la gente que no tiene mucho que perder y que no tiene gran participación en la sociedad puede, incluso, gustarle la idea de combatir, particularmente si aquello es alentado por la prensa patrioter y la propaganda del gobierno» (2000: 21). Muchedumbres en Londres y París alentaban en las calles la guerra de 1914. Los gobiernos saben que una guerra extranjera una vez iniciada actuará como elemento de cohesión de la sociedad; así ocurrió en los Estados Unidos con el voto afirmativo demócrata en 2002 que habilitó la invasión a Irak, y la guerra de Malvinas le permitió tiempo después ganar las elecciones a Margaret Thatcher en Gran Bretaña, así como la derrota argentina contribuyó significativamente a la caída de la dictadura militar, para citar algunos casos conocidos.

Un enfoque interesante es el realizado por Kaplan producto de su convivencia con soldados norteamericanos en Colombia, Filipinas, Irak y Afganistán:

Los ciudadanos de las democracias evitan las guerras pero, una vez que se embarcan previa consulta democrática, muestran cierta propensión a luchar hasta el final. Eso ha sido cierto desde los tiempos de la antigua Atenas, y ha hecho a las tropas democráticas las más feroces en el combate. Vietnam, en realidad, no fue una excepción. En su amplia mayoría, como lo atestiguan los sondeos Harris, los estadounidenses apoyaron el bombardeo pesado y sostenido de Vietnam del Norte, hasta muy avanzada la guerra, y la victoria del presidente Nixon sobre la estrategia de rendición de George McGovern en 1972 fue aplastante. Los soldados y *marines* a los que conocí durante meses de viajes con el Ejército –cuyos padres y abuelos habían combatido en Vietnam– consideraban esa guerra tan sacrosanta como las demás de la nación. En cuanto a los que tenían otra opinión de Vietnam, por lo general procedían de

las clases más prósperas de la sociedad estadounidense. Clases que incluso en aquel momento se encontraban en trance de forjar una elite global y cosmopolita. Para cuando llegó Irak, esa nueva ciudadanía global estaba más asentada, y ponía en entredicho la secular capacidad de las democracias individuales para perseverar en una guerra prolongada y difícil.

La abnegada disposición a morir de los *marines* también era producto de sus orígenes de clase obrera. Las clases trabajadoras siempre han estado acostumbradas a vidas y reveses duros e injustos. Tenían una identidad menos articulada y narcisista que las de las elites y podían subsumir sus egos con mayor facilidad dentro de una orgullosa identidad unitaria, como la que apuntalaba a un pelotón entero, la capa organizativa en la que mejor funcionaban los *marines*. (2007: 398)

Aun en los países más cultos y antiguos, puede constatar, las libertades asociadas con la democracia pueden permitir un clima en el que el chauvinismo y la beligerancia resulten exaltados si condiciones particulares así lo indican.

Desde la desaparición de los regímenes comunistas en Europa, avanzó la visión liberal según la cual la democracia se impondría en el mundo. En este nuevo escenario la guerra estaba condenada a su extinción —el *Fin de la Historia* de Francis Fukuyama— situando a la democracia como remedio para una patología conformada por la totalidad de los conflictos armados. Este punto de vista ubicaba al sistema político como causa única de las guerras: los Estados democráticos por definición son pacíficos y aquellos otros regímenes no democráticos son necesariamente belicosos. Todas las demás causas de la guerra, en este contexto, resultan falsas y el ideal de la paz eterna descansaría en una doble utopía: todos los Estados del mundo serán democráticos y cuando llegue ese momento la paz será perpetua.

Observaba al respecto *The Economist*: «La creencia de que los Estados democráticos no van a la guerra entre ellos ha llegado a ser un lugar común en la política occidental. Convincente como puede haberlo sido en el pasado, es una peligrosa presunción para enfrentar el futuro» (1995: 22).

La teoría liberal también sostiene que el libre mercado promueve la paz y aleja el peligro de la guerra, así lo han asumido los defenso-

res del sistema capitalista diciendo que los países que practican el libre comercio son más pacíficos, Adam Smith, por ejemplo, consideraba que el gasto en ejércitos era un lastre para el crecimiento de la economía. Según esta teoría, las empresas comerciales son naturalmente propiciadoras de la paz por cuanto sus ganancias de ella dependen. En tanto y en cuanto las regulaciones de los mercados internos por parte de los gobiernos disminuyen, apuntan los neoliberales, aumenta la prosperidad y se aleja el peligro de nuevas guerras.

Estos puntos de vista merecen ser contrastados con la afirmación de Norman Angell en 1912, que sostenía enfáticamente la imposibilidad de una guerra entre Alemania y los Estados Unidos debido al importante desarrollo de las relaciones comerciales entre ambas naciones, un conflicto armado, según este economista británico que llegó a obtener el premio Nobel en su especialidad, estropearía esta promisoría relación. La creciente interdependencia económica en los comienzos del siglo XX no evitó la Primera Guerra Mundial, mientras que los Estados Unidos y la Unión Soviética permanecieron en paz, pese a que hubiera poco comercio entre ambas naciones. En 1917 Washington entró en guerra contra Berlín y lo haría una vez más en 1941. La historia demuestra, por otro lado, cómo las ambiciones comerciales y la obtención de beneficios promovieron guerras, desde los saqueos de Sir Francis Drake en el Mar Caribe a los galeones españoles que transportaban el oro, la actual guerra en Irak con fuerte aroma a petróleo y la aparición en escena de ejércitos privados que actúan en muchas ocasiones por cuenta de empresas transnacionales, tema que será abordado más adelante. Para señalar finalmente que la crisis financiera de 2008 ha generado más intervenciones de los gobiernos y más regulaciones de las economías y los mercados, lo que a futuro conforma nuevos e impredecibles escenarios de conflictos armados.

En relación a si las democracias son menos susceptibles de ir a una guerra, observa Salgado Brocal: «De las cuatrocientas dieciséis entre Estados soberanos registradas entre 1816 y 1980, solamente doce fueron, aun discutiblemente, guerras entre democracias y muchas de ellas tuvieron factores atenuantes. Por ejemplo, las Repúblicas Boers y, más aún, las alemanas bajo Guillermo II, eran democracias embrionarias en el mejor de los casos, y la guerra de Finlandia en

contra de los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial en 1941 fue principalmente entre ese país y la URSS» (2000: 19).

La mayoría de los estudios sobre la frecuencia de las guerras y su naturaleza, que hacen referencia a su relación con los sistemas de gobierno concuerdan que, en general, las democracias no son notoriamente menos proclives a ir a la guerra que otros tipos de regímenes. Una concentración del poder en pocos actores, tal como ocurre desde hace tiempo ya en el caso de los Estados Unidos con el complejo militar-industrial, el petróleo y las finanzas, influye poderosamente sobre la política exterior y las decisiones de ir o no a una guerra.

El debate acerca de la expansión de la democracia como requisito para la paz mundial involucra otra cuestión fundamental, si es suficiente que todos los Estados lleguen a ser democráticos para que el sistema internacional se comporte democráticamente. Los poderes conferidos a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU por sobre la Asamblea General, están mostrando una base jurídica no muy democrática del sistema. ¿Qué asegura entonces que una relación, hipotética, entre todos los Estados democráticamente organizados, en un sistema internacional que no posee iguales características pueda ser pacífico?, considerando todas las demás variables que históricamente han generado las guerras y que poco tienen que ver con el tipo de gobierno de los Estados. Por ejemplo, la actual condición anárquica del sistema internacional.

Observa Kenneth Waltz: «con tantos Estados soberanos, sin un sistema legal al cual deban someterse, cada Estado juzga sus agravios y ambiciones de acuerdo con los dictados de su propia razón o deseos, los conflictos conducen a veces a la guerra...» (1959: 159).

Gino Germani cuestionó que las democracias sobrevivirán en el futuro, considerando las crisis externas que dependen de las relaciones que inevitablemente un Estado tiene con los otros; su conclusión fue que «en el presente estado del *sistema internacional*, la situación de estrecha interdependencia y la internacionalización de las políticas domésticas tienden a favorecer las decisiones autoritarias como opuestas a las democráticas» (Salgado, 2000: 125). Por su parte Richard Falk, director del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de Princeton, sostiene que «aunque no estallara una gue-

rra nuclear, la existencia de armas nucleares es un contraste fundamental con la existencia de un sistema democrático.

Y ha sido señalado en otra parte de esta presentación la *renta* que confiere el poder nuclear y las desigualdades que el mismo genera, hecho que debilita la posibilidad de estructurar un *sistema* internacional democrático cuya condición básica debe ser la igualdad absoluta de todos sus componentes. Uno de las razones esgrimida en la actualidad por el gobierno iraní para desarrollar la energía nuclear es la desigualdad existente entre las potencias nucleares y el resto de los países, a lo cual se agrega el desequilibrio que genera en Cercano y Medio Oriente la posesión de armas atómicas por parte de Israel.

Zeev Maoz realizó un estudio sobre las «Más importantes disputas interestatales» en el período 1815-1976 incluyendo la amenaza, despliegue y/o uso de la fuerza y su ubicación, participantes y resultados. En este período identificó 827 conflictos, 210 de los cuales tuvieron lugar en el siglo XIX y los restantes 617 en el siglo XX. Durante el período estudiado hubo un promedio anual de 5,2 amenazas de guerra o guerras. Por ello puede constatar que en términos absolutos el mundo del siglo veinte fue significativamente más proclive a la guerra que en etapas anteriores. Sin embargo, señala Salgado Brocal, cuando consideramos que entre 1820 y 1830 había sólo alrededor de veintitrés Estados y que en la actualidad son más de 190, la incidencia de los conflictos cuando se divide por el número de actores, no ha aumentado realmente.

La conclusión a la que llega Maoz es que las grandes potencias han estado significativamente relacionadas con un importante número de conflictos. Si bien la cantidad de estos actores ha fluctuado entre cuatro y ocho en los dos siglos estudiados, ellos han intervenido en casi el 41% de los conflictos, ya sea como iniciadores, como objetivos o como partes finalmente comprometidas en disputas iniciadas por otros Estados y dirigidas también hacia otros, distintos de las grandes potencias (2000: 151).

En la tabla «Participación de los Estados en conflictos, entre 1815-1976», Maoz toma once Estados y los ordena según la cantidad de conflictos internacionales en los que se han involucrado durante el período citado. En esta tabla se separaron los casos entre aquellos en

que un Estado haya sido iniciador u objetivo de un conflicto desencadenado por otro u otros. Veamos la tabla:

Estado	Como iniciador	Como objetivo	Total involucramientos
Estados Unidos	51	28	120
Reino Unido	56	18	119
Rusia/URSS	47	31	117
Francia	26	16	99
Prusia/Alemania	27	28	76
Turquía	12	40	70
Estado	Como iniciador	Como objetivo	Total involucramientos
Italia	20	11	58
China	21	19	52
Japón	25	16	50
Perú	29	18	47
Israel	14	16	45

Tabla 1. Estudio realizado por Zeev Maoz. Fuente: Juan Carlos Salgado Brocal (2000: 152).

Relacionando estos datos con las teorías que vinculan un mundo más pacífico con el sistema político de los Estados, se ve que los dos países con más tradición democrática, los Estados Unidos y el Reino Unido, encabezan la lista con un total de 120 y 119 conflictos respectivamente. Si se revisa su comportamiento como iniciadores de conflictos armados, se tendrá que ambos ocupan los primeros lugares con una ligera variación: Gran Bretaña ha sido la nación más propensa a iniciar conflictos en el período citado.

A lo hasta aquí desarrollado se puede sumar la observación efectuada en 2007 por Robert B. Reich, ex Secretario de Trabajo de los Estados Unidos acerca del futuro de la democracia en el mundo, en su artículo *Cómo el capitalismo está destruyendo la democracia*:

La visión predominante es que en donde florece, ya sea el capitalismo o la democracia, el otro surgirá casi de inmediato. Sin embargo, hoy parece que sus destinos están comenzando a diverger. El capitalismo, muy promocionado como el *yin* para el *yang* de la democracia, está prosperando: mientras que la democracia está luchando por mantenerse. China, lista para con-

vertirse este año en una de las tres naciones capitalistas más importantes después de Estados Unidos y Japón, ha adoptado la libertad de mercado, aunque no así la libertad política. [...] La democracia está diseñada para darles a los ciudadanos la oportunidad para encarar los problemas de un modo constructivo. Sin embargo, una creciente sensación de impotencia política está invadiendo a los ciudadanos de Europa, Japón y Estados Unidos, aun cuando los consumidores y los inversores sienten que tienen más poder. En síntesis, ninguna nación democrática está controlando eficazmente los efectos secundarios negativos del capitalismo. (2007: 76)

Resulta difícil, entonces, deducir de un tipo de régimen de gobierno determinado el fundamento de una teoría válida que explique el fenómeno de la guerra. Lo que viene a confirmar en este aspecto particular la ausencia de un marco teórico adecuado que guíe el análisis empírico y relacione todas las variables internas de un Estado con su mayor o menor propensión a la guerra.

Guerras privadas y ejércitos privados

Vemos entonces la diferencia que existe entre soldados convencidos que pelean por la gloria y soldados más dispuestos que luchan a desgano para la ambición de otros. Por estas razones podemos sostener la inutilidad de los soldados mercenarios que no tienen otro motivo para luchar por ti que el escaso salario que les pagas.

NICOLÁS MAQUIAVELO. *Discurso sobre la Primera Década de Tito Livio*

Las Corporaciones Militares Privadas suministran a los gobiernos servicios profesionales ligados a la guerra de una forma compleja; representan, en otras palabras, la evolución corporativa de la vieja profesión de los mercenarios.

PETER W. SINGER. *La privatización de la guerra*

Una visión comúnmente aceptada de la guerra y consagrada por la Carta de las Naciones Unidas, nos indica que ésta debe ser una tarea de hombres o mujeres al servicio del Estado, ciudadanos que actúan como servidores públicos cumpliendo con el mandato de proveer a la defensa común y protegiendo a una comunidad de eventuales agresiones.

Pero las cosas no han sido, ni son, siempre así, las actividades mercenarias son tan antiguas como la civilización y hoy reaparecen con fuerza en varios escenarios de conflictos armados, el monopolio de la violencia legítima por parte de los Estados no es una condición inmutable ni natural, sino de un proceso dialéctico, tema al que haré referencia a continuación.

Una breve retrospectiva enseña que las antiguas sociedades sedentarias dedicadas a los cultivos y a la cría del ganado hacían guerras en defensa de sus intereses y contrataban a gente ajena a su grupo para que empuñaran las armas, junto o en lugar de ellas, en contra de sus enemigos a cambio de cierta recompensa. Desde entonces, todas las épocas han tenido sus mercenarios en formas variadas y a los mandatarios más dispares intentando aprovechar sus servicios para sus propios fines.

Los mercenarios fueron cambiando su imagen en cada época. En algunos momentos estuvieron muy desprestigiados (como en la actualidad). Otras veces se los consideró eficientes, valientes, responsables y más baratos que los propios soldados. Aunque los «nuevos mercenarios» de nuestro tiempo –los empleados de las empresas militares privadas– no pueden ser comparados sin más con sus antecesores, sí una suscita mirada histórica puede ser útil para comprender su surgimiento y entender las consecuencias de la privatización de la seguridad interna y la defensa.

Tropas de a pie, arqueros y hombres diestros en el manejo de los carruajes de combate que trabajaban para patrones ajenos aparecen ya en los relatos de la antigua Mesopotamia, China y el Egipto de los faraones (2007: 92).

Alrededor del año 440 antes de Jesucristo, Jenofonte en su obra *Anábasis* describió la vida de los mercenarios griegos que habían sido contratados por Ciro para derrocar a su hermano Artajerjes II, rey de Persia. Derrotado Ciro en la batalla de Cunaxa, cerca de Babilonia,

donde además perdió la vida, Jenofonte, quien también era mercenario, tomó el mando de los griegos sobrevivientes –la marcha de los diez mil– emprendiendo el regreso hasta Trapezunte a orillas del Mar Negro, en lo que se considera una de las epopeyas de la historia militar.

Los hoplitas, mercenarios griegos cuyo nombre proviene del escudo «hoplón» que utilizaban como arma revestido de hierro, luchaban en falanges (del griego «garrote», «rodillo») de ocho o hasta en ocasiones veinticinco filas de profundidad. Por ello los infantes griegos serían los mercenarios más requeridos y apreciados desde el Indus hasta Cartago, entre el desierto de Nubia e Italia. Una relativa superpoblación y en consecuencia un exceso de soldados en condiciones de actuar, escasez de suelos para alimentar a toda la población de las ciudades griegas, y una renovación cualitativa de las técnicas de guerra, fue lo que revolucionó en aquel tiempo la forma en que se dirimían los conflictos armados.

La República Romana contaría con legiones integradas por sus ciudadanos y más tarde, bajo el Imperio, se incorporarían habitantes de otras regiones. El consejo a sus hijos del emperador Septimio Severo fue: «Enriqueced a los soldados y no os preocupéis de más». En el año 476, mercenarios germanos conducidos por Odoacro señalaron la caída del Imperio Romano de Occidente.

Refiriéndose a la calidad de la tropa romana frente a los cartagineses, decía el historiador griego Polibio:

Los cartagineses utilizan tropas de mercenarios externos, mientras que el ejército romano está compuesto por ciudadanos, razón por la que este Estado merece mayores alabanzas que el cartaginés, pues la libertad de la ciudad depende en última instancia del coraje de los mercenarios, mientras que en el caso de los romanos esta se basa en su propia valentía y en el apoyo de los confederados. De allí deriva que cuando son vencidos, los romanos retomen la batalla inmediatamente y llenos de energía, no así los cartagineses. Como aquéllos pelean por su patria y sus hijos su determinación nunca cederá. Su lucha es una cuestión de vida o muerte y no se rinden hasta no dominar a sus enemigos. (1968: 89)



Los vikingos establecidos a orillas del Volga atacaban frecuentemente Constantinopla, llegando a sitiarla en el 860. Ya para el año 911 se menciona a los varegos combatiendo para el ejército bizantino como parte de las grandes compañías de mercenarios en las luchas contra los árabes y la campaña de Creta. Después de los acuerdos entre el príncipe Vladimir de Kiev y el emperador Basilio II de Bizancio, el Imperio Romano de Oriente creó la Guardia Varega basada en estos mercenarios, muy reputados por su temeridad y sin lazos de identidad común con la población del Imperio, según Rolf Uessler.

Los árabes, por su lado, pocos años después de la muerte de Mahoma en el siglo VII, se vieron obligados a echar mano a mercenarios para asegurar los territorios conquistados. La seguridad externa del imperio árabe estaba basada, casi en su totalidad, en compañías de mercenarios reclutados en su gran mayoría entre los pueblos nómades de Asia Central.

Carlomagno construyó su Imperio con la colaboración de mercenarios. Con mercenarios se hicieron las Cruzadas y el Papa obró contra los disidentes; sin el apoyo de mercenarios las órdenes militares no habrían conquistado Prusia y la región del Báltico. La razón principal que llevó a todos los reyes, emperadores, papas y caballeros de la Edad Media a recurrir a los servicios de los mercenarios era, entre otras cosas, la gran ineficiencia del sistema militar feudal.

Los *condottieri*—que deriva del término *Condotta* (contrato)—, diestros y experimentados en la guerra, tuvieron en Maquiavelo a su más conocido detractor cuando señala su falta de escrúpulos a la hora de asimilar su lealtad con la paga, dicho de otra manera: leales mientras reciban lo acordado.

Lansquenets alemanes, guardias suizos, jinetes italianos, infanterías inglesas, artilleros españoles ofrecían sus servicios a los más diversos países a cambio de un sueldo fijo. En el siglo XVI las grandes sociedades mercantiles inglesas y holandesas contrataban con mucha frecuencia a hombres que luchaban por dinero. Dice al respecto Rolf Uessler: «Durante mucho tiempo estas empresas fueron las que más uso hicieron de los servicios de los mercenarios, y aún para el año 1780 las fuerzas armadas de la sociedad mercantil inglesa eran considerablemente mayores que las que tenía a su servicio la Reina de Inglaterra en el *empire*» (2007: 104).

Ya en los inicios del siglo XVI, estos «guerreros de fortuna» fueron incapaces de enfrentar a los modernos ejércitos nacionales que los superaban en cantidad de efectivos y armas de apoyo. Los avances tecnológicos también favorecían a los ejércitos que disponían de más cantidad que calidad, por ejemplo, para formar un guerrero diestro en el manejo del arco largo eran necesarios diez años aproximadamente, en tanto que un arcabucero podía instruirse en un mes. El empleo de la artillería determinaría la decadencia final del arte militar clásico superado por el masivo poder de fuego. Tal como Miguel de Cervantes Saavedra lo describe genialmente en *El Quijote*.

La paz de Westfalia implicó el fin de las compañías privadas de mercenarios, pero no provocó la desaparición de estos, ya que el Estado, detentando el monopolio en el uso de la fuerza, podía decidir si contrataba mercenarios a la hora de organizar su ejército. Para el caso tenemos al Reino Unido, que con el propósito de reprimir las ambiciones independentistas de Norteamérica, compró treinta mil mercenarios en Hesse.

Con el nacimiento del Estado Absolutista se crean también los ejércitos centralizados y permanentes. Las monarquías absolutas debían contrarrestar las tendencias centrífugas de los señores feudales y concentrar el poder fortaleciendo la burocracia estatal. Formados por reclutas nacionales o extranjeros, estas organizaciones armadas monárquicas a través de la pacificación, cooptación y/o eliminación, terminan por avasallar a los actores armados no estatales incluyendo a las compañías independientes de mercenarios, incorporándolos a su orgánica. La prestación de servicios, antes por campaña o teatro de operaciones específico, pasa a ser por períodos largos y de carácter estratégico.

La Asamblea Constituyente de febrero de 1790 surgida de la Revolución Francesa prohibió el uso de tropas mercenarias en suelo francés. Esto no impediría más tarde a Napoleón contratar tártaros y melucos para su guardia imperial y marchar por Europa con sus expediciones militares dotadas de importantes batallones de mercenarios. Sin embargo, el modelo francés del servicio militar obligatorio terminaría imponiéndose ya que un ejército formado por el pueblo era más económico y porque ciudadanos que luchaban «por el pueblo y por la

patria» eran más confiables que mercenarios combatiendo por un salario magro, tal como Clausewitz lo describía en *De la guerra*.

Concluyendo con el caso emblemático de la Legión Extranjera de Francia, creada en 1831 por el rey Louis Phillippe I y cuyo propósito era agrupar a los antiguos mercenarios que integraban el ejército francés y que luego de la revolución nacionalista habían sido cesados en sus contratos.

Este brevísimo *racconto* histórico permite observar que la evolución del sector militar privado no fue continua desde sus inicios hasta nuestros días, ni en cantidad, ni en calidad. Particularmente en su relación con lo bélico bajo control del Estado, la seguridad externa –y la capacidad militar– no dependía de tener soldados propios o mercenarios; más importante era la fuerza del poder que empleaba a los soldados y controlaba al personal militar. Otra vez la supremacía de lo político sobre lo militar en los términos de Clausewitz. Había «Estados fuertes» con ejércitos de mercenarios y «Estados débiles» con ejércitos formados por el pueblo y viceversa. También debe señalarse la necesidad de contar con mecanismos de control más estrictos en el caso que se tuvieran o tengan mercenarios (especialmente si éstos actúan como unidades organizadas o «empresas»), que para los ejércitos conformados por los propios ciudadanos; dicho de otra manera, en el caso de los primeros, aparatos de control más costosos para evitar que se transformen en un «Estado dentro del Estado».

Concluida la Segunda Guerra Mundial, muchos ex combatientes salieron a probar fortuna y ganar dinero en pequeños grupos que se empleaban en países del Tercer Mundo y particularmente en el continente africano. Es a partir del fin de la Guerra Fría donde emergen empresas de seguridad, verdaderos ejércitos privados, al servicio de Estados o de empresas transnacionales.

Rolf Uessler ilustra al respecto:

Dejando de lado las empresas proveedoras de las fuerzas armadas norteamericanas, los sudafricanos y los ingleses fueron los primeros en ofrecer servicios militares a nivel privado. Ambos grupos tenían experiencia en las actividades mercenarias (los sudafricanos en su propio continente, los ingleses, además, en la

Península Arábiga y en Asia) y habían pasado a ser desempleados tras el fin del régimen del *apartheid* y de la Guerra Fría, respectivamente. Algunos de ellos previeron que aparecería un importante vacío de seguridad una vez que los poderes de cada bloque se retiraran de sus territorios de influencia, y estaban convencidos de que en este espacio podría obtenerse un buen provecho económico a nivel privado. (2007: 112)

De esta manera el sector de prestaciones de servicios militares se expandió rápidamente, por medio de empresas que cotizan en la Bolsa y pagaban dividendos superiores a los ofrecidos por otras empresas en Wall Street y la City londinense.

Las operaciones ya no son clandestinas como en otros tiempos y las empresas militares privadas comenzaron a firmar acuerdos con Estados, gobiernos, organizaciones de ayuda humanitaria e incluso con la ONU.

El 4 de diciembre de 1989 fue sancionada la «Convención Internacional sobre el Reclutamiento, la Utilización, el Financiamiento y el Entrenamiento de Mercenarios», en el marco de las Naciones Unidas. Por su parte, el diplomático mexicano Efrán G. Marqué Rueda, haciéndose eco de un *Informe* elaborado en 1992 por la Corte Internacional de Justicia, establece algunos rasgos de la condición jurídica de los mercenarios a la luz de la Convención de 1989 mencionada. Según esta apreciación, el mercenario no es parte de las fuerzas armadas regulares de las partes beligerantes; integra un grupo armado irregular no reconocido por el derecho internacional por lo que no goza de los derechos consagrados a los combatientes; al carecer del estatuto de combatiente no puede ser considerado prisionero de guerra ni gozar de los derechos contemplados en el derecho de guerra y en el Derecho Internacional Humanitario; es un criminal internacional; no forma parte de un grupo reconocido por el derecho internacional y en la mayoría de los casos su misión es eliminar a los movimientos de liberación nacional; es un extranjero ajeno a las partes en conflicto pero no se halla alistado en un ejército regular y no persigue fines políticos o ideológicos, sino de lucro y beneficio personal.

La Resolución 196/57 del 25 de febrero de 2003 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, además de instar a los países miem-

bros a no utilizar los servicios de tropas mercenarias, considera que éstas constituyen una amenaza para la paz e infringen los propósitos y principios de la Carta.

Señala en relación a este tema Peter W. Singer, Director del proyecto sobre política estadounidense hacia el mundo islámico, del centro *Saban* para la política en Medio Oriente: «La moderna industria militar privada emergió a comienzos de los años noventa, conducida por tres dinámicas: el fin de la Guerra Fría, las transformaciones en la naturaleza de la guerra que confundieron los límites entre militares y civiles, y una tendencia general hacia la privatización y tercerización de las funciones del Estado. Estas tres fuerzas se alimentan unas a otras» (2007: 86).

Fin de la Guerra Fría, globalización económica, «Nueva Política de Energía» de los Estados Unidos y sus aliados, revolución tecnológica, reducción de los presupuestos destinados a seguridad, ampliación de los conceptos de seguridad más allá de la defensa territorial, precipitado aumento de los espacios de conflicto internacional, nacional y local, así como la falta de entusiasmo de los habitantes de los países desarrollados a participar en guerras o misiones de paz, conformaron el escenario apropiado para el crecimiento de las empresas –o corporaciones según Singer– militares privadas.

El experto militar sudafricano Phillip van Niekerk constataba por su lado: «A partir de los años noventa, los gobiernos occidentales se abstuvieron cada vez más de enviar tropas nacionales a regiones en conflicto del Tercer Mundo, sobre todo si éstas no eran populares en sus propios países. El tenor general era que no valía la pena derramar sangre norteamericana, británica o francesa por esos países» (2007: 117).

La desaparición de la protección que brindaban los Bloques en sus áreas de influencia no solo afectó a las poblaciones de los «Estados frágiles», sino también a las empresas transnacionales en el marco de la globalización de la economía mundial. Esto fue así para aquellas dependientes de ciertas materias primas o de productos semielaborados de importación que podían verse perjudicados desde el momento en que las zonas de explotación y/o producción solían encontrarse inmersas en conflictos, como es el caso, entre otros, del petróleo en la *elipse* de Oriente Medio. Empobrecimiento creciente,

aumento de los enfrentamientos violentos y la disminución de la protección, incrementaron los riesgos y dieron lugar a la aparición de compañías militares privadas ocupando el lugar que le corresponde al Estado. Al respecto, Peter W. Singer señalaba en 2005 que existen Corporaciones Militares Privadas (CMP) que operan en lo que él denomina *Estados fracasados*, explicando su presencia la ausencia de autoridad local, razón por la cual el procesamiento local de sus crímenes puede ser dificultoso. Refiriéndose a Irak luego de la ocupación estadounidense, observa que este país de la Mesopotamia aún no tenía Cortes bien establecidas y las autoridades provisionales habían eximido explícitamente a los contratistas de la jurisdicción local.

En octubre de 2005 tuvo lugar en Praga un encuentro interno de la OTAN en el cual su comandante, a la sazón el general norteamericano James Jones, en la actualidad principal asesor en materia de seguridad nacional del presidente Obama, destacó las nuevas misiones de esta organización tras la Guerra Fría, sosteniendo que ya no se trataba de una «maquinaria puramente militar», debiendo ocuparse ahora de la «preservación de la paz y de operaciones preventivas y humanitarias». Señalaba Jones que las futuras funciones de seguridad deberían ser encaradas junto con el sector privado. Tres serían las principales áreas de esta labor: primero, proteger de atentados terroristas los ductos de petróleo y gas que van desde Rusia hacia Europa Occidental; segundo, velar por la seguridad de los puertos en los países aliados y por la seguridad del tráfico marítimo internacional de puntos estratégicos ubicados en el Cuerno de Africa; tercero: proteger el Golfo de Guinea, rico en petróleo. El Cuerno de Africa, según Jones, en el que «las empresas petroleras occidentales invierten anualmente más de mil millones de dólares en seguridad», representa un «grave problema de seguridad» para los países de la OTAN debido a la «piratería, el robo, la inestabilidad política y las tensiones entre cristianos y musulmanes» (2005).

Otro cambio que influyó en las capacidades operativas de las fuerzas armadas de las naciones desarrolladas fueron las innovaciones introducidas por la electrónica, la informática y las comunicaciones satelitales. La *Revolution in Military Affairs* (RMA) y el *Network Centric Warfare* (NCW) tienen como sustento las transformaciones

que tuvieron lugar en los sistemas de armas y en las operaciones facilitadas por las nuevas tecnologías de la información. Sistemas de armas interconectados han permitido la realización de «intervenciones quirúrgicas» con tiros de precisión, para lo cual se requiere la asistencia de personal altamente calificado.

Por razones de costos, el ejército norteamericano, luego de capacitar una cantidad limitada de efectivos en las nuevas tecnologías de la información, resolvió en los últimos años asignar esta función a empresas privadas que en algunos casos llegan a proveer sus propios soldados. Así lo afirmaba un experto militar estadounidense cuando decía que la fuerza armada norteamericana parece decidida a incluir personal contratado hasta en las acciones de combate; lo que lleva a suponer que las operaciones de guerra futuras basadas en estas tecnologías estarán controladas por los «nuevos mercenarios». Peter W. Singer hace una interesante reflexión en torno a este tema:

Las CMP ayudan a llenar los espacios, y le ofrecen a los soldados retirados el potencial para una segunda carrera, en un campo que ellos conocen y veneran. Por otro lado, en las fuerzas armadas algunos se preocupan porque el *boom* de las CMP podría poner en peligro la salud de la profesión y les molesta la forma en que estas empresas explotan habilidades aprendidas a expensas públicas en pos de beneficios privados. También temen que la expansión del mercado de las CMP dañe la habilidad de las fuerzas armadas para retener soldados talentosos. Los contratistas de la industria de las CMP en cualquier lugar pueden ganar entre dos y diez veces lo que ganan en el ejército regular; en Irak, las antiguas tropas de las fuerzas especiales pueden alcanzar los mil dólares por día. (2007: 94)

Rolf Uessler agrega que estas personas, estos «nuevos mercenarios» pasan a ser parte integral de las operaciones militares y, de esta forma, en la práctica miles de «civiles» que trabajan en las bases de operaciones con el fin de hacer realidad la «guerra digitalizada» se convierten en soldados. El derecho internacional los considera población civil no combatiente mientras que el enemigo en guerra los ve como lo que son: parte de la maquinaria bélica. Dice este autor: «Al

incluir a soldados privados en las operaciones de guerra se ha inaugurado una peligrosa zona borrosa poblada por gente en una situación jurídica muy poco clara» (2007: 124). Un analista de leyes militares advirtió: «legalmente hablando, los contratistas militares caen en la misma área gris que los combatientes ilegales detenidos en Guantánamo». Esta falta de claridad significa que, cuando los contratistas son capturados, sus adversarios tienen que definir su estatus.

Como caso testigo está el asesinato el 31 de marzo de 2004 de cuatro colaboradores de la empresa militar privada Blackwater (hoy Xe Services) en Faluja (Irak). Sus cuerpos calcinados fueron exhibidos más tarde colgados de un puente por los insurrectos. La empresa contratista, el gobierno provisional iraquí y muchos medios norteamericanos informaron que se trataba de «civiles» que habían caído en una emboscada. En cambio, los rebeldes iraquíes afirmaban que de ninguna manera se trataba de «civiles», sino de «guerreros especiales» fuertemente armados que, con el pretexto de buscar terroristas, habían efectuado allanamientos nocturnos, maltratado a mujeres y niños, torturado y asesinado a varios hombres jóvenes. Uno de estos «civiles» era Steve Helverston, ex integrante de los *Seals* una unidad especial de comandos de la *US Navy*.

Algunas cifras resultan relevantes para tener una idea de la dimensión del negocio: cien mil millones de dólares estadounidenses maneja anualmente la industria de las compañías militares privadas: 300 mil millones ha gastado desde 1994 el Departamento de Defensa de los Estados Unidos en 3601 contratos con doce empresas militares norteamericanas; unos ciento noventa mil contratistas de diversa índole trabajaban a principios de 2008 en Irak; pero Blackwater (Xe Services) fue la firma con más personal armado, mil empleados; finalmente, 12,7 millones de dólares han donado las diecisiete principales firmas de los Estados Unidos a campañas presidenciales desde 1999.

Otra consideración importante relacionada con estos servicios se vincula con el compromiso ideológico que asumen muchos de sus miembros en las tareas que desempeñan. Jeremy Scahill, autor de *Blackwater: The Ride of the World's Most Powerful Mercenary Army*, dice: «Blackwater pretende crear un ejército privado de patriotas temerosos de Dios, bien pagados y al servicio de la hegemonía de Esta-

do Unidos» (2009). Un ex funcionario de la compañía, declaró bajo juramento ante una corte de Virginia el 3 de agosto de 2009 que Eric Prince, el presidente de la compañía, «intencionalmente desplegab en Irak ciertos hombres que compartían su visión de la superioridad cristiana, deseando que ellos tomaran y sabiendo que tomarían cada oportunidad para asesinar musulmanes».

Nuevamente se plantea la disyuntiva entre valores e intereses, pudiendo constatar cierta lógica y coherencia en el discurso de los grupos islámicos más radicalizados, cuando comparan las actuales intervenciones militares occidentales en Cercano y Medio Oriente con los Cruzados de los siglos XI y XII de la era cristiana.

Según el Director Ejecutivo de Human Rights Watch, en un reportaje publicado el 30 de abril de 2004: «si el Pentágono piensa utilizar contratistas privados para misiones militares o de inteligencia, debe asegurarse de que se encuentren sometidos a restricciones y controles legales, puesto que permitir actuar a estos operadores en un vacío jurídico es una invitación a los abusos». Por su parte, la Universidad Nacional de la Defensa de Washington señalaba en un informe del año 2000: «La privatización puede ser menos onerosa que una intervención militar, pero pueden quedar afectados la calidad del resultado y el respeto de los derechos humanos» (2000: 240).

El «Informe Taguba», citado por el periódico *New Yorker* en mayo de 2004, recuperó documentos con fines internos de las torturas infligidas por efectivos norteamericanos a prisioneros iraquíes en la cárcel de Abu Ghraib y allí aparecen citados Steve Stefanowicz, empleado de la empresa militar privada *CACI* Internacional con sede en Arlington, Virginia, y Tonin Nelson, empleado de *Titan Corporation* de San Diego, como quienes habían impartido las órdenes a los reservistas England, Gamer y Frederick, cuyas acciones se habían difundido por medio de fotografías en todos los medios del mundo. Stefanowicz y Nelson eran «civiles» que no se hallaban incluidos en la cadena de mando y que actuaban por cuenta de sus empresas. De acuerdo a este mismo Informe, casi la mitad de los interrogadores involucrados eran contratistas privados que trabajaban para *CACI* y *Titan*. El Ejército de los Estados Unidos investigó que los contratistas estaban comprometidos con el 36% de los incidentes probados, e iden-

tificaron a seis empleados culpables de forma individual, pero ninguno fue acusado, procesado o castigado. Dice Singer: «Tampoco se evaluó la responsabilidad corporativa por los delitos. La única investigación formal sobre los crímenes de la CMP en el ámbito corporativo fue conducida por la misma CACI y, como era de esperar, concluyó que CACI no había hecho nada mal» (2007: 93).

Transcurridos algunos meses desde la caída de Saddam Hussein, podían contarse en Irak más de veinte mil individuos revistando en empresas de seguridad privada; la incapacidad de las fuerzas norteamericanas para mantener el orden interno y una demanda creciente de los inversores extranjeros presentes en Irak, explican parcialmente esta realidad. En un contexto de degradación de la seguridad estas sociedades militares privadas proliferaron para representar oficialmente un conjunto de más de 25 de empresas con sede principalmente en los Estados Unidos y Gran Bretaña, tal como lo indicaba un Informe del Departamento de Estado denominado *Security Companies Doing Business in Irak* de mayo de 2004.

El Departamento de Defensa de los Estados Unidos afirmaba en 2002 que podría ahorrar más de once mil millones de dólares entre 1997 y 2005 gracias a la «externalización» de la guerra. Se trató de un golpe de efecto mediático destinado a ocultar la disminución de efectivos del sector defensa en beneficio del sector privado. En octubre de 2002, no sin fuertes críticas al respecto, las Fuerzas Armadas norteamericanas anunciaron que 200.000 efectivos serían «externalizados» en el contexto de la tercera fase de privatización. En este escenario privatizador, más de tres mil contratos fueron suscritos entre sucesivos gobiernos y sociedades militares privadas entre 1994 y 2004, por más de trescientos mil millones de dólares. DyN Corp., Military Professional Resources Inc. (MPRI) o Kellog, Brown and Root (KBR) filial de Halliburton, de la cual fue su CEO el ex vicepresidente Richard Cheney, fueron las sociedades más beneficiadas. En momentos de la Guerra del Golfo de 1991 había un agente privado cada cien soldados, llegando esta cifra a uno por diez en 2003. En la actualidad, los agentes privados en Irak son la segunda fuerza de ocupación, un 20% de las fuerzas norteamericanas, y alrededor de ciento treinta mil en Afganistán, aunque esta cifra no se halle oficialmente confirmada.

Más allá de las reducciones presupuestarias y de la inicial dimensión ideológica neoliberal y privatizadora de la externalización, también fue promovida una nueva reflexión estratégica. Comprometidos en todo el mundo en una guerra de «baja intensidad» pero prolongada contra el terrorismo, los Estados Unidos, al mismo tiempo que alistan a sus fuerzas armadas para grandes confrontaciones, no pueden debilitar su liderazgo retirándose de espacios de menor importancia estratégica. De allí la delegación de algunas tareas en agentes privados con el propósito de descargar a sus soldados de misiones no tan vitales para la seguridad nacional. Aquí es importante aclarar que cuando se dice «baja intensidad», se recurre a una denominación formulada desde los países centrales y que refleja el nivel de empeñamiento de sus fuerzas en un escenario dado; lo que para ellos es «baja intensidad» para otros puede ser altísima y poner en juego su propia supervivencia, tal como ocurre en la actualidad en los escenarios iraquí y afgano.

Esta nueva reflexión estratégica presenta un singular parecido en lo que al comportamiento de los Estados Unidos y el Imperio Romano se refiere, particularmente en lo atinente al despliegue militar. Las actuales sociedades militares privadas contratistas del Pentágono bien pueden considerarse como la moderna versión imperial de los *limitanei* y *ripenses* en la era de la globalización y el fundamentalismo del mercado, tanto aquellos como estos tenían por misión contener a los bárbaros que acechaban en la fronteras.

Plantea Sami Makki, investigador del CIRPES francés:

Una parte creciente de estos programas procuran desplegar las fuerzas optimizando la flexibilidad y las capacidades de reacción rápida, eliminando las etapas de control administrativo y procedimientos burocráticos. Más aún, los mismos ofrecen una solución de recambio a una política exterior controlada por el Congreso, particularmente en lo que atañe al envío de tropas terrestres cuyo objetivo político es «cero muertos» así como la conducción de acciones clandestinas. Pueden también facilitar operaciones contradictorias con las opciones estratégicas «oficiales»; afirmando su neutralidad e involucrándose en el mantenimiento de la paz en Bosnia por medio de la *Implementation Force* (IFOR) el gobierno norteamericano dejó a MPRI la tarea

de facilitar el tráfico de armas y entrenamiento del ejército de la Federación Croato-musulmana que preparaba la gran ofensiva de 1994 en Krajina, todo ello violando el embargo dispuesto por la ONU. (2004: 22)

De las sesenta y una empresas militares privadas con sitio en Internet, Rolf Uessler observa que 18 de ellas tienen sede en el Reino Unido, 37 en los Estados Unidos, 2 en Alemania y una en Austria, Dinamarca, Francia e Israel, respectivamente. Sociedades que normalmente reclutan mercenarios provenientes de los Estados Unidos, Rusia, Ucrania, Francia, Gran Bretaña, Alemania, Croacia, Sudáfrica, Israel, Bélgica y países del Tercer Mundo.

Las sociedades militares privadas borran las categorías tradicionales civil/militar y privado/público, como actores híbridos operan normalmente en redes informales que favorecen la criminalidad, la corrupción y el manejo de fondos no sometidos al control de la ley.

Muchas de las sociedades militares privadas son, entonces, actores globales que trabajan para distintas instancias o gobiernos, tienen oficinas de atención en todo el planeta y llevan a cabo sus misiones en todos los continentes. Sus sedes «operativas» se encuentran en todo el mundo para estar «cerca del cliente» y sus sedes jurídicas casi siempre están ubicadas en Estados pequeños o en paraísos fiscales; para evadir impuestos y para mantener sus cuentas fuera del alcance de los controles bancarios y de las fiscalías, por un lado; por el otro, para evitar demandas de responsabilidad civil en caso de incumplimiento del contrato. Señala además Uessler: «para resguardarse de la autoridad de los ‘estados constitucionalmente fuertes’ de los que provienen, en casos muy frecuentes, las demandas por violación del derecho penal –algo prácticamente inapelable si está bajo la jurisdicción del archipiélago de Bismark en el Pacífico, por ejemplo» (2007: 40).

Agregando en otro párrafo que a diferencia de las instituciones públicas, las privadas no están obligadas a respetar premisas de seguridad (ya sean nacionales o resultado de alianzas) ni cumplir con tareas públicas dispuestas por alguna ley. Aunque a veces pretendan lo contrario, las empresas de servicios militares obedecen exclusivamente las reglas del mercado, dicho de otra manera, la ley de la oferta y la demanda. Globalización económica que se expresa en estos tiempos

en una inquietante globalización de la guerra, puesto que estas empresas no obedecen al interés general, significado en la Nación y el Estado, sino a sus intereses particulares.

La otra cuestión que surge es si en cierto sentido no se está *mercantilizando* la guerra, es decir, transformarla en un buen negocio para determinadas empresas privadas, aun estatales, para las cuales la obtención de la paz puede significar una caída en sus beneficios. Tal como lo explicaba en 2009 un contratista británico en relación a Afganistán: «Los ejércitos norteamericano, británico y otros están aquí para ganar una guerra. Para nosotros, cuando más se encuentre deteriorada la situación de la seguridad, mejor es» (2010: 11).

En la historia del mundo, los períodos en los cuales el Estado detentó el monopolio de la violencia han sido más la excepción que la regla, como lo señala el profesor de Princeton Jeffrey Herbst: «La privatización de la violencia ha sido un aspecto recurrente de las relaciones internacionales antes del siglo XX» (2004: 24). En otro orden de cosas, el Estado moderno recién hizo su aparición en los últimos cuatrocientos años y en muchos casos la historia recuerda al mercado de la violencia privada facilitando la construcción de los poderes públicos.

Las organizaciones militares privadas han prosperado en períodos de transición sistémica como es el caso en la actualidad sin que una guerra general haya consagrado a un vencedor neto, sobre todo cuando gobiernos débiles se encontraban frente a importantes capacidades militares disponibles en el mercado, contexto en el cual emergen sociedades transnacionales con esquemas organizativos y medios superiores a muchos Estados.

Una vez más Rolf Uessler describe con propiedad esta situación:

Las autoridades del poder ejecutivo o las agrupaciones que tienen el poder político quieren (ya sea por intereses nacionales o internacionales de poder) hacer envíos de tropas más grandes de las que disponen oficialmente a través del ejército estatal; no quieren que las misiones de las tropas militares estén bajo control del parlamento; quieren intervenir en lo que les está vedado por las normas del derecho internacional; quieren ayudar a aquellas autoridades políticas, partidos o agrupaciones con los que simpatizan, a enfrentar a sus propios oposito-

res internos; quieren preservar las condiciones coyunturales necesarias para su industria o asegurarse el aprovisionamiento de energía sin que el ejército oficial (visible e inidentificable) tenga que entrar en acción. (2007: 238)

Los mercenarios a los que se refieren de manera crítica diversos instrumentos internacionales pueden asimilarse parcialmente a grupos de aventureros, ex militares en la mayoría de los casos, que se lanzan al mundo en procura de fortuna. La novedad que hoy se plantea está vinculada con una realidad signada por empresas constituidas ofreciendo sus servicios militares privados a los Estados, lo que genera un peligroso vacío jurídico a nivel internacional al no existir una norma que regule estas prestaciones. Más aún si tenemos en cuenta que gran parte de estas sociedades tienen sus sedes en países que son miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU.

Tal como lo señalaba el intelectual neoconservador norteamericano Robert D. Kaplan citado en el capítulo VII en referencia a la posible evolución de la política de Washington «aumentará la colaboración entre el poder corporativo y el Estado. Ir a la guerra será cada vez menos una decisión democrática».

Además, todo esto remite a la cuestión planteada cuando fue analizada la mundialización política: si el mundo contemporáneo no presenta una estructura similar a la de la Alta Edad Media, caracterizada por la fragmentación y descomposición del poder a escala global y por una transferencia importante del mismo hacia empresas transnacionales que organizan sus espacios y sistemas de control y represión en función de intereses particulares y no generales. En este escenario el sector de prestación de servicios militares no tiene interés en alentar la paz y la seguridad, ya que está en contra de sus negocios y beneficios; si dichas circunstancias imperaran las empresas militares privadas habrán perdido su razón de ser.

La globalización económica y la mundialización política han dado lugar al debilitamiento de los Estados y a su parcial recuperación a partir de la crisis económico-financiera de 2008. Subsiste sin embargo una tensión entre el rol creciente de empresas transnacionales y sistemas financieros que obedecen a su propia lógica situada en la

obtención de beneficios, y los Estados-nación que, aunque parcialmente redimidos, deben afrontar desafíos cada vez más complejos. Nadie puede prever hoy un resultado cierto de esta disputa y es altamente probable que se asista en el futuro a una suerte de equilibrio inestable permanente entre intereses particulares e intereses colectivos, estos últimos en muchas ocasiones encapsulados en valores de carácter religioso, nacionalismos, etnicismos, etcétera. Todo ello tendrá una influencia considerable en la conformación de los escenarios en los cuales tendrán lugar futuros conflictos armados.

El colapso de las instituciones públicas puede llevar a situaciones de guerra cuyos actores involucrados carezcan de estructuras, jerarquías, representación o aun territorios. El derecho internacional público que tiene como fundamento el modelo de guerra entre Estados, resulta hoy impotente para encuadrar a las bandas armadas que en muchos casos permiten augurar las realidades conflictivas del tercer milenio. Estas realidades le confieren a la guerra la característica de *absoluta* en los términos de Clausewitz, con todos los componentes políticos del ascenso a los extremos, pues de aniquilar al adversario y ocupar el poder se trata. Guerras de necesidad en muchos casos pero que ponen sobre la mesa valores contradictorios e irreconciliables. El caso de Haití como *Estado fallido*, tanto por su ubicación geográfica como por la participación de contingentes de los países latinoamericanos en las fuerzas de paz allí destinadas, es un buen ejemplo de lo hasta aquí sostenido.

Las guerras del futuro

Es parte del orden natural del mundo moral que un pueblo utilice todos los medios a su alcance cuando es empujado al borde del precipicio.

CARL VON CLAUSEWITZ. *De la guerra*

La violencia no tiene más que un decurso delimitado por el orden de Dios.

BLAISE PASCAL. *Provinciales*

*No hay guerras porque haya militares, sino que hay
militares porque hay guerras*

ENRIQUE JARNÉS VERRUGA. Prólogo al *Tratado
de Polemología*

Del desarrollo hasta aquí efectuado surge casi naturalmente una constatación: un riesgo mayor para la paz y la estabilidad esta planteado por el debilitamiento de los Estados-nación como actores centrales de las relaciones internacionales, con importantes consecuencias tanto en el plano jurídico como en la probable evolución de los actuales conflictos armados y/o estallido de otros nuevos.

Esta realidad presenta una gran complejidad, debiendo señalar que la misma no es nueva y que a todo lo largo de la historia humana aparecen actores que de una manera u otra desafían o tratan de influir sobre el poder central. Desde los piratas mediterráneos contra Roma hasta los consejeros del Príncipe en tiempos de Maquiavelo, tan solo por citar algunos, siempre estas fuerzas han existido; la diferencia con nuestro tiempo radica en la capacidad de perturbación de actores no estatales frente a los centros de poder legalmente constituidos, lo que impone referirnos a una *hipercomplejidad*.

Esta hipercomplejidad constituye el basamento sobre el cual tendrán lugar los futuros conflictos armados en el sistema mundo, tema que será abordado en particular cuando se aplique el modelo de análisis polemológico al caso afgano.

En los párrafos que siguen se analizarán algunas características de las guerras futuras.

No existen dudas acerca de la evolución rápida y sorprendente que ha experimentado la tecnología militar en años recientes, particularmente desde que la misma se ha visto beneficiada con los avances de la información, la electrónica, la informática y las armas de precisión.

Los modernos sistemas de armas ofrecen nuevas alternativas a las capacidades de muerte y destrucción de los seres humanos. La espada, el escudo o el hacha, que en tiempos pretéritos actuaban como una prolongación del brazo humano, no así la flecha, aparecen hoy reemplazados por ingenios mecánicos que no guardan relación alguna con el cuerpo, rompiendo el vínculo emocional entre un acto violento y su autor, lo

que amplía considerablemente la esfera de la perversidad impersonal. Por otro lado, las comunicaciones electrónicas al permitir evitar los encuentros cara a cara, habilitan el acceso a los campos abstractos de pura estrategia que comportan pocos riesgos psicológicos. El mundo real, con sus víctimas y dolor, deviene casi en un juego electrónico para estados mayores que conducen las operaciones militares instalados en confortables y custodiados centros de control. La deshumanización de los conflictos armados facilitada por los sistemas de armas contemporáneos constituye una realidad que no se puede soslayar.

No se equivocaba Gaston Bouthoul cuando sostenía en 1962: «El combatiente tiende a transformarse en el ingeniero que prepara la destrucción de una generación con calculadoras, pantallas y botones. Todo ello le permite tener la conciencia tranquila para responder a aquéllos que lo cuestionan: ‘no soy un carnicero, soy un ingeniero’» (2007: 28). De esta manera aparece otra vez la tendencia a estudiar y planificar teóricamente las guerras tomando como referencia de forma exclusiva y excluyente a un determinado sistema de armas, pudiendo observar en este caso deformaciones parecidas a las ya señaladas durante el siglo XX, basadas estas en los artefactos nucleares.

Uno de los ejemplos más demostrativo lo constituyen los *drones* o aviones sin piloto, último desarrollo de la tecnología militar, capaces de llevar a cabo acciones a grandes distancias, tanto de ataques a blancos preestablecidos como de observación e inteligencia. Estos aparatos contribuyen a la «guerra a distancia», llevada a cabo en Paquistán y otros lugares del mundo por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos desde la base Creech, en Nevada, si bien la misma plantea algunos problemas, tal como lo señala Martin Crag: «Esta cambia radicalmente el ‘acto final’ del combatiente, es decir, matar al enemigo. ¿La guerra con los drones se transformó en una actividad banal de oficina, en un juego de video? Con el fin de evitar los riesgos de que puedan aparecer comportamientos irresponsables, el Pentágono envía regularmente a los pilotos al terreno, entre cuatro y seis semanas» (2009: 13). En estos casos la diferencia de costos es importante: la formación de un piloto de combate norteamericano cuesta 2,6 millones de dólares, mientras que la de un *piloto* de dron se estima en el orden de los 135.000 dólares.

Las nuevas tecnologías le han otorgado a los Estados Unidos una capacidad de proyección de fuerzas comparable a la que exhibió en su tiempo el Imperio Romano como ha sido destacado anteriormente. Por ello es importante que un estricto control político sobre el instrumento militar se ejerza en la primera potencia del mundo, de esta manera se pueden evitar acciones descontroladas que perjudiquen tanto a sus intereses, como a los de sus aliados, y a aquéllos en el mundo que puedan convertirse en sus víctimas. Observa al respecto el neoconservador Robert D. Kaplan: «Todos los pasos diplomáticos serán también militares, a medida que la separación artificial entre las estructuras civiles y los mandos militares, que ha sido una característica de las democracias contemporáneas, siga desvaneciéndose» (2002: 177).

En otro párrafo y luego de constatar que el Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas es un verdadero miembro del Gabinete del presidente de los Estados Unidos, el autor citado afirma: «Las guerras cortas y limitadas y las operaciones de rescate en las que participará Estados Unidos no habrán de ser sancionadas por el Congreso ni por los ciudadanos; lo mismo puede decirse de los ataques con derecho preferente contra las redes informáticas de los adversarios y otras medidas relacionadas con la defensa que en muchos casos se mantendrán en secreto» (2002: 178). Agregando en otra parte de su libro:

En una época que llevaba semanas movilizar y transportar divisiones armadas a través de los mares, era posible que los presidentes consultaran al pueblo y al Congreso al respecto. En el futuro, cuando las brigadas de combate pueden introducirse en cualquier parte del mundo en 96 horas y divisiones enteras en 120, y cuando la mayoría de las acciones militares sean ataques relámpago aéreos e informáticos, la decisión de utilizar la fuerza se hará autocráticamente por grupos reducidos de civiles y oficiales, y la diferencia entre ellos se desvanecerá con el tiempo. Ya ahora, la diferencia entre generales que actúan como políticos y especialistas civiles en política de defensa es a menudo insignificante. (2002: 179)



A este punto de vista, que impacta por su crudeza y que refleja el pensamiento dominante en la administración republicana concluida en 2009, es necesario añadirle una realidad signada por la existencia de tropas voluntarias que han sustituido a los soldados conscriptos, y por la presencia creciente de los nuevos mercenarios al servicio de compañías privadas analizados en el subtítulo precedente, elementos que hacen de la guerra un asunto cada vez más reservado a círculos de expertos y menos sometido a la consideración pública. Situación que es poco probable que sufra cambios considerables durante la gestión demócrata, si se tiene en cuenta el peso creciente que ha adquirido el poder corporativo en los Estados Unidos durante las últimas décadas. De esta manera se asiste una vez más a una reiterada inversión de la *Fórmula* de Clausewitz, al proponer soluciones y remedios militares para los conflictos políticos que afectan al mundo globalizado.

Por ello en este punto resulta adecuado volver al General prusiano:

En una palabra, el arte de la guerra es político en su nivel más alto, una política que libra batallas en vez de redactar notas. De acuerdo con esta opinión, juzgar un gran acontecimiento militar o el plan de este acontecimiento desde un punto de vista *exclusivamente* militar es inadmisibles y aun funesto; en realidad, consultar a los soldados profesionales sobre el plan de guerra para que ellos den una opinión *puramente* militar como lo hacen frecuentemente los Gabinetes, es un procedimiento absurdo. Pero exigir con los teóricos que se le entreguen al general los medios de guerra disponibles para que confeccione un plan de guerra o de campaña *puramente militar* es todavía más absurdo. La experiencia general nos enseña que más allá de la diversidad y desarrollo de los actuales sistemas de guerra, las grandes orientaciones de una guerra siempre han sido fijadas por el Gabinete, para hablar técnicamente, por un organismo *puramente político* y no militar. (1955: 706)

Los Estados Unidos, con su enorme capacidad de despliegue de fuerzas en todo el planeta se han transformado, voluntaria o involuntariamente, en un perturbador mayor del orden internacional,

con una curiosa tendencia de sus dirigentes políticos y *think tanks* académicos a confiar excesivamente en el empleo *urbi et orbi* del instrumento militar para «ordenar» el mundo en beneficio de sus intereses. Más allá de las autocríticas oportunamente expuestas en relación a la guerra de Vietnam, las acciones emprendidas luego en Afganistán e Irak no parecen haber recogido las enseñanzas de aquel fracaso en los años setenta del siglo pasado. De allí la importancia de volver a Clausewitz y a su construcción teórica.

Esto no quiere decir que no existan otros perturbadores en el mundo, ya sean estatales o no estatales. No se puede prescindir de la pertinente consideración acerca de la responsabilidad actual y futura de Washington en el análisis del sistema mundo, dado el poder que hoy posee. Es la Nación con mayor capacidad para hacer la guerra así como la fuente más importante de innovación en lo que a tecnología bélica respecta, por ello resulta importante abordar sus puntos de vista relacionados con las características más sobresalientes de los futuros conflictos armados.

En el contexto señalado, el derecho internacional –que tiene una importancia creciente en los ámbitos comerciales y en los tribunales que juzgan las violaciones de los derechos humanos– desempeñará un papel más modesto en la contención o dirección de la guerra, dado que ésta tiende a ser cada vez menos convencional y declarada, con más probabilidad que la misma tenga lugar dentro de los Estados y muy raramente entre ellos. Dice al respecto Kaplan: «El concepto de *derecho internacional* promulgado por Hugo Grocio en la Holanda del siglo XVII, según el cual todos los Estados soberanos son tratados como iguales y la guerra se justifica sólo en defensa de la soberanía, es esencialmente utópico» (2002: 179) este autor, parafraseando a Raymond Aron observa que los límites entre paz y guerra suelen ser confusos, y los acuerdos internacionales se respetan solo si la fuerza y el interés propio están allí para mantenerlos. Agregando que en el futuro la justicia en tiempo de guerra dependerá más del carácter moral de los propios jefes militares que de las normas establecidas por el derecho internacional. Todo ello es coherente con el rechazo del Tribunal Penal Internacional –oportunamente analizado– por parte del ex presidente George W. Bush.

Los conflictos de intereses encapsulados en conflictos de valores, en muchos casos religiosos, más la política occidental destinada a «domesticar» determinadas áreas del mundo refractarias a la adopción de *sus* formas y contenidos de organización política y social, generan la reacción de muchos habitantes en este planeta al verse agredidos en sus creencias y tradiciones, tal como fue analizado cuando tratamos la globalización política y en particular la oposición oriente-occidente.

Esta realidad anuncia conflictos armados con todas las condiciones para devenir *absolutos* es decir, conflictos por medio de los cuales se trata de imponer un sistema de valores a cualquier precio al oponente, o hacerlo desaparecer. Por sus características, son confrontaciones que tienden a ascender a los extremos en los términos de Clausewitz cuando este se refería a las *acciones recíprocas*, por ello es tan importante el ejercicio de un férreo control político sobre el instrumento militar, para impedir que las mismas terminen transformándose en grandes masacres debido al empleo eventual de armamentos sofisticados o de destrucción masiva.

Un párrafo especial merecen los conflictos armados de carácter limitado, los que pueden asociarse a las guerras *reales* de Clausewitz, pues en la actualidad son más la excepción que la regla, constituyendo el caso israelí uno de los principales ejemplos. Las guerras *limitadas*, para ser tales, necesitan un sólido poder político que controle el aparato del Estado, una conducción política firme sobre las fuerzas armadas, una efectiva acción de la diplomacia y que la guerra en cuestión no amenace los intereses vitales de la parte adversaria. Tomando en consideración los escenarios políticos analizados *ut supra* caracterizados en su inmensa mayoría por la existencia de valores diferentes y en muchos casos enfrentados, así como el debilitamiento creciente de lo político y del Estado, se podrá comprender fácilmente por qué afirmo que las guerras limitadas hoy son más la excepción que la regla.

Dada la asimetría existente y en un contexto de deshumanización debido a las tecnologías de la muerte en presencia, valor de lo negativo, las guerras serán más *humanas* que tecnológicas, tal como en la actualidad puede observarse en los escenarios de Irak, Afganistán, Israel-Palestina, Líbano, a lo que pueden sumarse los conflictos denominados de *cuarta generación*, ligados éstos a las condiciones pre-

carias de vida de un porcentaje importante de la población mundial, tanto como a la emergencia de nuevos perturbadores.

El analista de seguridad internacional norteamericano, el coronel Ralph Peters, observa que los soldados estadounidenses «están muy bien preparados para derrotar a otros soldados. Por desgracia, los enemigos a los que probablemente nos enfrentaremos no serán *soldados*, dotados de la disciplina y profesionalidad que esta palabra implica en Occidente sino ‘guerreros’ primitivos erráticos de lealtad voluble, acostumbrados a la violencia y sin intereses en el orden civil» (Kaplan, 2007: 180).

En otro trabajo publicado en *Parameters*, este comandante de la Infantería de Marina de los Estados Unidos, anuncia que se ha entrado en una era de conflicto permanente en la cual el elemento dominante es la información, aquellos que lleguen a controlarla serán los ganadores en lo profesional, financiero, político, militar y social; observando al mismo tiempo que estos ganadores serán minoritarios. Augura un futuro sin paz y en el cual se desarrollarán conflictos que mutarán en sus formas en todo el mundo, agregando:

El rol *de facto* de las fuerzas armadas norteamericanas será el de mantener el mundo como un lugar seguro para nuestra economía y un espacio abierto para nuestro dinamismo cultural. Para lograr estos objetivos tendremos que masacrar a muchos. Estamos construyendo un sistema militar basado en la información, para concretar esas masacres. Tendremos necesidad de una cierta cantidad de poder muscular, pero una gran parte de nuestro arte militar consistirá en saber más sobre el enemigo de lo que el enemigo sabe sobre sí mismo, en manipular los datos para contar con mayor eficacia y efectividad e impedir que puedan acceder a los mismos nuestros oponentes. Esto incluye un empleo importante de tecnología, pero los sistemas útiles no serán más los vampiros presupuestarios como los bombarderos o los submarinos de ataque. Serán las tecnologías de apoyo a los infantes y *marines* en el terreno, lo que permitirá las decisiones adecuadas y nos darán la capacidad de matar correctamente así como sobrevivir en los campos de batalla multidimensionales de la guerra urbana. (1997: 4- 14)



Sin compartir el panorama por demás belicista expuesto por este Comandante y las acciones sugeridas para el fortalecimiento del rol imperial de los Estados Unidos, debe constatarse que presenta un diagnóstico bastante realista y ajustado de la evolución de los conflictos mundiales, en escenarios marcados por fuertes asimetrías y donde las disputas por valores opuestos ocupan de manera creciente el centro de la escena. A propósito de este asunto, el General norteamericano Stanley McChrystal, ex comandante en jefe de la ISAF en Afganistán, respondía ante la cuestión de si los Estados Unidos no están intentando apagar un fuego a martillazos: «En la lucha contra las insurrecciones, al final todo depende de la percepción y de los sentimientos de las personas. En guerras como éstas, lo importante no es el empleo masivo de material bélico. No se trata de destruir las ciudades del enemigo ni de aniquilar su ejército. Tenemos que debilitar el levantamiento, conseguir que los insurrectos dejen de hacer lo que están haciendo. Y el medio más efectivo para lograrlo es la cooperación eficaz con nuestros socios afganos» (2010: 7).

Hoy se debe registrar el peso cada vez más importante del manejo de la información en un conjunto variado de actividades humanas y particularmente en lo vinculado con la guerra. Tan importante como manejar la información es contar con una estructura de pensamiento que permita un procesamiento adecuado de la misma, y la adopción de las decisiones correspondientes adaptadas a los fines perseguidos. Por ello la nueva problemática de la información no puede ser abordada únicamente en términos de tecnologías, sino que, más importante que la velocidad o la multiplicación es el contenido semántico de la sustancia de la información, objeto mismo del saber de los actores.

En muchas ocasiones la información ha saturado y desbordado los elementos de planeamiento y complicado la toma de decisiones, este fue el caso de la Guerra del Golfo Pérsico de 1990-1991, como lo revelaría tiempo después el comandante de las operaciones. Esta guerra, ganada con relativa facilidad por la coalición ordenada por la ONU y dirigida por los Estados Unidos, instaló el debate acerca de los escenarios futuros de los conflictos armados y las respuestas más apropiadas para hacerles frente, tomando en cuenta la emergencia de contextos políticos no tradicionales y campos operativos novedosos.

En relación a la estrategia, debe señalarse que un pensamiento estratégico en nuestros tiempos debe partir de considerar la incertidumbre política reinante en el sistema internacional tanto como la incertidumbre estratégica que resulta de la misma. Queda así planteada una dificultad adicional, pues si bien puede enunciarse el *explanans*, tratando a la incertidumbre política como condición inicial, el *explanandum*—en este caso la estrategia— no siempre puede ser anticipada deductivamente lo que permitiría predecir el curso de un hecho con mayor o menor exactitud. Una de las razones de todo ello, quizás la más relevante, es la indecisión acerca del futuro, consecuencia de informaciones incompletas.

Cualquier sistema abierto, activo y completo, en los términos empleados por Lucien Poirier, constituye una organización compleja de elementos funcionales diferenciados e interactivos, ésta misma interactúa con su entorno, en este caso los otros sistemas. Este organismo recibe, almacena, produce, consume y convierte energía. En primer lugar para persistir en el ser; luego, para aplicar los efectos de las transformaciones deseadas y calculadas a los sistemas externos y para reaccionar frente a ellos. Esta organización y este trabajo son dirigidos por la información cuyos flujos circulan entre los elementos del sistema, entre éste y los Otros, y cuyos datos proceden de sus interacciones y transformaciones. La tríada fundamental *organización-energía-información*, que se determinan recíprocamente, estructura entonces estas maquinarias o efectores completos que son los sistemas político-estratégicos, en su totalidad dinámica y en sus subsistemas militares. La misma provee una grilla de lectura e indica el sentido de sus evoluciones históricas.

La genealogía de la estrategia demuestra que si algún momento de ruptura fue provocado por la evolución de los aparatos militares, esto afectó inicialmente a uno de los elementos de la tríada y también a los otros por inducción o contaminación más o menos rápida, dado que son interdependientes. Así ocurrió con la pólvora a fines del siglo XV, el vapor en el siglo XIX y el petróleo y lo nuclear en el siglo XX. En cierta medida en el corriente siglo por las guerras *soldado-céntricas*, que emergen en los escenarios asimétricos e inciertos del sistema mundo.

Las acciones militares en los Balcanes plantearon hacia fines del siglo pasado serias discusiones sobre la carencia de medios adecua-

dos para intervenir en combates urbanos con características irregulares y la necesaria continuidad de la capacidad limitada de transporte estratégico. En 1999, desde el mes de marzo y durante setenta y seis días, la OTAN intervino militarmente en el conflicto de Kosovo. Un continuo bombardeo sobre una pequeña superficie con munición inteligente lanzada desde grandes alturas terminó con la resistencia serbia luego de los ataques sobre Belgrado, operación ésta realizada al margen de las Naciones Unidas. Aun así, al otorgar un plazo para la retirada de las fuerzas serbias de Kosovo, llamó la atención el número de fuerzas terrestres serbias intactas y la cantidad de vehículos blindados y artillería que habían eludido el bombardeo. Esto reforzó el descreimiento en la precisión de los bombardeos; también quedaron en evidencia los problemas que presentan los helicópteros, configurados para actuar en estos escenarios.

En junio de 1999 fue nombrado Jefe del Estado Mayor del Ejército norteamericano el general Eric K. Shinseki, quien al hacerse cargo expresó públicamente sus críticas a la falta de accionar conjunto en las operaciones; señaló en esta oportunidad que no se debe seguir alistando una fuerza para intervenir en las guerras que agradan, las del pasado, sino que se debe estar en condiciones para participar en las que existen en defensa de los intereses de la Nación. Criticó la ausencia de fuerzas terrestres en Kosovo (a la que llamó «la última guerra sin ejército»), como también las dimensiones y peso de los medios blindados que «no serían capaces de doblar una esquina en una ciudad de Bosnia». La propuesta de este Jefe del Estado Mayor apuntaba a crear una fuerza interina (de transición entre lo anterior y una nueva) cuyo principio de conformación sería: mayor letalidad a costas de menor protección; menos «cola logística» para mayor rapidez en el despliegue; y fuerzas organizadas en Brigadas, más pequeñas que las grandes Divisiones. Esta suerte de toma de conciencia se apoya en buena medida en datos demográficos: la población de las ciudades se multiplicó por cinco desde los inicios del siglo XX. Más de doscientas ochenta aglomeraciones urbanas en el mundo pasan el millón de habitantes y 26 más de siete millones de almas. En 2025, dos tercios de los ocupantes del planeta serán urbanos, algunos analistas predicen un 85% para el año 2050. Tradicionalmente, las

grandes ciudades concentran lo esencial del poder (político, económico, social, cultural) y conforman el punto de encuentro de las comunicaciones (transportes, telecomunicaciones) y un espacio mediatizado que actúa como caja de resonancia.

Según la *Fondation pour la recherche stratégique*: «Durante la Segunda Guerra Mundial se bombardeaban ciudades enteras (Londres, Dresde), en Vietnam la focalización era sobre un barrio o una zona determinada, hoy en Irak o en los territorios palestinos, se actúa sobre un inmueble, o aún sobre la ventana de un piso de ese inmueble» (Leymarie, 2009: 4).

Diferente a los grandes teatros de confrontaciones –batallas de fronteras o regiones– el espacio urbano es un laberinto de variadas dimensiones: los subsuelos (bauleras, cañerías, estacionamientos, subtes, vías subterráneas); las calles, las plazas, las cortadas; los edificios de varios pisos, arterias comerciales, lugares históricos, inmuebles, etcétera. Este entrecruzamiento ofrece a los beligerantes, sobre todo si cuentan con el apoyo de una fracción importante de la población –característica propia a los conflictos «asimétricos» de estos tiempos– una *opacidad protectora* que permite a un adversario más débil contar con una importante ventaja táctica. En referencia a ello dice el coronel Franck Nicol del ejército francés: «la amenaza viene de todos lados. Cada calle, cada barrio puede transformarse en un microteatro de operaciones. Usted se encuentra permanentemente en situación de *duelo*, sea cual fuere el sistema de armas que utilice. Usted debe intentar detectar entre los habitantes quién está implicado, activo, peligroso, y quien no lo está, lo cual es sumamente delicado. Y no olvide que Usted siempre se hallará bajo la mirada de los medios». A lo que agrega Maurice Lemoine:

En los conflictos asimétricos modernos, la estrategia del *débil* lo empuja cada vez más a combatir en las ciudades. La batalla urbana le permite restablecer el equilibrio frente a las ventajas tácticas que a un ejército moderno le brindan las nuevas tecnologías. Esto es así por varias razones. Salidos de la población, los defensores cuentan con buenos informes de inteligencia, mientras que el invasor se desplaza en medio de la bruma. Este último se encuentra por otro lado frente a un dilema: para

evitar los ‘daños colaterales’ modula el empleo de la fuerza aun aceptando bajas en sus filas, o bien emplea todos los medios –cañones, tanques, aviación– con el riesgo consiguiente de masacrar civiles. En ambos casos habrá de ofrecerle a los medios un espectáculo difícilmente defendible frente a una sociedad democrática. A pesar de las medidas para alejar la prensa, la proliferación de emisoras de televisión –como recientemente fue el caso de Al Jazeera en Gaza– torna difícil el ocultamiento de los hechos a una opinión pública susceptible de enfrentar a sus dirigentes. (2009: 4)

En 2003, siendo Donald Rumsfeld Secretario de Defensa de los Estados Unidos, fue designado en reemplazo del General Shinseki, el General Shoeniker, experto en fuerzas especiales. Su orientación y decisiones apuntaron hacia la necesidad de fuerzas de características especiales como las más aptas para el tipo de conflicto a venir dominado por los enfrentamientos asimétricos, la denominada *Objective Force Warrior Vision* del Jefe del Ejército planteaba, entre otros temas, que la organización ahora debía ser «soldado-céntrica» y «centrada en el trabajo integrado o en redes», por oposición al criterio hasta entonces vigente centrado en plataformas móviles. El acento más importante estaba puesto en el reentrenamiento de todos los soldados para transformarlos en tiradores, es decir, fortalecer la capacitación básica de soldados combatientes individuales, relegando entonces el aprendizaje de las capacidades logísticas u otras a un segundo plano. Constituyendo ello una crítica al exceso de soldados, suboficiales y oficiales que dedican poco tiempo a mantener su aptitud de combatientes.

Donald Rumsfeld, en una conferencia de prensa realizada el 18 de septiembre de 2001, sostenía que el adversario al cual los Estados Unidos deberían enfrentar de allí en más, no poseía ejército, marina o fuerza aérea, tampoco un territorio delimitado, lo que dificultaba encontrar blancos valiosos tales como las infraestructuras civiles y militares de un Estado. Se imponía combatirlo entonces imaginando campañas diferentes a las de otros tiempos. A partir de ese momento, junto a las doctrinas de empleo clásicas de sus fuerzas, los norteamericanos debían concebir nuevos sistemas operativos.

Señala al respecto Anne-Henry de Russé:

En otro orden de cosas, las recientes declaraciones de Rober Gates en materia de doctrina y opciones presupuestarias indican el deseo de avanzar más en la redefinición de sus prioridades en beneficio de las guerras asimétricas, lo que implica el abandono de los programas de armamentos heredados de la guerra fría y la reducción de las armas nucleares.

[...]

El empantanamiento de la «hiperpotencia» en las operaciones de contrainsurgencia que siguieron a la caída de Bagdad ha quebrado el mito según el cual la tecnología era capaz de disipar la «bruma de la guerra». Los conflictos en Irak, Líbano y Afganistán han demostrado las aporías de «todo tecnológico». El control de espacios terrestres complejos donde aparecen imbricados tanto insurgentes como civiles no combatientes impone acciones de proximidad física. Se trata más de convencer que de vencer. Estando confinada su eficacia al nivel táctico de la acción militar, la RMA no satisface a las necesidades propias de las actuales operaciones de estabilización que exigen resultados políticos durables en el interior mismo de las poblaciones. (2010: 112)

El modelo «soldado-céntrico» se inspira en el sistema de entrenamiento de los *marines*, que extrema la exigencia en la calidad de los combatientes individuales. Hay una exaltación de lo que pueden lograr unidades más pequeñas, que son más rápidas y mejor adaptadas al tipo de combate que hoy se plantea: urbano o semiurbano, irregular, de focos aislados, de gran movilidad y, entre otros aspectos, con reducidos blancos para armas pesadas.

La extensión temporal de las operaciones en Irak y Afganistán creó una situación compleja a sobrellevar, al carecer de unidades suficientes equipadas, entrenadas y organizadas para un nuevo tipo de conflicto. La *nueva visión* compromete el rol histórico y tradicional de la organización en divisiones, y prepara un ejército expedicionario, de rápido despliegue con nuevas capacidades, versión moderna de los *comitatenses* del Imperio Romano.



Señala al respecto Julio Hang: «En pocas palabras, de trata de un nuevo ejército con mentalidad conjunta y expedicionario, donde la calidad del combatiente individual será lo distintivo, preparado para la guerra permanente, organizado modularmente para facilitar los despliegues, rotaciones y el escalamiento de la dimensión de fuerzas, con una nueva doctrina y un nuevo modo de instruirse y entrenarse. Un cambio tan profundo como no se veía desde la Segunda Guerra Mundial» (2004: 4).

Frank Hoffman, por su parte, introduce el término de «guerra híbrida» muy de moda en estos tiempos, apuntando que «las doctrinas militares convencionales del siglo XX dirigidas contra Estados-nación y ejércitos de masas de la era industrial están efectivamente muertas» (2007: 43). El concepto de *guerra híbrida* procura fusionar la letalidad de los conflictos entre Estados con el fervor de las guerras irregulares o *pequeñas guerras* de Clausewitz. El término *híbrido* captura tanto su organización como sus medios, pudiendo tener las organizaciones una estructura política jerárquica y al mismo tiempo células centralizadas o unidades tácticas en red, según Hoffman. En lo que a los medios respecta, estos son híbridos tanto en su tipo como en su aplicación, dicho de otra manera, pueden recurrir al empleo de sistemas de comando encriptados, a misiles tierra-aire portátiles, emboscadas, cyberataques, explosivos improvisados y/o asesinatos. En su aplicación, estas guerras incluyen las capacidades convencionales, formaciones y tácticas irregulares, actos terroristas, coerción y violencia indiscriminada, así como desórdenes creados por actos criminales. Acciones llevadas a cabo por lo que comúnmente se conoce como *comandos* militares.

Las guerras híbridas serían, según Hoffman, guerras irregulares, que en estos tiempos serán cada vez más comunes pero con «mayor velocidad y letalidad que en el pasado, debido en parte a la difusión de las tecnologías militares avanzadas». Estas pueden ser emprendidas tanto por Estados como por actores no estatales y los desafíos a los Estados provendrán de ambos, quienes podrán servirse ya sea de las tácticas convencionales como de las no convencionales por medio de usos intensivos de tecnologías.

Los campos de batalla de este tipo de guerras, según este punto de vista, serán las ciudades del mundo en los países en vías de desarro-

llo. Las nuevas áreas de combate «incluyen las densas junglas urbanas y los litorales congestionados donde la mayoría de la población y la economía mundial están concentradas». Estas zonas «proveen refugios seguros a los terroristas o guerrillas urbanas donde la densidad de la población, las redes de transporte, la infraestructura y los servicios públicos, y las estructuras les facilitan múltiples rutas de escape y la habilidad para ocultarse mientras planean y practican (futuras) operaciones» (2007: 15).

Por ejemplo, Ramón Lobo, periodista del diario El País de Madrid acompañante del contingente español destinado en Afganistán, en su nota *La incierta papeleta de Afganistán*, publicada el 16 de agosto de 2009, señala: «Por segunda vez desde los atentados del 11-S, el ejército más poderoso del mundo, diseñado para vencer en cualquier guerra convencional o con armas de destrucción masiva, se enfrenta a un enemigo invisible, que carece de bandera y uniforme y que no se comporta como debería hacerlo un ejército rival».

En una exposición realizada el 18 de abril de 2001 en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), la señora Swadesh Rana, ex Jefa del Sector de Armas Convencionales del Departamento de Desarme de la ONU, se refirió a lo que hoy se denominan «Conflictos de Cuarta Generación». En esta ponencia, la experta de la ONU planteó que cada sucesiva generación de conflictos se desarrolla empleando armas de menor sofisticación tecnológica, es generalmente menos predecible y resulta más difícil de enfrentar mediante los medios militares tradicionales. Asunto que, como hemos visto *ut supra*, ha sido y es motivo de álgidos debates en el diseño del ejército norteamericano.

Se presenta allí una Primera Generación de conflictos constituidos por los enfrentamientos de bloques con pocas posibilidades de ocurrencia al menos por ahora; los de Segunda Generación signados por las confrontaciones entre Estados: India-Paquistán, Somalía-Chad o Etiopía-Eritrea; los de Tercera Generación definidos por enfrentamientos internos donde la autoridad del Estado es cuestionada por grupos organizados que buscan beneficios políticos o económicos; y los de Cuarta Generación en los cuales no hay adversarios organizados, objetivos establecidos, líderes y campos de batalla. Es-

tos últimos están caracterizados por la explosión repentina e intensa de la violencia, por lo que resulta extremadamente difícil cualquier posibilidad de predicción. Diferenciar entre la víctima y el victimario es imposible puesto que en estos conflictos es la sociedad quien está en guerra consigo misma. Ejemplos de este tipo pueden encontrarse en Ruanda, Burundi, Somalia y Sierra Leona.

El Conflicto de Cuarta Generación se define por la utilización esporádica de la violencia por un número indeterminado de personas, situación que puede devenir en:

- un conflicto que alcanza un elevado nivel de violencia en un período corto de tiempo al adquirir dimensiones étnicas o comunales;
- enfrentamientos de baja intensidad en el transcurso de un largo período de tiempo;
- un conflicto latente no activo en el cual grupos marginales y criminales comunes pueden recurrir esporádicamente a la violencia.

El primero y segundo caso de Conflicto de Cuarta Generación puede observarse claramente en Africa. Por el contrario, varios países de América Latina podrían caer en la tercera categoría. Ver al respecto el reportaje a Marcos Camacho, «Marcola» en "Un caso de conflicto de cuarta generación".

Los instrumentos de combate empleados en este tipo de conflicto no requieren entrenamiento formal ni intensivo y las armas utilizadas van desde machetes hasta piedras, pasando por cuchillos de cocina. En algunos casos en estos conflictos se hace uso de armas livianas y pequeñas que se han vuelto accesibles como consecuencia de la reducción de los arsenales militares de potencias como la ex URSS, la finalización de la mayoría de los conflictos internos en América Central y la desmilitarización y democratización de los regímenes políticos en América Latina. Se estima que por cada arma recuperada de un ex combatiente, mil han quedado en manos de la sociedad civil y que por cada arma registrada en el mundo hay ocho sin registrar.

En un conflicto armado tradicional cada adversario tiene como objetivo doblegar al otro, en el caso de los Conflictos de Cuarta Generación el dilema que se le plantea al Estado, cuando éste existe, es que no puede destruir a su propia sociedad civil. Estos conflictos son propios a la globalización a partir del debilitamiento creciente de los

Estados y de otros mecanismos colectivos de convivencia; la emergencia de actores no estatales que procuran conquistar espacios de poder—desde las empresas transnacionales y sectores financieros hasta terroristas, narcotraficantes, mafias, etcétera— y nuevas configuraciones de las relaciones de fuerzas y el poder que se hacen y deshacen continuamente. El avance de reivindicaciones étnicas, sociales, religiosas y/o nacionalistas mide en cierta forma la insuficiencia o ilegitimidad de los Estados para asumir sus funciones en plenitud.

«Los guerreros de hoy en día proceden a menudo de entre los cientos de millones de jóvenes desempleados del mundo en vías de desarrollo, irritados por las disparidades de renta que acompañan una globalización darwiniana que supone la supervivencia económica de los más fuertes; aquéllos grupos e individuos que sean disciplinados, dinámicos e ingeniosos treparán hacia la cima, mientras que las culturas que no sean capaces de competir tecnológicamente generarán un número desmesurado de guerreros» (2002: 181).

El diagnóstico de Robert D. Kaplan, al cual podemos agregar las *guerras híbridas* de Frank Hoffman, refleja relativamente bien la realidad contemporánea. Aunque no se tomen en cuenta la inexistencia de mecanismos eficaces de redistribución de las riquezas y del poder a escala global más allá del Estado o de los ámbitos comunitarios, afectados gravemente por la globalización económica y la impronta ideológica del *fundamentalismo* del mercado, señala el autor algunas de las razones estructurales de los conflictos armados.

Según el arriba mencionado Coronel Peters, el nacionalismo constituye en estos tiempos una forma secular de fundamentalismo. Ambos emanan de una sensación de agravio colectivo y fracaso histórico, real o imaginario, de una edad de oro perdida. Ambos deshumanizan a sus adversarios y equiparan tolerancia con debilidad. Aunque existan diferencias marcadas entre, por ejemplo, un Radovan Karadzic y un Osama Ben Laden, ninguno de los dos juega según las reglas occidentales, ambos constituyen un nuevo tipo de guerrero, aun si para llevar adelante sus objetivos emplean técnicas que no son nuevas, como la limpieza étnica en el primer caso y el terrorismo en el segundo.

En relación a los Conflictos de Cuarta Generación, retomo la exposición de la señora Swadesh Rana con la siguiente observación: «La comu-

nidad internacional y los Estados se encuentran por el momento mucho mejor preparados para enfrentar conflictos de Segunda y Tercera Generación que para lidiar con este nuevo tipo de conflicto. Es necesario entonces dejar de lado antiguas mentalidades y las aproximaciones tradicionales a los conflictos para crear nuevas propuestas que ataquen las características peculiares de los Conflictos de Cuarta Generación».

También es importante señalar aquí que las dos grandes guerras mundiales del siglo XX han estallado cuando una potencia insatisfecha y/o revolucionaria, en ambos casos Alemania, intentó cambiar el centro del poder en el mundo. Guerras que, como fue señalado, comenzaron como disputas de intereses –particularmente la Segunda– y terminaron confrontando valores, creencias y sistemas antagónicos.

La Segunda Guerra Mundial comenzó cuando el Tercer Reich reclamaba su parte en el reparto del mundo y concluyó con la caída estrepitosa del Führer y sus seguidores, la ulterior división de Alemania y el lanzamiento de dos bombas atómicas en Japón. Guerra que en sus comienzos podría catalogarse como *real* para asumir hacia el final todas las características de *absoluta*.

En el caso de la visión europea ante los conflictos actuales, corresponde citar lo expuesto por el ex Ministro de Relaciones Exteriores de Francia Hubert Védrine en una audiencia especial dedicada a la elaboración del *Libro Blanco de la Defensa*:

Vivimos en una situación doble. Por un lado, la extraordinaria superioridad norteamericana, que se apoya en la fuerza armada más poderosa jamás conocida, pero que no es omnipotente, infalible o invulnerable, lo que no le permite alcanzar todos los objetivos. Por otro lado, la visión idealista de los europeos no refleja la realidad del mundo. La historia no se detuvo, la competencia continúa. El mundo no se halla únicamente poblado por boy scouts de Europa occidental. Los occidentales, sumando a los estadounidenses y a los europeos (que tiene concepciones muy distintas sobre diversas cuestiones), no representan más que mil millones de personas sobre un total de 6.500 millones. Hoy, la cuestión que se plantea tanto en política exterior como en seguridad y defensa, se refiere a las lecciones extraídas de esta doble situación. Los expertos se inte-

resan por China, por el retorno de Rusia, por nuevas potencias que se desarrollan, por el dinamismo de las empresas globales. También hablan de la India y otros países, diez, doce, quizás quince países emergentes

[...]

¿Podemos decir que el mundo es más inquietante de lo que nosotros creemos? La competencia, las amenazas, van a seguir y serán cada vez más intensas con la penuria. Nuevas tensiones geopolíticas y ecológicas van a aparecer. Nos dirigimos entonces hacia un mundo de amenazas. (2008: 265)

En un futuro quizás no muy lejano no puede descartarse un conflicto mayor entre las grandes potencias si se toma en cuenta el más que probable cambio del centro de poder en el mundo a partir del ascenso vertiginoso de China como actor principal. Gastos crecientes en defensa, así como sistemas de armas cada vez más sofisticados y de escasa utilidad en escenarios dominados por la asimetría, están indicando que los países centrales no descartan la ocurrencia de guerras generales en las cuales podrían verse involucrados. En relación a Asia en general y a China en particular, es importante tomar en cuenta lo señalado por el profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad Yang Se de Seul, Lee Chung Min:

Al mismo tiempo que Asia se presenta como el tercer pilar estratégico al lado de los Estados Unidos y Europa, los destinos que se le asignan se proyectan necesariamente sobre ramificaciones globales, que marchan junto al crecimiento económico de China, y más recientemente de India. Lo que ocurre en Asia tiene consecuencias globales, porque es allí donde se hallan los índices de crecimiento e innovaciones más importantes por un lado, tanto como las discontinuidades y rupturas por el otro.

[...]

Se trata de una fase completamente nueva en la historia asiática. Por primera vez el destino del mundo y de Asia está estrechamente ligado. Todos los grandes asuntos, tales como el recalentamiento del planeta, la gripe aviaria, el agotamiento de las fuentes de energía, la degradación del medio ambiente, la prolifera-

ción de armas de destrucción masiva o el terrorismo, encuentran en Asia sus manifestaciones más importantes. También esta región es el principal motor del crecimiento económico. Todo ello sumado a una creciente afirmación de las identidades nacionales y al consecuente renacimiento cultural, el despertar de Asia es todo menos un fenómeno efímero. (2008: 348)

Por ello si bien considero que la evolución más probable de los conflictos armados es aquella que tendrá por escenarios a las zonas del mundo más pobres que albergan importantes reservas de recursos naturales, conflictos que en casi todos los casos presentarán características de *asimétricos*, no se puede ignorar la existencia de diferentes niveles de confrontación entre los actores centrales del sistema mundo, ya sea de manera directa o a través de terceros, como lo demuestra el despliegue de bases norteamericanas en el continente asiático con todos los riesgos para la paz mundial que esto conlleva.

El terrorismo

Aquél que no entrega alegremente su vida sabiendo que enterrará a millones de bárbaros, no alberga en su pecho un corazón republicano.

KARL HEINZEN. *El asesinato*

Si un hombre sacrifica su libertad para tener un poco de seguridad, no merece ni la libertad ni la seguridad.

BENJAMÍN FRANKLIN

Las montoneras de Güemes hicieron una guerra sin cuartel que ha pasado a la historia como Guerra Gaucha. Cada uno de sus miembros serviría como modelo para fundir en bronce la figura del soldado irregular, del guerrillero.

FELIPE PIGNA. *Güemes ideó la guerra gaucha*

Entre los Conflictos de Tercera y Cuarta Generación, con elementos de unos y otros y aceptando como pertinente la clasificación efectuada por la experta de Naciones Unidas, se debe incluir al terrorismo, a los movimientos insurgentes y a diversas manifestaciones de violencia urbana, vinculadas éstas en muchos casos con reivindicaciones de carácter religioso, con el tráfico de drogas, o demandas destinadas a la obtención de un beneficio económico y social.

Estos elementos configuran la base de las asimetrías presentes en gran parte de las guerras contemporáneas, dando lugar a la denominación de *conflictos de baja intensidad* que, como ya fue señalado, pueden ser de altísima intensidad para aquéllos que los sufren.

Carl von Clausewitz, tomando como referencia la resistencia española a Napoleón, escribió en el Libro VI de *De la guerra* acerca de lo que él denominó «armamento del pueblo» precisando las condiciones en que tal cosa es posible. Para ello observó que es necesario que la guerra tenga lugar adentro del país, que la suerte de la misma no se decida en una sola batalla perdida, que el teatro de las operaciones cubra un espacio vasto, que el terreno presente características favorables y que el pueblo esté dispuesto, por su carácter, a apoyar las medidas adoptadas y las consecuencias de las mismas.

Así como las guerras entre ejércitos regulares tienden en muchos casos a concentrarse en batallas decisivas, la *guerra popular* se caracteriza, entre otros aspectos, por la dispersión de los combatientes y la necesidad de los guerrilleros de evitar el ataque frontal contra un adversario muy superior. Clausewitz no consideró a la guerra popular en sí misma sino como subsidiaria de la acción emprendida por un ejército regular. Tal como ha sido el caso de los *maquis* en Francia durante la Segunda Guerra Mundial y las experiencias tanto de la Revolución China dirigida por Mao Zedong, como las de Vietnam, Laos y Camboya; debiendo incluir aquí al hostigamiento efectuado por los gauchos de Güemes sobre las tropas españolas como acción subsidiaria de los ejércitos del General José de San Martín.

Clausewitz esbozó una doctrina de organización y otra de empleo. En materia de organización, la regla principal es la cooperación entre el ejército regular y los insurrectos.



En materia de empleo domina un principio: evitar la defensiva táctica, es decir, tratar de sostener por todos los medios una posición frente a un enemigo muy superior tanto en efectivos como en armamentos, pues esto conduce inexorablemente a una derrota casi definitiva. Mao Zedong lo definía claramente cuando afirmaba que «al enemigo es preferible cortarle un dedo que lastimarle diez», y «nuestra estrategia es uno a mil y la táctica mil a uno». Dicho de otra manera, durante el tiempo prolongado que tenga lugar el conflicto concentrar los ataques en un punto determinado con fuerzas muy superiores, de manera tal que el adversario no solamente pierda hombres y material, sino que sufra un fuerte impacto psicológico y moral; todo ello hasta el momento en que la relación de fuerzas políticas cambie a favor del que resiste y se pueda pasar a una etapa de ofensiva estratégica que no es otra cosa que la toma del poder. Acto final que en este caso inscribe a la guerra dentro de su definición de *absoluta* pero no por ello menos política que otras, en este caso es una *política absoluta* la que conduce a la acción armada, pues de lo que se trata es de aniquilar al adversario.

Las guerras de liberación nacional y revolucionarias del siglo XX deben entonces ser comprendidas dentro del marco teórico de las guerras *absolutas*, lo que ha llevado, en consecuencia, a pensarlas y hacerlas más en términos militares que políticos, con una respuesta de iguales características desde los poderes cuestionados. Aun así, el *armamento del pueblo* de Clausewitz se inserta, al menos durante un tiempo, en el cuadro de la teoría de la defensiva en contextos en los que predominan fuertes asimetrías.

El terrorismo, en opinión del autor, debe entenderse en el cuadro descripto y merece una consideración particular, tratándose de una de las cuestiones que más preocupa a los diferentes actores del sistema mundo y porque su análisis ha dado lugar a diversas y serias tergiversaciones. El terrorismo es una táctica que en la mayoría de los casos obedece a objetivos estratégicos y políticos definidos, con algunas expresiones –excepcionales– en la antigüedad más vinculadas a impulsos agresivos e individuales. Coherentes con el análisis teórico de la guerra, deben ser consideradas las causas políticas que lo motivan y actuar sobre las mismas, si se desea efectivamente erradicar este flagelo; lan-

zar una *guerra contra el terrorismo* como lo hacen actualmente los Estados Unidos y sus socios de la OTAN, corre el riesgo de nuevos fracasos, similares a los registrados en el sudeste asiático durante los años setenta del siglo pasado, escenario en el cual también primaron consideraciones tácticas por sobre las necesarias soluciones políticas.

El terror en nombre de la religión, quizás el más relevante en la actualidad, aparece en la historia como un fenómeno recurrente si uno se aboca a observar algunos antecedentes. Los *zelotes*, también conocidos como sicarios, fueron parte de la rebelión judía contra la ocupación romana después de la destrucción del templo de Jerusalén en el año setenta de nuestra era y practicaban el asesinato político utilizando la *sica*, o puñal. La secta *ismaelita*, durante los años 1090 al 1272, mataba con arma blanca a aquellos dirigentes musulmanes sospechados de apartarse de la fe verdadera. Entre los cristianos se cuenta a los *taboritas* de Bohemia en el siglo XIV y a los *anabaptistas* de Münster en el siglo XVI. Una versión antigua del moderno *terrorismo de Estado* tuvo su expresión en las Cruzadas y la Inquisición. Desde hace tiempo entonces, diversos movimientos mesiánicos vehiculizaron el terror y se alimentaron del mismo.

El terrorismo religioso aparece como un acto trascendente justificado por una autoridad competente y da licencia a sus ejecutores para matar, convirtiéndose así en un instrumento de lo sagrado, no existiendo juez más allá de la *Causa* por la cual el terrorista entrega su vida.

La acción terrorista es una técnica que se inserta en un combate más amplio para cambiar un estado de cosas que se estima injusto. La primera vez que tal denominación aparece con una clara finalidad política, fue realizada en un discurso pronunciado por Maximilien Robespierre ante la *Convención* el 5 de febrero de 1794:

Es necesario asfixiar a los enemigos internos y externos de la República o morir con ella. Pues, en esta situación, la primera máxima de vuestra política debe ser que se conduce al pueblo con la razón y a los enemigos del pueblo con el terror. Si el recurso del gobierno popular en la paz es la virtud, el recurso del gobierno popular en una revolución es a la vez la virtud y el terror, la virtud sin la cual el terror es funesto; el terror sin el cual la virtud es impotente. (Chaliand, 2004: 7)

Para Martha Crenshaw, la «estrategia terrorista» puede ser estudiada partiendo de acontecimientos históricos tales como la Revolución Francesa y tomando en cuenta el terror desencadenado por el *Comité de salut publique*. Desde su punto de vista, tanto el fracaso de los movimientos no violentos para atenuar el autoritarismo del Zar de Rusia a fines del siglo XIX, como los fracasos de los árabes para llevar a buen puerto una guerra convencional contra Israel en el Cercano Oriente medio siglo después, coinciden en un punto: el recurso al terrorismo fue la consecuencia de los fracasos reiterados en el campo de la guerra convencional para alcanzar un objetivo, lo que motivó la búsqueda de alternativas u otros métodos para revertir un determinado *statu quo*. Preliminarmente entonces, sería suficiente afirmar que la opción por un acto terrorista obedece a una conducta de características lógicas, sin considerar si ésta se trata, o no, de una acción moral. Su expresión táctica se manifiesta a través de los atentados, los cuales representan el último eslabón de una secuencia orgánica constituida por individuos debidamente adiestrados y adoctrinados que responden a un proceso de toma de decisiones (1981: 381). El objetivo estratégico del terrorismo procura convencer a la opinión pública sobre la necesidad de modificar el orden imperante y lograr un efectivo cambio político.

El terrorismo es un fenómeno político que se define en parte por la dualidad que opone los ideales proclamados con la ejecución de los mismos. Toda la historia del terrorismo se debe estudiar relacionándolo con los contextos políticos que la sustentan.

De allí en ciertos aspectos la dificultad para lograr una definición única de terrorismo, teniendo en cuenta que si es una actividad condenable para algunos, no lo es para otros. Raymond Aron decía: «una acción violenta se denomina terrorista cuando sus efectos psicológicos están fuera de proporción con sus resultados puramente físicos».

Durante gran parte del siglo XX, por ejemplo, se asistió a lo que podría considerarse terrorismo «de arriba», puesto en práctica por Estados totalitarios identificados con principios comúnmente considerados de derecha o de izquierda. Esta forma de «terror marrón» o «terror rojo», en referencia a Hitler y Stalin respectivamente, pero que podría ampliarse a todos los dictadores latinoamericanos, produ-

jo muchas más víctimas que el terrorismo «de abajo» atribuido a organizaciones o grupos minoritarios que aspiran a cambiar un orden de cosas determinado.

Para Occidente así como para la Carta de las Naciones Unidas, la violencia legítima es aquella practicada por el Estado en determinadas condiciones. ¿Cómo establecer la legitimidad o ilegitimidad de una acción terrorista?, para los ejecutantes de tales actos, sean Estados o grupos irregulares, la legitimidad está relacionada con los objetivos perseguidos: el fin justifica los medios.

Fin que justifica los medios empleados por las dictaduras a todo lo largo del siglo XX y que tuvo como telón de fondo el inmoral «equilibrio del terror», una «tercera guerra mundial» que no existió, y las políticas consiguientes de las superpotencias valiéndose del accionar de grupos irregulares para debilitar al adversario.

La calificación de ilegitimidad de una acción terrorista abre una confusión peligrosa entre la interpretación moral de una acción y la acción en sí misma. Por ello un acto es catalogado como «terrorista» si está impregnado de fanatismo o los objetivos de aquellos que lo realizan no parecen legítimos o coherentes. A nadie se le ocurriría hoy catalogar como «terroristas» a los resistentes franceses contra la ocupación nazi durante la Segunda Guerra Mundial, aunque éstos hayan llevado a cabo acciones que técnicamente deban ser consideradas como terroristas. Tampoco a los militantes argelinos del Frente de Liberación Nacional (FLN) que cometieron actos, también técnicamente terroristas, contra la ocupación colonial francesa; para citar tan sólo algunos casos.

Resulta complicada, cuando no imposible, la categorización de un fenómeno cuando el mismo se viene manifestando como un verdadero laberinto a través de los siglos y que puede inscribirse en la denominada *estrategia indirecta* para hostigar por los flancos a un contrincante mucho más poderoso, de manera tal que quede debilitado y esto facilite el ataque –político– contra el núcleo central del poder. En este contexto se inscribe la idea de que el blanco por excelencia de las acciones terroristas son las poblaciones civiles, como parte de un objetivo destinado a cambiar las decisiones de un gobierno, un Estado o un organismo internacional. Debe decirse también que no siem-

pre los civiles han sido el blanco elegido por los grupos terroristas, como lo demuestran las acciones del grupo ETA en el país vasco español, IRA en Irlanda o los atentados contra las tropas norteamericanas en Yemen, Irak, Afganistán o Arabia Saudita, perpetrados por Al Qaeda o grupos afines. Todas las guerrillas, desde las españolas que enfrentaron a los soldados de Napoleón, pasando por las vietnamitas contra los Estados Unidos y afganas contra soviéticos hasta las actuales, emplean las tácticas de la insurgencia y cometen atentados que pueden ser categorizados como terroristas.

En el caso particular del terrorismo contemporáneo, que ha tenido un fuerte impacto mediático después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington, el «voluntario a la muerte» se inserta en la saga ya mencionada de los antiguos suicidas cristianos en épocas del emperador Cómodo y la resistencia judía de Massada contra la ocupación romana.

Observa al respecto François Géré: «En su famoso *Discurso a la nación alemana* de 1807, Fichte invocaba a los ancestros germanos que preferían la libertad en la muerte antes que la sumisión. Tal el efecto de un antiguo dilema: libertad o muerte. El rechazo de la esclavitud y el honor del guerrero forman el cuadro. Los judíos vinieron a agregar una nueva dimensión propiamente religiosa ligada ésta al monoteísmo» (Chaliand, 2004: 403).

Las masacres o suicidios colectivos, motivados por la religión, en la mayoría de los casos que ofrece la historia no se realizaban para acabar con el presente y el futuro, tampoco para volver hacia atrás, sino para llegar a los orígenes más puros, a la no temporalidad, a la eternidad. Así ocurrió cuando adolescentes iraníes enfrentaban a los blindados iraquíes provistos de bombas incendiarias durante la guerra de 1980-1988; llevaban sujeta al cuello una llave de plástico para entrar al Paraíso y reunirse con Alá, luego de haber ofrecido heroicamente sus vidas.

La novedad que introducen hoy los movimientos terroristas islámicos es la desterritorialización de los combatientes y sus jefes, lo que para las potencias occidentales constituye una internacionalización de redes, para los musulmanes se trata de una nueva «Hégira del Profeta», en conmemoración de lo acaecido en el año 622 cuando Mahoma aban-

donó la ciudad de La Meca para dirigirse a Medina, marcando de esta forma el año cero del calendario musulmán. El funcionamiento en redes muestra la capacidad de estos grupos para servirse de las modernas tecnologías en materia de comunicaciones existentes en el mercado; un individuo provisto de una mochila con explosivos y un teléfono celular es un arma temible. Arma que, por otro lado, resulta mucho más económica y renovable que sistemas de armamentos más sofisticados, porque descansa en la inteligencia humana.

La esencia de estos movimientos es la lucha mundial contra los ocupantes de las tierras del Islam, particularmente las potencias occidentales, y entre ellas los Estados Unidos y los sionistas que conducen el Estado de Israel. Estos son los objetivos políticos declarados por una gran mayoría de los grupos operativos. Lo que obliga a una consideración político-ideológica particular vinculada a la pregunta de ¿por qué y a cambio de qué un ser humano acepta entregar su vida para destruir las vidas de otros seres humanos?, ¿qué lo lleva al voluntariado fatal?

Evidentemente, a un Occidente materialista y cuyos valores se hallan afincados en la sociedad de consumo, el sálvese quien pueda y el individualismo, le cuesta comprender a estos actores trágicos que se encuentran animados por una excepcional internalización de la *Causa*. A diferencia de un suicida común, que comete un acto egoísta al quitarse la vida, el voluntario a la muerte cree llevar a cabo un acto altruista, puesto que así mejorará la situación de su *Causa* y la de su comunidad.

Estas acciones tienen normalmente un efecto militar escaso, siendo mucho más importantes los efectos psicológicos y políticos que generan. Los voluntarios a la muerte, por otro lado, mantienen una diferencia sustancial con movimientos insurgentes, por ejemplo las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), adscriptas formalmente a un enfoque revolucionario marxista. En el caso del guerrillero marxista-leninista, lo motiva la esperanza de ganar eliminando al adversario y sobreviviendo en el combate, porque el valor de la vida –la propia– parte de una concepción judeo-cristiana del ser humano que está, también, en la base del marxismo. Para los musulmanes su propia vida es objeto de combate cuando así lo imponen las circunstancias, porque están profundamente convencidos de la exis-

tencia de otra vida más allá de la muerte cuando ésta es la consecuencia de un acto de martirio. Por lo tanto, más allá de de las conveniencias políticas de cada momento, aunque ambos grupos lleven a cabo acciones que pueden ser técnicamente calificadas como terroristas, un análisis serio y profundo, tanto político como ideológico, se impone para encontrar las respuestas más convenientes que no pasan por lo exclusivamente militar.

Es muy ilustrativo lo que plantea François Géré al respecto:

La lucha es acerca de los valores, y particularmente el valor de la vida en Occidente. La decisión del voluntario a la muerte no permite la futilidad porque se trata de la relación con la vida. La distracción y el rechazo de las sociedades occidentales hacia lo sagrado y lo simbólico crean una vulnerabilidad fundamental a la cual las tecnologías de la información no pueden dar una respuesta. Para repeler al voluntario a la muerte, es importante también comprender su mensaje y su desafío. Este pretende que su muerte pesa más que nuestras vidas y que el sacrificio del hombre vale más que el hombre. No poder responder en este terreno constituirá una derrota de consecuencias imprevisibles. (2004: 435)

Investigaciones realizadas acerca de los principales grupos terroristas religiosos en los años noventa, dan cuenta que la mayoría de éstos emergieron como consecuencia de una grave crisis en su entorno, lo que llevó a un fuerte crecimiento en aquellos años y provocó una escalada de sus actividades. Esta crisis de identidad en el medio terrorista religioso presentó y presenta múltiples facetas, en lo social, político, económico, cultural, psicológico y espiritual.

Al mismo tiempo, esta crisis se vio exacerbada por el desorden político, económico y social imperante en muchos países de Asia y África, lo que provocó un considerable sentimiento de fragmentación, tanto espiritual como social, en el contexto del fin de la guerra fría y ante el temor de dirigirse hacia un mundo único, globalizado y carente de valores trascendentes.

Este sentimiento de crisis, percibido como una amenaza sobre la identidad de un grupo y su supervivencia, tal como lo señala el inves-

tigador escocés de la Universidad de Saint Andrews Magnus Ranstorp, no es nuevo y ha estado presente en grados distintos a lo largo de la Historia, lo que ha llevado a fases recurrentes de resurgimiento de gran parte de las creencias. En cada uno de estos resurgimientos, los creyentes utilizan la religión de muchas maneras: en ella encuentran un refugio, un *sentido*, la religión les provee ideales que tienen siglos y les permite fijarse un objetivo, en ella encuentran un santuario físico y psicológico contra la represión; pueden igualmente utilizarla como un instrumento mayor para fines de activismo político, como es el caso de los musulmanes para los cuales no existe separación entre el más acá y el más allá, de alguna manera en el sentido que Hegel concebía la dialéctica *finito-infinito*.

Resulta interesante en este caso citar a Nadia Abdulaziz Al-Sakkaf, directora del diario en lengua inglesa *Yemen Times* de Saná: «Es suficiente salir de Saná para descubrir que Al-Qaeda es más popular que nunca. Nuestros cronistas además han asistido a imponentes manifestaciones en las plazas contra el gobierno y a favor de los secuaces de Osama ben Laden» (Cremonesi, 2010: 5).

Existen en la actualidad muchas definiciones acerca de lo que se considera terrorismo. En diversas oportunidades las Naciones Unidas han intentado establecer una definición que fuera aceptada por todos los Estados miembros de la organización, sin éxito hasta el día de hoy debido a las controversias existentes acerca del mismo. El problema se suscita cuando aparecen diferencias acerca de la interpretación política o ideológica del fenómeno que, en un contexto de fuerte heterogeneidad, torna difícil, cuando no imposible, ponerse de acuerdo en una resolución común. Por ello hoy se puede constatar la existencia de una definición de la Unión Europea, otra de los Estados Unidos y diversas posturas de otras naciones frente al tema.

El terrorismo de nuestros tiempos presenta un conjunto particular de características que difícilmente se encuadran en las categorías tradicionales de pensamiento y acción de las potencias occidentales. Por ejemplo, este terrorismo en muchos casos tiene sus bases fuera de un territorio nacional, no respondiendo en consecuencia al registro tradicional de lo que se considera amenaza externa puesto que el mismo no emana de potencias territoriales estatales, sino de actores no esta-

tales clandestinos, dispersos sobre la superficie de la Tierra y conectados por medio de redes en permanente movimiento.

El terrorismo islámico, tal como hoy se presenta, no cumple con uno de los requisitos establecido por Clausewitz –al menos por ahora– en su teoría, como aquél que indica la necesaria cooperación entre los irregulares y una fuerza armada regular; sí observa la correspondiente doctrina de empleo fundada en la ofensiva táctica y la defensiva estratégica. De acuerdo a diferentes manifestaciones políticas efectuadas por dirigentes de diversas organizaciones consideradas como terroristas, puede inferirse que sus objetivos están encaminados a provocar una insurrección general contra Occidente, los apóstatas y los regímenes corruptos que tergiversan el Islam. Acción que podría eventualmente contar con la asistencia de los ejércitos de los países comprometidos. Como puede apreciarse, tal acontecimiento por ahora es de difícil realización, dada la heterogeneidad que puede observarse entre los países, etnias y regiones, las diversas líneas internas del Islam y conflictos no resueltos con dilatadas historias por detrás.

En consecuencia, y tal como ya fue analizado, declararle la *guerra al terrorismo*, a una táctica, es un verdadero contrasentido que solo admite explicación en el contexto de la representación de determinados intereses particulares.

Por estas razones el fenómeno terrorista no se acomoda a la noción usual de lo que constituye una amenaza externa y encuentra dificultades para ser incluido en los marcos que ofrecen las teorías referidas a las relaciones internacionales e interestatales. Más aún, esta amenaza inspirada desde afuera podría llegar a contar con ramificaciones internas, constituyendo de esta manera un desafío mayor para la distinción comúnmente aceptada entre seguridad interior y exterior o Defensa Nacional, diferenciación que constituye uno de los motivos fundamentales de la existencia de los Estados al trazar una frontera más o menos clara entre lo interno y externo.

El Código Penal Argentino, por su parte, establece en su artículo 213^{ter} sancionado en 2007 que sólo podrá considerarse autor del delito de terrorismo al que: «tomare parte de una asociación ilícita cuyo propósito sea, mediante la comisión de delitos, aterrorizar a la población u obligar a un gobierno o una organización internacional, a rea-

lizar un acto o abstenerse de hacerlo, siempre que ella reúna las siguientes características:

- a) Tener un plan de acción destinado a la propagación del odio étnico, religioso o político;
- b) Estar organizado en redes operativas internacionales;
- c) Disponer de armas de guerra, explosivos, agentes químicos o bacteriológicos, o cualquier otro medio idóneo para poner en peligro la vida o la integridad de un número indeterminado de personas».

En el año 2002, el entonces Secretario General de la ONU, Kofi Annan, avanzó algunas ideas acerca de una posible caracterización del terrorismo cuyo propósito apuntaba a disuadir a grupos descontrolados de elegir este accionar como táctica para alcanzar sus objetivos. Esta propuesta partía de una definición general: «Constituye terrorismo todo acto que obedezca a la intención de causar la muerte o graves daños corporales a civiles no combatientes, con el objetivo de intimidar a una población u obligar a un gobierno o a una organización internacional a realizar o abstenerse de realizar un acto».

La iniciativa continúa con medidas destinadas a bloquear el financiamiento de los grupos terroristas e impedir que puedan acceder a la posesión de armas de destrucción masiva; hacer desistir a los Estados de su apoyo a organizaciones terroristas, e instar a los Estados miembros para que desarrollen capacidades a fin de controlar y erradicar este flagelo.

Finalmente, una interesante observación es formulada en la propuesta sobre la necesidad de respetar los derechos humanos en este combate: «sin embargo, la claudicación en materia de derechos humanos no puede contribuir a la lucha contra el terrorismo. Por el contrario, facilita el logro de los objetivos del terrorista, al ceder ante él en el terreno moral y provocar tensión, odio y desconfianza hacia el gobierno, precisamente en los sectores de la población en donde el terrorismo tiene más posibilidades de reclutar a nuevos miembros».

Esta propuesta del ex Secretario General de la ONU, trató de resumir los puntos de vista de buena parte de los miembros de la Organización. Lamentablemente no contó con el apoyo necesario en la Asamblea General para ser aprobada, dadas las divergencias existentes en torno a esta cuestión y que han sido mencionadas *ut supra*.

BIBLIOGRAFÍA

- Bouthoul, G. (1984). *Tratado de Polemología* (p. 66). Madrid: Ediciones Ejército.
- Conde de Guibert, J. (1977). *Ecrits militaires: 1772-1790* (p. 69). París: Copernic.
- Fernández Vega, J. (2005). *Las guerras de la política* (pp. 66, 70, 95, 270). Buenos Aires: Edhasa.
- Clausewitz, C. von. (1955). *De la guerra* (pp. 145, 128, 67, 69, 62, 65, 67, 706). París: Les editions de minuit.
- Aron, R. (1978). *Penser la guerre, Clausewitz* (pp. 110, 238). París: Gallimard.
- Laffont, R. (1990). *Anthologie mondiale de la stratégie* (p. 1215, 1220, 1247, 1350). París: Bouquins.
- Pierre, N. (1955). *Prólogo a De la guerra* (p. 25). París: Les editions de minuit.
- Waltz, K. (1959). *Man. The State and War* (pp. 16, 159). Nueva York: Columbia University Press.
- Clinton, W. (1995). «Democracy and War» (pp. 21, 22). En *The Economist*. Londres, 1 de abril.
- Bowra, M. (1957). *The Greek Experience* (p. 88). Nueva Cork: World.
- Kaplan, R. D. (2007). *Tropas imperiales* (pp. 354, 398). Barcelona: Ediciones B.
- Salgado Brocal, J. C. (2000). *Democracia y paz. Ensayo sobre las causas de la guerra* (pp. 21, 19, 125, 151). Santiago de Chile: CESIM.
- Reich, R. B. (2007). «Cómo el capitalismo está destruyendo la democracia» (p. 76). En *Archivos del Presente*, 12, 45. Buenos Aires.
- Uessler, R. (2007). *La guerra como negocio* (pp. 40, 92, 104, 112, 117, 124, 238). Bogotá: Norma.
- Polibio de Megalópolis (1968). *Historia Universal. Bajo la República Romana* (p. 89). Barcelona: Obras maestras.
- Singer, P. W. (2007). «La privatización de la guerra» (pp. 86, 94, 93). En *Archivos del Presente*, 38. Buenos Aires.

- Jones, J. (2005). *NATO means business to Protect pipelines*. United Press International del 26 de octubre.
- Egoaguirre, J. P. (2009). «Prince, dueño de un ejército al servicio de la guerra privatizada». En *La Nación*. Buenos Aires, 30 de agosto.
- National Defence University (2000). *Strategic Assessment, 1999* (p. 240). Washington DC.
- Makki, S. (2004). «Sociétés militaires privées dans le chaos irakien» (p. 22). En *Le Monde Diplomatique*. París, noviembre.
- Charlier, M.-D. (2010). «Mercenaires d'Etat en Afghanistan» (p. 11). En *Le Monde Diplomatique*. París, febrero.
- Herbst, J. (2004). «Un métier vieux comme l'homme» (p. 24). En *Le Monde Diplomatique*. París, noviembre.
- Lemoine, M. (2007). «Empire, stratégies et conflits» (p. 28). En *Le Monde Diplomatique*. París, junio.
- Checola, L. (2009). «Drones, la mort qui vient du ciel» (p. 13). En *Le Monde Diplomatique*. París, diciembre.
- Kaplan, R. D. (2002). *El retorno de la antigüedad* (pp. 177, 178, 179, 180, 181). Barcelona: Ediciones B.
- Peters, R. (1997). *Constant Conflict* (pp. 4-14). Washington: Parameters.
- McChrystal, S. (2010). «Matar enemigos no es el mejor camino para lograr nuestro objetivo» (p. 7). En *El País*. Madrid, 17 de enero.
- Leymarie, P. (2009). «Comment les armées se préparent aun combat urbain» (p. 4). En *Le Monde Diplomatique*. París, marzo.
- Lemoine, M. (2009). «Oú intervenir et pourquoi?» (p. 4). En *Le Monde Diplomatique*. París, marzo.
- De Russé, A.-H. (2010). *Politique de défense. Révision budgétaire et redéfinition stratégique* (p. 112). París: IFRI.
- Hang, J. (2004). *La nueva transformación del Ejército de Estados Unidos* (p. 4). ISIAE-CARI, 30. Buenos Aires.
- Hoffman, F. (2007). *Conflict in the 21th Century: the Rise of Hybrid Wars* (p. 43, 15). Arlington: Potomac Institute for Police Studies.
- Védrine, H. (2008). *Audition* (p. 265). París: Livre Blanc. Les Débats Odile Jacob.
- Lee Chung Min (2008). *Audition* (p. 348). París: Défense et Sécurité nationale. Odile Jacob.

- Chaliand, G. (2004). *Histoire du terrorisme* (pp. 7, 403, 435). París: Bayard.
- Crenshaw, M. (1981). «The Causes of Terrorism» (p. 381). En *Comparative Politics*, abril.
- Cremonesi, L. (2010). «Un país que es rehén del terrorismo» (p. 5). En *La Nación*. Buenos Aires, 17 de enero.

El modelo de análisis polemológico de las Relaciones Internacionales

A continuación serán expuestos los diversos elementos que fundamentan un modelo de análisis polemológico de las Relaciones Internacionales, en el contexto global de una configuración signada por la redistribución del poder en el mundo y desde un punto de vista político-polemológico.

Según Gastón Bouthoul, «Polemología es el estudio objetivo y científico de las guerras como fenómeno social susceptible de observación, igual que otro cualquiera, y que por consiguiente debe constituir un nuevo capítulo dentro de la sociología» (1984: 66).

Los apartados anteriores han expresado las razones de la condición preteórica adoptada, que entiende al conflicto inextricablemente ligado a la condición humana y configurando la base empírica de cualquier estudio de la naturaleza y la sociedad a partir de su permanencia, ofreciendo al mismo tiempo una grilla importante para una mejor comprensión de problemas complejos.

Hegel sostenía que el movimiento es lo que permanece de la desaparición, recuperando, junto a Kant, la dialéctica de los antiguos griegos. Esta afirmación se complementó más tarde con los aportes

que la física teórica, por medio de las teorías del caos y de la relatividad, realizó a los estudios del universo y a las transformaciones tanto de la energía como de la materia.

Puede constatarse entonces que en todas las cosas existe un antes y un después que se expresan por medio del movimiento. Desde esta concepción teórica, formulada en otro tiempo por Aristóteles, surgen naturalmente tanto la flecha del tiempo y la irreversibilidad que la misma conlleva. En consecuencia el tiempo, el antes y el después, no es el producto de la mente humana, no es fenomenológico, sino parte integrante de la evolución de las cosas.

En el campo de la evolución de las ideas se comprueba que nada permanece fijo e inmóvil y por lo tanto todo se encuentra sometido al movimiento, debiendo descartarse cualquier dogmatismo o teoría cerrada en los estudios de las relaciones internacionales, ya que no se puede hablar de proposiciones fijas o *mundo terminado* si realmente se aspira a encarar una comprensión seria de las mismas.

El movimiento, tanto en el universo como en las sociedades, es producto del choque de fuerzas contrarias, por ello la oposición se ubica en la base misma del movimiento. En este cuadro, el conflicto es la expresión de la contradicción tanto en las sociedades humanas como en las ideas que las acompañan. Pensar una sociedad sin conflictos equivale a declararla muerta, como ocurrió en buena medida en la ex Unión Soviética, y esto nos aleja totalmente de un estudio científico de la realidad.

Sir Basil Liddell Hart, probablemente uno de los estrategas militares ingleses más destacado del siglo XX, señalaba que las ideas de los hombres desempeñan un rol central en la evolución del pensamiento estratégico y en el desarrollo de la sociedad. Maurice Duverger, observó correctamente que el investigador no puede separarse del conjunto de creencias y valores que lo animan pues estos, base de las ideologías, deben ser tenidos en cuenta por aquél.

Las ideas deterministas, tan presentes en las ciencias sociales y en los estudios de las relaciones internacionales desde la Ilustración hasta nuestros días, deben ser descartadas si se aspira a encarar un desarrollo científico y acorde con la realidad del mundo y sus actores. El hombre ocupa un lugar central en la historia que él mismo construye y, así como



pregunté qué hubiera ocurrido con las obras de Shakespeare, Newton o Galileo de haber muerto éstos prematuramente, también se puede preguntar qué hubiera acontecido de no existir Cristóbal Colón, Napoleón, Mariano Moreno, Manuel Belgrano o el General San Martín. No existen leyes sociales imperativas que estén por encima de los hombres pues son ellos mismos los que se encargan de producirlas y cambiarlas, por ello resulta más apropiado hablar de posibilidades y probabilidades, dicho de otra manera, de incertidumbre.

La teoría del caos, en este contexto, constituye una herramienta irremplazable para comprender el movimiento tanto del universo como de las sociedades humanas; el caos encierra un orden implícito que escapa en muchas circunstancias a la comprensión evolucionando al mismo tiempo en impredecibles organizaciones. Esta teoría ofrece una base apropiada para interpretar un sistema mundo como el actual en permanente cambio y evolución, en el cual puede verificarse un incremento notable de la cantidad de actores y perturbadores del mismo, hecho que por sí mismo intensifica las posibilidades de conflictos y colisiones, eventualmente armados.

El mercado en la actualidad, que puede ser analizado aplicando los conceptos de la teoría del caos a la economía, es consecuencia de una relación histórica entre seres humanos, creado por ellos y, en consecuencia, pasible de desaparición como otras tantas formas de relación registradas en un balance contrastado de la historia.

En este punto coincido con Alexander Yakovlev cuando señala que la voluntad no es una fábula absurda y, así como Carlos Marx sostenía que el ser social determina la conciencia, la antítesis es absolutamente válida en tanto y en cuanto la conciencia determina el ser social. El ser humano entonces, verdadero actor de la historia, con sus luces y sombras, fortalezas y debilidades, es parte indisoluble de la naturaleza y no puede comprenderse separado de ella, debiendo interpretarlo a partir del movimiento, la contradicción, el conflicto, las posibilidades y probabilidades. La ciencia, en palabras de Prigogine, es un diálogo con la naturaleza, alejado de todo determinismo y dogmatismo.

El mundo humano es entonces complejo, contradictorio e imprevisible, tan imprevisible y contradictorio como la evolución del universo. La noción de sistema mundo, fundada en las relaciones de poder y en

las interacciones, se ensambla con el método dialéctico y la teoría del caos para comprender científicamente las fuerzas que se encuentran detrás del movimiento y de los cambios. Este abordaje metodológico es lo que permite comprender la naturaleza de los conflictos que conmueven a la humanidad. Por ello resulta compleja la formulación de una teoría de las relaciones internacionales basada en absolutos o *mundos terminados*; la búsqueda de paradigmas cerrados que habiliten una interpretación única y universal del actual sistema mundo deviene en este contexto una misión casi imposible y carente de sentido para el teórico. Deben rechazarse las simplificaciones y, tanto la teoría del caos en las ciencias naturales como la dialéctica, facilitan el imprescindible e insustituible *diálogo con la naturaleza* de Ilya Prigogine.

Mao Tse tung decía *el hombre decide en todo*, otorgándole al ser humano un papel central en la construcción de su destino. La acción humana entonces, ocupa un lugar central, ya sea en las transformaciones de la sociedad como en los estudios del universo, dando así razón el segundo término del *dilema del determinismo* de Popper y también a Rabbindranath Tagore, cuando se refería con cierta ironía a los pensadores occidentales y a su búsqueda de certezas y explicaciones a todos los hechos.

Un primer elemento para el modelo de análisis polemológico permite sostener que la teoría del caos y la dialéctica constituyen la base metodológica irremplazable para un correcto estudio teórico de las relaciones internacionales.

El estudio de la condición humana resulta complejo y azaroso, debiendo evitar la caída en reduccionismos fáciles y afirmaciones terminadas. Conocer los fundamentos o las razones del comportamiento de los hombres a lo largo de la historia y aún en los tiempos actuales, es motivo de debates y controversias con puntos de vista no exentos de *apriorismos* subjetivos que permiten justificar un determinado accionar político o conducta particular.

En el campo de las ciencias sociales y políticas existe desde siempre una controversia acerca de si el conflicto social debe ser considerado como algo racional o irracional y patológico, particularmente en su



resolución violenta. Muchos psicólogos occidentales –con la excepción de Sigmund Freud– consideran a todas las formas violentas de agresión individual, grupal y política como apartamientos irracionales de un comportamiento normal y deseable, frente a lo cual se impone la pregunta *¿qué es lo normal y deseable?* Otros le asignan fines constructivos al conflicto en la medida en que contribuye a establecer las fronteras del grupo, reforzar la conciencia del mismo y la sensación de identidad propia, tal como lo plantean Dougherty y Pfaltzgraff.

Los clásicos mencionados plantearon el bien y el mal de igual poder en la mente de los seres humanos. El cerebro como *capital del diablo* de la neurobiología aporta un interesante enfoque dialéctico de la condición humana.

Por ello resulta inapropiado establecer un juicio cerrado y final acerca de un asunto en continua transformación y para cuyo análisis el método dialéctico provee una herramienta indispensable, desde el preciso instante en que por medio del mismo se está en condiciones de investigar las oposiciones ubicadas detrás de cada conflicto, en un marco teórico centralmente referenciado con el movimiento.

En el caso particular de esta obra, la condición humana se observa desde su ángulo quizás más controvertido: toda persona de bien rechaza la violencia y la guerra, pero ésta parece estar en las raíces mismas de las cosas y no constituye una patología que emerge de tanto en tanto y que, como tal, se podría curar empleando un tratamiento adecuado.

La biografía de Sigmund Freud da cuenta de una consulta que los padres de Adolfo Hitler realizaron ante este eminente psicoanalista en la ciudad de Viena dado los graves trastornos mentales que observaban en su hijo adolescente. Freud aconsejó la internación del muchacho, indicación desoída por sus padres. ¿Qué hubiera ocurrido o no ocurrido de seguir aquél consejo? Quizás gran parte de la historia del siglo XX se hubiera escrito de otra manera e importantes aportes del bagaje teórico de las relaciones internacionales serían diferentes a los actuales. Y éste es tan sólo un ejemplo, pudiendo encontrar muchos más en el devenir humano que indican la necesaria inclusión del comportamiento de los hombres como dimensión de análisis cuando de construir teorías se trata.

De la consideración de las diferentes teorías e hipótesis acerca de la condición humana queda en evidencia que el hombre juega un rol fundamental. Sin embargo, no resultan suficientes para explicar el fenómeno de la guerra por sí solo, toda vez que los hombres no viven actualmente en el «estado de naturaleza» que pensaron muchos filósofos. Su decisión de transitar a un Estado civil tendría mucho que ver con la necesidad de evitar una guerra de todos contra todos y construir una forma mejor de convivencia pacífica. Sin embargo, después de pasar por diversos tipos de organización política, la guerra no ha sido erradicada, resultando necesario en consecuencia analizar cómo la actual organización en unidades políticas independientes, bajo la forma moderna del Estado-nación, así como la emergencia o repotenciación de actores no estatales, constriñe o estimula la naturaleza conflictiva de los seres humanos.

La Carta de las Naciones Unidas declara ilegal la guerra, excepto en el caso de legítima defensa, y, lamentablemente, el mundo contemporáneo ve con estupor cómo cada día aparece algún conflicto armado o se potencia uno preexistente. Esto tiene mucho que ver, sin duda, con la lucha por el poder; pero también se relaciona con factores intrínsecos al comportamiento de los hombres y a su condición de tales. En definitiva, de lo que se trata es de tener poder y, como bien sentenciaba Raymond Aron: «*La gloria se comparte, el poder no*». Por ello es ineludible el estudio del poder a fin de establecer el contexto necesario para una comprensión más acabada de las guerras del futuro.

Otra mirada permite observar una realidad marcada por un mundo altamente tecnificado por un lado, y un desarrollo creciente de las creencias religiosas por el otro, lo que en muchos casos es interpretado como sustituto a la crisis de las ideologías seculares. Si bien esto en parte es cierto, no explica en su totalidad el fenómeno; sus razones deben analizarse más allá, vinculadas a la búsqueda de trascendencia, para lo cual la dialéctica finito-infinito de Hegel nos ofrece un marco interpretativo adecuado.

El auge de las religiones nos impulsó a dedicarle un párrafo especial. En este desarrollo ha resultado ilustrativa la referencia al diálogo de la Academia de Baviera y la propuesta de Joseph Ratzinger de buscar un equilibrio entre la fe y la razón, idea cuyo objetivo va en la



dirección de condenar los fundamentalismos, tanto religiosos como del mercado, construyendo de esta manera nuevos códigos de convivencia que permitan la conformación de un mundo más pacífico e igualitario.

Las ideas, entre las cuales deben incluirse las creencias religiosas, han ocupado y ocupan un lugar central en el devenir de la humanidad y es altamente probable que así siga siendo en el futuro. La búsqueda de trascendencia no ha cesado y esto plantea una contradicción entre un desarrollo de las ciencias que habla de posibilidades y probabilidades, de incertidumbre, y un conjunto de valores y creencias basados en certezas. En buena medida, y según mi punto de vista, esta es la principal contradicción que hoy envuelve a la condición humana en este planeta globalizado.

¿Se puede considerar un patrón común de racionalidad cuando todo se mueve alrededor y nada permanece quieto? ¿No es más apropiado hablar de *racionalidades*, de una pluralidad de tipos de racionalidad, entendiendo que éstas son el producto de diversas historias, creencias, tradiciones y culturas que, cada una a su manera, han contribuido y contribuyen al desarrollo de la humanidad?

Son los hombres los que hacen la historia. Ninguna máquina o artefacto ha podido hasta ahora reemplazar a la acción humana porque es el hombre justamente quien las construye y utiliza. Las ideas, creencias y sentimientos han jugado y juegan un papel trascendente en la visión que los individuos y los pueblos poseen de sí mismos y de su destino.

Un segundo elemento para el modelo de análisis polemológico se relaciona con el rol que tanto las ideas y creencias, como de la personalidad humana, han jugado a lo largo de la historia.

Desde tiempos inmemoriales permanece constante la lucha por el poder, entendiendo a la misma como parte del movimiento general, pudiendo asumir o no características violentas, pero que condiciona todos los aspectos de la vida de las sociedades y constituye uno de los invariantes de la condición humana, como expresión de la dialéctica de las relaciones de fuerzas. En este contexto la disputa por el poder debe ser aceptada como base, como el *explanans* que explica la

conflictualidad: el *explanandum*, y como razón fundamental de la existencia de la oposición y el movimiento.

El poder se define como relación, no como una simple propiedad y el poder de uno siempre debe ser comparado con el de los otros. El poder político, en este caso, se distingue del poder de los hombres sobre la naturaleza porque se ejerce sobre sus semejantes. Por ello tenía razón Bertrand Russell cuando observaba que el concepto fundamental de la ciencia social es el poder, del mismo modo que en la ciencia física es el de energía. El poder, como la energía, cambia continuamente de forma, y la ciencia social debe ocuparse precisamente del estudio de las leyes que gobiernan estos cambios.

El poder es algo que se posee, que se adquiere, que se cede por contrato o por la fuerza, que se enajena o se recupera, que circula, que irriga tal región y evita tal otra. Para analizarlo se debe procurar poner en acción instrumentos diferentes a los meramente económicos, aunque las relaciones de poder estén profundamente imbricadas con la economía, y aunque las relaciones de poder siempre constituyan—según Michel Foucault—una especie de haz o de rizo con las relaciones económicas. En cuyo caso la indisociabilidad de la economía y lo político no sería del orden de la subordinación funcional y tampoco del isomorfismo formal, sino de otro orden, signado éste por un creciente poder de las empresas transnacionales y el sector financiero por sobre la política y el consiguiente uso de la violencia en beneficio de los sectores privados.

El poder se conforma de esta manera como la síntesis entre una condición humana con las características estudiadas, y su antítesis expresada en una necesaria modificación en el tiempo del comportamiento de los hombres a través de la educación, el diálogo entre culturas diversas y una mirada más tolerante hacia uno mismo y los demás. Comportamiento que debe establecer reglas de juego pacíficas en las disputas por el poder contemplando un razonable equilibrio del mismo, evitando de esta manera caer en la violencia, pero no olvidando que la lucha por el poder constituye una de las expresiones más profunda de la condición humana. De esta forma se recupera al hombre como actor central en la construcción del mundo, en la esperanza que de los cambios de actitudes, tanto individuales como colectivas, podrá emerger un mundo más justo y pacífico basado en un conjunto de normas jurídicas por todos igualmente respetadas.



El tercer elemento para el modelo de análisis polemológico enfatiza tanto el análisis del poder como la noción de equilibrio de poder, abarcadora ésta de todos los aspectos que conforman el mismo.

En lo referido a la globalización económica, los principales beneficiarios de las pérdidas señaladas en los Estados Unidos y Europa como consecuencia de la crisis de las hipotecas en 2008, han sido algunas naciones asiáticas, y en particular China e India, fabricando con costos más bajos y competitivos aquellos productos que se producían en Norteamérica y en la Unión Europea. Estas realidades del mundo globalizado, con brechas productivas cada vez más pronunciadas, no solo están augurando cambios en los centros de la economía mundial, sino que introducen escenarios en la disputa por el poder con niveles de conflictualidad crecientes, en cuya resolución no puede descartarse el empleo, directo o indirecto, de la fuerza armada; lo que incrementa el grado de incertidumbre del conjunto del sistema y vuelve a darle a lo político, a la acción colectiva, una preeminencia que nunca ha perdido totalmente.

Aquí es preciso recordar que los Estados Unidos sólo salieron de la crisis de 1929 hacia 1941 cuando ingresaron a la Segunda Guerra Mundial y gracias, en buena parte, al incremento de la producción de armamentos. El ex Secretario de Defensa de los Estados Unidos Robert McNamara decía: «no hay duda sino evidencia de la relación entre violencia y retraso económico». Debiendo agregar aquí la importancia de la reunión del BRIC (Brasil, Rusia, India y China) realizada en Ekaterinburgo (Rusia) el 16 de junio de 2009 y en la cual se propuso le creación de un sistema de divisas estables y más diversificado ante la debilidad manifiesta del dólar estadounidense, tratándose en este caso particular de naciones que duplicaron su participación en el PBI mundial, desde un 7,5% en los noventa a más del 15% en la actualidad.¹ Un reemplazo del dólar como moneda de reserva, de comercio y de cambio –no previsible por el momento– acarrearía una crisis mayor de final incierto a nivel mundial.

¹ <www.argentinalegal.com.ar>.

La máxima acuñada por la *revolución conservadora* de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, vigente un cuarto de siglo, señalando al Estado como al problema y no la solución de la economía, ha saltado hecha trizas en cuanto aparecieron las dificultades inherentes al sistema neoliberal. Revolución que hizo de la ambición individual, el fundamentalismo del mercado y el *sálvese quien pueda*, la piedra de toque de una determinada concepción del ser humano y su condición. *Doxa* neoliberal seriamente cuestionada a partir de la crisis hipotecaria de 2008, y ante la cual el premio Nobel Paúl Krugman aconsejaba al presidente electo de los Estados Unidos: «Sería bueno que el nuevo gobierno dejara muy en claro hasta qué punto la ideología conservadora y la idea de que toda ambición es buena contribuyeron a generar esta crisis» (2001: 28).

También merece destacarse el pronóstico que dirigentes políticos y expertos económicos formulan acerca de una nueva etapa de crecimiento del proteccionismo y nacionalismos, tanto en Europa como en los Estados Unidos, consecuencia de la grave crisis generada en el mercado financiero norteamericano. Pascal Lamy, líder de la Organización Mundial de Comercio, afirmaba en la Conferencia de Davos de 2009 que uno de los peligros de la caída de la economía puede ser el proteccionismo. Al respecto, señala el ex presidente de la Comunidad Económica Europea, el francés Jacques Delors: «la crisis económica es también del modelo de crecimiento, basado en la adquisición de riquezas, endeudándose, más que en las rentas, y una crisis de valores. Los líderes se refugian en las raíces, vuelven a los egoísmos nacionales de los años treinta, para justificar ante sus ciudadanos las medidas de corto plazo» (2010: 6).

Este escenario, donde crecen tanto la inestabilidad como la incertidumbre, muestra que lo político, lo colectivo, cuya muerte definitiva se apresuraron a diagnosticar los partidarios del mercado autorregulado, ocupa otra vez un lugar central en las relaciones humanas, al mismo tiempo que los estudios económicos deben insertarse en el campo de las ciencias sociales. Bajo este enfoque deben ser analizados los comportamientos de los hombres, tanto en su devenir económico, como en las razones subyacentes de los conflictos –particularmente los armados– que los conmueven e involucran.

Un aporte interesante referido a la situación creada por la crisis de las hipotecas de 2008 y sus posibles soluciones, es el realizado por el ex Secretario General de la ONU, Kofi Annan, en un reportaje publicado por el diario El País de Madrid el 13 de diciembre de 2009, titulado *Vivimos en la era de la confusión*:

yo trato de explicar a mis amigos políticos que deben ponerse en el lugar del hombre de la calle. Cuando una persona corriente necesita ayuda, no puede pagar sus facturas médicas, ni la escolarización de sus hijos, su barrio no tiene agua, le dicen: no tenemos presupuesto, no tenemos dinero y no podemos ayudarlo. De pronto, el sistema financiero y los bancos se ven metidos en un lío y ese mismo Gobierno que no tiene dinero ni presupuesto saca miles de millones, billones, para rescatarlos. Yo entiendo cuando se dice que el crédito es como la sangre que corre por el sistema y, cuando no hay crédito, todo el mundo sufre y necesitamos que vuelva a correr.

Desde el punto de vista económico tiene sentido. Pero inténeselo explicar al ciudadano al que se le ha dicho que el Gobierno no tiene dinero para el abastecimiento de agua y, sin embargo, sí tiene miles de millones para los bancos. Eso debilita la confianza, da la impresión de que el dinero siempre ha estado ahí pero reservado sólo para los amigos. No para los demás.

[...]

La otra cuestión que ha quedado al descubierto es esa supuesta idea de que el mercado es el que sabe. Dejémoslo en manos del mercado: eso también ha desaparecido.

[...]

hoy hay menos certezas. Fijese que empezamos con la guerra fría. Los dos lados estaban muy seguros. Y había reglas. Ahora no tenemos esa certeza. No hay reglas, no hay seguridades. Se están produciendo grandes cambios que son inquietantes para la gente e inquietantes para los líderes.

El cuarto elemento del modelo de análisis polemológico obliga a tomar en consideración las variables económicas de la globalización en la ocurrencia de los conflictos mundiales, partiendo de los facto-

res de incertidumbre y anarquía que las mismas introducen en el funcionamiento del sistema.

Cuando se habla de *mundialización* política, la referencia se dirige hacia las consecuencias políticas de la globalización. Resulta complejo hablar de una verdadera mundialización de la política cuando los únicos elementos globales de la misma pueden remitirse al discurso único, el fundamentalismo del mercado o la subsidiariedad del Estado. Sí se puede hablar de una globalización económica y demostrarla a través del comportamiento de las empresas transnacionales, la deslocalización de los capitales, los flujos financieros, etcétera.

La investigación efectuada muestra una realidad que rechaza la existencia de un modelo único para el desarrollo de los pueblos. Los *Asian values* tanto como los fundamentalismos religiosos y diversas experiencias en otras regiones del Tercer Mundo cuestionan el argumento de una única vía en el desarrollo capitalista basado única y exclusivamente en el mercado. También la democracia, como sistema organizativo y participativo aparece relativizada en naciones con sociedades civiles débiles, y aún en aquellos países con mayores niveles de desarrollo relativo en los cuales puede observarse una influencia creciente de los poderes corporativos, al mismo tiempo que se registra el debilitamiento de los sectores sociales medios.

El caso de la República Popular China, así como otras naciones asiáticas, son ilustrativos al respecto, porque se trata de estructuras centralizadas y autoritarias que exhiben índices elevados de crecimiento económico e interesantes indicadores de redistribución de las riquezas.

La globalización económica así como la mundialización política, sustentadas ambas en el fundamentalismo del mercado y el discurso único respectivamente, han provocado un considerable debilitamiento del Estado y de lo político como expresiones del bien común y el interés general. El *Contrato Social* se encuentra de esta manera resquebrajado desde el momento en que la *doxa* neoliberal erradica otras formas de modernidad sin ofrecer algo superador que las reemplace. Situación esta que presenta algunas modificaciones a partir de la crisis de las hipotecas de 2008 en los Estados Unidos y la reconsideración consiguiente del rol del Estado en la economía.

En este contexto aparece la idea del *mundo finito* de Paúl Valéry asociada a la otra de mundo terminado; ideas que guardan una cierta relación con la fórmula del *Pasaje a Occidente* de Giacomo Marramao cuando, tanto un autor como el otro, piensan a Occidente como modelo de referencia para el resto del mundo. Aunque deba señalarse que en el caso del filósofo italiano el *Pasaje* está matizado por una suerte de sincretismo cultural signado por un Oriente en Occidente y un Occidente en Oriente.

La civilización europeo-occidental instaló lo que podría denominarse «era de la técnica», que en sus comienzos emergió como la aplicación de nuevos sistemas que facilitaron la producción industrial, deviniendo luego en un conjunto de valores pretendidamente universales y constituyéndose a partir de una polaridad interna entre Oriente y Occidente; de allí que, según Marramao, la *razón* occidental resulte inconcebible sin esta polaridad, cuestionada en la actualidad por los *Asian values* y el Islam.

Otro aspecto a considerar se halla en la importancia renovada del territorio y la geopolítica cuando diversas teorías se empeñan en subestimarlos en este mundo globalizado. Tanto Karl Polanyi como Nicholas Spykman y Manuel Castel han expuesto con solvencia el papel central que el hábitat desempeña en la vida, el desarrollo y la identidad de los seres humanos. El territorio asume en la actualidad un papel fundamental en la disputa creciente por recursos naturales escasos en contextos de creciente utilización de los mismos ante los elevados índices de crecimiento de la población mundial.

Merece destacarse también que en los últimos diez años se ha impuesto, no sin resistencias, una particular supremacía de lo técnico-instrumental, de lo económico, con la consecuencia natural de una formidable acumulación de riquezas en pocas manos y desigualdades crecientes a nivel global. Todo ello acompañado por una fuerte exaltación del individualismo y el quiebre de los lazos sociales, tal como Paul Wachtel lo describe para el caso de la sociedad norteamericana.

En el marco detallado se puede señalar un exceso de racionalidad teórica en los estudios de las ciencias humanas y las relaciones internacionales desde tiempos de la Ilustración, vinculada con la necesidad de encontrar patrones matemáticos y sistemas de medición aplicables al comportamiento de los hombres. La escuela idealista ha sido

particularmente receptiva a este enfoque, al que tampoco ha escapado el realismo teórico en las relaciones internacionales, al ubicar como actor casi único y exclusivo al Estado-nación. En ambos casos el hombre aparece como un actor secundario, como el engranaje o la pieza de una maquinaria inmensa que escapa a su voluntad cuando, en todos los casos, tanto las sociedades como los conflictos que surgen entre las mismas, son el producto de construcciones humanas e imposibles de racionalizar, o matematizar, en su totalidad.

Esto lleva a otra aproximación desde un enfoque *nomológico deductivo* –porque en él la explicación conforma un esquema deductivo entre cuyas premisas aparecen, de manera esencial, enunciados en forma de ley–, vinculándose con la posibilidad de encontrar leyes que faciliten la comprensión de la realidad internacional, ya sea para prever su evolución como para descartar cualquier dogmatismo o determinismo. Al respecto, sostienen Klimovsky e Hidalgo que una teoría no es algo inamovible, sino un cuerpo de hipótesis que se considera válido hasta que ocurre un accidente llamado *refutación*, pudiendo no ser ésta necesariamente definitiva. Por lo tanto, se debe optar por la mejor teoría disponible en un momento dado, aunque una vez escogida, se debe tener en cuenta que, por ser provisoria, también lo será la explicación que podrá construirse a partir de ella (2001: 31).

Por ello no corresponde remitirse única y exclusivamente al Estado-nación como objeto central y único del desarrollo, aunque esta construcción responda a un momento del devenir humano aún vigente y pueda considerarse su existencia casi como una *ley*. La expansión capitalista, además de las crecientes exigencias del capital, necesitaba sólidas garantías políticas, por lo que su avance en el planeta se produjo de la mano del Estado-nación, hasta el punto que, según Habermas, los mercados del comercio exterior eran considerados en los siglos XVI y XVII como productos institucionales, es decir, como productos de esfuerzos políticos y violencia militar.

El Estado es la forma principal que en la actualidad se han dado los hombres como función de protección y para vivir en sociedad, teniendo en cuenta la existencia de procesos históricos no terminados para muchos pueblos del sistema mundo y que aún ven en el mismo una referencia irremplazable para su progreso y bienestar.



Durante los más de cincuenta años transcurridos desde la creación de la Organización de las Naciones Unidas, el único mensaje político claro del sistema jurídico mundial ha sido la legitimidad absoluta del Estado, lo que condicionó la aplicación del derecho de gentes. Cualquier pueblo o grupo humano que albergue algún sentido de colectividad construye un Estado. No ser un Estado es no existir y no hay alternativa para ser considerado como parte del concierto mundial; no hay ayuda, dinero, seguridad y derechos soberanos al margen del Estado. Tal como fue analizado, la proliferación de Estados no sólo fragmenta a la comunidad internacional, sino que también se fragmentan los principios y las reglas que le dieron vida cuando fue creada la Organización de las Naciones Unidas en 1945. La estructura del actual sistema jurídico internacional se basa en los Estados pero no dice nada acerca de las crisis de legitimidad de los mismos, lo que constituye una razón esencial para analizar y comprender la evolución de los conflictos armados en el mundo moderno.

En la actualidad no existen valores universales por todo el mundo aceptados y esta realidad configura uno de los elementos centrales de los conflictos futuros, aun armados, asumiendo todas las características de una *ley*. Emergen visiones alternativas al universalismo global entendido el mismo como un producto de la hegemonía occidental. La tesis «isométrica» del Estado-nación, modelada a partir del conflicto de intereses y el paradigma utilitarista de racionalidad, cede hoy espacio a conflictos de valores fundados en creencias, tradiciones y elementos de cohesión propios a cada comunidad. Los conflictos de índole religiosa, semejantes a las guerras de religión de otros tiempos, atraviesan de esta forma a todas las civilizaciones y presentan contradicciones con la denominada *razón occidental*. De allí que el actual sistema mundo pueda clasificarse como heterogéneo desde el punto de vista de los sistemas políticos existentes, en los términos que Raymond Aron lo hiciera en *Paz y Guerra entre las naciones* al referirse a la bipolaridad del siglo XX.

El quinto elemento del modelo de análisis polemológico toma como referencia a la díada valores-intereses, al observar que en la actualidad muchos conflictos de intereses se sustentan y se hallan encapsulados en valores contradictorios.

La sociedad mundo, ¿constituye la unidad real del horizonte mundial?, ¿puede sobrevivir con instancias de más en más complejas y una de cuyas expresiones fundamentales, como lo es el Derecho Internacional, se ve cada vez más eludida? Valor de lo negativo, esta conflictualidad es justamente lo que le da vida al sistema mundo, aunque no exista una *idea* única que sustente a la sociedad global. De allí la importancia de la categoría *sistema mundo* cuando la misma permite abordar la investigación desde los flujos y relaciones, es decir, desde el movimiento que es lo que permanece de la desaparición y no desde un punto de vista estático, determinista, dogmático y terminado de las cosas.

El debilitamiento de los Estados-nación y de las normas que rigen a nivel internacional sus relaciones ha llevado a muchos investigadores a hablar de un orden *pos hobbesiano*, con una importante preponderancia del individuo como consumidor y con intereses anteriores al Contrato Social. De allí que muchos autores consideren que estamos ante una especie de nueva Edad Media, comparación a la que tentativamente adhiero, si bien deben tenerse en cuenta las diferencias existentes entre aquella época y la actual.

Sin embargo, dos grandes acontecimientos de principios del siglo XXI, los atentados del 11 de septiembre y la crisis de los mercados de 2008, han puesto en tela de juicio la hipótesis de que ya no se necesita, ni debe prestarse atención a lo que los conservadores estadounidenses llaman, no sin desprecio, el «gran gobierno» o el Estado.

Vuelve entonces a plantearse la cuestión de a qué se asemeja un mercado sin Estado y sin normas jurídicas, apareciendo como una respuesta posible a la lucha de todos contra todos, al sálvese quien pueda. Resultando pertinentes las relaciones efectuadas en párrafos anteriores: nuevos actores y perturbadores que sostienen valores distintos y en muchos casos contradictorios; caída del paradigma neoliberal sin remplazo totalizador a la vista; una sociedad mundo en busca de referencias trascendentes ante el ocaso del paradigma de racionalidad, caro al mundo occidental, anunciado en cierto modo por Jean Baudrillard cuando se refería a los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Corresponde en consecuencia hablar de posibilidades y probabilidades como sustento teórico de las relaciones internacionales y como



fundamento político de los futuros conflictos armados desde una mirada polemológica. Incertidumbre política con su correlato de incertidumbre estratégica en el marco teórico realista de las relaciones internacionales.

Debe enfatizarse aquí una referencia a la «confianza», señalada a lo largo de este trabajo como un factor central del desarrollo de los pueblos y entendiendo a la misma como al lazo social más fuerte y fecundo; aquel que descansa en la confianza recíproca –entre un hombre y una mujer, entre padres e hijos, entre un jefe y sus subordinados, entre los ciudadanos de una misma patria, entre el médico y el paciente, entre los alumnos y el profesor, entre acreedor y deudor, entre empresarios y consumidores– mientras que, inversamente, la desconfianza esteriliza, tal como lo expusiera en 1994 Alain Peyrefitte (2001: 55).

Según esta interesante apreciación, el capital y el trabajo –considerados por los teóricos del liberalismo y también por los teóricos del socialismo, como los factores primordiales del desarrollo económico– son en realidad secundarios; siendo el factor principal, el que afecta con un signo más o un signo menos a estos dos factores clásicos, el denominado *tercer factor inmaterial*, dicho de otra manera, el factor cultural, la *confianza*.

Y a esta altura del desarrollo se plantean una serie de hipótesis con varias respuestas tentativas –no definitivas– por el momento. En términos generales puede constatarse el ocaso, ¿o quizás no? de un período de la historia que se sostuvo por la imposición de principios de orden y racionalidad, para ser reemplazado en buena parte del mundo por otro en el cual emergen la anomia, la marginalidad y la exclusión, generando por su parte una importante multiplicidad de conflictos, en cuya resolución no puede descartarse el empleo de la violencia. Esto guarda relación con los instrumentos que los humanos pondrán en vigencia para construir y fortalecer el progreso de sus comunidades y una paz que abarque a todos. Sobre qué valores e ideas se asentarán estas construcciones, teniendo en cuenta que muchas de ellas ya se encuentran en circulación y que la confianza ha sido una de las condiciones esenciales para el desarrollo de los pueblos, confianza basada en elementos culturales y religiosos, en valores y tradiciones, elementos con los cuales interactúan el mercado, el capital y el trabajo.

La acción política vuelve a la escena —no habiéndose ido nunca— como herramienta irremplazable en la búsqueda del bien común y el bienestar general, como expresión de los intereses de la comunidad, de lo colectivo, frente a un sistema que ya sea por su propia inercia o la acción de grupos de poder, genera caos y fragmentación.

El sexto elemento del modelo polemológico señala al análisis político como al más importante para la comprensión y posible evolución del sistema mundo contemporáneo.

El respecto irrestricto de la ley a nivel internacional constituye una condición *sine qua non* para una convivencia más pacífica en la que el riesgo de guerra se vea alejado para siempre. También, la vigencia de normas es un refugio seguro para aquellos pueblos o Estados que carecen de la fuerza y el poder necesarios para proyectar sus intereses frente a otros que sí lo tienen y apelan ocasionalmente a la ley, tal como ha quedado demostrado en la invasión a Irak. El derecho internacional constituye ante todo un lenguaje común del que se espera, por medio de un combate político constante, su contribución para evitar la guerra con sus secuelas de dolor y destrucción.

La Organización de las Naciones Unidas, concebida como herramienta para alcanzar la paz, la justicia y el equilibrio internacional, se ha ido convirtiendo en muchos aspectos en un instrumento al servicio de las grandes potencias, permitiéndoles justificar acciones militares selectivas mientras que la pasividad de la misma es una constante en otras situaciones conflictivas.

En tanto y en cuanto no exista un órgano político único con el poder suficiente para producir y hacer ejecutar las reglas jurídicas que se apoyen en valores e intereses compartidos, el derecho internacional dependerá de relaciones de fuerzas coyunturales, tanto en su elaboración como en su aplicación. La concreción de este objetivo encuentra muchas dificultades para su efectivización en estos tiempos, debido a la colisión observada en el sistema mundo entre valores contradictorios sustentados por comunidades diversas, y también por la caída relativa de los paradigmas impuestos por el neoliberalismo durante los años noventa del siglo pasado. Esto ha dado como resulta-



do la repontenciación de actores y perturbadores dentro del sistema que construyen su propia interpretación de las normas establecidas.

En estos escenarios, la única función que las instituciones internacionales parecen capaces de cumplir es de carácter adaptativo y legitimante. A partir de una concentración del poder que asume de manera creciente la forma de una constitución imperial del mundo, las instituciones internacionales, y las normas por ellas dictadas muestran cada vez más su propia incapacidad para evitar un conflicto y para controlar a las estructuras de poder existentes. Por estas razones hoy nos encontramos más cerca de una configuración imperial regentada por las principales potencias occidentales y con un peso decisivo de los Estados Unidos dentro de la misma, capaz de garantizar ciertos niveles de paz allí donde sus intereses estén comprometidos, en vez de una paz basada en el respeto de la ley y la igualdad de los pueblos y naciones.

Alessandro Colombo señala que en una situación histórica como la actual, signada por una distribución del poder y de la riqueza marcadamente desigual, los principios fundamentales que durante siglos regularon la sociedad internacional –la soberanía de los Estados, su igualdad jurídica, la no ingerencia en los asuntos internos, la regulación de la guerra– tienden a caer en manos de los más fuertes.

En estas condiciones el Derecho Internacional debe prevalecer en la construcción de un mundo más ordenado y pacífico, para lo cual, tanto en su construcción como en su aplicación debe incorporar factores tan importantes como los valores en juego en el sistema internacional y las realidades que presentan las diversas sociedades formando parte del mismo.

La guerra emprendida por las grandes potencias se justifica hoy desde un punto de vista superior e imparcial, en nombre de valores que se consideran compartidos por toda la humanidad, pero que en la realidad ocultan la representación de intereses imperiales muy concretos. La guerra es presentada como el principal instrumento de la protección de los derechos humanos, la expansión de la libertad, la democratización del mundo, la seguridad y el bienestar de todos los pueblos. Según esta visión, la *pax imperialis* es, por definición, una paz perpetua y universal.

La paz por el imperio entonces, aparece como más factible y probable en su ocurrencia que la paz por la ley. Los caminos hacia la paz serán escabrosos en un mundo cada vez más desigual, incierto y turbulento, aunque la obtención de la misma sea muy necesaria si no se quiere poner en riesgo a la mismísima especie humana. Una paz estable y universal solo puede ser lograda mediante un ordenamiento jurídico global capaz de trascender el particularismo de las soberanías estatales y centralizar el uso legítimo de la fuerza en manos de una autoridad supranacional –un «Estado» universal–, desvinculado del respeto de la jurisdicción doméstica de los Estados y capaz de afirmar el predominio ético y jurídico del ordenamiento jurídico internacional como *civitas maxima* que incluye a todos los miembros de la comunidad humana como sujetos propios.

El séptimo elemento del modelo de análisis polemológico se vincula con los caminos para lograr la paz.

La caída del Muro de Berlín y la ulterior desaparición de la Unión Soviética no trajeron consigo la paz y menos aún sus dividendos fueron volcados al crecimiento económico y la reducción de la pobreza en el mundo. La guerra en el Golfo Pérsico en 1990-1991 y unos años más tarde el conflicto de la ex Yugoslavia dieron por tierra con la idea de que el *espíritu industrial* reemplazaría al *espíritu militar*; anunciado en otro tiempo por los positivistas, lo que consolidaría una era de paz prolongada en el planeta.

La globalización económica y la mundialización política conforman el sustrato político y social, tanto como las causas históricas, que estuvieron y están por detrás de los conflictos armados en los noventa y en la actualidad. A ello se debe sumar una condición humana, con sus luces y sombras, que no se ha visto sustancialmente modificada a lo largo del tiempo. De esta manera se configura el cuadro de las guerras contemporáneas como expresión de disputas de intereses, en gran parte de los casos encapsuladas en disputas de valores.

Resulta imprescindible sostener una teoría coherente de la guerra ante los intentos reiterados y recurrentes de *matematizar* una actividad que tiene al ser humano como actor central, y vista la tendencia reiterada a

construir fórmulas cerradas partiendo de un determinado sistema de armas. La Revolución Francesa introdujo en su tiempo cambios importantes en lo que a la concepción de la guerra se refiere, cambios que impulsaron una reformulación teórica para explicar los acontecimientos.

En este aspecto, la polemología brinda un marco adecuado para estudiar las causas y los orígenes de los conflictos armados tanto como los posibles caminos hacia la paz.

La teoría de la guerra elaborada por Carl von Clausewitz, constituye un aporte trascendente de notable vigencia en la actualidad, dado que el constructo teórico surge del análisis de aquella como fenómeno esencialmente político y social, en cuyo desarrollo los valores morales ocupan un lugar central.

Durante el siglo XX y buena parte del actual, muchos estudiosos del tema han pensado y piensan que la teoría de Clausewitz es cosa del pasado, ya que sus apreciaciones partían principalmente de considerar a la guerra como una actividad propia de Estados constituidos, dando lugar al desarrollo de las *guerras reales* analizadas por el General prusiano. Tomando como referencia el debilitamiento del Estado-nación –sostenían– producto de la mundialización, esta teoría, elaborada en el siglo XIX, debía ser revisada o directamente sustituida por otra u otras. Sin embargo, la tendencia hacia lo *absoluto*, hacia el ascenso a los extremos que puede observarse en todas las guerras según Clausewitz, facilita la comprensión del fenómeno partiendo del concepto en su estado puro y en su manifestación más natural.

Es necesario constatar que la *Fórmula* de Clausewitz ha tenido más presencia en los estudios de la guerra y la estrategia que en la guerra en sí misma. Ludendorff en la Primera Guerra Mundial y más tarde Hitler y Stalin iniciaron *guerras reales*, con intereses definidos y acotados, para escalar ulteriormente hacia lo *absoluto*, al procurar el derrocamiento y aniquilamiento del adversario.

Las armas nucleares tiempo después, al hacer posible el suicidio colectivo y la exterminación del rival, facilitaron el desarrollo de análisis estratégicos, tanto en los Estados Unidos como en la Unión Soviética, que pensaron el mundo en términos matemáticos, *absolutos*, invirtiendo de esta manera la *Fórmula*. Otra vez se pretendió elaborar una teoría partiendo de un sistema de armas determinado, atómicas

ahora, alcance del tiro del cañón antes. Sin embargo, la Guerra Fría ratificó la validez de la teoría del autor de *De la guerra* desde el preciso instante en que una conflagración nuclear entre las superpotencias habría quedado huérfana de fines políticos al eliminar todo vestigio de vida humana en el planeta. Los principios fundamentales de la teoría de Clausewitz, en particular la dependencia de la guerra de la política, no solo no han sido refutados, sino que se han visto confirmados por la experiencia de los últimos doscientos años.

Un aporte que considero fundamental se relaciona con las observaciones de Kenneth Waltz cuando sostiene que la anarquía del sistema internacional es una de las causas mayores en la ocurrencia de las guerras contemporáneas y muy probablemente de aquellas otras que tendrán lugar en el futuro de subsistir este escenario. En este punto es importante señalar como alternativa probable el fortalecimiento de una configuración imperial, con centro en los Estados Unidos e involucrando a las potencias occidentales, que procure terminar con el estado anárquico citado.

En lo que a guerra y democracia se refiere, una consideración especial merece el debate acerca de si las democracias guerrearán, o no, entre sí. Existe una opinión más o menos generalizada de que los ciudadanos de las democracias están imbuidos de un fuerte espíritu pacífico, sobre todo cuando los que van a la guerra son otros, por ejemplo, soldados voluntarios. Sin embargo, también debe señalarse que una opinión pública animada por cierta prensa patrioter, o conmocionada por la ocurrencia de un suceso grave, puede despertar actitudes belicistas y chauvinistas en poblaciones muy democráticas, tal como ocurrió con la opinión pública de los Estados Unidos luego de los atentados de 11 de septiembre de 2001, en cuyo caso el gobierno norteamericano contó con un fuerte apoyo para invadir Afganistán y tiempo después Irak.

Diversos acontecimientos obligan a considerar los datos relativos a la participación de las democracias en guerras, y particularmente en el caso de Gran Bretaña y los Estados Unidos, tal como los cuadros elaborados por Zeev Maoz lo demuestran. Ello guarda relación tanto con determinadas características históricas y culturales de los pueblos de estas naciones, como con una creciente concentración del poder

corporativo que ha ido transformando a estas democracias en realidades cada vez más formales. Gino Germani, por ejemplo, sostenía en los años setenta que los países se encaminan cada vez más hacia la adopción de sistemas autoritarios y menos democráticos.

Debe señalarse también que los poderes especiales conferidos a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas hacen que esta Organización no constiuya la expresión acabada de una democracia mundial. La posesión permitida a unas pocas naciones de las armas nucleares, tampoco contribuye al fortalecimiento de un sistema democrático que involucre por igual a todos los actores del sistema internacional.

Una cuestión importante desarrollada en esta obra se vincula con la emergencia de los denominados ejércitos privados o sociedades militares privadas. Según la Carta de las Naciones Unidas, la guerra es una actividad que debe ser emprendida por personas al servicio del Estado. La existencia de mercenarios cuenta con muchos antecedentes en la historia, habiendo cambiado la apreciación acerca de la utilidad de los mismos con la Revolución Francesa, cuando quedó demostrada la eficacia de los ejércitos integrados por conscriptos, por ciudadanos más comprometidos con determinados valores que los mercenarios.

Concluida la Segunda Guerra Mundial, comenzaron a organizarse empresas que reclutaban mercenarios y ofrecían sus servicios, particularmente en el continente africano, situación que se amplió con el fin de la Guerra Fría mediante la rápida expansión de las empresas militares privadas. En muchos casos estas empresas son contratadas por Estados —entre los que se encuentra la Secretaría de Defensa de los Estados Unidos—, lo que constituye un desconocimiento de convenciones y resoluciones de la ONU que recomiendan no emplear mercenarios en los conflictos armados.

Esta nueva realidad también se relaciona con el poco o casi nulo entusiasmo de los habitantes de los países desarrollados para participar en guerras que no los afectan directamente.

El debilitamiento o la desaparición de la protección que ofrecían los Bloques durante la bipolaridad, promovió que algunos *Estados frágiles*, como así también empresas transnacionales —particularmente aquellas ligadas a la producción petrolera— contraten los servicios de las

empresas militares privadas. Estas empresas aparecen menos constreñidas que los ejércitos estatales para emplear métodos prohibidos por las normas jurídicas internacionales, tales como las violaciones sistemáticas de los derechos humanos y como puede verificarse actualmente en los casos de Irak y Afganistán. De manera creciente el Pentágono y las fuerzas armadas norteamericanas contratan a empresas militares privadas que llegan hasta proveer sus propios combatientes.

El Derecho Internacional, tal como la Corte Internacional de Justicia lo estableció en 1992, considera a los mercenarios como civiles no combatientes, lo cual genera una *zona gris* en la jurisprudencia, particularmente cuando efectivos que revisten en esta condición conforman en la actualidad la segunda fuerza presente en Irak y un porcentaje cada vez más significativo en Afganistán. Para muchos investigadores, la existencia de empresas militares privadas y sus contingentes de mercenarios es consecuencia del debilitamiento creciente del Estado y plantea una verdadera y sumamente riesgosa *externalización o privatización* de la guerra.

La nueva reflexión estratégica, particularmente la elaborada en los países más desarrollados, considera como escenario principal aquel en el cual se lleva adelante una lucha prolongada, y sin final a la vista, contra el terrorismo, inscrita esta en una apreciación más abarcadora de los denominados «conflictos de baja intensidad». Esta reflexión constata por su parte que las fuerzas armadas de los Estados no son suficientes para ocupar todos los espacios y que, en consecuencia, deben incluirse en este empeño a los mercenarios proveídos por las empresas mencionadas. Empresas que borran la distinción civil/militar y privado/público, transformándose en actores híbridos y cada vez más presentes en los conflictos armados contemporáneos.

Estas sociedades militares integradas por mercenarios, tal como la historia lo muestra, prosperan en períodos de transición sistémica, como ocurre en la actualidad. Esto también es consecuencia de la creciente concentración del poder en pocas manos y el debilitamiento de los controles parlamentarios sobre los conflictos armados en los que el Estado se encuentra empeñado.

Sociedades privadas devenidas hoy en actores globales que obedecen a las reglas del mercado y no al interés general, razón por la cual el

grado de inestabilidad del sistema se incrementa notablemente y no carece de fundamentos pensar que nos hallamos ante una suerte de nueva Edad Media donde empresas transnacionales y sectores privados compiten con los Estados empleando para ello sus propias fuerza militares. Más mercenarios y menos ciudadanos comprometidos, quiere decir necesariamente más violencia y menos respeto de la ley.

En lo que a las guerras del futuro respecta, el escenario en el cual las mismas tendrán lugar está dominado por la *hipercomplejidad*, es decir, un escenario mucho más complejo que en otros tiempos. Escenario conformado por la emergencia de nuevos perturbadores como así también el empleo de sistemas de armas que fomentan la perversidad impersonal de los combatientes tanto como la deshumanización de los conflictos armados.

Tal como Robert D. Kaplan lo señala en el caso particular de los Estados Unidos, cada vez se diferencian menos en sus funciones los civiles de los militares, alternándose unos y otros de acuerdo a las circunstancias y a las acciones a adoptar también, observa este autor, las guerras serán cada vez más cortas y «relámpago», sin los trámites parlamentarios previos usualmente largos y engorrosos que dificultan las acciones rápidas y sorpresivas contra un oponente. En estas condiciones, la principal superpotencia del mundo bien puede considerarse como el gran perturbador de un orden mundial que pretende conducir y preservar.

Esto permite señalar la más que probable evolución hacia conflictos armados en los cuales se respetarán menos las normas del Derecho Internacional y cuya realización se efectivizará por medio de guerras menos convencionales y no declaradas, en muchas ocasiones en el interior de los Estados y no entre los mismos.

Las nuevas tecnologías de la información han introducido cambios importantes en las formas de hacer la guerra y puesto en vigencia las llamadas «guerras quirúrgicas», esto viene de la mano de la Revolución en los Asuntos Militares (RMA en inglés). El manejo de la información se ha transformado así en una cuestión fundamental para los conductores militares, siendo más importante aún contar con una estructura semántica apropiada que permita una interpretación correcta de los datos proveídos por las modernas tecnologías.

Estas nuevas tecnologías constituyen un componente importante de las armas denominadas «inteligentes», particularmente las empleadas por las fuerzas aéreas; sin embargo, el uso de las mismas no dio los resultados esperados en la guerra de la ex Yugoslavia cuando de desarmar a las tropas serbias se trataba.

Una observación interesante, que recoge la experiencia de la guerra en los Balcanes, es la realizada por el General Shinseki cuando constata la poca utilidad de los blindados en el escenario mencionado y rescata el papel central de la infantería, del combatiente de a pie, en los futuros conflictos armados. En esta dirección propone enfatizar la importancia del combatiente individual, más formado y mejor equipado, con buenos sistemas de comunicación y tomando el modelo del cuerpo de los *marines*.

En este contexto aparecen los conflictos llamados de «Cuarta Generación» según la denominación adoptada por las Naciones Unidas. Conflictos que responden a la realidad hipercompleja del mundo, al debilitamiento creciente de los Estados, a la emergencia de nuevos perturbadores tanto como a diversas demandas insatisfechas. Conflictos que en muchos casos se llevan adelante mediante el empleo de armas caseras, porque la sociedad está enfrentada consigo misma, pudiendo escalar peligrosamente dadas las facilidades ofrecidas por un floreciente mercado ilegal de armas en el mundo

En lo que a la teoría de la guerra se refiere, la historia muestra que la estabilidad en los niveles superiores del mundo, durante el duopolio nuclear, no garantizó la estabilidad en los niveles inferiores. Las armas atómicas aseguraron la paz del diez por ciento del planeta, no ocurriendo lo mismo en regiones afectadas por conflictos armados de índole diversa.

La teoría de la guerra nacional entre Estados constituidos, desde hace tiempo se ha desdoblado en una teoría de la guerra civil, para lo cual, tanto en un caso como en el otro, la teoría de Clausewitz —empleando el método nomológico deductivo— constituye una contribución trascendental tanto para su comprensión como para su explicación. No existe otro estudio de la guerra de igual nivel que, puede afirmarse, reemplaza y supera a la célebre *Fórmula* de Clausewitz, por ello la investigación debe partir obligatoriamente de estos su-

puestos que con el tiempo se han consolidado como una importante relación fija entre conceptos.

De enorme importancia es un marco político en el cual los conflictos armados provocados por intereses aparecen cada vez más encapsulados en disputas de valores, otorgándole mayor complejidad e inestabilidad al sistema, realidad signada por el debilitamiento creciente de los Estados y de lo político como expresión del bien común y el bienestar general. Las disputas por valores contradictorios y en muchos casos irreductibles le otorgan a las guerras características de *absolutas* en los términos de Clausewitz, es decir, guerras en las cuales se procuran tanto el aniquilamiento del adversario como su desplazamiento del poder.

La crisis financiera del año 2008, el cierre progresivo de los mercados y crecientes motivos de confrontación permiten pensar en nuevos e imprevisibles escenarios de conflictos armados, teniendo en cuenta –entre otros factores– el notable incremento del gasto militar durante los últimos cinco años en casi todos los países del mundo. Por otro lado, el hecho de que todas las naciones sean democráticas, en un sistema internacional no democrático, no constituye *per se* una garantía para la paz.

El debilitamiento creciente de los Estados constituye un motivo esencial en la existencia de los conflictos armados, lo que implica riesgos crecientes para la paz mundial. Es un contrasentido sostener el carácter intrínsecamente pacífico de las democracias y abogar al mismo tiempo por la subsidiariedad y pérdida de capacidades del Estado –entre ellas el ejercicio legítimo del monopolio de la violencia– cuando no existe una instancia superadora del mismo que constituya el marco adecuado para el fortalecimiento de aquéllas.

Muy probablemente –y aquí hablo de probabilidades y posibilidades según la metodología adoptada– los escenarios futuros estarán principalmente dominados por los conflictos armados *asimétricos*, confrontando valores contradictorios, y protagonizados por resistentes al «orden» occidental, con grandes posibilidades de ascender a los extremos, es decir, más *absolutos*. Resultando imprescindible, en consecuencia, procurar en todos los casos un mayor control político sobre el instrumento militar.

En lo que atañe a las guerras modernas y a una mayor profesionalización de los combatientes, puede advertirse que esta realidad se vincula con la creciente sofisticación de los sistemas de armas, una cierta despersonalización de los soldados y grados crecientes de perversidad impersonal, frente a víctimas lejanas y desconocidas a las cuales *no se les ve el rostro*.

Valor de lo negativo, las asimetrías mencionadas harán que las guerras sean más *humanas* y menos tecnológicas, es decir, donde el soldado de a pie devenga en el «nervio de la guerra» como sostenía Maquiavelo. De allí que hoy se hable de organizaciones militares «soldado-céntricas» aptas para intervenir con ciertas posibilidades de éxito en los conflictos de Tercera y Cuarta Generación. Tropa que debe estar muy consustanciada con valores superiores y trascendentes para hacer posible el éxito de una operación, apareciendo en este punto una contradicción mayor con los ejércitos integrados por mercenarios cuya única motivación son los beneficios materiales.

En lo que al terrorismo respecta, el mismo debe ser incluido en la teoría relativa al «armamento del pueblo» de la resistencia española contra Napoleón estudiada por Clausewitz, «guerras populares» hoy. La razón de ser del terrorismo debe ubicarse tanto en las asimetrías existentes como en la confrontación de valores contradictorios. El terrorismo es consecuencia de la debilidad de uno o más actores para emprender con éxito una guerra clásica y convencional. Esta teoría presenta, como se fue considerado en el capítulo correspondiente, una doctrina de organización y otra de empleo.

Existen muchas dificultades para llegar a una definición común del terrorismo que satisfaga a la comunidad en su totalidad, dada la profunda heterogeneidad que domina al sistema internacional. Esto ocurre en parte porque no existe acuerdo para determinar la legitimidad o ilegitimidad de una acción terrorista si no se toma una debida consideración del contexto político en el cual la misma tiene lugar. Resulta entonces muy difícil tipificar el delito de terrorismo, pues una cosa es referirse a dicho concepto en términos coloquiales y otra muy distinta es adoptar una definición que establezca una tipicidad para ser aplicada por el Derecho. El terrorismo aparece por otro lado como una manifestación de la *estrategia indirecta* teorizada por el británico Liddell Hart en ocasión de la Segunda Guerra Mundial.



En el caso particular de las acciones terroristas asociadas a la religión el mártir, para algunos, *voluntario a la muerte*, no representa nada nuevo en relación a lo antes conocido de judíos y cristianos. Sin embargo resulta esencial estudiar y comprender política e ideológicamente a los grupos involucrados en este tipo de acciones si verdaderamente se los quiere combatir con alguna expectativa de éxito.

Para estudiar y comprender al terrorismo se debe ser coherente con aquello de que «la guerra es la política por otros medios». Resulta desafortunado –lo menos que se puede decir– declararle la «guerra al terrorismo» pues se le estaría declarando la guerra a una táctica y no a determinados objetivos políticos expresados por medio de una estrategia. Los valores que hoy ofrece Occidente, por otro lado, no dan una respuesta trascendente a las angustias humanas capaz de enfrentar al terrorismo con éxito, ofreciendo a las sociedades que albergan a los terroristas alternativas superadoras que trasciendan el mercado y el individualismo. Si en la intención por definir el término terrorismo se aplican mecanismos jurídicos dentro del Derecho Internacional que impongan una pena a la comisión de sus actos delictivos, se debe concluir en que el tipo penal debe ser construido en observancia de los principios fundamentales de Derecho. En relación con la lucha antiterrorista, resulta lamentable que no haya prosperado la iniciativa del ex Secretario General de la ONU, Kofi Annan, cuyo objetivo era lograr una única tipificación del terrorismo a nivel global, no habiendo sido debidamente considerada por las razones arriba citadas.

Resulta inaceptable, en consecuencia, la calificación de «terroristas» aplicada a aquellos que se manifiestan y actúan contra un orden mundial profundamente injusto. Tal identificación obedece a objetivos que no se corresponden con una definición jurídica sino que persiguen intereses particulares y fines políticos.

Por ello es importante recuperar lo desarrollado en los elementos precedentes que sentaron las bases metodológicas, teóricas, políticas, económicas, históricas, religiosas y humanas de los conflictos armados. Un pensamiento estratégico adecuado debe tener necesariamente en cuenta la presencia de la guerra y su centralidad en la historia de la especie humana, con el propósito de controlarla y mitigar sus efectos dado que, tal como la historia y la propia realidad lo demuestran,

resulta casi imposible eliminarla de la faz de la Tierra. Centralidad que se relaciona, entre otros aspectos, con una decisiva transformación de las sociedades o el colapso de las mismas, así como con las estrategias militares emergentes, que son lo que son por su conducta, por actuar en un medio colectivo como sujeto, objeto e instrumento de su propia transformación y la de la sociedad. Incertidumbre política que se encuentra como condición inicial, como el *explanans* de la incertidumbre estratégica.

Tal como lo sostenía Immanuel Kant, una paz duradera es inalcanzable pero infinitamente posible de aproximación.

El octavo elemento del modelo de análisis establece un enfoque polemológico de la teoría de las relaciones internacionales considerando que la centralidad de la guerra y la incertidumbre estratégica constituyen factores insoslayables en el devenir de la humanidad.

A modo de síntesis final de este apartado deseo enfatizar los elementos señalados, elementos que permiten un enfoque global y abarcativo del estudio y comprensión de las relaciones internacionales, observando que en cualquier construcción teórica los mismos deben ser tomados en su totalidad y especificidad, en una fina trama dialéctica, a fin de no soslayar ninguno de ellos, pudiendo realizar de esta forma una contribución significativa a las diversas teorías que facilitan una explicación coherente de los asuntos mundiales.

BIBLIOGRAFÍA

- Bouthoul, G. (1984). *Tratado de Polemología* (p. 66). Madrid: Ediciones Ejército.
- Krugman, P. (2008). «Debe pensar en grande» (p. 2). En *La nación*. Buenos Aires, 8 de noviembre.
- Delors, J. (2009). «Si Europa no se integra, mandarían EE. UU. y China» (p. 12). En *El País*. Madrid, 6 de diciembre.
- Klimovsky, G. e Hidalgo, C. (2001). *La inexplicable sociedad* (p. 13). Buenos Aires: A-Z editores.
- Peyrefitte, A. (1995). *La société de confiance* (p. 9). París: Odile Jacob.

Aplicación del modelo de análisis polemológico de las Relaciones Internacionales al caso de Afganistán

El modelo de análisis polemológico de las relaciones internacionales propuesto está conformado por ocho elementos que constituyen la base para una comprensión y explicación del tema en cuestión. Este modelo, que se inserta en el marco teórico realista de las relaciones internacionales, puede ser complementado con otros, desde el momento en que son concebidos como contribuciones al desarrollo de esta disciplina.

Estos ocho elementos, que mientras se efectúe la explicación deben ser tomados en su totalidad e interrelación, podrían remitirse a cuatro: partiendo de la consideración del caos, la dialéctica y su correlato en la incertidumbre como base metodológica; la importancia de las ideas y creencias, tanto como el papel de los seres humanos en el devenir de la historia y vinculado a ello la díada valores-intereses y las relaciones de poder; la economía de la globalización como parte de la política de la mundialización; finalmente la centralidad de la guerra, el rol de la violencia en las transformaciones sociales y los caminos a recorrer para alcanzar una paz definitiva en el mundo.

Después de esta breve presentación se expone la aplicación del modelo propuesto al caso particular de Afganistán.

Los antecedentes

Me he tomado la licencia de realizar una breve exposición de los antecedentes de este caso porque, estimo, contribuyen a una mejor comprensión y explicación del tema.

Observa Ahmed Rashid refiriéndose hace algunos años a la guerra que llevó a los talibanes al poder en Afganistán: «No resulta extraño encontrar a Afganistán en el centro de este conflicto. Hoy los talibanes son los últimos representantes de una larga saga de conquistadores, señores de la guerra, profetas, santos y filósofos que se enterraron en el corredor afgano, destruyendo viejas civilizaciones o religiones para reemplazarlas por otras. Los reyes del mundo antiguo creían que la región de Afganistán ocupaba el centro del mundo y esta historia ha persistido hasta los tiempos actuales» (2001: 23).

La posición geoestratégica de Afganistán, en la encrucijada de Irán, el mar de Omán, India y Asia Central y Meridional confiere una importancia particular a su territorio y desfiladeros montañosos que se reactualiza desde las primeras invasiones arias, hace seis mil años. Sus tierras áridas, rudas, accidentadas y desérticas han dado lugar a algunos de los mejores guerreros que el mundo haya conocido, mientras que el magnífico espectáculo de sus montañas austeras y de sus valles lujuriosos, con árboles cargados de frutos, ha inspirado a los poetas.

Relata Rashid: «Un viejo sabio mujaidín afgano me contó hace tiempo ya el mito de la creación de Afganistán: *cuando Alá terminó de crear el mundo vio que le quedaba una considerable cantidad de desecho, pedazos dispersos que no iban a ninguna parte. Él entonces los juntó y los lanzó sobre la Tierra. Así nació Afganistán*» (2001: 24).

El moderno Afganistán posee una superficie de 650.000 kilómetros cuadrados y está cortado según un eje norte-sur por la cadena del Hindu Kuch. A pesar de las mezclas numerosas de poblaciones que tuvieron lugar durante el siglo XX, se pueden definir de manera aproximada las diversas regiones y su población: al sur del Hindu Kuch vive la mayoría pachtuna y algunos grupos de lengua persa, al norte las minorías de origen persa y turco. El Hindu Kuch está poblado por Hazaras y Tadjikos, de lengua persa. En el extremo noreste del país, en el macizo de Pamir, al que Marco Polo denominó como «techo del

mundo», toca Tadjikistán, China y Paquistán. Estas montañas de difícil acceso explican lo poco frecuente de las comunicaciones entre la miríada de grupos étnicos, muchas veces exóticos y diferentes para los occidentales, que habitan en los valles altos nevados.

Rutas y caminos conforman el eje de Afganistán desde hace siglos. Este territorio, enclavado en la encrucijada de Asia, ha sido el escenario del encuentro y enfrentamiento de dos grandes olas civilizatorias, por el oeste el imperio persa, muy refinado; por el norte los imperios turcos nómades de Asia Central.

El control de Afganistán resultaba indispensable para la supervivencia de estas dos antiguas civilizaciones, cuya fortuna iba de la grandeza a la conquista según se presentaba la historia. Afganistán funcionaba como tapón, manteniendo a ambos imperios a cierta distancia, o bien como corredor para los ejércitos que marchaban de norte a sur o del oeste al este cuando trataban de invadir la India. En estas tierras prosperaron las primeras religiones antiguas: zoroastrismo, maniqueísmo y budismo. Balkh, cuyas ruinas se encuentran a algunos kilómetros de Mazar e-Charif, está considerada por la UNESCO como una de las ciudades más antigua del mundo; en este centro florecieron el budismo, las artes turca y persa, así como la arquitectura.

De paso por Afganistán, peregrinos y comerciantes que transitaban la Ruta de la Seda llevaron el budismo a China y Japón. En el año 329 antes de Jesucristo los griegos conducidos por Alejandro de Macedonia ocuparon Afganistán y Asia Central antes de continuar hacia la India. Dejaron en las montañas del Hindu Kuch un nuevo reino —en Balkh— caracterizado por una dinámica civilización greco-budista, único ejemplo hasta ahora conocido de fusión histórica entre la cultura europea y asiática. También Alejandro fundó Kabul, Kandahar y Herat.

Hacia fines del siglo IV de la era cristiana los hunos dominaron Afganistán siendo derrotados en el año 568 por los persas sasánidas.

Hacia el año 654 los ejércitos árabes invadieron Afganistán llegando hasta el Oxus, en la frontera de Asia Central. Llevaban consigo el Islam, nueva religión de justicia e igualdad que rápidamente penetró en toda la región.

Bajo la dinastía persa de los sasánidas, que reinó desde 874 a 999, Afganistán participó del renacimiento de las letras y artes persas, la

dinastía de los gaznevidas que le sigue hasta 1186, conquistó el Penjab en el noroeste de la India y algunas partes del este de Irán.

En el año 1219, Gengis Khan y sus hordas mongolas barrieron Afganistán asolando las ciudades de Balkh y Herat, acumulando a su paso montañas de cadáveres. Por otro lado, debe reconocerse que éstos también dejaron su contribución: el pueblo Hazara, resultado de uniones entre mongoles y tribus locales que se mantiene hasta la actualidad.

Durante el siglo XIV llegó Tamerlán, descendiente de Gengis Khan y fundó un nuevo imperio que ocupó partes de Persia y Rusia, imperio conducido desde su capital Samarcanda, ciudad actualmente ubicada en Uzbekistán. Tamerlán conquistó Herat en 1381 y su hijo Shah Rukh instaló allí la capital del imperio de los Timuridas en 1405. Este pueblo de origen turco acercó la cultura nómada de Asia Central a la civilización persa, transformando a Herat en una de las ciudades más cultivada y refinada del mundo.

En los tres siglos que siguieron las tribus afganas del este invadieron la India en varias ocasiones, ocuparon Delhi y crearon grandes imperios indo-afganos. La dinastía afgana de los Lodhi reinó en Delhi desde 1451 hasta 1526. En 1500, el mongol Babur fue expulsado del valle de Fergana, ubicado en Uzbekistán. En 1504 se lanzó a la conquista de Kabul, luego de Delhi, estableciendo la dinastía mongola que reinó sobre la India hasta la llegada de los ingleses. El poder persa declinaba al mismo tiempo en el oeste y Herat fue conquistada por los Khanes uzbekos Shaybani. La región volvió a caer en la zona de influencia persa en el siglo XVI, durante la dinastía de los safavidas.

Todas estas invasiones generaron mezclas étnicas, culturales y religiosas muy complejas, hecho que tornaría dificultosa la construcción de una identidad nacional afgana. El oeste estaba dominado por poblaciones de lengua persa, o *dari*, nombre que lleva el dialecto afgano de origen persa. En el centro de Afganistán los Hazaras, convertidos al chiísmo por los persas, constituyen el grupo chiita más importante en territorio sunita, emplean desde hace siglos el *dari* a instancias de los tadjikos del oeste, estos últimos depositarios de la cultura persa antigua. En el norte de Afganistán, uzbekos, turcomanos y kirguizes, entre otros, hablan las lenguas turcas de Asia Central. En el sur y el este, finalmente, las tribus pachtunas utilizan su propia lengua, el *pasto*, una amalgama de lenguas indo-persas.

Estos pachtunes del sur fundaron el Estado afgano moderno en momentos en que se perfilaba el declive simultáneo de la dinastía persa de los safavidas en el oeste, de los mongoles en la India y de los janides uzbekos, en el siglo XVIII. Los pachtunes estaban divididos en dos tribus principales, los Ghilzai y los Abdali denominados más tarde Durrani, muy frecuentemente en lucha unos contra otros.

Los pachtunes se dicen descendientes de Qais, compañero del profeta Mahoma. Se consideran en consecuencia un pueblo semítico, si bien los antropólogos los definen como indo-europeos, habiendo asimilado a numerosos y diversos grupos étnicos a lo largo de su historia. Los Durrani afirman descender de Sarbanar, hijo mayor de Qais, y los Ghilzai de su hijo menor. En lo que atañe al tercer hijo de Qais, sería el ancestro de diversas tribus pachtunas, entre ellas los Kakars en la región de Kandahar y los Safis en Peshawar. En el siglo VI fuentes chinas e indias mencionaban la existencia de afganos, o pachtunes, el este de Ghazni. Estas tribus emigraron en el siglo XV a Kandahar, Kabul y Herat. Un siglo más tarde, Ghilzai y Durrani ya se disputaban los territorios alrededor de Kandahar. Hoy, los Ghilzai ocupan el costado sur del río Kabul, entre los montes Safed-Koh y Sulaiman al este, el Hazarajat al oeste y Kandahar al sur.

Mir Wais, jefe de la tribu Hotaki dependiente de los pachtunes Ghilzai, se rebeló contra el Sha safavida en 1709 en la región de Kandahar. Su rebelión iba en contra de las tentativas del Sha para convertir al chiísmo a los devotos sunitas pachtunes, animosidad histórica que resurgió tres siglos más tarde a partir de la hostilidad de los talibanes hacia los chiitas iraníes y afganos.

El hijo de Mir Wais derrotó a los safavidas y conquistó Irán algunos años después, siendo expulsados los afganos de Irán en 1729. El debilitamiento del poder de los Ghilzai animó a sus rivales tradicionales de Kandahar, los Abdali, para formar una confederación; al cabo de nueve días de *Loya Jirga* o asamblea de los jefes tribales, coronaron como rey a Ahmad Shah Abdali. En la ceremonia de entronización, los jefes tribales anudaron alrededor de la cabeza del rey un turbante en el cual colocaron trozos de hierbas como demostración de lealtad. La asamblea de la *Loya Jirga* se transformó rápidamente en el instrumento legal tradicional de legitimación de los nuevos diri-



gentes, lo que impedía la monarquía hereditaria; los reyes podían argumentar así que habían sido elegidos por las tribus por ellos representadas. Ahmad Shah cambió el nombre de la confederación Abdali por Durrani y todas las tribus pachtunas se lanzaron a la conquista y se apoderaron rápidamente de una gran parte del actual Paquistán.

En 1761, Ahmad Shah Durrani derrotó a los Marhathas hindúes y se apoderó del trono de Delhi y Cachemira creando de esta manera el primer imperio afgano. Considerado el padre de la nación afgana, a su muerte fue sepultado en Kandahar, su capital, en un suntuoso mausoleo al cual hasta el día de hoy los afganos acuden a rezar. Muchos ven en él una especie de santo. Su hijo Timus Shah desplazó la nueva capital del imperio de Kandahar a Kabul en 1776, para facilitar el control de los territorios recientemente conquistados al norte de la cadena del Hindu Kuch y al este del Indus. En 1780, los Durrani firmaron un tratado con el Emir de Bukara, principal monarca de Asia Central, por medio del cual se designaba el Oxus o Amu-Daria como frontera entre el nuevo Estado pastún de Afganistán y Asia Central. Este tratado fijó el límite norte de Afganistán.

Durante el siglo XIX los Durrani, debilitados por diferentes disputas internas, perdieron los territorios que ocupaban al este del Indus. Sin embargo, Afganistán fue controlado por los Durrani durante más de doscientos años, hasta que en 1973 el rey Zahir Shah fue depuesto por su primo Mohamed Daud Khan y la República de Afganistán proclamada. Continuó la rivalidad entre pachtunes Ghilzai y Durrani, rivalidad que se intensificó luego de la invasión soviética en 1979 y la aparición en escena de los talibanes.

Señala Ahmed Rashid:

En medio de las disputas que horadaban su poder, los reyes Durrani debían contener a dos imperios nuevos, británico al este y ruso al norte. Durante el siglo XIX los británicos, preocupados por la expansión continua del imperio ruso en Asia Central y sus ambiciones sobre Afganistán, en la perspectiva de una ofensiva ulterior contra su imperio en las Indias, intentaron tres veces conquistar y ocupar Afganistán antes de darse cuenta que los afganos irreductibles estaban más dispuestos a venderse que a pelear. Ofrecieron entonces subsidios en moneda contante y sonante, mani-

pularon a los jefes tribales y lograron transformar a Afganistán en uno de sus satélites. A ello siguió el Gran Juego entre Rusia y Gran Bretaña, una guerra larvada compuesta por maniobras y coimas o, llegado el caso, presión militar llevada adelante por dos potencias que, manteniéndose a una respetable distancia, utilizaban a Afganistán como Estado tapón. (2001: 28)

En un contexto marcado por las disputas de poder y dificultades económicas de la monarquía, que en ciertos aspectos eran subsanados por los aportes de la Corona británica, las etnias no pachtunas del norte adquirieron una autonomía creciente en su relación con el poder central de Kabul. También los pachtunes se verían perjudicados por las conquistas británicas en el noroeste de la India, hecho que por primera vez separaba a las tribus pachtunas de la India británica y de Afganistán, esta partición fue oficializada por la línea Durand establecida unilateralmente por el Reino Unido en 1893. Ver mapas N.º 4, 5 y 6 en anexo cartográfico.

Antes del trazado de la línea mencionada, en 1878-1879 tuvo lugar la segunda guerra anglo-afgana. El Tratado de Gandarmak, firmado en mayo de 1879 impuso el protectorado británico. El emir Yakub fue destronado por una rebelión popular en 1880, y Abdur Rahman accedió al trono con el apoyo de Londres, este último unificó el país.

Entre febrero y agosto de 1919 tuvo lugar la tercera guerra anglo-afgana, al final de la cual Afganistán obtuvo la independencia, oficializada en el Tratado de Rawalpindi el 8 de agosto de 1919.

Durante su reinado, el rey Amanullah, lanzó en 1923 una serie importante de reformas constitucionales, económicas y sociales, que suscitaron la hostilidad y el rechazo de los tradicionalistas.

El 17 de octubre de 1929, fue coronado rey Nadir Chah con el apoyo de los conservadores.

En noviembre de 1933 Zaher Chah sucedió en el trono a Nadir Chah que fue asesinado por un opositor.

El 7 de septiembre de 1953 el príncipe Mohamed Daud, primo del rey, fue nombrado primer ministro, cargo que ocupó hasta 1963 cuando presentó la renuncia.

Escribió el antropólogo Stephen Hugh-Jones en 1965: «A mediados de los sesenta, Afganistán no ocupa un lugar importante en la actualidad

internacional. Sin embargo todos los ingredientes de una futura crisis se acumulan: multiplicidad de etnias, fronteras inciertas, tensiones sociales, rechazo de la modernización y, sobre todo, la voracidad de las grandes potencias fascinadas por la ubicación estratégica de ese reino» (2010: 6).

El final de la dinastía Durrani se produjo con el mencionado golpe de Estado en 1973 encabezado por Daud, primo y cuñado del rey Zahir Shah, hecho que dio lugar a una multiplicidad de conflictos internos, producto de fuertes rivalidades en el seno de una sociedad tribal, compleja, y a la cual los simpatizantes marxistas en el poder, oficiales militares formados en la URSS, no supieron encontrarle una respuesta adecuada. En 1978 los mulahs y khanes llamaron a la *djihad* contra los infieles comunistas y el 27 de diciembre de 1979 tropas soviéticas invadieron Afganistán, ante la impotencia de las autoridades locales para controlar una rebelión cada vez más poderosa, y siguiendo en cierto sentido el objetivo histórico de los zares de contar con un acceso directo a los mares calientes.

La *djihad* entonces toma un impulso renovado alimentado por los fondos y las armas provenientes de los Estados Unidos, China, los Emiratos Árabes, Arabia Saudita y el apoyo del Servicio de Inteligencia (ISI) del ejército paquistaní.

El 2 de febrero de 1988 Mijhail Gorbachov anunció oficialmente la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán. La salida de los soviéticos abrió un período de luchas internas con la intervención indirecta de diversas potencias regionales que culminó en septiembre de 1996 con la toma de Kabul por los talibanes, el ahorcamiento público del presidente Najibullah y la aplicación estricta de la *charia* o ley coránica. Desde mayo de ese año, Osama Ben Laden se instaló en Afganistán luego de haber sido expulsado de Sudán y de haber participado en la lucha contra los soviéticos entre 1986 y 1989.

La guerra contra la URSS, sin embargo, tuvo todas las características de una *djihad* tribal, conducida por los jefes de los clanes y los ulemas (doctores de la ley), antes que un combate ideológico dirigido por los islamistas. En Peshawar se encontraban siete partidos mujaidines reconocidos por Paquistán y apoyados por la CIA. De manera significativa, ninguno de ellos estaba conducido por pachtunes Durrani. Todos contaban con seguidores en Kandahar, pero en el sur

los partidos más populares se apoyaban en las bases tribales: uno el *Harakat e-Inquilab e-Islami* (Movimiento de la Revolución Islámica) dirigido por Mawlawi Mohamed Nabi y el otro *Hezb e-Islami* (Partido del Islam) dirigido por Mawlawi Yunis Cáliz. Estos dos jefes eran muy conocidos antes de la guerra en la zona pachtuna donde habían establecido sus propias *madrastas* o escuelas religiosas.

En 1994 el joven movimiento talibán era una mezcla de tradición y renovación. Tradición en la forma de imponer una representación del orden moral apoyado en la organización tribal y clánica del sur pachtún y en las redes de poder existentes. Renovación porque utilizaba las aspiraciones populares para consolidar un poder constituido de manera efímera alrededor de mulahs que por única legitimidad tenían su probidad. Ninguno proviene de una familia tradicional ni es un dirigente religioso reconocido. El movimiento talibán presenta un origen doble: por un lado interno, que se ubica en los años que siguieron a la salida del último soldado soviético en febrero de 1989; el otro externo, para Paquistán, Afganistán es tradicionalmente un asunto de política nacional. Por ello, un *talib* es un estudiante de religión que busca los conocimientos ofrecidos por el mulah. Dándose el nombre de «talibán» (plural de talib), ellos se distanciaron de la política partidaria de los mujaidines, presentándose como un movimiento deseoso de limpiar la sociedad y no como un partido ávido de poder.

Los bombadeos en nombre de la civilización tiraron a la basura los principios que la civilización reivindica.

CHRISTINE DELPHY. *Manière de Voir*

Habiendo desarrollado someramente lo que estimo constituyen los antecedentes más relevantes para este trabajo, me abocaré a continuación a la aplicación del modelo de análisis propuesto al caso de Afganistán, a fin de probar su capacidad y potencial.

El primer elemento del modelo se refiere al enfoque metodológico que, por su importancia, se encuentra comprendido a lo largo de todo el estudio. Las contradicciones presentes en el escenario afgano constituyen la base del abordaje dialéctico del problema, tomando en cuenta

que todo se halla en movimiento y que deben descartarse en este caso como también en cualquier otro, los pensamientos fijos y predeterminados; una apreciación dogmática del conflicto que hoy conmueve a este país asiático, en consecuencia, impide una correcta comprensión del mismo. Dogmatismo asociado a una lectura que tome en cuenta una sola variable del conflicto: sea ésta religiosa, económica, geopolítica o bien histórica y, desde allí, pretenda formular predicciones finales acerca de la guerra actualmente en curso, sin efectuar una debida apreciación y consideración de las disputas políticas en juego.

En otro orden de cosas, la teoría del caos nos ubica ante un conjunto de situaciones iniciales y posteriores evoluciones que son el efecto de la bifurcación de las trayectorias, a partir de lo cual se debe hablar de probabilidades y posibilidades. Tal como, por ejemplo, aconteció con la evolución política de Afganistán y mundial luego de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. También la difusión realizada en julio de 2010 por el sitio de Internet *WikiLeaks*, en el cual se revelan documentos secretos del Pentágono donde se mencionan matanzas de civiles y malos tratos a los prisioneros por parte de las tropas norteamericanas, así como el continuo apoyo a los talibanes desde los servicios de inteligencia paquistaníes; estas revelaciones alteran el curso político de la guerra emprendida por los Estados Unidos pues tienen un fuerte impacto en la opinión pública que, en forma parecida a lo ocurrido con Vietnam durante los años setenta del pasado siglo, ejerce un presión importante tanto sobre la presidencia como sobre el Congreso.

Dialéctica y teoría del caos, entonces, conforman el sustrato metodológico adecuado para una comprensión dinámica y no dogmática del conflicto afgano.

El segundo elemento del modelo se refiere al papel de la persona humana a lo largo de la historia y al rol de las ideas y creencias, factores ambos muy presentes en Afganistán y esenciales para comprender y explicar este escenario tan particular. El análisis del comando suicida que produjo el 11/S será efectuado desde el punto de vista de los valores cuando me aboque al desarrollo del quinto ele-



mento, pero no puedo evitar su inclusión aquí, al menos parcial, como una prueba contundente acerca del rol que las creencias desempeñan en la realización de determinadas acciones, tanto como la capacidad que presentan individuos imbuidos de las mismas para modificar el curso de la historia y aportar una cuota suplementaria de incertidumbre a la totalidad del sistema.

Los investigadores dan cuenta de jóvenes de entre 14 y 24 años, fuertemente armados y motivados, conformando los contingentes talibanes cuando éstos abandonaron los campos de refugiados en Paquistán y se dirigieron a Afganistán para apoyar al mulha Omar y conquistar más tarde Kabul en 1996. En su mayoría, ellos habían vivido en los campos de refugiados de Baluchistán y de las provincias ubicadas en la frontera noroeste de Paquistán, más allá de algunas estadias en las decenas de *madrasas* dirigidas por mulhas afganos o por partidos fundamentalistas paquistaníes que habían brotado como hongos a lo largo de la frontera. Estudiaban el Corán, la palabra del profeta Mahoma y los rudimentos de la ley coránica, enseñados por maestros que a duras penas sabían leer y escribir.

Estos jóvenes pertenecían a una generación que no había conocido nunca la paz y para los cuales Afganistán siempre había estado en guerra, contra sí mismo y/o contra invasores. Relata Ahmed Rashid: «Sin memoria, sin proyecto de futuro, vivían el presente. Estos huérfanos de guerra, sin raíces ni referencias, sin trabajo, constituían una clase de abandonados a su suerte que no tenían posibilidad de juzgar por sí mismos. Admiraban la guerra porque era la única profesión a la cual podían adaptarse. Su fe simplista en un Islam mesiánico y puritano les había sido inculcada por modestos mulahs de pueblo: ella era su sostén, ella le daba sentido a sus vidas» (2001: 54). Continuando en otro párrafo del mismo autor: «Las victorias aplastantes logradas en el transcurso de los primeros meses, hicieron surgir una mitología acerca de que sólo los soldados de Dios son invencibles. En los inicios cada victoria reforzaba la certeza de que estaban en la verdad. Dios estaba de su lado y su interpretación del Islam era la única posible» (2001: 55).

Estos datos permiten evaluar el peso de las ideas y los seres humanos en la construcción de la historia, al mismo tiempo que muestran una condición humana particular que no ha sufrido cambios signifi-

cativos a lo largo del tiempo. Historia que da cuenta por un lado de combatientes casi analfabetos pero muy imbuidos de creencias y sentido trascendente, lo cual no constituyó ni constituye un impedimento para la manipulación de armas modernas, tanto como para el desarrollo de tácticas y estrategias sofisticadas sumamente elaboradas.

En este mismo contexto referido a las relaciones humanas, resulta curioso observar los hechos que en su momento llevaron a la ruptura de relaciones entre talibanes y sauditas: durante el año 2000 Riad se mostraba reticente a ejercer presión sobre los talibanes para que éstos entregaran a Ben Laden a pesar de la insistencia de los Estados Unidos en tal sentido. Cuando el príncipe saudita Turki fue insultado por el mulha Omar en Kandahar, allí se cortaron las relaciones. Dato significativo: una injuria personal motivó la decisión del Reino, antes que un cambio sensible de su política exterior.

Otra dimensión importante a considerar tiene que ver con la racionalidad o irracionalidad del conflicto social, qué se considera normal y deseable y quién posee la catadura moral e integridad política para juzgar las conductas de otros cuando los patrones culturales son muy diferentes. En el capítulo dedicado a la díada valores-intereses referido particularmente al caso de los Estados Unidos –para algunos el mayor exponente de la racionalidad occidental–, se han efectuado algunas referencias al caso afgano para señalar las contradicciones existentes entre cierto discurso moralizador por un lado, y los comportamientos y actitudes en el terreno por el otro. Se puede señalar al pasar que los talibanes durante mucho tiempo fueron juzgados a partir de la aplicación rigurosa que hacían de la ley islámica, particularmente en lo que al tratamiento de las mujeres se refiere; sin embargo no se aplicó la misma vara para juzgar a la monarquía saudita, en algunos casos más estricta que los talibanes en la aplicación de la *charia*, pero excelente aliada de los Estados Unidos, primera exportadora mundial de petróleo y gran compradora de bonos del Tesoro norteamericano.

Referido a los estándares de racionalidad o irracionalidad para juzgar conductas ajenas, conviene recordar que no se conocen con certeza y exactitud las cifras de muertes causadas entre la población afgana como consecuencia de los bombardeos norteamericanos una vez ocurrida la invasión. Una investigación emprendida por Marc W.

Herold de la Univeridad de New Hampshire, da cuenta de 3712 muertos civiles durante los dos primeros meses de combates en Afganistán (2001) más que los 3067 norteamericanos víctimas fatales de los atentados del 11 de septiembre de 2001. En los inicios de la operación militar, Donald Rumsfeld, a la sazón Secretario de Defensa de los Estados Unidos, lamentaba los «daños colaterales» ocasionados por los bombardeos; luego de un raid aéreo sobre Kandahar efectuado en enero de 2002 y habiendo admitido la muerte de dieciséis civiles inocentes, dijo: «No pienso que se trate de un error. Las circunstancias en el terreno en Afganistán, quiérase o no, son complejas. Todo es un gran desorden. No es una situación clara donde todos los buenos están de un lado y los malos del otro» (2002).

Como ha sido públicamente reconocido, en las guerras la primera víctima es la verdad, a lo que podría agregarse que la razón es la otra, sobre todo si aquéllos en nombre de la cual actúan exhiben un comportamiento supuestamente tan irracional como aquéllos otros a los cuales enfrentan.

Todo ello otorga entidad al segundo elemento del modelo de análisis polemológico referido al rol de la acción humana en la evolución de las relaciones internacionales y la relevancia de la misma en cualquier construcción teórica que se pretenda realizar.

El tercer elemento está referido al análisis del poder y la noción de equilibrio de poder con todos los aspectos que conforman al mismo, en particular en el escenario afgano. En los antecedentes se destacó cómo esta parte del mundo fue objeto de disputas por el poder y el control de las misma desde tiempos remotos, conformando el centro del *Gran Juego* entre ingleses y rusos durante la segunda mitad del siglo XIX y ocupada en la actualidad por los soldados de la OTAN.

«Turkeistán, Afganistán, el transcaspio, Persia, para mucha gente estas denominaciones evocan lugares lejanos, o el recuerdo de aventuras extrañas y un romanticismo moribundo. Para mí, estas son las piezas de un tablero en el cual se pugna por dominar el mundo», escribió Lord Curzon antes de asumir como Virrey de las Indias en 1898. En aquel tiempo los imperios se hallaban en plena expansión: los

ingleses atravesaban la India hasta Afganistán y los ejércitos zaristas conquistaban Asia Central (Rashid, 2001: 188).

En el contexto de la disputa con la URSS y recuperando en ciertos aspectos el papel del Reino Unido en tiempos del *Gran Juego*, durante mucho tiempo tanto Washington como Occidente toleraron que los talibanes hicieran de Afganistán un santuario para cobijar a grupos fundamentalistas de una treintena de países, contándose entre ellos a los partidarios de Al Qaeda. En su momento, la inestabilidad de Afganistán y el avance talibán agregó una nueva dimensión a esta rivalidad planetaria que se mantiene hasta hoy, quedando el país, como en el siglo XIX, como escenario de un nuevo *Gran Juego*, aunque quizás con otros actores. En los años noventa del siglo pasado los Estados y las compañías privadas dedicadas a la exploración y explotación del petróleo y el gas tenían que optar entre enfrentar y cotejar a los talibanes, preguntándose si estos serían un obstáculo, o una facilidad, para el tendido de los ductos provenientes de Asia Central y destinados a abastecer a los mercados en crecimiento del sur de Asia.

El 19 de enero de 2001 la Resolución 1333 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas impuso sanciones a los talibanes prohibiendo la provisión de armas, congelando sus bienes fuera de Afganistán e interrumpiendo por completo las actividades de la compañía aérea nacional, Ariana. Según el Consejo de Seguridad, Afganistán se había constituido en el campo de entrenamiento del terrorismo internacional y exigía la extradición de Osama Ben Laden, rechazada esta por el gobierno talibán. Paquistán, sin embargo, continuó ayudando a los talibanes, pues Afganistán ofrece la profundidad estratégica de la que carece Islamabad en el caso de una guerra con India. Ver mapa N.º 7 en el anexo cartográfico.

Algunos investigadores comparan la lucha de las grandes potencias por el petróleo en la actualidad con la situación del Cercano Oriente durante los años veinte del siglo pasado. Asia Central, sin embargo, aparece hoy como un pantano en el cual tienen lugar disputas de poder e intereses más complejas y cruzadas que en otras épocas. Potencias como Rusia, China, los Estados Unidos, vecinos como Irán, Paquistán, Afganistán y Turquía, los Estados de Asia Central propiamente dichos y en particular las compañías petroleras como protago-

nistas destacados, rivalizaban en el interior de lo que fue considerado como el *Gran Juego* en 1997, expresión recuperada por los gobiernos, expertos en relaciones internacionales y las compañías petroleras. Si observamos el actual despliegue de bases y facilidades militares de los Estados Unidos en la región y en particular en Afganistán, podemos concluir que este nuevo «Juego» del siglo XXI le impone también a Washington otros objetivos, como son el de tender cercos en torno de China, potencia ascendente, e Irán, Estado éste considerado como «paria» por una parte del mundo occidental. Este despliegue permite por otro lado a los norteamericanos contar con una proyección estratégica parecida en muchos aspectos a los *limitanei* y *ripenses* del antiguo Imperio Romano. Ver mapa N.º 8 en el anexo cartográfico.

El tercer elemento del análisis polemológico vinculado al poder y las disputas planteadas a partir de su búsqueda se impone por sí mismo, pues resulta imprescindible para una correcta explicación del escenario afgano.

En lo que a las variables económicas se refiere relacionadas en este caso particular con el cuarto elemento del modelo de análisis polemológico, las mismas encajan bien dentro de este último, aunque siempre predominen los aspectos relacionados con lo político y la geoestrategia.

Según Ahmed Rashid:

Entre 1992 y 1995, Afganistán producía la considerable cantidad de 2200 a 2400 toneladas de opio por año, lo cual lo colocaba en el segundo lugar de los productores de opio bruto, detrás de Birmania. Los representantes del Programa de Lucha contra la Droga de las Naciones Unidas (UNDCP) afirmaban que la provincia de Kandahar producía ella sola 120 toneladas de opio sobre 3160 hectáreas de campos de amapolas en 1996 –un incremento importante comparado con 1995, año en el cual produjo 79 toneladas sobre 2460 hectáreas. En 1997, en momentos en que el control talibán se extendió a Kabul y el Norte, la producción de opio aumentó 25% para llegar a 2800 toneladas. Los refugiados pastunes que llegaban por decenas



de miles desde Paquistán para instalarse en las zonas controladas por los talibanes explotaban sus tierras con la cultura más sencilla y lucrativa.

Según el UNDCP, los agricultores reciben menos del 1% de la totalidad de los beneficios generados por el comercio del opio, 2,5% van al bolsillo de los traficantes afganos y paquistaníes y 5% se reparten en los países a través de los cuales la heroína transita hacia Occidente. Traficantes y revendedores europeos y norteamericanos se reparten los beneficios restantes. (2001: 159)

En el caso particular de los aspectos económicos, aparecen dos asuntos que merecen una consideración especial: la producción de opio y heroína, y Afganistán como zona de pasaje del gas y el petróleo hacia el sur de Asia y China.

En su tiempo, los talibanes realizaron una concesión única a las demandas occidentales y prohibieron el cultivo de la amapola, flor a partir de la cual se extrae el opio y se elabora la heroína, y principal fuente de financiamiento de todas las facciones armadas en los años noventa del siglo XX. El mulha Omar prohibió en julio de 2000 el cultivo de esta flor, medida que fue aplicada con el máximo rigor. Tanto los Estados Unidos como la ONU reconocieron en marzo de 2001 que los talibanes habían eliminado por completo la cultura de la amapola y prometieron ayudas masivas a los campesinos que se encontraban sin una importante fuente de ingresos, esta ayuda sólo llegó en cuantagotas y fue mucho menor de lo originalmente prometido.

Nuevamente una cita ilustrativa de Rashid en referencia a la lucha contra los soviéticos: «Como en Vietnam, donde la CIA hacía la vista gorda sobre el tráfico de drogas de la guerrilla anticomunista a la cual financiaba, los Estados Unidos optaron por ignorar la creciente colusión entre mujaidines, traficantes de droga paquistaníes y elementos del ejército afgano» (2001).

Las Naciones Unidas estimaban en 1350 millones de dólares en 1995 lo generado por las exportaciones de opio de Paquistán y Afganistán. En 1998 esta cifra se duplicó para alcanzar luego los tres mil millones de la moneda estadounidense. Según el organismo encargado del tema, el dinero de la droga pagaba armas, municiones y los combustibles necesarios para la guerra. También pagaba la comida y uniformes de los soldados así como sus salarios.



Paquistán es parte del escenario en consideración por su influencia sobre Afganistán. En 1992 fue designado el General Asif Nawaz como Jefe del Estado Mayor del Ejército de Paquistán y uno de los objetivos que se impuso fue el de destruir la *mafia* vinculada a las drogas instalada en el seno de las Fuerzas Armadas. Una vez que los soviéticos abandonaron Afganistán, Occidente y en particular los Estados Unidos endurecieron la presión sobre Paquistán para que este actuara con más rigor contra el tráfico de estupefacientes. Paquistán, que no tenía heroínómanos en 1979, contaba 650.000 en 1986, cinco millones en 1995 y una cifra estimada que alcanza los diez millones en 2010. En Afganistán, país con un gobierno pro occidental y actualmente ocupado por los Estados Unidos y sus socios de la OTAN, todos ellos enemigos formalmente declarados tanto de la producción, como del transporte y consumo de estupefacientes, la producción de opio en 2009 llegó a las 10.600 toneladas (2010: 82) y según un informe de la ONU, tanto la cultura como la recolección de opio en Afganistán aumentaron un 60 y 50% respectivamente en 2006, habiendo representado este país el 92% de la producción mundial.

Otro factor importante de la economía afgana se vincula con la ubicación geográfica entre importantes yacimientos de petróleo y gas en Kazastán, Turkmenistán y Uzbekistán, y la travesía por su territorio de los ductos que van hacia los puertos, desde donde serán transportados hacia los centros de consumo (2000). Ello le ha conferido a Afganistán un lugar importante en la construcción de oleoductos y gasoductos en momentos en que las potencias occidentales evitan a Irán como zona de paso hacia el Océano Índico o hacia el Golfo Pérsico. Esta realidad conforma en cierta medida un nuevo *Gran Juego* del siglo XXI, en el cual las grandes potencias se disputan el control de Asia Central y Afganistán. Ver mapa N.º 2 en anexo cartográfico.

Una cuestión importante a tener en cuenta es la rivalidad económica planteada entre la India y China a propósito de Afganistán, y cuyo objetivo para ambas es ganar zonas de influencia en la región. En abril de 2009, la empresa estatal *China Metallurgical Construction Corporation* pagó 3.500 millones de dólares por la mina de cobre de Aynak, ubicada a cincuenta kilómetros al sur de Kabul en la provincia de Logar, controlada por los talibanes. Además de invertir en Aymak

que está considerada como la segunda reserva mundial de cobre, China creó ocho mil empleos directos y se comprometió a construir una central eléctrica, una fundición, una línea ferroviaria hasta Tadjikistán y realizar importantes inversiones en educación, vivienda y salud. Ver mapa N.º 7 en anexo cartográfico.

Como lo explica Niklas Norling, experto en China y Asia Central: «Es necesario ubicar estas decisiones en el contexto del programa chino de desarrollo del Gran Oeste. Lo que ha dado lugar a inversiones masivas más allá de las fronteras en Asia Central, sur de Asia e Irán».¹ Dando algunos ejemplos de estas inversiones: la autopista de Karakoran en Paquistán, el puerto de Gwadar, el gasoducto entre Turkmenistán y Xinjiang, y un contrato energético de cien millones de dólares sobre veinte años con Irán.

El problema que se le presenta a la India deviene del conflicto que la enfrenta a Paquistán, asunto que entorpece una relación más estrecha con Afganistán. Así, mientras las autoridades indias conciben a Afganistán como un lugar donde se juega su disputa con Islamabad, Beijing lo ve como un proveedor de recursos minerales y eventualmente energéticos, así como a un futuro socio comercial. Una estrategia pragmática que aparece como más sólida y coherente.

A todo esto debe agregarse el reciente descubrimiento de un importante yacimiento mineral realizado por geólogos estadounidenses en Afganistán y cuyo valor estimado ascendería al billón de dólares. Un memorando interno del Pentágono dice, por ejemplo, que Afganistán podría convertirse en la «Arabia Saudita del litio», una materia prima esencial para la fabricación de baterías, computadoras portátiles, *blackberrys* y automóviles eléctricos. Aquí resulta pertinente recordar que la primera reserva hasta ahora comprobada de litio en el mundo se encuentra en Bolivia, ocupando Afganistán el segundo lugar de confirmarse el potencial del descubrimiento citado. La explotación de este yacimiento demandará años, pero estaría en condiciones de realizar un aporte más que significativo a la economía afgana. Este hallazgo en medio de una guerra podría potenciar a la

¹ <www.eursianet.org>.



misma, dado que incrementaría la disputa entre los talibanes y otras potencias por el control territorial. Por ejemplo según Hu'ercha, representante del Congreso Nacional Popular de China en la Región Autónoma de Mongolia Interior, «El gobierno prestará mayor atención a la compra y almacenamiento de recursos estratégicos, entre ellos el litio» (2010).

En 1997, Strobe Talbott, responsable de la política de los Estados Unidos para la ex URSS, pronunció un discurso en el que alertaba que Washington carecía de un plan estratégico para acceder a las fuentes de energía de Asia Central, plan que hoy parece tener a partir de la ocupación militar de Irak y Afganistán y de los trabajos realizados en 2002 en los Estados Unidos en los que se recomendaba una diversificación de las fuente de aprovisionamiento energético para el año 2020. En aquel entonces las compañías petroleras norteamericanas no sabían qué hacer, si bien sabían qué no hacer, porque se les había prohibido la construcción de ductos que atravesaran Rusia o Irán. Cuando Washington expuso su política del «corredor» desde el Caspio hasta Turquía, las compañías estaban reticentes para intervenir, tomando en cuenta los costos adicionales que generaban las turbulencias existentes en la región: mientras las guerras civiles no concluyeran en esta zona (Afganistán, Tadjikistán, Georgia, Chechenia, Nagorny-Karabagh, la cuestión kurda), mientras no existiera un amplio consenso con Irán y Rusia, los ductos no eran seguros ni comercialmente viables, porque tanto Moscú como Teherán podían complicar cada etapa de la construcción.

Aunque resulte evidente que es la política quien conduce a la economía y no la inversa, el cuarto elemento del análisis polemológico propuesto vinculado a la importancia de la economía en la ocurrencia de los conflictos armados encuentra su realización en la guerra de Afganistán.

El quinto elemento del modelo de análisis polemológico de las relaciones internacionales se refiere principalmente a la dñada valores-intereses. En el caso particular de Afganistán esta se manifiesta muy claramente, teniendo en cuenta que una gran parte de la confron-

tación política y militar en curso puede asimilarse al discutido «choque de las civilizaciones» de Samuel Huntington.

Los integrantes del comando suicida que realizó los ataques del 11 de septiembre de 2001, por ejemplo, habían asistido a cursos de vuelo en Alemania y los Estados Unidos, integraban familias que poseen un buen nivel económico, eran instruidos y varios de ellos contaban con diplomas universitarios y tenían un trabajo. Otras motivaciones, que iban más allá de lo meramente económico, llevaron a estos individuos a cometer estos atentados.

Por ello resulta interesante e ilustrativo transcribir cómo Ahmed Rashid describe a los afganos:

El Islam ha estado siempre en el corazón de la vida del pueblo afgano. Se trate de las cinco oraciones diarias, del ayuno del mes de Ramadán o del zekat –el impuesto islámico que reciben los pobres– pocos pueblos musulmanes observan los rituales y la piedad musulmana con tanta regularidad y el fervor con lo que lo hacen los afganos. El Islam es el fundamento de la unidad de las diversas y múltiples etnias del país y la djihad sirvió con frecuencia como principal agente movilizador del nacionalismo afgano, tanto en momentos de la resistencia contra los británicos, como contra los rusos.

Rico o pobre, comunista, rey o mujaidin, no hay diferencia. Cuando yo me reuní con el viejo rey Zahir Shah en su exilio de Roma en 1998, interrumpió tranquilamente su entrevista para ir a rezar a una habitación contigua. Los ministros comunistas oraban en sus despachos, los guerreros mujaidines detenían los combates para rezar. El mulah Omar pasa horas sobre su tapiz para la oración y con frecuencia sus planes estratégicos son elaborados al concluir las oraciones. (2001: 115)

Osama Ben Laden, poderoso hombre de negocios de origen saudita, fue apoyado por su familia cuando decidió involucrarse en la lucha contra los soviéticos en Afganistán. En 1980 fue a Peshawar y allí encontró a los jefes mujaidines. A partir de ese momento comenzó a llevar importantes donaciones sauditas para la causa y en 1982 se instaló en esta ciudad paquistaní. Hizo venir a esta localidad a ingenieros de la empresa de construcción de su padre, así como material

pesado destinado a construir rutas y depósitos para los mujaidines. En 1986 construyó el complejo subterráneo de Khosti, subvencionado por la CIA, como depósito de armas, centro de entrenamiento y de atención médica para los mujaidines, en la ladera de las montañas colindantes con la frontera paquistaní. Por primera vez montó su propio campo de formación para los combatientes arabo-afganos que consideraban a este saudita, rico y carismático, como su líder.

Afirmaba Ben Laden: «Para enfrentar a los rusos ateos, los sauditas me han elegido como su representante en Afganistán. Me establecí en Paquistán en la zona fronteriza. Allí recibía a voluntarios provenientes del reino saudita y de todos los países árabes y musulmanes. Creé mi propio campo donde estos voluntarios eran entrenados por oficiales paquistaníes y norteamericanos. Descubrí allí que no alcanzaba con luchar en Afganistán, sino que había que hacerlo en todos los frentes, tanto contra el comunismo como contra la opresión occidental» (2001: 172). La vida y el comportamiento de este ingeniero saudí, cruzada por relaciones cambiantes y diversas, explica la actitud norteamericana al asesinarlo y rápidamente borrar cualquier vestigio de su cadáver. Nada de juicio justo o de garantizar el derecho a la defensa.

En 1994, cuando los talibanes conducidos por el mulah Omar llegaron a Kandahar, ex capital real de Afganistán, tanto su legitimidad religiosa como la de sus compañeros alcanzaron para provocar el miedo de los potentados locales que entregaron sus armas y abrieron las puertas de sus ciudades y pueblos. Apunta Stephane Allix: «Así, a pesar del secreto imperante, descubrimos progresivamente que el movimiento talibán es una federación de afganos de orígenes diversos que tienen como único punto en común no hallarse muy marcados por las rivalidades y rupturas que siguieron luego de la salida de los soviéticos. Se involucraron en la bandera del Islam tradicional, única legitimidad hasta el momento intacta y capaz de lograr la adhesión de la inmensa mayoría del país» (2010: 53).

El quinto elemento del análisis polemológico encuentra su plena ratificación en el caso de Afganistán. Aunque no existen dudas acerca de los intereses en juego en este particular escenario, tanto desde un punto de vista político-estratégico como económico, los motivos trascendentes que guían a la resistencia contra la ocupación occidental

hoy, antes soviética, son de índole principalmente religiosa, conformados por valores que a la hora del combate pesan más que los intereses, indicando por otro lado las tendencias probables de evolución de los conflictos armados a venir, tanto en Cercano y Medio Oriente como en otras regiones del planeta. La díada valores-intereses, signada por el encapsulamiento de los conflictos de intereses dentro de los valores y el papel central que ocupan las ideas tanto como la acción humana en las transformaciones del mundo, constituyen un aporte esencial del modelo polemológico a la construcción teórica de las relaciones internacionales.

El sexto elemento del modelo de análisis polemológico de las relaciones internacionales recupera la importancia del enfoque político para una adecuada comprensión del sistema mundo contemporáneo conformando, en el caso afgano, un elemento central.

El triunfo de los talibanes, por ejemplo, en su tiempo provocó el resurgimiento del nacionalismo pachtún, recordando que esta etnia mayoritaria había dirigido Afganistán durante trescientos años, antes de ceder el poder a otros grupos menos importantes. Los talibanes pachtunes pusieron en evidencia los problemas vinculados a las relaciones entre comunidades diversas en un Estado multiétnico, al rol del Islam y la *umma* (comunidad de los creyentes) por oposición al clan y a las estructuras tribales y feudales, y al lugar que ocupan la modernización y el desarrollo económico en una sociedad islámica conservadora.

En lo referente a lo político y a las alianzas que se fueron haciendo y deshaciendo, resulta oportuno recordar que el gobierno norteamericano del entonces presidente Clinton apoyó a los talibanes, en tanto y en cuanto existían coincidencias en el tratamiento de la cuestión iraní, al tiempo que las decisiones adoptadas por las autoridades de Kabul eran fundamentales para el tendido de ductos desde Asia Central hacia el Océano Índico que atravesaran Afganistán y evitaran Irán. El Congreso norteamericano le había entregado en secreto veinte millones de dólares a la CIA para desestabilizar a Irán, al mismo tiempo que Teherán acusaba a los Estados Unidos de que una parte de ese dinero iba a parar a las manos de los talibanes. En realidad, el antichiiismo de los talibanes

era lo que impulsaba a los estadounidenses a darles su apoyo. Observa Ahmed Rashid: «el fantasma de una propagación del fundamentalismo islámico en los Estados empobrecidos de Asia Central crecía al ritmo de los sentimientos antinorteamericanos en la región. Paquistán, además, se encontraba dividido entre partidos islámicos que exigían la islamización del país» (2001: 107).

El Zar ruso Pedro Iº (El Grande) en su testamento de 1725 había mencionado ya la importancia que tenía para el imperio a su cargo el acceso a los mares calientes, idea que estuvo por detrás de la invasión soviética a Afganistán en 1979.

Ubicación geográfica privilegiada para cualquier proyecto de traslado de energía, importantes reservas minerales y un paisaje agreste, tan agreste como sus pobladores, conforman un teatro de operaciones de altísima complejidad y dureza para cualquier potencia que intente ocupar Afganistán y en el cual resulta imposible una solución militar sin una adecuada propuesta política.

Una vez más, como ocurrió en Vietnam, los Estados Unidos han realizado una mala elección política que oriente su intervención militar, en esta ocasión acompañados por los países de la OTAN. Ni los británicos o los rusos en el pasado pudieron controlar a Afganistán a pesar de los medios empleados a tal fin. Más allá de que las bajas norteamericanas son hasta ahora modestas si se las compara con Vietnam, no existe ninguna perspectiva de éxito por parte de ejércitos occidentales perdidos en las montañas afganas, contaminados por el tráfico de drogas y vistos como los nuevos cruzados que han llegado para guerrear contra el Islam. El General norteamericano Mc Chrystal, ex comandante de operaciones decía en 2009: «Nuestra misión no consiste en matar la mayor cantidad de talibanes, sino proteger a la población». En la idea de que el desarrollo social y las acciones militares pueden ser efectivos en un territorio en el cual resulta casi imposible diferenciar a combatientes y no combatientes.

Observa al respecto Serge Halimi: «El presidente Obama ha optado por que miles de jóvenes norteamericanos asuman el riesgo de morir por Hamid Karzai. Obama se ha decidido en esta dirección aun si, según lo ha reconocido el mismísimo General Mc Chrystal, el *intendente de Kabul*, que ocupa su lugar mediante el fraude electoral,

ha realizado la proeza increíble de hacer que una parte importante del pueblo afgano se vuelva *nostálgico de la seguridad y justicia que ofrecía el régimen talibán*» (2010: 97). Debiendo notar aquí la controversia pública que se planteó en junio de 2010 entre el mencionado General y el Presidente Obama, referente al envío de más soldados al frente afgano y a las acusaciones de incompetencia contra funcionarios del gobierno formuladas por este militar, acusaciones que terminaron con su pase a retiro. En realidad lo que este debate puso a la luz del día es el fracaso político de la operación afgana, señalado también en las revelaciones del sitio *WikiLeaks* en julio de 2010, a lo que, tal como la teoría lo demuestra, sigue ineluctablemente el consiguiente fracaso militar.

Una política equivocada necesariamente desembocará en una guerra equivocada y la calificación del presidente Karzai efectuada por Mc Chrystal como «intendente de Kabul» está reflejando justamente eso, el fracaso político de una administración que sólo controla algunas grandes ciudades, a pesar del enorme despliegue de fuerzas de los Estados Unidos y la OTAN. Debiendo agregar que informaciones confiables dan cuenta que hacia mediados de 2010 los talibanes controlaban aproximadamente las dos terceras partes del territorio de Afganistán.

Vuelve el recuerdo de aquel consejo de Talleyrand a Napoleón: *Sire, las bayonetas sirven para muchas cosas, menos para sentarse encima*. Reafirmando una vez más lo contenido en el sexto elemento del modelo acerca de la supremacía de lo político por sobre lo económico y lo militar en el caso afgano, como también en otros que podrían considerarse aquí, particularmente Irak.

El séptimo elemento del modelo de análisis polemológico de las relaciones internacionales se refiere a los caminos para lograr la paz.

El 28 de julio de 1986, Mijail Gorbachov anunciaba en Vladivostok el retiro de algunas unidades militares soviéticas de Afganistán. En el discurso del entonces Presidente de la URSS ya se avizoraba la necesidad de acelerar el retorno de los contingentes que habían fracasado en su intento de resolver por la vía militar lo que no se había podido obtener por la vía política. Muchos investigadores entonces veían a Afganistán como al Vietnam de los soviéticos.



En 1992 comenzó una guerra civil que dejó un saldo de treinta mil muertos, cien mil heridos y mutilados, a lo que debe sumarse la política de los señores de la guerra que se repartieron el país a partir de criterios étnicos, hasta la llegada al poder de los talibanes en 1996.

Resulta pertinente efectuar aquí un breve resumen de las diferentes disposiciones que en el tiempo se fueron adoptando por la ONU relativas a Afganistán y sus resultados.

En julio de 1991, los diferentes grupos que habían participado en la guerra contra los soviéticos aceptaron un plan de paz de las Naciones Unidas que establecía el diálogo entre todas las facciones, la interrupción del envío de armamentos desde el exterior y la convocatoria a elecciones generales.

El 10 de abril de 1992, la ONU anunció la conclusión de un acuerdo de principio, aprobado por Irán y Paquistán, para la instalación de un gobierno de transición en Kabul. El entonces presidente Mohamed Najibullah renunció el 16 de abril iniciándose un período de luchas por el poder entre los partidarios del comandante tadjiko Ahmed Chah Masud y los seguidores del jefe pastún Gulbudin Hekmatyar.

En febrero de 1994 las Naciones Unidas proponen, sin éxito, un nuevo plan de paz. Durante el otoño de ese mismo año aparecieron en la escena los talibanes y el 18 de febrero de 1995 moría el plan de paz de la ONU. En este año las tropas de Masud rechazaron una ofensiva de los talibanes sobre la capital.

Los talibanes llegaron al poder en 1996. Ben Laden se instaló en Afganistán luego de haber sido expulsado de Sudán y en marzo de 1998 el personal de las Naciones Unidas evacuó Kandahar, lo mismo hizo más tarde el personal extranjero que trabajaba para la ONU y la Cruz Roja residente en Kabul.

El 26 de agosto de 1998 el Tribunal Federal de Nueva York acusó a Ben Laden de terrorista y los talibanes aseguraron su protección.

El 15 de octubre de 1999 el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sancionó la Resolución 1267, en la cual se reitera la preocupación por las sucesivas y variadas violaciones a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario llevadas a cabo por los talibanes en Afganistán. Reitera los convenios internacionales pertinentes contra el terrorismo. Condena enérgicamente el uso persistente del territorio

afgano para dar refugio y adiestramiento a terroristas. Deplora que los talibanes sigan proporcionando un refugio seguro a Osama Ben Laden. En su parte resolutive exige la entrega de Ben Laden; que los talibanes cesen su apoyo a grupos terroristas y propone una serie de medidas destinadas a aislar Afganistán del concierto de las naciones, así como mecanismos para que las mismas sean adoptadas y cumplimentadas por los Estados miembro de la organización internacional.

El 19 de octubre de 1999 fue aprobada la Resolución 1269 del Consejo de Seguridad en la cual se plantea la preocupación por el incremento de los actos de terrorismo internacional, se los condena inequívocamente y se efectúa un llamado a todos los Estados para que cooperen en la lucha contra los mismos.

El 1º de enero de 2001 la ONU endureció sus sanciones e impuso un embargo sobre el armamento destinado a los talibanes.

El 12 de septiembre de 2001 el Consejo de Seguridad aprobó la Resolución 1368 en la cual se condenan los atentados del día 11 en los Estados Unidos y se insta a la comunidad internacional para que redoble los esfuerzos en la lucha antiterrorista.

La Resolución 1373 del 28 de septiembre de 2001 del Consejo de Seguridad exhorta a los Estados a trabajar de consuno para prevenir y reprimir los actos de terrorismo e invocando el Capítulo VII de la Carta, dispone una serie de medidas destinadas al control del financiamiento de todo acto de terrorismo, negando cobijo a quienes financien, planifiquen o cometan actos de terrorismo; velando al mismo tiempo por el enjuiciamiento de toda persona que participe en tales actos, y propone una serie de acciones para mejorar e incrementar la cooperación entre los Estados.

El 7 de octubre de 2001 se produce la intervención militar en Afganistán de una coalición dirigida por los Estados Unidos y el Reino Unido con el aval de las Naciones Unidas. El régimen talibán desaparece desde el mes de noviembre.

El 14 de noviembre de 2001, el Consejo de Seguridad sancionó la Resolución 1378 que expone en gran medida los grandes objetivos políticos para Afganistán, instrumento que plantea, entre otros aspectos:

«*Expresa su decidido apoyo a los esfuerzos del pueblo afgano por establecer una administración nueva y de transición que conduzca a la formación de un gobierno que, tanto una como el otro, deberían:*

- ser de base amplia, pluriétnicos y plenamente representativos de todo el pueblo afgano y estar empeñados en el mantenimiento de la paz con los vecinos de Afganistán,
- respetar los derechos de todo el pueblo afgano sin distinciones de género, etnia o religión,
- respetar las obligaciones internacionales del Afganistán, incluso cooperando plenamente en las actividades internacionales de lucha contra el terrorismo y el tráfico ilícito de estupefacientes dentro del Afganistán y desde ese país, y
- facilitar la prestación urgente de asistencia humanitaria y el regreso ordenado de los refugiados y las personas desplazadas dentro del país, cuando la situación lo permita...»

El 5 de diciembre de 2001, diferentes facciones afganas se reunieron bajo la égida de la ONU en la ciudad alemana de Bonn y acordaron la creación de una autoridad interna encabezada por el líder pachtún Hamid Karzai, ex colaborador de la CIA. El 20 de diciembre del mismo año las Naciones Unidas autorizaron el despliegue en Kabul y sus alrededores de una Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (ISAF) de aproximadamente cinco mil hombres.

El 28 de marzo de 2002 fue creada la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Afganistán (MANUA) encargada de coordinar la reconstrucción. El 18 de agosto la revista norteamericana *Newsweek* reveló que en el mes de noviembre del año anterior, un millar de presuntos talibanes que cayeron prisioneros de la Alianza del Norte murieron asfixiados en contenedores durante su traslado, y que tropas norteamericanas presentes en el lugar, habrían autorizado la masacre.

El 1º de mayo de 2003, George W. Bush anunció públicamente el fin de los combates en Afganistán pero no de la lucha contra el terrorismo. El 11 de agosto de ese año la OTAN tomó el comando de la ISAF en Kabul así como en el norte y oeste del país. Dato relevante, la OTAN se conforma de esta manera en los hechos como brazo armado de las Naciones Unidas (¿o de Occidente?) para el caso de Afganistán.

Durante los meses de mayo y junio de 2006 las fuerzas de la coalición emprendieron una ofensiva importante en la provincia de Paktika en la cual encontraron una fuerte resistencia de los talibanes. A todo esto, según un informe de la ONU, se incrementaba al mismo tiempo

el cultivo y la cosecha del opio, tal como fue consignado en otra parte de este capítulo.

El 4 de octubre de 2006 se amplió la misión de la OTAN a la totalidad del territorio de Afganistán. Las tropas de la ISAF bajo comando de la OTAN llegaban a treinta mil hombres de los cuales doce mil eran norteamericanos.

El 17 de febrero de 2009, el presidente Obama de los Estados Unidos anunció el envío de 17.000 hombres suplementarios a partir del mes de marzo que vienen a sumarse a los 38.000 soldados estadounidenses presentes en Afganistán

El 20 de octubre de 2009 tuvo lugar la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de las cuales se declaró vencedor Karzai, luego del retiro de su rival Abdulah Abdulah en medio de denuncias de fraude y corrupción. Karzai hizo una oferta de reconciliación a la insurgencia que fue rechazada. El 1° de diciembre el presidente Obama decidió enviar treinta mil soldados más lo que llevó a 100.000 efectivos al contingente norteamericano presente en Afganistán.

El 20 de enero de 2010 la Conferencia Internacional de Londres sobre Afganistán planteó la necesidad de acelerar la «transición» y de «reintegrar» a los talibanes arrepentidos.

La situación actual en Afganistán muestra el empantanamiento de las fuerzas de la OTAN y norteamericanas, así como la debilidad de un gobierno local con escasa representatividad y un resurgimiento importante de los talibanes. Más allá de los esfuerzos realizados por las Naciones Unidas para alcanzar la paz detallados en este trabajo, ésta se aleja cada vez más si es el resultado de una imposición militar acompañada de una política que desconoce o no considera los problemas locales y su complejidad.

No existe la posibilidad de alcanzar la paz al margen de la ley y el cumplimiento de normas -tal como la propia Resolución 1378 del Consejo de Seguridad lo señala: «*Reafirmando* su decidido compromiso con la soberanía, la independencia, la integridad territorial y la unidad nacional de Afganistán»- cuando, en la realidad, se está frente a una nación invadida por tropas extranjeras que sostienen un gobierno afín con sus intereses y tratan de imponer estructuras y comportamientos políticos ajenos a las tradiciones de un pueblo milenario.

El estudio y las posibles alternativas de los caminos hacia la paz que señala el séptimo elemento del modelo de análisis polemológico, resultan relevantes para comprender el estado actual del sistema internacional –en su vertiente jurídica– en el caso particular de Afganistán, y especulando que una paz duradera sería posible en los siguientes casos:

- a) una victoria total, poco probable, de los países occidentales;
- b) una retirada total de las tropas extranjeras presentes en Afganistán y un acuerdo político de todos los sectores involucrados que respete sus costumbres, creencias y tradiciones.

El octavo y último elemento del modelo de análisis polemológico de las relaciones internacionales se refiere a la centralidad de la guerra como un factor insoslayable en el devenir de la humanidad.

He consignado en los antecedentes cómo los afganos han pensado a su país en el centro del mundo y el papel desempeñado por las autoridades sucesivas frente a los intentos de conquista, fracasados todos ellos. «Enseñarle a los afganos a hacer la guerra es como enseñarle a los brasileños a jugar al fútbol», ironizaba un periodista norteamericano ante la propuesta de Washington de formar el ejército de Afganistán.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 y el rechazo de los talibanes a la entrega de Ben Laden a las autoridades norteamericanas, provocaron la intervención militar mencionada *ut supra* que, con la asistencia de la Alianza del Norte expulsó del poder a los talibanes.

Los planes del ex presidente Bush en ese entonces, como los hechos lo demostrarían más tarde, estaban orientados principalmente a invadir Irak, frente a lo cual el antiguo frente afgano iba a ocupar un lugar secundario. En tan solo cinco años, la incompetencia y corrupción de las autoridades instaladas por los Estados Unidos en Kabul, el rechazo de la población a la ocupación extranjera y una notable capacidad de adaptación y recuperación de los talibanes terminaron por relanzar la guerra. Tanto las tropas norteamericanas como sus aliados han visto de a poco el incremento de las bajas, y la llegada de Barack Obama a la presidencia vino acompañada por un incremento considerable de los efectivos estadounidenses en el terreno.

Más allá de las presiones en aumento sobre los aliados europeos de la OTAN para que estos refuercen su presencia militar en Afganistán,

cunde el escepticismo tanto entre las tropas como entre los gobiernos y la opinión pública de los países involucrados acerca de una guerra que no se comprende, tiene costos elevados en tiempos de crisis y ajustes, y a la cual no se le ve un fin próximo. La situación por otro lado se complica día tras día debido a la ambigüedad de los paquistaníes, que continúan apoyando discretamente a los talibanes, y a la rivalidad declarada entre China e India por el control de la región.

El ex rey Zahir Shah declaraba a un grupo de periodistas italianos al regreso de su exilio romano en junio de 2002: «Esta es una guerra estúpida e inútil. Yo la sigo con gran pena y lo mejor que puede pasar es que se termine inmediatamente. Ha llegado la hora de la reconstrucción» (2002).

El contexto político de la guerra que han emprendido los Estados Unidos entonces, resulta ineficaz para resolver adecuadamente los problemas de esta nación asiática. Esto tiene consecuencias sobre la estrategia empleada así como sobre la táctica que de la misma resulta: empleo masivo del poder aéreo, desconocimiento del terreno y la voluntad declarada de «cero muerto» entre los efectivos norteamericanos. Todo ello ha hecho de los civiles afganos las primeras víctimas de una invasión cuyo objetivo era «salvarlos».

«Existe una gran diferencia entre los talibanes comunes y los talibanes partidarios de una línea dura afín a Al Qaeda», sentenciaba Mohamed Waidak, gobernador de Patkia a Peter Baker del *Washington Post* (2002) en una aseveración cargada de sentido si se toma en cuenta la reacción popular de rechazo a los bombardeos estadounidenses. En Nizzi Kah, por ejemplo, los norteamericanos confundieron a los «buenos» con los «malos» por la simple razón de que los *señores de la guerra* afganos habían transmitido informaciones falsas a los agentes de inteligencia con el fin de liberarse de los rivales locales.

Según Selig S. Harrison:

Todas las investigaciones atribuyen a tres factores el nivel elevado de víctimas de los bombardeos. Primero, las fortalezas talibanas atacadas por la aviación norteamericana ocupaban las antiguas guarniciones del ejército soviético instaladas en zonas pobladas y mejor protegidas. Segundo, los talibanes es-

condían a menudo armas y municiones en zonas pobladas. Tercero y el factor más importante, la fuerza aérea norteamericana abandonó los blancos guiados por laser utilizados en su momento en Kosovo, por el sistema del *global positioning* satelital, menos preciso.

Si hay algo que emerge con claridad de esta guerra es la importancia de los valores morales en juego, sobre todo si se tiene en cuenta la diferencia de potencial bélico existente entre los ejércitos de la OTAN y los Estados Unidos, y la resistencia talibana.

Syed Saleem Shahzad, ex director de la oficina del *Asia Times* en Paquistán señala: «El mando talibán del sudoeste de Paquistán consagró gran parte del año 2006 a preparar la maniobra. *Sesiones de entrenamiento* dirigidas por un grupo de combatientes experimentados surgidos de la resistencia iraquí fueron útiles para darle nuevas orientaciones a la estrategia terrorista que se difundió en Waziristán, región paquistaní fronteriza con Afganistán conformada por distritos tribales ubicados en el *vientre blando* de la línea Durand. Adentro del Waziristán sur y norte grupos pastunes fuertemente armados y un mosaico de mercenarios árabes, uzbekos y chechenos se han reagrupado después de la caída de Kandahar, ocurrida en diciembre de 2001, en pequeñas bases muy rudimentarias». En este caso particular es necesario aclarar que la categoría de mercenario no encuadra con lo que habitualmente se considera como tal, sí la de combatientes no afganos o no paquistaníes, pues no se trata de personas que actúan en procura de un beneficio económico al servicio de quien pague, sino principalmente de individuos animados por fuertes convicciones.

La ofensiva iniciada en 2006 tenía por objetivo la revitalización de las redes talibanas y no tanto un levantamiento general y masivo contra el gobierno de Karzai. Otro objetivo era el de minar la moral de las tropas norteamericanas y afirmar la soberanía en el sur de Afganistán y las áreas tribales paquistaníes adyacentes; en otras palabras, preparar el terreno para el retorno de los talibanes al centro del escenario y convertirse en una fuerza regional mayor.

El teniente coronel retirado de los *marines*, Ralph Peters sostiene que los talibanes son salvajes «optando por modos de vida rudimen-

tarios y cultos despiadados» llegados de otro planeta. Según este punto de vista, el combate contra ellos se resumiría en una «colisión frontal entre civilizaciones de diferentes galaxias» (2009). Para este oficial estadounidense, que no aparece convencido del éxito final de la operación, los soldados norteamericanos son criticados en los Estados Unidos por medios de comunicación hostiles, dirigentes políticos ignorantes y una población anestesiada por la opulencia y el liberalismo. En algunos aspectos se podría comparar con Rudyard Kipling, el escritor británico que en su tiempo advirtió a la Inglaterra victoriana acerca de las hordas que derrotarían a sus ejércitos, y señalando a Afganistán como a una tierra en la que morían los imperios.

Tal como lo consideraba un general norteamericano, los Estados Unidos hoy se involucran en conflictos «culturales» en los bordes del imperio. Para intervenir en estas tierras extrañas, sea en misiones de estabilización u operaciones militares de «reconstrucción nacional», el ejército emplea a la cultura como si fuera un arma. El programa *Human Terrain Teams* del Pentágono y el nuevo manual de contrainsurrección FM3-24 redescubren la antropología colonial y puede observarse una recuperación del interés por los trabajos clásicos acerca del «espíritu árabe». Históricamente, crisis imperiales tales como la rebelión india de los cipayos en 1857 estimularon el estudio de la etnografía y las tradiciones tribales. En 1940, luego de las guerras contra los «pueblos extraños» –en Nicaragua y el Caribe– los *marines* produjeron su *Small Wars Manual* en el que recomendaban el estudio de las «particularidades raciales» de los autóctonos. Para innovar, no hay como los clásicos, sentenciaba Miguel de Unamuno.

Apunta el especialista en cuestiones de defensa del King College de Londres, Patrick Porter: «La cultura sirve de antídoto a la arrogancia tecnológica norteamericana de los años noventa. Visionarios creían entonces que las municiones de alta precisión, las tecnologías de la información y los satélites instalarían una capacidad inigualable para matar, disiparían la bruma de la guerra y harían invencible a esta potencia. Irak y el resurgimiento de los talibanes han desacreditado brutalmente estas ideas. También la *revolución cultural*, el retorno hacia la identidad y los lazos de sangre, a la tierra y la fe como origen de los conflictos suenan como una advertencia para aquel fantasma».



Todo ello conduce una vez más a subrayar la importancia del hombre en la guerra, a la infantería como «nervio» recordando a Maquiavelo, y a la evolución de un arte en el cual «el hombre decide en todo» según Mao Tsetung. Una vez más se plantea la cuestión de hasta dónde la tecnología puede influir en el curso de los conflictos armados en escenarios en los que el resistente no se deja intimidar por los medios tecnológicos del oponente, encontrándose además motivado por lo que considera una causa justa y la defensa legítima de su tierra y pueblo ante un agresor externo, agresor para el cual los motivos reales de la intervención se ocultan detrás de la pantalla de la «guerra» al terrorismo.

Algunos investigadores del tema han sucumbido a la tentación de tratar a los afganos como prisioneros de sus propias tradiciones. Muchos sostienen que las tribus pachtunas, que constituyen el grueso de las fuerzas talibanas, están ligadas a un código de honor vengativo basado en lazos de sangre. Dice en relación a ello *The Economist*: «A partir de que su honor es agredido –y este es el problema de los norteamericanos– un pachtún está obligado a vengarse» (2006). Otros, como fue analizado, presentan a los talibanes como personajes místicos que vienen de otra galaxia. Sin embargo, cuando en cierto momento de la realización de un reportaje, los soldados talibanes interrumpieron al periodista para rezar, el cronista declaró sentir envidia «de su fuerza y su pureza», su «sentido trascendente de la paz, su determinación y su proximidad con la muerte y con Dios».

«La referencia está clara: allí donde somos estratégicos, modernos y políticos, ellos son primitivos, desconectados del mundo. Y los occidentales no son los únicos imbuidos de un sentimiento de diferenciación muy fuerte. Como se vanagloriaba un combatiente afgano: *los norteamericanos aman la Pepsi-Cola, nosotros amamos la muerte*».

En 1998 los talibanes impusieron la *charia* en su versión más radical, prohibieron la música y el consumo de bebidas alcohólicas, introdujeron los castigos corporales, destruyeron miles de objetos de arte prehistóricos, entre ellos las estatuas budistas del valle de Bamiyán, masacraron a miles de hazaras chiitas en lo que constituyó una verdadera limpieza étnica, prohibieron asistir a las niñas a las escuelas y crearon la policía religiosa que debía castigar a las mujeres

que no respetaran un código riguroso para vestirse y circular por la vía pública.

Sin embargo, en tiempos recientes ellos mismos han reconsiderado sus principios en la medida que el conflicto ha evolucionado. Por ejemplo, revisaron su posición sobre el cultivo de la amapola transformándose, luego de la caída de su gobierno, en defensores del narco-Estado y protectores de la vida rural. En algunas localidades levantaron restricciones impuestas a la vida social para ganarse a la población, renunciando particularmente a la obligación del uso de la barba para los hombres y la prohibición del cine y la música. También cambiaron de opinión en lo que respecta a los atentados suicidas, y sus dirigentes religiosos reinterpretaron el Corán para justificarlos, recordando a los mártires voluntarios en un ejército musulmán del siglo XVII.

Dice Patrick Porter: «Si la insurrección afgana posee una base étnica en la comunidad pachtuna, ello no es la único ni puede ser reducida a esto. Las lealtades tribales tradicionales han sido desestabilizadas y transformadas con la aparición de los *tanzim* (especie de grupos políticos) así como los *qawn* (grupos solidarios o de pertenencia no homogéneos sobre el territorio, incluyendo sectas religiosas y alianzas pragmáticas). Los mismos talibanes no operan solamente a partir de lo tribal. Su conducción alberga miembros de las tribus Durrani y Ghilzai. Muchos religiosos tadjikos y uzbekos se unieron a su causa. Poseen vías de aprovisionamiento y de comunicaciones en regiones habitadas mayoritariamente por minorías no pachtunas y reclutan más allá de las regiones por ellos controladas. Los talibanes detestan aquello que consideran los elementos de una modernidad degenerada, pero al mismo tiempo se sirven de la ventaja que les ofrece la tecnología. Predican la tradición, pero practican el cambio».

En este escenario de gran complejidad los Estados Unidos, las Naciones Unidas y la OTAN pretenden combatir al terrorismo con argumentos superficiales y simplificaciones que no toman en cuenta tradiciones, historias, valores y creencias, combate que, en consecuencia, está destinado al fracaso.

También este conflicto cuestiona aquella idea muy extendida de que las democracias no guerrearán y que son por naturaleza pacífi-



cas. Así como los atentados del 11/S produjeron un cambio importante en la opinión pública norteamericana que apoyó la invasión a Afganistán, los muy democráticos Estados Unidos, como fue analizado, son la nación del mundo que en más guerras ha intervenido en tiempos recientes.

La política en este caso, carece del conocimiento y la idoneidad necesaria para encontrar soluciones adecuadas a los problemas de la sociedad afgana, más aún si la intervención militar occidental sólo ha demostrado hasta ahora el agravio. La encrucijada geoestratégica de Afganistán pone en evidencia que las razones de fondo de la intervención militar occidental están bastante lejos de lo que formalmente se declara. La «guerra al terrorismo», a una táctica, tal como aparece enunciada carece de fundamento político.

En todos los casos es la política la que fija los objetivos de la guerra, de la cual dependen la estrategia y la táctica, en ese orden. De una política equivocada no puede esperarse una estrategia correcta y menos aún una táctica acertada. La solución militar, el suceso táctico, finalmente la gran apuesta de los Estados Unidos y la OTAN en Afganistán, no permiten encontrar una solución política adecuada pues no es la guerra la que está al servicio de la política, sino la política al servicio de la guerra, tal como en su momento lo proponía el General norteamericano Mc Christal, lo que recuerda a la conocida «puñalada por la espalda» del General alemán Ludendorf, cuando acusaba a su gobierno por la derrota sufrida en la Primera Guerra Mundial.

Esto tiene un aire de *dejá vu*, pues en Vietnam ocurrió algo similar, aunque en un escenario diferente, pero que puso de manifiesto una particular cultura estratégica norteamericana. Por lo que es altamente probable que este conflicto tenga un final parecido al que tuvo en 1975 el del sudeste asiático.

Queda entonces acreditada la validez del octavo elemento del modelo de análisis polemológico de las relaciones internacionales referido a la centralidad de la guerra, tanto en las transformaciones del mundo como en el caso particular de Afganistán. Centralidad que puede vincularse también con una eventual proyección de las fuerzas de un Occidente imperial en el planeta, empleando a tal fin los efectivos de la OTAN bajo mando norteamericano.

En los considerandos iniciales de esta aplicación de los diferentes elementos del modelo de análisis polemológico, indiqué que un esfuerzo mayor de síntesis nos remite a cuatro elementos principales: la base metodológica; la importancia de la acción humana; la política y la economía; y el rol de la violencia en los cambios mundiales.

La conclusión que puede extraerse de la aplicación de la totalidad de los elementos del modelo propuesto y sus interrelaciones al caso de Afganistán, es su utilidad y validez para explicar y comprender un escenario actual y sumamente complejo, para lo cual resultan insuficientes los abordajes tradicionales contenidos en los diferentes enfoques teóricos de las relaciones internacionales, pues en su desenvolvimiento presentan tanto componentes del idealismo como del realismo, insuficientes desde mi punto de vista para una adecuada interpretación de esta realidad. Debiendo distinguir en particular dos elementos que en este asunto prevalecen sobre los demás: el primero de ellos se refiere al peso de la acción humana, las ideas, tradiciones y creencias que motivan e impulsan el accionar de los hombres, y las consecuencias e implicancias de todo ello sobre lo político y lo militar; el segundo tiene que ver con la centralidad de la guerra incluida esta en una apreciación más amplia vinculada al rol de la violencia en las transformaciones del mundo.

Se podría objetar que este modelo solo puede probarse en el caso de Afganistán, sin embargo sostengo que el mismo es aplicable a otras situaciones, pues responde satisfactoriamente a los interrogantes más fundamentales que plantean los conflictos contemporáneos desde una mirada polemológica. Aplicando el método nomológico deductivo se puede decir que este modelo ofrece un conjunto de elementos que – sin pretender que los mismos devengan en leyes inmutables porque ello iría en contra de la metodología propuesta– así como facilitan la explicación, también permiten la predicción al disponer del *explanans* y procediendo a anticipar deductivamente el *explanandum*.

Por las razones hasta aquí expuestas queda acreditada la utilidad del modelo de análisis polemológico de las relaciones internacionales, así como su potencial analítico y crítico al facilitar una metodología apropiada para el desarrollo teórico de las mismas.

Un caso de conflicto de cuarta generación

Un ejemplo de lo que podría catalogarse como Conflicto de Cuarta Generación, según la denominación adoptada por Naciones Unidas, lo ofrece la nota que se transcribe a continuación, y que en muchos aspectos está mostrando comportamientos específicos, así como tendencias probables de evolución de un tipo particular de conflictos, no muy abordados en su estudio, al menos hasta ahora. En este reportaje pueden observarse valores encontrados, intereses opuestos y reivindicaciones de acciones delictivas, todo ello en un marco configurado por reflexiones acerca de la vida, la muerte y el sentido de las cosas.

El 23 de mayo de 2006, el diario *O Globo* de Brasil en su Editorial Segundo Cuaderno, publicó una «Entrevista a Marcola del PCC». Se trata de Marcos Camacho, líder de la banda carcelaria de San Pablo denominada Primer Comando de la Capital (PCC), que durante ese año provocó numerosos actos de vandalismo en esa ciudad y alrededores. La siguiente es la traducción textual de la entrevista.

Pregunta: ¿Usted es del PCC?

Respuesta: Más que eso, yo soy una señal de estos tiempos. Yo era pobre e invisible. Ustedes nunca me miraron durante décadas y antiguamente era fácil resolver el problema de la miseria. El diagnóstico era obvio: migración rural, desnivel de renta, algunas villas miseria, discretas periferias; la solución nunca aparecía. ¿Qué hicieron? Nada. ¿El Gobierno Federal alguna vez reservó algún presupuesto para nosotros? Nosotros sólo éramos noticia en los derrumbes de las villas en las montañas o en la música romántica sobre *la belleza de esas montañas al amanecer*, esas cosas. Ahora somos ricos con la multinacional de la droga. Y ustedes se están muriendo de miedo. Nosotros somos el inicio tardío de vuestra conciencia social. ¿Vio? Yo soy culto. Leo al Dante en la prisión.

P: ¿Pero la solución sería...?

R: ¿Solución? No hay solución, hermano. La propia idea de «solución» ya es un error. ¿Ya vio el tamaño de las 560 villas miseria de Río? ¿Ya anduvo en helicóptero por sobre la periferia de San Pablo? ¿Solución cómo? Solo la habría con muchos millones de dólares gastados organizadamente, con un gobernante de alto nivel, una inmensa

voluntad política, crecimiento económico, revolución en la educación, urbanización general y todo tendría que ser bajo la batuta casi de una «tiranía esclarecida» que saltase por sobre la parálisis burocrática secular, que pasase por encima del legislativo cómplice. ¿O usted cree que los chupasangre no van a actuar? Si se descuida van a robar hasta al PCC. Y el Judicial que impide puniciones. Tendría que haber una reforma radical del proceso penal del país, tendría que haber comunicaciones e inteligencia entre policías municipales, provinciales y federales (nosotros hacemos hasta *conference calls* entre presidiarios). Y todo eso costaría miles de millones de dólares e implicaría un cambio psicosocial profundo en la estructura política del país. O sea, es imposible. No hay solución.

P: ¿Usted no tiene miedo de morir?

R: Ustedes son los que tienen miedo de morir, yo no. Mejor dicho, aquí en la cárcel ustedes no pueden entrar y matarme, pero yo puedo mandar a matarlos a ustedes allí afuera. Nosotros somos hombres-bomba. En las villas miseria hay cien mil hombres-bomba. Estamos en el centro de lo insoluble mismo. Ustedes en el bien y el mal y, en el medio, la frontera de la muerte. La única frontera. Ya somos una nueva *especie*, ya somos otros bichos, diferentes a ustedes. La muerte para ustedes es un drama cristiano en una cama, por un ataque al corazón. La muerte para nosotros es la comida diaria, tirados en una fosa común. ¿Ustedes intelectuales no hablan de lucha de clases, de ser marginal, ser héroe? Entonces ¡llegamos nosotros, ja, ja, ja! Yo leo mucho, leí 3000 libros y leo al Dante, pero mis soldados son extrañas anomalías del desarrollo torcido de este país. No hay más proletarios, o infelices, o explotados. Hay una tercera cosa creciendo allí afuera, cultivada en el barro, educándose en el más absoluto analfabetismo, diplomándose en las cárceles, como un monstruo Alien escondido en los rincones de la ciudad. Ya surgió un nuevo lenguaje. ¿Ustedes no escuchan las grabaciones hechas «con autorización» de la justicia? Es eso. Es otra lengua. Esta delante de una especie de post miseria. Eso. La post miseria genera una nueva cultura asesina, ayudada por la tecnología, satélites, celulares, Internet, armas modernas. Es la mierda con chips, con megabytes. Mis comandados son una mutación de la especie social. Son hongos de un gran error sucio.

P: ¿Qué cambió en las periferias?

R: Mangos. Nosotros ahora tenemos. ¿Usted cree que quien tiene 40 millones de dólares como Beira Mar no manda? Con 40 millones de dólares la prisión es un hotel, un escritorio. ¿Cuál es la policía que va a quemar esa mina de oro, entiende? Nosotros somos una empresa moderna, rica. Si el funcionario vacila es despedido y *colocado en el microondas*. Ustedes son el Estado quebrado, dominado por incompetentes. Nosotros tenemos métodos ágiles de gestión. Ustedes son lentos, burocráticos. Nosotros luchamos en terreno propio. Ustedes, en tierra extraña. Nosotros no le tememos a la muerte. Ustedes mueren de miedo. Nosotros estamos bien armados. Ustedes tienen calibre 38. Nosotros estamos en el ataque. Ustedes en la defensa. Ustedes tienen la manía del humanismo. Nosotros somos crueles, sin piedad. Ustedes nos transformaron en «super stars» del crimen. Nosotros los tenemos de payasos. Nosotros somos ayudados por la población de las villas misera, por miedo o por amor. Ustedes son odiados. Ustedes son regionales, provincianos. Nuestras armas y productos vienen de afuera, somos «globales». Nosotros no nos olvidamos de ustedes, son nuestros «clientes». Ustedes nos olvidan cuando pasa el susto de la violencia que provocamos.

P: Pero, ¿qué debemos hacer?

R: Les voy a dar una idea, aunque sea en contra de mí. ¡Agarren a los «barones del polvo» (cocaína)! Hay diputados, senadores, hay generales, hay hasta ex presidentes del Paraguay en el medio de la cocaína y de las armas. Pero, ¿quién va a hacer eso? ¿El ejército? ¿Con qué plata? No tienen dinero ni para la comida de los reclutas. El país está quebrado, sustentando un Estado muerto con intereses del 20% al año, y Lula todavía aumenta los gastos públicos, emplenado 40 mil sinvergüenzas. ¿El ejército irá a luchar contra el PCC? Estoy leyendo a Clausewitz «De la guerra». No hay perspectiva de éxito. Nosotros somos hormigas devoradoras, escondidas en los rincones. Tenemos hasta misiles antitanque. Si embroman, van a salir unos Stinger. Para acabar con nosotros. Solamente con una bomba atómica en las villas miseria. ¿Ya pensó? ¿Ipanema radiactiva?

P: ¿No habrá una solución?

R: Ustedes sólo pueden llegar a algún éxito si desisten de defender la «normalidad». No hay más normalidad alguna. Ustedes preci-

san hacer una autocrítica de su propia incompetencia. Pero para ser franco, en serio, en la moral. Estamos todos en el centro de lo insoluble. Sólo que nosotros vivimos en él y ustedes no tienen salida. Sólo la mierda. Y nosotros ya trabajamos dentro de ella. Entiéndame, hermano, no hay solución. ¿Saben por qué? Porque ustedes no entienden la extensión del problema. Como escribió el divino Dante: *Pierdan todas las esperanzas. Estamos todos en el infierno.*

BIBLIOGRAFÍA

- Herold, M. W. (2001). *Dossier sobre las víctimas civiles provocadas por los bombardeos norteamericanos en Afganistán*. University of New Hampshire. Durhan. Diciembre.
- Rumsfeld, D. (2002). *The Washington Post* (p. 188). 18 de febrero. Lord Curzon.
- Rashid, A. (2010). *Un nouveau théâtre d'operations* (p. 82). l'Appak. Manière de Voir. París, mayo.
- Stanganelli, I. (2000). *Hidrocarburos y relaciones internacionales en Asia Central*. Instituto de Relaciones Internacionales, serie: tesis, número 6, julio.
- Urgente 24. (2010). *Afganistán: el litio podría prolongar la guerra (y China mira con deseos)*. Buenos Aires, 14 de junio de 2010.
- Allix, S. (2010). *Qui sont les étudiants en religion?* (p. 53). Manière de Voir. París, mayo.
- Halimi, S. (2010). *Mourir pour Hamid Karzai?* (p. 97). Manière de Voir. París, mayo.
- Zahir, S. (2002). «Reportaje». En *La Stampa*. Roma, 7 de junio.
- Baker, P. (2002). *The Washington Post*. 6 de marzo.
- Harrison, S. S. *Dès l'origine, des victimes civiles* (p. 65). Manière de Voir.
- Shahzad, S. S. *Les talibans reprennent l'offensive* (p. 73). Manière de Voir.
- Peters, R. (2009). *Taliban from outerspace: Understanding Afghanistan*. New York Post, 3 de febrero.
- Porter, P. *Une surprenante souplesse tactique* (pp. 77, 78, 80). Manière de Voir. «Hounour among them: The Pakistan tribal code» The Economist. Londres, 22 de diciembre de 2006.

El debate teórico final

Como último artículo de esta presentación propongo encarar el cierre del trabajo y el debate teórico final, en el propósito de realizar un aporte, aun modesto, al estudio de las relaciones internacionales.

De todas las ciencias sociales, el estudio de las relaciones internacionales es quizás el que encuentra las mayores dificultades para contar con una base teórica apropiada, con un *explanans* que permita exponer un *explanandum* a partir de aplicar el método nomológico deductivo.

¿Existen leyes fijas e inamovibles que permitan un abordaje científico de las relaciones internacionales? Si, tal como ha sido analizado a lo largo de este trabajo tales leyes no se verifican total y definitivamente en el desarrollo del universo y menos aún en el devenir de las sociedades humanas, no aparecen razones valederas para que las mismas configuren de una vez y para siempre la base teórica de los estudios en cuestión. La teoría no es algo pétreo, sino un cuerpo de hipótesis válido hasta que ocurre un accidente denominado refutación. Por ello corresponde considerar en este caso el modelo de análisis hipotético deductivo basado en premisas e hipótesis que faciliten una explicación de los fenómenos mundiales.

No existe en la actualidad una teoría única en las relaciones internacionales capaz de dar explicaciones satisfactorias para todo lo que ocurre en el mundo y brindar al mismo tiempo predicciones acerca de lo que puede llegar a acontecer.

El progreso científico, por otro lado, siempre revela una ruptura, constantes rupturas entre el conocimiento ordinario y el conocimiento científico. La ciencia rompe con la experiencia ordinaria colocando los objetos de la misma bajo nuevas categorías que revelan propiedades y relaciones no disponibles para la percepción de sentido ordinario.

La primera cuestión que se plantea para el progreso del conocimiento en las relaciones internacionales es qué ruptura puede señalarse en la actualidad, tomando como puntos de inflexión la caída del Muro de Berlín y los atentados del 11 de septiembre de 2001.

En la dirección arriba señalada aparecen las dicotomías teóricas de las relaciones internacionales. Una primera dicotomía se plantea entre las corrientes idealista y realista en los estudios citados. Si bien en este trabajo se adoptó principalmente el punto de vista realista para el análisis, ello no constituye un obstáculo para que sean tomadas en cuenta las contribuciones trascendentes de la corriente idealista, así como las limitaciones, aporías y problemas que presentan ambas corrientes del pensamiento.

El realismo, como ha sido indicado en este desarrollo, se apoya en las relaciones de poder, entendiendo a la búsqueda del mismo como a uno de los elementos centrales de la construcción teórica. Sin embargo, en muchos casos el poder aparece de manera abstracta, como algo que se halla más allá de la voluntad humana, como un principio de orden de cumplimiento obligatorio y, en consecuencia, no dialéctico al no contemplar la debida antítesis que forma parte de su consideración. El idealismo, por su parte, aunque en muchos aspectos considere de una manera más adecuada que el realismo el papel que cumple la persona en las transformaciones del mundo, expone una confianza exagerada en el cumplimiento de normas que, devenidas en ley, podrían configurar en un sentido científico el *explanans*, lo que explica, dentro de un esquema nomológico deductivo.

En este sentido deben observarse dos cosas. Por un lado, y cada una a su manera, tanto la visión idealista como la realista llevadas a

sus extremos, al concepto en su estado más puro, son visiones estáticas de las relaciones internacionales al considerar unilateralmente algunos elementos y no la totalidad de los mismos, sus relaciones y el movimiento que de las mismas surge. En segundo lugar, ambas presentan aspectos de dogmatismo, con todas las características de ideas establecidas que no admiten ser refutadas.

Ni los seres humanos son naturalmente buenos como en cierta forma lo consideran los idealistas, a partir de lo cual obedecerán las disposiciones de las normas establecidas y un mundo definitivamente en paz se halla al alcance de la mano; ni naturalmente malos, tal como puede concebirse desde los teóricos del realismo, según los cuales ambiciones desmedidas de poder instalan de manera permanente el estado de naturaleza en las relaciones internacionales. Por ello creo que corresponde encontrar un punto intermedio entre el realismo y el idealismo que, tomando de ambos enfoques sus aspectos menos dogmáticos, permita elaborar una teoría dinámica del hombre, de los colectivos y de las relaciones entre éstos, hasta alcanzar el nivel más elevado de las relaciones internacionales.

Una primera ruptura se relaciona entonces con estas posturas «clásicas», si así se las puede considerar, de las relaciones internacionales, y la necesidad de encontrar nuevos paradigmas que faciliten nuevas explicaciones y predicciones.

Tal como se halla analizado en el primer capítulo de esta investigación, los hechos históricos son irrepetibles, tan irrepetibles como la vida de las sociedades. De allí la pertinencia del método dialéctico y algunos elementos de la teoría del caos aplicables al estudio de las sociedades que permiten considerar al movimiento como categoría de base para una posición paradigmática en las relaciones internacionales.

Un enfoque científico de las relaciones internacionales obliga a otorgarle una gran relevancia al movimiento que, al decir de Hegel, es lo que permanece de la desaparición. Esto introduce también la importancia de la filosofía y la psicología en los estudios abordados, disciplinas hasta ahora tangencialmente consideradas, aun si ambas constituyen herramientas teóricas muy relevantes en la explicación y comprensión de la condición humana.

Tanto el realismo, tomando como sujeto al Estado y las relaciones de poder; como el idealismo poniendo el acento en el respeto de las

normas internacionales y en la perfectibilidad de los humanos, tratan de explicar y predecir posibles cursos de acción de las relaciones internacionales a partir de considerar una cantidad de datos e informaciones determinados. En ambos casos el objetivo es encontrar certezas que le ofrezcan previsibilidad al sistema.

Se ha tomado como punto de referencia la caída del Muro de Berlín en 1989 y los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, porque se consideran puntos de ruptura que marcaron el inicio de un período de incertidumbre a nivel internacional. Incertidumbre que configura un nuevo paradigma y que arrastra elementos tanto del realismo como del idealismo, pero que se conforma a partir de nuevas acciones y actores cuyo comportamiento resulta complejo de explicar y aún más de predecir.

Paradigma que se aleja de cualquier explicación teórica únicamente cuantitativa y que ubica a la acción humana y su carácter imprevisible como centro del comportamiento y sucesos internacionales.

De allí la importancia y trascendencia de incorporar la dimensión humana al constructo teórico de las relaciones internacionales, tanto como el concepto de sistema mundo, entendido éste como una aproximación dialéctica a la disciplina en cuestión desde un discurso antihegemónico, no determinista, que tiene en cuenta el movimiento y las interacciones; cuya unidad de análisis son las fuerzas, sus relaciones y los cambios que deben ser incorporados a la teoría de las relaciones internacionales.

El concepto de sistema mundo es más que un simple enunciado pues conforma una teoría válida para explicar los asuntos globales. En muchos aspectos supera la noción de sistema internacional al incorporar actores y sucesos que se encuentran fuera del estricto marco de análisis teórico que tradicionalmente han ofrecido los Estados-nación.

Un balance contrastado de la historia muestra al ser humano como a un personaje doble, animado tanto por el instinto de vida como por el instinto de muerte y buscando, en todos los casos, poseer cierta cuota, mayor o menor, de poder sobre sus semejantes.

En lo que conforma otra dicotomía en las relaciones internacionales podemos señalar a los comportamientos de los seres humanos en general, pero particularmente a los democráticos, ante la elección entre

ser libres e infantilizados al mismo tiempo: entre libertad y gregarismo. Esta oposición la resuelve a favor de uno de los términos el neoliberalismo político y económico, potenciando un ser individual como actor principal de las relaciones internacionales; valor de lo negativo, la antítesis se expresa por medio de la recuperación de lo colectivo, sea a través de movimientos con fuerte identificación religiosa o bien manifestaciones nacionalistas y comunitarias que los analistas de la globalización creyeron superadas.

La voluntad humana «no es una fábula absurda» como apunta Yakovlev y conforma una de las dimensiones centrales de las relaciones internacionales, por este motivo no puede considerarse un desarrollo lineal de la historia, como lo han pensado tanto los positivistas como los marxistas y los neoliberales en los tiempos actuales.

La teoría del caos lleva a concluir que el ser humano es parte del mundo natural, animado y surcado como él por conflictos y contradicciones. Así como no existen leyes preestablecidas en la naturaleza de una vez y para siempre según el «dilema del determinismo» de Popper, tampoco existen en la sociedad, debiendo evitar en consecuencia cualquier consideración dogmática y determinista. De allí la importancia de la referencia a la condición humana, pues la misma conforma, junto a la voluntad, una de las dimensiones más importante en el enfoque polemológico de las relaciones internacionales. Se trata entonces de investigar la posibilidad de que la conducta de los humanos haya sufrido cambios de tal envergadura en este mundo como para considerar seriamente la instalación definitiva de un escenario global de paz. Puede decirse en consecuencia que si bien este propósito es a todas luces deseable, el mismo está lejos de poder concretarse en un futuro próximo –en los veinte años tomados como referencia en este trabajo–, teniendo en cuenta los valores, intereses, actores y perturbadores en el sistema mundo que hoy se conocen.

En nuestro tiempo se impone la tarea de actualizar una teoría que vaya más allá de una simple descripción de la política exterior de los Estados. Tanto el idealismo como el realismo –como ha sido indicado *ut supra*– son teorías útiles para describir situaciones y en algunos casos realizar ejercicios de prospectiva. Idealismo y realismo que hoy encuentran dificultades para explicar teóricamente la emergencia o la

repotenciación de actores del sistema mundo, motivados más por disputas de valores que de intereses.

Idealismo con una fuerte impronta del positivismo científico, así como su dogmatismo y determinismo. Procurando en algunos casos el empleo de un enfoque metodológico basado en la exactitud y la previsibilidad –emparentado este con cierto método matemático de demostración– para una acción humana imposible de cuantificar y que obedece a comportamientos por momentos contradictorios, particularmente en las situaciones límite en que se plantea el dilema entre la vida y la muerte. En este contexto las creencias religiosas aparecen quizás como el acontecimiento más importante y no superado en la constitución de la condición humana, no habiendo sido estas –al menos desde nuestro punto de vista– debidamente consideradas en la teoría de las relaciones internacionales. Propongo en consecuencia que los asuntos religiosos, en un contexto más amplio del estudio de las creencias, sean incorporados como una dimensión central en la teoría de las relaciones internacionales.

Se plantea de esta forma una de las cuestiones más interesante en lo que atañe al comportamiento humano, entre la necesidad que cada ser tiene de hallar certezas, y un mundo, tanto físico como social, en el que prevalece la incertidumbre. Oposición que no puede ser eliminada y que acompañará probablemente durante mucho tiempo aún a la humanidad; contradicción que halla una respuesta parcial, aunque trascendente, en la dialéctica finito-infinito de Hegel. Quedando de esta manera una vez más expuesta la importancia de introducir tanto a la filosofía como a la psicología en los estudios teóricos de las relaciones internacionales.

Entonces ¿sobre qué valores trascendentes se construyen y adquieren vida las comunidades?, ¿a partir de qué elementos estas construcciones conforman la base de los conflictos, eventualmente armados, en muchas ocasiones? Desde una perspectiva clásica puede recurrirse en principio tanto al paradigma de la comunidad universal como la dialéctica orden-revolución, para explicar teóricamente una nueva realidad configurada por conflictos de intereses, más vinculados éstos al paradigma del estado natural, pero que ahora aparecen principalmente encapsulados en conflictos de valores.

La disputa de valores constituye en la actualidad una dimensión que debe ser incorporada al debate teórico de las relaciones internacionales. Valores cuyo propósito es el de unir a una comunidad determinada en procura de poder, representado éste en muchos casos por la figura del *soft power*, o poder blando, pero que siempre se encuentra apoyado en el *hard power*, o poder duro, respondiendo a una determinada configuración de las relaciones de fuerzas.

El mundo de hoy debate acerca de qué es lo que legitima el ejercicio del poder, tomándolo como producto del consenso o bien como resultado de la protección, señalando muchos autores la importancia de encontrar un zócalo común de creencias, hábitos y tradiciones –de valores–, trascendiendo los mismos a una determinada estructura jurídica –la que también refleja en todos los casos relaciones de poder y creencias comunes– y brindando consistencia y perdurabilidad al constructo social. Este debate, que se da preferentemente hacia adentro de cada sociedad y va mucho más allá del mercado, la economía, o aun un determinado esquema de organización política, bien puede ser aplicado a la esfera mundial, realizando de esta forma un aporte a los fundamentos teóricos de las relaciones internacionales.

En este contexto del análisis aparece el Derecho Internacional como producto del entrecruzamiento de las relaciones de poder con los valores y creencias en un sistema que puede considerarse preponderantemente heterogéneo. El Derecho constituye una dimensión incorporada a la teoría de las relaciones internacionales y a los debates contemporáneos; Por otro lado, el positivismo que tanta influencia ha tenido en la teoría jurídica internacional, es determinista en varios aspectos, confundiendo en muchos casos los niveles de análisis correspondientes al derecho interno y el derecho internacional, particularmente cuando las propias normas del derecho interno presentan problemas para su legitimación, lo que aparece aún de una manera más evidente en el caso del derecho internacional.

Otra dimensión presente en la teoría de las relaciones internacionales es la sustentada en la economía. Economía que no puede comprenderse sin tomar como referencias insoslayables a la incertidumbre y el caos, elementos constitutivos de una teoría económica moderna fundada en el mercado. La globalización económica, por su

lado, plantea como nunca antes la vigencia de un modelo universal, único, de organización de la sociedad a partir del mercado. Esta especie de «mandato divino», de mundo terminado y completo, es contradictoria con la naturaleza intrínsecamente caótica del mercado que desordena en vez de ordenar. Por otro lado, esta idea supone un capitalismo que, hoy dominante, perdurará por siempre, lo cual comprende una concepción dogmática y determinista de la sociedad humana al considerar a este modo de producción como algo definitivo que le pone un fin a la Historia.

Este «modelo», si así puede denominarse, ha acarreado diferencias cada vez más pronunciadas a nivel global entre ricos y pobres, así como mayores índices de pobreza y exclusión, elementos que se encuentran en la base de más de uno de los conflictos contemporáneos. ¿Existe un mercado «neutral», sin «alma», o el mismo es el resultado de acciones humanas en procura de intereses definidos? La crisis de los mercados financieros e hipotecarios de 2008 demuestra la responsabilidad humana en su ocurrencia, no tratándose en ningún caso de un mandato divino o de una catástrofe natural.

Es importante en consecuencia incorporar a la economía como a una dimensión teórica de las relaciones internacionales, considerándola en los términos de una ciencia social, humana, construida por personas y sociedades, y no configurada por leyes ineluctables de cumplimiento obligatorio como normalmente lo hacen muchos estudiosos de la materia.

Gran parte, si no lo más importante, de la teoría de las relaciones internacionales se ha confeccionado a partir de la presencia del Estado-nación como sujeto central de la misma. En el caso del enfoque realista, el Estado constituye el actor principal y casi único y excluyente de la lucha por el poder; los idealistas por su parte ven en el Estado el protagonista de una construcción jurídica y normativa que debe proveer justicia y paz a toda la humanidad. Ninguna de estas corrientes del pensamiento explican la diferencia que se plantea en la actualidad entre poder y legitimidad, y la necesidad de encontrar los instrumentos teóricos adecuados que expliquen esta nueva realidad.

Aunque en sus aspectos centrales el sistema mundo continua dominado por los Estados-nación, particularmente desde el papel asu-

mido por éstos en la crisis financiera de 2008; puede observarse una marcada y definida tendencia de tránsito desde un orden internacional cuyo núcleo central son los Estados-nación soberanos, hacia un nuevo e impredecible desorden global, con las dificultades propias para encontrar una teoría que explique esta nueva realidad, signada por actores con poder y sin legitimidad y otros con legitimidad pero con escaso o nulo poder.

La realidad contemporánea es multidimensional y pluridireccional, debiendo incorporar la dimensión religiosa y/o ético-valorativa a otras que conforman desde hace tiempo la teoría de las relaciones internacionales como pueden ser el Estado, la economía, la política, la geografía y la polemología. Las dimensiones globales de la economía y las finanzas en ciertos aspectos se contraponen o superponen con acciones y comportamientos políticos que en la mayoría de los casos adoptan como referencia el viejo pero vigente paradigma territorial, así como creencias y tradiciones a él asociadas, configurando de esta manera una ruptura con los supuestos teóricos hasta hoy aceptados. De allí la dificultad para encontrar un nuevo paradigma y esta propuesta de concebirlo a partir de la incertidumbre política y su correlato en el plano estratégico, en el contexto teórico del enfoque polemológico de las relaciones internacionales.

Ha sido analizado cómo los idealistas proponen la confección de normas universales que codifiquen a la sociedad mundo. Hay sistema mundo porque existen flujos y relaciones en escala global, porque existen posiciones antihegemónicas y porque el conflicto es uno de los componentes que le da vida al mismo; no hay sociedad mundo porque no existe una idea central, más allá de los intentos de construir una sociedad emprendidos por la Asamblea General de las Naciones Unidas; de allí las dificultades que emergen cuando se trata de hacer respetar la ley internacional a las potencias mundiales. Debe observarse en consecuencia el desarrollo de un proceso de fragmentación en un contexto en el cual la *doxa* neoliberal ubica al individuo aislado como actor principal; siguiendo esta línea de razonamiento pregunto: ¿es posible en estas condiciones una teoría de las relaciones internacionales?, cuando, justamente, una teoría, sea ésta idealista o realista, supone el desarrollo y acción de una o muchas comunidades más allá de la

estructura política que se den a sí mismas. ¿O será necesario elaborar una teoría *individualista* de las relaciones internacionales?

La ausencia de centralidad y finalidad, la importancia del *sentido* en las relaciones humanas y por consiguiente en las internacionales, constituye un desafío mayor para el sistema mundo con consecuencias sobre los planos jurídico y normativo. El *sentido*, la búsqueda de valores compartidos, la necesidad de un «vivir juntos», debe constituirse en una de las dimensiones a incorporar a la teoría de las relaciones internacionales. ¿Son los Estados los que recuperan el rol de «guardianes del sentido» o es necesario considerar otros actores en la misma dirección? ¿No estaremos ante una nueva realidad en la cual son las empresas transnacionales y el sistema financiero internacional los que proveen de *sentido* a la vida de los humanos?

En la actualidad puede verificarse un proceso de descomposición y al mismo tiempo de recomposición del poder a escala global, con un desorden creciente que contiene posibles variedades de órdenes según lo enseña la teoría del caos, y cuya construcción en muchos casos trae aparejadas dosis importantes de ejercicio de la violencia.

El orden emergente de la paz de Westfalia, considerado por la teoría como el momento que marcó el nacimiento del Estado moderno, se construyó a partir de la diferenciación entre lo interno y lo externo –libertad religiosa a cambio de lealtad al príncipe–; sobre esta dimensión de lo interno/externo se elaboró gran parte de la teoría de las relaciones internacionales y también fue concebida la correspondiente normativa jurídica. ¿Qué acontece con la teoría en estos tiempos cuando aparece cuestionado el rol westfaliano del Estado y la referencia a lo «interno» o «externo» no posee el valor de antaño? Esto que podría configurar una nueva dicotomía en la teoría de las relaciones internacionales plantea a su vez la imposibilidad de existencia de un Estado sin referencia a un afuera y un adentro, concluyendo parcialmente, valor de lo negativo, en la imperiosa necesidad del fortalecimiento del mismo como actor central del sistema mundo, ante la ausencia de una instancia superadora que pueda y esté en condiciones de reemplazarlo.

Las empresas transnacionales y su eventual brazo armado conformado por los ejércitos privados no se encuentran en aptitud de asumir

por ahora esta función, lo cual, si se es coherente con el método dialéctico adoptado, no quiere decir que nunca ocurrirá, en particular si se tiene en cuenta que hoy se plantea de manera creciente una contradicción entre las soberanías políticas de estatus público y las soberanías privadas de las empresas. ¿Qué unidad de análisis puede adoptarse, entonces, en una globalización sin Estado y cuando las empresas transnacionales no actúan por su propia condición y limitaciones como guardianes del *sentido*?

No existe en estos tiempos un poder político global, hay un poder militar global representado por las fuerzas armadas de los Estados Unidos y, muy probablemente, la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Existe también lo que podría entenderse como un poder económico global, aunque sin centro y con un comportamiento naturalmente competitivo; todo ello se aproxima a una suerte de moderno desorden hobbesiano caracterizado por la lucha de todos contra todos y en el cual predominan el sálvese quien pueda y el individualismo.

Desde un enfoque de la economía que señala un mercado único capitalista a nivel global e introduciendo este punto de vista en el estudio teórico de las relaciones internacionales, debe constatarse la dicotomía existente entre esta proposición y una fragmentación creciente del sistema interestatal contemporáneo según líneas nacionales y/o ético-valorativas. Esto nos pone frente a un panorama según el cual vale preguntarse si la fragmentación observada no fracciona también los grandes principios que vieron nacer al sistema internacional generando más choques y conflictos. A lo que debe agregarse la situación de muchos pueblos y comunidades en el mundo que atraviesan procesos «no terminados» –si así pueden denominarse– de construcción del Estado según el modelo europeo, y frente a los cuales los embates tanto de la globalización económica como de la «modernidad» política propuesta por Occidente, con todas sus consecuencias, emergen como factores que provocan desorden, fracturas internas y aun descomposición.

Resulta importante entonces evaluar la posibilidad de una reinterpretación teórica de esta nueva realidad teniendo en cuenta la impronta fuertemente occidental que hasta ahora ha estado presente en la formulación de la teoría de las relaciones internacionales.

Teoría desde este punto de vista insuficiente para comprender y explicar la díada valores-intereses, que no sólo se expresa en la situación particular de la oposición que ofrece el Islam a los valores (si existen) occidentales, sino también en la oposición de éstos con los denominados «valores asiáticos», referidos estos al rol del Estado, la comunidad y una función particular del trabajo considerado como un fin en sí mismo, tanto como en lo concerniente a los derechos humanos y la democracia.

De esta manera se configuran hacia adelante escenarios que presentan altas probabilidades de conflictos, aun armados, asunto que nos coloca frente a la relevancia de la polemología y permite elaborar predicciones a partir de la evaluación de un conjunto de datos que hoy ofrece la realidad mundial (ver mapa N° 3 en el anexo cartográfico).

A la sociedad *abierta* que ofrece un modelo de «racionalidad» occidental con menos Estado, más incertidumbre, más individualismo e inseguridad y menos protección, hoy los asiáticos oponen, en algunos casos más religión, más Estado y sentido de comunidad, tanto como una mayor búsqueda de certezas por medio de la recuperación de valores y creencias ancestrales. Para estas situaciones particulares, la escuela idealista ofrece una grilla de lectura teórica quizás más apropiada para explicar el conflicto planteado entre la necesaria búsqueda de referencias colectivas y la fragmentación que resulta de lo que podría caratularse como «anomia occidental».

Occidente por su parte ofrece parámetros de racionalidad a partir de los cuales intenta medir el comportamiento de otros pueblos, culturas y tradiciones. Como bien lo observa Bachelard, la razón es un fenómeno genuinamente histórico y al no existir *una* racionalidad general, la historia de la ciencia tiende a la integración de diversas *regiones de racionalidad*. Esta consideración resulta particularmente importante al abordar los fundamentos de la teoría de las relaciones internacionales establecidos tanto por académicos de los Estados Unidos como europeos, y la necesidad en consecuencia de elaborar un *corpus* teórico que facilite una explicación coherente del sistema mundo tal como existe hoy, como también facilite la posibilidad, aun limitada, de formular predicciones. La polemología ofrece un modelo de análisis apropiado en la dirección planteada.

Occidente perdió el monopolio del *gran relato*, de una visión única y exclusiva de lo que debe ser la sociedad, la política, el derecho, la economía y el ser humano, por ello se asiste hoy a lo que algunos autores denominan *interdependencia en cascada*, para describir una realidad signada por una fuerte crisis de autoridad y una nueva redistribución del poder a escala global.

Aun habiendo señalado la incapacidad creciente de Occidente para proveer valores universales a un mundo cada vez más diverso, esto no constituye un obstáculo para analizar el papel y la importancia de los Estados Unidos en el sistema, si se toma debidamente en cuenta el peso que tienen en los asuntos mundiales, particularmente desde el punto de vista militar y de su participación en los conflictos armados, punto focal de un análisis polemológico de las relaciones internacionales.

El caso de los Estados Unidos ha sido abordado desde la dicotomía que presentan los intereses buscados y los valores proclamados, desde el momento en que esta Nación aparece ante los ojos del mundo como la imagen más representativa y por excelencia de Occidente. En este caso particular puede señalarse una creciente utilización política de las creencias religiosas lo que a término redundaría en la desacralización de las mismas. Algo parecido también puede observarse en el mundo islámico, abriendo la posibilidad de una nueva resignificación de los intereses por encima de los valores, invirtiendo de esta forma la ecuación en otra parte enunciada.

Los Estados Unidos ¿son los depositarios naturales de un nuevo poder a escala global? Son, como algunos dicen ¿un imperio sin «rostro»? En ciertos aspectos se cumple la teoría del *hegemón benévolo*, que lo diferencia de un imperio basado en la coerción, dado el atractivo que para muchos pueblos presenta el modo de vida norteamericano. Desde un enfoque teórico, los Estados Unidos actúan en algunas situaciones como imperio depredador (Irak, Afganistán), y en otras como imperio logístico (conectado sobre los flujos), incluyéndose quizás involuntariamente en la teoría de los ciclos de construcción y destrucción del poder ante la ausencia hasta el presente de un rival que pueda equilibrar y contradecir el poder norteamericano. También en el caso de esta Nación aparece una dicoto-

mía entre el empleo que hace de la fuerza cuando el orden por ella instituido una vez concluida la Segunda Guerra Mundial descansa – al menos en teoría- sobre el acuerdo y el consenso entre iguales, exceptuando obviamente el muy aristocrático Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

La comparación con Roma resulta entonces apropiada para formular predicciones acerca de las posibles acciones y comportamientos de los Estados Unidos, eventualmente de la OTAN, de cara hacia el futuro. Particularmente en tres planos: el militar sustentado por una red de bases y facilidades extendidas en todo el globo terrestre; el de la concentración del poder en manos de un solo individuo devenido en ciertos aspectos una suerte de «empeador» electo; en la necesidad de una «religión» imperial o, dicho de otra manera, en la imposición de los valores occidentales, principalmente la economía de mercado y secundariamente la democracia y los derechos humanos.

La configuración imperial, entonces, es similar en algunas partes a la romana, pero novedosa como construcción teórica de las relaciones internacionales, pues combina comportamientos de hegemon benévolo, imperio depredador y logístico. La cuestión que hoy se plantean algunos teóricos es quién puede reemplazar a los Estados Unidos en lo que a la preservación del orden (norteamericano u occidental) del mundo se refiere, para ello corresponde evaluar en este punto la posibilidad de una especie de *Imperio occidental* con centro en Washington. En consecuencia, la dimensión imperial debe ser incorporada al debate teórico contemporáneo, más desde el punto de vista de la protección que ofrece –a determinados intereses– que desde el consenso de la cual resulta.

Una de las razones, quizás la más importante, de la pertinencia de los estudios polemológicos en las relaciones internacionales se vincula con el conflicto, el uso de la violencia y la guerra, elementos permanentemente presentes en las relaciones entre las diferentes unidades políticas y comunidades desde los albores mismos de la humanidad tal como fue analizado. Si existen dos instituciones que han permanecido a lo largo del tiempo, aun con diversas características, formatos y denominaciones, éstas son las iglesias y los ejércitos, di-



cho de otra manera, las creencias más básicas y el ejercicio de la violencia entre los seres humanos.

Algunos teóricos de las relaciones internacionales, particularmente aquellos que adscriben a la escuela realista, le dan a la guerra un rol central, sin llegar a tal extremo, desde mi punto de vista los estudios de la misma no han adquirido toda la relevancia que su importancia le asigna. Al constituir la guerra una actividad humana que naturalmente genera rechazo, se hace difícil un estudio desapasionado y científico de la misma, sin embargo, una teoría de la guerra es posible y particularmente necesaria en lo referido a su dependencia de la política, verdadero constructo teórico que permite analizar y comprender cada guerra en particular desde una aproximación abarcadora e inteligente.

La pertinencia del campo polemológico deviene justamente de la centralidad de la guerra y su permanencia a lo largo de la historia humana aunque la misma pueda asumir diferentes facetas, el objetivo de la polemología es entonces comprender la guerra y sus causas para construir definitivamente la paz. El actual escenario internacional, marcado por la incertidumbre y los conflictos de valores como elementos predominantes, o bien por los conflictos de intereses encapsulados en valores opuestos, está anunciando que –lamentablemente– la guerra no ha desaparecido de la faz de la Tierra, por el contrario, los gastos totales en defensa de todos los países del mundo se han visto incrementados desde el año 2001 hasta la fecha presentando, en el caso de los Estados Unidos, magnitudes tales sólo compatibles con el ejercicio de un rol imperial.

Este escenario, empleando el método aplicado en esta exposición, permite también prever conflictos armados con todas las características de *absolutos* según los términos de Clausewitz aquí adoptados; dicho de otra manera, aquéllos en que el objetivo de cada contendiente es aniquilar al rival, hacerlo desaparecer, ocupar el poder antes ejercido por el otro. Sólo en casos excepcionales las guerras futuras podrán ser comprendidas como *reales* o bien limitadas, caracterizadas éstas por la presencia de adversarios claramente identificados, con Estados nacionales que ejercen un fuerte control sobre el instrumento militar y objetivos limitados que no se plantean la destrucción del oponente o la afectación de sus intereses vitales.

Un debate álgido anima actualmente a la comunidad internacional acerca de si la paz perpetua (aquel sueño de Immanuel Kant) es posible y cuáles son las condiciones para lograrla. Pudiendo parcialmente concluir que el accionar de las principales potencias mundiales en su «guerra contra el terrorismo» recorrido en muchas ocasiones por los senderos de la ajuridicidad, crea pocas expectativas acerca de un posible y deseable imperio de la norma por sobre la acción directa. En este contexto el papel de las Naciones Unidas se limita cada vez más a caucionar lo que otros han decidido hacer en materia de acción militar.

Otra cuestión a considerar es aquella que afirma que las democracias no guerrearán, desmentido por hechos según los cuales son justamente las principales democracias del mundo las que han desencadenado las últimas contiendas armadas. En este sentido es necesario analizar y tener presentes las variables que han generado las guerras a lo largo de los últimos años y, también, hasta dónde pueden sobrevivir muchas democracias con crecientes y elevados índices de exclusión lo cual, en algunos casos, puede dar lugar a autoritarismos así como a confrontaciones armadas internas y/o internacionales.

¿Puede considerarse un cambio fundamental en las variables que han provocado las guerras? Pregunta que se le debe hacer a la política pues es allí donde estas se originan. Las variables, desde mi punto de vista, siguen siendo las mismas: configuradas en términos generales por la condición humana, los valores enfrentados, las desigualdades crecientes y, en definitiva, la disputa por el poder y los recursos, humanos y materiales, que el ejercicio del mismo provee. En otro orden de cosas ¿existe un marco teórico adecuado que guíe el análisis empírico y relacione todas las variables internas de un Estado con su mayor o menor propensión a la guerra? Ello puede efectuarse parcialmente desde una mirada estadística que abarque un período más o menos prolongado del comportamiento de un Estado en relación a la guerra, resultando más compleja la elaboración de una teoría que incluya los aspectos políticos y psicológicos de la reacción de una sociedad frente a situaciones que ella considera muy graves, debiendo concluir una vez más en la imposibilidad de medir y cuantificar la

acción humana, en particular en lo referido a su actitud frente a los conflictos armados.

En el contexto estudiado de la permanencia de la violencia y la guerra en las relaciones internacionales, aparece la figura de los modernos mercenarios con una participación creciente y destacada en las disputas armadas. Ejércitos sin normas ni regulación, al margen o sostenidos por Estados u Organismos internacionales, que ven en ellos una manera de eludir las leyes de y en la guerra y el costo político interno que a veces implica la muerte en combate de sus propios ciudadanos, o bien al servicio de empresas transnacionales que terminan funcionando como un Estado dentro del Estado, particularmente en países en vías de desarrollo productores de materias primas y dotados de abundantes recursos naturales.

Los actualmente denominados ejércitos privados plantean un problema teórico doble, tanto a las relaciones internacionales como a la teoría de la guerra. En el primer caso constituyen un elemento que se sitúa al margen del Estado no así de la política, pudiendo compararse esta nueva realidad con los *condottieri* de las ciudades italianas y asimilables en muchos casos a los ejércitos de fortuna de la Edad Media. En el segundo caso, y siempre bajo el paraguas de la política, las empresas militares privadas obtienen su beneficio de la guerra, por lo tanto aquello que plantearon los clásicos de que el fin de la guerra es la paz y ésta es un medio de la política, desaparece al transformarse la guerra en un fin en sí mismo como producto de su mercantilización y privatización, situaciones que, podemos concluir, auguran episodios cada vez más violentos en las relaciones internacionales que complican las acciones para lograr la paz. ¿Qué paz pueden desear empresas cuyos beneficios, justamente, se hallan vinculados en forma directa con la guerra?

En un contexto signado por la presencia de guerras cada vez más *absolutas* y menos *reales*, la presencia de mercenarios y empresas militares agrega una dosis suplementaria de inestabilidad a un sistema ya de por sí inestable e impredecible.

Los futuros escenarios de los conflictos armados, teniendo en cuenta las asimetrías que presentan en la mayoría de los casos, estarán conformados por guerras más humanas y menos tecnológicas. Gue-

rras en las cuales el factor humano desempeñará un papel más importante y central, que el ejercido hasta ahora y sin desmerecerlo, por sistemas de armas altamente sofisticados y avanzados. También, las guerras del futuro no serán formalmente declaradas y en más de una oportunidad no se verán sometidas al control democrático de los pueblos, en particular si tenemos en cuenta la definición de las amenazas que unilateralmente han realizado las potencias centrales tales como la guerra contra el terrorismo.

Guerras *soldado-céntricas* entonces y en escenarios preponderantemente urbanos en los cuales muy probablemente se decidirá quién habrá de controlar el poder, el territorio, la población y los recursos. Situación caracterizada entonces por la incertidumbre política que se encuentra en la base de la incertidumbre estratégica, cuando la misma depende, en todo tiempo y lugar, de la política.

A ello debe agregarse, si bien hoy con poca aunque no nula posibilidad de ocurrencia en el futuro, un conflicto armado mayor entre las grandes potencias, guerra que por sus características y magnitud, de ocurrir no solamente cambiará de manera radical todos los equilibrios del sistema mundo, sino al mismo planeta Tierra.

Una curiosidad que asalta este razonamiento se vincula con la creciente división internacional del trabajo que la República Popular China plantea con las naciones en vías de desarrollo y especialmente con las productoras de materias primas. El curso de los acontecimientos está señalando también una tendencia a que China haga algo similar con los países desarrollados, si tomamos en cuenta un mercado interno de potenciales consumidores que supera a la suma de los Estados Unidos y Europa, los importantes desarrollos que esta gran nación asiática viene haciendo en ciencia y tecnología, y los efectos menores en esta economía de la crisis de las hipotecas de 2008. Durante el siglo XX, desafíos parecidos planteados en su momento por Japón y Alemania que implicaban un cambio del centro del poder mundial condujeron a importantes guerras.

La cuestión queda entonces planteada acerca de lo que eventualmente puede llegar a acontecer cuando China se conforme como un nuevo centro del poder global de seguir las actuales condiciones y tendencias. No se puede descartar una confrontación armada de propor-

ciones cuando se aprecia el despliegue de bases militares norteamericanas en torno de China (ver mapas N° 1 y 2 en el anexo cartográfico), como también el considerable y creciente gasto que este país viene realizando en los últimos años en su sistema de defensa.

Propongo finalmente un modelo polemológico como plan de abordaje del estudio de las relaciones internacionales entendiendo que el elemento empírico central es la permanencia del conflicto y una escasa o nula tendencia hacia su desaparición. Esta permanencia del conflicto constituye la condición preteórica de este análisis asociada a la condición humana y a un enfoque metodológico basado en la dialéctica y en la teoría del caos. El modelo aborda la importancia de los valores y creencias, así como los intereses en las disputas por el poder y la naturaleza del mismo. Son parte del mismo la economía y la política global, así como la posibilidad o no de una futura configuración imperial que ordene un sistema signado por el caos y la incertidumbre. Incertidumbre política que se encuentra en la base de la incertidumbre estratégica y que configura la base de los conflictos armados del futuro, más *absolutos*, más *soldado céntricos* y más humanos, lo que no quiere decir necesariamente más humanitarios, con lo que esto significa en materia de cumplimiento de las normas vigentes.

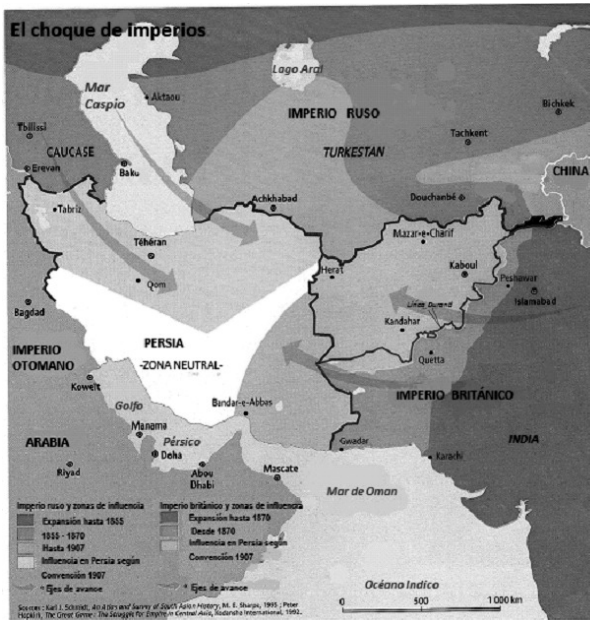
El modelo polemológico reúne y sintetiza la problemática que aquí presento, al tiempo que ofrece un dispositivo teórico-metodológico adecuado para el abordaje de los asuntos definidos en su objeto.

En estos escenarios conflictivos y acerca de los cuales la polemología abre una ventana para su mejor comprensión, los caminos hacia la paz atraviesan hoy situaciones de gran turbulencia, debido a la caída de un sistema nominalmente abocado a lograr la paz a partir de una determinada estructura normativa que los propios interesados ignoran, o bien saltan por alto, cuando así lo indican sus intereses. Debido también a la consolidación de una economía mundial fundada en la obtención de beneficios a cualquier precio y en el fundamentalismo del mercado; a un sistema mundo surcado por las disputas de poder, desigualdades crecientes y actores, algunos de ellos devenidos en perturbadores, con visiones netamente diferenciadas acerca del hombre y sus creencias, la sociedad y la historia.

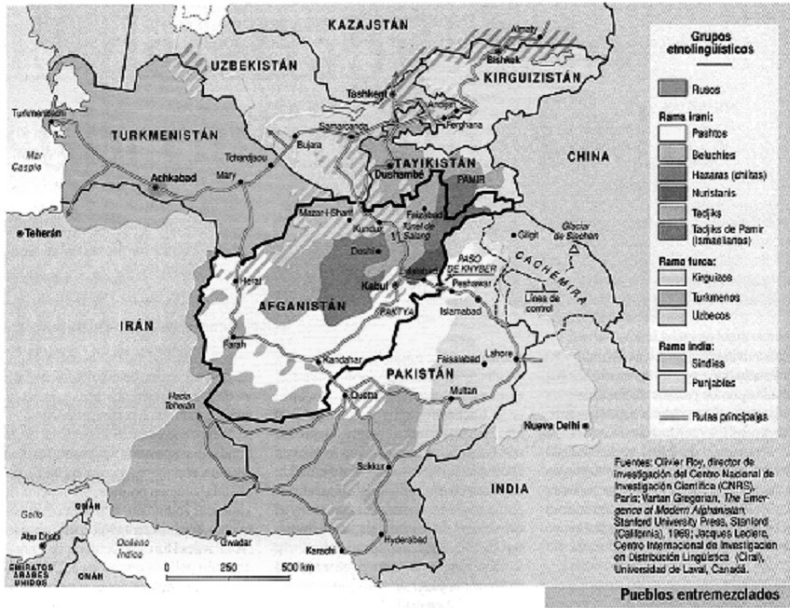
El mundo en guerra



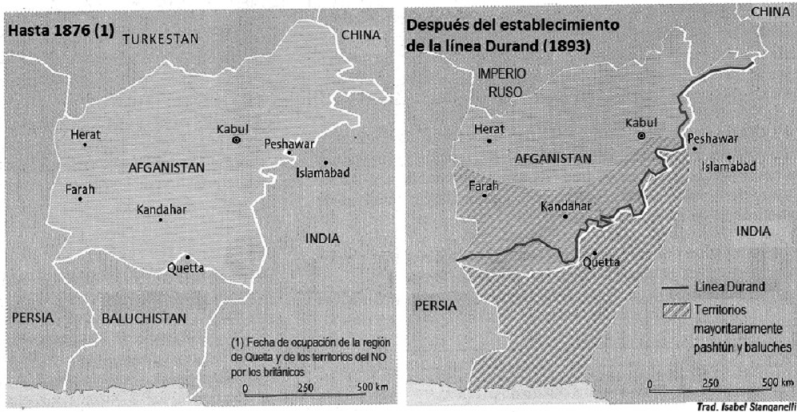
Mapa Nº 3. Fuente: *El Atlas de Le Monde Diplomatique*. Buenos Aires, 2003: 87.



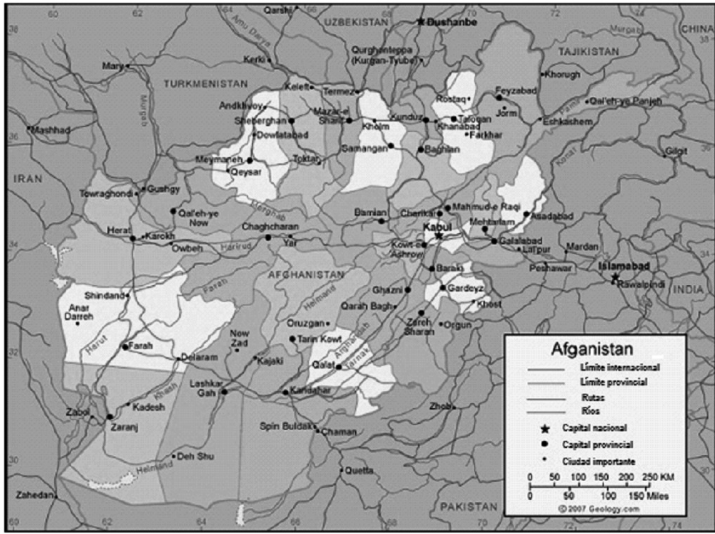
Mapa Nº4. Fuente: *Manière de Voir*. París, 2010: 31.



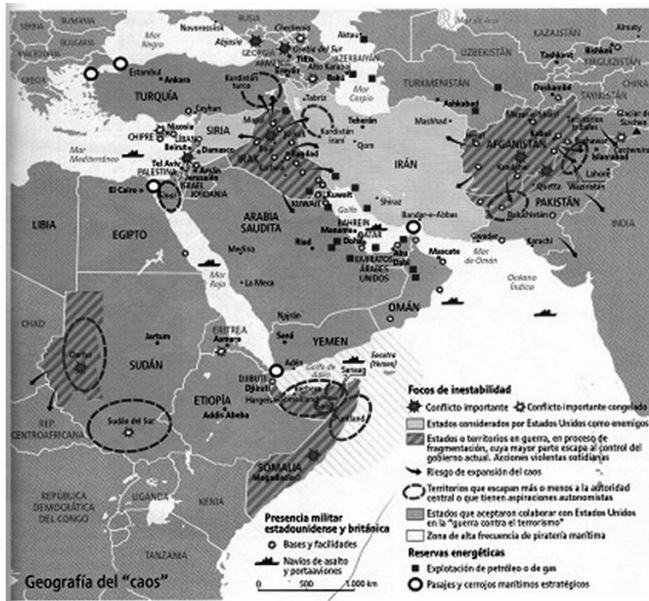
Mapa N°5. Fuente: *El Atlas de Le Monde Diplomatique*. Buenos Aires, 2003: 168.



Mapa N° 6. Fuente: *Manière de Voir*. París, 2010: 31.



Mapa Nº 7. Fuente: Rashid, Ahmed. *L'ombre des taliban*. Autrement. París, 2001: 32.



Mapa Nº 8. Fuente: *L'Atlas. Le Monde Diplomatique*. París, 2008: 59.



Esta edición de 500 ejemplares se
terminó de imprimir en Estudiocentro,
Bolívar, Buenos Aires, Argentina,
en el mes de octubre de 2013.



El libro que aquí se presenta constituye el resultado de una tesis presentada en la UNLP y que fue calificada con la máxima nota, *suma cum laude*.

Una inquietud asalta a los hombres que ansían la paz: ¿por qué los seres humanos hacen la guerra?, ¿por qué las naciones invierten enormes sumas de dinero en su defensa?, ¿será que la condición humana presenta una conformación genética en la cual la tendencia hacia la violencia ocupa un lugar permanente?

El conflicto, entendido como choque de voluntades en procura de un derecho objetivo, puede tener o no resolución violenta, pero en todos los casos puede constatarse que este tiende a reproducirse bajo nuevas formas, lo que constituye la condición preteórica de esta obra.

Una observación indica que la violencia entre los humanos nunca desaparecerá.

Esta obra aborda las relaciones internacionales desde una mirada político-polemológica, investigando las condiciones en las cuales los humanos encaran sus relaciones tomando en cuenta los elementos que han ido modelando las mismas a lo largo de la historia. El autor propone un modelo de análisis polemológico de las relaciones internacionales como aporte al estudio teórico de las mismas.

Ángel Pablo Tello es Doctor en Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es profesor de Relaciones Internacionales en cursos de grado y postgrado (UNLP), director de la maestría en Inteligencia Estratégica Nacional (UNLP), investigador universitario, en el Programa de Incentivos y director de docentes investigadores (UNLP).

Fue vicepresidente de la UNLP (1989-1995) y secretario de Asuntos Militares del Ministerio de Defensa (1999-2001).

Autor de varios libros y artículos sobre relaciones internacionales, conflictos y estrategias.

Es Caballero de la Legión de Honor de la República Francesa.